

ABRIR VOLUMEN I

LA PENINSULA IBERICA Y EL MEDITERRANEO EN EL TRANSITO DEL MUNDO ANTIGUO AL MEDIEVAL. (SIGLOS V-VII).

VOLUMEN II

Tesis presentada por PABLO FUENTES HINOJO para aspirar al grado de Doctor en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid; realizada bajo la dirección de MARIA ISABEL LORING GARCIA, profesora de Historia Medieval.

Madrid, 1 de Septiembre de 1.995.

2. Africa capta.

Una vez sometidos los últimos focos de resistencia germánicos, la guerra de los vándalos se dio por concluida. Sin embargo, el dominio imperial sobre el norte de Africa tardaría en consolidarse más de una década. En 534, el gobierno de Constantinopla emprendió la ardua tarea de reorganizar las antiguas posesiones territoriales vándalas, a fin de insertarlas en las estructuras administrativas del Imperio romano de Oriente. Con tal propósito, Justiniano creó una nueva praefectura praetorio y designó a los hombres que habrían de ocupar los principales cargos al frente de la misma. Curiosamente, no se detecta ninguna participación de los vándalos, a pesar de que habían controlado políticamente la región durante más de un siglo. En tanto que élite dirigente, fueron sustituidos por las nuevas autoridades civiles y militares llegadas de Oriente. De este modo, se borró toda huella de su presencia.

El basileus, que consideraba el poder ejercido por la casa real de los Asdingos como una auténtica usurpación, se ocuparía, personalmente, de que el restablecimiento de la autoridad romana sobre Africa y las islas del Mediterráneo Occidental tuviese un solemne reflejo propagandístico en el triunfo concedido al general Belisario. Ahora bien, la intervención militar y administrativa del Imperio resultaba insuficiente para garantizar la continuidad de su dominio político sobre la zona. La única manera de afirmarlo, consistía en reinstaurar el orden social existente antes de la invasión germánica. Por esta razón, Justiniano hizo restituir sus propiedades y privilegios a la Iglesia Católica y a los descendientes de los antiguos latifundistas norteafricanos, despojados por los vándalos.

La puesta en práctica de estas medidas generó un profundo malestar entre el elemento germano que militaba en las filas del ejército bizantino y entre los esclavos de los dominios devueltos a la nobleza afrolatina. El retraso, por parte del gobierno de Constantinopla, en abonar el pago de la soldada a las tropas provocó el descontento en otros sectores militares. Pronto se produjeron violentas revueltas, que los representantes del emperador, a duras penas, lograron reprimir. Al mismo tiempo, los pueblos beréberes de las regiones montañosas del interior comenzaron a dar muestras de hostilidad hacia el Imperio. Hacia 539, la paz fue restablecida, al tiempo que Bizancio extendía su poder sobre territorios africanos que nunca habían formado parte del reino vándalo.

La prosperidad duraría poco. En la primavera de 543, la peste bubónica hizo su aparición en la praefectura Africae, causando gran mortandad entre las poblaciones de la costa. Ese mismo año, dio comienzo el ciclo de las grandes guerras mauras, que durante un lustro devastarían las provincias imperiales. En contraposición a esta época de desastres, el período que se extiende de 548 a la muerte de Justiniano en 565, apenas se ve alterado por conflagraciones bélicas, lo que favorecerá la recuperación económica del Africa bizantina.

Las fuentes narrativas de que disponemos para las primeras décadas de la dominación bizantina en Africa, limitan bastante nuestra visión del proceso histórico. Procopio de Caesarea, que lleva su relato hasta 548, se ocupa con absoluta preferencia de los hechos de armas. El poeta africano Flavio Cresconio Coripo, en su Johannidos, panegírico compuesto en honor del general Juan Troglita, detalla sucesos de idéntica naturaleza acaecidos entre 546 y 548. En cuanto al obispo Víctor de Tunnuna, exceptuando alguna información sobre eventos eclesiásticos, que

trataremos más adelante cuando abordemos la cuestión de los Tres Capítulos, tan sólo nos ofrece lacónicas notas sobre los principales conflictos bélicos. El carácter monotemático de nuestras fuentes nos obliga a centrarnos en el análisis de acontecimientos políticos y militares. No obstante, como disponemos de algunas constituciones imperiales que abordan problemas de orden administrativo, social y económico, también hemos tratado de incorporar a nuestro estudio los datos que nos facilitan.

2.1. Organización del territorio y consolidación del dominio bizantino (534-543).

Apenas tuvo noticia de la caída del reino vándalo, Justiniano, asesorado por Juan de Capadocia, se ocupó de la reintegración de los territorios que habían formado el dominio de los Asdingos en las estructuras políticas, administrativas y militares del Imperio romano de Oriente. En abril de 534, el soberano envió dos rescriptos a Cartago. El primero de ellos iba dirigido a Arquelao, a quien nombraba praefectus praetorio Africae, y le encomendaba la organización civil de las provincias. El segundo, remitido al magister utriusque militiae per Orientem Belisario, contenía disposiciones relativas a la ordenación militar del territorio.

De acuerdo con las instrucciones recibidas por Arquelao, se constituyeron 7 provincias bajo la administración de un praefectus praetorio Africae con residencia en Cartago: la Zeugitana o Zeugi Carthago, que se correspondía con la antigua Proconsularis, Byzacium, en otro tiempo Byzacena, y Tripolis o Tripolitania, las tres gobernadas por consulares; más la Numidia, las dos Mauritaniae y Sardinia, en la cual se incluía Corsica y el archipiélago balear, que, en cambio, fueron colocadas bajo la

autoridad de praesides[1]. Puesto que la Mauritania Sitifensis no sería reconquistada hasta 539, las dos Mauritaniae a las que hace referencia el rescripto de Justiniano sólo pueden corresponderse con la Caesariensis y la Tingitana o Gaditana[2]. El territorio que abarcaban era bastante exiguo, ya que la mayor parte de estas dos antiguas provincias romanas continuaron bajo dominio beréber. La Mauritania Prima de las listas oficiales se reducía a la ciudad de Caesarea y sus entornos, mientras que la Mauritania Secunda comprendía la ciudad de Septem, único resto de la Tingitana[3].

Como puede comprobarse, la nueva prefectura reunía territorios que, a comienzos del siglo V, formaban parte de distintas circunscripciones administrativas del Imperio de Occidente: cinco provincias de la antigua diocesis Africae, las islas de Corsica y Sardinia, adscritas en el pasado a la diocesis Italiae suburbicariae, y el archipiélago balear y Septem, que habían pertenecido a la diocesis Hispaniarum. La restauración de la autoridad imperial no comportó, pues, una vuelta al orden existente un siglo atrás. Por el contrario, en la reorganización de los territorios conquistados al reino vándalo, el gobierno de Constantinopla intentó adaptarse a las nuevas realidades, aplicando el modelo ideado por Juan de Capadocia para dinamizar el pesado aparato burocrático del estado. La recién creada praefectura Africae sirvió como campo de experimentación a algunas de las reformas en materia de gestión territorial, que, a partir de 535, se introducirían en Oriente. Destaca, especialmente, la supresión de cargos honoríficos superfluos, como el del procónsul de Cartago, que fue reemplazado por un simple consularis, y la eliminación de estructuras administrativas de interposición, como el vicariato, que no fue restablecido, al entorpecer la relación entre los gobernadores provinciales y el praefectus praetorio. Además, se redujo

considerablemente la cantidad de funcionarios que podrían prestar servicio en las oficinas administrativas. Para la del prefecto tan sólo se asignaron 396 hombres, mientras que los gobernadores provinciales tuvieron que conformarse con apenas medio centenar de burócratas[4].

Como ya hemos señalado, el segundo rescripto abordaba el problema de la ordenación militar de la praefectura. Momentáneamente, la suprema autoridad se reservó al magister utriusque militiae per Orientem Belisario. El antiguo cargo de comes Africae no fue restablecido; aunque, en septiembre de 534, poco después del regreso de Belisario a Constantinopla, el emperador nombró un magister militum Africae. Bajo su mando se hallarían los cinco duces establecidos en abril para las provincias de Tripolis, Byzacium, Numidia, Mauritania Prima y Sardinia. Sus cuarteles se emplazaron en Leptis Magna, Capsa y Thelepte, Cirta Constantina, Caesarea y probablemente Caralis. La Mauritania Secunda carecía de dux. No obstante, Justiniano dispuso el acantonamiento de tropas y de una flota militar de dromones en el puerto de Septem. Un tribunus, responsable ante el dux Mauritaniae, residente en Caesarea, se hallaba al frente de la guarnición y de la flota. Esta última tenía como misión patrullar la región del estrecho de Gibraltar e informar sobre los movimientos de godos y francos en Hispania y las Galias[5].

En el verano de 534, Belisario abandonó Cartago. Regresaba a Constantinopla, para saborear las mieles del triunfo. Le acompañaban Gelimer y su familia, los descendientes de Hilderico y unos 2.000 prisioneros vándalos. Justiniano había decidido honrar a su magister militum con un recibimiento apoteósico, como no se había dispensado a ningún general victorioso desde los primeros tiempos del Imperio[6]. Procopio describe con detalle toda la ceremonia:

"(Belisario) exhibiendo por el centro de la ciudad el botín de guerra y los prisioneros condujo la procesión, llamada triumphus por los romanos, pero no a la manera antigua, sino marchando a pie desde su casa hasta el hipódromo y una vez en este lugar, desde las barreras se dirigió a la tribuna del trono imperial. Allí se encontraba cuanto del botín era costumbre reservar para el servicio real: tronos de oro, carruajes en los que se suele transportar a la esposa de un rey, una gran cantidad de joyas trabajadas con piedras preciosas, copas de oro y todo aquello que se utiliza en una mesa real. Había además plata con un peso de muchos millares de talentos y la inmensa riqueza de todo el tesoro real (puesto que Genserico había saqueado el palatino de Roma, como ya se explicó anteriormente), y entre estos estaban los tesoros de los judíos que Tito, hijo de Vespasiano, después de la toma de Jerusalén, llevó a Roma con algunos otros. Y viendo estas cosas uno de los judíos que estaba sentado cerca de un conocido del emperador dijo: "considero improcedente trasladar estos tesoros al palacio de Bizancio. Pues no es posible que se guarden en otra parte que no sea el lugar donde los depositó por primera vez Salomón, el rey de los judíos. Por su causa Genserico capturó el palacio de los romanos y ahora el ejército romano ha capturado el de los vándalos". Cuando estas palabras llegaron a sus oídos, el emperador fue presa del miedo y, rápidamente, envió todo a los templos de los cristianos en Jerusalén"[7].

El triunfo se vio acompañado por una ceremonia especial destinada a poner de relieve el carácter tiránico del

poder del monarca vándalo y la supremacía absoluta de la autoridad del emperador romano. Aunque también pretendiese disipar cualquier sospecha de deslealtad hacia el soberano, que pudiese recaer sobre la persona del Belisario[8]:

> "En el triunfo, entre los prisioneros de guerra, se hallaba Gelimer, vistiendo sobre sus hombros una especie de manto de púrpura, y con él toda su familia y todos los vándalos más altos y bellos de cuerpo. Cuando Gelimer llegó al hipódromo y vio al emperador sentado en su trono y al pueblo de pie en la otra parte y se dio cuenta, mirando en torno suyo, en qué penosa situación se encontraba, ni lloró, ni se lamentó, sino que no cesaba de repetir las palabras de la sagrada Escritura: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad". Al llegar ante la tribuna imperial, le despojaron del manto de púrpura y le obligaron a postrarse a los pies del emperador en actitud de reverencia. También Belisario hizo lo mismo, postrándose con éste, como suplicante del emperador"[9].

Justiniano y Teodora obsequiaron con riquezas a los hijos de Hilderico y a los Anicii, todos ellos descendientes directos del emperador Valentiniano III. En cuanto a Gelimer, le concedieron extensos dominios territoriales en la Galatia, donde le permitieron vivir en libertad junto con su familia. Sin embargo, no fue inscrito entre los patricios, ya que se negó a adjurar del arrianismo[10].

Como última recompensa por su victoria Belisario fue designado cónsul para el año entrante. El 1 de enero de 535, día en el que asumía sus funciones como magistrado, fue conducido a hombros por algunos prisioneros vándalos y, "mientras le

transportaban en su silla curul, arrojaba a la multitud parte del botín de la guerra de los vándalos. Así el pueblo pudo recoger vasos de plata, cinturones de oro y una gran cantidad de objetos preciosos del tesoro de los vándalos, gracias al consulado de Belisario"[11]. *Con los más de 2.000 prisioneros se formaron cinco* numeri de caballeria, los Vandali Justiniani, que poco después, fueron enviados a la frontera oriental[12].

Entre tanto, el eunuco Salomón se había hecho cargo de la administración de la praefectura praetorio Africae. Salomón era un armenio, oriundo de Solochon, localidad próxima a Daras, junto al Eúfrates. Siendo niño había sufrido un accidente que provocó su mutilación. Ya en la madurez había entrado al servicio de Belisario como domesticus, participando en la campaña africana en calidad de dux foederatorum. Después de la batalla de Ad Decimum, había llevado la noticia de la derrota de los vándalos al emperador, para, a continuación, volver al teatro de operaciones. Tras la partida de Belisario, fue nombrado magister militum Africae y sucedió a Arquelao como praefectus praetorio, concentrando, temporalmente, los poderes civil y militar, que desde el reinado de Diocleciano se habían mantenido separados[13]. Durante su mandato, se mostró como un eficiente administrador y un general competente.

Los principales problemas a los que hubo de enfrentarse Salomón derivaron del restablecimiento de la administración imperial en Africa y de las incursiones de las tribus mauras contra el territorio romano. Precisamente, hallándose Belisario a punto de embarcar para Constantinopla, se había producido el primer encuentro hostil con los beréberes. Salomón al frente de los bucellarii del general tuvo que defender Byzacium de la agresión de cuatro príncipes mauros: Coutzina, Esdilasas, Iourphouthes y Medisinissas. No disponemos de

información que nos permita emplazar sus respectivos reinos, aunque es posible que ocupasen pequeños enclaves entre el sureste de Numidia y suroeste de Byzacium. Salomón los derrotó en dos ocasiones, por lo que obtuvo la concesión del título de patricius y celebró un triunfo en Cartago. La mayor parte de los vencidos se retiraron a la Numidia, donde se unieron a Iaudas, el caudillo beréber que dominaba la región del Aurés. En Byzacium sólo permaneció la tribu de los Frexas, cuyo jefe Antalas se mantenía fiel a la alianza sellada con el Imperio[14].

Tras haber pacificado Byzacium, Salomón decidió poner orden en la Numidia, valiéndose de los conflictos intertribales, que enfrentaban a los distintos príncipes mauros de región. El praefectus pretorio logró conservar como aliados a los reyes Massonas y Ortaias, quienes le urgían a tomar las armas contra Iaudas. Massonas, que controlaba los montes de Nementcha, porque su padre Mefanias, que era suegro de Iaudas, había sido alevosamente asesinado por éste; y Ortaias, que gobernaba sobre la región de Hodna, porque Iaudas, junto con Mastinas, el monarca que reinaba sobre los beréberes de la Caesariensis, amenazaba con ocupar su reino. A comienzos del invierno de 535, Salomón marchó contra Iaudas. Pero no pudiendo localizarle y habiendo comenzado a escasear las provisiones, resolvió suspender la operación, y dedicó todo su tiempo a supervisar la construcción de fortificaciones en la frontera. Poco después, regresó a Cartago, donde la aguardaban graves problemas de orden interno[15].

Como acertadamente señala E. Stein, el restablecimiento del oneroso sistema fiscal romano había despertado el malestar entre una población habituada a la mucho más benigna administración financiera vándala[16]. Al enrarecimiento del clima social, vino a sumarse el descontento del ejército, ya que las tropas llevaban bastante tiempo sin

haber recibido su paga[17]. Por último, el conjunto de medidas adoptadas por el gobierno de Constantinopla, a fin de restaurar las estructuras socio-económicas propias del mundo romano, incrementaron aún más el descontento.

El 1 de enero de 535, Justiniano había promulgado una ley, que establecía un plazo de cinco años, para que los antiguos propietarios afrorromanos y sus descendientes pudiesen reclamar la devolución de las propiedades, que les habían sido arrebatadas por los germanos[18]. Simultáneamente, Salomón ordenó la confiscación de las tierras pertenecientes a familias vándalas, en beneficio del estado. Muchos de los soldados, que se habían casado con prisioneras de origen germánico, consideraban que tenían derecho a las propiedades de los padres o antiguos maridos de éstas, y se sintieron lesionados por la disposición del praefectus praetorio[19].

Pero fue, sobre todo, la legislación en materia religiosa, la que contribuyó, de manera decisiva, al estallido de la rebelión. Una ley de abril de 534 había devuelto sus propiedades a la Iglesia Católica, incluyendo edificios y vasos sagrados[20]. Aunque, de momento, se respetó la posición del clero arriano, pronto cambiaría la situación.

A comienzos de 535, se reunió un concilio en Cartago. Con el apoyo de las autoridades bizantinas, el obispo Reparato, sucesor de Bonifacio, fue capaz de congregar en la basílica de San Fausto mártir a 217 prelados, llegados de las distintas provincias africanas, para discutir y remediar cuantos quebrantos había causado en el seno de la Iglesia Católica los más de cien años de dominación vándala. El sínodo, que se abrió en un clima de regocijo general, tras el sometimiento de los últimos núcleos de resistencia germana, abordaría tres problemas candentes: el

retorno de los obispos, presbíteros y diáconos que habían partido hacia el exilio abandonando sus iglesias, la problemática surgida a raíz de la afluencia de clérigos y laicos arrianos a la Iglesia Católica, y la restitución de todos los derechos de que ésta última había gozado en la etapa previa a la llegada de los vándalos. Ante el surgimiento de divergencias respecto a las dos primeras cuestiones, se decidió recurrir a Roma, a fin de que el papa confirmase la decisión propuesta por la mayoría del episcopado africano. Los obispos Cayo y Pedro y el diácono cartaginés Liberato fueron los encargados de hacer llegar a manos del pontífice la epístola sinodal, en la que se exponían los temas objeto de polémica. Agapito I (535-536), en un apéndice hoy perdido, remitió a los padres conciliares una selección de cánones que versaban sobre aquellos asuntos, y, de acuerdo con los mismos, les comunicó que, si bien durante el período de *dominio vándalo se había tolerado que los clérigos abandonasen* sus comunidades, en el futuro ningún obispo, presbítero u otro clérigo podría ausentarse de ellas sin la oportuna carta de paz, que demostrase que estaba llevando a cabo una misión al servicio de la Iglesia. En lo concierne a los miembros del antiguo clero arriano, recomendó que fuesen automáticamente reducidos al estado secular, aunque podrían seguir recibiendo sustento de los bienes de la Iglesia, durante el resto de su vida. En cuanto a los laicos que hubiesen sido bautizados en la fe de Arrio, aconsejó que, con independencia de la edad que tuviesen en el momento en que tuvo lugar el acto, jamás se les permitiese llegar a ordenarse clérigos[21].

Una segunda legación sinodal fue enviada ante la corte de Constantinopla, con el propósito de solicitar al emperador que restituyese a la Iglesia Católica la posición especial de la que había disfrutado en el pasado. A fin de satisfacer las demandas de los obispos africanos, el 1 de abril de 535, Justiniano

promulgó un edicto, en el que confirmaba los derechos metropolitanos del obispo de Cartago y ordenaba la inmediata transferencia de todas las propiedades que aún obraban en poder del clero arriano a la Iglesia Católica. En el mismo documento se adoptaban severas medidas contra todos aquellos que no profesasen el catolicismo. El basileus prohibía a arrianos, donatistas, judíos y paganos que celebrasen sus propios servicios religiosos y les negaba el acceso a la función pública[22].

Tales disposiciones, que también afectaban a los germanos que militaban en las filas del ejército bizantino, pusieron en evidencia la exigüidad de la base social sobre la que se sustentaban las estructuras eclesiásticas arrianas. Pese a la virulencia de las persecuciones desatadas por los monarcas Asdingos contra la Iglesia Católica y a despecho de sus tentativas de establecer la unidad confesional del reino vándalo en torno a la fórmula de Nike, lo cierto es que el arrianismo nunca pasó de ser la fe de una minoría de la población norteafricana. Durante un siglo, la Iglesia arriana, había sido, ante todo, la Iglesia de la clase dirigente germana y de la monarquía, cuyo poder justificaba teológicamente. La brusca desaparición de ésta última junto con la élite vándala y su rápida sustitución como grupo rector por los funcionarios civiles y los altos mandos del ejército imperial, redujo el apoyo de que gozaba la Iglesia arriana al que pudieran prestarle los diversos elementos germánicos integrados en las fuerzas militares romanas. Como el tiempo se encargaría de demostrar, esta base era bastante frágil. La ley promulgada por Justiniano en la primavera de 535 consagraba la unidad confesional de la nueva praefectura Africae, al tiempo que contribuía decisivamente a derribar un edificio eclesiástico que, una vez eliminada la monarquía vándala, carecía de funcionalidad.

A medida que se aproximaba la vigilia de Pascua de 536, fue creciendo el descontento entre los soldados arrianos, ya que, de acuerdo con la legislación que acababa de entrar en vigor, aquel año sus obispos no podrían administrar el bautismo a los catecúmenos. El propio clero arriano contribuía, en buena medida, a enardecer los ánimos, incitando a los fieles a la rebelión. Pronto se organizó un complot para asesinar a Salomón en la catedral de Cartago, mientras asistía a los oficios católicos de Pascua. No obstante, en el momento crítico, los conjurados no fueron capaces de llevar a cabo su plan. Con todo, una parte de las tropas abandonó la ciudad y se dedicó a saquear sus alrededores. El resto de la guarnición permaneció cuatro días indecisa, al quinto se congregó en el hipódromo de Cartago y designó como su líder a Teodoro de Capadocia, un general que Justiniano había enviado a Africa con tropas de refuerzo en 534. A continuación, los amotinados asaltaron el palacio del praefectus y pasaron por las armas a todos los hombres leales al gobierno, que allí encontraron. Con la ayuda de Teodoro, que pese a todo permanecía leal al praefectus, Salomón, Procopio y el dux foederatorum Martín escaparon a bordo de un barco. Martín desembarcó en Missua (Sidi-Daoud), desde donde se dirigió a la Numidia, a fin de reunirse con el dux foederatorum Valeriano y ganarse a las guarniciones de la provincia. Salomón y Procopio continuaron viaje hasta Siracusa, donde pensaban reunirse con Belisario, quien acababa de conquistar la isla[23].

Por su parte, los rebeldes, tras haber saqueado Cartago, se congregaron en la llanura de Bulla Regia, donde eligieron como nuevo líder a Stozas, antiguo doryphoros de Martín, ya que Teodoro de Capadocia, fiel al emperador, se había quedado en la capital de la praefectura Africae, al mando de las escasas fuerzas, que aún permanecían leales al gobierno de Constantinopla. Los amotinados decidieron marchar sobre Cartago

y poner fin, cuanto antes, a la resistencia de Teodoro. Las fuerzas rebeldes estaban compuestas por 8.000 desertores bizantinos y 1.000 guerreros vándalos, 400 de los cuales pertenecían a uno de los destacamentos de Vandali Justiniani, que había regresado a Africa desde Mytilene (Lesbos), cuando se hallaban de camino hacia Oriente. A esta muchedumbre se unió un número indeterminado de esclavos, sin duda, descontentos con el retorno de los antiguos propietarios romanos[24].

En tales circunstancias, la llegada de Belisario resultó providencial. El general desembarcó en Cartago, en compañía de Salomón y 100 bucellarii. Los rebeldes, apenas tuvieron constancia de este hecho, levantaron el cerco y se retiraron en desorden. Sin demora, Belisario reunió a los 2.000 soldados fieles al emperador, que permanecían en la ciudad, bajo el mando de Teodoro de Capadocia, y marchó contra el enemigo. Los dos ejércitos se encontraron en Membressa (Medjez el-Bad), donde Belisario infligió una aplastante derrota a las tropas de Stozas, las cuales se replegaron hacia la Numidia. Acto seguido, el general y Salomón regresaron a Sicilia, dejando al frente de la guarnición de Cartago a Teodoro de Capadocia y a Ildiger, yerno de Antonina[25]. Desde este momento en adelante, Belisario ya no volverá a ocuparse de los problemas africanos, enfrascado como estaba en la campaña contra los ostrogodos.

Apenas hubo partido el general, Marcelo, dux Numidiae, salió al encuentro de los rebeldes, con todas las tropas que estaban a su mando. Topó con el adversario en Gadiaufala (Ksar Sbehi). Pero, desafortunadamente, sus hombres se pasaron a las filas del enemigo. Ante el giro experimentado por los acontecimientos, Marcelo y sus oficiales, Cirilo, Barbato, Terencio y Serapis, buscaron asilo en una iglesia. Stozas les prometió que si se rendían les perdonaría la vida. Sin embargo,

no cumplió su palabra. Apenas abandonaron el santuario, los hizo degollar[26].

Ante la gravedad de los acontecimientos que se estaban desarrollando en Africa, Justiniano decidió designar a dos hombres de su entera confianza, para que se hiciesen cargo del gobierno de la praefectura, nombrando magister militum a su primo, el patricio Germano, y praefectus praetorio al senador Símaco. Las nuevas autoridades desembarcaron en Cartago a comienzos del otoño de 536. Germano actuó con rapidez. En cuanto hubo tomado posesión de su cargo, hizo público que Justiniano le enviaba para satisfacer las peticiones del ejército. A lo largo de 537, puso en marcha una serie de medidas destinadas a ganarse a los rebeldes. Amnistió a todos aquellos que se entregaron y, además, les pagó la soldada correspondiente a los meses que habían permanecido en rebelión. De este modo, se ganó a muchos de los amotinados. Stozas, consciente de lo precaria que se estaba tornando su posición, decidió marchar nuevamente sobre Cartago. Pero Germano le salió al encuentro y le derrotó en Ad Cellas Veteres. Al comprobar que todo estaba perdido, Stozas huyó hacia el oeste con parte de sus hombres y algunos vándalos fieles. Finalmente, se instalaría en la antigua Mauritania Tingitana, donde se casó con la hija de un caudillo mauro[27].

En 538 se produjo una nueva tentativa de rebelión. En esta ocasión encabezada por Maximino, uno de los bucellarii del propio Germano. La conjura fue abortada antes de que los implicados tuvieran la suficiente fuerza como para imponerse por las armas. Los soldados fieles al emperador neutralizaron a los conspiradores, que, con excepción de Maximino, se habían congregado en el hipódromo, en espera de que se les uniese la mayor parte de la guarnición de Cartago. Inmediatamente después, Maximino fue arrestado. Con gran pericia, Germano evitó una purga

sangrienta, que hubiera disgustado al ejército, haciendo recaer toda la responsabilidad sobre Maximino, a quien mandó empalar junto a las murallas de Cartago[28].

A comienzos del verano de 539, Salomón volvió a hacerse cargo del gobierno de Africa. Justiniano le había conferido simultáneamente los cargos de praefectus praetorio y magister militum, poniendo bajo su mando tropas de refuerzo. Por segunda vez en los últimos cinco años, los poderes civil y militar, rigurosamente separados en el sistema dioclecianeo, recaían sobre una misma persona. Tal medida tenía un carácter puramente coyuntural, ya que, una vez se hubiese procedido a restablecer la paz y el orden, se retornaría a la clasica división de poderes. Sin embargo, resulta obvio que estas disposiciones excepcionales, preludian las reformas administrativas que, algunas décadas más tarde, llevará a cabo el emperador Mauricio (582-602), a través de la creación de los exarcados de Cartago y Ravenna.

Apenas hubo desembarcado en Africa, Salomón ordenó la expulsión de cuantos vándalos quedaban en la praefectura. El decreto del gobernador iba, especialmente, dirigido contra las mujeres de origen germano casadas con soldados bizantinos, ya que Salomón las consideraba responsables de haber inducido a sus cónyuges a unirse ala rebelión de Stozas contra la autoridad del gobierno de Constantinopla. A continuación, reemprendió su viejo proyecto de someter a los mauros de la región del Aurés. Tras haberlos derrotado en el campo de batalla, consiguió que la mayor parte de ellos se retirasen hacia el sur y hacia el oeste. Sólo Iaudas con 20.000 guerreros permaneció en la zona, adentrándose en el interior de las montañas. De todos modos, al final, habría de claudicar y partir hacia la Mauritania, abandonando su rico tesoro a los bizantinos. Para entonces, sólo dos importantes

principados mauros, aliados del Imperio, sobrevivían en el interior de las provincias romanas: el de Antalas en Byzacium y el de Coutzina en la Numidia[29].

Después de haber sometido a la autoridad del Imperio la Numidia, Salomón pasó a la antigua Mauritania Sitifensis. No parece que haya encontrado oposición por parte de las tribus beréberes que dominaban la antigua provincia romana, puesto que en su inmensa mayoría debían ser aliadas del Imperio. En espacial el rey de los Ucutumani, que controlaba la región que se extiende entre Sitifis e Igilgili, y Ortaias o Vartia, el príncipe mauro que gobernaba los montes de Hodna, estaban bastante romanizados y debieron aceptar sin problemas la presencia de tropas bizantinas. De hecho, en virtud de los pactos firmados por estos caudillos con Belisario, ellos mismos se comprometían a participar activamente en la defensa del territorio imperial[30]. Con la reconquista de lo que Procopio denomina "el país de Zabe", el Africa bizantina alcanzó su máxima extensión; menor que la del Africa romana, pero mayor que la del dominio vándalo:

> "Y después de que los mauros se hubieron retirado de la Numidia,..., la tierra de Zabe, que está más allá del monte Aurasium y se denomina Mauritania Prima, cuya metrópoli es Sitifis, fue anexionada al Imperio romano como provincia tributaria"[31].

La Mauritania Prima debió reunir, a partir de este momento, los restos de las antiguas Mauritania Sitifensis y Caesariensis, transladándose su capital de Caesarea a Sitifis. Mientras que la Mauritania Secunda continuaría estando compuesta únicamente por la plaza fortificada de Septem[32]. Al referirnos a los restos de la Cesariensis, conviene aclarar que, en esta

época, el caudillo beréber Mastigas dominaba toda la antigua provincia romana, sometiéndola a tributo, con excepción de la ciudad de Caesarea, que permanecía bajo control imperial. No tenemos noticia de que los bizantinos hayan tenido problemas con este monarca, de lo que podemos deducir que existía un acuerdo amistoso. Seguramente, Mastigas fuese uno de los príncipes de la Mauritania, que tras la ocupación de Cartago por las tropas de Belisario, envió emisarios para sellar un pacto con el Imperio. Esta alianza debió mantenerse en vigor durante largo tiempo, ya que ninguna de nuestras fuentes hace alusión al estallido de conflictos en la zona, ni considera que los mauros constituyesen una amenaza para el dominio imperial sobre el puerto de Caesarea[33].

Con posterioridad a 539, en una fecha aún por concretar, las tropas bizantinas conseguirían apoderarse de algún otro enclave aislado sobre el litoral este de la Caesariensis, así como de varias ciudades de la costa occidental de la Sitifensis. Con todo, Bizancio jamás llegaría establecer un corredor terrestre, que pusiese en comunicación estos puertos. El único contacto posible se efectuaba por vía marítima[34].

Haciendo uso del tesoro de Iaudas, Salomón financió la construcción de defensas fronterizas, que protegiesen los territorios recuperados[35]. En este aspecto, su obra seguía las directrices del gobierno imperial, que, tras la conquista del reino vándalo, había diseñado todo un sistema defensivo para las provincias africanas. Se trataba de establecer un limes en profundidad, constituido por una línea fronteriza de puestos fortificados, castra et castella, tras la cual se alzaba toda una serie de ciudades amuralladas. De tal modo, si los invasores mauros lograban atravesar la primera barrera, se encontrarían en el interior de un territorio guarnecido por núcleos de defensa

aislados, que llegaban hasta la costa. Dado que los beréberes, al igual que otros pueblos bárbaros, desconocían la poliorcética, les sería muy difícil apoderarse de núcleos urbanos estratégicos e instalarse de manera permanente en las zonas más fértiles de las provincias romanas[36].

Este tipo de organización defensiva de las fronteras, con el tiempo, se extenderá a buena parte del Imperio. Justiniano se encargó de establecerlo en el Illyricum y en las Thraciae, regiones amenazadas por las constantes incursiones de búlgaros y eslavos. En el suroeste hispánico debió imponerse tras la conquista imperial de 552-555, mientras que en Italia sólo se instaurará de manera definitiva después de la irrupción de los lombardos en 568. Por el contrario, la frontera oriental, bastante tranquila durante todo el siglo VI, si se exceptúa las invasiones persas de 540 y 573, no estuvo adecuadamente atendida, hasta el punto de que la línea de fortificaciones situada en los bordes del desierto de Siria quedó prácticamente abandonada, y sólo las ciudades amuralladas ofrecían refugio a la población en caso de peligro[37].

En el territorio africano, el sistema de defensa bizantino dispuso de los efectivos militares necesarios para sostener el dominio imperial. El ejército de campaña estaba compuesto por algunos excubitores de la guardia imperial destacados en la región; foederati bárbaros mercenarios; contingentes indígenas de gentiles; y, sobre todo, por milites comitatenses. Para proteger el limes frente a los mauros se organizó un ejército de frontera compuesto por soldados-campesinos o limitanei, que defendían los castra et castella situados sobre puntos estratégicos en las rutas de tránsito hacia los territorios dominados por el Imperio. Al mismo tiempo, estos soldados cultivaban parcelas de tierra, que les habían sido

entregadas por el estado, en las proximidades de los enclaves fortificados que custodiaban. Por lo general, vivían con sus mujeres e hijos en un hábitat concentrado, próximo a los castra et castella, que podían servirles de refugio en caso de peligro. Poco sabemos sobre el tipo de tierras en que fueron asentados. Una inscripción procedente de Ain-el-Ksar en la Numidia, lugar donde se ha localizado uno de estos puestos fronterizos, presumiblemente atendido por una guarnición de limitanei, nos informa de que los soldados habían recibido lotes de tierra pertenecientes a un dominio imperial. Aunque el dato es digno de tenerse en cuenta, es imposible generalizar semejante uso a toda la praefectura, a partir de una referencia aislada[38].

La obra de afirmación del poder bizantino sobre el norte de Africa, llevada a cabo por Salomón, resultó verdaderamente eficaz, no sólo en el plano militar, sino también en el administrativo. Es muy probable que, bajo la prefectura de Símaco, se completase la reorganización del sistema fiscal africano, lo que permitiría a Salomón extenderlo a nuevos territorios, tras la conquista de la antigua Sitifensis, y recoger los frutos de la tributación[39]. Sin embargo, toda su labor pronto se vería sometida a una dura prueba.

2.2. Rebeliones militares y guerras mauras (543-565).

El período de paz que conoció Africa entre 539 y 543, vino marcado por el desarrollo de la prosperidad económica y la consolidación del sistema de defensa bizantino frente a los pueblos mauros. No obstante, el panorama cambió, de manera radical, con la llegada de la peste bubónica. Según nos cuenta Evagrio, la plaga, que se manifestó por primera vez en el mundo Mediterráneo en 541, procedía de Etiopía[40]. Todos los indicios apuntan a que la epidemia pudo haber llegado hasta el reino

abisinio de Axum desde la región de los grandes lagos del Africa central, o desde el Extremo Oriente, ya que en ambas regiones se han detectado focos endémicos de peste bubónica, y con ambas mantuvieron estrechos lazos comerciales los etíopes en el siglo VI. Anualmente, una expedición penetraba en el interior del continente africano en busca de oro; y en Adulis, el mayor puerto de Etiopía, fondeaban barcos procedentes de Arabia, India, Ceilán y China[41].

La peste ascendió por el mar Rojo hacia el norte, y penetró en el Imperio durante la primavera de 541[42], probablemente a través del golfo de Suez, donde se hallaba el único puerto romano abierto al tráfico con Etiopía, Clysma[43]. En sus muelles se descargaban mercancías que previamente habían pasado por Adulis. Se trataba de productos exóticos, importaciones de lujo, que satisfacían las demandas de los grupos privilegiados de la sociedad bizantina[44].

Desde Clysma, la epidemia debió viajar a través de la Augustamnica Prima hasta la ciudad mediterránea de Pelusium, primer centro urbano de cierta entidad, donde procopio situará un brote epidémico en el interior del Imperio. Al llegar a este punto, la línea de difusión seguida hasta entonces se bifurcó en dos direcciones divergentes: una por la costa oeste hacia Alejandría y otra por el litoral nordeste hacia Antioquía de Siria. De manera invariable, los primeros focos de contagio se dieron en los puertos. Sólo después de haber hecho presa en ellos, la peste penetraba hacia el interior; lo que demuestra que el mal viajó por las habituales rutas mercantiles del mundo mediterráneo, en las bodegas, plagadas de roedores infectados, de los cargueros comerciales. Así, por ejemplo, en el caso de Egipto, la epidemia no subió por el cauce del Nilo hasta alcanzar su desembocadura, sino que, por el contrario, remontó el curso

del río desde la región del delta, donde se hallaban Alejandría y Pelusium[45].

En el transcurso de la primavera de 542, la plaga, que el otoño anterior había devastado todo Egipto, arrasó ahora la ciudad de Constantinopla, adonde llegó, procedente de Alejandría, a bordo de los mercantes que transportaban el trigo egipcio, necesario para el aprovisionamiento de la capital. Al mismo tiempo, la epidemia se propagó por Palestina y Siria, causando especiales estragos en Antioquía, la cual aún no se había recuperado del saqueo y destrucción que sufriera a manos de los persas en 540[46].

A fines del otoño de 542, la peste ya había devastado buena parte de las tierras del Mediterráneo oriental. Egipto, Palestina, Siria, las Thraciae y el Illyricum habían padecido su presencia[47]. Probablemente, para estas fechas también la hubiesen conocido algunos puertos mediterráneos del Asia Menor. A comienzos de la primavera de 543, la peste penetró en la Persia de los Sasánidas. Cosroes I, que planeaba invadir el Imperio romano, se vio obligado a replegarse con sus tropas hacia Asiria, para evitar que el ejército se contagiase, ya que la calamidad azotaba la Media Atropatene, el actual Azerbaidján[48].

Aquel mismo año Occidente habría de conocer los primeros brotes de peste. Africa, Italia e Hispania serían las primeras damnificadas. Las Galias y Germania la conocerían algo más tarde. El Additamentum al Chronicon del comes Marcelino señala que precisamente en 543 una mortalitas magna devastó toda Italia, después de haber arrasado Oriente y el Illyricum[49]. Por las mismas fechas la mortandad alcanzó las costas del Africa bizantina. Flavio Coripo, el célebre poeta africano del siglo VI, nos ha legado un relato versificado en su Iohannidos, poema

dedicado al general Juan Troglita. Destaca el hecho de que mientras las ciudades de la costa sufrieron el azote con virulencia, las tribus mauras del interior se vieron libres de la plaga, lo que les facilitaría, pocos meses después, la penetración en las provincias romanas, desprotegidas como estaban, a causa de las bajas que la peste había provocado entre los soldados de los destacamentos militares bizantinos[50].

Con todo, no se puede atribuir a los estragos de la peste el cambio de signo en las relaciones entre el Imperio y los pueblos mauros. Aunque la epidemia facilitó las incursiones beréberes contra el territorio romano, el factor causal que desencadenó, una vez más, la guerra fue de índole socio-política. Como señala Ch. Courtois, desde la perspectiva de la historia del norte de Africa, el suceso fundamental que marca el siglo que se extiende desde la invasión vándala a la restauración imperial es el resurgimiento del mundo berébér[51]. Este fenómeno, que va asociado a la constitución de toda una serie de principados mauros, no se paralizó con la llegada de los bizantinos. Si bajo la monarquía vándala asistimos a la primera fase de expansión territorial de varios poderoso reinos beréberes, bajo el dominio imperial presenciamos la formación de grandes coaliciones dispuestas a combatir a los efectivos enviados por el gobierno de Constantinopla. Partiendo de este marco de referencia general, pasaremos a analizar los elementos coyunturales que provocaron el estallido de la nueva crisis.

En 543, de manera paralela a la llegada de la peste a Africa, Sergio, sobrino de Salomón, fue nombrado dux Tripolitaniae por el emperador Justiniano. Se trataba de un joven "immaduro tanto en carácter como en años, dominado hasta el exceso por la desconfianza y un espíritu de desprecio hacia todos los hombres, afeminado e hinchado de orgullo". De acuerdo con el

testimonio de Procopio de Caesarea, Sergio carecía de la experiencia necesaria para asumir el cargo militar que le había sido otorgado. Su único mérito consistía en ser el pretendiente de Joannina, la hija del general Belisario y de Antonina, amiga íntima de la emperatriz Teodora[52]. En cualquier caso, conviene precisar que Procopio se muestra bastante hostil hacia la Augusta y sus protegidos, por lo que, seguramente, el retrato negativo que nos ofrece de Sergio forma parte de una lectura sesgada, o cuanto menos parcial, de su obra política.

Poco tiempo después de haber desembarcado en Leptis Magna, Sergio se enfrentó a un delicado problema, que no logró resolver convenientemente. La tribu maura de los Levathae se presentó ante los muros de la ciudad, para solicitar al nuevo representante del basileus la firma de un pacto y la entrega a de las insignias correspondientes a la dignidad principesca de sus jefes. Sergio, aconsejado por Pudencio, el mismo personaje que había entregado la Tripolitania a los bizantinos, recibió en el interior de Leptis Magna a 80 delegados bárbaros, todos ellos hombres principales de la tribu. Tras jurar sobre los evangelios que prestaría atención a sus demandas, los invitó a un banquete. Ahora bien, en el transcurso de la cena se suscitó una polémica, cuando uno de los jefes mauros acusó a las tropas imperiales de haber robado sus cosechas. En el tumulto que se produjo a continuación, los bucellarii de Sergio masacraron a todos los notables mauros. Tan sólo uno logró escapar. Al conocer la noticia, la tribu entera de los Levathae se alzó en armas contra los bizantinos. Pese a que en principio Sergio logró derrotar a los rebeldes, con perdida de la vida de Pudencio, pronto la insurrección se extendió a otras zonas de la praefectura[53]. Se abre así un nuevo período de inestabilidad política e intensa actividad militar que se prolongará durante cinco años.

Antalas, rey de los Frexas, hasta aquel momento aliado del Imperio, se unió a los sublevados y comenzaron a devastar la provincia de Byzacium. Los motivos que provocaron esta nueva defección parecen bastante obvios. Recientemente, Salomón había hecho ejecutar por traición a Guarizila, hermano del príncipe beréber, suspendiendo, al mismo tiempo, el pago del subsidio que Bizancio entregaba cada año a los Frexas. Ante el cariz que comenzaban a tomar los acontecimientos, Salomón decidió concentrar en Cartago el mayor número posible de tropas. Con tal propósito en mira, hizo llamar a su sobrino Sergio y al hermano de éste, Ciro, que, a la sazón, ocupaba el cargo de dux Pentapolis. Ambos acudieron en compañía de cuantos hombres pudieron sustraer a la defensa de sus respectivas provincias. Por otra parte, Salomón contaba con el apoyo de Coutzina, cuya jefatura reconocían diversas tribus de la Numidia. Precisamente, gracias al apoyo de los aliados mauros, el magister militum consiguió aplastar a las fuerzas de Antalas en Theveste, a comienzos de la primavera de 544. No obstante, pocos días después, la indisciplina de los soldados bizantinos y la superioridad numérica del enemigo provocaron el desastre. El ejército imperial fue derrotado por Antalas en la batalla de Cillium (Kasserine), en Byzacium, donde Salomón encontró la muerte combatiendo junto a sus bucellarii[54].

Sergio sucedió a su tío en el magisterium militiae Africae. Sin embargo, su manifiesta incapacidad para el mando y sus constantes abusos de poder, pronto le granjearon el odio y el desprecio del ejército imperial y de los provinciales afrorromanos. Además, su persona era un obstáculo para la pacificación de la praefectura. Una carta dirigida por Antalas al emperador resulta muy reveladora al respecto. En el documento, el rey de los Frexas hacía saber a Justiniano que estaba dispuesto renovar su alianza con el Imperio, a condición de que

sustituyese al sobrino del hombre que había hecho ejecutar a su hermano por un nuevo magister militum. El basileus rechazó esta oferta de paz; sin duda, presionado por el poderoso círculo de la emperatriz Teodora, que no estaba dispuesta a consentir que su favorito fuese destituido para satisfacer las demandas de un bárbaro[55].

Entre tanto, la situación africana se iba deteriorando. Si bien los Levathae se habían retirado a su territorio, tras recibir 3.050 sueldos de oro de la población de Laribus (la antigua Lares); Antalas, al que se había unido el rebelde Stozas, sembraba el pánico y la destrucción en Byzacium. Los provinciales instaron a tomar las armas a Juan, hijo de cierto Sisiniolo, llegado a Africa como uno de los miembros del alto estado mayor de Salomón en 539. Pero a despecho de los esfuerzos de éste y del dux Byzacii Himerio, Stozas se apoderó de Hadrumentum y la saqueó. Poco después, la ciudad fue recuperada por los imperiales. Con todo, los mauros y las tropas de Stozas continuaron devastando la provincia. La población romana se refugió en las ciudades o huyó a Sicilia y otras islas mediterráneas próximas a la costa africana. Los miembros más destacados de la nobleza prefirieron dirigirse a Constantinopla, donde podían hacer oír sus quejas al emperador[56].

La presión de los exilados obligó a Justiniano a tomar una serie de medidas, destinadas a poner fin a la crisis africana. Aunque no destituyó a Sergio, le designó un colega en el ejercicio del magisterium militiae Africae. Se trataba del patricio Aerobindo, marido de su sobrina Proyecta, y uno de los miembros más destacados de la nobleza senatorial de Oriente. Sin embargo, carecía de cualificación militar y no estaba capacitado para desempeñar la misión que se le había confiado. El emperador también nombró un nuevo praefectus praetorio Africae. El elegido

fue Atanasio, quien poseía gran experiencia administrativa, ya que había servido como praefectus praetorio Italiae. En compañía de Areobindo y Atanasio fue enviado un pequeño ejército de refuerzo, compuesto en gran parte por tropas de origen armenio, al mando de los hermanos Artabanes y Juan, descendientes de la casa real de los Arsácidas. Además, Justiniano dividió las areas sobre las que Sergio y Areobindo ejercerían su comandancia militar. Mientras al primero se le encargó pacificar la Numidia, donde Coutzina y Iaudas, que deseaba recuperar su reino, acababan de alzarse en rebelión; al segundo le correspondió Byzacium, arrasada por las acciones de Antalas y Stozas[57].

En la primavera de 545, Areobindo desembarcó en Cartago. Le acompañaban su hermana, su esposa Proyecta y el praefectus praetorio Atanasio. Ofendido por el envio de un colega, Sergio abandonó la ciudad, para combatir a los rebeldes de la Numidia. Por su parte, Areobindo ordenó a Juan, hijo de Sisiniolo, que marchase contra Antalas y Stozas, quienes habían penetrado en la Zeugitana y acampaban en Sicca Veneria, a tan sólo tres jornadas de Cartago. Como precisase refuerzos para hacer frente al enemigo, solicitó la colaboración de Sergio, pero éste no acudió a la llamada de Areobindo; por lo que Juan tuvo que hacer frente a Antalas y Stozas con efectivos muy inferiores, a los que hubiesen sido necesarios para garantizar la victoria. El encuentro entre los dos ejércitos tuvo lugar en Thacia (Bordj Messaoud), en el camino de Sicca Veneria a Cartago. Aunque en el transcurso de la batalla Juan hirió mortalmente a Stozas, las fuerzas imperiales fueron completamente derrotadas. De hecho, en los últimos momentos del combate, el propio Juan hallaría la muerte[58].

Cuando Justiniano tuvo noticia de la catástrofe de Thacia, llamó a Sergio de vuelta a Constantinopla y le envió a

Italia con un ejército, para luchar contra los ostrogodos del rey Totila (541-553). A partir de este momento, Areobindo se convirtió en la única y suprema autoridad militar del norte de Africa. Sin embargo, la estabilidad de su posición pronto se vio amenazada por Guntarico, dux Numidiae, quien entró en negociaciones secretas con Coutzina y Iaudas, a fin de que uniesen sus fuerzas a las de Antalas y Juan, sucesor de Stozas, y marchasen sobre Cartago. Ante el avance de los mauros y desconociendo la existencia de un complot destinado a derrocarle, Areobindo reunió un importante contingente de fuerzas y puso a Guntarico al mando de ellas. Pero el dux Numidiae aprovechó la ocasión que se le brindaba para hacerse con el poder. Al comprobar que había sido traicionado, Areobindo decidió refugiarse con su esposa, su hermana y unos pocos fieles en un monasterio fortificado, que había fundado Salomón en las afueras de Cartago. Entre tanto, Guntarico se apoderó de la ciudad. Algunos días después, y pese a haber dado palabra de dejarle en libertad, hizo asesinar al infortunado Areobindo. En cambio, permitió que el praefectus praetorio Atanasio conservase la vida, en atención a su avanzada edad[59].

Con todo, la situación de Guntarico era bastante incierta, de ahí que proyectase unirse en matrimonio a la viuda de Areobindo. Antalas, que había regresado a Byzacium, se alió con el dux de esta provincia, Marcencio, quien permanecía leal al gobierno de Constantinopla. A comienzos de 546, Artabanes, el joven jefe del destacamento armenio que había llegado a Africa con las tropas mandadas por Areobindo, fue enviado por Guntarico contra Antalas. Pero el comandante entabló negociaciones con el enemigo y retornó a Cartago, haciendo saber a Guntarico que sólo una fuerza muy superior sería capaz de pacificar Byzacium. Guntarico decidió ponerse él mismo al mando de la expedición. Pero durante un banquete, que se celebró en vísperas de su

partida, fue asesinado por Artabanes. A continuación, fueron ejecutados todos los amigos y cómplices del tyrannus, entre los que se encontraban los vándalos que seguían a Stozas. El líder de estos último, Juan, fue enviado a Constantinopla, donde le serían amputadas las manos antes de subir al patíbulo[60].

A fines del verano de 546, Artabanes, que había venido desempeñando el cargo de magister militum Africae desde la muerte de Guntarico, regresó a Constantinopla, donde fue nombrado cónsul, comes foederatorum y magister utriusque militiae praesentalis; si bien la emperatriz Teodora, deseosa de limitar su poder, le obligó a reconciliarse con su esposa repudiada, impidiéndole, de tal modo, optar a la mano de la viuda de Areobindo, a quien el joven general ambicionaba desposar, para, de este modo, poder entrar a formar parte la familia imperial. El macedonio Juan Troglita, que sucedió a Artabanes en el magisterium militiae Africae, desembarcó en Cartago a comienzos del otoño de 546, con un ejército que debía restaurar el orden en la praefectura. Puesto que el año anterior se había firmado la paz con Persia, Justiniano disponía de tropas suficientes para emprender la tarea de pacificar Africa. Juan Troglita era un militar con gran experiencia, ya que había servido como comandante de un regimiento de foederati durante la guerra de los vándalos, obteniendo, bajo el primer gobierno de Salomón, el cargo de dux. Más tarde, hacia 541, le encontramos tomando parte en la batalla de Nisibis como dux Mesopotamiae. Se trataba de un gran estratega, cuyas dotes resultarían indispensables, para acabar con las convulsiones que venían agitando Africa desde la muerte de Salomón[61].

Cuando Juan Troglita desembarcó en Cartago se encontró con una situación explosiva. Iaudas, hostil a los bizantinos, dominaba nuevamente la región del Aurés. Antalas, que seguía

devastando Byzacium, había establecido una alianza con los Levathae o Austuriani, liderados por Ierna, y se había convertido en una amenaza para la propia Zeugitana. Sólo Coutzina había vuelto a establecer un pacto con el Imperio. Durante el invierno de 546-547, Juan obtuvo en Byzacium una resonante victoria sobre la coalición de tribus beréberes. Aunque Antalas logró huir, Ierna y varios millares de mauros encontraron la muerte en combate. Los imperiales lograron recuperar las enseñas militares que Salomón había perdido en la batalla de Cillium y las riquezas provenientes de las razzias efectuadas por los mauros en territorio romano[62].

Tras la victoria, Juan Troglita abordó la tarea de reorganizar el limes, muy degradado a causa de los conflictos que habían tenido lugar en los últimos años. Desafortunadamente, la tranquilidad no duró demasiado. A comienzos del verano de 547, las tribus mauras de la Tripolitania, bajo la dirección de Carcasano, rey de los Ifuraces, se volvieron a rebelar, marchando sobre Byzacium. Rufino, dux Tripolitaniae, solicitó la ayuda de Juan, para hacer frente al enemigo. Pero, al parecer, parte de las tropas bizantinas habían sido transferidas a Italia, e Ifisdaias, un importante jefe beréber del sur de la Numidia, cuyo reino nos resulta difícil emplazar con precisión, se negaba a cumplir con sus deberes de aliado, porque estaba en malas relaciones con su vecino Coutzina. A despecho de las dificultades, Juan se internó en la Tripolitania, dispuesto a detener el avance de los mauros. Pero las tropas imperiales no estaban acostumbradas a efectuar trayectos por el desierto, y en cuanto comenzaron a escasear los víveres y el agua, se produjo un motín, que obligó al magister militum Africae a retirarse hacia la costa de la Pequeña Sirte. Derrotado por los beréberes en las proximidades de Marta (Mareth), Juan decidió retornar a la Zeugitana, y hacerse fuerte en Laribus, localidad bien

comunicada con Cartago y Numidia, provincia esta última donde los bizantinos contaban con el apoyo de las tribus mauras. Entre tanto, Antalas se unió a Carcasano, y ambos comenzaron a devastar Byzacium[63].

Durante el invierno de 547-548, Juan Troglita reorganizó el ejército y logró que Ifisdaias y Coutzina llegasen a un acuerdo. Además, firmó una alianza con Iaudas. De este modo, se procuró un importante contingente de tropas aliadas. En la primavera de 548, marchó contra Antalas y Carcasano. Pero pronto surgieron problemas. Agotadas por varias semanas de marcha, en las que no habían tropezado con el enemigo, y hambrientas a causa de la escasez de víveres, las tropas bizantinas se amotinaron nada más llegar a Lariscus (La Skhira), puerto situado en la costa de la Pequeña Sirte, donde Juan había planeado instalar su base de operaciones. Sin embargo, en esta ocasión la revuelta fue sofocada sin problemas, ya que los aliados mauros no participaban en ella. Mientras tenían lugar estos acontecimientos, Antalas y Carcasano habían ocupado los Campi Catonis en el sur de Byzacium. Cerca de este lugar, en Latara, se libraría una cruenta batalla, de la que saldrían triunfadoras las tropas imperiales. Diecisiete príncipes beréberes cayeron en combate. Tanto Antalas como las tribus de la Tripolitania se vieron obligados a aceptar las humillantes condiciones de paz impuestas por los vencedores[64].

A Juan Troglita, nombrado patricio tras la victoria de Latara, aún se le encomendaría la tarea de recuperar para el Imperio las islas de Corsica y Sardinia. Ambas habían sido ocupadas recientemente por el rey ostrogodo Totila, quien las había sometido a tributo. En el otoño de 551, Juan envió un importante número de soldados a bordo de una flota de naves; pero las tropas bizantinas fueron rechazadas por la guarnición que los godos habían establecido en Caralis. Al año siguiente, después

de la batalla de Busta Gallorum, en la que los godos fueron totalmente aplastados, las fuerzas imperiales pudieron ocupar las islas sin ningún problema. En cuanto a Juan Troglita no volvemos a tener noticias sobre su persona. Es probable que haya fallecido o que Justiniano le relevase de su cargo en 552, al mismo tiempo que al anciano prefectus praetorio Atanasio, sustituido por Paulo[65].

Al concluir la guerra, la situación interna del Africa bizantina era bastante desalentadora. La peste y las incursiones mauras habían provocado el despoblamiento de amplias zonas de la praefectura, sobre todo en la provincia de Byzacium, con la consiguiente contracción de la actividad agrícola por falta de mano de obra. Además, los continuos saqueos y las operaciones militares habían provocado la destrucción de infraestructuras rurales y urbanas. Procopio de Caesarea destaca la situación de pobreza general que afectaba a la región[66].

Afortunadamente, la paz establecida por Juan Troglita posibilitaría una lenta recuperación económica. Del largo período que se extiende de 548 a 563, poseemos escasa documentación que nos permita reconstruir la evolución interna del Africa bizantina. Especial interés revisten dos leyes relativas al colonato. La primera de ellas fue promulgada el 6 de septiembre de 552 y remitida al praefectus praetorio Paulo. En virtud de la misma, el emperador prohibía a los propietarios africanos reclamar aquellos colonos, que, bajo la monarquía vándala, hubiesen huido de sus tierras y llegado a establecerse como hombres libres; norma que se hacia extensible a sus descendientes. Sin embargo, los propietarios podían hacer valer sus derechos sobre los colonos que hubiesen abandonado el dominio a que estaban vinculados originalmente, para instalarse en las tierras de otro señor. Idénticas disposiciones se repiten en la

segunda de las leyes a que hacíamos referencia, publicada el 22 de septiembre de 558 y dirigida al praefectus praetorio Juan[67].

Ambas constituciones apuntan el principal problema con que se encontraron los propietarios africanos a la hora de emprender la reconstrucción económica de la región: la escasez de mano de obra, que les obligó a reclamar a sus antiguos colonos. Como ya hemos señalado, las guerras y epidemias habían producido una grave crisis demográfica, cuyos efectos no sólo se dejaban sentir en Africa, sino en todo el mundo mediterráneo. Las medidas de Justiniano, a favor del mantenimiento de la libertad de antiguos colonos africanos que habían logrado establecerse por su cuenta, no deberían inducirnos a engaño. Numéricamente debían constituir una minoría. En cambio, el emperador tuvo buen cuidado en disponer que los colonos que hubiesen pasado de un dominio a otro fuesen reintegrados a aquel al que se hallaban vinculados originalmente. Sin duda, se trataba de una situación mucho más habitual que la primera, y, probablemente, era la que más inquietaba a los grandes propietarios.

Con el restablecimiento de la paz también se produjeron reajustes en el mapa administrativo. Como ya hemos tenido oportunidad de comentar, en 539 Salomón había ocupado un amplio territorio de la antigua Mauritania Sitifensis, integrándolo en la Mauritania Prima. No obstante, el De aedificiis de Procopio de Caesarea, publicado en 554, nos informa que la zona oriental de la antigua Sitifensis formaba parte de la Numidia[68]. Según Y. Duval, este cambio pudo haberse operado poco después de 546, fecha en la que el caudillo beréber Iaudas intentó recuperar su antiguo reino, obligando a los bizantinos a retirar tropas de la Sitifensis, para concentrarlas en la defensa de la vecina Numidia[69]. A comienzos del siglo VII, Jorge de Chipre en su Descriptio Orbis Romani, también incluye en la

Numidia la mayor parte de los restos de la Sitifensis; aunque registra la existencia de dos Mauritaniae, la Prima, que se reducía a la ciudad de Sitifis y algún otro enclave costero aislado, y la Secunda, en la que tan solo se incluye la plaza de Septem, dado que las islas Baleares formaban, junto con los territorios hispanos recuparados entre 552 y 555, la nueva provincia de Spania[70]. Es de destacar la pervivencia de las denominaciones oficiales de las distintas circunscripciones, aún cuando los límites geográficos asignados a las mismas hubiesen variado en función de los avatares políticos.

Durante los últimas años del reinado de Justiniano se produjeron nuevas convulsiones en el Africa bizantina. En diciembre de 562, el magister militum Africae Juan Rogatino hizo asesinar al príncipe beréber Coutzina en Cartago. Ignoramos que razones le impulsaron a deshacerse de este antiguo aliado del Imperio. En cualquier caso, los hijos del interfecto reaccionaron encabezando una nueva rebelión maura en la Numidia. El problema llegó a ser tan grave que, en la primavera de 563, Justiniano tomó la determinación de enviar desde Constantinopla a su sobrino Marciano, en sustitución de Juan Rogatino, al mando de un ejército, que restableciese la paz en la praefectura. No obstante, parece ser que las tropas imperiales no lograron someter por completo a los insurrectos. Debido a ello, en 564 o 565, el emperador nombró como prefectus praetorio Africae a Tomás, quien, según Coripo, consiguió llegar a un acuerdo con los mauros por vía diplomática (vicit consiliis, quos nullus vicerat armis). Se habría así un nuevo período de paz, que desdichadamente, no iba a durar mucho[71].

Las tribus beréberes asentadas en las regiones montañosas de la Numidia y Byzacium y en los bordes desérticos de la Tripolitania, continuaron creando problemas a los

bizantinos. Como ya hemos visto, desde el mismo instante en que Belisario tomó posesión de Cartago, los representantes del gobierno de Constantinopla se apresuraron a concertar alianzas con los caudillos mauros, a fin de conseguir su colaboración militar y asimilarlos al Imperio. En el caso de los príncipes de la zona costera de las Mauritaniae y del litoral de las provincias bizantinas se llegó a acuerdos amistosos, que, sin duda, perduraron largo tiempo. En cambio, con los jefes de los pueblos instalados en las cordilleras de la Numidia y Byzacium o en los límites del desierto de la Tripolitania fue necesario recurrir, en repetidas ocasiones, a la fuerza de las armas, para hacerles respetar unos pactos, que con frecuencia quebrantaban.

Resulta evidente, pues, que no todos los grupos beréberes adoptaron la misma posición ante la restauración de la autoridad imperial en el norte de Africa. Factores de índole social explican este fenómeno. Aquellos pueblos cuyas élites nobiliarias se hallaban vinculadas directamente a las tradiciones urbanas de Roma, profesaban el cristianismo y habían sido capaces de constituir formaciones políticas que transcendían las relaciones de parentesco propias de la sociedad tribal, no dudaron en establecer ventajosas alianzas con el Imperio, a fin de consolidar su poder sobre la comunidad que gobernaban. Por el contrario, las poblaciones alejadas de los centros urbanos, entre las que pervivían cultos paganos y se conservaban intactas las estructuras socio-políticas de origen gentilicio, opusieron una tenaz resistencia a todo intento de asimilación por parte de Bizancio.

Tal dualidad de posiciones frente al restablecimiento del poder imperial en el norte de Africa nos es confirmada por los cronistas árabes, que suelen clasificar a las tribus beréberes en dos grandes grupos: Butr y Baranis. La diferencia

entre uno y otro no reside, como a veces se ha apuntado, en que los primeros fuesen nómadas y los segundos sedentarios. Existen demasiadas excepciones que hacen inaceptable esta hipótesis. Antes bien, parece que los Baranis podrían ser identificados con aquellos pueblos de las regiones costeras que habían desarrollado estructuras socio-políticas que transcendían el marco de la tribu y que establecieron relaciones cordiales con el Imperio; mientras que con el término Butr se denominaría al conjunto de poblaciones que, integradas en la confederación de los Levathae, dominaban la Tripolitania, conservando formas de organización social y política bastante arcaicas. Según Ibn Abd al-Hakam, los árabes, en su expansión hacia Occidente, se apoyaron en las tribus Butr, para dominar el territorio norteafricano[72].

Pese a la amenaza que suponían, para la estabilidad de las provincias bizantinas, las rebeliones militares y las incursiones mauras, a fines del reinado de Justiniano, el dominio del Imperio sobre el litoral africano estaba bien asentado. La reconquista de Dalmatia, Sicilia e Italia, tema que abordaremos, más adelante, garantizaba a Constantinopla un control político absoluto sobre el Mediterráneo central. Así mismo, el establecimiento de bases militares en el sureste de la Península Ibérica permitiría al gobierno imperial consolidar su señorío en la zona del mar Baleárico y el estrecho de Gibraltar.

NOTAS.

1. CJ, I, 27, 1. Sobre la inclusión de las islas Baleares en la provincia de Corsica, cf. VALLEJO GIRVES, M., Bizancio y la España Tardoantigua (SS. V-VIII): Un capítulo de historia mediterránea, Alcalá de Henares, 1.993, pp. 354-355; 369-370.

2. PROC., De bellis, IV, 20, 30.

3. Ibid., IV, 5, 5-7.

4. CJ, I, 27, 1. Sobre el plan de reformas administrativas llevado adelante por Juan de Capadocia entre 532 y 541, durante su segunda prefectura, cf. STEIN, E., Histoire du Bas-Empire, II, De la disaparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien (476-565), París, 1.959, pp. 463-480.

5. CJ, I, 27, 2.

6. PROC., De bellis, IV, 9, 1-2. Augusto reservó el triumphus únicamente para el emperador, concediendo a los generales las insignias triumphalia. El último triumphus celebrado por un personaje no perteneciente a la familia imperial, tuvo lugar en el año 19 a. C. Fue el de Lucio Cornelio Balbo. Cf. STEIN, E., op. cit., p. 320, n. 3.

7. PROC., De bellis, IV, 9, 3-9. Para el triumphus de Belisario, cf. McCORMICK, M., Eternal Victory. Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West, Cambridge, 1.986, pp. 65-66; 125-128; 262.

8. Tras la conquista del reino vándalo, algunos de los oficiales de Belisario, hostiles a Justiniano, habían recomendado a su señor que se proclamase rey de Africa. Pero el joven general, fiel al emperador, se había negado a escuchar sus sugerencias, y había preferido regresar a Constantinopla, para no despertar las sospechas de Justiniano. Cf. PROC., De bellis, IV, 8, 1-5.

9. Ibid., IV, 9, 10-12. Sobre la relevancia de esta ceremonia, cf. McCORMICK, M., op. cit., pp. 126-128.

10. PROC., De bellis, IV, 9, 13-14.

11. Ibid., IV, 9, 15-16.

12. Ibid., II, 21, 4; IV, 14, 17. Sobre los Vandali Justiniani, cf. JONES, A. H. M., The Later Roman Empire. 284-602, Oxford, 1.964, p. 659.

13. PROC., De bellis, III, 11, 5-6; 9; 24, 19; IV, 8, 4; 23; JUST., Nov., XXXVI; XXXVII; THEOPHYL., Hist., II, 3, 13; 4, 12; CIL, VIII, 4.677.

14. PROC., De bellis, IV, 10, 6-12; 11, 1-56. CIL, VIII, 1.863.

15. PROC., De bellis, IV, 13, 1-39.

16. Ibid., IV, 8, 25; STEIN, E., op. cit., II, p. 321.

17. PROC., De bellis, IV, 15, 55.

18. JUST., Nov., XXXVI: Ut hi qui in Africa sunt intra quinquennium competentes sibi res usque ad certum gradum debeant vindicare.

19. PROC., De bellis, IV, 14, 8-10.

20. PRINGLE, D., The Defence of Byzantine Africa form Justinian to the Arab Conquest, Oxford, 1.981, p. 25.

21. Cabría destacar la diferencia existente entre la solución propuesta por el pontífice y acatada por la Iglesia africana en 534, y la que adoptará la Iglesia hispana del reino visigodo de Toledo en 589, en relación al clero arriano convertido al catolicismo. Como apunta ORLANDIS, J., "Los problemas canónicos de la conversión de los visigodos al catolicismo", La Iglesia en la España visigótica y medieval, Pamplona, 1.976, p. 48, en el caso del estado visigodo, "los obispos y clérigos arrianos fueron recibidos en la Iglesia Católica, respetándose la dignidad y el grado que habían ostentado en su propio clero". Semejante salida consensuada era posible en un estado romano-germánico, en donde se había pasado del arrianismo al catolicismo por decisión de su soberano; pero no en un territorio que, como el africano, acababa de ser reincorporado al Imperio romano. Aquí se imponía la observancia canónica más rigurosa. Por otra parte, cabría señalar que los padres reunidos en el Concilio de Cartago de 534, también, abordaron el viejo debate en torno a la independencia de los monasterios respecto a la sede episcopal más próxima. En este campo, el episcopado salvaguardó la exclusividad de su derecho a ordenar clérigos y consagrar oratorios. Sin embargo, reconoció a los monjes la facultad de elegir libremente a su abad. De producírse una disputa entre distintas facciones de una misma comunidad, abades foráneos efectuarían la elección. Sólo en caso de que, ni aún así, se solventase el conflicto, la

intervención del metropolitano de la provincia estaría plenamente justificada. Cf. HEFELE, K. J. von, A History of the Councils of the Church, IV, Edimburgo, 1.895, pp. 188-190.

22. JUST., Nov., XXXVII. El papa encomiaría a Justiniano por lo que, a su juicio, era una prueba más del celo que demostraba el soberano en la defensa de la fe; cf. Coll. Avell., 88.

23. MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 535, 1; PROC., De bellis, IV, 8, 25; 14, 1; 4; 7; 11-42. Un análisis bastante lúcido sobre esta revuelta nos lo ofrece DIEHL, Ch., L'Afrique byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique. 533-709, I, París, 1.896, pp. 77-80.

24. PROC., De bellis, IV, 14, 18; 15, 1-8

25. Ibid., IV, 8, 24; 15, 9-49; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 535, 1; CORIPP., Joh., III, 305-313; JORD., Rom., 369-370.

26. PROC., De bellis, II, 15, 50-59; JORD., Rom., 369.

27. PROC., De bellis, IV, 16, 3-17, 35; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 537, 3; CORIPP., Joh., III, 316-318; RAV., Cosmogr., I, 3.

28. PROC., De bellis, IV, 18, 1-18.

29. PROC., De bellis, IV, 19, 1-20, 29; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 539, 5; 540, 4; CORIPP., Joh., II, 140-143; III, 301-304.

30. PROC., De bellis, III, 25, 3-5; MANZANO, E., "Beréberes de Al-Andalus: los factores de una evolución histórica", Al-Qantara, XI, 1.990, pp. 406-407.

31. PROC., De bellis, IV, 20, 30-31.

32. Para las distintas interpretaciones sobre el problema de las provincias más occidentales de la praefectura praetorio Africae, cf. DIEHL, Ch., op. cit., p. 469; DUVAL, Y., "La Maurétanie sitifienne à l'époque byzantine", Latomus, 29, 1.970, pp. 157-161; PRINGLE, D., op. cit., pp. 64-65.

33. PROC., De bellis, III, 25, 3; IV, 13, 19; 20, 30-33.

34. PRINGLE, D., op. cit., pp. 42; 108-109.

35. Ibid., IV, 20, 29.

36. Aunque el clásico estudio de DIEHL, Ch., op. cit., pp. 138-298, sobre el sistema defensivo del Africa bizantina aún puede resultar útil, hemos preferido seguir en lo que hace al tema el análisis de PRINGLE, D., op. cit., pp. 55-166, quien incorpora numerosos datos extraídos de los últimos hallazgos arqueológicos y efectúa una atenta revisión de las fuentes narrativas.

37. BARBERO, A.-VIGIL, M., "Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio romano hasta la invasión musulmana", Sobre los orígenes sociales de la Reconquista, Barcelona, 1.974, pp. 71-74; DUCELLIER, A., Bizancio y el mundo ortodoxo, Madrid, 1.992, pp. 118-122; LIEBESCHUETZ, J. H. G. W., "The Defenses of Syria in the Sixth Century", Studien zu den Militärgrezen Roms, II, Voträge des 10 internacionalen Limes-kongresses in der Germania Inferior, Colonia, 1.977, pp. 487-499.

38. DIEHL, Ch., op. cit., pp. 125; 133-136; PRINGLE, D., op. cit., pp. 65-120

39. PROC., De bellis, IV, 19, 3-4; 20, 30; PRINGLE, D., op. cit., p. 27.

40. EVAGR., Hist. Eccl., IV, 29. Sobre la peste en el reinado de Justiniano, cf. BIRABEN, J.-N.-LE GOFF, J., "La peste dans le Haut Moyen Age", AnnESC, 1.969, pp. 1.484-1.510; FUENTES, P., "Las grandes epidemias en la temprana Edad Media y su proyección sobre la Península Ibérica", En la España Medieval, 15, 1.992, pp. 9-29.

41. BAYNES, N. H., El Imperio bizantino, Méjico, 1.949, pp. 169-170; STEIN, E., op. cit., II, pp. 101-105.

42. PROC., De bellis, II, 22, 9, asegura que la peste alcanzó Constantinopla en el segundo año de su andadura por territorio romano. Un edicto imperial fechado el 1 de marzo de 542 indica que, para entonces, la plaga ya se había cobrado numerosas víctimas en la capital. Según THEOPH., Chronogr., A.M. 6.034, en Constantinopla la eclosión del mal se habría producido en octubre de 541. Pero STEIN, E., op. cit., II, p. 841, sostiene que Teófanes confunde el primer brote que se dio en la capital con el acaecido en Pelusium, y, apoyándose en Procopio de Cesárea, Santiago de Edesa y Juan de Efeso, muestra como es preciso datar, aproximadamente, entre febrero y mayo de 542 el momento en que el azote barrió Constantinopla. No obstante, la afirmación de Teófanes no es necesariamente errónea, como creía E. Stein. No se debe olvidar que el estado importaba trigo egipcio, para alimentar a la población de la capital. La felix embola se enviaba todos los años en tres convoyes, que partían de

Alejandría en distintas fechas del verano. El último debía ser expedido antes del 10 de septiembre. Después la navegación se hacía peligrosa y quedaba oficialmente suspendida desde el 11 de noviembre al 10 de marzo. Procopio insiste en que la epidemia viajó siempre por mar; y dado que en la capital se hallaba presente antes de que se abriese la estación navegable, es lógico pensar que ya en octubre de 541 causara algunas víctimas; aunque su período álgido coincidiese con el final del invierno y los primeros meses de la primavera de 542.

43. PETR. DIAC., De loc. sanct., p. 116; STEIN, E., op. cit., II, p. 102.

44. Destacaban el ébano, las piedras preciosas, diversas drogas, el marfil, especias, oro, pieles, esclavos africanos, algodón y toda una gama de esencias aromáticas. Su precio se pagaba en moneda de oro romana, ya que el solidus aureus era el valor de cambio más apreciado en los mercados internacionales de la época; cf. COSM. INDICOPLEUST., Topogr. Christ., II, 138-148; XI, 338-339.

45. PROC., De bellis, II, 22, 6; EGER., Itiner., 7-9.

46. PROC., De bellis, II, 8, 1-9, 18.

47. MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 543, 2.

48. PROC., De bellis, II, 24, 1-12.

49. Cf. supra, n. 47.

50. CORIPP., Joh., III, 342-392.

51. COURTOIS, Ch., op. cit., p. 325.

52. PROC., Anecd., V, 28-33; De bellis, IV, 21, 1.

53. PROC., Anecd., V, 28; De bellis, IV, 21, 2-15.

54. ID., De bellis, IV, 21, 16-28; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 541, 3; CORIPP., Joh., II, 28-40; III, 343-441; IV, 365-; VICT. TONN., Chron., a. 543. Entre los prisioneros capturados por los mauros en el campo de batalla de Cillium se encontraba Salomón el Joven, sobrino de Salomón, y hermano menor de Sergio y Ciro. El muchacho se hizo pasar por un esclavo vándalo de su tío y logró que los mauros le vendiesen a un médico de Laribus conocido suyo, estratagema que le permitió salvar la vida y recuperar la libertad; cf. PROC., De bellis, IV, 22, 12-20.

55. PROC., Anecd., V, 33; De bellis, IV, 22, 1-11.

56. ID., De bellis, IV, 22, 12-23, 32; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 543, 3; CORIPP., Joh., III, 442-460; IV, 1-81.

57. PROC., De bellis, IV, 24, 1-5; CORIPP., Joh., IV, 82-83.

58. PROC., De bellis, IV, 24, 5-15; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 545, 2; CORIPP., Joh., IV, 82-218; 429-435; VICT. TONN., Chron., a. 545.

59. PROC., De bellis, IV, 24, 16-26, 33; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 546, 3; 547, 6; CORIPP., Joh., IV, 219-242; JORD., Rom., 384; VICT. TONN., Chron., a. 546, 2.

60. PROC., De bellis, IV, 27, 1-28, 41; MARCELL. COM. CONT., Chron. add., a. 547, 6; CORIPP., Joh., IV, 359-373; 425-428; JORD., Rom., 384-385.

61. PROC., De bellis, III, 11, 5-6; IV, 3, 4; 28, 42-45; VII, 31, 2-15; MARCELL. COM. CONT., Chron. add, a. 547, 6; CORIPP., Joh., I, 110-124; 375-391; 469-472; III, 29-34; 293-301; 314-319; JORD., Rom., 385. Sobre el origen macedónico de Juan Troglita, cf. PARTSCH, J., MGH, AA, III, 2, p. XXV.

62. PROC., De bellis, IV, 28, 46; CORIPP., Joh., I, 159-416; 460-500; II, 1-3; 28-137; 188-234; 265-416; IV, 256-VI, 20. Para más detalles sobre las operaciones militares, cf. DIEHL, Ch., op. cit., pp. 363-371; PRINGLE, D., op. cit., pp. 33-35.

63. PROC., De bellis, IV, 28, 47-49; CORIPP., Joh., II, 77-83; VI, 104-VII, 149; 244-248; 286-287; DIEHL, Ch., op. cit., pp. 371-376; PRINGLE, D., op. cit., pp. 37-38.

64. PROC., De bellis, IV, 28, 50-51; VIII, 17, 20-21; CORIPP., Joh., VI, 184-187; VII, 199-VIII, 656; JORD., Rom., 385; DIEHL, op. cit., pp. 376-380; PRINGLE, D., op. cit., pp. 38-39.

65. PROC., De bellis, VIII, 24, 31-37; JUST., App., VI; JORD., Rom., 385; DIEHL, op. cit., pp. 380-381; PRINGLE, D., op. cit., p. 39.

66. PROC., De bellis, IV, 28, 52; VIII, 17, 22.

67. JUST., App., VI.

68. PROC., De aed., VI, 7, 9-10; De bellis, IV, 20, 30-31.

69. DUVAL, Y., op. cit., pp. 159-160. Cf., DIEHL, Ch., op. cit., p. 334.

70. GEORG. CYPR., Descript. orb. rom., 668-674. Las escasas ciudades de la costa oeste de la Sitifensis, en las que la arqueología ha identificado asentamientos bizantinos, debieron continuar formando parte de la Mauritania Prima junto con alguna otra plaza de la Caesariensis, cf. PRINGLE, D., op. cit., pp. 42; 108-109.

71. JOH. MAL., Chronogr., pp. 495-496; CORIPP., Anast., 36-40; Laud. Just., I, 18-21; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.055; CIL, VIII, 1.434.

72. MANZANO, E., art. cit., pp. 410-418.

3. La reconquista de Sicilia, Italia y Dalmatia.

Tras haber abordado el estudio de la restauración imperial en el norte de Africa, Corsica, Sardinia y las insulae Balearum, se hace necesario proceder al análisis de la intervención bizantina en el reino ostrogodo. No en vano, la reconquista de Sicilia, Italia y Dalmatia constituye un acontecimiento fundamental en la historia del mundo mediterráneo del siglo VI, ya que permitió al Imperio recuperar el control sobre las costas bañadas por los mares Adriático, Jónico y Tirreno, consolidando, así, su dominio sobre el Mediterráneo central. Por otra parte, un examen del proceso de desintegración del reino ostrogodo nos ayudará a situar y comprender mejor algunos de los sucesos, que, paralelamente, se estaban desarrollando *en Africa e Hispania*.

Nuestro estudio arranca de los últimos años del reinado de Teodorico el Grande, momento a partir del cual comienzan a manifestarse los síntomas de una grave crisis, que, a la larga, posibilitará la intervención militar del Imperio de Oriente en el reino ostrogodo. El príncipe Amalo, que en el fondo nunca dejó de considerarse un monarca federado del Imperio, había edificado una estructura estatal dualista. Dos comunidades, romana y gótica, cada una con sus propio derecho y religión, convivían pacíficamente sobre un mismo espacio geopolítico, sin llegar a fusionarse. El sistema no favorecía la aproximación entre la clase dirigente ostrogoda, a la que estaba reservada la función militar, y la aristocracia senatorial romana. Tras el fin del cisma de Acacio, la nobleza romana había vuelto su mirada hacia Constantinopla, obligando a Teodorico a tomar severas medidas represivas en contra de los sectores de la Iglesia y del Senado que obraban a favor de los intereses del Imperio. La desaparición del monarca, que en su lecho de muerte recomendó a

su sucesor que mantuviese buenas relaciones con el emperador y la aristocracia senatorial italiana, no contribuyó a clarificar el panorama.

Los clase dirigente ostrogoda se hallaba dividida, entre una minoría probizantina, que buscaba una alianza con Justiniano, y una mayoría partidaria de conservar sus propias señas de identidad germánicas, y de consolidar el poder godo sobre el reino de Italia, al margen de la autoridad del Imperio. En este contexto, cargado de tensiones, se producirá el estallido de un conflicto dinástico, indisolublemente vinculado a la división política. La eliminación de la facción probizantina a manos de su rival generará el pretexto que el basileus había estado esperando, para ordenar el desembarco de tropas imperiales en Sicilia.

La política exterior del reino ostrogodo, bajo el reinado de Teodorico, no se había caracterizado, precisamente, por sus buenas relaciones con Bizancio. Como se vio en su momento, hasta 497 el emperador rehusó, de manera sistemática, legitimar la autoridad regia del monarca ostrogodo sobre Italia, y, después de esta fecha, los períodos de fricción y aún de abierta hostilidad no habían sido infrecuentes. Ya hemos hecho referencia al virtual estado de guerra existente entre ambos poderes desde 504 a 510, y, como tendremos oportunidad de comprobar en este capítulo, entre 524 y 526 las relaciones del gobierno de Constantinopla con el de Ravenna pasaron por momentos muy difíciles. No resulta extraño, pues, que Justiniano aprovechase la primera oportunidad que se le presentó para intervenir en el reino ostrogodo.

La reconquista de Sicilia, Italia y Dalmatia fue un proceso largo y complicado, que procuraremos sintetizar lo más

posible, ya que no pretendemos describir con detalle los numerosos hechos de armas, que tuvieron lugar a lo largo de las casi dos décadas que duró el conflicto. La campaña triunfal de Belisario, que culmina en 540 con la caída de Ravenna, no es sino el prólogo de una serie de cruentas expediciones militares, que asolarán la Península Itálica, hasta la victoria definitiva de las fuerzas bizantinas en 552. Con todo, ni siquiera entonces los imperiales consiguieron dominar por completo el territorio ostrogodo, dado que en el norte de Italia subsistirían, por más de una década, enclaves germánicos, que resistieron el acoso de las tropas bizantinas. En el transcurso de la conflagración bélica, la Península quedó arruinada económicamente y la aristocracia senatorial muy disminuida en sus efectivos humanos. De hecho, en tanto que clase rectora de la vida política, social y económica, será sustituida por los altos funcionarios y mandos militares enviados desde Constantinopla. A fines del reinado de Justiniano, cuando la paz parece alcanzada, una nueva amenaza bárbara se cierne sobre Italia, en este caso se trata de los lombardos, que no tardarán en convertirse en un nuevo y temible enemigo del Imperio.

3.1. El sistema ostrogodo y sus deficiencias.

No se puede entender la obra política de Teodorico, sin tener en cuenta su formación cultural y sus relaciones personales con el mundo romano. Como ya hemos tenido oportunidad de señalar anteriormente, hacia 461, cuando tan sólo contaba 8 años de edad, el pequeño príncipe Amalo fue enviado a Constantinopla en calidad de rehén. Durante una década residió en la capital del Imperio de Oriente, donde se le proporcionó una esmerada educación griega. En 471, León I le devolvió a los suyos, pero, para entonces, el carácter del joven Teodorico llevaba marcada la huella indeleble del legado cultural de la

antigüedad grecorromana. Apenas hubo regresado a la Pannonia, recibió el título de rey de los ostrogodos de manos de su padre Teodomiro, con quien compartió el poder supremo hasta la muerte de éste en 474. El emperador Zenón, al que ayudó a recuperar el trono frente al usurpador Basilisco, le otorgó el patriciado y el cargo de magister ustriusque militiae praesentalis. Más tarde, llegaría a ofrecerle la mano de Anicia Juliana, hija del emperador occidental Olibrio y nieta de Valentiniano III y Teodosio II. Aunque problemas coyunturales de índole política indujeron a Teodorico a rechazar este matrimonio, el monarca ostrogodo llegó a convertirse en uno de los caudillos germanos que más firmemente se hallaban dispuestos a defender los intereses del Imperio, por lo que en 484 fue recompensado con la magistratura consular. Es cierto que, con frecuencia, se alzó en revuelta contra el gobierno de Constantinopla, a fin de obtener mejores condiciones para su pueblo; pero, no lo es menos que, la mayor parte del tiempo, sirvió fielmente al basileus como jefe de los federados ostrogodos en los Balcanes y, a partir de 489, como su representante en Italia[1].

Los antecedentes de Teodorico nos permiten comprender, mucho mejor, la fuerte vinculación existente entre el sistema político que este príncipe estableció en Italia y las formas propias de la tradición gubernativa del Bajo Imperio. A diferencia de la mayor parte de su pueblo, que aún se hallaba escasamente romanizado, el monarca ostrogodo era, desde el punto de vista del derecho civil, un ciudadano romano. Admirador incondicional de las instituciones imperiales, efectuó un denodado esfuerzo por preservarlas intactas en su reino. El elemento fundamental del régimen de Teodorico, en el plano ideológico, fue el concepto de civilitas, con el que se pretendía definir una situación de coexistencia armónica entre romanos y godos. No obstante, la obra de Teodorico no estaba llamada a

sobrevivir a su creador. La escasa y superficial romanización de la élite ostrogoda, impidió que tuviese continuidad después de su muerte. Tras la desaparición de soberano, el modelo de estado romano-germánico instaurado por Teodorico se desplomó estrepitosamente en apenas una década[2].

El príncipe Amalo reconoció y acató la autoridad suprema del emperador de Constantinopla. Respetuoso con la gloriosa historia de Roma y con las prerrogativas formales de sus soberanos, empleó el término maiores nostri para referirse a los emperadores del pasado, lo que, a la par, demuestra que se sentía personalmente vinculado a los mismos. Al dirigirse al emperador se proclama "vuestro esclavo e hijo" (servus voster et filius). Aunque nunca llegó a olvidar esta relación de teórica subordinación respecto al Imperio, siempre procuró resaltar los lazos de filiación que le unían a la familia imperial. De hecho, añadió a su nombre el gentilicio Flavius, propio de los soberanos romanos. Sin duda, se consideraba con derecho a hacerlo, puesto que había sido adoptado como hijo de armas por el emperador Zenón, según el rito germánico. Para sus súbditos romanos, Teodorico era, ante todo, el magister militum praesentalis et patricius de origen bárbaro, enviado desde Oriente para poner orden en Italia. Se le consideraba como sucesor de Odoacro y colega del rey burgundio Gundobado, a quien el emperador había nombrado magister militum per Gallias[3].

En tanto que monarca federado, Teodorico siempre creyó que su reino formaba parte del Imperio romano universal. Por esta razón, nunca emitiría moneda propia. Todas las acuñaciones efectuadas en su época se hicieron a nombre del emperador y empleando el tipo y las leyendas al uso en las cecas bizantinas. Sólo conocemos una moneda de oro, procedente de una emisión de carácter conmemorativo, en la cual el rey aparece portando las

insignias imperiales, que le remitiese Anastasio en 497. El soberano ostrogodo tampoco introdujo modificaciones en materia de legislación, limitándose a promulgar, a la manera de los praefecti praetorio, algunos edictos en el marco del derecho que se hallaba en vigor. En su corte de Ravenna se reprodujeron las ceremonias del sacrum palatium de Constantinopla, tales, como por ejemplo, la adoración de la púrpura. No obstante, y pese a que llegó a emplear designaciones distintivas propias de la dignidad imperial, como lo demuestra una inscripción hallada en Terracina que reza: "Theodoricus gloriosissimus et inclytus rex... semper Augustus", es de advertir que su nombre nunca aparece asociado al título de imperator. En el universo mental de Teodorico tal posibilidad no tenía cabida. Como monarca germano que era, su deber consistía en servir fielmente al Imperio, única realidad política cuya legitimidad resultaba incuestionable[4].

Al margen de las nociones políticas de marcado acento romano que manejaba Teodorico, el reino de los ostrogodos se configuró como una estructura estatal dualista, en la que convivían godos y latinos, sin que llegase a existir una íntima relación entre ambos elementos de la población. En el proyecto del príncipe Amalo jamás se contempló la integración de ambos pueblos en una sola y única comunidad. Antes bien, desde un principio, se advierte una clara separación de los dos grupos según las funciones que estaban llamados a desempeñar: los germanos de índole militar y los romanos administrativa. A fin de mantener este sistema de auténtica segregación social, a los latinos les estuvo vedado el acceso al ejército y a los godos el proselitismo arriano. En palabras de F. G. Maier, Teodorico redujo "a sus godos, en el marco del estado, al status de una casta guerrera extranjera bien pagada"[5].

En realidad, no se trata de un fenómeno novedoso. Como

hemos tenido ocasión de ver, bajo el reinado de los últimos emperadores de la pars Occidentis, el ejército encargado de la defensa de Italia ya no estaba compuesto por romanos, sino por tribus de federados bárbaros. Con la llegada de Teodorico al poder, los ostrogodos pasaron a desempeñar el papel de guardianes de la Península. Aunque les permitió conservar sus sueldos, el príncipe Amalo licenció a los scholastici y a los protectores domestici, últimas fuerzas con alguna representación romana, privando de toda función al comes domesticorum, cargo que, en adelante, subsistió como una dignidad meramente ornamental[6]. A los ojos de la nobleza romana, los godos constituían el soporte militar al cual el emperador había encomendado la custodia de Italia. No obstante, al tratarse de un grupo que vivía al margen de la población civil, organizado militarmente bajo el mando sus propios comites et duces, y rigiéndose por sus propias normas de derecho, numerosos miembros de la aristocracia senatorial tendieron a considerarlo, desde época temprana, como un elemento ajeno a sus intereses de clase[7].

Según la tesis de A. H. M. Jones, los ostrogodos fueron recibidos en Italia en calidad de federados, y como tales se los trató, entregándoles un tercio de cada propiedad fundaria (sors), junto con los coloni que la trabajaban. El praefectus praetorio Liberio se encargó de llevar a cabo el asentamiento. En cualquier caso, es necesario aclarar que no todos los dominios fueron divididos. Grandes áreas de la Península, en especial las correspondientes a las provincias meridionales, permanecieron libres de la presencia bárbara. De hecho, la mayor parte de los godos se concentró en el norte, en torno a las ciudades de Ravenna, Mediolanum, Ticinum y Verona; aunque hubo guarniciones en la frontera y en las principales ciudades del sur, tales como, Roma, Nápoles y Siracusa. No obstante, todos los propietarios de Italia cuyas haciendas no fueron divididas se vieron obligados

a pagar un impuesto especial (tertia), que gravaba la porción de sus tierras, que hubiera debido acomodar a un grupo de godos. Más adelante, parece que hubo domini que obtuvieron una exención del tributo. En un contrato de compra-venta fechado en 541 se especifica que la tierra que se vende está exonerada de la tertia (libera a sorte barbari). A diferencia de los vándalos, los godos pagaron, desde el mismo momento de su instalación en Italia, el habitual impuesto sobre el suelo, como cualquier propietario romano[8].

La instauración del reino ostrogodo en Italia, no impidió que perviviese, sin alteraciones de peso, la estructura del estado bajoimperial. Este hecho resulta particularmente notorio, si se tiene en cuenta que en otras regiones, que habían formado parte del Imperio de Occidente, la organización política de Roma había comenzado a diluirse tiempo atrás. El caso de Italia constituye, pues, una excepción. Bajo el dominio germano, no sólo se mantuvo el aparato burocrático y el número y demarcación territorial de las distintas provincias, sino también el sistema de recaudación de impuestos y los gobiernos municipales. Teodorico, fiel al legado romano, llegó incluso al extremo de conservar intacto el aparato de la administración central, como si en cualquier momento el emperador de Constantinopla fuese a designar un nuevo soberano para la pars Occidentis. Deseoso de ganarse a la aristocracia senatorial romana, estrechamente vinculada al desempeño de los cargos palatinos, preservó la jerarquía aúlica. En su corte, como en la de los emperadores de Oriente, encontramos magistri officiorum, quaestores sacri palatii, comites rei privatae y comites sacrarum largitionum, auxiliados por sus respectivas oficinas. El príncipe Amalo también conservó la comitiva patrimonii, instituida por Odoacro, para administrar el tesoro personal del monarca. Al frente de su casa, que copia el modelo de la del emperador,

Tedorico contó con un praepositus sacri cubiculi y un cuerpo de cubicularii eunucos, entre cuyos miembros pueden ser identificados algunos godos. La única innovación de origen germánico introducida en la organización de la domus regia fue el nombramiento de maiores domus, cargo que aparecerá algo más tarde en otros reinos germánicos, como el franco, donde desempeñará un papel de primera importancia. En el caso ostrogodo los maiores domus debieron limitarse a ejercer las funciones de los antiguos silentiarii, relevados del servicio activo[9].

Los órganos de la administración territorial tampoco se vieron afectados por la instalación de los godos. Bajo el reinado de Teodorico se siguió nombrando un praefectus praetorio para Italia y las provincias continuaron siendo gobernadas por consulares, correctores y praesides, a los que, tras la restauración imperial, se les designará con el genérico de iudices provinciarum, dado que las diferencias originarias de rango habían desaparecido tiempo atrás. El propio soberano, anhelando restablecer el antiguo mapa administrativo del Imperio occidental, crearía primero un vicariato y, más tarde, restauraría la praefectura praetorio Galliarum, para gobernar la franja litoral subgálica y los territorios hispanos rescatados de la ruina del reino visigodo de Tolosa[10].

La ciudad de Roma conservó intactos todos sus privilegios. El rey se hizo cargo de la designación del praefectus urbis y de la continuidad de los repartos de víveres entre la plebs frumentaria. Al frente de la administración urbana todavía encontramos al praefectus annonae, al praefectus vigilum, al comes formarum y al tribunus voluptatum. Se mantuvieron las magistraturas honoríficas que marcaban el cursus honorum senatorial, y las familias de la aristocracia romana continuaron emulándose unas a otras en magnificencia a la hora de ofrecer

espectáculos públicos, cuando alguno de sus miembros asumía la dignidad de praetor o consul. El Senado, objeto de todo tipo de atenciones por parte del monarca ostrogodo, siguió congregándose en la Curia Iulia, donde habitualmente tenían lugar sus sesiones desde los primeros días del Imperio. En realidad, la aristocracia senatorial, que había visto enormemente incrementada su influencia política en los asuntos italianos tras la muerte de Valentiniano III, conoció una última época de esplendor en tiempos de Teodorico, quien precisaba de su concurso para hacer viable el gobierno del reino ostrogodo. Senadores romanos, como Símaco, Boecio o Casiodoro, ocuparon los más altos cargos en la administración, y, a menudo, fueron honrados con el patriciado y el consulado[11].

Quinto Aurelio Memmio Símaco Iunior, miembro de la noble familia de los Symmachi, fue el más destacado representante de la aristocracia senatorial probizantina, durante el reinado de Teodorico. Su carrera había dado comienzo en tiempos de Odoacro, bajo cuyo mandato obtuvo la praefectura urbana, y el consulado. Hacia 510, Teodorico le otorgó el título de patricius. Poco después, tras la muerte del senador Festo, se convirtió en caput senatus. Como enviado del rey, viajó a Constantinopla, donde, sin duda, debió tomar contacto con los círculos próximos a Justiniano, en los que se incubaba ya el proyecto de restauración imperial en Occidente[12].

Símaco casó a su hija mayor, Rusticiana, con Anicio Manlio Severino Boecio, un aristócrata vinculado por lazos de parentesco a la poderosa familia de los Anicii. Huérfano desde su infancia, Boecio había sido educado en casa de su futuro suegro Símaco, quien se ocupó de que recibiese una esmerada formación intelectual. De hecho, el joven aristócrata romano fue uno de los últimos occidentales que poseyó profundos

conocimientos de la lengua y cultura griegas, lo que le permitiría traducir al latín las obras de Pitágoras, Ptolomeo, Nicómaco, Euclides, Platón y Aristóteles. Hacia 507, Teodorico le elevó al rango de patricius. Tres años más tarde, ejercería la magistratura consular. En 522 sus dos hijos, Símaco y Boecio, apenas llegados a la adolescencia, fueron honrados con la misma dignidad. El padre aprovechó la ocasión para componer un panegírico dedicado a Teodorico, que pronunció ante el Senado. Ese mismo año, el monarca ostrogodo le nombró magister officiorum. Sin embargo, pocos meses después, la brillante carrera del senador se vería violentamente truncada. Más adelante, retomaremos el asunto, ya que se halla estrechamente asociado a la crisis del sistema político establecido por Teodorico[13].

Flavio Magno Aurelio Casiodoro Senator, miembro de una noble familia de origen oriental, con importantes posesiones territoriales en la provincia italiana de Lucania et Bruttium, fue el principal consejero de Teodorico y su portavoz ante el Senado de Roma. Hijo de un antiguo praefectus praetorio Italiae, fue nombrado quaestor sacri palatii en 507, cuando aún era muy joven. A continuación, ocupó el cargo de gobernador o corrector Lucaniae et Bruttii, y en 514 alcanzó el consulado. Una década más tarde, se convirtió en el sucesor de Boecio como magister officiorum, y, finalmente, pasaría a ser praefectus praetorio Italiae en el año 534, ya bajo el reinado de Atalarico (526-534). Sus Variae, una colección de 468 cartas y actas de la cancillería real, constituyen una fuente de primer orden, para reconstruir la historia del reino ostrogodo[14].

Ahora bien, la aproximación de Teodorico a la aristocracia senatorial romana no sólo se materializó en la concesión de cargos y honores. El príncipe Amalo también dejó en

manos de la nobleza latina la administración de justicia sobre la población civil. De acuerdo con el principio de personalidad del derecho, los tribunales de los gobernadores provinciales, vicarii et praefecti praetorio continuaron funcionando para juzgar los casos que afectaban a los romanos. En aquellas ciudades en donde se establecieron grupos de origen germano, el comes civitatis, comandante de la guarnición local, gozaba de potestad para dirimir los litigios que surgiesen entre los bárbaros, ya que los pleitos entre romanos seguían viéndose en los tribunales civiles ordinarios. No obstante, Teodorico también nombró, con un carácter más específico, comites Gothorum per singulas civitates con funciones exclusivamente judiciales, a fin de solventar disputas entre godos o entre godos y latinos, con la asistencia de un asesor romano[15].

Si de puertas para adentro Teodorico intentó ganarse el favor de la aristocracia romana, a fin de consolidar su propio poder; de cara al exterior desarrolló una compleja actividad diplomática, tendente a establecer fuertes lazos de solidaridad entre los diversos pueblos germanos que dominaban el Occidente de la Romania. Con una visión universalista, de la que carecieron otros soberanos bárbaros de su época, el monarca ostrogodo supo transcender el marco de las luchas tribales y dinásticas, para llevar a cabo una auténtica política exterior, inspirada en el modelo estatal tardorromano. Su objetivo último era convertirse en tutor y árbitro de todos los germanos de Occidente, como lo demostró en repetidas ocasiones, especialmente al mediar en el conflicto entre el reino de Tolosa y los merovingios. Desde época temprana, Teodorico comenzó a anudar alianzas matrimoniales con los reyes bárbaros de su entorno. Desposó a Audefleda, una hermana del franco Clodoveo; entregó a una de sus hijas, Ostrogoto Areagni, al burgundio Segismundo y a otra, Tiudigoto, al visigodo Alarico II; por último, casó a su hermana viuda,

Amalafrida, con el vándalo Trasamundo. Además, estableció vínculos clientelares con los hérulos, los varnos, los alamanes y los gépidos[16].

En el plano cultural, la obra de Teodorico se caracterizó por un denodado interés en preservar el legado clásico. Exceptuando la orfebrería, en la cual se advierte la influencia germánica, todas las demás creaciones artísticas de la época se ajustan a los canones estilísticos propios del mundo romano. El príncipe Amalo, deseando emular a los emperadores de Constantinopla, puso en marcha una política de grandes trabajos arquitectónicos. El Anonymus Valesianus dice de él que erat enim amator fabricarum et restaurator civitatum. En Ravenna, sede de la monarquía, prosiguió la labor de embellecimiento iniciada por Gala Placidia y Valentiniano III. Bajo su reinado se edificaron la basílica de San Apolinar el Nuevo, dedicada originalmente a San Martín, el baptisterio de los arrianos, su propio mausoleo y un palacio rodeado de pórticos, cuyo aspecto exterior ha quedado reflejado en los mosaicos de San Apolinar. Además de estas obras de prestigio emprendió labores eminentemente prácticas, como la restauración del acueducto de Trajano, que llevaba ya mucho tiempo fuera de uso, y la desecación de parte de las ciénagas que rodeaban la ciudad, para plantar árboles frutales. En Ticinum dispuso que se reconstruyesen las fortificaciones, alzó otro palacio, un anfiteatro y unas termas. Verona, que también contó con una residencia regia, fue dotada con nuevas murallas, se rehabilitó su acueducto y se edificaron pórticos y unos baños públicos. Cuando en el año 500 fue a Roma, para celebrar sus tricennalia como rey de los ostrogodos, donó 200 libras de oro para la restauración de los muros de la ciudad y de los palacios imperiales del monte Palatino, que habían sido saqueados por Genserico en 455. Poco después, se iniciaron los trabajos de reparación del teatro de Pompeyo y de otras

construcciones públicas[17].

El prestigio de Roma como centro de formación intelectual se mantuvo incólume durante todo el reinado de Teodorico. Multitud de estudiantes acudían a la ciudad para completar su instrucción, por lo que tanto Teodorico como sus inmediatos sucesores se encargaron de que las cátedras estatales de gramática, retórica y derecho estuviesen cubiertas y funcionando a pleno rendimiento. Las lecciones se impartían en las salas que rodeaban el Foro de Trajano, en las que también tenían lugar recitaciones públicas. Los miembros de la nobleza senatorial, poseedores de ricas bibliotecas, continuaron encargando copias de las obras de los principales autores latinos y organizando veladas literarias. En torno a estos círculos aristocráticos se mantendría viva la llama de la cultura clásica[18].

Junto a Roma, la ciudad de Mediolanum, que en el siglo IV había llegado a convertirse en un centro estratégico lo suficientemente importante como para desempeñar la función de sede imperial, se perfila como otro de los grandes núcleos creadores de la época ostrogoda. A través del poeta Magno Félix Ennodio, futuro obispo de Ticinum, tenemos noticia de la escuela de Deuterio, quien enseñaban gramática y retórica, tanto latina como griega. El mismo Ennodio fue uno de los más destacados representantes de la intelectualidad milanesa. Nacido hacia 473 en el sur de la Galia, probablemente en Arelate, quedó huérfano en la infancia, y se crió con una tía en el norte de Italia. De noble origen aunque carente de recursos económicos, en 503 llegó a ser diácono de la iglesia de Mediolanum, gracias al apoyo de su pariente Flavio Anicio Probo Fausto, uno de los personajes más relevantes de la aristocracia romana. Puesto que el obispo de la ciudad, Lorenzo (486-508), gozaba del favor de Teodorico, Ennodio

tuvo acceso a la corte y en 507 compuso un panegírico en honor del rey. Además, compuso varios discursos, un método pedagógico, vidas de santos, una autobiografía, y numerosos poemas religiosos y profanos, algunos de la cuales rozan la obscenidad más descarada. También nos ha legado un rico epistolario. En 513, Ennodio fue consagrado obispo de Ticinum, cargo que ocupó hasta su muerte, acaecida en 521[19].

En tanto que residencia regia, Ravenna se convirtió en uno de los principales focos de irradiación cultural del Occidente bárbaro. Alrededor de la corte del monarca ostrogodo se desarrolló una intensa actividad literaria. El propio Teodorico, vivamente interesado en el legado del mundo clásico, hizo que su hija Amalasunta, además del godo, aprendiese el griego y el latín. La fama del príncipe Amalo como protector de las artes y las letras se extendió por los reinos germanos vecinos. Así fue como, el rey franco Clodoveo solicitó a Teodorico el envió de un tañedor de citara, en tanto que el burgundio Gundobado le pidió un reloj de agua[20].

Durante los últimos años del reinado de Teodorico comenzaron a manifestarse los síntomas previos a la disolución del sistema establecido por el monarca ostrogodo. El primero de ellos preludiaba una grave crisis sucesoria. Teodorico había planeado legar la corona a su yerno, el príncipe Amalo Flavio Eutarico Ciliga, habiendo obtenido el consentimiento del emperador Justino I, que le había adoptado como hijo de armas, según el rito germánico. Sin embargo, Eutarico falleció antes que su suegro, dejando un hijo de 7 años, Atalarico, como único heredero del reino ostrogodo. Este hecho auguraba una larga minoría, con todas las dificultades que entrañaba confiar la regencia a la madre del niño[21].

En segundo lugar, el anciano Teodorico hubo de asistir al progresivo deterioro y final hundimiento de su política de solidaridad intergermánica. El gobierno de Constantinopla, preocupado por el creciente poder del reino ostrogodo, que, tras la derrota visigoda en Vouillé, había extendido su dominio a la franja litoral subgálica y a buena parte de Hispania, buscó la manera de aislarle en el contexto internacional. Con esta intención, en 508 se unió a la alianza de las monarquías católicas de los francos y los burgundios contra los godos. Poco tiempo después, en 512, el emperador Anastasio asentó a los hérulos, hasta entonces fieles aliados de los ostrogodos, en la Pannonia Secunda, mediante un pacto que los convertía en foederati del Imperio. El cerco sobre Teodorico se estrechó aún más, cuando, tras la muerte de Trasamundo, Justino I comenzó a aproximarse a los vándalos. Como vimos en su momento, este fenómeno coincide cronológicamente con la ruptura de relaciones entre Ravenna y Cartago. La masacre del ejército godo de Amalafrida, a manos de las tropas de Hilderico, el nuevo soberano vándalo, y el subsiguiente confinamiento de la princesa, viuda de Trasamundo y hermana de Teodorico, generaría una fuerte tensión entre ambos reinos, muy del agrado del gobierno imperial[22].

Por último, la colaboración con la aristocracia romana y la Iglesia Católica se vio gravemente comprometida a partir de 523. Superado el cisma de Acacio, la nobleza romana y el clero católico de Italia habían vuelto sus ojos hacia Oriente, lo que no agradó demasiado al monarca ostrogodo. De hecho, el conflicto entre la monarquía y los sectores probizantinos del Senado y la Iglesia no tardaría en estallar. El factor desencadenante hay que buscarlo en el enfrentamiento surgido entre el magister officiorum Boecio y el referendarius Cipriano, a causa del proceso por alta traición que se seguía contra el ex-

praefectus praetorio Albino, líder del partido probizantino. Cipriano, pese a ser miembro de una ilustre familia romana, había sido criado junto con su hermano Opilio entre la nobleza ostrogoda, y disfrutaba de gran predicamento en la corte de Ravenna. Boecio se erigió en defensor de Albino y en el curso de la vista, en la que Cipriano ejercía de acusador público, se autoinculpó de los cargos que pesaban sobre su defendido. Inmediatamente, fue detenido, encarcelado y procesado, bajo el cargo de traición al rey. Durante el período que pasó encerrado en la cárcel escribió su célebre Consolatio Philosophiae. Hallado culpable del crimen que se le imputaba, fue ejecutado por orden del soberano cerca de Mediolanum, in agro Calventiano (Calvenzano)[23].

Teodorico acababa de cometer un grave error político. Su actitud adversa a la aristocracia senatorial probizantina iba a agudizar las diferencias con el gobierno de Constantinopla, que reaccionaría, adoptando severas medidas de carácter religioso. En 524, Justino I promulgó un edicto contra los heréticos, que afectaba, de manera muy concreta, a los godos arrianos y a otros pueblos germánicos que servían al Imperio en calidad de foederati. La ordenanza preveía la confiscación de sus iglesias, que serían entregadas a los ortodoxos, y la destitución inmediata de cuantos desempeñasen funciones públicas. Para algunos las cosas fueron aún más lejos, ya que se vieron obligados a convertirse al catolicismo[24]. Justiniano, que guiaba todos los pasos de su tío, sabía sobradamente que unas medidas como aquellas tendrían amplia repercusión en Ravenna. Resulta obvio que el edicto de 524 no tenía como objetivo promover la concordia entre ostrogodos e italorromanos, sino más bien fomentar las desavenencias existentes. Teodorico, que había roto relaciones con Cartago en 523, era consciente del peligroso juego en que se veía envuelto. El reino ostrogodo estaba comenzando a quedar

aislado en el contexto mediterráneo. Hilderico y Justiniano se habían aliado en su contra, y la política religiosa de Constantinopla tendía a desestabilizarlo socialmente, provocando el estallido de un conflicto entre la monarquía arriana y la población latina de confesión nicena.

De la documentación que nos ha legado Casiodoro se desprende que Teodorico preveía la posibilidad de ir a la guerra contra una coalición vandálico-bizantina. Puesto que su reino carecía de una flota siquiera comparable a las de las potencias enemigas, ordenó la construcción de 1.000 dromones y el reclutamiento del número de marineros que fuese necesario para pilotarlos. Abundancio, praefectus praetorio Italiae, con la colaboración de Vilia, comes patrimonii, se encargaría de esta tarea. El 13 de junio de 526, la escuadra debía concentrarse en el puerto de Ravenna bien pertrechada de armamento[25]. Mientras tanto, el soberano Amalo continuó aplicando medidas de estricto control sobre la aristocracia romana, a fin de reprimir cualquier conspiración proimperial que se incubase en su seno. Con sus actos pretendía demostrar al patricio Justiniano que, en caso de agresión, no tendría escrúpulos en proceder con mayor rigor. Como prueba de ellos en 525 hizo ejecutar en Ravenna al prior senatus Quinto Aurelio Memmio Símaco Iunior, suegro de Boecio[26].

En este contexto, el papa Juan I se personaba ante la corte de Teodorico. El monarca le requería para que encabezase una embajada que habría de solicitar del emperador la revocación del edicto antiarriano. Aunque el pontífice intentó eludir aquella misión, alegando motivos de salud, al final, tuvo que plegarse a la voluntad del rey y embarcar hacia Oriente acompañado por cinco obispos, entre los que se encontraba Eclesio de Ravenna. Completaban la legación diplomática cuatro patricios: Agapito; los hermanos Flavio Teodoro y Flavio Importuno, miembros

de la poderosa familia de los Decii; y otro Agapito. Los tres primeros habían sido cónsules epónimos por la pars Occidentis en los años 517, 505 y 509 respectivamente. A comienzos del otoño de 525, la ilustre comitiva partió hacia Constantinopla, donde fue recibida con magnificencia. El propio Justino corrió a postrarse a los pies del pontífice, tributándole un honor que estaba reservado a la sagrada persona del emperador. Por Pascua, Juan colocó la diadema sobre las sienes de Justino, asumiendo las funciones del patriarca en una ceremonia que periódicamente actualizaba la coronación religiosa del basileus. Además, se le permitió oficiar en Santa Sofía la gran misa de Resurrección, según el rito latino empleado en la Iglesia de Roma[27].

Sin embargo, en materia de concesiones, Justino se mostró mucho más parco. Unicamente levantó las sanciones previstas por el decreto a los foederati godos, quienes, en adelante, no serían apartados de la función pública aunque perseverasen en su fe. Esta misma excepción se incluye en una ley promulgada durante la corregencia de Justino y Justiniano, que, careciendo de fecha, sólo podemos datar aproximadamente entre el 1 de abril y el 1 de agosto de 527. No obstante, para entonces, la situación interna del reino ostrogodo había cambiado por completo[28].

Con la apertura de la estación navegable de 526, el papa Juan y su séquito habían emprendido el viaje de regreso a Italia. Antes de partir, el emperador obsequió al pontífice con magníficos regalos, destinados a engalanar las iglesias de Roma. En el inventario conservado por el Liber Pontificalis se alistan "1 patena de oro con gemas, que pesa 20 libras; 1 cáliz de oro con gemas, que pesa 5 libras; 5 copas de plata y 15 mantos tejidos en oro". Juan distribuyó aquellas ofrendas entre las basílicas de San Pedro, San Pablo, Santa María la Mayor y San

Lorenzo *in agro Verano*[29].

Con todo, Teodorico quedó insatisfecho con los resultados obtenidos por sus embajadores, ya que habían fracasado en el principal objetivo de su misión: conseguir la derogación del decreto. Por esta razón, en cuanto retornaron a Ravenna, los hizo detener a todos, exceptuando al patricio Agapito, que había fallecido en Tesalónica, durante el viaje de vuelta. Juan no tardaría en seguirle a la tumba. Las duras condiciones del cautiverio acabaron minando su ya deteriorada salud, y el 18 de mayo de 526, fallecía sin que el monarca le hubiese permitido abandonar la celda donde se hallaba confinado. Su cuerpo fue trasladado a Roma, para recibir sepultura en la basílica de San Pedro. Muchos católicos le consideraban un verdadero mártir y en algunos círculos se había comenzado a difundir la historia de los dos milagros que, supuestamente, realizara en el transcurso de su reciente periplo[30].

En torno al culto del nuevo mártir se reafirmaron los sentimientos proimperiales de la aristocracia romana. Teodorico lo comprendió así, y por eso, el 12 de julio, hizo consagrar obispo de la ciudad a un hombre de su entera confianza, Félix IV (526-530)[31]. El Anonimus Valesianus también nos informa de como, algunas semanas después, un scholasticus judío, de nombre Símaco, dictó por orden regia unos praecepta, que permitían a los arrianos tomar posesión de las basílicas católicas, apelando a la fuerza si ello era necesario. No obstante, se trata de una tradición de dudosa fiabilidad y, en cualquier caso, de haberse emitido este decreto, no llegaría jamás a entrar en vigor, debido a la muerte de Teodorico, acaecida el domingo día 30 de agosto[32].

Jordanes ofrece una versión muy distinta sobre los

últimos tiempos del reinado de Teodorico. Según el historiador godo, al final de su vida, el soberano habría estado especialmente interesado en aproximarse a Constantinopla, a fin de facilitar a su sucesor el camino al trono. Esta interpretación parece más acorde con las restantes fuentes contemporáneas y con el posterior desarrollo de los acontecimientos. No cabe duda que el monarca Amalo deseaba obtener para su nieto Atalarico el reconocimiento del emperador y, al mismo tiempo, legarle un reino dotado de cierta estabilidad social. La política de enfrentamiento con el Senado no había dado frutos positivos y, de mantenerse la misma línea de actuación en el futuro, sólo se encontrarían nuevos problemas. Por ello, Teodorico convocó alrededor de su lecho de muerte a los Gothos comites gentisque suae primates y proclamó rey a Atalarico (526-534), vástago de su hija Amalasunta, viuda del príncipe Eutarico. Temiendo que sus disposiciones testamentarias no fuesen respetadas por los magnates godos, les obligó a prestar juramento de fidelidad (sacramentum) al pequeño soberano. Por último recomendó a todos los presentes que mantuviesen buenas relaciones con el Senado y el pueblo de Roma, y que "después de Dios mantuviesen siempre aplacado y propicio al príncipe de Oriente" (principem Orientelem placatum semper propitiumque haberent post deum)[33].

3.2. Los últimos Amalos.

Tras la muerte de Teodorico, que como ya hemos señalado tuvo lugar el 30 de agosto de 526, nadie se atrevió a cuestionar la legitimidad de Atalarico. Puesto que el niño apenas contaba 8 años de edad, su madre Amalasunta asumió la regencia, cumpliendo así la voluntad del extinto soberano. La transmisión de poderes se efectuó sin obstáculos por parte del gobierno de Constantinopla, ya que la posición probizantina de la regente eliminó cualquier suspicacia que aún pudiera existir en la corte

imperial. De hecho, después de haber recibido una obsequiosa carta firmada por Atalarico, en la que el joven rey anunciaba al emperador su advenimiento al trono, Justino I aceptó las disposiciones testamentarias de Teodorico, con lo que el poder de Amalasunta quedó sancionado por la autoridad suprema del basileus. La única innovación de peso, derivada de la desaparición del príncipe Amalo, fue que Hispania y la Narbonensis recuperaron su independencia, bajo la soberanía de Amalarico (526-531), hijo del rey visigodo Alarico II y de Tiudigoto, hija de Teodorico. Desde este momento en adelante, los destinos de la Península Ibérica correrán por un cauce distinto a los del reino ostrogodo[34].

Pese a contar con el respaldo del Imperio, Amalasunta tuvo que hacer frente a una situación interna bastante complicada. La mayor parte de los godos se resistía a acatar la autoridad de una mujer, dado que asociaban el ejercicio de la función regia al mando militar. Además, numerosos notables eran contrarios a la política probizantina, que la regente había comenzado a desarrollar, cumpliendo el último deseo de su padre. Las buenas relaciones de Amalasunta con el nuevo emperador de Constantinopla, Justiniano I, suscitaban profundos recelos entre los próceres ostrogodos, más bien partidarios de la política que había prevalecido durante los últimos años de Teodorico. Para acabar de oscurecer el panorama, existía una pequeña facción del Senado adversa a todo compromiso con Constantinopla. En su necesidad de encontrar apoyos, Amalasunta se arrojó en brazos de la aristocracia senatorial probizantina. Como prueba de buena voluntad hacia ésta, uno de los primeros actos de su regencia fue devolver a los hijos de Boecio y Símaco los bienes que habían sido confiscados a sus padres[35].

No obstante, pronto se vio obligada a dar un giro en

su política. A fines del verano de 527, se produjo una grave crisis gubernamental, que condujo a la sustitución de los ministros que defendían el ideal de civilitas o coexistencia pacífica entre godos y romanos, por ministros favorables a una línea de actuación severa contra los sectores probizantinos. Abundancio, praefectus praetorio Italiae, fue reemplazado por Rufio Magno Fausto Avieno, hijo de Flavio Anicio Probo Fausto, líder del partido senatorial progótico y antibizantino. Cipriano, personaje detestado por cuantos apoyaban la causa de Boecio, obtuvo el patriciado y el magisterium officiorum, cargo en el que posiblemente sucedió a Casiodoro. Por último, su hermano Opilio fue nombrado comes sacrarum largitionum[36].

Al conocerse en Constantinopla los cambios ministeriales que se habían producido en el reino ostrogodo, el emperador decidió intervenir mediante la acción de un elemento interpuesto. En este caso se utilizó a los gépidos, que en alianza con los hérulos instalados en torno a Singidunum, lanzaron un ataque contra Sirmium. El general godo Vitiges, uno de los más destacados líderes del partido germánico, derrotó a los enemigos, y penetró en territorio imperial, saqueando la ciudad de Gratiana en la Mesia Prima. De todos modos, Amalasunta, que deseaba mantener buenas relaciones con el Imperio, consiguió que Vitiges se retirase de la provincia romana y volviese a Ravenna. Pero, como acertadamente señala E. Stein, no pudo impedir que la facción antibizantina presentase la victoria ostrogoda como una especie de humillación para Justiniano[37].

El partido germánico se apuntó un nuevo tanto, cuando en 530, tras la desaparición del papa Félix IV, fue consagrado como nuevo pontífice Bonifacio II (530-532), un rico eclesiástico de origen germano, descendiente del magister equitum praesentalis Sigisvulto, quien había defendido Italia del ataque de los

vándalos en 440. Pero Bonifacio hubo de hacer frente a la oposición de la mayoría del clero romano, que, abiertamente probizantino, se apresuró a consagrar papa al diácono oriental Dióscoro de Alejandría. El cisma tuvo una rápida conclusión, ya que Dióscoro murió pocas semanas después, y Bonifacio II, con el apoyo del gobierno de Ravenna, obtuvo el reconocimiento general. Ahora bien, cuando, contraviniendo los canones eclesiásticos, se atrevió a designar como sucesor al diácono Vigilio, el clero romano, con el apoyo del Senado, le forzó a revocar aquella disposición[38].

Amalasunta, que nunca ocultó sus preferencias por la cultura clásica, deseaba que su hijo Atalarico recibiese una educación romana, por lo que le obligaba a asistir a clases de gramática en una escuela de Ravenna. Ahora bien, este tipo de formación desagrada profundamente al partido antibizantino, que, en aquellos momentos, controlaba los órganos de decisión y poder. Los notables ostrogodos insistieron en que Atalarico fuese educado a la manera germánica, junto con algunos otros jóvenes aristócratas bárbaros; ya que consideraban que el estudio de las letras enervaba la virilidad, y hacía de los hombres seres cobardes y pusilamines. Amalasunta tuvo que ver como su hijo era apartado de ella y educado por la facción antibizantina. Con el tiempo, bajo el influjo de sus nuevos compañeros, Atalarico desarrolló una conducta sexual promiscua y se dio a la bebida, llegando a convertirse en un alcohólico[39].

La regente no ignoraba lo precario de su situación. De ahí que en 532, aprovechando una coyuntura favorable, se decidiese a actuar. Según nos cuenta Procopio, su primer paso consistió en alejar de la corte a tres generales godos, miembros destacados del partido antibizantino, que fueron asignados a la defensa de distintos puntos del limes de Italia. Poco después,

tras haber sido informada de que dichos comandantes urdían un proyecto de rebelión, despachó a algunos de sus fieles con orden de asesinarles. Previamente, había llegado a un acuerdo secreto con el emperador, en virtud del cual, Justiniano se comprometía a concederle asilo en territorio del Imperio de Oriente, si el plan fracasaba. Amalasunta convencida de que tenía pocas posibilidades de éxito, mandó embarcar todo su tesoro, estimado en 2.880.000 sueldos, y lo envió a Dyrrachium. Sin embargo, habiendo logrado eliminar a sus oponentes, la princesa hizo volver a Ravenna el tesoro y afrontó la reorganización del gobierno[40].

Los principales puestos del estado volvieron a ser ocupados por personajes fieles a la regente y al ideal teodoriciano de civilitas. En el verano de 533, Casiodoro fue nombrado praefectus praetorio Italiae. Ese mismo año, Paulino Iunior, hijo del patricio Basilio Venancio, de la ilustre familia de los Decii, fue designado cónsul para 534, y el praefectus praetorio Galliarum Liberio asumió el cargo de patricius praesentalis, en sustitución del godo Tuluino, con lo que, por primera vez en la historia de la Italia bárbara, se confiaba un alto mando militar a un romano. Además, la regente promovió la elaboración de un edicto real, conocido como "edicto de Atalarico", con el cual se pretendía poner fin a todos los abusos cometidos por los godos contra los romanos en los últimos años[41].

Uno de los principales afectados por el edicto fue el gran latifundista godo Teodato, que se había apoderado de las propiedades de numerosos vecinos suyos de la Tuscia por medios ilegales. Teodato, nacido del primer matrimonio de Amalafrida, y, por tanto, sobrino de Teodorico y primo de Amalasunta, era un godo profundamente romanizado, un estudioso de las obras de

Platón, que despreciaba el ejercicio de las armas y cuya única ambición, hasta aquel momento, había sido la de concentrar tierras. Procopio de Caesarea nos ha legado el siguiente retrato de él:

> "Era un hombre de edad madura, versado en la literatura latina y en las enseñanzas de Platón, pero sin ninguna experiencia en cuestiones bélicas y alejado de la vida activa, a pesar de su extraordinaria pasión por el dinero. Este Teodato había adquirido la mayor parte de las fincas de Tuscia y estaba ansioso por lograr la propiedad de las restantes, aunque fuera por la fuerza. Para Teodato tener un vecino era una especie de desgracia"[42].

Ante el nuevo auge cobrado por el partido probizantino, Teodato comenzó a sentir que su posición se tornaba insegura y, deseoso de cubrirse las espaldas en caso de que la situación empeorase, intentó llegar a un convenio con el emperador. En junio de 533, desembarcaron en Italia dos emisarios de Justiniano, Hipacio, metropolitano de Efeso, y Demetrio, obispo de Filipos de Macedonia. El objeto de su visita era convencer al nuevo papa, Juan II (533-535), para que aceptase la fórmula de fe promulgada por el emperador el 15 de marzo de aquel año, a fin de ganarse a los monofisitas moderados. Este credo, que evitaba hacer uso del término "dos naturalezas", sirviéndose de la fórmula teopasquista para enfatizar la unidad de la persona de Cristo, fue ratificado por el romano pontífice, quien al plegarse a los deseos del basileus, estableció un precedente de la futura dependencia del papado respecto poder imperial. Por otra parte, los dos obispos orientales mantuvieron una entrevista secreta con Teodato, quien les hizo partícipes de su deseo de vender al emperador los grandes dominios que poseía en Italia,

a cambio de una elevada suma en dinero y la dignidad de senador en Constantinopla. Finalmente, presionado por su prima Amalasunta, Teodato se vería obligado a devolver las tierras injustamente adquiridas a sus legítimos propietarios[43].

El estallido de la guerra de los vándalos en 533, contribuyó de manera decisiva a incrementar las tensiones en el interior del reino ostrogodo. Amalasunta y su gobierno adoptaron una postura de abierta colaboración con el Imperio, que no fue del agrado del partido antibizantino, alguno de cuyo miembros no dudó en desafiar la posición oficial de Ravenna. Tal es el caso del comes Uliaris, comandante de la guarnición goda de Nápoles, quien se atrevió a dar asilo en el puerto campano a algunos desertores búlgaros del ejército imperial. Por otra parte, la regente aprovechó la ocasión para recuperar la fortaleza siciliana de Lylibaeum, que Teodorico había entregado a Trasamundo como parte de la dote de su hermana Amalafrida. A principios de 534, Belisario presentó una reclamación formal sobre este enclave, que, en los últimos tiempos, había formado parte del reino vándalo. Pero Amalasunta no se hallaba en situación de atender las demandas del general. En primer lugar, el partido germano, adverso a la princesa, nuevamente estaba dejando oír su voz en la corte; en segundo, el sector de la aristocracia senatorial fiel al ideal teodoriciano de una Italia políticamente libre de vínculos con el Imperio, pero sólidamente anclada en las tradiciones administrativas y culturales romanas, se sentía alarmado ante la proximidad de las fuerzas de Belisario; y, por último, los elementos abiertamente probizantinos del Senado y de la Iglesia empezaban a mostrar una actitud favorable a una rápida restauración de la autoridad imperial sobre la Península. Por si fuera poco, acababan de surgir imprevistas dificultades exteriores: los francos merovingios habían conquistado el reino burgundio, convirtiéndose

en una amenaza para Italia[44].

En el verano de 534, el embajador imperial Alejandro se presentó ante la regente. Su misión consistía en tratar el problema del saqueo de Gratiana, el asunto de los desertores búlgaros refugiados en Nápoles y el contencioso de Lylibaeum. Oficialmente, Amalasunta, presionada por el partido antibizantino, cada vez más poderoso, eludió todo compromiso, llegando a afirmar que en lo tocante al Lylibaeum, una vez desaparecido el reino vándalo, debía volver a los godos. Sin embargo, según nos refiere Procopio, que sigue muy de cerca toda la problemática, en secreto Amalasunta aseguró al embajador imperial que estaba dispuesta a entregar el reino en manos de Justiniano[45].

Poco después, el 2 de octubre de 534, se producía la muerte de Atalarico, que sucumbió víctima de su propia dependencia del alcohol. Este suceso cambió por completo los planes de Amalasunta. Inmediatamente, la hija de Teodorico asumió el título de reina y tomó como consorte a su primo Teodato, a quien asoció al trono, después de haberle hecho jurar que se mantendría al margen de la vida pública, dejando que ella ejerciese el poder. Pero Teodato no había perdonado a su prima que le hubiese obligado a devolver las tierras adquiridas ilegítimamente. Por ello no es extraño que, tras la boda, se aliase con la facción antibizantina, llegando a convertirse en el líder de la oposición a Amalasunta. En cuanto estuvo seguro de que contaba con el apoyo necesario, no dudó en pasar a la acción. En diciembre de 534, depuso a la reina e hizo ajusticiar a sus principales seguidores. Acto seguido, ordenó que Amalasunta fuese deportada a una isla situada en el centro del lago Bolsena. El destronamiento de la soberana sólo contribuyó a recrudecer las diferencias existentes entre el elemento romano católico y el

ostrogodo arriano, que Amalasunta había procurado limar. Pese a que Teodato intentó ganarse a la nobleza senatorial asegurando que estaba dispuesto a convertirse en continuador al ideal de civilitas acuñado por Teodorico, gran parte de la aristocracia romana, hasta aquel momento partidaria de la política desarrollada por Amalasunta, se inclinó a considerar al nuevo monarca como un simple títere en manos del partido germánico. Por ello, no tardó en unirse a aquellos sectores del Senado que veían en la restauración de la autoridad imperial la única salida posible para Italia[46].

Antes de proseguir, es preciso hacer un paréntesis, a fin de analizar el origen de las distintas posturas adoptadas por los ostrogodos frente al Imperio. E. A. Thompson ha estudiado este mismo problema en el caso visigodo, llegando a la conclusión de que existe una relación directa entre las diversas actitudes mostradas hacia el estado imperial por los germanos y los avances del proceso de romanización entre la élite dirigente bárbara. De acuerdo con su estudio, durante el siglo V, los visigodos habrían afrontado un doble conflicto interno. Por un lado, se habría producido una lucha entre la aristocracia, progresivamente romanizada, y la masa del pueblo, que opuso mayor resistencia a la recepción de elementos culturales ajenos a la tradición germánica, y por otro, se habría dado un enfrentamiento entre el creciente sector de optimates partidario de colaborar con el Imperio y el grupo menguante de notables adverso a cualquier compromiso con Roma. La monarquía visigoda, deseosa de afirmar su poder mediante el empleo de mecanismos de coerción pública, y buena parte de la aristocracia, preocupada por defender sus riquezas y su status, no dudaron en aceptar la organización social romana, desmantelando las viejas estructuras gentilicias. El cambio fue acompañado de convulsiones políticas. Precisamente, los reyes Ataúlfo y Sigerico morirían asesinados a causa de su

política filorromana, que la facción progótica de la nobleza no estaba dispuesta a admitir. Sin embargo, unas pocas décadas más tarde, ya no quedaba ningún notable que rechazase el legado romano, puesto que todos habían comprendido cuán útil resultaba a sus intereses[47].

De acuerdo con lo que se ha visto sobre las distintas posiciones adoptadas por los ostrogodos frente al Imperio tras la muerte de Teodorico, resulta congruente deducir que, a comienzos del segundo cuarto del siglo VI, este pueblo germano se encontraba inmerso en un proceso muy parecido al que habían vivido los visigodos una centuria antes. La casa real de los Amalos y un sector de la nobleza ostrogoda se hallaban profundamente romanizados. El mejor exponente de este hecho nos lo ofrece la propia figura de Teodorico el Grande, quien, salvando las distancias, presenta ciertos paralelismos con la del rey visigodo Ataúlfo. Sin embargo, no debemos olvidar que entre los ostrogodos todavía existía, por esta época, un destacado grupo de optimates que rechazaba el complejo cultural latino y que, después de la desaparición de Teodorico, recobró vigor e hizo sentir todo su peso político en la corte de la romanizada regente Amalasunta. En cuanto al grueso del ejército ostrogodo, cabe suponer, atendiendo a la postura que tomaría poco después, que compartía la opinión de la facción nobiliaria antirromana.

Volviendo al tema que nos ocupaba, es decir, la respuesta del gobierno de Constantinopla ante la proclamación de Teodato y el posterior destronamiento de Amalasunta, conviene destacar que Pedro, un célebre abogado natural de Tesalónica, protegido de la emperatriz Teodora, fue enviado a Italia por Justiniano a fines de 534 en calidad de embajador imperial. Por el camino se cruzó con la legación ostrogoda encargada de notificar al emperador el advenimiento de Teodato, y, un poco más

adelante, topó con una segunda embajada enviada por este último, para comunicar a Justiniano la deposición de Amalasunta. Esta última legación se hallaba encabezada por el patricius praesentalis Liberio y por Opilio, hermano de Cipriano. El primero de ellos hizo saber al emperador en secreto que Amalasunta se encontraba confinada en una isla del lago Bolsena. Rápidamente, Justiniano hizo llegar ordenes a Pedro, que se había detenido en la ciudad epirota de Aulon (Aulona), para que comunicase a Teodato que Amalasunta estaba bajo protección imperial y que no debería hacérsele ningún daño. Pero, según Procopio, que como es bien sabido no era nada afín a Teodora, la emperatriz, temerosa del ascendiente que podría alcanzar la hermosa hija de Teodorico sobre Justiniano, si Teodato la remitía a Bizancio, mandó sus propias ordenes a Pedro. Este, cumpliendo la misión que le había encargado la soberana, persuadió en secreto a Teodato de que, a despecho de las protestas formales del emperador, la corte de Constantinopla vería con buenos ojos la eliminación de Amalasunta. Poco después, el 30 de abril de 535, la reina era estrangulada en su prisión por parientes de los tres generales del partido germánico, a quienes ella había hecho asesinar[48].

La ejecución de Amalasunta iba a servir de pretexto a Justiniano para intervenir militarmente en Italia. La extinta soberana acataba la suprema autoridad del basileus y, además, había ceñido la diadema con su venia. Desde esta perspectiva, la acción de Teodato podía considerarse como un auténtico atentado contra la legitimidad emanada de Constantinopla. Inmediatamente, Justiniano ordenó a Pedro que formulase una enérgica protesta ante el monarca Amalo, quien al ver amenazado su reino por estallido de una guerra con el Imperio, procuró excusarse, alegando que el asesinato de la reina era el resultado de una venganza de sangre y que se había efectuado en contra de su

voluntad[49].

Aunque la lucha contra las tribus mauras constituía una pesada carga económica y militar para el Imperio, una vez sometidos los últimos focos de resistencia vándala, Justiniano decidió que había llegado el momento de intervenir en el reino ostrogodo. La ejecución de Amalasunta había vuelto la opinión pública en contra de Teodato, y se podía contar con la colaboración pasiva de la población romana. Los primeros movimientos de tropas, que tuvieron lugar a partir de junio de 535, responden a una gigantesca operación en tenaza. El emperador y su estado mayor dispusieron que un ejército procedente de la praefectura praetorio per Illyricum avanzase por la costa dálmata hacia la Italia septentrional, mientras las tropas de Belisario ocupaban Sicilia y penetraban por el sur de la Península. Ambas expediciones serían simultáneas y permitirían al gobierno de Constantinopla hacerse con el control militar de las regiones periféricas del reino ostrogodo. Sin duda, Justiniano esperaba que Teodato, al verse acorralado, se rendiría y no serían necesarias nuevas acciones bélicas[50].

Mundo, magister utriusque militiae per Illyricum, fue el encargado de apoderarse de Dalmatia. Al parecer, no tuvo demasiados problemas para expulsar a los godos de la provincia. De hecho, tras haberlos derrotado en batalla, tomó la ciudad de Salonae. Entre tanto, Belisario, acompañado por su esposa Antonina y su hijastro Focio y por los magistri militum vacantes Constantino, Besas y Peranio, se puso al frente de una pequeña fuerza, compuesta por 4.000 soldados, entre regulares y federados, 3.000 isaurios, 200 hunos y 300 mauros, además de los 2.500 bucellarii del general. En total no más de 10.000 hombres. Al mando de tan reducido ejército, navegó rumbo a Sicilia con instrucciones de ocuparla si no encontraba resistencia, aunque

en caso contrario, debía buscar refugio en Africa. Como la única guarnición importante establecida en la isla era la del puerto de Panormus, no es extraño que las poblaciones de Catana (Catania) y Siracusa abriesen las puertas a los imperiales. Panormus, defendida por un regimiento ostrogodo, se encerró tras sus muros, pero fue rápidamente reducida mediante una lluvia de flechas. Para cuando el 31 de diciembre de 535, Belisario celebró la clausura de su consulado en Siracusa, la isla estaba enteremente sometida al emperador[51].

Mientras tenían lugar estos sucesos, Justiniano se había puesto en contacto con los monarcas merovingios, a través de una embajada que solicitó su ayuda, en nombre de la común fe ortodoxa, para combatir a los godos arrianos. El requerimiento del emperador iba acompañado de una elevada cantidad de dinero, y de la promesa de nuevas sumas, si tomaban parte activa en la campaña. Los francos prometieron combatir como aliados del Imperio, pues, además del oro bizantino, anhelaban anexionar a su dominio la franja litoral subgálica, que tras el hundimiento del reino visigodo de Tolosa había pasado a ser defendida por los ostrogodos[52].

Tan pronto como Teodato tuvo noticia de las victorias bizantinas en Dalmatia y Sicilia, entró en negociaciones con el embajador Pedro, quien le propuso la firma de un humillante tratado de paz con el Imperio. Las condiciones, acordadas en secreto, incluían la entrega de Sicilia y el envio anual a Bizancio de 3.000 guerreros godos y de un tributo de 300 libras de oro. Teodato debía comprometerse a no ejecutar a ningún clérigo católico o senador, ni a confiscar sus propiedades, excepto por mandato del basileus. Por otra parte, sólo podría otorgar el rango de patricio o senador con el permiso de Justiniano, cuyo nombre precedería al del monarca ostrogodo en

las aclamaciones y cuya estatua se colocaría siempre a la derecha de la de Teodato. Poco antes de que Pedro partiese hacia Constantinopla, el soberano le hizo llamar otra vez y le comunicó reservadamente que en última instancia estaba dispuesto a abdicar y entregar Italia al emperador, a cambio de una serie de grandes propiedades en Oriente que rentasen no menos de 1.200 libras de oro al año[53].

Como era de esperar Justiniano se decantó por la segunda oferta de Teodato. El emperador, deseoso de concluir la guerra con el menor costo posible, estaba dispuesto a recibir al monarca ostrogodo, concederle las más altas dignidades del Imperio y asignarle las rentas que solicitaba. Pero cuando, en la primavera de 536, Pedro se presentó de nuevo ante el príncipe Amalo las circunstancias habían experimentado algunos cambios. Recientemente, el general Mundo y su hijo Mauricio habían hallado la muerte en combate contra los godos, quienes habían ocupado la ciudad de Salonae, obligando a los bizantinos a retirarse de Dalmatia. Por otra parte, el monarca ostrogodo había llegado a un acuerdo con los merovingios, a quienes había prometido el sur de las Galias, desde la desembocadura del Ródano hasta los Alpes, y una suma de 2.000 sueldos, a cambio de su ayuda militar. Infatuado por la victoria dálmata y confiando en la alianza franca, Teodato se atrevió a ordenar que el embajador imperial fuese puesto bajo custodia. Acto seguido, hizo que el Senado romano mandase acuñar moneda de bronce con sus títulos e imagen en la cara del anverso, a fin de destacar la independencia de su reino frente al Imperio. Además, aprovechando la muerte del papa Agapito I (535-536), fallecido durante una visita a Constantinopla, movió todas sus influencias para que fuese consagrado obispo de Roma Silverio (536-537), hijo del papa Hormisdas, y uno de los más destacados miembros del partido antibizantino entre el clero de la Ciudad Eterna. En vista del

mal cariz que habían comenzado a tomar los acontecimientos, Justiniano ordenó a Belisario que cruzase el estrecho de Mesina e invadiese Italia, mientras Constanciano, el comes sacri stabuli, al frente de otro ejército, emprendía la reconquista de Dalmatia[54].

En mayo de 536, Belisario desembarcó en Regium (Reggio). El general avanzó por la costa de Lucania et Bruttium, mientras la escuadra le seguía costeando el litoral. En todas partes, los romanos le salían al encuentro para saludarle como libertador. Incluso Ebrimundo, yerno de Teodato y comandante de las fuerzas ostrogodas acantonadas en la provincia, se pasó al enemigo junto con todos sus hombres. Belisario le envió a Constantinopla, donde el emperador le cubrió de regalos y le otorgó la dignidad del patriciado. Sin encontrar oposición alguna, Belisario penetró en la Campania y marchó sobre Nápoles. Aunque los miembros del partido probizantino de la ciudad, apoyados por la comunidad de comerciantes orientales, eran favorables a la rendición, se impuso el criterio de la facción germánica, defendido por los judíos, que propugnaba resistir hasta que Teodato enviase refuerzos[55].

Sin dudarlo un instante, Belisario puso sitio a Nápoles. El general era consciente de los problemas que comportaba un largo asedio: no sólo habría de hacer frente a los ostrogodos, que, tarde o temprano, acabarían por enviar tropas para levantar el cerco, sino también a los rigores del invierno, que ya se aproximaba. Ambos motivos le indujeron a intentar tomar la ciudad por la fuerza; pero fracasó en el empeño. Finalmente, decidió rendir la plaza por hambre y sed, razón por cual, además, de impedir la entrada de alimentos, hizo cortar el acueducto que suministraba agua a Nápoles. No obstante, llegados a este punto, se produjo un cambio total en la situación. Uno de los soldados

isaurios, observando la estructura del acueducto, descubrió que la conducción por la que fluía el agua, pese a estrecharse en su entrada a la ciudad, bien podía utilizarse como pasaje para penetrar en Nápoles. Cuando Belisario tuvo noticia del hallazgo, ordenó que se ampliase el canal en secreto. Poco después, tras 20 días de sitio, pudo introducir 400 hombres en la plaza, a través del acueducto. Estos facilitaron la ocupación de la ciudad por las fuerzas bizantinas, las cuales, apenas se encontraron en el interior de Nápoles, dieron comienzo a una despiadada matanza, que Belisario, a duras penas, logró contener. El general, alarmado, hubo de intervenir, ordenando que se respetase la vida la población civil y que las mujeres, niños y esclavos capturados fuesen devueltos a sus respectivos maridos, padres y amos. De todos modos, no pudo impedir que la tropa conservase como botín los bienes materiales de los que ya se habían apoderado[56].

La noticia de la caída de Nápoles causó honda impresión en la cúpula militar del ejército ostrogodo. Los generales temían que la pasividad de Teodato ante el avance de las tropas imperiales ocultase, en realidad, un acuerdo secreto, para entregar el reino al emperador. Reunidos con sus tropas en los pastizales de Regata (Rieti), al noroeste de Tarracina (Terracina), acordaron deponer a Teodato y eligieron como nuevo soberano, elevándolo sobre el pavés, al general Vitiges, que si bien no era de sangre real ni procedía de una casa de la alta nobleza ostrogoda, disfrutaba, en cambio, una solida reputación como guerrero, labrada en los campos de batalla. Al conocer estos hechos, Teodato abandonó Roma para refugiarse en Ravenna. Sin embargo, Vitiges mandó en su busca a Optaris, quien le dio alcance en el camino y, movido por resentimiento personal, le degolló allí mismo[57].

Con la ejecución de Teodato la dinastía de los Amalos

cede el poder a reyes extraídos de entre los altos mandos del ejército ostrogodo. Vitiges, consciente de su necesidad de anudar lazos con el antiguo linaje real, marchó inmediatamente a Ravenna, para casarse con Matasunta, hija de la reina Amalasunta. Dejó en Roma una guarnición de 4.000 hombres, a todas luces insuficiente para defender la ciudad contra el ejército bizantino. El enlace de Vitiges con Matasunta fue oportunamente comunicado a Justiniano. Vitiges esperaba conseguir la paz con el Imperio, pues había eliminado al asesino de Amalasunta y desposado a su hija y única heredera. Además, en señal de acatamiento a la autoridad suprema del emperador, las primeras emisiones de moneda de plata que mandó acuñar llevaban únicamente la imagen de Justiniano sobre la cara del anverso. Sin embargo, esta tentativa de restablecer la concordia no tuvo éxito. El emperador deseaba restablecer su autoridad sobre Italia y no estaba dispuesto a llegar a ningún acuerdo[58].

La marcha de Vitiges hacia el norte de Italia, no sólo estuvo motivada por la necesidad de consolidar su posición, sino también por razones de índole táctica. El nuevo monarca no quería quedar atrapado entre dos frentes, como le había ocurrido a Teodato, y consideró oportuno neutralizar el septentrional, donde francos y bizantinos constituían una grave amenaza.

Como ya vimos en su momento, Teodato, a fin de contrarrestar el pacto firmado por los francos con el Imperio, había cedido a los merovingios la provincia subgálica que controlaban los ostrogodos. Vitiges, en cumplimiento del acuerdo sellado por su antecesor entregó la suma de dinero acordada y evacuó las ciudades galas, permitiendo que los francos las ocupasen. De este modo, se aseguraba la neutralidad merovingia en el conflicto, y reunía fuerzas suplementarias, extraídas de las guarniciones godas de la ciudades del sur de la Galia, para

enfrentarse a Belisario. A pesar de todo, los francos no se consideraron desvinculados de sus obligaciones hacia el Imperio, como lo demuestra el hecho de que tomaron la precaución de solicitar al emperador la confirmación de la posesión recién adquirida[59].

Por otra parte, Vitiges envió una expedición contra el comes sacri stabuli Constanciano, que se, tras haber recuperado la Dalmatia, se había instalado en Salonae. La ciudad fue asediada por tierra y mar, pero los bizantinos lograron destruir la flota goda y, pese a que, durante un poco más de tiempo, el cerco continuó por tierra, la plaza no llegó a caer en manos de los bárbaros[60].

El tiempo empleado por el nuevo monarca ostrogodo en asegurarse el dominio del norte de la Península frente a los francos y los bizantinos, fue aprovechado por Belisario para avanzar hacia Roma. La suerte de Italia estaba echada. La Península iba a ser objeto de disputa entre godos y bizantinos durante dieciocho años. Las sangrientas guerras góticas acababan de dar comienzo.

3.3. El *período de las guerras góticas*.

3.3.1. Campañas contra Vitiges.

El 9 de diciembre de 536, Belisario ocupó Roma. El Senado, apenas tuvo noticia de lo ocurrido en Nápoles, y contando con la aquiescencia del papa Silverio, había enviado ante el general bizantino a Fidel, antiguo quaestor del rey Atalarico, con la promesa de rendir la ciudad sin resistencia. Así ocurrió. Mientras Belisario hacia sus entrada triunfal por la Puerta Asinaria, la guarnición ostrogoda abandonaba Roma camino de

Ravenna por la Puerta Flaminia. Su comandante, Leuderis, se rindió a las fuerzas imperiales y fue enviado ante el emperador con las llaves de la Ciudad Eterna. Fidel obtuvo la praefectura praetorio Italiae. Poco después, la provincia de Apulia et Calabria, donde no había asentamientos godos, se sometió a Belisario[61].

En previsión de un largo asedio, Belisario hizo almacenar víveres y restaurar las fortificaciones de la ciudad. El general no disponía de suficientes hombres como para presentar batalla en campo abierto. En tanto no recibiese refuerzos de Oriente, su única posibilidad de mantener las conquistas efectuadas hasta aquel instante consistía en apelar al uso de una táctica defensiva de desgaste. Mientras se llevaban a cabo los preparativos para resistir el sitio, Belisario despachó a Bessas con ordenes de ocupar Narnia (Narni), y a Constantino el Tracio le encomendó la toma de Spoletium (Spoleto) y Perusia (Perugia). Ambos cumplieron con su misión sin ningún problema, ya que las poblaciones se mostraron dispuestas a colaborar. A finales de febrero de 537, Vitiges, una vez solucionada la cuestión de los francos, se presentó ante Roma, al mando de 150.000 hombres, muchos de ellos procedentes de las guarniciones godas retiradas de las ciudades del sur de la Galia. Belisario salió al encuentro del enemigo en las inmediaciones del puente Milvio. Reconocido a causa de su montura, un caballo tordo, estuvo a punto de perecer en la batalla, ya que los godos dirigieron todos sus ataques contra él. Finalmente, los bizantinos se retiraron a la ciudad sin grandes bajas[62].

Procopio de Caesarea, formado en la tradición homérica, narra con auténtico sabor épico los distintos episodios que tuvieron lugar a lo largo del período de más de un año que duró el asedio. Tras haber rechazado a las fuerzas imperiales,

los godos levantaron 6 campamentos en torno a la ciudad, aunque no les sería posible controlar todo su perímetro[63]. Una de sus primeras acciones consistió en cortar los acueductos, lo que produjo grandes perjuicios a la población de Roma. Para empezar los *molinos harineros, de los que dependía el suministro diario* de pan, dejaron de funcionar. Este grave problema, según nos cuenta Procopio, fue paliado de inmediato por el ingenio del general:

> "Así pues, Belisario acertó con el siguiente recurso. Justo debajo del puente (Aurelio), que... estaba en conexión con las murallas, amarró cuerdas de las dos orillas del río y las tensó tanto como pudo, a continuación asió a ellas dos barcos lado a lado, separados por dos pies, donde la corriente de agua descendía bajo el arco del puente con mayor fuerza, y colocando dos molinos sobre cada barco, colgó entre ellos el mecanismo por el que los molinos suelen girar. Debajo de éstos puso otros barcos, cada uno asido al siguiente por detrás en orden, y fijó las ruedas de paletas entre ellos de la misma manera, a lo largo de una gran distancia. Así, por la fuerza del agua que corría, todas las ruedas, una tras otra, eran movidas independientemente, y de este modo trabajaban los molinos con las que estaban conectadas y molían suficiente harina para la ciudad. Ahora bien, cuando el enemigo supo de esto por desertores, destruyó las ruedas de la siguiente manera. Tomaron grandes troncos y cuerpos conservados de romanos recientemente asesinados que arrojaron al río, y muchos de ellos fueron arrastrados por la corriente entre los barcos y rompieron las ruedas. Pero Belisario, observando lo que estaba ocurriendo, adoptó la siguiente medida.

> Colocó delante del puente largas cadenas de hierro, que se extendían completamente a lo ancho del Tíber. Todos los objetos que el río arrastraba chocaban con estas cadenas, y quedaban allí varados y no iban más allá"[64].

Otra de las consecuencias del corte de los acueductos fue que las termas, uno de los placeres de que disfrutaba la plebe, quedaron inutilizadas. Este problema no pudo ser solventado por Belisario y la población, con parte del Senado a la cabeza, no tardó en empezar a murmurar en su contra, pues a las incomodidades propias del asedio, incluida la escasez de alimentos, se unía la obligación impuesta a los ciudadanos varones en edad militar de custodiar los muros de la ciudad. Conocedor del malestar interior, Vitiges envió ante Belisario una legación diplomática, que, en presencia del Senado romano y del estado mayor bizantino, le conminó a rendirse. Por su parte, el general respondió a los embajadores godos que estaba dispuesto a resistir hasta la muerte[65].

En vista de la tenacidad de Belisario y tras 18 días de asedio, Vitiges decidió lanzar un ataque simultáneo y por sorpresa contra las Puertas Salaria, Prenestina, Cornelia y Aurelia. Con el propósito de tomar la ciudad por la fuerza, mandó fabricar toda una serie de máquinas de asalto, que eran arrastradas por bueyes. Sin embargo, Belisario encontró el medio de neutralizar aquel despliegue de medios técnicos, por otro lado, impropio de un pueblo bárbaro. Cuando las yuntas, que tiraban de los ingenios, se aproximaron a la Puerta Salaria, el general ordenó a sus arqueros que disparasen sobre los animales. Estos cayeron abatidos por una lluvia de flechas, y las torres y rampas quedaron inutilizadas en medio del campo. A pesar de todo, Vitiges, ciñéndose al plan previsto, arrojó a sus hombres

al asalto de las fortificaciones. Cerca de la Puerta Cornelia tuvo lugar uno de los hechos de armas más célebres del asedio de Roma. Los godos, avanzando sobre la columnata que se extendía entre el puente Elio y la basílica de San Pedro, intentaron apoderarse del mausoleo del emperador Adriano, hoy conocido con el nombre de castillo de Sant'Angelo. Su conquista les habría otorgado un puesto estratégico, ya que la tumba era más alta que los inmediatos muros de la ciudad. No obstante, los defensores, dirigidos por Constantino el Tracio, lograron repeler la agresión, rompiendo a golpe de martillo las estatuas que adornaban el mausoleo y arrojando los fragmentos a modo de proyectiles sobre los asaltantes. Llegado el momento oportuno, Belisario abrió las puertas de Roma y envió a la caballería contra el enemigo. Las fuerzas imperiales pegaron fuego a las máquinas de asalto y pusieron en fuga a los ostrogodos[66].

Aunque, el general había conseguido rechazar el ataque, era consciente de lo precario de su situación. Por ello escribió al emperador solicitando el envío de refuerzos, ya que las fuerzas con que contaba para defender Roma apenas ascendían a 5.000 hombres, después de haber ido estacionando guarniciones en Sicilia y el sur de Italia, a medida que avanzaba hacia el norte[67].

A mediados de marzo, el hambre y una epidemia comenzaron a afectar a la población de Roma. En tales circunstancias, Belisario decidió mandar a Nápoles a todas las mujeres, niños y esclavos, a fin de reducir el número de bocas a las que debía alimentar. Esta medida no sólo afectó a los ciudadanos, sino también a los soldados, que hubieron de desprenderse de sus asistentes personales. La evacuación se llevó a cabo sin problemas. En primer lugar, porque los godos eran incapaces de controlar por completo el largo perímetro de las

fortificaciones de Roma. Y en segundo lugar, porque los soldados beréberes que combatían en las filas del ejército imperial habían estado realizando incursiones al otro lado de las murallas varias noches antes, para dar muerte a todo enemigo que encontraban fuera de su campamento. Mediante esta táctica se crearon varios corredores, por los que los refugiados pudieron salir de la ciudad y alcanzar la Campania y Sicilia[68].

A pesar de que el papa Silverio había apoyado la iniciativa senatorial a favor de la entrada de los imperiales en Roma, Belisario sospechaba que, en secreto, mantenía contactos con el enemigo, a fin de entregarle la ciudad en cuanto se presentase la ocasión oportuna. El hecho de que fuese antiguo miembro del partido antibizantino y que debiese el pontificado a la intervención de Teodato, no hacía sino incrementar la suspicacia del general. Por ello, finalmente, decidió enviarlo como desterrado a la isla de Pontia (Ponza), donde moriría el 2 de diciembre de 537, al poco tiempo de su llegada, víctima del hambre y de los malos tratos recibidos. En su lugar, Belisario impuso como nuevo obispo de Roma a Vigilio (537-555), quien, un año antes, había sido el candidato predilecto de la emperatriz Teodora para suceder a Agapito I. El general también expulsó de Roma a todos los senadores del partido germánico, cuyo líder, en aquel momento, era Flavio Máximo, descendiente del emperador Petronio Máximo. Estos pudieron regresar, más tarde, cuando se puso fin al asedio. Temiendo que los defensores se dejasen corromper por dinero, Belisario relevaba constantemente las guardias y todos los meses hacía cambiar las llaves de las puertas de la ciudad. Por aquellos días un grupo de ciudadanos romanos, probablemente paganos, abrieron en secreto las puertas del templo de Jano, como se acostumbraba hacer en el pasado durante los tiempos de guerra[69].

Entre tanto, Vitiges mandó ejecutar a todos los senadores romanos que habían permanecido en Ravenna, aunque algunos, como Vergentino y Reparato, éste último hermano del papa Vigilio, lograron escapar y refugiarse en Liguria. Casiodoro, que había continuado sirviendo a Vitiges como praefectus praetorio Italiae, a despecho del nombramiento de Fidel como nuevo titular de la praefectura por Belisario, no pudo hacer nada por evitar la masacre. Defraudado, al comprobar como se hundía el ideal teodoriciano de civilitas, a fines de 537, abandonaría su cargo. La matanza de los senadores residentes en Ravenna privó a Vitiges de los últimas simpatías que pudiese tener entre la aristocracia romana[70].

Acto seguido, y a fin de que Roma quedase privada de provisiones no sólo por tierra sino también por mar, Vitiges ocupó Portus, el puerto de la ribera norte del Tíber, que había sustituido a Ostia durante el siglo V como base de almacenamiento de los víveres que subían desde la costa a la ciudad remontando el río. Apenas 20 días después de la toma de Portus por los godos, en pleno mes de abril de 537, llegaron a Roma los primeros refuerzos enviados por el emperador, 1.600 jinetes, hunos, antas y eslavos en su mayoría, bajo el mando de los magistri militum vacantes Martín y Valeriano. Belisario, inseguro de los resultados de una batalla en campo abierto, se dedicó a enviar contra los godos pequeñas expediciones, integradas por dos o trescientos jinetes. Estos atraían al enemigo hasta las murallas de la ciudad, desde donde los arqueros bizantinos los abatían con sus flechas. Animados por el éxito de semejante táctica y por la llegada de los refuerzos enviados desde Constantinopla, los romanos solicitaron al general que estudiase la posibilidad de hacer frente a las tropas godas en una gran batalla, que pusiese fin al asedio. En principio, Belisario se mostró poco partidario de la idea, dada la inferioridad numérica de sus fuerzas; pero

finalmente, decidió probar fortuna y salir a campo abierto con todo su ejército. La batalla, que a punto estuvo de terminar en desastre para los imperiales a causa de la inexperiencia y falta de disciplina de algunos cuerpos, no contribuyó a inclinar la balanza a favor de ninguno de los dos bandos contendientes. Los godos tuvieron muchas bajas y los bizantinos no alcanzaron el objetivo perseguido de levantar el cerco[71].

Mientras los sitiados aguardaban la llegada del grueso de los refuerzos prometidos por Constantinopla, el panorama en el interior de Roma se hacía cada vez más difícil. Desde comienzos de la primavera de 537, pese a la marcha de las mujeres, niños y esclavos, la ciudad era pasto del hambre y de una grave epidemia. En los almacenes aún quedaba grano para el ejército, pero no para la población civil. Algunos soldados, amparándose en la oscuridad de la noche, se atrevían a salir del recinto amurallado, para recoger trigo en los campos próximos. Luego, de vuelta en Roma, lo vendían a los ricos, que eran los únicos que podían permitirse el lujo de pagar las ingentes sumas que exigían por el cereal. Entre tanto, el resto de la población se alimentaba de hierbas, que crecían en las fortificaciones y en los descampados, o hacían salchichas con carne de algún mulo muerto[72].

A mediados del verano, cuando la situación se tornaba insostenible, se corrió la voz de que los refuerzos enviados por el emperador acababan de arribar a Nápoles. Deseoso de confirmar la noticia, Belisario despachó a Procopio con ordenes de reunir a los soldados que hubiesen desembarcado y cuantos víveres pudiese hallar, a fin de expedirlos de inmediato a Roma. Ya en el puerto campano, Procopio pudo comprobar que el ejército de socorro aún no habían llegado, pero logró reunir una fuerza de 500 hombres y cargó con grano varias naves. Mientras llevaba a

cabo estos preparativos, Antonina se presentó en Nápoles. La esposa de Belisario, que se había visto obligada a abandonar Roma dada la gravedad de las circunstancias, colaboró con Procopio para acelerar la partida de la flota[73].

Finalmente, a comienzos del otoño de 537, los refuerzos de Constantinopla desembarcaron en Napolés. Se trataba de 3.000 isaurios a las ordenes de Paulo y Conón, 1.000 soldados de infantería bajo varios comandantes y 800 jinetes tracios mandados por el sobrino del general Vitaliano, el magister militum Juan, que se ganaría el sobrenombre de "el Sanguinario" en la campaña italiana, a causa de sus brutales métodos de hacer la guerra. Paulo y Conón siguieron por el mar hasta Ostia, mientras los tracios de Juan, junto con una caravana de víveres que éste había obtenido en Apulia et Calabria y los 500 hombres reunidos por Procopio se abrieron pasc hacia Roma por la ruta costera. Belisario, al conocer que las fuerzas de Juan se aproximaban a la ciudad y temiendo que fuesen asaltadas por el enemigo, puso en marcha una serie de maniobras de distracción, para que las tropas imperiales pudiesen entrar en Roma sin contratiempos[74].

La llegada de los refuerzos enviados por Justiniano para auxiliar a Belisario enfrió los ánimos beligerantes de los godos. Rápidamente, Vitiges abrió una ronda de negociaciones con el general bizantino, ofreciéndole Sicilia para el Imperio a cambio de que los ostrogodos pudieran conservar Italia. Belisario, que no deseaba comprometerse sin la aquiescencia del basileus, se limitó a firmar un armisticio, en espera de que Justiniano tomase una decisión al respecto. Aprovechando la tregua, los imperiales recuperaron Portus, evacuado por los godos faltos de víveres, con lo que Roma pudo volver a ser aprovisionada a través del mar. Por esta misma época, Dacio,

obispo de Mediolanum, se presentó en la Ciudad Eterna, acompañado por varios notables locales, manifestando ante Belisario su deseo de que las tropas del emperador ocupasen la Liguria. A la sazón, Mediolanum era, después de Roma, la ciudad más importante de Italia, "tanto en tamaño como en población y prosperidad". El general prometió atender la demanda del obispo, pero, a causa de la proximidad del invierno, hubo de posponer la conquista de Liguria hasta la llegada de la primavera[75].

Durante el armisticio, se produjeron algunas rencillas personales entre los miembros de la cúpula militar bizantina. La más importante de todas fue la que enfrentó a Belisario con Constantino el Tracio, quien llegó a atentar, sin éxito, contra la vida del general, pagando su atrevimiento con la muerte[76]. Estas disensiones de carácter privado influirán, poco después, de manera decisiva en la marcha de la guerra.

A comienzos de marzo de 538, Belisario reanudó las operaciones militares. Unos 2.000 soldados al mando de Juan el Sanguinario cruzaron los Apeninos y pusieron sitio a Ariminum. Vitiges, al comprobar que la tregua tocaba a su fin sin respuesta de Justiniano y que Belisario había comenzado a movilizar sus tropas, se sintió inquieto. Cuando, al poco tiempo, le llegó la noticia de que Ariminum, situada a una jornada de Ravenna, había abierto las puertas a los imperiales, levantó apresuradamente el cerco de Roma y corrió a defender su capital. De camino a Ravenna, Vitiges dejó destacamentos en las ciudades de Clusium (Chiusi), Urviventus (Orvieto), Tudera (Todi), Petra (Pertusa), Auximus (Osimo), Urbinus (Urbino), Caesena (Cesena) y Monteferetra (Montefeltro). Sin embargo, poco después, los bizantinos se apoderaron del puerto de Ancon (Ancona), y de la fortaleza de Petra, estableciendo así comunicación entre el Adriático y el Tirreno a través de los Apeninos. Mientras tanto,

una fuerza de 1.000 isaurios y tracios, al mando del dux Mundilas, bucellarius del general, fue enviada por mar a Genua (Génova), y ocupó la mayor parte de la Liguria con excepción de la ciudad de Ticinum. Les acompañaba el praefectus praetorio Fidel, que murió a manos de los godos en el intento de apoderarse de esta última plaza, razón por la cual el emperador hubo de nombrar un nuevo praefectus, escogiendo para el cargo a Reparato, el hermano del papa Vigilio, que, como ya vimos, había escapado a la matanza de senadores que se produjo en Ravenna[77].

En la primavera de 538, el monarca merovingio Teodoberto I (534-538) decidió intervenir en la guerra de Italia a favor de los godos, aunque sin romper su alianza con Justiniano, por lo que envió 10.000 burgundios a Liguria. Con su ayuda los godos, al mando de Uraias, sobrino de Vitiges, pusieron cerco a Mediolanum, donde el dux Mundilas resistiría con una guarnición de apenas 300 hombres, durante 9 meses. La inesperada colaboración de los francos dejó las manos libres a Vitiges para ponerse al frente del asedio de Ariminum, donde Juan el Sanguinario, desobedeciendo las ordenes de Belisario, se había atrincherado con sus tropas. En junio de 538, Belisario abandonó Roma, para expugnar las fortalezas godas de Tuscia. Algunas, como Tudera y Clusium, se rindieron sin resistencia. El translado del teatro bélico a la Liguria, la Tuscia y el Picenum provocó la fuga de los campesinos, que aquel año no sembraron la tierra. Pronto el hambre hizo mella entre la población y llegó a ser tan grave, que se dieron casos de canibalismo. Según Procopio, sólo en Picenum perecieron no menos de 50.000 personas, a causa de la escasez de alimentos[78].

A mediados del verano, se presentó en Italia el eunuco Narsés con 7.000 soldados de refresco. Nacido hacia 480 en la Armenia persa, lugar de procedencia de numerosos eunucos de la

corte, Narsés era un "hombre pequeño, de aspecto delgado y frágil, de modales delicados y facciones elegantes". En aquellos momentos, ocupaba el cargo de sacellarius del emperador o encargado de la custodia del tesoro privado del soberano, función que había desempeñado desde los primeros tiempos de su reinado. Aunque no poseía una amplia cultura literaria era profundamente piadoso. Monofisita moderado, colaboró activamente con Teodora en el desarrollo de una política religiosa de consenso. Poseía, además, amplios conocimientos teóricos del arte de la guerra, que puso en práctica en Italia. De hecho, sería él quien terminase la conquista de Península. Sirvió con lealtad al emperador y es uno de los pocos personajes de la corte a quien Procopio no critica en sus Anecdota[79].

Belisario y Narsés se encontraron con sus respectivos ejércitos en las inmediaciones de la ciudad de Firmum (Fermo). Belisario deseaba marchar inmediatamente sobre Auximus; mientras que Narsés era partidario de levantar primero el cerco de Ariminum, donde resistía Juan el Sanguinario, asediado por los godos. La llegada de un desesperado mensaje de este último, acabó con la disputa entre los dos generales. Las fuerzas del Imperio se dirigieron a Ariminum, obligando a Vitiges a replegarse hacia Ravenna. El éxito de esta operación sólo contribuyó a acentuar las desavenencias en el seno de la cúpula militar bizantina. Belisario seguía empeñado en atacar Auximus, para a continuación acudir en auxilio de Mediolanum. En cambio, Narsés, apoyado por Juan el Sanguinario, se inclinaba por penetrar en la Aemilia y poner sitio a Ravenna. Al final, se optó por enviar un contingente de tropas a Mediolanum, en tanto el grueso del ejército ponía sitio a Urbinus (Urbino). Sin embargo, poco tiempo después, Narsés y Juan abandonaron a Belisario, que hubo de concluir solo el asedio de la ciudad, para adentrarse en la Aemilia[80].

Entre tanto, el ejército enviado en socorro de Mediolanum, había alcanzado las orillas del Po y se hallaba escasamente a una jornada de distancia de la ciudad. Pero su comandante, el magister militum vancans Martín, permanecía en la margen meridional del río, sin decidirse a vadearlo, a causa de la gran multitud de godos y burgundios que ocupaban la Liguria. Belisario, desde sus cuarteles de invierno en Roma, cursó orden a Juan el Sanguinario, a fin de que se uniese a Martín y juntos levantasen el cerco de Mediolanum. Sin embargo, Juan se excusó diciendo que tenían otras ordenes de Narsés, quien pasaba el invierno en Ariminum. Belisario escribió a Narsés, y éste confirmó las disposiciones del primero. Desafortunadamente, Juan cayó enfermó al llegar al Po y se produjo un fatal retraso. En marzo de 539, Mundilas rindió Mediolanum a Uraias. Las cláusulas de la capitulación garantizaban la vida de los soldados bizantinos, pero no la de los civiles. Mediolanum fue saqueada e incendiada. Según Procopio, los godos degollaron a todos los varones de la ciudad, aproximadamente unas 300.000 personas, entre las cuales se encontraba el praefectus praetorio Reparato, cuyo cadáver fue despedazado y arrojado a los perros. Las mujeres no corrieron mejor suerte. Reducidas a la esclavitud fueron entregadas como esclavas a los burgundios, a modo de pago por sus servicios. En cuanto corrió la noticia de la suerte de los milaneses, todas las ciudades de la Liguria que aún se hallaban bajo control bizantino se sometieron a los godos. Belisario escribió al emperador, para darle cuenta de lo acaecido. Justiniano, consciente de que el desastre de Mediolanum había sido consecuencia de la discordia que existía entre sus generales, decidió restaurar la unidad del mando, razón por la cual ordenó el retorno de Narsés a Constantinopla[81].

Tras varios meses de asedio, en el otoño de 539, Fisula (Fiesole) y Auximus abrieron sus puertas a los imperiales.

A fines de año, Belisario puso cerco a Ravenna, con la colaboración de Vital, magister utriusque militiae per Illyricum, quien acababa de someter toda la Venetia et Histria, consolidando, así, el dominio bizantino sobre el Adriático. Por su parte, Vitiges había pasado los últimos tiempos tratando de encontrar aliados. Desafortunadamente para su causa, no consiguió llegar a un acuerdo con ninguno de los vecinos reinos germánicos. Como último recurso, envió una embajada ante Cosroes, rey de Persia, con quien Justiniano había estado en paz desde 532, aunque, recientemente, se habían producido algunos incidentes fronterizos que permitían augurar una próxima ruptura de la Pax Aeterna. Los embajadores ostrogodos ayudaron al Gran Rey a tomar la decisión definitiva. En marzo de 540, el monarca Sasánida reanudaría la guerra contra el Imperio[82].

Sin embargo, para entonces, Vitiges ya había empezado a negociar su rendición con Belisario. Cercado tras los muros de Ravenna, no había tenido otra salida, especialmente después de que ardiesen los graneros de la ciudad, hecho que algunos atribuían a un plan concebido por su esposa Matasunta, secretamente en connivencia con los bizantinos. Justiniano, a través del comes domesticorum et patricius Domnico y del senador oriental Maximino, estipuló las cláusulas: Vitiges entregaría la mitad del tesoro real al emperador, junto con Sicilia y todo el territorio de la Península Itálica situado al sur del Po, reservándose para sí las provincias de Liguria y Venetia et Histria. Pero Belisario se opuso a la firma de semejante pacto, ya que estaba convencido de que podía rendir Ravenna y recuperar toda Italia para el Imperio. Ante la posición inamovible del general, un grupo de notables ostrogodos le ofreció la sumisión completa de su pueblo, si se proclamaba emperador de Occidente. Belisario aceptó, comprometiéndose a respetar a la vida y hacienda de los godos, una vez alcanzase el poder supremo[83].

Este último episodio transciende el carácter meramente anecdótico, que a veces tiene la obra de Procopio, para ofrecernos un dato significativo, en el que se refleja la realidad política y social de Occidente durante la primera mitad del siglo VI. A pesar del largo conflicto que les había enfrentado a los bizantinos, amplios sectores de la aristocracia ostrogoda continuaban considerando que todo poder legítimo emanaba del Imperio, de ahí que intentarán solventar sus problemas sin romper con este marco referencial. La proclamación de un nuevo emperador de Occidente era la solución más adecuada para sus intereses. El soberano, que se alzaría como usurpador frente al emperador de Constantinopla, precisaría de la ayuda militar ostrogoda, primero, para conseguir el reconocimiento oficial de su colega oriental y, más tarde, para mantenerse en el trono. De este modo, los godos, aliados imprescindibles del poder imperial de Occidente, podrían conservar sus bienes y su status, como brazo armado del régimen, al tiempo que se hallaban integrados en el Imperio. Años más tarde, hacia 550, cuando la situación de los bizantinos en Italia sea más desesperada, Justiniano patrocinará un segundo plan para restaurar el Imperio de Occidente en la persona de su primo Germano, tema que tendremos oportunidad de abordar más adelante.

En mayo de 540, las fuerzas imperiales ocuparon la ciudad de Ravenna. Inmediatamente, Vitiges fue puesto bajo custodia, aunque se le trató con el respeto debido a su dignidad. Al mismo tiempo, Belisario tomó posesión del tesoro real en nombre del emperador. Sin embargo, su lealtad personal a Justiniano, le impidió vestir la púrpura. Este hecho no aplacó la ira del soberano, que contrariado por la desobediencia de su general, le hizo llamar de vuelta a la corte, para encomendarle la dirección de la guerra con los persas. La pacificación de Italia se encomendó a Besas, Juan el Sanguinario y Constanciano,

quien recibió ordenes de abandonar Dalmatia y dirigirse a Ravenna. En el viaje de regreso a Constantinopla acompañaron a Belisario, Vitiges, su esposa Matasunta, los más destacados miembros de la nobleza ostrogoda y el tesoro real. El monarca, que recibió de manos del emperador el título de patricius, fallecería dos años después, dejando libre a Matasunta para casarse con el patricio Germano, primo de Justiniano. Belisario no obtuvo, en esta ocasión, ni los honores del triunfo, ni ninguna retribución material. En su lugar, hubo de partir rápidamente hacia Siria, ya que en junio de 540, los persas habían tomado y destruido la ciudad de Antioquía[84].

Tras la caída de Ravenna, la conquista de Italia parecía completa. Desde el punto de vista jurídico, el estado ostrogodo había dejado de existir. No obstante, como señala L. Musset, aún quedaba en pie un ejército godo que estaba dispuesto a combatir, bajo el liderazgo de jefes electivos, contra las fuerzas imperiales, en su mayor parte integradas por elementos de origen bárbaro, ajenos a los intereses de la población italiana[85].

3.3.2. La lucha contra Totila.

Apenas comprendieron que Belisario no estaba dispuesto a asumir la dignidad imperial, un nutrido grupo de soldados godos se presentó ante Uraias, el sobrino de Vitiges, en Ticinum, para ofrecerle la corona. Pero Uraias declinó el honor e indicó que la persona más apropiada para ostentar la suprema dignidad era Ildibaldo, comandante de la guarnición de Verona y sobrino de Teudis (531-548), a la sazón monarca de los visigodos, y de quien cabía esperar algún tipo de ayuda en la lucha contra los bizantinos. En cuanto se le hizo el ofrecimiento, HiIdibaldo (540-541) accedió a convertirse en rey de los ostrogodos, e

inmediatamente marchó a Ticinum, en donde ciño la diadema. De todos modos, envió legados a Belisario, que en aquellos momentos preparaba su regreso a Constantinopla, para hacerle saber que pondría la púrpura a sus pies, en cuanto él desease vestirla[86].

El reinado de Ildibaldo fue breve. Como consecuencia de la rivalidad existente entre su esposa y la de Uraias, se vio obligado a decretar la ejecución de este último, so pretexto de traición, lo que le hizo perder el apoyo de los poderosos jefes militares godos. Algún tiempo después, sucumbía a manos de Velas, un oficial gépido de su guardia, que no le había perdonado el hecho de que hubiese concedido la mano de su prometida a otro hombre, mientras él estaba en campaña. Acto seguido, los notables eligieron como sucesor de Ildibaldo a un príncipe rugio, que militaba en las filas del ejército ostrogodo: Erarico (541). Apenas 5 meses después de su advenimiento, fue asesinado por los mismos próceres que le habían encumbrado, al descubrirse que se hallaba en tratos con los bizantinos, para entregarles el reino. Esta vez, un sobrino de Ildibaldo, Totila (541-552), comandante de la guarnición de Tarbesium (Treviso) fue proclamado rey[87].

El nuevo soberano, aprovechando las rivalidades surgidas entre los distintos comandantes bizantinos, marchó sobre el sur de Italia, con el propósito de ocupar Campania, Apulia et Calabria y Lucania et Bruttium. En estas provincias recaudó los impuestos públicos y confiscó las rentas que pagaban los colonos a los grandes propietarios, en su mayor parte senadores adictos al gobierno de Constantinopla. De tal modo, pudo abastecer a su ejército, sin necesidad de arruinar la región con saqueos y rapiñas. Las tropas imperiales, que llevaban meses sin cobrar su soldada, se negaron a salir al campo de batalla y permanecieron encerradas tras los muros de las ciudades. Este hecho permitió a Totila poner cerco a Nápoles, cuya conquista resultaba

indispensable para cortar las comunicaciones entre Sicilia y Roma. A comienzos de 543, Nápoles capituló. Tanto la población civil como los soldados bizantinos fueron tratados con consideración por los ostrogodos. Sin embargo, temiendo que las fuerzas imperiales recuperasen la ciudad y volviesen a pertrecharse tras sus fortificaciones, el rey dio orden de desmantelarlas. Precisamente, la demolición de las defensas urbanas se convertirá en uno de los elementos característicos de la estrategia bélica empleada por Totila a lo largo del conflicto[88].

Como apunta E. Stein, hasta aquel momento, el monarca ostrogodo había albergado la esperanza de llegar a un acuerdo con el emperador. Prueba de ello es que, durante los dos primeros años de su reinado, acuñó moneda de oro y plata con la efigie de Justiniano en la cara del anverso. Sin embargo, a partir de 543, cuando quede claro que el Imperio no está dispuesto a llegar a un trato, las emisiones de numerario salidas de la cecas godas portarán la imagen del emperador Anastasio. Todo un símbolo de las aspiraciones de Totila a restablecer las relaciones que habían existido entre Teodorico y aquel príncipe[89].

Cuando Justiniano tuvo noticia de la caída de Nápoles decidió retirar a Belisario de la frontera persa y enviarlo a Italia. En el verano de 544, el general se puso, de nuevo, en camino hacia Occidente. Pero, como le acompañaba un reducido número de tropas, ya que había tenido que dejar en el frente oriental a sus hombres, no tuvo más remedio que reclutar voluntarios en el camino, a medida que atravesaba la Thracia. El magister utriusque militiae per Illyricum Vital colaboró con Belisario en esta tarea. Entre ambos lograron reunir unos 4.000 soldados, con los que marcharon hasta el puerto de Salonae, donde debían embarcar para Italia. Desafortunadamente, en el transcurso

de una escala técnica en Pola, espías de Totila descubrieron que las tropas de Belisario no eran considerables y corrieron a notificárselo a su señor. Por su parte, el general, apenas hubo desembarcado en Ravenna, efectuó un aviso a los ostrogodos, para que abandonasen al tyrannus Totila y se sometiesen al emperador. Pero, advertidos del peso real de sus fuerzas, los enemigos hicieron caso omiso del requerimiento[90].

La situación en que se hallaba la Italia bizantina no podía ser más penosa. Después de la toma de Ravenna, Justiniano había decidido que la Península contribuyese económicamente a sufragar el mantenimiento del ejército de ocupación y del aparato burocrático del estado bizantino, por lo que, a partir de 540, no consideró necesario expedir más dinero para pagar los salarios de las tropas ni de los funcionarios. En su lugar, envió al discussor Alejandro, apodado Psalidio ("El Tijeras") por su habilidad para recortar las monedas de oro sin alterarlas, con instrucciones de poner orden en las deficitarias finanzas de la praefectura. Este comenzó su labor efectuando toda una serie de recortes en el gasto público. Para empezar, suprimió las pensiones de los silentiarii, los domestici y los scholarii, que Teodorico había mantenido, pese a que tales cargos habían devenido en meras sinecuras. También, eliminó las distribuciones de trigo entre los pobres de la ciudad de Roma; e incluso llegó a reclamar impuestos atrasados, cuyo débito se remontaba a los tiempos de Teodorico. Decidido a aplicar los métodos empleados en Oriente por Juan de Capadocia para reducir gastos, disminuyó los sueldos de los officiales, tanto civiles como militares y, convencido de que las irregularidades que aparecían en las cuentas de los regimientos eran la causa de las perdidas que tenía el tesoro del estado, llevó ante los tribunales a numerosos soldados. Con su actuación, Alejandro no sólo provocó el descontento entre los italianos, sino también entre las tropas

imperiales, que se vieron empobrecidas y mermadas. De hecho, tras años de no recibir su paga, muchos soldados bizantinos optaron por desertar[91].

A principios del verano de 545, la situación era tan desesperada que Belisario despachó a Juan el Sanguinario con una carta para Justiniano, en la que solicitaba el envio de refuerzos y dinero. Pero Juan, más preocupado por su promoción personal que por la guerra de Italia, se entretuvo demasiado tiempo en Constantinopla celebrando sus bodas con la hija de Germano, sobrino del emperador, y mientras los ostrogodos ocuparon Firmum, Asculum (Ascoli), Spoletium y Asise (Asís), con lo que las comunicaciones entre Roma y Ravenna quedaron virtualmente interrumpidas. En diciembre de 545, Totila puso cerco a la Ciudad Eterna. Como la flota anclada en Nápoles, ahora en poder de los godos, impedía el tránsito a los cargueros que navegaban de Sicilia a Roma, pronto surgió el hambre en la ciudad. A medida que la situación de penuria se fue agravando, algunos senadores comenzaron a pensar en la conveniencia de llegara un acuerdo con Totila. A juicio de las autoridades militares bizantinas, el principal sospechoso de traición era el patricio y prior senatus Cetego, quien, al sentirse vigilado, huyó de Roma y se refugió en Centumcellae (Civita-Vecchia). Entre tanto, Belisario había cruzado el Adriático y aguardaba la llegada de refuerzos en Dyrrachium. A finales de año, se presentó en el puerto epirota un pequeño ejército al mando de Juan el Sanguinario, quien se hizo cargo de la reconquista del sur de Italia. Dada la insuficiencia de los efectivos disponibles, el general bizantino hubo de buscar el apoyo de la aristocracia local, que a la postre era la que ejercía el auténtico control político sobre la región. Un rico propietario de Canusium (Canosa), Tuliano, hijo del senador Venancio, puso a disposición de Juan todo un ejército de soldados campesinos, posiblemente reclutados en sus grandes

dominios fundarios, con los que fue posible someter Lucania et Bruttium[92].

En la primavera de 546, Belisario mandó refuerzos a Portus y, poco después, el papa Vigilio envió, desde Sicilia, naves cargadas de trigo, para alimentar a la población de Roma. Sin embargo, ambas expediciones fueron interceptadas por los godos. En el interior de la ciudad, el hambre hacía estragos entre las clases populares, mientras Besas y Conón, comandantes de la guarnición de Roma, obtenían pingües ganancias vendiendo trigo y carne de buey a los ricos. En tales circunstancias, Belisario efectuó un nuevo intento de introducir víveres en la ciudad, a bordo de 200 barcos que debían remontar el Tiber. La falta de colaboración por parte de Besas, que manifestó una absoluta *negligencia en el cumplimiento de sus obligaciones*, y la indisciplina de Isaac, el oficial bizantino a cargo del destacamento estacionado en Portus, hizo fracasar la operación[93].

Finalmente, en la noche del 17 de diciembre de 546, 4 soldados isaurios de la guarnición de Roma franquearon la Puerta Asinaria a los godos. Besas logró escapar en compañía de los 3.000 soldados que se hallaban a sus ordenes y de algunos de los más destacados miembros del Senado. El resto de la población, incluyendo a algunos aristócratas que no pudieron huir, se refugió en la basílica de San Pedro. En total, sumaban 500 almas, pues la mayoría de los habitantes de Roma o habían muerto de inanición o habían sido evacuados durante el asedio. Totila perdonó la vida a los supervivientes, pero permitió que la ciudad fuese saqueada, especialmente los palacios llenos de riquezas de los senadores, lo que redujo a la miseria a algunos nobles romanos, como Rusticiana, viuda de Boecio. Además, de acuerdo con su estrategia militar, el monarca ostrogodo mandó arrancar las

puertas de la ciudad y desmantelar sus fortificaciones. Tarea ésta que nunca completaría, pues cuando se le notificó que Juan el Sanguinario dominaba ya la mayor parte del sur de Italia, decidió interrumpir la destrucción de los muros de Roma y marchar al encuentro del enemigo. Antes de partir, obligó a los escasos pobladores de la ciudad a salir de ella y estableció una guarnición en sus proximidades. Esto no impidió que, poco después, Belisario la ocupase de nuevo, y en tan sólo 25 días reconstruyese las porciones de la muralla que Totila había derribado. Por si fuera poco, el general bizantino hizo subir por el curso Tiber un importante suministro de víveres, lo que impulsó el retorno de los vecinos refugiados en los alrededores. Cuando Totila, informado de lo sucedido, quiso recuperar Roma, le fue imposible. Todos sus ataques fueron rechazados. A pesar de este éxito de Belisario, numerosos aristócratas italianos consideraron prudente refugiarse en Constantinopla. Entre ellos se encontraban los senadores Cetego, Albino, Basilio y Casiodoro[94].

Del otoño de 547 a junio de 548, llegaron a Italia en pequeños grupos unos 4.000 soldados procedentes de Oriente. Con refuerzos tan exiguos a Belisario le resultó imposible tomar la ofensiva. Su situación era tan difícil que a comienzos del verano decidió enviar a su esposa Antonina a Constantinopla, con el propósito de que usase su influencia con Teodora, para obtener los refuerzos adecuados. Sin embargo, cuando Antonina llegó a la capital se enteró de que Teodora acababa de morir. La enérgica soberana había fallecido víctima de un cáncer el 28 de junio de 548, después de haber compartido el trono con Justiniano por 21 años y 3 meses. Privada del apoyo de su protectora, Antonina solicitó al emperador el relevó de su marido. Justiniano, que planeaba enviar a Belisario nuevamente contra los persas, accedió a las demandas de la esposa del general. De este modo fue como,

en la primavera de 549, Belisario dejó Italia. Ya en Constantinopla, Justiniano le volvió a nombrar magister utriusque militiae per Orientem, cargo que, en la práctica, nunca llegaría a ejercer[95].

Mientras tanto, Totila había emprendido la reconquista del terreno perdido. A comienzos del verano de 549 marchó sobre Roma, donde Belisario, antes de partir, había dejado 3.000 hombres de probado valor, bajo el mando de Diógenes, uno de sus bucellarii. Los godos capturaron Portus, y, poco después, el 16 de enero de 550, la misma Roma cayó en sus manos, gracias a la traición de algunos isaurios, que, descontentos por no haber recibido su paga, franquearon la Porta Ostiensis al enemigo. La guarnición fue masacrada, con excepción de unos 700 hombres, que pasaron al servicio de Totila, y de Diógenes y un pequeño número de soldados, que lograron ponerse a salvo en Centumcellae. Sin embargo, en esta ocasión, Totila no se comportó como un enemigo victorioso, sino como un soberano que regresa a su capital. Ordenó reconstruir las edificaciones que el mismo había mandado demoler o incendiar la primera vez que tomó la ciudad, e hizo volver a los senadores residentes en Campania. Además, organizó carreras de cuadrigas en el Circo Máximo, las últimas de que tenemos noticia. Dispuesto a llegar a un acuerdo con el Imperio, ofreció a Justiniano Sicilia y la Dalmatia, un tributo anual y todas las tropas que le requiriese el gobierno de Constantinopla, a cambio del reino de Italia. Pero Justiniano se negó a conceder audiencia a los embajadores encargados de notificarle esta propuesta y obligó a la legación diplomática ostrogoda a abandonar su capital. Consciente de la imposibilidad de llegar a un convenio con el Imperio, Totila dejó de acuñar moneda con la imagen de Anastasio y la sustituyó por la de Matasunta, quien disfrutaba de gran prestigio entre los godos. Para remarcar la definitiva ruptura con Constantinopla, la nieta de Teodorico

aparecía representada portando las insignias imperiales[96].

Pero la reacción de Totila no se limitó a un gesto meramente simbólico. En cuanto tuvo noticia del trato dado por Justiniano a sus embajadores, el monarca ostrogodo empezó a organizar una expedición contra Sicilia. Para ello contaba con más de 400 barcos de guerra. Deseando hacerse con el control del estrecho de Mesina, antes de atravesarlo, puso cerco a la ciudad de Regium, cuya tenaz resistencia le indujo a enviar un destacamento a Tarentum (Tarento), plaza que no tardó mucho en rendirse. Algunas semanas más tarde, se producía la toma de Regium. En mayo de 550, los godos desembarcaron en Sicilia. Mientras tanto, Ariminum había sido ocupada por tropas germánicas. La llegada a Constantinopla de tales nuevas alarmó al emperador, que presionado por los italianos que residían en la corte, en especial por el papa Vigilio, y por los patricios Casiodoro y Cetego, despachó un pequeño contingente militar para defender Sicilia, al mando del antiguo praefectus praetorio Galliarum Liberio, sustituido en plena campaña por Artabanes. Además, nombró a su primo Germano para el mando del ejército de Italia. Esta nominación fue revestida de tal solemnidad, que según E. Stein, todo hacía presagiar una inmediata restauración del Imperio de Occidente en su persona. De hecho, Justiniano arregló el matrimonio de Germano con Matasunta, convirtiéndo al patricio bizantino en depositario de la legitimidad Amala[97].

Los preparativos militares para la campaña que debía dirigir Germano se vieron interrumpidos por una serie de invasiones bárbaras. En la primavera de 550, una horda de 3.000 eslavos había cruzado el Danubio para lanzarse al saqueo de la Thracia y el Illyricum, empalando o quemando vivos a cuantos tenían la desgracia de caer en sus manos. En pleno verano un segundo grupo, mucho más numeroso que el anterior, avanzó sobre

Naissus (Nish), con intención de proseguir hasta Tesalónica y poner sitio la ciudad. Germano que se encontraba en Serdica (Sofía), recibió ordenes de retrasar su partida, para hacer frente a esta nueva amenaza. Ante el avance de las tropas imperiales, los eslavos se retiraron a Dalmatia. Poco tiempo después, Germano fallecía en Serdica. Inmediatamente, Justiniano dispuso que Juan el Sanguinario condujese el ejército reunido por Germano a Salonae, donde debía embarcar para Italia. No obstante, como dudase de la capacidad de Juan para llevar la guerra a bien término, prefirió designar para el mando supremo de la campaña a un hombre de su entera confianza. La elección recayó sobre el anciano eunuco Narsés, quien, en aquellos momentos, ocupaba el cargo de praepositus sacri cubiculi et sacellarius[98].

Ahora bien, Narsés puso como condición para asumir el dirección de las operaciones que el emperador le proveyese de fuerzas y fondos abundantes, ya que no quería fracasar por insuficiencia de recursos, como le había ocurrido a Belisario. Justiniano, que anhelaba ver el fin de la guerra de Italia, confió al poderoso eunuco un gran ejército, perfectamente armado, y le hizo entrega del dinero necesario para cubrir los gastos de la campaña y pagar los sueldos adeudados a las tropas que se encontraban acantonadas en Italia. Aunque ninguna de nuestras fuentes nos transmite el número total de hombres que partieron con Narsés, a través de Procopio sabemos que le acompañaron varios regimientos praesentales, las fuerzas que Germano había reclutado en Thracia y el Illyricum, 2.500 lombardos enviados por el rey Audoin, unos 3.000 hérulos, y numerosos pequeños contingentes bárbaros de gépidos, hunos y desertores persas[99].

Cuando Totila tuvo noticia de que se estaba concentrando un gran ejército imperial en Salonae, abandonó el sur de Italia y se trasladó al norte de la Península, donde

presumiblemente se produciría el desembarco bizantino. Inmediatamente, emprendió una serie de acciones destinadas a reforzar su posición. Con el propósito de ganarse a la aristocracia italiana, confió a los senadores residentes en Roma la tarea de restaurar los edificios más representativos de la ciudad. Poco después, envió una flota, compuesta por 300 naves, a través del Adriático, con ordenes de saquear la isla de Corcyra (Corfú) y las costas vecinas del Epirus, a fin de desviar la atención bizantina de Italia y concentrarla en la Península Balcánica, algo que no consiguió. Cuando el verano de 551 estaba a punto de concluir, hizo que sus tropas ocupasen Corsica y Sardinia. Juan Troglita, magister militum Africae, intentaría arrojar a los invasores de Sardinia, pero fue batido ante los muros de Caralis, con importantes perdidas humanas[100].

En junio de 552, los ejércitos godo y bizantino se encontraron en Busta Gallorum ("las tumbas de los galos"), cerca del lago Trasimeno, en el mismo lugar en donde los romanos habían derrotado a los galos en 295 a. C. Allí Narsés obtuvo una decisiva victoria sobre Totila. El monarca ostrogodo, aunque logró escapar del campo de batalla, murió, poco después, a consecuencia de las heridas recibidas en combate. Tras el triunfo de las armas bizantinas, Narsés marchó sobre Roma. La pequeña guarnición ostrogoda que custodiaba la ciudad no pudo oponer resistencia a la entrada de las tropas imperiales. Después de la caída de la Ciudad Eterna en manos de Narsés, numerosos senadores refugiados en la Campania decidieron regresar a la capital, pero, en el camino, fueron capturados por los godos, que no dudaron en pasarlos a filo de espada[101].

La victoria imperial en Busta Gallorum, pese a que inclinó la balanza del lado de los bizantinos, no puso término a la contienda. Después de la batalla, los supervivientes del

ejército godo se congregaron en Ticinum, donde eligieron como nuevo soberano al general Teias, quien, a modo de represalia por la derrota, ordenó ejecutar a 300 niños pertenecientes a familias de la aristocracia senatorial romana, que Totila había tomado como rehenes antes de enfrentarse a Narsés. A continuación, se dirigió a Cumae (Cumas), con el propósito de apoderarse del tesoro real que su predecesor había depositado allí. Pero, el 30 de octubre de 552, cerca del Vesubio en el Mons Lactarius, fue derrotado y muerto por las fuerzas imperiales. Los godos que lograron salir con vida de la masacre solicitaron y obtuvieron permiso para abandonar Italia. En cuanto a los lombardos que habían colaborado con Narsés, se decidió enviarlos de vuelta a sus tierras, ya que durante la guerra no se habían abstenido de causar daño físico y material a la población civil[102].

3.3.3. Fin de las operaciones y reorganización de Italia.

Aunque la batalla del Mons Lactarius puso término a la contienda, la pacificación de Italia estaba lejos de haberse completado. Al norte del Po, todavía existía un grupo de ciudades defendidas por guarniciones godas, y los francos, que habían aprovechado el conflicto para ocupar gran parte de las provincias alpinas y la región occidental de la provincia de Venetia et Histria, se habían convertido en una grave amenaza para la consolidación del dominio imperial sobre la Península. A comienzos de la primavera de 553, un gran ejército de francos y alamanes, dirigido por los hermanos Butilino y Leutario, irrumpió en Italia, dejando a sus espaldas un rastro de desolación y muerte. Lentamente, marchó hacia el sur y, al llegar al Samnium, se dividió en dos grupos. El más numeroso, al mando de Butilino, penetró en la Campania y, tras haberla devastado, continuó avanzando por Lucania et Bruttium, hasta alcanzar el estrecho de

Mesina. Las restantes tropas, con Leutario a la cabeza, se dedicaron a saquear los campos de Apulia et Calabria, llegando a las puertas de Hydrus (Otranto). A mediados del verano, Leutario optó por regresar al norte con el botín que había conseguido. No obstante, en las inmediaciones de Fanum (Fano), le salió al encuentro el ejército bizantino. Derrotado por los imperiales, buscó refugio en Venetia et Histria, donde perecería a causa de una epidemia que se extendía por la región. En cuanto a Butilino, sabemos que permaneció durante más tiempo en Italia. Al parecer, aspiraba a adueñarse de la Península y constituir en ella su propio reino. Vana esperanza. En el otoño de 554, cayó en combate, luchando contra las tropas de Narsés cerca de Capua[103].

La conquista de los últimos baluartes ostrogodos al norte del Po fue tarea que llevó más tiempo. Hasta el año 561 no se rindieron las dos últimas plazas: Verona y Brixia (Brescia)[104]. No obstante, desde 554, la mayor parte de Italia disfrutaba de paz. El 13 de agosto de aquel mismo año, Justiniano había promulgado una divina pragmatica sanctio, a fin de restablecer el orden social y económico de la praefectura[105]. En virtud del nuevo edicto imperial, todas las donaciones efectuados por el nefandissimus tyrannus Totila fueron anuladas, y aquellas personas que habían vendido propiedades bajo presión, en algún momento a lo largo de su reinado, obtuvieron permiso para recobrar sus bienes. Los esclavos y colonos fueron restituidos a sus antiguos señores, junto con la prole que habían engendrado, durante el tiempo que estuvieron fuera del dominio al que se hallaban vinculados. Las religiosas que, bajo Totila, hubiesen abandonado su monasterio para casarse, ahora deberían volver al mismo, negándoseles la posibilidad de reclamar la dote que hubiesen aportado al matrimonio. En el orden administrativo se introdujo una innovación importante, que nos revela el verdadero

alcance del poder político que ejercían el episcopado y los grandes terratenientes. A partir de este momento, los gobernadores provinciales (iudices provinciarum) serían nombrados por expresa recomendación de los episcopi et primates regionis. La ley también procuraba erradicar los abusos de índole fiscal, asignando a los gobernadores provinciales y sus respectivos officia la exacción de impuestos, sin que ningún otro funcionario pudiese inmiscuirse en su labor. Las provisiones para los soldados serían compradas a precio de mercado en las provincias donde hubiese excedentes, siguiendo el sistema de la coemptio. Unicamente en Apulia et Calabria, donde los grandes propietarios se habían comprometido a pagar una superindictio para verse libres de la coemptio, las compras se efectuarían a través de mercaderes. En el campo de las competencias jurídicas, se disponía que los litigios entre civiles, o entre un civil y un militar, siendo el acusado el civil, nunca deberían verse en los tribunales militares. Por último, en Roma se restablecían las distribuciones de trigo a la plebe, los sueldos oficiales para profesores y médicos, y los fondos asignados a la reparación de los acueductos y edificios públicos, destruidos o dañados durante las guerras.

Sin embargo, la pragmatica sanctio no hace referencia a otras importantes medidas tomadas por el emperador tras la pacificación de Italia. Es un papiro contemporáneo el que nos da a conocer estas noticias complementarias. A través del mismo, sabemos que todas las tierras pertenecientes al clero arriano fueron transferidas a la Iglesia Católica. Además, nos ofrece constancia de la pervivencia de la propiedad goda en Italia, hecho coadyuvado por el expreso reconocimiento que efectúa la pragmatica sanctio de las donaciones realizadas por Atalarico, Amalasunta y Teodato durante sus respectivos reinados. En cuanto a la tertia asignada a los godos, nada permite suponer que fuese

restituida a sus antiguos propietarios romanos. De hecho, según apunta A. H. M. Jones, que ha estudiado detenidamente el papiro, lo más seguro es que el grueso de las sortes Gothorum pasaran a incrementar las propiedades de la corona como bona vacantia[106].

En el plano administrativo, se mantuvo el cargo supremo de praefectus praetorio Italiae, pero su jurisdicción se limitó a la Península propiamente dicha, ya que Dalmatia había pasado a depender de la praefectura per Illyricum y Sicilia, organizada en 537, después de su conquista, había sido puesta bajo la autoridad de un praetor, directamente responsable ante el gobierno de Constantinopla. La función de vicarius Italiae fue restablecida por un breve período de tiempo, y se mantuvo el officium, instaurado por Odoacro y conservado por los ostrogodos, del comes patrimonii. En Roma la praefectura urbis continuó siendo dignidad privativa de las grandes familias senatoriales, que tras la disolución del comitatus occidental ya no podían aspirar a los altos cargos de la administración central, a menos que se trasladasen a Constantinopla. Por otra parte, la praefectura praetorio también quedó fuera de su alcance, ya que habitualmente fue otorgada a personajes enviados desde Oriente. En el ámbito militar, Narsés, que seguía ostentando el título oficial de praepositus sacri cubiculi et sacellarius, era quien ejercía el auténtico poder. Bajo sus ordenes se hallaban 4 magistri militum vacantes, al mando de las guarniciones militares que protegían los pasos alpinos[107].

Desde el punto de vista social, las guerras góticas supusieron la ruina de la poderosa aristocracia italiana. Como ya hemos tenido ocasión de ver, numerosos miembros del Senado romano perecieron en el transcurso del conflicto, y los supervivientes fueron desplazados de los altos cargos gubernamentales por funcionarios enviados desde Constantinopla.

P. Goubert advierte que, durante la segunda mitad del siglo VI, un nutrido grupo de senadores italianos se estableció en la capital del Imperio de Oriente, en busca de títulos y dignidades cortesanas. Se produjo así lo que él denomina una "bizantinización" de los epígonos de la aristocracia italiana, en tanto que los burócratas y altos mandos del ejército imperial instalados en la Península se convirtieron en la nueva clase dirigente de Italia. Como tal, procurarían echar raíces en la zona, mediante la adquisición de bienes fundarios. La emigración de los últimos representantes de las viejas familias senatoriales tendrá notables repercusiones en la historia de Italia, ya que era este grupo social el que había mantenido viva la llama de la cultura clásica y la continuidad de las tradiciones administrativas romanas, bajo el reinado de los últimos emperadores del siglo V y de los primeros reyes germanos[108].

Por otro lado, es preciso tener en cuenta que el restablecimiento de la autoridad imperial sobre el conjunto de la Península Itálica resultaría efímero, ya que, tras la muerte de Justiniano, se desvanecerá rápidamente en gran parte de la praefectura. Con la invasión lombarda de 568, se produce la fragmentación del territorio italiano. El litoral ligur, la laguna véneta, la Península de Histria, la faja central que ponía en contacto Roma y la costas del Tirreno con Ravenna y el Adriático, la bahía de Nápoles y las provincias meridionales de Apulia et Calabria y Lucania et Bruttium permanecerán bajo control bizantino, en tanto que el norte, las tierras del valle del Po y los ducados lombardos de Spoletium y Beneventum pasarán a formar parte de un nuevo dominio bárbaro.

NOTAS.

1. MALCH., Frg., 11; 15-16; 18; MARCELL. COM., Chron., a. 488; ENNOD., Paneg., 11-12; 15; 26; JORD., Get., 269-271; 281-282; 288-289; 292; 348; Rom., 348; Anon. Val., 9, 42; 11, 49; 12, 67; PROC., De bellis, V, 1, 9; 12; JOH. MAL., Chronogr., pp. 380; 383; JOH. ANT., Frg., 214, 4; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XV, 15; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.931; 5.977.

2. MAIER, F. G., Las transformaciones del mundo Mediterráneo. Siglos III-VIII, Madrid, 1.972, pp. 206.

3. Acta Syn. Rom., II, 4; 12; CASSIOD., Var., I, 1; JORD., Get., 289; LOT, F., El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media, México, 1.956, pp. 213-214; MUSSET, L., Las invasiones. Las oleadas germánicas, Barcelona, 1.967, pp. 46; 62, n. 25; STEIN, E., Historire du Bas-Empire, II, De la disparition de l'Empire d'Occident à la mort de Justinien (476-565), París, 1.959, pp. 40, n. 1; 116-118.

4. CIL, X, 6.850; Anon. Val., 12, 64; CASSIOD., Var., XI, 20; 31; MUSSET, L., op. cit. p. 62, n. 25; STEIN, E., op. cit., pp. 118-119.

5. MAIER, F. G., op. cit., p. 206.

6. CASSIOD., Var., I, 10; II, 15-16; VI, 11; PROC., Anecd., XXVI, 27-28.

7. BURNS, T. S., A History of the Ostrogoths, Bloomington, 1.984, pp. 172-177; MAIER, F. G., op. cit., p. 207.

8. JONES, A. H. M., The Later Roman Empire. 284-602, Oxford, 1.964, p. 250. Esta tesis en las últimas décadas ha sido cuestionada por W. Goffart, quien sostiene que más importante que la asignación de tierras a través de la tertia, sería el pago de estipendios a los miembros del ejército ostrogodo. Sin embargo, las fuentes no presentan referencias concretas a estos estipendios, que él identifica con la sors, que se dice que recibían los ostrogodos, cf. GOFFART, W., Barbarians and Romans. A. D. 418-584. The Techniques of Accomodation, Princeton, 1.980, pp. 58-102.

9. CIL, XI, 310; Anon. Val., 14, 82; ENNOD., Ep., IX, 21; CASSIOD., Var., I, 16; IV, 3-4; V, 18-20; VI, 5-8; 16-17; VIII, 23; 13; IX, 3; X, 18; PROC., Anecd., XXVI, 27-28; JONES, A.H. M., op. cit., p. 255.

10. CASSIOD., Var., III, 16-17; VI, 3; 20-21; VIII, 6; XI, 1.

11. CASSIOD., Var., I, 20; 27; 30-33; V, 35; VI, 4; 15; 18; VII, 6-7; 9-10; 13; XI, 5; 39; XII, 11. Según el Anon. Val., 12, 67, en el año 500 aún había 120.000 personas que se beneficiaban de los repartos gratuitos de alimentos. Con motivo de la celebración de sus tricennalia, Teodorico aumento en un modio la ración anual de la plebs frumentaria.

12. AE, 1.904, 148; Anon. Val., 15, 92; ALC. AVIT., App., XI, 30; ENNOD., Ep., VIII, 28; CASSIOD., Var., I, 23; II, 14; IV, 6; 22; 51; PROC., De bellis, V, 1, 32; GREG. I, Dial., IV, 14; STEIN E., op. cit., II, pp. 130-131.

13. Anon. Val., 14, 85; 15, 92; ENNOD., Ep., VIII, 1; BOETH., Cons. Phil., I, 4, 40; II, 3, 5; 8; 4, 5; 7; CASSIOD., Var., I, 10; 45; II, 40; PROC., De bellis, V, 1, 32-33.

14. AE, 1.902, 75; CASSIOD., Var., I, 3, 6; 4, 6; 15; IX, 24, 3; 6; 25, 8; XI, 24, 9; 25, 12; 39, 5.

15. BURNS, T. S., op. cit., pp. 171-173; JONES, A. H. M., op. cit., p. 257.

16. Anon. Val., 12, 63; 68; CASSIOD., Var., V, 43; PROC., De bellis, III, 8, 11; JORD., Get., 295-297; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 31. Sobre la política exterior de Teodorico, cf. STEIN, E., op. cit., pp. 143-156.

17. Anon. Val., 12, 65-67; 70-71; CASSIOD., Var., I, 21; II, 34; III, 30-31; IV, 51; STEIN E., op. cit., II, p. 133.

18. CASSIOD., Var., I, 39; IX, 21; FORT., Carm., III, 18, 8; VII, 8, 26. Casiodoro fue uno de aquellos aristócratas romanos que poseían espléndidas bibliotecas. Hacia 553 se retiró a una de sus propiedades situada en Lucania et Bruttium y fundó el Vivarium, un centro de estudios religiosos, donde instaló su biblioteca y todo un equipo de copistas y traductores, con el propósito de elaborar una síntesis entre cultura clásica y cristianismo; cf. CASSIOD., Inst. Div., XXIX.

19. CIL, V, 6.464; ENNOD., Carm., I, 2; 9; II, 73; 104; Dict., VII; IX-X; Ep., I, 2; 5; 10; II, 23; VII, 8; Euch., 20-23.

20. CASSIOD., Var., I, 45; II, 40; XI, 1.

21. CASSIOD., Var., VIII, 1; PROC., De bellis, III, 14, 6; V, 2, 2; JORD., Get., 81; 251; 298; 304

22. STEIN, E., op. cit., II, pp. 145-151; 249-254; 305-306. Los hérulos, pequeño pueblo germánico oriundo de las islas que rodean la Península de Jutlandia, iniciaron su migración a comienzos del siglo III. Un grupo se dirigió hacia el este. A orillas del mar de Azoz, topó con los godos y, entre 257 y 276, participó en sus incursiones marítimas de saqueo contra las costas de Grecia y Asia Menor. Mientras tanto, otro grupo, el más numeroso, avanzó hacia el oeste. Para los años 287 y 409 tenemos noticia de sus ataques contra las fronteras de la Galia. En el transcurso del siglo V, un importante contingente de hérulos, desgajado de este núcleo occidental, se instalaría en la llanura panónica, junto al limes romano, suministrando oficiales y soldados al ejército imperial. No obstante, durante el reinado del emperador Anastasio, los hérulos se verían compelidos por el empuje lombardo a cruzar el Danubio y penetrar en el Imperio, donde fueron recibidos en calidad de foederati. Pueblo muy primitivo, conservará sus costumbres ancestrales y su propia religión pagana por largo tiempo. De hecho, su cristianización no se producirá hasta el reinado de Justiniano. Cf. PROC., De bellis, II, 25, 27-28; VI, 14, 1-36; MUSSET, L., op. cit., pp. 10; 36; 82-83; 95; 138.

23. BOETH., Cons. Phil., I, 4, 10-21; 36: 45; Anon. Val., 14, 85-87; MAR. AVENT., Chron., a. 524;

24. CJ, I, 5, 12; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.016.

25. CASSIOD., Var., V, 16-20; 23.

26. Anon. Val., 15, 92; PROC., De bellis, V, 1, 32; Fast. Vind. Post., a. 523; MAR. AVENT., Chron., a. 525; Lib. Pont., Vit. Ioh. I, p. 136; GREG. I, Dial., IV, 31; AGN., Lib. Pont. Eccl. Rav., 39.

27. Lib. Pont., Vit. Ioh. I, pp. 134-136; MARCELL. COM., Chron., a. 525; Anon. Val., 15, 88-91; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.016.

28. CJ, I, 5, 12.

29. Lib. Pont., Vit. Ioh. I, pp. 136-137.

30. Ibid., pp. 136-137; GREG. I, Dial., III, 2. Cuando el cadáver del pontífice llegó a la Ciudad Eterna, el 27 de mayo de 526, salió a su encuentro una ingente multitud, encabezada por el

Senado. Según una tradición recogida en Anon. Val., 15, 93, al paso del cortejo fúnebre, un endemoniado fue sanado, lo que provocó un auténtico estallido de fervor popular. Los senadores y la plebe se abalanzaron sobre el féretro y despojaron al difunto de parte de sus vestiduras, para transformarlas en reliquias. A continuación, condujeron los estos mortales del pontífice hasta el Vaticano cum summo gaudio

31. Lib. Pont., Vit. Fel. IV, p. 138; CASSIOD., Var., VIII, 15.

32. Anon. Val., 15, 94-95. Idéntica tradición es recogida por AGN., Lib. Pont. Eccl. Rav., 39.

33. JORD., Get., 304.

34. Anon. Val., 15, 94; 96; CASSIOD., Var., VIII, 1; 5; PROC., De bellis, III, 13, 4-8; 14, 5-6; V, 2, 1-3; Chron. Caesarauq. Rel., a. 525; MAR. AVENT., Chron., a. 526; ISID., Hist. Goth., 40.

35. PROC., De bellis, III, 14, 6; V, 2, 3-5.

36. Anon. Val., 14, 85; CASSIOD., Var., VIII, 16-25; 27-33; IX, 2-7.

37. STEIN, E., op. cit., II, pp. 307; 329.

38. VALENT. III, Nov., 9; Lib. Pont., Vit. Bonif. II, p. 139.

39. PROC., De bellis, V, 6-19.

40. PROC., De bellis, V, 2, 21-29.

41. CASSIOD., Var., IX, 18; 22-25; XI, 1.

42. PROC., De bellis, V, 3, 1-2.

43. CJ, I, 1, 6; PROC., De bellis, V, 3, 3-9; 29; 4, 1-3.

44. CASSIOD., Var., XI, 1, 12-13; PROC., De bellis, IV, 5, 11-25; V, 3, 15; 13, 3; MAR. AVENT., Chron., a. 534; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 11; STEIN, E., op. cit., II, pp. 332-333; 336.

45. PROC., De bellis, V, 3, 16-28.

46. CASSIOD., Var., X, 1-4; 18; JORD., Get., 81; 251; 305-306; PROC., De bellis, V, 3, 10; 4, 4-14.

47. THOMPSON, E. A., "The Visigoths from Fritigern to Euric", Historia, XV, 1.963, pp. 105-126.

48. CASSIOD., Var., X, 20-21; 23; JORD., Get., 306; PROC., Anecd., XVI, 1-5; De bellis, V, 3, 30; 4, 11; 15-29.

49. PROC., De bellis, V, 4, 30-31.

50. Ibid., V, 4, 6; 5, 1-2.

51. Ibid., V, 5, 1-7; 11-19.

52. Ibid., V, 5, 8-10.

53. Ibid., V, 6, 1-21.

54. Ibid., V, 6, 22-27; 7, 1-26; 13, 14; Lib. Pont., Vit. Silv., p. 144; STEIN, E., op. cit., II, pp. 344-345.

55. PROC., De bellis, V, 8, 1-41; 10, 24-26.

56. Ibid., V, 8, 42-10, 48; Lib. Pont., Vit. Silv., pp. 144-145.

57. JORD., Get., 309; Rom., 371; PROC., De bellis, V, 11, 1-9.

58. JORD., Get., 311; Rom., 373; PROC., De bellis, V, 11, 10-27; Lib. Pont., Vit. Silv., p. 144; STEIN, E., op. cit., II, p. 348.

59. JORD., Get., 305; Rom., 367; PROC., De bellis, V, 11, 16-18; 13, 15-29; VII, 33, 2-4.

60. PROC., De bellis, V, 7, 27-37; 16, 8-9; 12-18.

61. CASSIOD., Var., VIII, 18; JORD., Get., 311; PROC., De bellis, V, 14, 1; 4-6; 12-15; 15, 3; 20, 19; Lib. Pont., Vit. Silv., p. 145.

62. JORD., Get., 312; PROC., De bellis, V, 14, 15-17; 16, 1-4; 7-11; 19; 17, 12-18, 33; Lib. Pont., Vit. Silv., p. 145.

63. PROC., De bellis, V, 19, 2; 25, 6.

64. Ibid., V, 19, 13; 18-29.

65. Ibid., V, 20, 5-7.

66. Ibid., V, 22, 1-23, 27.

67. Ibid., V, 24, 1-17.

68. Ibid., V, 25, 1-10.

69. Ibid., V, 25, 13-25; VICT. TONN., Chron., a. 542, 1; Lib. Pont., Vit. Silv., pp. 146-147.

70. PROC., De bellis, V, 26, 1.

71. Ibid., V, 26; 3-13; 27, 1-14; 28, 1-29, 50.

72. Ibid., VI, 3, 1; 8-11.

73. Ibid., VI, 4, 1-2; 14; 19-20.

74. Ibid., VI, 5, 1-27.

75. Ibid., VI, 6, 1-36; 7, 1-12; 16-24; 35-38.

76. Ibid., VI, 1-18.

77. Ibid., VI, 10, 1-11; 19; 11, 1-3; 12, 26-41; 21, 40.

78. CASSIOD., Var., X, 27; XII, 27; 28; PROC., De bellis, VI, 11, 4; 22; 12, 36-41; 13, 1-3; 20, 15-33; 22, 1; Lib. Pont., Vit. Silv., pp. 145-146.

79. PROC., De bellis, VI, 13, 16-18; AGATH., Hist., I, 16. STEIN, E., op. cit., II, pp. 356-257.

80. PROC., De bellis, VI, 16, 1-24; 17, 12-24; 18, 12-19, 22; 21, 1.

81. Ibid., VI, 21, 1-22, 5.

82. Ibid., II, 2, 1-15; VI, 22, 9-20; 27, 25-28, 2.

83. Ibid., VI, 29, 1-22.

84. JORD., Get., 313-314; PROC., De bellis, II, 8, 1-9, 18; VI, 29, 32-30, 2; VII, 1, 1-2; 39, 14; STEIN, E., op. cit., II, pp. 367-368.

85. MUSSET, L., op. cit., p. 48.

86. PROC., De bellis, VI, 29, 41; 30, 4-30.

87. JORD., Rom., 378-379; PROC., De bellis, VII, 1, 37-2, 18; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XVI, 22.

88. PROC., De bellis, VII, 6, 1-8, 10.

89. STEIN, E., op. cit., II, p. 571.

90. PROC., De bellis, VII, 9, 23-10, 3; 13-18; 11, 1-10.

91. Ibid., VII, 1, 28-33; 9, 12-14; 11, 13-15; Anecd., XXIV, 9-11; XXVI, 27-30.

92. Ibid., VII, 12, 1-13, 1; 5-7; 19-20; 18, 1-29; 22, 2-6.

93. Ibid., VII, 15, 1-16; 17, 1-2; 9-25; 19, 1-20, 3.

94. Ibid., VII, 20, 4-31; 22, 1-7; 17-19; 23, 8-11; 24, 1-26; 31-34; STEIN, E., op. cit., II, p. 586. El Lib. Pont., Vit. Vig., p. 153 data la huida de Cetego y los otros senadores en 550, después de que Totila tomase Roma por segunda vez. Sin embargo, preferimos seguir el testimonio de Procopio, contemporáneo de los hechos y, por tanto, más fiable; cf. PLRE, II, pp. 267; 282.

95. JORD., Rom., 381-382; PROC., Anecd., V, 1-6; De bellis, VII, 27, 1-3; 12-15; 30, 1-4; 25; 35, 1-3; VIII, 21, 1-3; VICT. TONN., Chron., a. 549, 2; AGN., Lib. Pont. Eccl. Rav., 62; THEOPH., Chronogr., A.M. 6040.

96. PROC., De bellis, VII, 36, 1-37, 4; 6-8; VIII, 24, 4; Lib. Pont., Vit. Vig., p. 153; STEIN, E., op. cit., II, pp. 571; 592-594.

97. JORD., Get., 314; PROC., De bellis, VII, 36, 6; 37, 5; 8-28; 39, 1-9; 14-15; STEIN, E., op. cit., II, p. 596.

98. JORD., Rom., 383; PROC., De bellis, VII, 38, 1-23; 39, 11-20; 40, 1-11; VIII, 6-7; STEIN, E., op. cit., II, pp. 425; 523-524.

99. PROC., De bellis, VIII, 26, 5-16.

100. Ibid., VIII, 22, 1-6; 17-18; 30-32; 24, 31-39.

101. Ibid., VIII, 29-32; 33, 13-27; 34, 2-6.

102. Ibid., VIII, 26, 21; 33, 2; 6; 34, 7-8; 19-24; 35, 15-38.

103. AGATH., Hist., I, 1; 5-11; 17-26; 30-37; 50; II, 1-9; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 32; IV, 9; PAUL. DIAC., Hist. Lang., II, 2.

104. AGN., Lib. Pont. Eccl. Rav., 79; STEIN, E., op. cit., II, p. 610.

105. JUST., App., VII.

106. JONES, A. H. M., op. cit., p. 292.

107. JUST., App., VII; Nov., CIV; GREG. I, Ep., I, 2; 13; 22; 35-36; II, 30; 38; III, 1; 28; IX, 72; 103; 113; 116-117; 239; X, 8; 12; XI, 4; 8; XIII, 26.

108. GOUBERT, P., Byzance avant l'Islam, II, Byzance et l'Occident sous les successeurs de Justinien, II, Rome, Byzance et Carthage, París, 1.965, pp. 71-72.

4. La intervención en Hispania.

El proceso de restablecimiento de la autoridad imperial sobre el sureste de la Península Ibérica es difícil de reconstruir, dada la escasez de las fuentes a nuestra disposición y el laconismo que, por lo general, caracteriza a las mismas. Por desgracia, no contamos con la pluma de un Procopio de Caesarea, que nos introduzca en los acontecimientos que tuvieron lugar en la Hispania durante este período. Los historiadores bizantinos de la segunda mitad del siglo VI, pese a su elevada calidad literaria, dedicaron muy poca atención a los asuntos de Occidente. Además, hay que tener en cuenta que muchas de sus obras nos han llegado en estado fragmentario y, por tanto, es posible que los pasajes que contenían esos detalles de los que nos gustaría disponer, se hayan perdido para siempre.

El panorama occidental resulta francamente desalentador. Con excepción de la Historia Francorum de Gregorio de Tours, que ofrece algunos datos de interés sobre lo que estaba sucediendo en la Península Ibérica, no conservamos ninguna obra histórica, compuesta durante este período, que pueda competir en profundidad y extensión con las producciones orientales. En consecuencia, existe un vacío documental en torno la intervención bizantina en Hispania, que no es posible llenar con los escasos datos que nos proporciona Isidoro. Sin duda, el hispalense tuvo acceso a información de primera mano sobre los sucesos acaecidos en el litoral levantino y en la Baetica, dado que su familia se vio directamente implicada en ellos. No obstante, escribió 70 años después de que se hubiera producido el desembarco bizantino, cuando los últimos contingentes militares del Imperio acababan de ser expulsados de la Península. No es extraño que en tales circunstancias, Isidoro, inbuido de la ideología oficial que impregnó las campañas de Sisebuto y Suintila contra las fuerzas

del emperador Heraclio, convirtiese su Historia Gothorum en un panfleto propagandístico a favor de la monarquía visigoda, como garante de la unidad católica de Hispania.

Partiendo de estas premisas, al investigador actual no le queda otro remedio que recurrir a testimonios arqueológicos, epigráficos y numismáticos, para intentar paliar las carencias que presentan los relatos históricos-literarios. Sin embargo, estas fuentes tampoco han aportado descubrimientos que modifiquen de manera sustancial las nociones que ya poseíamos. Por ello, hemos de manejar todos los datos a nuestro alcance, procurando encajar en su sitio cada retazo de información, como si se tratase de las teselas dispersas de un mosaico. Sólo, después de haber efectuado esta labor, es posible aproximarse al aspecto original que pudo presentar el conjunto, con unas mínimas garantías de fiabilidad.

Comenzaremos nuestra exposición atendiendo al estudio del largo proceso de asentamiento de los visigodos en Hispania, desde sus primeras intervenciones como federados al servicio del Imperio en los albores del siglo V, hasta la definitiva instalación de la monarquía en la Península Ibérica, tras la muerte del rey Amalarico en 531. Sólo así es posible comprender la debilidad intrínseca de las estructuras de poder instauradas por los germanos en la Baetica y en el litoral levantino, objetivos preferentes de Bizancio. En segundo lugar, pasaremos a analizar la política mediterránea desarrollada por el rey Teudis, a partir de 533, como consecuencia de los avances de la maquinaría militar del Imperio en los reinos vándalo y ostrogodo. La violenta desaparición del soberano, marca el inicio de una profunda crisis en el reino visigodo. Por ello, hemos estimado oportuno dedicar un tercer epígrafe al examen de este conflictivo período, en el que las distintas facciones operantes en el sur

de la Península se enfrentan en una lucha sin cuartel, que, al final, conducirá a la intervención imperial y a la desmembración del dominio gótico sobre la Baetica en varios núcleos de poder. Para concluir, nos ocuparemos de las circunstancias que concurrieron en el desembarco y toma de posiciones de las fuerzas enviadas por el gobierno de Constantinopla, y efectuaremos algunas observaciones sobre la extensión y consolidación del dominio bizantino a través del sistema de pactos establecido por Justiniano.

4.1. Asentamiento de los visigodos en Occidente y primeras actuaciones en la Península Ibérica.

4.1.1. Las campañas de Valia en el marco del sistema defensivo romano.

A comienzos del otoño de 376 los visigodos, empujados por el avance de los hunos hacia Occidente, se vieron obligados a abandonar sus hogares en la orilla septentrional del bajo Danubio, para buscar refugio en el interior del Imperio romano. Al hablar de los visigodos, nos estamos refiriendo a un conjunto relativamente estable de elementos procedentes de distintas tribus germánicas, reunidas en torno al jefe de un clan célebre, en este caso Fritigerno, que constituían un ejército bárbaro. Valente (364-378), soberano de la pars Orientis, les concedió el asilo que demandaban. Sin embargo, poco después, presionados por la explotación a que les sometían los traficantes romanos, se lanzaron al saqueo de las Thraciae. El 9 de agosto de 378, habrían de enfrentarse al ejército imperial en Hadrianopolis (Edirne). La batalla se saldó con la derrota de las tropas romanas y la muerte en combate del propio Valente. Su sucesor, Teodosio I (379-395) consiguió que, a finales de 382, Fritigerno

firmara un foedus con el Imperio. Diez años más tarde Alarico (395-410), miembro del poderoso clan de los Baltos y nuevo caudillo de los godos, renovó el acuerdo, aunque por breve tiempo. A la muerte de Teodosio, los visigodos se consideraron desvinculados de las cláusulas estipuladas en el pacto, y bajo el liderazgo de Alarico, a quien proclamaron rey, se dedicaron a devastar las provincias de Thessalia y Achaea. En 397, Arcadio, hijo y sucesor de Teodosio en Oriente, ratificó un nuevo tratado con los visigodos, en virtud del cual se les permitía a instalarse en la región central de la Macedonia, comprendida entre el Haliacmón y el Axius, y se nombraba a Alarico magister utriusque militiae per Illyricum. Según parece, la mayor aspiración del monarca godo, buen conocedor de las prácticas administrativas romanas, consistía en integrar su reino en el Imperio, ya que de esta manera aseguraría la etnogénesis de los elementos germánicos más romanizados que se agrupaban en torno a la casa de los Baltos. Sin embargo, Alarico no viviría lo suficiente como para ver colmado su deseo[1].

A comienzos del otoño de 401, esquilmados los recursos del Illyricum, condujó a su pueblo a Italia, con el beneplácito de Constantinopla, que, de este modo, transfería el problema al gobierno de la pars Occidentis. En el marco del antagonismo existente en la corte de Honorio entre los partidos progermánico y antigermánico, se produjo una larga y compleja serie de negociaciones con Alarico, en alternancia con campañas militares. El asesinato en 408 del comes et magister utriusque militiae praesentalis Estilicón, líder de la facción progermánica, facilitó el acceso a los órganos de decisión y poder del gobierno de Ravenna de elementos hostiles a los bárbaros, lo que, a la larga, imposibilitaría cualquier clase de entendimiento. Finalmente, el 24 de agosto de 410, los visigodos entraron en la ciudad de Roma, símbolo de la eternidad del Imperio, y la

saquearon, hecho que causó un gran impacto emocional en el mundo romano. Tras un infructuso intento de cruzar a Africa desde el sur de Italia y muerto Alarico, su cuñado Ataúlfo (410-415) condujo al pueblo a las Galias, en calidad de monarca federado del Imperio, con la misión de acabar con los usurpadores Jovino y Sebastián. Eliminados ambos hermanos, Ataúlfo rompió relaciones con Ravenna a causa de un retraso en la llegada de los suministros de víveres prometidos por Honorio. En 413 ocupó las ciudades de Narbo, Tolosa y Burdigala y en 415, empujado por las tropas imperiales, se trasladó a Hispania e instaló su corte en Barcino, donde moriría asesinado[2].

El trágico final de Ataúlfo revela la existencia de una fuerte conflictividad interna entre los visigodos. Durante la larga peregrinación de este pueblo a través del Imperio, las autoridades romanas habían intentado ganarse a los más destacados jefes de su aristocracia gentilicia y militar, obsequiándoles con dádivas y honores. En consecuencia, los optimates godos se dividieron en dos grupos: uno, abiertamente prorromano, cuyos miembros aceptaron ocupar altos cargos en el ejército imperial, y otro, próximo al sentir de la masa popular visigoda, hostil a Roma. Este tema ha sido estudiado en profundidad por E. A. Thompson, para quien Alarico osciló entre ambas posiciones, de acuerdo con las prioridades de cada momento, sin llegar a encasillarse en ninguna de las dos. En cambio, su heredero, Ataúlfo, parece haber evolucionado desde una tenaz intransigencia a la más abierta colaboración con el Imperio[3]. Orosio, recogiendo el testimonio de un ciudadano de Narbo, amigo del soberano visigodo, señala que:

> "(Ataúlfo), en un primer momento, había deseado ardientemente que todo el Imperio romano, borrado incluso el nombre de romano, fuese de hecho y

de nombre sólo de los godos, y que, por hablar en lengua corriente, lo que antes fue Romania ahora fuese Gotia, y que lo que antes fue César Augusto, fuera ahora Ataúlfo; pero que, cuando la experiencia probó que ni los godos, a causa de su desenfrenada barbarie, podían en absoluto ser sometidos a las leyes, ni convenía abolir las leyes del estado, sin las cuáles un estado no es estado, prefirió buscar su gloria mediante la recuperación total y el engrandecimiento del Imperio romano con la fuerza de los godos y ser considerado por la posterioridad como el autor de la restauración de Roma, después de no haber podido ser su sustituto"[4].

Guiado por este deseo, el monarca visigodo trató de establecer un acuerdo con el gobierno de Ravenna. A su proyecto no debió ser ajena la influencia del círculo prorromano que rodeaba a su esposa Gala Placidia, hermanastra del emperador Honorio tomada en rehenes durante el saqueo de Roma, y con la que había contraído matrimonio en Narbo en enero de 414, siguiendo el ritual romano. Pero los esfuerzos de Ataúlfo por integrar a los godos en las estructuturas socio-políticas del estado romano generó una fuerte oposición interna por parte de los sectores adversos al compromiso con el Imperio, que se confabularon para poner fin a la vida del monarca. Esta resistencia será una constante a lo largo de todo el período de asentamiento de los visigodos en Occidente. Apenas consumado el magnicidio, se apoderó del trono un aristócrata llamado Sigerico, también favorable a la paz con Roma. Su reinado sería breve. Siete días después de haber asumido la potestad regia, caía asesinado por agentes del partido belicista, que impuso como nuevo soberano a uno de sus líderes, el noble Valia[5].

Durante el otoño de 415, un gran ejército visigodo, equipado con armas y naves, intentó cruzar a Africa a través del estrecho de Gibraltar; pero fue aniquilado por una tempestad que le sorprendió a 12 millas del golfo gaditano. Tras este desastre y ante la escasez de víveres para pasar el invierno, Valia no tuvo más remedio que sellar el foedus que le ofrecía el gobierno de Ravenna. A cambio de un suministro anual de trigo, los godos se comprometieron a actuar como federados del Imperio, combatiendo a los pueblos bárbaros asentados en la Península por el usurpador Máximo. En 416, las tropas de Valia capturaron a Fredbal, rey de los vándalos silingos, que ocupaban la Baetica. El monarca visigodo envió al cautivo ante la presencia del emperador. Dos años después, exterminaría al ejército silingo en las inmediaciones del estrecho de Gibraltar. A continuación, se enfrentó a los alanos, que controlaban el interior de la Carthaginiensis y la mayor parte de la Lusitania. En la batalla decisiva, pereció su rey, Adax, y los supervivientes se replegaron hacia el norte, buscando refugio junto a los asdingos[6].

La intervención militar de los visigodos en Hispania, como federados al servicio del gobierno de Ravenna, nos obliga a afrontar el siempre complejo tema de la organización militar del Imperio en la Península y su evolución a lo largo del siglo V. La Notitia Dignitatum contiene datos valiosos para analizar la estructura defensiva romana en territorio peninsular antes de la penetración de los pueblos bárbaros, pero, como veremos, éstos plantean serios problemas de interpretación. En el capítulo XLII, se coloca bajo el mando directo del magister militum praesentalis a parte peditum, generalísimo de los ejércitos de la pars Occidentis, un praefectus legionis VII Geminae con sede en Legio (León) y cinco tribuni al mando de otras tantas unidades acuarteladas en distintos puntos, a saber: la cohors II

Pacatianae, en Paetaonium (Rosinos de Vidriales); la cohors II Gallicae, en ad cohortem Gallicam, emplazamiento aún sin identificar; la cohors Lucensis, en Lucus Augusti (Lugo); la cohors Celtiberae, en Iuliobriga (Retortillo, Santander), y la cohors I Gallicae, en Veleia (Iruña)[7].

Según parece, el capítulo XLII de la Notitia describe una situación que no había experimentado cambios, desde la época de la Tetrarquía. Casi todas las unidades citadas en el mismo se crearon durante el Alto Imperio. Sólo los orígenes de la cohors II Flavia Pacatiana se prestan a debate, pues mientras A. Barbero y M. Vigil la identifican con la vieja ala II Flavia civium Romanorum, L. A. Garcia Moreno considera posible que fuese reclutada bajo el reinado de Constancio Cloro o el de su hijo Constantino I[8]. El redactor del documento no específica el status de estas tropas. Seguramente, consideró innecesario introducir tal aclaración. Cualquier funcionario imperial sabía que, por su propia naturaleza estática, se hallaban compuestas por limitanei, soldados que ocupaban el peldaño más bajo del escalafón militar y a los que, habitualmente, se encomendaba la vigilancia de las fronteras del Imperio[9].

A. Barbero y M. Vigil, teniendo presente el carácter limitáneo de las fuerzas enumeradas en el capítulo XLII de la Notitia y la ubicación de sus respectivos lugares de acuartelamiento, todos ellos concentrados en torno a la cornisa cantábrica, llegaron a la conclusión de que, durante el Bajo Imperio, existió un limes en el norte de Hispania, destinado a contener posibles incursiones por parte de cántabros y vascones, pueblos escasamente romanizados, que vivían en el marco de sus propias estructuras socioeconómicas gentilicias[10].

Esta teoría ha sido cuestionada por J. Arce, quien,

ciñéndose al contexto en que se integra la enumeración de los efectivos acantonados en la Península, niega la existencia del limes septentrional y afirma que, pese a tener status de limitanei, los soldados destacados en el norte de Hispania no eran tropas de frontera, sino unidades a las que se habían asignado tareas de protección policial y de defensa marítimo-fluvial frente a eventuales incursiones de piratas bárbaros. En un trabajo más reciente, descarta incluso la presencia de tales fuerzas en territorio peninsular, durante el reinado de Honorio. A su juicio, el capítulo XLII de la Notitia se limitaría a reflejar el sistema que había tenido la diocesis Hispaniarum en un momento pasado de su historia, y que, a raíz de la crisis de 408-411, la administración imperial de Ravenna habría proyectado restablecer, sin éxito. Avala su hipótesis con el testimonio de fuentes arqueológicas y literarias. Las excavaciones realizadas, hasta ahora, en los lugares de acuartelamiento que se mencionan en la Notitia, no han desvelado niveles de ocupación militar datables a comienzos del siglo V, y, según se desprende del análisis interno de la propia Notitia, para el año 400, la legio VII Gemina había sido dividida en dos legiones comitatenses y una pseudocomitatensis, que, bajo la común denominación de Septimani, se hallaban desempeñando misiones en distintos puntos del Imperio[11].

No vamos a entrar en el debate sobre la funcionalidad de los efectivos alistados en el capítulo XLII de la Notitia, ya que no afecta al objeto de nuestro estudio. En cambio, consideramos imprescindible analizar la problemática planteada por J. Arce en torno a la presencia real de tropas regulares romanas en la Península. Sus argumentos en contra de la misma no carecen de sentido, habida cuenta de los datos que poseemos sobre la política desarrollada por el gobierno de Honorio en materia de defensa. Según se desprende de la actuación del estado mayor

de la pars Occidentis, durante los últimos años del siglo IV y los primeros del V, perdominó la tendencia a suplir unidades de regulares romanos por contingentes de federados bárbaros. El caso de la frontera renana se halla perfectamente documentado. Ya en 394, Arbogasto había retirado tropas acantonadas en la zona, con el propósito de reunir un poderoso ejército que defendiese la causa del usupador Eugenio. Pero, sería Estilicón quien llevaría a cabo la tarea de desmantelar el limes. En 398, sustrajo importantes efectivos, para combatir la rebelión de Gildón. Y, a partir de 401, acuciado por la necesidad de defender Italia de los ataques de Alarico y Radagaiso, apeló a las últimas unidades de regulares romanos acantonadas en la zona, confiando la defensa del Rin a los federados francos, única fuerza de interposición que encontrarían vándalos, suevos, alanos y burgundios, cuando, a fines del año 406, vadeasen las heladas aguas del río[12].

El programa de Estilicón no se circunscribió al limes renano. En 402 transfirió a Italia varios regimientos del ejército que defendía Britannia, para contrarrestar el empuje de los visigodos. Esta reducción de efectivos hizo la isla más vulnerable a las incursiones de anglos, sajones, pictos y escotos. Si Ravenna no completó la retirada de las fuerzas limitáneas de Britannia fue debido al alzamiento de una serie de usurpadores, que asumieron la púrpura apoyados por los provinciales romanos y las autoridades militares de la diocesis elementos que, sin duda, estaban en desacuerdo con la política del gobierno central. Precisamente, sería uno de estos usurpadores, Constantino, quien, al cruzar a las Galias con el ejército acantonado en la isla, privaría definitivamente a las provincias británicas de las últimas tropas regulares[13].

El fossatum Africae, línea fortificada que protegía el territorio afrolatino de la agresión de las tribus mauras

hostiles a Roma, corrió la misma suerte que el limes renano. Al producirse la invasión vándala en 429, no existía en toda la diocesis Africae ni una sola de las unidades alistadas en la Notitia. Algunas debían haber sido trasladadas o disueltas en el último tercio del siglo IV, después de las rebeliones de Firmo y Gildón, y el resto, sin duda, fueron licenciadas, tras la derrota del usurpador Heracliano en 413. Para intentar contener a los vándalos de Genserico, el comes Bonifacio hubo de apoyarse en los federados godos, a quienes recientemente se había confiado la vigilancia de la frontera[14].

De todo lo expuesto se desprende que, en los primeros años del siglo V, la organización del ejército descrita en la Notitia Dignitatum no se correspondía ya con la realidad de los nuevos sistemas defensivos regionales. Como ya hemos señalado, la política militar del Imperio de Occidente, dirigida por Estilicón hasta el año 408, favoreció la progresiva eliminación de las fuerzas limitáneas y su sustitución por unidades de federados bárbaros. Los problemas financieros por los que atravesaba el estado, la necesidad de tropas de campaña capaces de trasladarse rápidamente de un frente a otro, y el temor del gobierno central a las rebeliones militares periféricas, impulsaron el cambio. Sin embargo, sus consecuencias serían nefastas. La retirada y disolución de unidades que, en la mayor parte de los casos, llevaban varias generaciones acantonadas en la misma zona, provocó gran descontento entre la tropa y una sensación de inseguridad entre las poblaciones civiles, que explica las reiteradas rebeliones militares y usurpaciones que se produjeron en Occidente bajo el reinado de Honorio.

La situación de Hispania debió ser muy semejante a la del resto de Occidente. A lo largo del siglo IV, la diocesis estuvo oficialmente en paz, por lo cual no sería extraño que los

contingentes enumerados en la Notitia hubiesen sido licenciados o transformados en unidades comitatenses, como parece que ocurrió con la legio VII Gemina. Además, Hidacio, en calidad de testigo ocular de los acontecimientos, deja muy claro que, cuando se produjo la entrada de vándalos, suevos y alanos, los provinciales romanos buscaron refugio en civitates et castella[15]. No se menciona para nada que solicitasen la ayuda del ejército regular, como cabría esperar en caso de que hubiese habido unidades del mismo acantonadas en la Península. En realidad, lo más probable es que, a comienzos del siglo V, las únicas fuerzas imperiales presentes en territorio hispano fuesen las compuestas por burgarii, stationarii y saltuarii, tropas no regulares encargadas del mantenimiento del cursus publicus y, en consecuencia, de la vigilancia de los castella, turres, mansiones, mutationes, caminos, tierras y pasos montañosos por los que circulaba la annona. Junto a estos cuerpos policiales, los ejércitos privados de soldados campesinos, reclutados por los grandes propietarios en sus dominios, constituyen los únicos efectivos armados de los que nos hablan las fuentes narrativas de la época[16].

El capítulo VII de la Notitia Dignitatum, también conocido como distributio numerorum, resulta mucho más útil que el XLII, para conocer la organización militar romana en la Península a comienzos del siglo V. En él se reflejan los cambios introducidos en la defensa occidental, tras los acontecimientos acaecidos entre 407 y 413, pudiéndose observar correcciones de menor importancia hasta 425-429. Bajo el mando de un comes intra Hispanias se colocan una serie de unidades comitatenses, a saber, 11 auxilia palatina: Ascarii seniores et iuniores, Sagittarii Nervii, Exculcatores iuniores, Tubantes, Felices seniores, Invicti seniores, Victores iuniores, Invicti iuniores, Britones, Brisigani seniores, et Salii iuniores Gallicani; y 5 legiones comitatenses: Fortenses, Propugnatores seniores, Septimani

seniores, Vesontes et Undecimani[17].

Es probable que algunas de estas unidades puedan identificarse con los seniores, iuniores, speculatores ac Britannici mencionados en una epistola dirigida por el emperador Honorio a varios regimientos acantonados en Pampilona. En concreto, los nombres de speculatores ac Britannici parecen ser una corrupción de las denominaciones oficiales de Exculcatores iuniores et Britones. De acuerdo con el minucioso estudio efectuado por E. Demougeot, la carta habría sido redactada en Roma durante la primera mitad del año 408[18]. Puesto que, según se desprende del testimonio de Zósimo, en el otoño de 407, Honorio había enviado tropas a Hispania, para contrarrestar el empuje de las fuerzas del usurpador Constantino, resulta congruente deducir que la epistola imperial fue remitida a estos efectivos legitimistas, dos de cuyas unidades, como acabamos de señalar, son reconocibles en la Notitia[19].

Más difícil resulta precisar cuándo llegaron a la Península las restantes formaciones. A juzgar por los datos que conservamos, su presencia en Hispania se halla estrechamente vinculada a los cambios introducidos en la estructura militar de la pars Occidentis, durante el período en que el magister peditum praesentalis Constancio, asesor militar de Honorio desde 410, estuvo a la cabeza del estado mayor romano.

Dicho personaje llevó a cabo una meticulosa reorganización del sistema defensivo occidental, inspirándose en los proyectos reformistas de Estilicón, que, como vimos, apuntaban al relevo de las fuerzas limitáneas por contingentes de federados bárbaros. Los planes del generalísimo habían quedado paralizados después de su asesinato en agosto de 408. Constancio los retomó, desarrollándolos en toda su extensión. De ahí que

comenzase a utilizar, de manera coyuntural, a los federados germanos, no sólo en calidad de defensores de las fronteras, sino también como tropas de campaña, en sustitución de los regulares comitatenses. Ya en 413 se sirvió de los visigodos, para acabar con los usurpadores Jovino y Sebastián, que obstaculizaban la restauración de la autoridad de Honorio en las Galias. Tres años después, en 416, volvió a emplearlos, con el propósito de eliminar a los bárbaros asentados por el usurpador Máximo en Hispania y restablecer sobre la diocesis la autoridad del gobierno de Ravenna. Por otra parte, Constancio potenció la operatividad del sistema defensivo romano, suprimiendo aquellas comitivae ineficientes, como la del tractus Argentoratensis y la de Italia, e impulsando la regionalización de los mandos militares del ejército de campaña en las zonas más conflictivas, mediante la institución un comes Illyrici y un comes Hispaniarum, cargo este último que debió crearse tras la derrota del usurpador Constantino en 411. Sería entonces, cuando se asignasen a Hispania las unidades citadas en el capítulo VII de la Notitia. Varios regimientos se encontraban en la Península desde 408, pero el resto se hallaban destinados en otras provincias, y, según parece, a Constancio le resultó imposible agruparlos con anterioridad al año 419, fecha en la que, por primera vez, se certifica la presencia de un comes Hispaniarum en territorio peninsular, al mando de un poderoso ejército romano, encargado de levantar el cerco que los vándalos habían puesto a los suevos en los montes Nerbasii, en un momento en que los federados godos ya habían sido relevados de sus funciones en la Península. La actuación de tropas comitatenses en la Gallaecia, única provincia que los visigodos no habían sometido a la autoridad de Ravenna, sugiere claramente que las fuerzas romanas de campaña fueron enviadas a Hispania, con el propósito de completar la labor inconclusa de los federados[20].

Para 453, se halla nuevamente documentada la presencia de un comes Hispaniarum en territorio peninsular. Esta vez se trata de Mansueto, que medió en la negociación de un acuerdo de paz entre el Imperio y los suevos. De todos modos, resulta difícil determinar si, a lo largo del período que se extiende de 419 a 453, el gobierno de Ravenna mantuvo constantemente cubierto el cargo. Hidacio menciona a dos comites, Censorino y Frontón, que actuaron en Hispania durante esta época, pero ningún indicio permite suponer que ostentasen el mando regional. Censorino encabezó embajadas ante los suevos en 432-433, 437 y 440. Precisamente, después de esta última, Requila le hizo su prisionero, confinándole en Hispalis, donde sería ejecutado ocho años después. Frontón llegó a la Península en 453, como miembro de la comitiva de Mansueto, y más tarde, en 456, desempeñó las funciones de legado del emperador Avito. Lo más seguro es que ambos personajes fuesen simples comites rei militares, designados para cumplir misiones concretas[21].

El envio de una serie de magistri militum, bien provistos de efectivos militares, sugiere que, o bien el cargo de comes Hispaniarum estuvo vacante por espacios de tiempo prolongados, o bien que las tropas a él asignadas eran insuficientes para solventar los conflictos surgidos en la Península durante los últimos años de Honorio y a lo largo de todo el reinado de Valentiniano III. Estos magistri militum eran nombrados por el gobierno de Ravenna, para dirigir operaciones específicas, y el período de su mandato jamás excedió los dos años. Hidacio registra cuatro casos: el de Castino en 421, el de Astyrio en 441, el de Merobaudes en 443 y el de Vito en 446. Cabría destacar, como aspecto significativo, el proceso de barbarización que experimentaron las tropas puestas bajo sus ordenes. Si en 421 el ejército de Castino aún contaba con el predominio de las unidades de regulares romanos, desempeñando los

auxiliares godos un papel subsidiario, en 446, el grueso de las fuerzas de Vito se hallaba integrado, principalmente, por contingentes de federados visigodos[22].

El emperador Mayoriano, durante su estancia en la Península Ibérica, en la primavera de 460, con motivo de los preparativos de la campaña contra los vándalos, parece haber introducido algunos cambios en la organización militar de la región, designado un magister militum con competencias específicas sobre Hispania. El cargo sería ocupado, en orden sucesivo, por Nepociano y Arborio, y desaparecería en 465, momento a partir del cual la única autoridad militar romana que se documenta en la Península es la del dux provinciae Tarraconensis, probablemente también una creación de Mayoriano. Las tropas puestas bajo el mando de estos últimos representantes del gobierno imperial debían estar integradas, casi en exclusividad, por unidades de federados visigodos. Así lo ratifica el caso de Nepociano, quien tan sólo contaba con los efectivos del dux godo Sunierico, enviado desde Tolosa. El hecho de que en 461 Teodorico II depusiese a Nepociano y lo reemplazase por Arborio, nos confirma en la opinión de que, para esta época, el sistema defensivo de las provincias hispanas vinculadas al Imperio dependía ya, en gran medida, de las decisiones estratégicas y de los contingentes aportados por los monarcas visigodos. Dadas las circunstancias, no es extraño que Vincencio, el dux provinciae Tarraconensis, colaborase con las fuerzas de Eurico cuando estas ocuparon la provincia en 472[23].

Como puede observarse, a partir del acuerdo de 416, los visigodos, en su calidad de federados al servicio del Imperio de Occidente, comenzaron a sustituir de manera progresiva a las tropas romanas en la defensa de la Península Ibérica. La adaptación de la estructura del ejército visigodo al sistema

decimal romano, favoreció este proceso. Probablemente, ya a comienzos del siglo V, las fuerzas godas se dividían en milenas, quingentenas, centenas y decenas. El monarca, en su calidad de comandante en jefe del ejército, era quien designaba a los oficiales, comites et duces. D. Pérez Sánchez, que ha analizado detalladamente los orígenes de dicho sistema, apunta la posibilidad de que las legiones comitatenses, compuestas por unidades de 1.000 hombres, hayan servido de modelo a la organización militar visigoda[24]. Esta sugerencia nos parece especialmente acertada, ya que, como hemos tenido ocasión de comprobar, Constancio empleó a los visigodos en sustitución de las tropas comitatenses tanto en las Galias como en Hispania. Es probable que si éstos aún no habían asumido la estructura militar romana, se vieran obligados a adoptarla en este momento, a fin de responder a las demandas del gobierno de Ravenna.

En cualquier caso, conviene recalcar que la primera intervención visigoda en la Península Ibérica poseyó un marcado carácter coyuntural. Durante los años 416 a 418, el gobierno de Ravenna tuvo que hacer frente a una difícil reorganización interna, que le impidió desprenderse de los efectivos regulares necesarios para pacificar la diocesis Hispaniarum. En consecuencia, el estado mayor de Honorio decidió apelar a la fuerza de los federados godos para llevar a cabo esta misión. Cuando en la primavera de 419, el horizonte peninsular se hubo despejado un poco, gracias a las campañas militares de Valia, el magister peditum praesentalis Constancio despachó al comes Hispaniarum Asterio con ordenes de someter la Gallaecia, única provincia, donde, a la sazón, todavía se daba una situación conflictiva. Bajo el mando de Asterio debieron colocarse varias de las unidades del ejército de campaña mencionadas en la Notitia Dignitatum, así como los regimientos comitatenses acantonados en Pampilona desde 408[25].

Previamente, a comienzos del otoño de 418, Constancio, que, según parece, proyectaba servirse de los godos para combatir la revuelta campesina de los bagaudas en la Armórica, dispuso su retorno a las Galias y los instaló en la Aquitania Prima y en las regiones limítrofes de la Novempopulania y la Narbonensis Prima. Sin duda, se trataba de una medida provisional; pero lo cierto es que, al prolongarse el asentamiento visigodo en las Galias, estos territorios acabarían por constituir el núcleo embrionario del reino de Tolosa. La instalación de los bárbaros se efectuó tomando como modelo la norma establecida por una constitución de Arcadio y Honorio del año 398, que otorgaba temporalmente a los funcionarios civiles y militares, en viaje oficial a través del Imperio, el dominio útil sobre un tercio de cada casa en la que se alojasen, a lo largo del trayecto. En el caso de los visigodos, la ley se adaptó a las demandas de asentamiento de un ejército de federados germanos, que se trasladaba junto con todo su pueblo. Cada notable bárbaro recibió una porción (sors) de un gran dominio senatorial. Esta comprendía dos terceras partes de las tierras laborables, la mitad de los bosques y baldíos y un tercio de los esclavos. Semejante sistema, conocido como hospitalitas, permitiría, a la larga, que los optimates godos se convirtiesen en grandes propietarios, facilitando su integración en las estructuras socio-económicas del Imperio. Recientemente, W. Goffart ha cuestionado que se repartiesen tierras, considerando más probable que cada godo recibiese el pago de los impuestos de uno o más contribuyentes romanos, junto con el inventario del dominio del que procedía el tributo[26].

Por nuestra parte, preferimos adherirnos a la tesis tradicional, ya que, a partir de 418, se observa un cese en la movilidad que había caracterizado la historia del pueblo visigodo desde 376 y se advierte una mayor estabilidad en sus relaciones con el gobierno de Ravenna. Estos cambios sólo pueden explicarse

en virtud del acceso de la aristocracia visigoda a la propiedad de la tierra, hecho que determinaría el fin de su larga peregrinación a través del Imperio, al tiempo, que favorecería la progresiva identificación de sus intereses con los de los senadores galorromanos. La puesta en común de la defensa de los mismos nos permitirá entender mucho mejor el cambio de actitud de un amplio sector de la nobleza visigoda hacia el Imperio.

4.1.2. El freno de la bagauda y de la expansión sueva.

Exterminados los silingos y refugiados entre los vándalos asdingos aquellos grupos de alanos que habían logrado sobrevivir a la campaña de Valia, el gobierno de Ravenna recuperó el control efectivo de la Carthaginiensis, la Baetica y la Lusitania, quedando únicamente la Gallaecia en poder de los bárbaros. Sin embargo, la restauración de la autoridad imperial sobre Hispania sería breve. La derrota del magister militum Castino en 422 ante Gunderico, el monarca Asdingo, abrió a los vándalos las puertas del valle del Guadalquivir y de las costa meridionales de la Península. De todo modos, los vándalos, temiendo una contraofensiva romana, no descendieron inmediatamente hacia el sur. Como ya se vio en su momento, esperaron hasta 425 para iniciar sus depredaciones en levante y el mediodía. Carthago Spartaria e Hispalis fueron tomadas y saqueadas. Desde los puertos de la costa de la Baetica y la Carthaginiensis dirigieron expediciones de saqueo contra las islas Baleares y la Mauritania Tingitana. Afortunadamente para las poblaciones sometidas, cuando en 429 Genserico pasó a Africa con su pueblo, abandonó tras de sí toda pretensión de mantener algún tipo de control político sobre la Península Ibérica[27].

Libres del yugo vándalo, la Lusitania, la Baetica y la Carthaginiensis fueron nuevamente reincorporadas al Imperio,

aunque no por mucho tiempo, ya que la expansión del reino suevo colocaría otra vez bajo la férula germánica buena parte de aquellas provincias. En 438, Requila (438-448) invadió la Baetica, derrotando a las fuerzas de Andevoto, dux Romanae militiae, a orillas del río Genil. Acto seguido, puso cerco a Emerita, que capituló en 439. Al año siguiente, descendió hasta Myrtilis (Mértola), sometiendo todo el valle del Guadiana a su autoridad. En esta última ciudad capturó al comes Censorio, legado imperial, que tras haber fracasado en el intento de llegar a un acuerdo pacífico con el monarca bárbaro, se hallaba en camino de vuelta a Ravenna. Finalmente, en 441 las tropas de Requila ocuparon Hispalis, según parece con el apoyo de la facción nobiliaria que había expulsado al obispo Sabino, para poner en su cátedra a Epifanio[28].

Entre tanto, los visigodos, instalados en el sur de las Galias, permanecían ajenos al apogeo de la hegemonía sueva en Hispania. De hecho, tras las campañas de Valia, habrían de transcurrir 35 años, antes de que volviera a producirse una intervención militar gótica en la Península Ibérica. A lo largo de esta prolongado fase, el rey Teodorico I (418-451), sucesor de Valia, logró mantenerse en el trono y constituir una estirpe regia visigoda, que monopolizaría la corona durante casi un siglo, desarrollando una política de entendimiento con las facciones pro y antirromana, presentes en su corte. Conocedor de las limitaciones a las que estaba sometido, no colaboró frecuentemente con los romanos, pero tampoco se prodigo en acciones bélicas contra ellos. Sólo les atacó en momentos de debilidad del poder imperial. Así, durante la primavera de 425, aprovechando el estallido de la guerra entre el usurpador Juan y el emperador de Oriente Teodosio II, puso sitio a Arelate. El joven general Flavio Aecio, nombrado comes et magister equitum per Gallias por el nuevo soberano de Occidente, Valentiniano III,

se encargaría de levantar el cerco. En 436, coincidiendo con el estallido de la rebelión de los federados burgundios, Teodorico declaró de nuevo la guerra a los romanos, ocupando varias ciudades de la Aquitania Prima y poniendo cerco a Narbo. El conflicto se prolongó hasta 439. Aquel año, marcado por la caída de Cartago en manos de los vándalos, el monarca visigodo derrotó al dux Litorio ante los muros de Tolosa. Desbordado por los acontecimientos, Aecio, ahora generalísimo de los ejércitos de Occidente, se vio obligado a negociar con el enemigo. Según señalan Sidonio y Jordanes, Teodorico aceptó renovar el foedus de 418 con el Imperio, lo que debió satisfacer tanto a los sectores prorromanos de la aristocracia germánica como a los más adversos al compromiso con el gobierno de Ravenna. No en vano, la ratificación de los derechos adquiridos sobre las tierras otorgadas en hospitalidad, consolidaba su posición como clase dirigente en la Aquitania[29].

El restablecimiento de la autoridad imperial sobre el sur de las Galias, tuvo su fiel reflejo en Hispania, donde el estallido de una revuelta campesina de bagaudas en la Tarraconensis amenazaba con debilitar aún más, el ya de por sí precario ordenamiento estatal romano sobre la Península. Como venía siendo habitual en estos casos, el gobierno de Ravenna consideró prioritario acabar con los desordenes sociales, asegurando su dominio sobre una de las provincias próximas al corazón del Imperio, antes de abordar la recuperación de los territorios más occidentales ocupados por los suevos. Entre 441 y 442, el magister militum Flavio Astyrio dirigió la represión de la revuelta. A comienzos de 443, le sucedió en el cargo su yerno, el patricio Flavio Merobaudes, un aristócrata romano con substanciales intereses económicos en Hispania. Su mandato sería breve, ya que, pocos meses después, fue destituido y llamado de vuelta a Ravenna, a causa de una intriga cortesana. La actuación

de ambos personajes demuestra el gran interés que tenía la nobleza senatorial hispanorromana en erradicar unos movimientos sociales, que cuestionaban su preeminencia socio-política[30].

Apagada la llama de la bagauda, las autoridades imperiales pudieron plantearse la recuperación del resto de la Península. El tratado de 442 entre el gobierno de Ravenna y los vándalos devolvió al emperador Valentiniano III el control político de las Mauritaniae y de la región más occidental de la Numidia. En su deseo de estrechar el cerco al reino vándalo de Cartago, Aecio estaba interesado en recobrar el dominio de la Baetica y la región costera de la Carthaginiensis. Por esta razón, en 446 el magister militum Vito fue enviado al sur de la Península con ordenes de aplastar a los suevos. Las exacciones fiscales impuestas a los provinciales, a fin de sufragar el mantenimiento del ejército imperial, enajenaron a Vito la voluntad de los grandes propietarios, que se consideraron vejados y sometidos a depredación. Las tropas imperiales, integradas en gran parte por federados visigodos, fueron derrotadas por Requila, quien, a modo de represalia por la forzada colaboración material de los terratenientes romanos, saqueó la Baetica y la Carthaginiensis[31].

En agosto de 448, el monarca suevo fallecía en Emerita, siendo sucedido por su hijo Requiario (448-456). Poco después, el comes Censorio, capturado por Réquila ocho años atrás, moría degollado en Hispalis. El responsable de esta ejecución fue Agiúlfo, un varno que, a la sazón, debía actuar como supremo representante de la autoridad sueva en sus dominios más meridionales[32].

Unos meses más tarde, Requiario se casó en Tolosa con una hija del rey visigodo Teodorico I, quien, aislado en el

contexto internacional por el acuerdo entre Valentiniano III y el vándalo Genserico, había creído oportuno afianzar su posición, sellando una alianza con los suevos. En el camino de regreso a Gallaecia, Requiario devastó los campos de la Tarraconensis en connivencia con Basilio, jefe de una partida de bagaudas, que operaba en el valle del Ebro[33].

Mientras tanto, en las Galias, la estabilidad del poder imperial se veía nuevamente comprometida por problemas con los bárbaros. La princesa Justa Grata Honoria, en lucha por la púrpura con su hermano Valentiniano III, había solicitado la ayuda de Atila, rey de los hunos, quien, ante la oportunidad de extender su dominio hacia el oeste, no dudó en reclamar la mano de la Augusta y la mitad del Imperio de Occidente como dote de la novia. Dispuesto a tomar por la fuerza lo que el gobierno de Ravenna le negaba, intentó ganar para su causa a Teodorico I. Sin embargo, el monarca visigodo, temeroso de las consecuencias que pudieran derivarse de la expansión húnica, prefirió ponerse al servicio de Valentiniano. En 451, Atila invadió las Galias, al mando de un inmenso ejército de hunos, ostrogodos, gépidos, turingios y alamanes, saqueando y arrasando los valles del Rin y el Mosela a sangre y fuego. Al penetrar en la Belgica Secunda, le salieron al encuentro las fuerzas coaligadas de romanos, francos, burgundios, sajones, celtas, alanos y visigodos, que, el 20 de junio de aquel mismo año, obtuvieron una resonante victoria en los Campos Catalaúnicos. Teodorico I se contó entre las bajas de la jornada. En adelante, su hijo Turismundo (451-453), elegido rey por los guerreros godos en el mismo campo de batalla, se mostraría francamente hostil al Imperio, desarrollando una política expansionista, que en 452 le llevó a poner sitio a Arelate durante varias semanas. La alianza con Ravenna peligraba. A fin de conservarla, dos de sus hermanos, Teodorico y Frederico, próximos a la facción prorromana,

decidieron darle muerte. Consumado el magnicidio, Teodorico fue proclamado rey, lo que tuvo como consecuencia un cambio de política respecto a Roma. El nuevo soberano visigodo se convirtió en un fiel aliado del Imperio, como lo demuestra el hecho de que, a comienzos del verano de 453, enviase a su hermano Frederico a la Tarraconensis, con ordenes de exterminar a los bagaudas, que, una vez más, atentaban contra los intereses de la aristocracia senatorial en esta provincia[34].

Con todo, la mayor amenaza que se cernía sobre el territorio romano en la Península Ibérica venía dada por la continúa expansión del reino suevo. Después de la derrota del magister militum Vito en 446, la Baetica y la Carthaginiensis se hallaban virtualmente bajo dominio bárbaro. En 453, Valentiniano III envió al comes Hispaniarum Mansueto y al notable auvernés Frontón como legados ante la corte de Requiario, a fin de sellar a un tratado de paz. El acuerdo resultó favorable a los intereses del Imperio, que pudo recuperar la Carthaginiensis. Sin embargo, tras la muerte de Valentiniano III, en 455, los suevos, que como los demás pueblos germánicos tenían una concepción personal de los pactos, estimaron que el convenio había prescrito, y reanudaron sus ataques contra esta provincia[35].

La gravedad de la situación exigía una respuesta inmediata, que el Imperio, sumido en una seria crisis sucesoria, no estaba en condiciones de ofrecer. Habrían de transcurrir aún varios meses, antes de que estuviese en disposición de tomar alguna iniciativa. En julio de 456, el magister equitum per Gallias Eparquio Avito fue proclamado emperador en Tolosa por los federados visigodos. La conducta de los hombres de Teodorico II, auténtico poder militar sobre la región, entronca con la tradición del ejército imperial, que desde el siglo III, había depuesto y elevado al solio a numerosos emperadores. Apenas hubo

sido reconocido como soberano por la aristocracia galorromana y las fuerzas imperiales de la praefectura, Avito mandó legados a los suevos, a fin de llegar a un acuerdo pacífico. Requiario se comprometió formalmente a respetar el territorio romano. Pero, tras la partida de los embajadores, violó su juramento, invadiendo la Tarraconensis, donde hizo gran número de prisioneros, que trasladó a la Gallaecia[36].

Ante el desafío de Requiario, Avito despachó a Teodorico II con ordenes de someter a los suevos. El monarca visigodo, al mando de sus propias tropas y de un contingente de federados burgundios, penetró en la Península, avanzando a lo largo de la calzada que unía Burdigala (Burdeos) con Asturica Augusta (Astorga). El 5 de octubre de 456 aplastó al ejército de Requiario junto al río Orbigo. Tras la batalla, tomó Bracara (Braga) y Portumcale (Oporto). Precisamente, cerca de esta última plaza cayó en sus manos el monarca suevo, a quien ordenaría ejecutar en diciembre de aquel mismo año. Antes de abandonar Portumcale, Teodorico II nombró gobernador del territorio conquistado al varno Agiúlfo. A continuación, marchó sobre Emerita, donde establecería sus cuarteles de invierno, en espera de que llegase la primavera para reanudar las operaciones militares. Pero la noticia de la deposición y muerte de Avito, que llegó a la capital de la Lusitania a fines de marzo de 457, obligó al rey a volver a las Galias con una parte de su ejército. El resto permaneció en la Península, haciéndose cargo de eliminar los últimos focos de resistencia sueva: las ciudades de Asturica y Palentia (Palencia) fueron ocupadas y saqueadas por los federados germanos. Entre tanto, Agiúlfo aprovechó la ausencia de Teodorico II para proclamarse soberano de una facción de los suevos. El reinado del rebelde sería efímero. Derrotadas sus tropas por fuerzas visigodas en el mes de junio, cayó prisionero del adversario y, poco después, fue ejecutado en Portumcale[37].

Aunque hasta abril 459 Teodorico II no renovaría el foedus con el Imperio, en julio del año anterior tropas visigodas, al mando del dux Cirila, penetraron en el valle del Guadalquivir y se apoderaron de Hispalis. El episodio demuestra que el gobierno de Tolosa, al margen de su actuación al servicio del Imperio, tenía un gran interés en establecer guarniciones militares en las principales ciudades de Hispania, a fin de convertir la Península Ibérica en campo abonado para una futura expansión territorial. Sabino, el obispo hispalense expulsado de su sede por un sector de la nobleza local cuando los suevos tomaron la ciudad, regresó ahora de las Galias, probablemente en compañía del ejército bárbaro. Este hecho nos induce a pensar que los godos ocuparon la plaza con el apoyo de la aristocracia romana partidaria del depuesto prelado. En el transcurso de la siguiente primavera, una vez renovado el foedus con el Imperio, el comes Sunierico descendió a la Baetica, al frente de nuevos efectivos, para sustituir a Cirila, que era reclamado por Teodorico II[38].

En mayo de 460, el emperador Mayoriano atravesó los Pirineos con un gran ejército. Vía Caesaraugusta se dirigió a Carthago Spartaria, donde debía encontrarse con la flota encargada de trasladar sus tropas hasta Africa. Entre tanto, el magister militum Nepociano, padre del futuro emperador Julio Nepote, y el comes godo Sunierico emprendían una campaña contra los suevos en la Gallaecia, para, a continuación, descender a la Lusitania, donde ocuparon la ciudad de Scallabis. Las fuerzas visigodas empleadas en estas operaciones militares fueron las mismas que habían operado en la Baetica el año anterior. Ahora bien, ignoramos si al partir dejaron estacionadas guarniciones permanentes en las ciudades del valle de Guadalquivir. Puesto que no parece que se tratase de un gran ejército, lo más seguro es que las evacuasen. Tras el fracaso de la expedición africana y

el regreso de Mayoriano a las Galias, la única autoridad vinculada a los órganos del poder central del estado romano presente en Hispania, fue la del magister militum Nepociano. Teodorico II le depondría en 461, poco después de conocer la noticia de la ejecución de Mayoriano. Acto seguido, le sustituyó por Arborio, sin duda, un hombre leal a Ricimer y a su nuevo emperador, Libio Severo. De haber mantenido a Nepociano en tan alta posición, se hubiera corrido el riesgo de que hiciese causa común con su cuñado el magister militum Dalmatiae Marcelino y con el magister equitum per Gallias, Egidio, los cuales se negaban a reconocer a Severo. La actuación de Teodorico, al intervenir en la cúpula militar romana, deponiendo y nombrando generales, demuestra que los visigodos constituían el verdadero poder armado en el sur de las Galias y amplios territorios de Hispania. Por otro lado, Teodorico, en su línea de intervención política en Hispania, llegaría a concluir un acuerdo con los suevos en 464, que colocaba a su rey en una situación de dependencia clientelar con respecto al gobierno de Tolosa[39].

Muerto Libio Severo en 465, Arborio fue relevado de su cargo por el monarca visigodo, que le envió como embajador ante la corte sueva. Ni Ricimer, durante el interregno, ni después Antemio, cuando alcanzó la púrpura, consideraron necesario nombrar un nuevo magister militum. Para controlar el valle del Ebro y la costa catalana, últimos reductos del poder romano en la Península Ibérica, bastaba con la presencia de un modesto dux provinciae Tarraconensis, cargo probablemente creado por Mayoriano, durante su estancia en Hispania con motivo de la expedición contra los vándalos, y que, al parecer, concentraban funciones militares y civiles[40].

A medida que la autoridad imperial se fue desdibujando, se hizo más patente la fragmentación política de

la antigua diocesis Hispaniarum. Los pueblos escasamente romanizados de la cornisa septentrional, en concreto, cántabros y vascones, habían aprovechado la crisis de las primeras décadas del siglo V para sacudirse el yugo romano, y ahora vivían bajo formas autóctonas de organización política. Los suevos, concentrados en sus propias dificultades internas y sometidos a una especie de protectorado visigodo, dominaban la Gallaecia y el norte de la Lusitania; mientras el gobierno de Ravenna retenía el control de gran parte de la Tarraconensis. La situación de Baetica y la costa de la Carthaginiensis resulta más problemática, pues, aunque carecemos de testimonios que certifiquen la presencia de autoridades imperiales con atribuciones sobre estas zonas, tampoco existe indicio alguno de que los visigodos se hayan hecho cargo de su administración. El silencio de las fuentes no implica, por fuerza, una ruptura de vínculos con el gobierno central de la pars Occidentis, ya que bien podría estar motivado por la ausencia de conflictos regionales. De todos modos, en tanto el aparato del estado romano fue reduciendo su ámbito de actuación a la Península Itálica, la gestión de los territorios de la Hispania meridional y levantina, libres de asentamientos germánicos, debió quedar en manos de los grandes propietarios provinciales. A la vista del panórama general, únicamente la monarquía visigoda, instalada en las Galias, pero con fuertes intereses en el sur de la Lusitania y en el interior de la Carthaginiensis, podía constituirse en alternativa de poder a la decadencia del orden romano en la Península Ibérica.

4.1.3. La instalación en Hispania.

La muerte de Teodorico II a manos de su hermano y sucesor Eurico en 466, puso término a una fase de colaboración entre Tolosa y Ravenna. El nuevo soberano godo, al que el

emperador de Constantinopla León I jamás reconocería legitimidad alguna, decidió romper los vínculos formales que le ligaban al Imperio. Simultáneamente, fomentó un clima de concordia con los elementos progóticos de la nobleza romana, liderados por Arvando praefectus praetorio Galliarum. El advenimiento de Antemio al trono de Occidente no modificó la situación. En 468, aprovechando el desastre de la armada imperial frente a las costas del Africa vándala, Eurico envió un ejército contra los suevos, que recientemente habían ocupado Olisipo (Lisboa) y amenazaban con emprender un nuevo proceso de expansión territorial. Las tropas del monarca godo lograron confinar al enemigo en sus antiguos límites. Al año siguiente, tras la caída de Arvando, acusado de planear un reparto de las Galias entre visigodos y burgundios, estalló la guerra con el Imperio. Contando con el apoyo de un importante sector de la aristocracia senatorial galorromana, adverso a la política centralista de Antemio, Eurico obtuvo una sucesión de éxitos militares, que le permitieron extender sus dominios desde el Loira hasta el Ródano. En 471, cerca de Arelate, derrotaría a las fuerzas del emperador, dirigidas por su propio hijo, el joven dux Antemiolo, muerto en combate[41].

La victoria visigoda precipitó la caída de Antemio, circunstancia que Eurico explotó en provecho de sus intereses. Durante el verano de 472, el comes Gauterico y el dux Heldefredo penetraron en la Península Ibérica, con ordenes de ocupar militarmente las ciudades más importantes de la Tarraconensis. El primero atravesó los Pirineos por la calzada que unía Burdigala con Asturica y, tras tomar Pampilona, descendió por el valle del Ebro hasta Caesaragusta, apoderándose de todos los centros urbanos que encontró a su paso. El segundo entró en Hispania siguiendo la via Herculea a lo largo de la costa. Vincencio el dux provinciae no opuso resistencia. Antes bien, se mostró dispuesto a colaborar con Heldefredo, el general godo

encargado de someter las urbes marítimas, en el asedio de Tarraco, plaza donde se había atrincherado gran parte de la nobleza provincial fiel al gobierno imperial[42].

Durante los últimos años del siglo V y los primeros del VI, el proceso de intervención militar visigoda en Hispania, que como vimos había comenzado en 456, se incrementó de manera notable. Los reyes de Tolosa deseaban asegurarse el control efectivo de un amplio territorio, sobre el cual proyectar su hegemonía política. Para ello, decidieron acantonar nuevas guarniciones, estructuradas aristocrática y clientelarmente, en los principales núcleos de enlace de la red viaria romana[43].

El estudio de las necrópolis visigodas peninsulares, que iniciara W. Reinhardt para la submeseta norte durante la década de 1.940 y que nuevas aportaciones han venido a completar, nos confirma la existencia de un plan estratégico de dominación del territorio hispano diseñado por el gobierno de Tolosa. Con frecuencia, los cementerios godos correspondientes a este período se hallan ubicados en los aledaños de las grandes calzadas romanas, especialmente, a lo largo de la via que unía Burdigala con Asturica, y de las carreteras que ponían en comunicación esta arteria con la calzada que descendía desde Caesaraugusta a Emerita. Comparando tales datos con los testimonios que hemos analizado sobre la conquista visigoda de la Tarraconensis, puede observarse una uniformidad de procedimiento, que, sin lugar a dudas, responde a los dictados de una política expansionista, ciudadosamente planificada y orientada a controlar el territorio hispano mediante la ocupación de los puntos clave de la red viaria[44].

Mayores dificultades implica determinar el carácter de los nuevos establecimientos bárbaros en la Península. En base

a los primeros estudios de las necrópolis del valle del Duero, se formuló una hipótesis, que defendía el desarrollo paralelo de un doble asentamiento: popular y aristocrático. Ahora bien, mientras este último se halla confirmado por documentación de la época, en concreto, por una reveladora inscripción emeritense, sobre la que tendremos oportunidad de hablar más adelante, el primero ha sido puesto recientemente en entredicho. Algunos investigadores, como R. Collins y A. J. Domínguez Monedero, no sólo se muestran en desacuerdo con la dicotomía entre un asentamiento popular y otro aristocrático, sino que incluso han llegado a cuestionar la instalación de los godos en la submeseta norte durante los últimos años del siglo V y los primeros del VI[45].

Por nuestra parte, nos adherimos a la opinión de L. A. García Moreno, para quien las necrópolis de la meseta ofrecen un testimonio de la existencia de grandes propiedades fundarias en manos de la nobleza visigoda, así como de las relaciones de dependencia con ésta por parte de su clientela[46]. Como veremos, a continuación, el establecimiento de una guarnición visigoda en un punto estratégico de la red viaria, frecuentemente una ciudad que funcionase como eje estructurador de la región, conllevaba el envio desde Tolosa de un noble con su comitiva armada. Este personaje, no sólo asumía el mando militar de la plaza que le había sido encomendada y del territorio circundante, sino que además distribuía entre sus hombres parte de las tierras del lote que le había sido asignado, generando vínculos de dependencia material.

Tras la ocupación militar de las ciudades de la Tarraconensis, parece que Eurico concentró todo su interés en la consolidación de un limes frente a los suevos. Emerita Augusta, antigua capital de la diocesis Hispaniarum, se convirtió en el

eje central de este sistema defensivo. No en vano, las dos calzadas sobre las que se apoyaba confluían en la metrópoli lusitana. Una de ellas era la que, atravesando por Scallabis, conducía a Olisipo. La otra, procedía de Asturica Augusta, plaza que se hallaba en poder de los suevos, quienes dominaban el tramo inicial de la via. No obstante, los visigodos poseían el control del resto de la misma y del ramal que llevaba a Palentia. En 483, Eurico decidió reforzar sus posiciones en Emerita, mediante el envio de nuevos efectivos militares y la restauración de las *fortificaciones de la ciudad. El cometido recayó sobre la persona* del dux Salla quien, con el apoyo de la nobleza emeritense, representada por el obispo Zenón, reparó las murallas y el puente sobre el río Guadiana, y efectuó un reparto de tierras incultas, tomadas de los bona vacantia del fisco imperial, entre los hombres que le habían acompañado desde Tolosa, al parecer todos ellos miembros de su propia clientela[47].

Aunque el objetivo prioritario de tal acción consistía en neutralizar todo movimiento expansionista de los suevos, lo cierto es que, asegurando su dominio sobre la ciudad de Emerita, la monarquía visigoda tendía la cabeza de puente que, más adelante, le facilitaría la penetración en el valle del Guadalquivir.

Muerto Eurico en 484, le sucedió su hijo Alarico II (484-507), bajo cuyo reinado se incrementó la presencia visigoda en Hispania. Los nuevos asentamientos debieron responder a la necesidad de reafirmar la autoridad del gobierno de Tolosa sobre la Tarraconensis, comprometida por la usurpación de Burdunelo en 496-497 y la de Pedro en 506. Prueba del creciente control político ejercido por los godos en territorio peninsular lo constituye el malogrado proyecto de reunir un concilio en Tolosa para el año 507, al que estaban convocados la totalidad de los

obispos del reino, incluidos los de Hispania, que debido a la situación conflictiva que vivía la Tarraconensis, no habían podido acudir al celebrado en Agatha (Agde) en 506[48].

De todos modos, el principal motivo que obligó a emigrar hacia la Península Ibérica a numerosos aristócratas godos con sus clientelas, fue la expansión franca al sur del Loira. En 481, Clodoveo, un adolescente de apenas 16 años, había sucedido a su padre Childerico como rey de los francos. El nuevo soberano no tardó en eliminar el último bastión romano en el norte de las Galias, gobernado por Siagrio, hijo del general Egidio. Tras la muerte de su progenitor en 465, Siagrio, instalado en Sessonas (Soissons), se había convertido en suprema autoridad política para la mayor parte de Lugdunensis Secunda, con excepción de la Armórica, para la totalidad de la Lugdunensis Tertia y la Senonia, y para la región occidental de la Belgica Secunda. A diferencia de Egidio, Siagrio no era un funcionario designado por el gobierno imperial, sino un aristócrata que ejercía el poder en calidad de líder de la nobleza provincial romana. Clodoveo le derrotó en 486, obligándole a buscar refugio en la corte de Tolosa. Sin embargo, Alarico II le entregó en manos de los francos, quienes no tardarían en ejecutarle. A partir de este momento, Clodoveo comenzará a presionar sobre las fronteras septentrionales del reino visigodo, llegando a ocupar la ciudad de Burdigala en 498[49].

Simultánamente, el monarca franco abrazaría el catolicismo junto con la mayor parte de su nobleza, acontecimiento que tuvo lugar entre 496 y 506. Alarico II intentaría contrarrestar las simpatías que despertó la conversión de Clodoveo entre el clero católico y a la nobleza galorromana de su reino, permitiendo que en 506 los obispos nicenos se reuniesen en un concilio celebrado en Agatha. Ese mismo año,

promulgó una vasta compilación jurídica que recogía leges del Codex Thedodosianus con comentarios o interpretationes de juristas romanos, y extractos del Epítome de Gayo, de las Sententiae de Paulo y de los Códigos Gregoriano y Hermogeniano. Una vez aprobado por el episcopado y la nobleza, este cuerpo legal, conocido como Breviarium Alarici o Lex Romana Visigothorum, fue enviado a los comites civitatum, con ordenes de no emplear otra colección. De tal modo, el soberano visigodo intentaba ganarse la voluntad de sus súbditos latinos, ya que, desafortunadamente, el enfrentamiento con los francos parecía inevitable[50].

A pesar de la intervención del ostrogodo Teodorico el Amalo, exhortando a Alarico II y Clodoveo a llegar a un acuerdo amistoso, en la primavera de 507 estalló la guerra entre francos y visigodos. Clodoveo, aliado con el monarca burgundio Gundobado, venció a las tropas de Alarico en el Campus Vogladensis (Vouillé), cerca de la ciudad de Pictava. El monarca visigodo cayó en el fragor de la batalla. Tras la derrota, Tolosa fue saqueada e incendiada por francos y burgundios. La corte de Alarico II, que previamente había abandonado la ciudad, se dividió en dos grupos. Los partidarios del pequeño Amalarico, hijo de Alarico II y de la princesa ostrcgoda Tiudigoto, buscaron refugio en Hispania. En cambio, los seniores Gothorum que habían sobrevivido al desastre bélico, se reunieron en Narbo, donde proclamaron rey a Gesaleico, vástago de Alarico II a través de una concubina[51].

Lo más seguro es que ambos grupos hubiesen comenzado a constituirse hacia 494, al tiempo del matrimonio de Alarico II con Tiudigoto, hija de Teodorico el Amalo. De manera paulatina, el círculo prorromano de la corte de Tolosa debió concentrarse en torno a la reina, no sólo por su afinidad con el proyecto

político que encabezaba el padre de ésta, Teodorico, sino porque además consideraba la nobleza de su estirpe, descendiente de los míticos Ansis, superior a la de los Baltos. Así se vio obligado a admitirlo el propio monarca visigodo, cuando tras el nacimiento del primer hijo de su unión con Tiudigoto, le impuso el nombre de Amalarico[52]. Paralelamente, los notables germanos adversos a ese compromiso con los romanos, que propugnaba el soberano ostrogodo, se fueron agrupando alrededor del joven Gesaleico, representante de la estirpe regia de los Baltos, que había ocupado el trono visigodo, de manera ininterrumpida, desde hacia casi un siglo. No resulta extraño que, después la muerte de Alarico, en el campo de batalla de Vouille, se apresurasen a proclamar rey a su candidato.

Esta decisión de los magnates visigodos reunidos en Narbo, no agradó a Teodorico, que enarbolando el estandarte de la legitimidad, en defensa de los derechos sucesorios de su nieto Amalarico, envió al sur de las Galias un poderoso ejército conducido por el dux Ibbas. Durante el verano de 508, el general ostrogodo logró recuperar Massilia y levantar el cerco de Arelate. Al año siguiente, arrojó de la Narbonensis a los invasores burgundios, que habían obligado a Gesaleico a replegarse hacia Hispania. En Carcasona, liberada del asedio enemigo, Ibbas se apoderó del tesoro real de los visigodos, que inmediatamente remitió a Ravenna. Con toda probabilidad hacia el verano de 510, las fuerzas ostrogodas atravesaron los Pirineos y penetraron en la Tarraconensis, donde les salió al encuentro Gesaleico. El monarca visigodo fue derrotado y no tuvo más remedio que embarcarse para Cartago. Entre tanto, Ibbas efectuó una sangrienta purga entre las filas de la aristocracia visigoda leal a Gesaleico, a fin de eliminar a los más destacados adversarios de la dominación ostrogoda. Pocos meses después, Gesaleico regresó del exilio con la ayuda financiera de los

vándalos. Reagrupó a sus partidarios en la Aquitania, y en 511 presentó batalla a Ibbas ante los muros de Barcino. Nuevamente vencido, intentó huir al reino burgundio, pero fue hecho prisionero y ejecutado, cuando se disponía a cruzar el río Durance[53].

De este modo, Teodorico se hizo con el control de la franja litoral subgálica y de los antiguos territorios hispanos del reino de Tolosa. Aunque, durante la campaña contra Gesaleico, se había presentado como tutor de su nieto Amalarico, después de la victoria de Barcino, no dudó en asumir la potestad regia sobre los visigodos, delegando la tutela del pequeño príncipe en el comandante en jefe de su ejército en Hispania. Ahora bien, Teodorico no estaba conforme con la simple unión personal de los dos reinos godos, que se derivó de su actuación. Aspiraba a fusionar las élites aristocráticas de ambos pueblos, para formar un solo estado, capaz de oponer un frente de resistencia compacto al expansionismo franco. Por esta razón, promovió los matrimonios mixtos entre oficiales ostrogodos destacados en Hispania y mujeres de la nobleza visigoda. En 515, casaría a su propia hija Amalasunta con Eutarico Ciliga, quien posiblemente fuese nieto, por línea materna, del rey visigodo Turismundo. La propaganda oficial del gobierno de Ravenna se apresuró a crear para este príncipe una genealogía, que entroncaba a sus antepasados con la estirpe de los Amalos. Ligado, pues, a las dos casas reales godas, Eutarico se convirtió en el candidato idóneo para suceder al anciano Teodorico en el trono de ambos reinos. Justino I, el nuevo emperador de Constantinopla, legitimó sus aspiraciones al otorgarle la ciudadanía romana y adoptarle como hijo de armas. Pero, no quedó ahí la exaltación de Eutarico. Pocos meses después, obtuvo el consulado de manos de su suegro, y en enero de 519, con ocasión de la inauguración del mismo, celebró dos triunfos, uno en Ravenna y otro en Roma. Sólo su muerte

prematura, acaecida en 522-523, le impediría llegar a convertirse en el sucesor de Teodorico[54].

Aprovechando la tregua temporal impuesta al expansionismo franco por la muerte de Clodoveo, a partir de 511, el monarca ostrogodo comenzó a organizar, en beneficio de su propio proyecto político, los territorios rescatados de entre las ruinas del reino de Tolosa. Teodorico no sólo mantuvo la estructura administrativa romana, sino que la restableció allí donde había caído en desuso. Ya en 510 había restaurado la praefectura praetorio Galliarum, designando como titular para el cargo de praefectus al patricio Félix Liberio. Con sede en Arelate, la praefectura Galliarum extendería sus competencias administrativas sobre Alpes Maritimae, Narbonensis Prima y Secunda, gran parte de la Vienensis y la Tarraconenis, el interior de la Carthaginiensis y el sur de la Lusitania. La restauración de la praefectura tuvo como objetivo, fundamentalmente, cubrir las necesidades de apoyo logístico que tenían las fuerzas ostrogodas acantonadas en estas provincias. De todos modos, como señala J. Orlandis, en la práctica gubernamental, Liberio apenas tuvo autoridad efectiva sobre la Península Ibérica. El general Teudis, sucesor de Ibbas en la comandancia de las tropas de ocupación ostrogodas, era quien ejercía el poder real sobre la Narbonensis Prima y la Península Ibérica, *comportándose, a menudo, como un auténtico virrey*[55].

Teudis había iniciado su carrera como armiger del rey Teodorico, es decir, como oficial del cuerpo de guardia que protegía al rey. Hacia 511, el soberano le envió Hispania, en calidad de generalísimo del ejército ostrogodo (archontes) y tutor del pequeño Amalarico. Poco después de su llegada a la Península, se casó con una rica dama hispanorromana, cuya familia poseía un inmenso patrimonio fundario (choras). De entre los

campesinos vinculados a los dominios de su esposa, reclutó 2.000 doryphoroi, es decir un cuerpo de lanceros, que, a partir de este momento, compondrían su ejército privado. Con tales fuerzas, pudo asumir el gobierno factual de la Narbonensis y de Hispania. Aunque todavía actuaba en nombre de Teodorico, lo cierto es que, como señala Procopio, su comportamiento era muy parecido al de usurpador. Sospechando que la corte preveía su destitución, rehusó atender a las llamadas del soberano, y jamás se personó en Ravenna. A pesar de todo, Teodorico evitó la ruptura, pues temía que los francos aprovechasen el estallido de un conflicto para invadir el sur de las Galias, o que los visigodos iniciasen una rebelión contra la supremacía ostrogoda[56].

De este último recelo del monarca se desprende que los intentos de fusionar a visigodos y ostrogodos en una sola gens, bajo la soberanía de los Amalos, habían fracasado. Ciertamente, un sector de la nobleza visigoda, partidario del ideal de civilitas teodoriciano, se había aproximado a los ostrogodos, estableciendo con ellos lazos de parentesco, a través de alianzas matrimoniales. Sin embargo, el significativo conjunto de magnates que, tras la derrota de Vouillé, había elegido como rey a Gesaleico, se hallaba descontento, por el hecho de haberse visto desplazado de los órganos del poder central en beneficio de notables ostrogodos[57].

El único medio seguro que tenía Teodorico, para conservar el control sobre este grupo de la aristocracia visigoda y, a la vez, asegurarse la percepción del tributo anual, era apelar al uso de una auténtica fuerza de ocupación. Por eso, continuó enviando oficiales, al mando de tropas ostrogodas, y revalidó la autoridad de Teudis, quien, al margen de sus reticencias a presentarse en la corte, cumplía fielmente las ordenes que le llegaban desde Ravenna y nunca dejó de enviar el

tributo, en gran medida destinado a alimentar el cubiculum del príncipe Amalo[58].

La clase dirigente ostrogoda, siguiendo el modelo establecido en Italia, intentó afianzar su hegemonía sobre la Narbonensis e Hispania, apoyándose en la aristocracia senatorial, que no sólo colaboró en tareas relacionadas con la administración civil del territorio, sino que, además, suministró ayuda militar efectiva. En correspondencia, los ostrogodos se mostraron tolerantes hacia la fe católica de los hispanorromanos, permitiendo la celebración de sínodos provinciales, la construcción y consagración de nuevas basílicas, la fundación de monasterios y la elección de obispos para cubrir las sedes vacantes. Como consecuencia de esta política, que intentaba compensar los fallidos esfuerzos en pro de una fusión entre ostrogodos y visigodos, surgieron dos facciones opuestas. Una, la dominante, reunía bajo un pabellón común a la cúpula militar y burocrática de origen ostrogodo, a los antiguos cuadros provinciales romanos y al sector de la nobleza visigoda partidario de la casa de los Amalos. La otra, se hallaba integrada por el grupo de la aristocracia visigoda, que alejado de los órganos del poder central, y ante la tolerancia de la facción gobernante hacia el catolicismo, se aferraba, cada vez más, al credo arriano, como su principal seña de identidad cultural[59].

Las esperanzas depositadas por Teodorico en una construcción política que agrupase a todos los godos bajo el liderazgo de un príncipe de la casa de los Amalos, comenzaron a desvanecerse a la muerte de su yerno Eutarico en 522. Las tendencias centrífugas del general Teudis y la inconformidad de buena parte de la nobleza visigoda con la hegemonía ostrogoda, contribuyeron de manera decisiva al deterioro de la situación

interna de la Península Ibérica. Entre 523 y 526, el monarca Amalo se vio obligado a intervenir en Hispania, a través del vir illustris Ampelio y del comes Livirito, con el objetivo de sanear la administración fiscal, restablecer el orden público y poner coto a los abusos de los funcionarios[60].

Tras el fallecimiento de Teodorico en 526, se produjo la división de los territorios sobre los que había ejercido la potestad regia entre sus dos nietos. Atalarico, hijo de Amalasunta, fue proclamado rey en Ravenna. Ejercería su potestad regia sobre los dominios ostrogodos de Italia, Sicilia y Dalmatia, además de las antiguas posesiones visigodas que se extendían a lo largo del litoral subgálico desde los Alpes al Ródano. Por su parte, Amalarico (526-531), hijo de Tiudigoto, recibió como herencia los restantes fragmentos del reino de Tolosa, a saber, las tierras de Hispania y el sector occidental de la franja costera subgálica, desde la desembocadura del Ródano a los Pirineos. Este príncipe, que instaló su corte en Narbo, obtuvo la renuncia de su primo al tributo anual enviado a Ravenna, así como la devolución del tesoro real de los visigodos, que Teodorico había tomado de Carcasona años atrás. Además, segregó la administración de su reino de la praefectura Galliarum, nombrando en 429 a un tal Esteban como praefectus praetorio Hispaniarum. Las tropas ostrogodas destacadas en la antigua Narbonensis Prima y en Hispania fueron repatriadas, aunque a los hombres casados con visigodas o romanas se les permitió optar por regresar a Italia o ligarse a la gens visigoda. Teudis y otros, que como él se habían creado una posición privilegiada, prefirieron quedarse en la Península[61].

Desafortunadamente, el joven Amalarico persistió en defender el legado galicano de los Baltos, lo que le condujo a un nuevo y desastroso enfrentamiento con los merovingios en la

Narbonensis. Según Procopio Caesarea y Gregorio de Tours, el factor desencadenante de la contienda fue un problema de índole doméstica. Hacia 526, Amalarico había tomado por esposa a la católica Clotilde, hija del rey franco Clodoveo. Al parecer, el soberano visigodo intentó convertirla al arrianismo, recurriendo, en última instancia, a métodos violentos. La reina, deseosa de poner fin a esta situación, imploró el auxilio de su hermano Childeberto I (511-558), a cuya corte de París envió un sudario empapado en sangre, como prueba de las vejaciones que sufría a manos de su marido. En la primavera de 431, un ejército franco irrumpió en la Narbonensis y derrotó a las tropas de Amalarico ante las puertas de su capital. Poco después, el monarca visigodo perecía a manos de sus propios soldados, ya sea en la ciudad de Narbo, cuando se disponía a solicitar asilo en una basílica católica, como relata el turonense, ya sea en Barcino, donde habría buscado refugio tras la derrota, de acuerdo con las noticias que nos proporcionan las Chronicorum Caesaraugustanorum reliquiae. Por su parte, Childeberto, emprendió el viaje de vuelta a París con un gran botín y con su desdichada hermana Clotilde, quien falleció en el camino. De cualquier modo, la invasión de la Narbonensis y la ocupación franca de varias ciudades situadas en la zona septentrional de la provincia, provocó el éxodo de numerosas familias de la aristocracia visigoda, que fueron recibidas por Teudis en Hispania[62].

4.1.4. La expansión hacia el sur.

La muerte de Amalarico en 531 señala el desplazamiento definitivo del centro de gravedad política del reino visigodo al interior de Hispania. Sin embargo, por estas fechas, los godos aún no dominaban la totalidad de la Península Ibérica. Entre las diversas regiones que escapaban a su control parece que se encontraban la mayor parte de la Baetica y la franja costera de

la Carthaginiensis. Las fuentes con que contamos para establecer cuál era la situación de dichos territorios respecto al poder gótico, durante el primer tercio del siglo VI, son más bien escasas, y se hallan integradas, exclusivamente, por documentación eclesiástica.

De su estudio se desprende que tanto los obispos de la Baetica como los de la zona oriental de la Carthaginiensis mantenían estrechas relaciones con sus colegas de las ciudades del litoral tarraconense. No en vano, entre las suscripciones de las actas del Concilio de Tarraco de 516, encontramos la firma de Héctor, obispo de Carthago Spartaria, y la de Orencio de Iliberris, quien, al año siguiente, también asistiría al sínodo provincial celebrado de Gerunda[63]. Como puede observarse los contactos con el área de dominio gótico, se concentraron en las regiones próximas a la costa catalana. No existen indicios de que *fuesen igualmente fluidos con otros territorios sometidos* al dominio bárbaro. De hecho, los testimonios que analizaremos a continuación apuntan a que, tras la desintegración del orden estatal romano, se produjo un alejamiento entre las zonas interiores de la Península, gobernadas por los godos, y el sur y el levante, libres de la presencia germánica y abiertos al Mediterráneo.

En 519, el papa Hormisdas designó vicario apostólico a un obispo hispano llamado Juan, que pudo haber sido el titular de la sede de Ilici o de la de Tarraco. Esta última opción es la que nos parece más probable, ya que, por lo general, en la época, los poderes de representación pontificia se concedieron a metropolitanos. En cualquier caso, con tal nombramiento, Hormidas limitaba la jurisdicción otorgada por su predecesor Símmaco a Cesáreo de Arelate, quien en 514 había sido investido como vicario para las Galias e Hispania, lo que, en la práctica, era

tanto como decir, para todos los territorios bajo la soberanía de Teodorico el Amalo situados al oeste de los Alpes. Seguramente, teniendo en cuenta la autonomía con que actuaba Teudis y las dificultades a las que, en consecuencia, debía enfrentarse Cesáreo para hacer efectiva su autoridad sobre la Península Ibérica, el pontífice juzgó oportuno otorgar a Juan de Tarraco poderes de representación en los dominios hispanogóticos. No obstante, algún tiempo después, en abril de 521, Hormisdas designó como vicario para la Lusitania y la Baetica al *metropolitano de esta última provincia, Salustio de Hispalis.* La nueva investidura demuestra que los poderes de Juan no alcanzaban a estos territorios, y, por tanto, puede interpretarse como signo de que ambas provincias, con excepción de algunos núcleos estratégicos, como Emerita, disfrutaban de una situación de independencia factual respecto a las estructuras de poder godas, lo que hacía necesario nombrar un representante papal distinto al elegido para los territorios bajo control bárbaro[64].

Otro dato que redunda a favor de la tesis de la automía de la región levantina es la creación en el dominio visigodo de una nueva circunscripción eclesiástica, la Carpetania vel Celtiberia, segregada de la Carthaginiensis, y de la que era metropolitano el obispo de Toledo. Esta información nos la proporcionan las actas del II Concilio de Toledo de 531 y dos cartas adjuntas a las mismas, escritas por Montano, obispo de la ciudad. Resulta enormemente revelador el hecho de que, años antes de que los bizantinos ocupasen Carthago Spartaria y de que los reyes visigodos instalasen su corte en Toledo, los obispos de esta ciudad se arrogasen la dignidad metropolitana sobre una provincia Carpetania vel Celtiberia, cuyo territorio, de acuerdo con las divisiones eclesiásticas del Bajo Imperio, formaba parte de la Carthaginiensis, y por tanto, se hallaba bajo la jurisdicción metropolitana del obispo de Carthago Spartaria. La

ruptura de la unidad eclesiástica es, sin duda, fiel reflejo de la situación política. En torno al año 500, la zona interior de la Carthaginiensis se encontraba ya plenamente integrada en el dominio germánico y, como señala A. Barbero, la constitución de la nueva circunscripción respondería a la importancia creciente que iba adquiriendo esta región en el conjunto del reino visigodo. Por el contrario, la costa de la Carthaginiensis, sobre la que los godos no debían ejercer aún un control efectivo, vivía de espaldas al interior, gobernada por epigonos de la aristocracia senatorial y volcada en sus relaciones con la costa catalana e Italia[63].

A partir de 531, se inicia un proceso de expansión del dominio gótico hacia las regiones levantinas y meridionales de Hispania, que no quedará consumado hasta el primer tercio del siglo VII. El monarca que acometió la secular empresa fue Teudis (531-548). Según nos informan Procopio y Jordanes, tras la derrota de las fuerzas de Amalarico en la Narbonensis, el generalísimo ostrogodo se apoderó del trono por la fuerza de las armas. Incluso es posible que, personalmente, instigase el asesinato del nieto de Teodorico. En cualquier caso, como sugiere J. Orlandis, el concilium aristocrático de Gerunda (Gerona), donde se destituyó a Esteban, el praefectus Hispaniarum nombrado por Amalarico, debió ratificar formalmente la realeza de Teudis, sancionando, de esta manera, los hechos consumados[64].

El nuevo soberano se mostró extraordinariamente activo. Apenas instalado en el poder supremo, decidió someter a su autoridad la costa de la Carthaginiensis y el valle del Guadalquivir. La red de alianzas nobiliarias generadas por los lazos de parentesco que le unían a una de las familias romanas más ricas y poderosas de Hispania, junto con su abierta tolerancia hacia el catolicismo, le facilitaron enormemente la

consecución de tales objetivos. Puesto que no se registran noticias sobre enfrentamientos bélicos con los provinciales de ninguna de estas dos zonas, cabría deducir que la ocupación visigoda se efectuó de acuerdo con la aristocracia local.

En el caso de la Baetica, la presencia germánica puede detectarse desde los primeros tiempos del reinado de Teudis. De hecho, para 534, los germanos ejercían ya un control efectivo sobre la orilla hispana del estrecho de Gibraltar. Prueba de ello es que, a comienzos de aquel año, Justiniano ordenaría a Belisario que destacase en Septem un tribuno al mando de tropas, cuya tarea consistía en vigilar los movimientos de los bárbaros, de manera que quaecunque in partibus Hispaniae vel Galliae seu Francorum aguntur, viro spectabili duci (Mauritaniae) nuntiare, ut ipse tuae magnitudine (Belisario, magistro militum per Orientem) referat. Como vimos en su momento, también se instalaría en el puerto de Septem una base naval, dotada con una flota de barcos ligeros de guerra, llamados dromones; y, al mismo tiempo, se procedería a la restauración de las fortificaciones de la plaza, arruinadas por un siglo de incuria vándala, y a la construcción de una basílica dedicada a la Virgen María, protectora del Imperio romano. Demasiados gastos, para un gestor tan eficiente como Justiniano, si la autoridad de Constantinopla sobre la región del estrecho no hubiese estado amenazada por el expansionismo visigodo[65].

Existen, además, suficientes indicios como para creer que en el verano de 533 la corte de Teudis se hallaba instalada en Hispalis. Según Procopio, barcos mercantes procedentes del norte de Africa llegaban hasta la residencia estival del monarca, portando noticias sobre los últimos acontecimientos que habían tenido lugar en el reino vándalo. Al parecer, los comerciantes debían atravesar el estrecho de Gibraltar, e inmediatamente

después, internarse en la Península, a bordo de sus naves, para alcanzar la sede regia, que se encontraba alejada de la costa. De todo ello se deduce que Teudis moraba cerca de una ciudad, a la que se podía arribar desde el fretum Septemgaditanum, remontando un cauce fluvial navegable. En el siglo VI, sólo Hispalis reunía estos requisitos[66].

Una vez sometido el valle del Guadalquivir, los visigodos probablemente extendieron sus redes de dominio hacia la costa atlántica y mediterránea. El litoral levantino, accesible, tanto desde la Tarraconensis como desde la ciudad de Hispalis, debió convertirse en uno de sus objetivos prioritarios. A finales del reinado de Teudis, la autoridad germánica se hallaba firmemente asentada sobre la zona. No en vano, las actas del Concilio de Valentia de 546, presidido por Celsino, obispo de Carthago Spartaria, se fechan ya por los años del gobierno de este monarca[67].

El éxito de la expansión territorial visigoda hacia el sur de la Península Ibérica, se halla directamente relacionado con la capacidad de la monarquía germánica para lograr un acuerdo con los antiguos cuadros provinciales. El ideal de civilitas perseguido por Teodorico el Amalo, ofrecía a sus sucesores un arquetipo de entendimiento con la clase senatorial. Teudis dio un paso más allá, al potenciar la fusión de godos y romanos, en un intento de crear una nueva clase dirigente que apoyase su acción de gobierno. Sin embargo, el sistema descansaba sobre unas bases muy frágiles. La poderosa nobleza romana de la Baetica contaba con el apoyo de nutridas clientelas, dispuestas a respaldar sus pretensiones. Cualquier giro político, que condujese al poder a un monarca adverso al compromiso con las élites latinas, podía causar el desplome de todo el edificio.

4.2. Las relaciones del reino visigodo con el Imperio durante el reinado de Teudis.

A comienzos del otoño de 533, llegaron a la corte de Teudis las primeras noticias sobre el desembarco bizantino en Africa. Unos mercaderes, que había salido del puerto de Cartago el día en que el ejército imperial ocupó la ciudad, fueron los portadores de la nueva. Aquellos transmarini negotiatores *informaron en secreto al monarca de los visigodos de la victoria* bizantina de Ad Decimum y de la colaboración de los habitantes de Cartago con los invasores, a quienes habían abierto las puertas de la ciudad. Teudis no debió sentirse nada confortado con semejantes informes, pues prohibió a los mercaderes hacer público lo que sabían. Seguramente, el soberano temía la reacción de la población hispanorromana de la cuenca del Guadalquivir, sometida en fecha reciente a la dominación de los godos; ya que, como hemos visto, es muy posible que todo este episodio se desarrollase en Hispalis[68].

Algunos días después de la llegada de los mercaderes, se presentaron en la corte de Teudis dos legados de Gelimer, los nobles vándalos Gothéo y Fuscias. Estos habían salido de Cartago a finales del verano, poco antes de que Belisario avistase las playas africanas, y, por tanto, ignoraban los últimos acontecimientos que habían tenido lugar en su patria. A causa de los vientos desfavorables, que encontraron en el viaje de ida, arribaron a las costas de Hispania más tarde que los comerciantes. Además, tras cruzar el estrecho de Gibraltar, desembarcaron y, según las indicaciones de Procopio, parece que continuaron el trayecto por tierra. Esta nueva demora resultó providencial para el Teudis, ya que los enviados de Gelimer traían consigo una propuesta de alianza, que dada la incierta

situación política del reino vándalo era más prudente rechazar. El monarca de los visigodos recibió amablemente a los diplomáticos, agasajándoles con un banquete, en el transcurso del cual inquirió de ellos sobre el estado de Gelimer y sobre la situación del reino vándalo. Por sus respuestas, el rey comprendió que los diplomáticos no sabían nada sobre el desembarco de los imperiales. Puesto que Gothéo y Fuscias insistieron durante la cena en sellar un acuerdo, Teudis, que no deseaba revelarles nada, ni comprometerse en un peligroso pacto que le pudiera crear problemas con los bizantinos, les recomendó regresar a la costa, donde obtendrían nuevas sobre sucesos imprevistos acaecidos en Africa. En un principio, los embajadores creyeron que la enigmática respuesta del soberano era efecto de los vapores del vino; pero cuando a la mañana siguiente volvieron a presentar su demanda, esta vez de manera oficial, y Teudis les respondió con idénticas palabras, comenzaron a sospechar que algo muy grave había ocurrido en Africa, por lo que decidieron retornar a Cartago. Sólo al poner pie en tierra percibieron que la ciudad estaba en posesión de los imperiales. Arrestados por los soldados bizantinos, fueron conducidos ante Belisario, a quien refirieron la historia de su misión[69].

Pese a la negativa de Teudis a concluir un tratado con los vándalos, Gelimer conservó siempre la esperanza de ser bien acogido en Hispania, si las fuerzas imperiales llegaban a ganar la guerra. No en vano, después de haber sido derrotado en Ad Decimum, mandó trasladar el tesoro real a Hippo Regius y dio ordenes expresas de cargarlo a bordo de un navío, en cuanto la gravedad de la situación lo requiriese. Aunque se cumplieron sus disposiciones, el barco nunca salió del puerto. En diciembre de 533, derrotados los vándalos en la batalla de Tricamarum, las tropas imperiales ocuparon la ciudad. Bonifacio, encargado de la custodia del tesoro, intentó hacerse a la mar; pero los marineros

se negaron a zarpar, aterrados como estaban a causa de la galerna que azotaba las costas de Africa. De este modo, Belisario se apoderó del tesoro real de los Asdingos[70].

Los esfuerzos de Teudis por ocultar los sucesos acaecidos en Cartago estaban condenados al fracaso. A comienzos de 534, se produjo la caída de los reductos más occidentales del reino vándalo en manos de las fuerzas imperiales. El hypaspistes Juan, enviado por Belisario al mando de un regimiento, tomó posesión de Septem, mientras Apolinar, el antiguo partidario de Hilderico enrolado como oficial en las filas del ejército bizantino, ocupaba las islas Baleares[71]. Estos hechos difícilmente pudieron pasar desapercibidos en los puertos del litoral mediterráneo de Hispania. Antes bien, a tenor de la inmediata reacción del poder gótico en la Península, cabe suponer que tuvieron una honda repercusión política.

Con la ocupación de Septem y de las Baleares, el Imperio había recobrado el control del mar Baleárico y del estrecho de Gibraltar, procurándose, al mismo tiempo, una excelente plataforma para cualquier expedición contra las costas de Hispania. Teudis lo comprendió perfectamente y reaccionó disponiendo que se alzasen defensas en diversos puntos del litoral mediterráneo. La fortificación de un área de la ciudad de Dianium (Denia), el enclave más próximo a las islas Baleares, y parte de la intensa actividad constructora desarrollada por el obispo Justiniano de Valentia (Valencia), parecen responder a un programa patrocinado por el gobierno visigodo, a fin de prevenir un posible desembarco de fuerzas imperiales en territorio peninsular[72]. Aunque Justiniano no había establecido en las Baleares una guarnición importante, ni una escuadra permanente, como hiciera en Septem, los efectivos acantonados en esta última plaza constituían un doble peligro militar para el reino

visigodo, ya que gracias a la flota de guerra, que estaba a su disposición, no sólo podían cruzar al otro lado del estrecho en cuanto recibiesen ordenes de hacerlo, sino que además podían trasladarse rápidamente a las islas y utilizar alguno de sus puertos como base, para lanzar un ataque sobre las playas de Levante[73].

Por otra parte, la restauración de la autoridad imperial sobre Septem y las Baleares, también tuvo repercusiones económicas en la Península Ibérica. De momento, no vamos a entrar en detalles, ya que más adelante analizaremos el tema por extenso. Sin embargo, creemos oportuno anticipar que el dominio político sobre ambos enclaves permitió al Imperio asegurarse el control del tránsito mercantil a través del estrecho y de las rutas que unían la costa mediterránea de Hispania con Africa, Italia, Sicilia y el sur de las Galias[74].

La nueva situación generada en Occidente por la caída del reino vándalo y la presencia de fuerzas imperiales en las proximidades de la Península Ibérica obligó a Teudis a adoptar una política defensiva, que, sin duda, se vio reforzada cuando los bizantinos emprendieron la reconquista de Sicilia, Italia y Dalmatia. No obstante, incluso entonces, el monarca visigodo se mostró bastante cauto y evitó tomar parte en la primera fase del conflicto; de lo que se deduce que, aún sintiéndose amenazado, no deseaba provocar una ruptura, de imprevisibles consecuencias, con el gobierno de Constantinopla. La razón que, finalmente, le conduciría a adoptar una postura abiertamente antibizantina, hay que buscarla en los acontecimientos que se produjeron en Italia, después de que, en el verano de 540, Belisario abandonase Ravenna, para regresar a Oriente. Aprovechando la ausencia del general, una facción del derrotado ejército ostrogodo proclamaría rey a Ildibaldo, comandante de la guarnición de Verona. El

personaje en cuestión era sobrino de Teudis, y, según Procopio este hecho pesó bastante en el ánimo de los soldados a la hora de decidirse por su candidatura, ya que esperaban obtener el auxilio del rey de los visigodos frente a los bizantinos[75]. Las redes de solidaridad creadas por los lazos de parentesco entre los monarcas germanos, parecen haber funcionado también en este caso. A partir de 540, Teudis mostrará una actitud agresiva frente al poder imperial y favorable a la causa ostrogoda, que, probablemente, tenga su origen en la firma de un pacto con Ildibaldo[76].

Con todo, los ostrogodos quedaron defraudados en sus esperanzas. En la primavera de 541, los monarcas merovingios Childeberto I (511-558) y Clotario I (511-561) invadieron la Tarraconensis, impidiendo a Teudis desprenderse de fuerzas para enviarlas en auxilio de su sobrino. Las tropas francas penetraron en Hispania siguiendo la calzada que unía Burdigala con Asturica Augusta. Al llegar a Pampilona tomaron el ramal que conducía a Caesaraugusta, saqueando a su paso toda la comarca. Cuando, al fin alcanzaron esta última ciudad, decidieron tomarla por asedio y durante 49 días la pusieron cerco. Según Gregorio de Tours, los francos levantaron el sitio a causa del temor que les infundió una procesión organizada por el clero de Caesaraugusta, en la que fue exhibida la túnica del mártir Vicente, a lo largo de los muros que circundaban la plaza. Isidoro, omite toda referencia a sucesos milagrosos, y recuerda que los francos se vieron forzados a replegarse hacia el norte, al enterarse de la inminente llegada de refuerzos al mando del dux de origen ostrogodo Teudisclo. Este les cerró la salida de Hispania por los Pirineos. Si la noticia que ofrece Venancio Fortunato sobre un enfrentamiento entre francos y vascones se corresponde a esta expedición, como opinan A. Barbero y M. Vigil, los francos podrían haber intentado forzar los pasos navarros sin éxito. Ante

la difícil situación en que se encontraban, Childeberto y Clotario decidieron ofrecer una fuerte suma de dinero a Teudisclo, a cambio de que les permitiese franquear la barrera montañosa. El general del ejército visigodo accedió, concediéndoles 24 horas para retirarse. Los monarcas y sus séquitos lograron abandonar la Tarraconensis en el plazo de tiempo convenido. No así el resto de las tropas, que fueron masacradas por los hombres de Teudisclo[77].

Es muy probable que la oportuna intervención de los francos en la Península Ibérica, impidiendo a Teudis despachar tropas en socorro de Ildibaldo, haya sido directamente promovida por el gobierno de Constantinopla. Ante la coalición de fuerzas góticas que amenazaba la estabilidad del poder imperial en Italia, Justiniano debió hacer un llamamiento a los reyes merovingios, para que invadiesen el reino visigodo. Como hemos tenido oportunidad de comprobar, los francos resultaban aliados poco fiables, pero siempre que hubiese posibilidad de conseguir un buen botín, estaban dispuestos a complacer al emperador[78].

Al desastre de la expedición franca, que hundió en la depresión económica a un amplio sector de la Tarraconensis, vino a sumarse, poco tiempo después, el azote de la peste. La epidemia, que se extendió por toda la Península, hizo inviable cualquier proyecto de ayuda a los ostrogodos[79]. Sin embargo, Teudis se mantuvo firme en su política antibizantina. El 24 de noviembre de 546, promulgaba en Toledo una ley sobre costas procesales, que rubricó con el apelativo de Flavius Theudis. Es esta la primera vez, en que un monarca del reino visigodo aparece portando en un documento oficial el nomen que usaron los emperadores romanos de los siglos IV al VII. Ciertamente, el rey ostrogodo Teodorico el Amalo ya lo había empleado. En su caso estaba legitimado para hacerlo, ya que, hacia 476-478, había sido

adoptado como hijo de armas por Zenón[80]. En cambio, Teudis carecía de derechos, que le permitieran arrogarse el nombre de Flavius. Al hacerlo, seguramente, pretendía establecer un vínculo con la monarquía ostrogoda, y con el proyecto político de pacífica convivencia entre bárbaros y romanos, que había promovido Teodorico. De todos modos, no parece ser el único motivo que explique el hecho. Como señala L. A. Garcia Moreno, la adopción de la titulación propia de los soberanos bizantinos sentaba las bases del proceso de "imperialización" de la realeza visigoda, que culminaría bajo el reinado de Leovigildo, permitiendo a los monarcas germanos presentarse ante sus súbditos latinos como legítima autoridad, en lugar del emperador de Constantinopla[81]. Si insertamos la acción de Teudis en tales coordenadas, no nos queda más remedio que admitir su ánimo de marcar la independencia del reino visigodo respecto a Bizancio, en un momento, en que el Imperio parecía dispuesto a restablecer su poder sobre todo Occidente.

Poco tiempo después, Teudis efectuó un notable esfuerzo por hacerse con el control de ambas orillas del estrecho, enviando a la zona un ejército, al que encomendó la misión de capturar la estratégica fortaleza bizantina de Septem. Según Isidoro, que es el único autor que refiere el suceso, los visigodos tenían derecho a reclamar la plaza, ya que habían estado en posesión de ella antes de que las fuerzas imperiales la ocupasen. Este testimonio entra en contradicción con las noticias que nos ofrece Procopio, quien asegura que, en 533, Septem formaba parte del reino vándalo, del mismo modo que Caesarea de Mauritania y las islas Baleares. A priori la autoridad de Procopio, contemporáneo de los hechos que relata, parece muy superior a la de Isidoro, quien escribe un siglo después de que tuvieran lugar los acontecimientos. Ahora bien, C. Rodríguez Alonso, retomando una vieja hipótesis de Th.

Mommsen, opina que el obispo hispalense utilizó en la elaboración de sus Historiae material procedente de la desaparecida Chronica del obispo Máximo de Caesaraugusta, obra compuesta a fines del siglo VI o comienzos del VII. Aunque C. Rodríguez Alonso reconoce que, para el reinado de Teudis, sólo puede probarse que Isidoro empleó la Chronica de Máximo en el episodio que narra la expedición franca a la Tarraconensis, la historiadora M. Vallejo Girvés considera probable que el relato de la campaña de Teudis contra Septem también fuese tomado de la mencionada Chronica, y, por consiguiente, acepta como digna de crédito la referencia de Isidoro a la ocupación visigoda de esta plaza con anterioridad a la llegada de los bizantinos[82].

Por nuestra parte preferimos adherirnos al parecer de A. Barbero, quien estima que Isidoro podría estar proporcionándonos una información falsa. Como destaca en uno de sus trabajos, "no es el único error que posiblemente cometió Isidoro al hablar del reinado de Teudis; en Historiae, 41, atribuye a la época de Teudis la celebración de un concilio de Toledo que en realidad tuvo lugar durante el reinado de Amalarico"[83]. Como ha apuntado P. Goubert, la equivocación de Isidoro procedería de un recuerdo histórico: durante el Bajo Imperio, la Tingitana había formado parte de la diocesis Hispaniarum[84]. Pero, sobre todo, no hay que olvidar que Isidoro compuso sus Historiae entre 620 y 625, en el período en que se produjo la expulsión de los bizantinos del territorio peninsular; por tanto, en un momento de exaltación ideológica de la unidad católica y del poder visigodo, cuyo ámbito de dominio quería identificarse con la totalidad de la antigua Hispania romana[85]. No es extraño que, en plena expansión territorial del reino de Toledo a costa de las posesiones imperiales, un autor adverso a los bizantinos, como era Isidoro, haya efectuado una lectura sesgada de sus fuentes o que incluso las haya distorsionado

intencionadamente, con el propósito de justificar viejos derechos de la monarquía visigoda sobre Septem. Este último aspecto es el que, principalmente, nos induce a desechar la noticia sobre una presunta ocupación visigoda de la plaza previa a la conquista bizantina.

Un segundo problema a dilucidar con respecto a la expedición enviada por Teudis contra Septem tiene que ver con la fecha concreta en que se produjo. El terminus post quem no presenta problema alguno, ya que, según Isidoro, la campaña tuvo lugar después de la victoria sobre los francos en la Tarraconensis, suceso que puede datarse con cronologia absoluta en 541. Mayores dudas ofrece el terminus ante quem, que sólo podemos fijar con un mínimo de fiabilidad en 548, año de la muerte de Teudis. Parece probable que el monarca godo aprovechase las catástrofes que se abatieron sobre el Africa bizantina a partir de 543, para llevar adelante su proyecto. Las numerosas bajas causadas por la peste en las filas del ejército imperial, la rebelión de las tribus mauras de los Levathae y los Frexas, la muerte de Salomón en la batalla de Cillium y las ulteriores disensiones en el seno de la cúpula militar bizantina, colocaron al poder romano sobre el norte de Africa en una situación de debilidad que favorecía la intervención visigoda. L. A. García Moreno sugiere que esta última pudo haber sido el resultado de un acuerdo entre Teudis y Guntarico, el dux Numidiae, que en 545 se rebeló contra el gobierno de Constantinopla. Sin embargo, no concreta la fecha en que pudo haberse producido la agresión[86]. Por nuestra parte, preferimos adherirnos a la hipótesis de E. Stein, quien sitúa el ataque visigodo en 547, en un momento en que el magister militum Juan Troglita, recién llegado a Africa, sufría escasez de efectivos militares[87]. Esta última fecha cuadra, perfectamente, con los datos que nos proporcionan Isidoro y el cronista musulmán al-Razi, quienes vinculan la muerte de

Teudis a la derrota de sus tropas en la región del estrecho[88].

Desde luego, no cabe duda de que, cuando en 547 el rey de los visigodos se aventuró a enfrentarse a los imperiales en su propio terreno, la situación africana le era claramente favorable. A comienzos de aquel verano, las tribus mauras de la Tripolitania se habían vuelto a rebelar contra la autoridad del Imperio y, además, parte de las tropas bizantinas habían sido transferidas a Italia, para participar en la lucha contra los ostrogodos[89]. En tales circunstancias, lo más seguro es que Teudis contase con que Juan Troglita no podría desprenderse de tropas, a fin de enviar refuerzos a Septem. Por otra parte, la expedición visigoda, coincide cronológicamente con las operaciones de Totila en la Italia meridional; lo que ha llevado a pensar a algunos historiadores, como F. Fita y R. D'Abadal, que nos hallamos ante una acción combinada de ostrogodos y visigodos contra el poder imperial[90]. Algo nada extraño, teniendo en cuenta que Totila era sobrino-nieto de Teudis, y que éste ya se había mostrado dispuesto a apoyar a sus parientes de Italia[91].

Las fuerzas con que contaba Septem para afrontar la agresión de los visigodos no eran demasiado numerosas, pero sí las suficientes como para sostener un sitio y rechazar al enemigo. Como vimos en su momento, la defensa de la plaza de se hallaba a cargo de un tribunus, colocado a las ordenes del dux Mauritaniae Primae. N. Duval considera que este tribunus debió estar al mando de un solo regimiento de tropas regulares (numerus). Por el contrario, D. Pringle, atendiendo a la organización militar de Egipto, donde está documentada la existencia de varios numeri bajo la autoridad de un solo tribunus, opina que Septem pudo estar protegida por más de una unidad. Según G. Ravegnani cada numerus estaba compuesto, teóricamente, por 500 soldados; perc en la práctica, esta

cantidad podía ser menor, siendo frecuente encontrar regimientos integrados por 400, 300, 200 o tan sólo 100 hombres[92]. El tribunus también ejercía el mando sobre la flotilla de dromones, que vigilaba el tránsito por el estrecho. El dromon era una embarcación muy manejable y ligera, de escaso calado y con una fila de remos en cada borda. Se trataba de un barco de guerra, cuya rapidez y fácil maniobrabilidad le hacía especialmente indicado para el combate en el mar. Bajo el nombre genérico de dromon pueden catalogarse tres tipos de nave: el ousiakos, con una tripulación de 100 hombres capaces de remar y luchar, el pampphylos con 120, y el dromon, propiamente dicho, con 200 o 300[93]. Ignoramos el número de embarcaciones que componían la escuadra, pero dado que Justiniano emplea el plural al referirse a ellas, es seguro que estaba compuesta por dos barcos, como mínimo[94].

Los detalles de la expedición visigoda contra Septem nos han llegado de la mano de Isidoro. De acuerdo con el obispo hispalense, en lo encarnizado de la contienda, los godos suspendieron el asalto de la plaza, al llegar el domingo, para no profanar el día sagrado con derramamiento de sangre. Los bizantinos aprovecharon esta ocasión para lanzar un ataque sorpresa por tierra y por mar, cercando al ejército asaltante, que fue masacrado. Es posible que Isidoro, dominado por sus prejuicios antibizantinos, haya elaborado todo el episodio, con el propósito de desprestigiar la victoria bizantina y ensalzar la piedad de los godos[95].

Poco después de la derrota visigoda, Teudis fue asesinado en su palacio por un individuo que se fingía loco, con el propósito de poder aproximarse al soberano. Herido de gravedad, Teudis hizo jurar a sus fieles (homines suos) que nadie daría muerte al magnicida, "diciendo que había recibido la suerte

que correspondía a su merecido, ya que también él, siendo un particular, había asesinado a su general (ducem suum) mediante engaño"[96]. M. Torres apunta, a nuestro juicio con gran acierto, que el asesinato de Teudis pudo estar instigado por la facción contraria al soberano[97]. Sin embargo, como señala J. Orlandis, "la plataforma social que sostenía el poder de Teudis fue entonces todavía lo bastante fuerte para imponer como sucesor a otro magnate ostrogodo, que pertenecía, probablemente, al círculo de sus íntimos, Teudisclo"[98].

4.3. Conflictos sucesorios y crisis de dominación sobre la Baetica.

A pesar de la proximidad de los bizantinos y aún después del fracaso de la expedición contra Septem y el asesinato de Teudis, los godos retuvieron el control político de la cuenca del Guadalquivir y de la orilla hispana del estrecho. Lo lograron merced al mantenimiento del acuerdo alcanzado por el difunto monarca con los grupos dominantes en la Baetica, a saber, los epígonos de la aristocracia senatorial romana y el episcopado católico[99].

El nuevo soberano, Teudisclo (548-549), había sido uno de los más destacados miembros de la cúpula militar goda durante el reinado de Teudis. Como se recordará, en 541, este brillante general de origen ostrogodo había derrotado a los francos que invadieron la Tarraconensis. Lo más seguro es que fuese proclamado rey en Hispalis, ciudad a la que le vinculan la mayor parte de las fuentes. En continuidad con la política desarrollada por su predecesor, intentó consolidar la autoridad de la monarquía gótica sobre la cuenca del Guadalquivir, apoyándose en los generales y altos funcionarios ostrogodos, en la oligarquía visigoda emparentada con éstos, y en la aristocracia senatorial

hispanorromana, grupos todos ellos que habían colaborado con Teudis y favorecido su propio ascenso al trono[100].

Poco es lo que sabemos acerca de los apenas 18 meses que duró el breve reinado de Teudisclo. Gregorio de Tours le atribuye una posición escéptica frente al catolicismo, que, sin embargo, no parece haber tenido repercusiones en materia de política religiosa[101]. Ninguna de nuestras fuentes señala que Teudisclo adoptase siquiera una sola medida adversa a la fe de los hispanorromanos. Cosa que, por otro lado, habría resultado absurda, teniendo en cuenta que la aristocracia senatorial era uno de los principales pilares en los que descansaba su poder. La única noticia cierta que poseemos sobre su persona es que murió en Hispalis, en la segunda quincena de diciembre de 549, asesinado coniuratorum manu, cuando se hallaba en estado de embriaguez en el transcurso de una cena. El turonense nos ha legado una detallada descripción del suceso. Al parecer, cuando el rey se hallaba más alegre, los cirios que alumbraban el triclinium se apagaron súbitamente, y el grupo de conjurados aprovechó la oscuridad en que había quedado sumida la sala, para atravesar con sus espadas al soberano, que permanecía reclinado en el lecho. Según Isidoro, la animosidad que le profesaban los potentes implicados en el complot, se debía a que Teudisclo había mancillado a las esposas de éstos en prostitutione publica[102].

La historiografía tardoantigua, en consonancia con la tradición clásica y con el propósito de justificar la deposición o asesinato de un gobernante, suele atribuir, tanto a usurpadores como a monarcas legítimos despojados de sus derechos, toda suerte de actos de promiscuidad sexual, cargando especialmente las tintas en aquellos que humillaban a los miembros de las clases privilegiadas, al rebajar la dignidad social de sus esposas e hijas al nivel de esclavas y prostitutas[103]. Los autores

cristianos de los siglo IV al VII no se apartaron de esta línea, aunque, por lo común, dirigieron sus invectivas contra los soberanos que se habían destacado en la persecución del cristianismo[104].

Sin embargo, y aún teniendo en cuenta que muchas de las acusaciones que se vierten contra determinados emperadores, reyes, generales y gobernadores no son más que tópicos literarios, no se puede obviar la existencia de un fondo histórico en algunos de los relatos. Un caso bien documentado y que coincide cronológicamente con el de Teudisclo, es el de Sergio, sobrino del eunuco Salomón. Como vimos en su momento, este personaje fue nombrado dux Tripolitaniae en 543, por deseo de la emperatriz Teodora. Después de la muerte de su tío en la batalla de Cillium, le sucedió como magister militum Africae. Procopio de Caesarea, adverso al círculo de favoritos de la soberana, señala que los grandes propietarios africanos estaban profundamente descontentos con la administración de Sergio, porque tenía la costumbre de apropiarse de sus mujeres y de sus bienes[105].

Si bien es cierto que, con frecuencia, los altos los funcionarios se valían del cargo público que ocupaban para enriquecerse mediante el cobro de tasas extraordinarias y sobornos, la política de confiscaciones emprendida por Sergio, parece responder al imperativo de superar la crisis, que, en aquellos momentos, afectaba al norte de Africa. Con un ejército diezmado por la peste y cercado por los mauros, la necesidad de encontrar fuentes de financiación, para sufragar los gastos de defensa, debió impulsarle a procesar a algunos poderosos provinciales, desencantados con la restauración imperial y, posiblemente, sospechosos de hallarse implicados en conspiraciones contra los representantes del gobierno de

Constantinopla. Por lo que sabemos a través de otros relatos sobre incidentes similares, es muy probable que las esposas e hijas de algunos condenados fuesen entregadas en matrimonio a oficiales del ejército imperial, forzando, de este modo, el establecimiento de alianzas entre la aristocracia provincial y la cúpula militar bizantina. Tal manera de doblegar la resistencia de las élites locales y de procurar al poder dominante una plataforma de apoyo social, no fue infrecuente durante los siglos de la antigüedad tardía[106].

Volviendo al caso de Teudisclo, es preciso señalar que este soberano, movido por su deseo de someter a los potentes de la facción visigoda que había puesto fin a la vida de Teudis, parece haber emprendido una auténtica persecución contra ellos[107]. Gregorio de Tours confirma la existencia de dos facciones germanas antagónicas en la corte de Teudisclo, al señalar que la noche en que fue asesinado el monarca, éste cenaba con algunos de sus partidarios (cum amicis suis), pero que fue asesinado por un grupo de adversarios (ab inimicis), que al parecer también estaban presentes en el banquete[108]. Lo más seguro es que las esposas de ciertos miembros del grupo de notables perseguido por el rey, hayan sido entregadas en matrimonio a los fieles del monarca, e incluso no se puede descartar que algunas de ellas llegaran a convertirse en concubinas del propio soberano. Mediante este método expeditivo, pero usual en la época, Teudisclo pretendía eliminar toda oposición a su poder, e integrar en la élite que lo sustentaba a aquellos elementos adversos al mismo.

El dramático final del monarca pone de manifiesto el fracaso de tal política. De hecho, apenas hubo desaparecido, accedería al trono un candidato de la facción nobiliaria, que tan infructuosamente había intentado subyugar. Nos estamos refiriendo

a Agila (549-555), quien, sin duda, fue proclamado rey en Hispalis por los mismos potentes que habían participado en el asesinato de Teudisclo[109]. Este grupo de aristócratas visigodos, contrarios a la hegemonía ostrogoda y a la alianza de la monarquía germana con los grandes propietarios hispanorromanos, había permanecido más de cuatro décadas alejado del poder supremo. Ahora, con Agila como rey, aspiraba a recuperar el protagonismo perdido. No obstante, los antiguos partidarios del dominio ostrogodo estaban dispuestos a luchar por conservar su posición, lo que unido al descontento de la nobleza provincial romana por el trato vejatorio que, como veremos, le infligió el nuevo príncipe, nos permite dilucidar los orígenes de un período de grave inestabilidad política y social.

Agila dio comienzo a su reinado, adoptando una postura muy distinta a la que habían mantenido los monarcas ostrogodos con respecto a sus súbditos latinos de confesión católica. Mientras que Teodorico, Amalarico, Teudis y Teudisclo se afanaron por alcanzar un entendimiento con la nobleza senatorial romana, tolerando las asambleas eclesiásticas provinciales del episcopado católico y los matrimonios mixtos, Agila la trató con tal dureza (populo gravissimo dominationis suae iugo adterriret), que las fuentes no dudan en presentárnoslo como un monarca esencialmente inicuo con su pueblo (iniquos suis)[110].

Los pocos escrúpulos que demostró al profanar el santuario cordobés del mártir Acisclo, uno de los principales centros de devoción de la Baetica, desvelan el desprecio que sentía por la religión católica (in contemptu catholicae religionis). No en vano, es muy posible que la medida que prohibía la celebración de sínodos católicos en el ámbito territorial del reino visigodo, a la que alude Recaredo (586-601) en el discurso dirigido a los obispos durante la reunión previa

a la apertura del III Concilio de Toledo en 589, hubiese sido instaurada por Agila. De hecho, mientras que para todo el período que se extiende desde el reinado de Teodorico el Amalo hasta el de Teudis poseemos una serie de actas procedentes de sínodos provinciales, este tipo de reuniones parece interrumpirse bruscamente a mediados del siglo VI, coincidiendo cronológicamente con el fin del llamado "intermedio ostrogodo"[111].

Agila, con esta actitud contraria al catolicismo, no sólo demostró su apego a la fe arriana, posiblemente la principal seña de identidad del sector nobiliario que le había encumbrado al poder, sino también el deseo de desplazar de su tradicional posición dirigente a la aristocracia hispanorromana poseedora de inmensos patrimonios fundarios, importantes rentas y una gran influencia social.

En la Baetica, donde los grandes terratenientes y el episcopado católico estaban habituados al ejercicio de un poder autónomo, que la expansión geopolítica del reino visigodo había recortado, las consecuencias no se hicieron esperar. La aristocracia romana del alto y medio valle del Guadalquivir se alzó contra el poder central, representado por la monarquía visigoda. En 550, visto el siniestro cariz que estaban tomando los acontecimientos, el propio Agila se vio forzado a ponerse al frente de sus tropas, para dirigir una expedición punitiva contra Corduba, corazón de la revuelta. Pero la batalla, que se entabló ante los muros de la ciudad, resultó adversa para las armas del monarca visigodo, que no sólo fue derrotado por los cives cordubenses, sino que, además, hubo de sufrir la perdida de un importante número de efectivos militares, entre cuyas filas se encontraba su propio hijo; por no hablar del tesoro real, que en la retirada se vio forzado a abandonar a la rapacidad de los

vencedores[112].

Resulta enormemente significativo que, durante la campaña, Agila se arriesgase a llevar consigo todo el tesoro real. Probablemente, precisaba de una parte del mismo, para efectuar los habituales donativos al ejército. Pero el hecho de que no dejase una porción depositada en Hispalis, denota cierta desconfianza hacia los sectores de la aristocracia gótica que permanecían en la ciudad. Sin duda, el soberano sospechaba que los antiguos partidarios de Teudis y Teudisclo podían aprovechar su ausencia, para apoderarse del tesoro y elegir un nuevo rey. Tras haber sido derrotado por los cordobeses, Agila decidió trasladar la corte a Emerita. En cierta medida, esta resolución vino dictada por el temor a que la revuelta de la nobleza senatorial romana se extendiese por toda la cuenca del Guadalquivir y la monarquía visigoda quedase aislada en Hispalis. No obstante, el factor que, a nuestro juicio, pesó más en el ánimo del soberano, fue el convencimiento de que la facción ostrogoda, muy poderosa aún en la metrópoli de la Baetica, podía valerse del desastre militar para apartarle del trono y colocar en él a su propio candidato[113].

Por su parte, la nobleza cordobesa demostró contar con el suficiente potencial bélico como para mantener su situación de independencia por más de dos décadas, sin necesidad de solicitar el auxilio del Imperio. Las tropas que luchaban a las ordenes de los aristócratas de la región debieron reclutarse entre los campesinos de sus latifundios, ya que, tras la captura de la ciudad por Leovigildo en 572, éste tuvo que someter las áreas rurales, donde una rusticorum multitudo resistiría atrincherada en los castella que defendían los grandes dominios de la nobleza senatorial romana. Además, Corduba no estuvo sola en la rebelión. Otras ciudades la acompañaron, o la siguieron

después de su victoria sobre el ejército de Agila. De hecho, Leovigildo habría de subyugar multas urbes, una vez tomada Corduba; lo que demuestra que ésta no operó como un foco aislado de insurgencia, sino como el epicentro de un movimiento, que acabaría por amputar a la monarquía visigoda todo vestigio de autoridad política sobre las poblaciones de la cuenca del Guadalquivir[114].

Al concluir el año 550, sólo Hispalis y sus alrededores, la calzada que unía esta ciudad con Emerita y posiblemente, las rutas que conducían al estrecho, permanecían aún bajo el dominio efectivo de los godos. Sin embargo, muy pronto Agila iba a perder el control político de esta región. En la capital de la Baetica, las poderosas familias de la aristocracia germana que habían rodeado a los últimos soberanos ostrogodos, conspiraban contra su autoridad. Al frente de ellas se hallaba el poderoso Atanagildo, quien, según el poeta galorromano Venancio Fortunato, era miembro de un linaje de la más alta nobleza gótica (nobilitas excelsa). Tal vez, ocupase el cargo de dux Baeticae. En algún momento entre el 12 de enero y el 14 de diciembre de 551, Atanagildo se alzó en armas contra Agila, asumiendo la potestad regia de manera completamente irregular. De hecho, para el gobierno de Emerita se trataba de un usurpador o tyrannus. Sólo tras la muerte de Agila su poder adquiriría auténtica legitimidad, llegando a convertirse en un monarca respetado en el contexto internacional, como lo demuestra el hecho de que sus dos hijas, Brunequilda y Gailsuinta, fueran pedidas en matrimonio por los reyes merovingios Sigeberto I (561-575) y Chilperico I (561-584)[115].

Apenas se tuvo noticia en Emerita de los sucesos acaecidos en Hispalis, Agila se dispuso a sofocar una rebelión, que le privaba de todo control sobre los últimos enclaves de

dominación gótica en la Baetica. Atanagildo, consciente de la insuficiencia de sus propias fuerzas para hacer frente al ejército que preparaba su rival, decidió solicitar la ayuda del emperador[116]. Semejante medida muestra lo desesperado de su situación, ya que Atanagildo no podía ignorar que Justiniano había empleado los conflictos internos del reino vándalo y ostrogodo como excusa para intervenir militarmente en Africa, Sicilia, Italia y Dalmatia.

R. Collins considera que, en realidad, Justiniano no respaldó al rebelde Atanagildo, sino al rey Agila, ya que el emperador siempre había intervenido para sostener a los soberanos legítimos[117]. Sin embargo, semejante hipótesis cae por su peso, en cuanto se profundiza en el análisis de las fuentes. El caso de Atanagildo no era el primero en que Justiniano apoyaba militarmente a un rebelde o a un usurpador. Como hemos visto, ya lo había hecho con anterioridad en territorio vándalo, cuando recibió petición de auxilio por parte de Pudencio y Godas. A este último le envió tropas, incluso después de saber que había asumido la potestad regia de manera completamente irregular. La principal preocupación del gobierno de Constantinopla no consistía en defender la legitimidad de los reyes germanos, sino en mantener aquellas situaciones que favorecían sus intereses restauracionistas. Por supuesto, la propaganda oficial del estado bizantino siempre se creyó en la obligación de justificar el apoyo prestado por el Imperio a los usurpadores bárbaros. De Godas llegó a afirmar que se había alzado contra el tyrannus Gelimer, llevado por su devoción hacia el legítimo monarca despuesto, Hilderico, con lo que el usurpador de Sardinia quedaba plenamente acreditado[118]. En el caso de Atanagildo debió emplearse un pretexto de carácter muy parecido. Dado que el rebelde hispalense se había puesto a la cabeza de la facción partidaria de la hegemonía ostrogoda, lo más seguro es que en su

demanda de socorro a Justiniano negase la legitimidad del poder de Agila, aduciendo que éste había accedido al trono con el apoyo de los asesinos de Teudisclo, el verdadero soberano. Semejante argumento proporcionaría al emperador una excusa formal para prestar ayuda a Atanagildo, enarbolando, una vez más, el estandarte de la legitimidad.

L. A. García Moreno y R. Browning sostienen que, a la demanda de auxilio del usurpador de Hispalis, se habría sumado la de los rebeldes de Corduba[119]. Sin embargo, como señala M. Vallejo Girvés, tal hipótesis, que carece del refrendo de las fuentes, es totalmente rebatible, desde el momento en que la derrota infligida por los cordobeses a Agila, prueba que la aristocracia romana de la Baetica no necesitaban ayuda alguna en aquellos momentos. Además, como expone esta misma autora, Justiniano debía tener poco interés en sostener la rebelión cordobesa, ya que la ciudad se hallaba situada en una zona interior de la Península, lejos de la costa y rodeada por enclaves de poder visigodo, lo que no la convertía precisamente en una base de operaciones idónea para el Imperio[120].

Otro problema a dilucidar es el que se refiere a los canales empleados por Atanagildo, para hacer llegar su petición de ayuda a Constantinopla. J. Orlandis supone que el usurpador se dirigió al tribunus instalado en Septem, por tratarse del interlocutor más próximo[121], opinión que comparte M. Vallejo Girvés[122]. En nuestro caso, creemos más probable que Atanagildo mandase sus embajadores directamente a Constantinopla. Los usos diplomáticos de la época establecían que los representantes de los pueblos extranjeros que deseaban solicitar la ayuda del emperador debían presentasen en la corte. Todos los precedentes abundan en este sentido. Apolinar, favorito de Hilderico se personó en el Sacrum Palatium, tras la deposición del monarca

vándalo. El usurpador Godas y el rebelde Pudencio enviaron legados ante el emperador, no ante las autoridades militares bizantinas más cercanas a su territorio, pese a que el primero pudiera haber recurrido a las del Illyricum y el segundo a las de la vecina Pentapolis. Tal costumbre continuaba en vigor en 582, cuando el obispo Leandro de Hispalis acudió a Constantinopla, en calidad de legado del usurpador Hermenegildo, a fin de solicitar ayuda militar para la causa de éste[123].

A pesar de que en 551 el Imperio se hallaba inmerso en la lucha contra los ostrogodos en Italia, contra los persas en Lazica, contra los eslavos en el Illyricum y contra los hunos en Macedonia y Thracia, Justiniano no quiso dejar pasar la oportunidad que se le brindaba de establecer las bases que le permitieran en un futuro inmediato anexionar al estado bizantino algunos de los territorios hispánicos próximos al Mediterráneo. Por esta razón, su respuesta a los requerimientos de Atanagildo fue rápida y afirmativa[124].

Lo más seguro es que, de inmediato, partiese hacia Hispalis un legado imperial, con ordenes de ofrecer al usurpador un tratado de colaboración militar con Bizancio. La naturaleza de este convenio se nos revela a través de un cuidadoso análisis del lenguaje y usos diplomáticos de la época. Gregorio I utiliza, para designar el tipo de acuerdo suscrito por Atanagildo, el término pactum, que, según nos indican Coripo e Isidoro, era equivalente a foedus. En los documentos redactados en griego, durante el siglo VI, dicho vocablo se traduce por la palabra symmachía, empleada en numerosas ocasiones por Procopio, para referirse a los tratados que Justiniano ratificó con distintos gobernantes bárbaros. La symmachía, al igual que el foedus, establecía una serie de contraprestaciones. El monarca que entraba en una relación de tales características con el Imperio,

estaba obligado a reconocer la supremacía de la autoridad del basileus y a cooperar militarmente en la defensa de los intereses del gobierno de Constantinopla. En caso de que fuese Bizancio quien debiese auxiliarle a él, el emperador podía reclamar condiciones suplementarias. Así, por ejemplo, en la alianza propuesta a Godas se contemplaba una custodia compartida del territorio y el envio de un general romano a Sardinia, a fin de coordinar la actuación conjunta de las tropas imperiales y las asociadas. Creemos muy probable que Justiniano estipulase idénticas cláusulas en el pacto suscrito con Atanagildo. De tal modo, se explicaría el hecho de que, tras la llegada de los efectivos prometidos, el monarca hispalense consintiera el emplazamiento de guarniciones bizantinas en ciudades de la orilla hispana del estrecho y la presencia un general romano en la región[125].

Por lo común, Justiniano no sólo correspondió a las concesiones de los príncipes bárbaros prestándoles apoyo militar cuando lo precisaban, sino también legitimando su autoridad. Es este un aspecto que suele olvidarse a la hora de examinar el caso de Atanagildo. Sin embargo, lo más seguro es que junto al compromiso de sostener su situación en Hispalis, el emperador haya accedido a confirmar sus derechos al trono de los visigodos, como legítimo sucesor de Teudisclo. El reconocimiento de Justiniano colocaría una poderosa arma política en manos de Atanagildo, ya que, a partir de este momento, podría presentarse ante la aristocracia hispanorromana como el verdadero representante del basileus de Constantinopla, y despojar de todo atisbo de legitimidad a su rival Agila, quien había ocupado el trono de manera harto irregular[126].

Acuciado por la necesidad de obtener apoyo armado y deseoso de que el emperador refrendase su potestad, Atanagildo

debió prometer al legado imperial que se plegaría a todas las condiciones que impusiese Justiniano, abriendo así las puertas al desembarco de tropas bizantinas en Hispania. Como acto seguido tendremos oportunidad de comprobar, su decisión provocaría la rápida desintegración del dominio gótico sobre los últimos enclaves que aún poseía en la Baetica.

4.4. El establecimiento de los bizantinos y la política de pactos de Justiniano I.

Según el historiador ostrogodo Jordanes, el emperador nombró al patricius Liberio comandante en jefe de la expedición enviada en socorro de Atanagildo. El anciano aristócrata contaba, a la sazón, 85 años de edad y había tenido trato con los visigodos, a lo largo del período que se extiende de 510 a 534, en que ocupó la praefectura praetorio Galliarum, restablecida por Teodorico el Amalo[127]. Aunque poseía grandes dotes como diplomático, su experiencia militar era muy escasa. Durante el año 549, Justiniano le designó, por dos veces consecutivas, jefe del ejército que iba a combatir a los ostrogodos en Italia, si bien, al final, acabaría sustituyéndole por un general más competente. En la primavera de 550, le puso al mando de la armada que debía partir hacia Sicilia, pero después de que hubo desembarcado en la isla, le ordenó volver a la capital. Fue reemplazado por Artabanes, que le alcanzó en Panormus, y pudo regresar a Constantinopla a finales de 551, momento en que, de acuerdo con Jordanes, se habría producido su designación para la comandancia de las fuerzas destinadas a Hispania[128].

La elección de Liberio no fue arbitraria. Sin duda, estuvo determinada por su familiaridad con los visigodos y por sus antiguas relaciones con la casa de los Amalos, a la que habían estado vinculados Teudis y Teudisclo, y de cuya política

se erigía en continuador Atanagildo[129]. K. F. Stroheker sostiene que, a comienzos de la primavera de 552, el patricius tomó posesión de su cargo y condujo las fuerzas imperiales desde Sicilia a la Península Ibérica. A juicio del historiador alemán, Liberio debió ser sustituido poco después del desembarco de sus hombres en Hispania, ya que en mayo de 553 se hallaba de nuevo en Constantinopla, negociando con el papa Vigilio su adhesión a la *condena de los Tres Capítulos*[130]. Aunque la mayoría de los investigadores concuerdan con la reconstrucción de los acontecimientos efectuada por Stroheker, en los últimos tiempos se ha cuestionado la efectividad del nombramiento de Liberio. Así, J. J. O'Donnell, basándose en las anteriores sustituciones del patricius y en las dificultades existentes para datar el final de la obra de Jordanes, niega que Liberio haya estado alguna vez en Hispania[131]. Por nuestra parte, aunque nos sentimos inclinados a aceptar como verídica la noticia que nos ofrece Jordanes sobre la designación oficial del patricius, creemos que existen precedentes lo suficientemente *significativos, como para dudar de que éste llegase alguna vez* a tomar posesión de su cargo. En cualquier caso, se trata de un tema abierto a debate, que sólo podrá cerrarse cuando se produzcan aportaciones definitivas en uno u otro sentido.

Un problema que, en cambio, parece solventado, es el que atañe a la fecha de partida de la expedición. Casi todos los autores coinciden en señalar que el hecho tuvo lugar durante la estación navegable de 552, posiblemente, a principios del verano[132]. Mayor disensión existe a la hora de precisar el punto de embarque de las tropas bizantinas. L. A. Garcia Moreno *considera que éstas se hicieron a la mar desde alguno de los* puertos de Sicilia. En cambio, M. Vallejo Girvés piensa que el ejército enviado en socorro de Atanagildo pudo salir de Cartago y estar compuesto por tropas que habían luchado contra los

mauros. Su teoría nos ha parecido bastante sugestiva, ya que cuenta con cierto apoyo en las fuentes. No en vano, como señala esta misma historiadora, durante el verano de 552, Africa, que se hallaba en paz, tras haber superado los últimos conflictos con los beréberes, proporcionó fuerzas para expulsar a los ostrogodos de Corsica y Sardinia, y otro tanto podría haber hecho en el caso de la intervención en Hispania[133]. De cualquier manera, los efectivos reales debieron ser bastante modestos. Posiblemente, similares en número a los que al mando de Cirilo se habían expedido en auxilio de Godas, que como se recordará no excedían los 400 hombres[134].

Si como creemos, la flota bizantina partió de Cartago, lo más seguro es que viajase costeando el litoral africano hasta Septem, donde, sin duda, tuvo noticia de que Agila había concentrado un ejército en Emerita, para descender al valle del Guadalquivir y poner término a la usurpación de Atanagildo. Inmediatamente, las fuerzas imperiales debieron cruzar el estrecho y remontar el río hasta Hispalis, llegando justo a tiempo para socorrer a los rebeldes. Gracias a los refuerzos militares bizantinos (virtute militari), Atanagildo pudo derrotar a Agila, en una batalla que, según E. A. Thompson, debió tener lugar en agosto o septiembre de 552[135].

La victoria no permitió a Atanagildo eliminar a su rival, que buscó refugio en Emerita, ni tampoco le valió para ser reconocido como soberano legítimo por todos los godos. Sin embargo, temporalmente consolidó su autoridad en Hispalis. Aprovechando la situación de debilidad en que aún se hallaba Atanagildo, el comandante de las fuerzas bizantinas, ya fuese Liberio o cualquier otro, debió exigirle la entrega de las plazas que, en virtud del acuerdo firmado con el gobierno de Constantinopla, habrían de ser defendidas por soldados romanos.

Gregorio de Tours e Isidoro nos confirman que los imperiales ocuparon parte del territorio peninsular, instalando guarniciones en varias localidades, lo que seguramente incluía los puertos béticos de la región del estrecho y la ciudad de Malaca[136].

Durante los siguientes tres años, las relaciones entre Atanagildo y el Imperio se fueron deteriorando de manera progresiva. Muy pronto, el monarca hispalense debió percatarse de que no podía contar con la ayuda de los bizantinos para acabar con Agila. Y no sólo porque las fuerzas imperiales fuesen insuficientes para llevar la guerra a las puertas de Emerita, sino, especialmente, porque el gobierno de Constantinopla no estaba interesados en que ninguno de los dos rivales alcanzase una victoria definitiva. Antes bien, prefería que agotasen sus fuerzas en una lucha estéril, en espera del momento propicio para intervenir en gran escala y restablecer la autoridad imperial sobre todo el sur de la Península Ibérica[137].

En la primavera de 555, la presencia bizantina en Hispania se hizo más amenazadora que nunca para los visigodos. Concluidas la guerra contra Totila en Italia y derrotados los mauros en Africa, Justiniano estaba en condiciones de reforzar la posición del Imperio en la Península, con el envio de nuevos efectivos militares. Según E. A. Thompson, éstos debieron desembarcar en el puerto de Carthago Spartaria hacia el mes de marzo, procediendo, inmediatamente, a la ocupación de la franja litoral que se extiende desde la desembocadura del Segura hasta Malaca[138]. Para M. Vallejo Girves la elección de Carthago Spartaria no se hizo al azar, sino teniendo en cuenta su privilegiada posición estratégica. La ciudad contaba con un buen puerto y estaba bien comunicada con el resto de Hispania, a través de la red viaria romana. Además, su proximidad a enclaves de poder bizantino, como el norte de Africa y, especialmente, las

islas Baleares, donde el nuevo contingente militar debió recalar antes de aproximarse a la Península, la convertían en el punto idóneo para efectuar el desembarco[139].

A pesar de todo, la ocupación de Carthago Spartaria por las tropas de Justiniano no fue pacífica. A diferencia de lo ocurrido en el reino vándalo, donde el episcopado católico y la nobleza afrolatina recibieron a las fuerzas imperiales como a un auténtico ejército de liberación, gran parte de la aristocracia romana de la Carthaginiensis era partidaria del dominio germánico, y, en consecuencia, apoyó la resistencia de las guarniciones góticas al desembarco imperial. Cuando éstas fueron desalojadas de sus posiciones, por la superioridad de las fuerzas bizantinas, algunas de las más destacadas familias de la nobleza local se vieron obligadas a partir hacia el exilio, a fin de evitar las represalias de los vencedores.

Entre ellas se encontraba la de los futuros obispos de Hispalis Leandro e Isidoro. Probablemente, su padre Severiano fue uno de los principales líderes de partido progermánico en Carthago Spartaria, además de un incondicional de Atanagildo. De ahí, que, al producirse la retirada de las tropas visigodas, se apresurase a abandonar la ciudad en compañía de los suyos, a fin de buscar refugio en Hispalis. La actuación de Severiano contra los bizantinos resultó lo bastante llamativa, como para que, incluso años después, Leandro temiese por la seguridad de su hermano menor Fulgencio, a quien había enviado a Carthago Spartaria, con el propósito de solventar ciertos asuntos vinculados a los intereses que la familia conservaba en la ciudad. Por la misma época, aconsejaría a su hermana Florentina que abandonase todo proyecto de realizar un viaje a los dominios imperiales, exhortándole a seguir el ejemplo de su madre, quien, nunca había vuelto por allí[140].

Los acontecimientos que se desarrollaron en el reino visigodo, a comienzos de la primavera de 555, estuvieron determinados por el avance de las tropas de Justiniano. En marzo de aquel año, los partidarios de Agila, faltando a su juramento de fidelidad, se volvieron contra él y le dieron muerte en Emerita, para, a continuación, reconocer a Atanagildo como su legítimo soberano (Athanagildi se regimini tradiderunt). De este modo, los asesinos del monarca emeritense pretendían acabar con el conflicto que excindía a los godos, a fin de oponer un frente común a las tropas bizantinas y evitar que Hispania fuese anexionada al Imperio, como lo habían sido Africa e Italia. Por su parte, Atanagildo, en cuanto tuvo noticia de que los antiguos partidarios de su rival estaban dispuestos a acatar su soberanía, decidió trasladarse a Emerita y abandonar Hispalis, emplazamiento demasiado peligroso, a causa de la proximidad de las fuerzas imperiales y de la presión de los rebeldes de Corduba. Sin embargo, ni siquiera la capital de la Lusitania le parecía ya un lugar seguro, por lo que, finalmente, resolvió trasferir su corte a Toledo, ciudad en la que se instalará de manera definitiva la sede de la monarquía visigoda[141].

Mientras Atanagildo se dedicaba a la tarea de consolidar su poder sobre la totalidad del reino, las tropas de Justiniano continuaron avanzando por territorio peninsular. Desafortunadamente, no existe consenso entre los historiadores a la hora de establecer los límites concretos del dominio bizantino en Hispania. P. Goubert, principal defensor de la hipótesis de la penetración en profundidad, considera que la reconquista imperial se extendió hasta el valle del Guadalquivir, por el interior, y hasta el Algarve, por la costa occidental atlántica, e incluye en su lista de ciudades hispanobizantinas: Corduba, Carthago Spartaria, Acci (Guadix), Asidona (Medina Sidonia), Astigi (Ecija), Basti (Baza), Carteia, Dianium (Denia),

Egabrum (Cabra), Illiberris (Elvira, Granada), Ilici (Elche), Ilipa (Niebla), Malaca (Málaga), Mentesa (La Guardia) y Ossonoba y Saguntia (Gisgonza)[142]. Máximo representante de la opinión contraria es E. A. Thompson, quien sostiene que no existe razón valida para suponer que los bizantinos ocupasen algo más que una estrecha franja costera, cuyos principales centros urbanos radicarían en los puertos mediterráneos de Carthago Spartaria y Malaca[143].

La única manera de delimitar el dominio imperial en la Península Ibérica consiste en establecer qué núcleos urbanos estuvieron sometidos a la autoridad del emperador, más allá de toda duda razonable. Desde luego, fueron muchos menos de los que P. Goubert había imaginado. Como a continuación veremos, se reducen a Carthago Spartaria, Malaca, Bigastrum, Basti, Asidona, Sagontia, Carteia, Abdera (Adra), Urci (Almería); Ilici, Dianium.

La soberanía bizantina sobre Carthago Spartaria y Malaca no ofrece duda alguna. En el caso de la primera, contamos con el testimonio del epígrafe que conmemora la construcción de una de las puertas de la ciudad en 589-590, bajo el magister militum Comenciolo; y, además, estamos al tanto de las dificultades del obispo de la ciudad, Liciniano, con las autoridades imperiales[144]. Para Malaca nuestras fuentes de información también resultan reveladoras. Disponemos de las epístolas dirigidas por el papa Gregorio I al defensor Juan, quien en el verano de 603 partió hacia los dominios imperiales en Hispania, con ordenes de solventar los problemas generados por la deposición del obispo malacitano Januario, y de otro de sus colegas, Esteban, de sede desconocida, decretada por una asamblea de obispos provinciales, presionada, a lo que parece, por el gobernador imperial[145].

Las excavaciones arqueológicas realizadas en las inmediaciones de Cehegín, han permitido localizar recientemente la ciudad de Bigastrum, cuyos obispos aparecen suscribiendo las actas de todos los concilios toledanos desde el IV al XV[146]. El hallazgo de fortificaciones correspondientes a la segunda mitad del siglo VI, permite sostener la hipótesis de que se tratase de una de las civitates fortificadas, que formaban parte del sistema defensivo bizantino. Su promoción a sede episcopal debió producirse después de la destrucción de Carthago Spartaria a manos de los visigodos, ya que con anterioridad al año 633 no consta que gozase de tal dignidad[147].

Por lo que respecta a Basti, Asidona y Sagontia, disponemos del testimonio de Juan de Bíclaro e Isidoro, que constatan el hecho de que fueron arrebatadas a los milites romani por tropas visigodas en distintos momentos que pueden fecharse entre 570 y 610[148]. La mención de estas ciudades de frontera nos permite definir, en parte, los límites del territorio imperial por el oeste. Sagontia y Asidona se hallaban situadas sobre la calzada romana descrita por el Geógrafo de Ravenna, la cual unía Hispalis con Asidona, prolongándose seguramente o hacia Gades (Cádiz), o hacia el sur, para confluir en Mergablum o Baesippo con la via Hercaclea, que recorría la costa. Sobre esta calzada que iba de Hispalis a Gades se dispuso la línea fronteriza más occidental del dominio bizantino en la Península Ibérica[149].

Por otra parte, la mención de Basti como ciudad de frontera bajo control bizantino, nos induce a pensar que otra línea defensiva pudo extenderse sobre la calzada que unía Carthago Spartaria con Acci descrita en el Itinerarium Antonini, aunque no hay prueba alguna de que Acci haya formado parte del territorio imperial[150]. Un obispo de esta ciudad, Liliolo, suscribió las actas del III Concilio de Toledo en 589[151]. Con

todo, P. Goubert no descarta la posibilidad de que Acci hubiese formado parte de los dominios bizantinos hasta 570[152]. Por nuestra parte, consideramos que de ser así, el Biclarense hubiese mencionado la ciudad al referirse a la campaña de Leovigildo en 570, del mismo modo que lo hace respecto a Basti.

Mayores probabilidades de haber pertenecido al territorio imperial presenta el tramo de la via Heraclea que unía Carthago Spartaria con Malaca, así como su prolongación entre esta última ciudad y las proximidades de Gades. Tres enclaves de la zona, Carteia, Abdera y Urci, nos proporcionan algunos datos en tal sentido, aunque es preciso reconocer que, en casi todos los casos, son más bien parcos y poco concluyentes.

Sobre Carteia, no sólo su situación tras la línea defensiva bizantina de Sagontia-Asidona, sino también la constatada presencia de una colonia de comerciantes orientales, testimonio de la cual son el hallazgo de una exagia bizantina y la lápida sepulcral de un tal Nikólaos Mákrios, avalan su pertenencia al territorio imperial[153].

Abdera presenta ya una problemática más compleja, que ha sido puesta de relieve por E. A. Thompson. Como bien hace notar este historiador, J. D. Mansi, en su edición de las actas del I Concilio de Hispalis, incluye entre los suscriptores al obispo de Abdera, lo que de confirmarse supondría que, para 590, esta ciudad se hallaba dominada por los godos, y en consecuencia, el territorio imperial había quedado dividido en dos zonas, una en torno a Malaca y otra en torno a Cartago Spartaria. Sin embargo, no poseemos ningún dato que permita avalar la existencia de una sede episcopal en Abdera durante la época visigoda[154]. La falta de un estudio crítico comparado de los distintos manuscritos, que esperamos solvente la nueva edición de la

Hispana, dificulta la posibilidad de emitir un juicio histórico certero. Aunque, en vista de las lecturas divergentes que se nos ofrecen, y dada la ausencia de tradición episcopal en Abdera, lo más seguro es que este enclave no haya pasado a formar parte del reino de Toledo antes de la intervención de Sisebuto (612-621) en la zona.

Por lo que respecta a Urci, aunque sabemos que a comienzos del siglo IV existía una sede episcopal en la ciudad; lo cierto es que sus prelados no vuelven a aparecer suscribiendo unas actas conciliares hasta el IV Concilio de Toledo en el año 633, lo que podría ser un síntoma de su permanencia en poder bizantino, durante todo el período de la dominación bizantina[155].

Si, ya de por sí, es tarea complicada establecer los límites occidentales de las conquistas justinianeas en Hispania, mucho más difícil resulta determinar los orientales. P. Goubert supone que tanto Ilici como Dianum estuvieron integradas en la provincia imperial hasta la desaparición de la misma, ya que ni en el tercer ni en el IV Concilio de Toledo se hace mención a sus respectivos obispos. Pero como indicábamos más arriba, tal testimonio es bastante pobre y precisa de otras pruebas que lo ratifiquen[156].

En primer lugar, habría que tener en cuenta la existencia más que probable de una colonia de comerciantes griegos y sirios en Ilici, lo que parece confirmado por el hallazgo de objetos de importación oriental del siglo V en la zona. Sin embargo, esto tampoco constituye una prueba decisiva a favor de su incorporación al territorio hispanobizantino, ya que la colonia existió antes del desembarco imperial y, además, hubo muchas otras ciudades que contaron con comunidades de

mercaderes orientales, pese a hallarse bajo el control de los godos[157].

Mayor importancia reviste la noticia que nos ofrece Gregorio de Tours sobre el saqueo del monasterio de San Martín, situado entre Sagunto y Carthago Spartaria, por tropas del rey Leovigildo, hacia el año 583. La única razón que podía motivar al monarca visigodo a enviar tropas a esta zona, es que la misma no se hallase bajo su control, o lo que es más, que aquella región supusiese un peligro a conjurar, para lograr el triunfo en la guerra que mantenía, en aquellos momentos, contra los partidarios de su hijo Hermenegildo. Y el único peligro que podía provenir de aquella región, era evidentemente el bizantino. Como más adelante tendremos ocasión de ver con mayor amplitud, el ataque gótico a la zona oriental del dominio hispanobizantino bien podía responder a un intento de neutralizar por las armas cualquier intervención militar de los imperiales en las operaciones bélicas que se estaban desarrollando en torno a Hispalis. Probablemente el intento falló, y de ahí que Leovigildo se viese obligado a comprar la neutralidad de los bizantinos al precio de 30.000 sueldos. En cualquier caso, Ilici y Dianum, ambas próximas al cabo Martín, donde debió alzarse el célebre monasterio, sufrieron en sus campos las depredaciones de los hostes barbari[158].

Otro testimonio, que, de manera indirecta, contribuye a determinar los límites del dominio imperial sobre la región murciano-alicantina, nos lo proporciona la Continuatio Hispana. Según el anónimo autor mozárabe de ésta obra, a fines del siglo VII, posiblemente tras la caída de Cartago en poder de los musulmanes, se produjo un ataque bizantino contra las costas del levante hispano, que fueron defendidas por un prócer visigodo llamado Teodomiro[159]. Esta agresión bien pudo estar dictada por

el deseo de las autoridades bizantinas de recuperar antiguas posiciones estratégicas en la Península Ibérica, a fin de perpetuar el dominio imperial sobre mar Baléarico, comprometido por el retroceso territorial experimentado en el norte de Africa. El sobredicho Teodomiro viene siendo identificado con el magnate visigodo que en 713 firmó un pacto con el caudillo musulmán Abd-al-Aziz. Según una de las versiones que se conservan de este acuerdo, la que nos ofrece el escritor almeriense del siglo XII Al-Dabbi, el poder de Teodomiro se extendía sobre 7 ciudades: Awrywala, Lagant, Lurqa, B.l.n.tala, Mula, Ayyh y B.q.sra[160], para las que se han venido planteando identificarlas con los siguientes enclaves visigodos: Aurariola (Orihuela); Lucentum (Alicante); Eliocrora (Lorca); Valentila; Mula; Elotana (Hellín o Elda); Bigastrum (Cehegín)[161]. Las mencionadas ciudades, junto con sus respectivos territorios, compusieron lo que el Ravenate denomina la provincia de Aurariola[162]. En ella se incluiría también el centro urbano de Ilici, pues aunque la mencionada versión del pacto no la cita, existe otra transcripción del mismo, recientemente descubierta, recogida por el geógrafo almeriense Al-Udri (1.003-1.085), en la que se menciona una ciudad llamada Ils, identificada con Ilici[163]. De todo lo expuesto se desprende que fue en esta región de la costa levantina, próxima a Carthago Spartaria, la antigua capital de la provincia de Spania, donde los bizantinos intentaron desembarcar en 698. Sin duda, estaban familiarizados con su entorno, dada la proximidad de las islas Baleares. Pero lo que nos lleva a pensar que los límites de Aurariola se ajustaban, al menos en su franja litoral, a los de la zona noroeste de los antiguos territorios peninsulares de la provincia de Spania.

Hallazgos arqueológicos, generalmente relacionados con la excavación de necrópolis, han desvelado la presencia de enclaves bizantinos en algunas zonas rurales del sur y suroeste

de la Península, tales como San Pedro de Alcántara (Málaga), Cuevas de Almanzora (Almería), Algezares y La Alberca (Murcia), y Cocentaina (Alicante)[164]. Confiamos en que futuros descubrimientos, contribuirán a precisar la extensión de las conquistas justinianeas. Mientras tanto, los datos que nos proporcionan las ciudades son el principal elemento con que contamos, para llevar a cabo esta labor.

Desde el punto de vista administrativo, lo más seguro es que los territorios peninsulares ocupados por las fuerzas bizantinas, junto con las islas Baleares, constituyesen una nueva provincia, la de Spania, integrada en la praefectura praetorio Africae. Más adelante volveremos sobre este tema. De momento, baste señalar que, con la incorporación de las conquistas hispánicas al Imperio, el gobierno de Constantinopla logró consolidar su dominio sobre el mar Baleárico y ambas orillas del estrecho de Gibraltar

Ahora bien, Justiniano, no sólo se preocupó de restaurar la autoridad romana en Occidente por la fuerza de las armas y de mantenerla mediante la construcción de fortificaciones en los límites del Imperio, sino que, además, estableció un complejo sistema de pactos con los pueblos bárbaros instalados en las fronteras, a fin de garantizar la seguridad de las mismas.

Tal política se observó desde el comienzo de la reconquista. Antes de que las tropas imperiales desembarcasen en Africa, Justiniano ya había ofrecido una alianza a Godas, el usurpador de Sardinia, y seguramente procedió del mismo modo en Hispania. A lo largo de su reinado, el emperador selló acuerdos con los francos, los hunos, los lombardos, los hérulos, los mauros, los avaros y con la tribu árabe de los lajmidas, tradicional aliada de los persas. Muchos de estos pueblos

contribuyeron a las campañas militares de Justiniano y a la defensa del Imperio, aportando contingentes armados (symmachoi; socii), al mando de sus propios jefes. En otros momentos, como en el caso de Atanagildo o en el del conflicto de los lombardos con los gépidos, fue Bizancio quien tuvo que socorrer a sus aliados. Con frecuencia, la firma de un pacto iba acompañada de la legitimación de los títulos de realeza de los príncipes bárbaros que entraban en una relación contractual con el gobierno de Constantinopla. Otras veces, se les otorgaron tierras, para que se instalasen en el interior del Imperio. Además, se solía recompensar su colaboración militar con el pago de subsidios o provisiones anuales (annonae). Ni siquiera la paz ratificada con Persia en 561, escapaba a estas directrices. A cambio de la entrega de 30.000 sueldos de oro cada año, Cosroes I (531-579) renunció a sus derechos sobre Lazica y se comprometió a defender el Cáucaso de penetraciones bárbaras[165].

A fines del reinado de Justiniano, la estabilidad de los límites del Imperio dependía, en buena medida, del mantenimiento de la red de pactos internacionales. Sin embargo, este sistema, que, en la práctica, se reducía al pago de una serie de tributos enmascarados, era sumamente gravoso para las finanzas del estado bizantino. Ante el déficit que generó, los sucesores de Justiniano se vieron obligados a suprimirlo, optando por la guerra como alternativa más barata para atender a las necesidades defensivas del territorio romano.

En su trato con los visigodos, no parece que Justiniano haya procedido de manera diferente a lo habitual con los restantes pueblos bárbaros próximos a las fronteras del Imperio. Tras el desembarco de 555, tuvo que hacer frente a un conflicto bélico con su antiguo aliado Atanagildo. Los orígenes del mismo resultan difíciles de escudriñar. Como ya vimos, Agila,

el monarca reinante en Emerita, había sido asesinado por un grupo de notables godos, temerosos de que la guerra civil entre este príncipe y el usurpador de Hispalis permitiese a los bizantinos apoderarse del reino. Al parecer, Atanagildo alcanzó un acuerdo con los asesinos de su rival, en base a la ruptura de su alianza con Bizancio. Prueba de ello es que, apenas obtuvo el reconocimiento formal de todos los godos, emprendió una serie de acciones destinadas a expulsar a los imperiales de la Península Ibérica. En principio logró algunos éxitos, llegando a recuperar varias ciudades ocupadas por el enemigo. Pero, ante los nuevos problemas surgidos en el valle del Guadalquivir, se vio obligado a renunciar a sus objetivos[166].

De hecho, lo más probable es que, por esta época, concertara un segundo pacto con el Imperio. Las fuentes son bastante explícitas. Hacia 599, el rey Recaredo solicitó al papa Gregorio I que escribiese al emperador Mauricio, para pedirle copia de los pacta sellados en tiempos de Justiniano. Del empleo del plural se deduce que con anterioridad a 565, debieron firmarse, al menos, dos tratados. El primero, coincidiendo con el envio de tropas por parte de Bizancio en 552, y el segundo, al concluir las guerras que, a partir de 555, enfrentaron a Atanagildo con sus antiguos aliados. Sin duda, fue en este último acuerdo, donde se fijaron los límites entre el reino visigodo y los dominios hispanobizantinos, que Gregorio I se precia de conocer bien[167]. En su habitual línea política, Justiniano debió proponer al monarca visigodo una alianza, que garantizase la estabilidad de las fronteras establecidas, ofreciéndole el pago de un subsidio anual, a cambio de un compromiso de colaboración militar.

Tanto si lo consideraba provechoso como si no, Atanagildo no tuvo más remedio que sellar aquel pacto, pues, como

indicábamos más arriba, le era imprescindible poner fin a las hostilidades con el Imperio, para ocuparse de los problemas del valle del Guadalquivir. En los últimos años de su reinado, el monarca visigodo desarrolló una intensa actividad militar en la Baetica. Según las Chronicorum Caesaraugustanorum reliquiae, condujo una campaña contra Hispalis, ciudad que consiguió tomar, y varias contra Corduba, que resistió los sucesivos envites[168]. Algunos historiadores, convencidos de que ambas plazas se hallaban bajo dominio imperial, opinan que la agresión de Atanagildo se dirigió contra la provincia bizantina[169]. En cambio, otros, ciñéndose estrictamente a la documentación, aseguran que Corduba jamás cayó en poder de los imperiales, sino que permaneció en continua rebeldía contra los godos. Así mismo, sostienen que Hispalis aprovechó la dedicación de Atanagildo a la lucha contra las tropas de Justiniano, para sacudirse el yugo germánico. De lo que se deriva que las campañas béticas de este soberano no tenían por objeto expulsar a los bizantinos de la Península, sino someter al dominio gótico un área rebelde[170].

Esta última teoría es la que nos parece más razonable. Sabemos que Corduba estuvo a la cabeza de un movimiento independentista, promovido por la aristocracia romana de la Baetica, que Agila no pudo erradicar. No existe ninguna mención a la presencia de tropas imperiales en esta ciudad. Y Juan de Bíclaro señala expresamente que, cuando Leovigildo logró tomarla en 572, hacía ya tiempo que la ciudad se había alzado en rebelión contra los godos (Cordubam civitatem diu Gothis rebellem). También apunta que, tras la caída de la plaza, el soberano dio muerte a muchos enemigos (caesis hostibus), pero para referirse a ellos no emplea el término milites, que tanto él como Isidoro, suelen aplicar a las fuerzas bizantinas, sino el genérico hostes[171].

En Hispalis también existían profundas resistencias hacia el poder centralizador de la monarquía visigoda por parte de la aristocracia senatorial romana, como lo prueba el hecho de que la ciudad se adhiriese a la rebelión de Atanagildo en 551 y a la de Hermenegildo en 579[172]. Además, no hay que olvidar que la caída de las ciudad en manos de Atanagildo se menciona en el mismo contexto que las campañas contra Corduba; lo que indica que ambas formaban parte de un mismo bloque rebelde. La toma de Hispalis por las fuerzas visigodas facilitaría el acceso a los dominios bizantinos. Pero Atanagildo ya no podría conducir la lucha contra los imperiales. Fallecido en 567, habrían de ser sus sucesores quienes se enfrentasen a las tropas del Imperio.

NOTAS.

1. MUSSET, L., Las invasiones. Las oleadas germánicas, Barcelona, 1.967, pp. 36-37; WOLFRAM, H., Histoire des Goths, París, 1.990, pp. 226.

2. MUSSET, L., Las invasiones. Las oleadas germánicas, Barcelona, 1.967, pp. 37-38.

3. THOMPSON, E. A., "The Visigoths from Fritigern to Euric", Historia, XV, 1.963, pp. 105-113.

4. OROS., Adv. pag., VII, 43, 4-6.

5. OLYMP., Frg., 22; 24; 26; OROS., Adv. pag., VII, 40, 2; 43, 2; 7-10; HYDAT., Chron., 45; 57; 60; MARCELL. COM., Chron., a. 410; JORD., Get., 158; 159-160; 163; Rom., 323; ISID., Hist. Goth., 19-21; ORLANDIS, J., "La sucesión al trono en la monarquía visigoda", Estudios Visigóticos, III, Roma-Madrid, 1.962, pp. 60-62; THOMPSON, E. A., art. cit., pp. 113-118.

6. OROS., Adv. pag., VII, 43, 11-13; HYDAT., Chron., 60; 62a; 63; 67; 68; SID., Carm., II, 363-365; ISID., Hist. Goth., 22.

7. Not. Dig., XLII, 24-32.

8. BARBERO, A.-VIGIL, M., "Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio romano hasta la invasión musulmana", Sobre los orígenes sociales de la Reconquista, Barcelona, 1.974, p. 19; GARCIA MORENO, L. A., "Vincentius dux provinciae Tarraconensis. Organización militar del Bajo Imperio en Hispania", HA, VII, 1.977, pp. 79-89.

9. FHA, IX, p. 25; JONES, A. H. M., The Later Roman Empire. 284-602, Oxford, 1.964, pp. 607-611; 649-654.

10. VIGIL, A.-BARBERO, A., art. cit., pp. 13-21.

11. ARCE, J., El último siglo de la España romana: 284-409, Madrid, 1.982, pp. 67-72; "Notitia Dignitatum Occ. XLII y el ejército de la Hispania tardorromana", Ejército y sociedad. Cinco estudios sobre el mundo antiguo, León, 1.986, pp. 55-58. Sobre los regimientos de Septimani, cf. Not. Dig., VII, 31; 103; 132; 139

12. REMONDON, R., La crisis del Imperio romano. De Marco Aurelio a Anastasio, Barcelona, 1.967, pp. 132-133.

13. CLAUD., Bell. Pollent., 416-422; ZOS., Hist. Nov., VI, 3, 1.

14. COURTOIS, Ch., Les vandales et l'Afrique, París, 1.955, pp. 80-83; 158 y n. 3; 163.

15. HYDAT., Chron., 49.

16. OROS., Adv. paq., VII, 40, 5-8; ZOS., Hist. Nov., VI, 4; LE ROUX, P., L'armeé romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste a l'invasion de 409, París, 1.982, p. 397. En Hispania el cursus publicus aún funcionaba con eficiencia a comienzos del siglo VI, bajo el reinado de Teodorico el Amalo, cf. CASSIOD., Var., V, 39.

17. Not. Dig., VII, 119-134.

18. DEMOUGEOT, E., "Une lettre de l'empereur Honorius sur l'hospitium des soldats", Revue historique de droit français et étranger, 34, 1.956, pp. 25-49.

19. ZOS., Hist. Nov., VI, 4.

20. OLYMP., Frg., 19; OROS., Adv. paq., VII, 42, 6; Cons. Const., a. 413; Chron. Gall. a. CCCCLII, 70; HYDAT., Chron., 51; 54; 62a; 63; 67-68; 74; MARCELL. COM., Chron., a. 412; JORD., Get., 165; Rom., 325; THEOPH., Chronogr., A.M. 5.904; DEMOUGEOT, E., art. cit., pp. 38-41; 45-46; JONES, A. H. M., op. cit., p. 192; GARCIA MORENO, L. A., art. cit., pp. 83-85.

21. HYDAT., Chron., 98; 100; 111; 121; 139; 155; 170.

22. Ibid., 77; 125; 128; 134; 141. Aunque Hidacio emplea el nombre de Asturius para designar al magistri militum que actuó en Hispania durante el año 441, combatiendo la revuelta campesina de los bagaudas, J. R. Martindale, basándose en la lectura del díptico de marfil que conmemora su consulado en 449, considera más correcto el de Astyrius; cf. PLRE, II, pp. 174-175.

23. HYDAT., Chron., 197; 201; 230; Reg. Hil., p. 317; Chron. Gall. a. DXI, 652; ISID., Hist. Goth., 33.

24. PEREZ SANCHEZ, D., El ejército en la sociedad visigoda, Salamanca, 1.989, pp. 43-44.

25. Not. Dig., VII, 118-134; HYDAT., Chron., 62a; 63; 67-68.

26. CTh., VII, 8, 5; THOMPSON, "The Settlement of the Barbarians in Southern Gaul", JRS, XLVI, 1.956, pp. 65-75; JONES, A. H. M., op. cit., pp. 248-253; MUSSET, L., op. cit., pp. 199-202; GOFFART, W., Barbarians and Romans A.D. 418-584. The Tecniques of Accommodation, Princeton, 1.980, pp. 103-126; BARBERO, A.-LORING, M. I., "El reino visigodo y la transición al mundo medieval", Historia de España, II, La España romana y visigoda (siglos III a.C.-VII d.C.), ed. Planeta, Barcelona, 1.988, pp. 420-422. El sistema de asentamiento de los visigodos en Aquitania es un tema que continua abierto a debate. Recientemente, WOLFRAM, H., op. cit., pp. 237-245, ha enunciado su propia interpetación. Partidario de las tesis de W. Goffart, sostiene que al asentar a los godos en las Galias, el gobierno imperial procedió a una distribución del producto de impuestos y no de tierras. De acuerdo con sus conclusiones, los bárbaros, en su calidad de hospites, obtendrían dos tercios de los tributos que pagaban los romanos, en concreto, las partidas destinadas a cubrir los gastos del ejército y la administración central. Mientras que la tertia Romanorum habría quedado en manos de las civitates romanas, a fin de financiar su administración.

27. HYDAT., Chron., 71; 74; 77; 86; 89-90; ISID., Hist. Wand., 73-74.

28. HYDAT., Chron., 114; 119; 121-124; ISID., Hist. Sueb., 85.

29. PROSP., Chron., 1.290; 1.324; 1.335; 1.338; Chron. Gall. a. CCCCLII, 102; HYDAT., Chron., 92; 110; 116-117; SID., Carm., VII, 297-311; 469-480; CASSIOD., Chron., a. 439; JORD., Get., 176-177; 186. Sobre la política de Teodorico I hacia Roma, cf. THOMPSON, E. A., "The Visigoths from Fritigern to Euric", p. 122.

30. HYDAT., Chron., 125; 128; SID., Carm., IX, 297. Sobre los movimientos bagaúdicos en Hispania y las Galias, cf., THOMPSON, E. A., "Peasant Revolts in the Late Roman Gaul and Spain", Past and Present, 2, 1.952, pp. 11-23.

31. SALV., De gub. Dei, V, 19-23; VICT. VIT., Hist. persec., I, 13; VALENT. III, Nov., XIII, 1, 6; 9; XXXIV; HYDAT., Chron., 134.

32. HYDAT., Chron., 137; 139; JORD., Get., 233.

33. HYDAT., Chron., 140-142.

34. PROSP., Chron., 1.371; PRISC., Frg., 15-16; HYDAT., Chron., 150; 152; 156; SID., Carm., VII, 327-328; 347-352; Ep., VII, 12, 3; VIII, 15, 1; Add. ad Prosp. Havn., a. 451; 453; Chron. Gall. a. DXI, 615; 621; MARCELL. COM., Chron., a. 434; JORD., Get., 186-190; 195; 197-218; 223-224; 228-229; Chron. Caesaraug. rel.,

a. 450; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 7; JOH. ANT., Frg., 199.

35. HYDAT., Chron., 134; 155; 168; SID., Ep., IV, 21, 4.

36. HYDAT., Chron., 163; 170; 172; SID., Carm., VII, 508-509; 520-521; 571-580; VICT. TONN., Chron., a. 455.

37. HYDAT., Chron., 173-175; 178; 180; 182-183; 186-187; SID., Carm., VII, 508-509; 520-521; 571-580; JORD., Get., 233-234.

38. HYDAT., Chron., 192-193.

39. PRISC., Fraq., 30; HYDAT., Chron., 200-201; 206; 213; 219-220; 226; 232-233; Chron. Gall. a.DXI, 633-636; MARCELL. COM., Chron., a. 474; JORD., Get., 239; Rom., 338; Chron. Caesaraug. rel., a. 460; MAR. AVENT., Chron., a. 460, 1-2; ISID., Hist. Goth., 33.

40. HYDAT., Chron., 230; Req. Hil., p. 317; Chron. Gall. a. DXI, 652.

41. HYDAT., Chron., 237-238; 246-247; 250; SID., Ep., I, 7, 3-13; Chron. Gall. a. DXI, 643; 649; CASSIOD., Chron., a. 469; JORD., Get., 190; 235; 237-238; PAUL. DIAC., Hist. Rom., XV, 2.

42. Chron. Gall. a. DXI, 651-652; ISID., Hist. Goth., 34. Sobre la figura de Vincencio y el papel que desempeñó en la ocupación goda de la Tarraconensis, cf. GARCIA MORENO, L. A., art. cit., pp. 79-80.

43. Las posiciones más destacadas sobre el asentamiento visigodo en Hispania las resume OLMO ENCISO, L., "El reino visigodo de Toledo y los territorios bizantinos. Datos sobre la heterogeneidad de la Península Ibérica", Coloquio Hispano-italiano de Arqueología Medieval, Granada, 1.992, pp. 185-187.

44. REINHART, W., "Sobre el asentamiento de los visigodos en la Península", AEA, XVIII, 1.945, pp. 125-139; GARCIA MORENO, L. A., "La arqueología y la historia militar visigoda en la Península Ibérica", Actas del II Congreso de Arqueología Medieval Española. Comunicaciones, Madrid, 1.987, pp. 331-336.

45. COLLINS, R., "Merida and Toledo: 550-585", Visigothic Spain: New Approaches, ed. E. James, Oxford, 1.980, pp. 199-200; DOMINGUEZ MONEDERO, A. J., "Las necrópolis visigodas y el carácter del asentamiento visigótico en la Península Ibérica", Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española, Huesca, 1.985, pp. 165-186.

46. GARCIA MORENO, L. A., "Mérida y el reino visigodo de Tolosa (418-507)", Homenaje a Sáenz de Buruaga, Madrid, 1.982, pp. 238-239.

47. IHC, 23a; VIVES, J., Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda, Barcelona, 1.942, pp. 126-127; GARCIA MORENO, L. A., Historia de España Visigoda, Madrid, 1.989, p. 72..

48. Chron. Gall. a. DXI, 666; Chron. Caesaraug. rel., a. 485; 494-497; 506; ISID., Hist. Goth., 36; Hispana, pp. 113-152; BARBERO, A., "Las divisiones eclesiásticas y las relaciones entre Iglesia y Estado en la España de los siglos VI y VII", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992, p. 172 y n. 7.

49. Auct. Havn. Prosp., a. 498; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 18; 27; 41; FREDEG., Chron., III, 12; 15; Lib. Hist. Franc., 8-9.

50. GREG. TUR., Hist. Franc., II, 30-31. Las actas del concilio de Agatha se incluyen en la Hispana, pp. 113-152. El Breviarium Alarici fue editado por G. Haenel, Leipzig, 1.849; aunque en la edición del Codex Theodosianus efectuada por T. Mommsen y P. Meyer, aparecen señaladas las leges que se incluyen en el Breviarium con sus correspondientes interpretationes.

51. Chron. Gall. a. DXI, 688; Anon. Val., 12, 63; CASSIOD., Var., III, 1-4; PROC., De bellis, V, 12, 22; 40-43; JORD., Get., 245; 297-298; 302; Chron. Caesaraug. rel., a. 507-508; ISID., Hist. Goth., 36-37; GREG. TUR., Hist. Franc., II, 37; Lib. Hist. Franc., 17; 19.

52. WOLFRAM, H., op. cit., pp. 42-48; 218

53. CASSIOD., Chron., a. 508; Var., I, 24; III, 40-43; IV, 17; 36; V, 43-44; VIII, 10; Chron Gall a. DXI, 689-691; PROC., De bellis, V, 12, 43-47; JORD., Get., 302; Chron. Caesaraug. rel., a. 508-513; MAR. AVENT., Chron., a. 509; ISID., Hist. Goth., 37-38.

54. CASSIOD., Chron., a. 515; 519; Var., VIII, 1; Anon. Val., 14, 80; PROC., De bellis, I, 11, 9-22; V, 12, 49; 13, 7-8; JORD., Get., 298; 302; Chron. Caesaraug. rel., a. 525; ISID., Hist. Goth., 39; Laterc. reg. Visig., 17-18. Sobre los vínculos familiares de Eutarico, cf. CASTRITIUS, H., " Namenkundliche Argumentation am Beispiel der Amaler Sippe", BNF, 20, 1.985, p. 264, cit. GARCIA MORENO, L. A., "Las invasiones, la ocupación de la Península y las etapas hacia la unificación territorial", Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, III.1, España visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.991, p. 169, n. 6;

WOLFRAM, H., op. cit., pp. 345-346. En cuanto a los triunfos celebrados con motivo de su consulado, puede hallarse un minucioso análisis en McCORMICK, M., Eternal Victory. Thriumphal rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West, Cambridge, 1.986, p. 272, n. 59.

55. ENNOD., Ep., IX, 23; 29; ALC. AVIT., Ep., 35. ORLANDIS, J., Historia de España. España Visigoda (407-711), Madrid, 1.977, p. 69. Aunque algunos historiadores, como GARCIA MORENO, L. A., Historia de España Visigoda, p. 91-92, sostienen que Teodorico creó una praefectura Hispaniarum, lo cierto es que las fuentes apuntan, más bien, a una adscripción oficial de los antiguos territorios del reino de Tolosa a la praefectura Galliarum. Así lo prueba el hecho de que, en 514, el papa Símmaco (498-514), adecuando la organización eclesiástica a los cambios administrativos que se habían producido en los últimos tiempos, nombrase al obispo Cesáreo de Arelate vicario apostólico para las Galias y las regiones de Hispania dominadas por los ostrogodos, cf. SYMM., Ep., 9; SOTOMAYOR Y MURO, M., "La Iglesia en la España romana", Historia de la Iglesia en España, I, La Iglesia en la España romana y visigoda, ed. R. García-Villoslada, Madrid, 1.979, p. 382.

56. PROC., De bellis, V, 12, 50-54; JORD., Get., 302.

57. PROC., De bellis, V, 12, 49; 12, 7.

58. Ibid., V, 12, 47; 52-54; WOLFRAM, H., op. cit., p. 309.

59. GARCIA IGLESIAS, L., "El intermedio ostrogodo en Hispania (507-549 d.C.)", HA, V, 1.975, pp. 104-111; 117.

60. CASSIOD., Var., V, 39; PROC., De bellis, III, 14, 6; V, 2, 2; JORD., Get., 304.

61. PROC., De bellis, V, 13, 4-7; Chron. Caesaraug. rel., a. 529.

62. PROC., De bellis, V, 13, 9-13; Chron. Caesaraug. rel., a. 531; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 1; 10; ISID., Hist. Goth., 40; FREDEG., Chron., III, 30; Vit. Avit. Conf. Aurel., 12.

63. VIVES, pp. 38; 41.

64. Ep. Arel., 28-29; HORM., Ep., 24; 26.

63. VIVES, pp. 42-52; sobre los orígenes de la provincia Carpetania vel Celtiberia, cf. BARBERO, A., art. cit., pp. 174-180; 193-195.

64. PROC., De bellis, V, 13, 13; JORD., Get., 298; Chron. Caesaraug. rel., a. 529; ORLANDIS, J., "La sucesión al trono en la monarquía visigoda", pp. 72-73.

65. CJ, I, 27, 2; PROC., Aed., VI, 7, 14-16. GARCIA MORENO, L. A., "Ceuta y el estrecho de Gibraltar durante la Antigüedad Tardía (s. V-VIII)", I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar, (Ceuta, 1.987), I, Madrid, 1.988, p. 1102, estima que las fortificaciones de Septem pudieran haber sido demolidas en 429 por orden de Genserico, a fin de evitar que los romanos empleasen la plaza, en un futuro inmediato, como base estratégica de operaciones. Por nuestra parte, consideramos más probable que el desmantelamiento de las murallas de Septem formase parte del programa de medidas defensivas, que, según PRISC., Frg., 27, habría adoptado el monarca Asdingo hacia 460, en vísperas de la expedición de Mayoriano. Sobre la vinculación del culto mariano a la política restauracionista de Justiniano, cf. CJ, I, 27, 1, 9; 2, 9; CAMERON, A., "The Theotokos in Sixth Century Constantinople. A City finds its Symbol", JThS, XXIX, 1.978, pp. 78-80 y 103.

66. PROC., De bellis, III, 24, 7-18; GARCIA IGLESIAS, L., art. cit., p. 101 y n. 46. Ya en 456, comerciantes orientales, a bordo de sus naves, habían llevado hasta Hispalis la noticia de la victoria del emperador Marciano sobre los lazas; cf. HYDAT., Chron., 177.

67. VIVES, 61-64; ORLANDIS, J.-RAMOS-LISSON, D., Historia de los concilios de la España romana y visigoda, pp. 131-132, establecen la fecha en que se reunió el concilio de Valentia, pero cometen un error al señalar que Carthago Spartaria se hallaba bajo dominio bizantino en esta época.

68. PROC., De bellis, III, 24, 7-12.

69. Ibid., III, 24, 13-18.

70. Ibid., IV, 4, 33-41.

71. Ibid., IV, 5, 6-9. Las islas Baleares permanecerán bajo dominio bizantino hasta su conquista por los musulmanes en el siglo VIII. Al igual que en el caso de las restantes posesiones insulares del Imperio en el Mediterráneo occidental, parece que los bizantinos se limitaron a mantener su presencia en unos cuantos puertos costeros, abandonando el interior a la población indígena, que debió agruparse bajo formas propias de organización socio-económica, cf. MUSSET, L., op. cit., p. 212.

72. VALLEJO GIRVES, M., Bizancio y la España tardoantigua (SS. V-VIII): un capítulo de historia mediterránea, Alcalá de Henares, 1.993, p. 77, n. 163.

73. CJ, I, 27, 1-2.

74. De acuerdo con la información que nos proporciona LEONT., Vit. Joh. Eleem., 9, a comienzos del siglo VII, se mantenía abierta la ruta marítima que, a través del estrecho, ponía en contacto las grandes ciudades del Mediterráneo oriental con las Islas Británicas. Sobre la importancia de los puertos baleares en el comercio mediterráneo, cf. VILELLA, J., "Les illes balears en temps cristians fins als arabs", Institut Menorquí d'Estudis, 1.984 (1.988), pp. 51-58.

75. PROC., De bellis, VI, 30, 15.

76. BURY, J. B., A History of the Later Roman Empire from Arcadius to Irene (395 A.D. to 800 A.D.), I, Londres, 1.889, p. 415, sostiene que Teudis apoyó a Ildibaldo, en una auténtica acción combinada frente a los avances de la reconquista justinianea.

77. JORD., Get., 302; Chron. Caesaraug. rel., a. 541.; FORT., Carm., IX, 1, 73-74; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 29; ISID., Hist. Goth., 41; FREDEG., Chron., III, 41; Lib. Hist. Franc., 26. Sobre el enfrentamiento entre francos y vascones; cf. BARBERO, A.- VIGIL, M., art. cit., p. 52.

78. La posibilidad de que la expedición franca de 541 fuese el resultado de la presión bizantina sobre sus aliados merovingios, para que invadiesen Hispania, ha sido avanzada por GARCIA MORENO, L. A., "Algunas cuestiones de Historia navara en la Antigüedad Tardía (ss. V-VIII)", I Congreso General de la Historia de Navarra. Anejos 7 de Príncipe de Viana, Pamplona, 1.987, pp. 412-413.

79. Chron. Caesaraugust. rel., a. 542: his diebus inguinalis plaga totam paene contravit Hispaniam. Sobre la incidencia de los brotes de peste bubónica en Hispania, cf. FUENTES HINOJO, P., "Las grandes epidemias en la temprana Edad Media y su proyeccón sobre la Península Ibérica", En la España Medieval, 15, 1.992, pp. 15-29.

80. ZEUMER, K., MGH, Legum sectio, I.1, Leges Visigothorum, pp. 467-469; JORD., Get., 289.

81. GARCIA MORENO, L. A., "Las invasiones, ...", pp. 157; 180-182.

82. ISID., De vir. illustr., 33; MOMMSEN, Th., MGH, AA,= Chron. Min., II, p. 221-223; RODRIGUEZ ALONSO, C., Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla, León, 1.975, pp. 88-89; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 54. FITA, F., "Ceuta visigoda y bizantina durante el reinado de Teudis", BRAH, LXVIII, 1.916, pp. 622-628, también se apega a la versión de Isidoro. Por su parte, STEIN, E., op. cit., II, p. 560, n. 2 y GARCIA MORENO, L. A., "Ceuta y el estrecho de Gibraltar durante la Antigüedad Tardía", pp. 1.102-1.103, sugieren la existencia de un pacto entre visigodos y vándalos que habría otorgado a Teudis el control militar de la plaza de Septem. Sin embargo, como hemos tenido ocasión de comprobar, las fuentes indican claramente que tal alianza nunca llegó a sellarse.

83. BARBERO, A., "El conflicto de los Tres Capítulos y las iglesias hispánicas", La sociedad visigoda y su entorno histórico, p. 158, n. 40.

84. GOUBERT, P., "Ceuta byzantine ou wisigothique? Notes d'histoire et d'archeologie", Miscellània Puig i Cadalfach, Barcelona, 1.955, pp. 337-338.

85. RODRIGUEZ ALONSO, C., op. cit., pp. 26-31.

86. GARCIA MORENO, L. A., art. cit., p. 1.105.

87. STEIN, E., op. cit., II, p. 561, n. 1.

88. ISID., Hist. Goth., 43. GARCIA IGLESIAS, L., art. cit., p. 102, n. 51. GOZALBES, E., "El ataque del rey visigodo Teudis contra Septem", Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta, 5, 1.989, p. 49.

89. PROC., De bellis, IV, 28, 47-49; CORIPP., Joh., II, 77-83; VI, 104-VII, 149; 244-248; 286-287; DIEHL, Ch., L'Afrique byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique (533-709), París, 1.896, pp. 371-376; PRINGLE, D., op. cit., pp. 37-38.

90. PROC., De bellis, VII, 26, 1-28; FITA, F., art. cit., pp. 627-628; D'ABADAL, R., Dels Visigots als Catalans. La Hispània Visigòtica i la Catalunya Carolingia, Barcelona, 1.969, p. 55.

91. PROC., De bellis, VII, 2, 7.

92. DUVAL, N., "L'Etat actuel des recherches sur les fortifications de Justinien en Afrique", Corsi di Cultura sull'Arte ravennate e bizantina, XXX, 1.983, p. 165; JONES, A. H. M., op. cit., p. 659; PRINGLE, D., The Defence of Byzantine

Africa from Justinian to the Arab Conquest, Oxford, 1.981,, p. 70; 74, n. 22; RAVEGNANI, G., Soldati di Bisanzio in etá giustinianea, Roma, 1.988, pp. 29-39. Sobre la cantidad de hombres que integraban los regimientos, cf. PROC., De bellis, III, 11, 1; 6; V, 7, 34; 27, 4; 13; VI, 5, 2; 7, 3; 26-27; 12, 26; VII, 3, 12; 36, 17.

93. GEANAKOPLOS, D. J., Byzantium: Church, Society and Civilization Seen through Contemporany Eyes, Chicago, 1.985, p. 111; CASSON, L., Ship and Seamanship in the Ancient World, Princeton, 1.986, pp. 148-150.

94. CJ, I, 27, 2.

95. ISID., Hist. Goth., 42.

96. Ibid., 43: Vulneratur autem a quodam in palatio, qui iam diu dementis speciem, ut regem deciperet, simulaverat... Fertur autem inter effusionem sanguinis coniurasse homines suos, ne quis interficere percussorem, dicens congruam meriti recipere vicissitudinem, quod et ipse privatus ducem suum sollicitatum occiderit.

97. TORRES LOPEZ, M., "Las invasiones y los reinos germánicos de España (409-411)", Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, III. España visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.963, p. 94.

98. ORLANDIS, J., "La sucesión al trono en la monarquía visigoda", p. 73.

99. SALVADOR VENTURA, F., Hispania meridional entre Roma y el Islam. Economía y sociedad, Granada, 1.990, pp. 28-32.

100. JORD., Get., 303; Chron. Caesarauq. rel., a. 544; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 30; In gloria martyr., 23-24; ISID., Hist. Goth., 41; 44; Laterc. reg. Visig., 21; ORLANDIS, J., art. cit., pp. 72-73.

101. GREG. TUR., In gloria martyr., 23-24, describe un milagro que se producía en el castrum de Osset, cerca de Hispalis, y que Teudisclo consideraba un fraude (ingenium est romanorum..., et non est Dei virtus). El texto, plagado de tópicos propios del género hagiográfico, contiene, al menos un error histórico grave, ya que atribuye 3 años de reinado al soberano, cuando sabemos que reinó poco más de 18 meses; cf. Laterc. reg. Visig., 21.

102. JORD., Get., 303; GREG. TUR., Hist. Franc., III, 30; ISID., Hist. Goth., 44.

103. El arquetipo debió proporcionarlo el episodio de la violación de Lucrecia, esposa de Tarquinio Colatino, por Sexto, hijo de Tarquinio el Soberbio; cf. LIV., Ab urbe cond., I, 57. Bajo el Imperio, el tópico se endosó frecuentemente, con o sin razón, a todos aquellos emperadores que desarrollaron una política adversa a los intereses del Senado, desde Calígula (SUET., Calig., 25, 1; 37, 1-2) a Valentiniano III (PROC., De bellis, III, 4, 17-22)

104. LACT., De mort. persec., 8, 5; 38, 1-5, presenta como desenfrenados libertinos a Maximiano Hercúleo (286-305) y Maximino Daya (306-313). EUSEB., Hist. Eccl., VIII, 14, 14; X, 8, 7-8; Vit. Const., 33-34; 55, 3, hace lo propio con Majencio (306-312) y Licinio (308-324).

105. PROC., De bellis, IV, 21, 1; 22, 1-2.

106. Un caso que posee ciertas similitudes con el de Sergio, aunque tuvo un desarrollo muy distinto, se produjo durante la rebelión del comes Africae Gildón contra el emperador Honorio. En 395, dos años antes de su ruptura definitiva con el gobierno de Mediolanum, este personaje condenó a muerte y confiscó los bienes de numerosos particulares, con el doble propósito de reforzar su ejército y eliminar toda oposición que pudiera encontrar por parte de los grandes propietarios católicos, en general favorables a Honorio. Simultáneamente, procuró fortalecer su posición concertando alianzas matrimoniales entre los altos mandos de su ejército y mujeres de la nobleza africana, en ocasiones viudas de senadores ejecutados por su propio mandato. A causa de esta política, Claudio Claudiano no duda en tacharle de "raptor de doncellas" (virginibus raptor) y "repugnante adúltero" (obscenus adulter); cf. CLAUD., De bello Gild., 163-201.

107. GARCIA IGLESIAS, L., art. cit., p. 103.

108. GREG TUR., Hist. Franc., III, 30.

109. ORLANDIS, J., art. cit., p. 74.

110. GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 8; FREDEG., Chron., p. 101; THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 22-23; 46-47. Sobre la tolerancia religiosa de los monarcas ostrogodos, cf. GARCIA IGLESIAS, L., art. cit., pp. 104-111.

111. VIVES, p. 107; ISID., Hist. Goth., 45; THOMPSON, E. A., Los godos en España., Madrid, 1.971, pp. 48-50.

112. ISID., Hist. Goth., 45: initio adversus Cordubenses cives certamine poenas dignas sanctis inferentibus meruit. Nam belli praesentis ultione percussus et filium ibi cum copia exercitus interfectum amisit et thesaurum omnem cum insignibus opibus perdidit.

113. Ibid., 46.

114. JOH. BICL., Chron., a. 572, 2.

115. Chron. Caesarauq. rel., a. 552; FORT., Carm., VI, 1, 124-127; ISID., Hist. Goth., 46; GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 27-28; STEIN, E., op. cit., II, p. 562. Sobre los tiranos-reyes en el reino visigodo, cf. ORLANDIS, J., "En torno a la noción visigoda de tiranía", Estudios Visigóticos, III, Roma-Madrid, 1.962, pp. 36-40

116. JORD., Get., 303; ISID., Hist. Goth., 46.

117. COLLINS, R., España en la Alta Edad Media, Barcelona, 1.986, p. 59.

118. PROC., De bellis, III, 10, 22-11, 1.

119. GARCIA MORENO, L. A., art. cit., p. 1.105; BROWNING, R., Justinian and Theodora, Londres , 1.971, p. 139.

120. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 92, n. 83; 94. Tampoco le parece más probable que los obispos Paulo y Fidel de Emerita, y Martín de Bracara, todos ellos de origen oriental, actuasen como agentes imperiales, pese a las sugerentes hipótesis de SEJOURNE, P., Le dernier père de l'Église. S. Isidore de Seville, París, 1.929, p. 223 y GOUBERT, P., "Byzance et l'Espagne wisigothique", REB, II, 1.944, p. 17.

121. ORLANDIS, J., Historia de España. España Visigoda (407-711), p. 91.

122. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 99-100.

123. PROC., De bellis, III, 10, 22-23; 25-32; IV, 5, 7-8; PAUL. DIAC., Vit. Greg., 8.

124. STEIN, E., op. cit., p. 562; THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 369-370.

125. PROC., De bellis, III, 10, 32; V, 5, 8-10; CORIPP., Laud. Just., III, 305-308; ISID., Etymolog., I, 27, 8; Hist. Goth., 47; GREG. I, Ep., IX, 229. Sobre las obligaciones militares derivadas de la symmachía para los jefes bárbaros que entraban en alianza con el Imperio, cf. JONES, A. H. M., op. cit., p. 663 y n. 131.

126. La confirmación de los títulos de realeza de los monarcas bárbaros por parte del emperador, era una práctica que solía acompañar a la firma de los tratados de alianza, como puede comprobarse en el caso de los reyes mauros; cf. PROC., De bellis, III, 25, 3-7; IV, 8, 11; 15.

127. JORD., Get., 303: Athanagildus insurgens Romani regni concitat vires, ubi et Liberius patricius cum exercitu destinatur. Durante su praefectura, Liberio fue víctima de un atentado por parte de un grupo de visigodos, seguramente partidarios de Gesaleico y enemigos declarados del nuevo orden ostrogótico; cf. THOMPSON, E. A., op. cit., p. 23.

128. PROC., De bellis, VII, 36, 6; 37, 26-27; 39, 6-8; 11-12; 28-29; VIII, 34, 1.

129. STROHEKER, K. F., "Das Spanische Westgotenreich und Byzanz", Germanentum und Spätantike, Zurich, 1.965, pp. 210-212; HILLGARTH, J. N., "Coins and Chronicles: Propaganda in Sixth century Spain and the Byzantine Blackground", Historia, XV, 1.966, p. 495; THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 29-30; BROWNING, R., op. cit., p. 139; GARCIA MORENO, L. A., Historia de España Visigoda, p. 102.

130. STROHEKER, K. F., art. cit., p. 210-212.

131. O'DONNELL, J. J., "Liberius, the Patrician", Traditio, 37, 1.981, pp. 66-67.

132. BURY, J.B., A History of The later Roman Empire, II, From the Death of Theodosius I to the Death of Justinian, Londres, 1.923, pp. 287 y VASILIEV, A. A., Historia del Imperio bizantino, I, Barcelona, 1.946, p. 137, dataron la expedición de ayuda a Atanagildo en 550. GÖRRES, F., "Die Byzantinische Besitzungen an den Küsten des spanisch-wesgotischen Reiches (554-564)", Byz. Ztschr., 16, 1.907, p. 514 y GOUBERT, P., art. cit., pp. 7-11, se decantan por 554. STROHEKER, K. F., art. cit., pp. 210; HILLGARTH, J. N., art. cit., p. 495; THOMPSON, E. A., op. cit., p. 30; 374; BROWNING, R., op. cit., p. 139; FONTAINE, J.-CAZIER, P., "Qui a chassé de Carthaginoise Severianus et les siens? Observations sur l'histoire familiare d'Isidoro de Séville", Estudios de Homenaje a Don Claudio Sánchez Albornoz en sus 90 años. Anexos de Cuadernos de Historia de España, Buenos Aires,

1.983, p. 373, sostienen la fecha de 552.

133. GARCIA MORENO, L. A., op. cit., p. 102; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 106.

134. PROC., De bellis, III, 11, 1.

135. ISID., Hist. Goth., 46; STROHEKER, K. F., op. cit., p. 212; GOUBERT, P., art. cit., p. 8; STEIN, E., op. cit., II, p. 563; THOMPSON, E. A., op. cit., p. 371 y n. 21; BROWNING, R., op. cit., p. 139; GARCIA MORENO, L. A., op. cit., p. 102; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 107-110.

136. GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 8: exercitus imperatoris Hispanias est ingressus et civitates aliquas pervasit; ISID., Hist. Goth., 46: ne Spaniam milites auxili occasione invaderent. GOUBERT, P., "Administration de l'Espagne byzantine. II. Les provinces", REB, IV, 1.946, p. 95.

137. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 114-116.

138. THOMPSON, E. A., op. cit., p. 373.

139. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 119.

140. LEAND., Reg., 31; ISID., De vir. illustr., XXVIII. FONTAINE, J.-CAZIER, P., art. cit., pp. 385-386, sugieren que Severiano y su familia abandonaron la Carthaginiensis huyendo de las represalias de Agila, que temía que la aristocracia romana de la zona colaborase con los imperiales. Por nuestra parte, considerando la actitud que posteriormente manifestarían Leandro e Isidoro hacia los bizantinos, preferimos adherirnos a la opinión de THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 373-374 y GARCIA MORENO, L. A., op. cit., p. 103. , quienes consideran que la huida de la Severiano está relacionada con su oposición a la dominación imperial.

141. Chron. Caesaraug. rel., a. 552; GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 8; ISID., Hist. Goth., 46-47.

142. GOUBERT, P., art. cit., REB, IV, 1.946, pp. 74-103.

143. THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 365-369. STEIN, E., op. cit., II, pp. 563-564, n. 1, cuestiona la ocupación del Algarve por tropas bizantinas, en tanto que STROHEKER, K. F., "Leowigild", Germamentum und Spätantike, Zurich, 1.965, p. 150; "Das spanische Wëstgotenreich und Byzanz", Id., pp. 207-241; no sólo rechaza esta posibilidad, sino que, además, niega de manera categórica que los imperiales hayan controlado alguna vez la comarca de la

Orospeda, anexionada al reino de Toledo por Leovigildo en 577.

144. CIL, II, 3.420; ISID., De Vir. Illustr., XLII, 60.

145. GREG., Ep., XIII, 47; 49-50.

146. VIVES, pp. 222; 230; 246; 259; 288; 306; 319; 368; 401; 409; 432; 472.

147. GARCIA AGUINAGA, J. L.-VALLALTA MARTINEZ, M. P., "Fortificaciones y puerta de Begastri", AC, I, 1.984, pp. 53-61; LOPEZ BERMUDEZ, F., "Begastri", Ibid., pp. 13-16; MARTINEZ CAVERO, P., "Estratigrafía y cronología arqueológica de Begastri", Ibid., pp. 41-44; VALLALTA, M. P.-OCHOTORENA, C., "Los obispos de Begastri", Ibid., pp. 31-34.

148. JOH. BICL., Chron., a. 570, 2; 571, 3; ISID., Hist. Goth., 59.

149. RAV., Cosmogr., IV, 45.

150. Itin. Ant., 401, 5-402, 1.

151. VIVES, p. 138.

152. GOUBERT, P., art. cit., pp. 85-86.

153. GARCIA MORENO, L. A., "Colonias de comerciantes orientales en la Península Ibérica. S. V-VII", Habis, 3, 1.972, p. 136, n. 44.

154. THOMPSON, E. A., op. cit., p. 442, n. 11. VIVES, p. 153, en su edición de las actas del mismo sínodo, atribuye a Pedro la sede de Illiberris, olvidando que con anterioridad Esteban aparece como titular de esta cátedra. Para acabar de oscurecer el panorama, en la traducción del texto, decide seguir a J.-P. Migne, y hace a Pedro obispo de Acci, ciudad que jamás formó parte de la provincia eclesiástica de la Baetica

155. VIVES, pp. 1; 223.

156. GOUBERT, P., art. cit., pp. 90-91, 93-94.

157. GARCIA MORENO, L. A., art. cit., p. 134.

158. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; In Gloria. Conf., 12.

159. Cont. Hisp., 74: nomine Theudimer, qui in Spanie partes non modicas Arabum intulerat neces et, diu exageratos, pacem cum eis federat habiendus. Sed et etiam sub Egicam et Wittizam Gothorum regibus in Grecis, qui equorei nabalique descenderant sua in patria, de palmam victorie triumphaverat.

160. La obra de Al-Dabbi, autor murciano del siglo XII, fue descubierta y publicada por el maronita libanés CASIRI, M., Bibliotheca Arabica-Hispaniae Escurialensis, II, Madrid, 1.760-1.770. Habría de pasar más de un siglo antes de que F. Codera y J. Ribera diesen nuevamente a la luz el texto de AL-DABBI, Kitab Bugyat al-Multamis, Bibliotheca Arabico Hispana, III, Madrid, 1.885. Esta edición sirvió de base a la traducción del pacto que efectuó SIMONET, F. J., Historia de los mozárabes de España, Madrid, 1.983, (prim. ed. fr. 1.897-1.903), pp. 797-798.

161. El mayor problema de identificación lo plantea B.l.n.tala, que suele traducirse por el topónimo latino Valentila, y que SAAVEDRA, E, Estudio sobre la invasión de los árabes en España, Madrid, 1.892, pp. 129-131, asoció con Alcantarilla, un enclave situado a 5 kms. de Murcia, del que, según este autor, derivaría el nombre del río Guadaletín. En cambio, SIMONET, F. J., op. cit., pp. 1, n. 1; 54-57, lo relaciona con Valentia. En época más reciente, se ha intentado vincularlo a Villena, cf. LEVI-PROVENÇAL, Historia de la España musulmana, Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, IV, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.950, pp. 21 y 177, n.6; p. 41. No obstante las dudas persisten.

162. RAV., Cosmogr., IV, 42.

163. Esta versión, descubierta a comienzos de la década de 1.960 en una biblioteca privada de Jerusalén, se recoge en un manuscrito que contiene parte de su obra de AL-UDRI, Nusus an al-Andalus min Kitâb Tarsi al-ajbâr, ed. Al-Ahwani, Madrid, 1.965. Sobre las distintas interpretaciones ofrecidas al pacto de Teodomiro, cf. GUTIERREZ LLORET, S., "De la civitas a la madina: destrucción y formación de la ciudad en el sureste de Al-Andalus. El debate arqueológico", IV Congreso de Arqueología Medieval Española, I, Alicante, 1.993, pp. 13-35; LLOBREGAT CONESA, E. A., Teodomiro de Oriola: su vida y su obra, Alicante, 1.973; POCKLINGTON, R., "El emplazamiento de Iyi(h)", Sharq al-Andalus, IV, 1.987, pp. 175-198.

164. SALVADOR VENTURA, F., op. cit., pp. 43-44.

165. PROC., De bellis, II, 21, 4; III, 10, 25-11, 1; 11; 25, 3-9; IV, 13, 20; 28; 30; V, 5, 4; 8-10; VI, 14, 1-36; VII, 33, 13-14; 34, 3-45; VIII, 18, 13; 25, 7; 13; 26, 12; CORIPP., Laud. Just., III, 305-307; MENAND., Frg., 11; 14-17; JONES, A. H. M., op.

cit., p. 294; 663-664; RAVEGNANI, G., op. cit., Roma, 1.988, p. 14.

166. GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 8; ISID., Hist. Goth., 46-47.

167. GREG. I, Ep., IX, 229.

168. Chron. Caesaraug. rel., a. 568: Athanagildus Hispalim civitatem Hispaniae provinciae Baeticae sitam bello impetitam suam fecit, Cordubam vero frequenti incursiones admodum laesit. Puesto que Atanagildo murió en 567, la fecha más probable para estos ataques debe ser 565-566, como señala THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 367; 442, n. 14.

169. BURY, J. B., op. cit., II, p. 287; GOUBERT, P., "Byzance et l'Espagne wisigothique", p. 14; STEIN, E., op. cit., II, p. 563; STROHEKER, K. F., "Das Spanische Westgotenreich und Byzanz", p. 213; "Leowigild", p. 136; HILLGARTH, J. N., art. cit., p. 496.

170. THOMPSON, E. A., op. cit., p. 366; COLLINS, R., "Merida and Toledo. 550-580", Visigothic Spain. New Approaches, ed. E. James, Oxford, 1.980, p. 199; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 126.

171. JOH. BICL., Chron., a. 570, 2; 571, 3; 572, 2; 574, 1; 581, 1; 586, 1; ISID., Hist. Goth., 23; 42; 46; 47; 49; 58; 59; THOMPSON, E. A., op. cit., p. 367-369.

172. JOH. BICL., Chron., a. 579, 3; ISID., Hist. Goth., 46; 49.

TERCERA PARTE

BIZANCIO Y EL REINO DE TOLEDO

(565-624)

III. BIZANCIO Y EL REINO DE TOLEDO (565-624).

Como advertimos en su momento, al analizar la intervención imperial en Hispania, el estudio de las relaciones entre el Imperio romano de Oriente y la Península Ibérica presenta grandes dificultades, derivadas del carácter fragmentario, disperso y limitado de las fuentes a nuestra disposición. Los textos de la época son de un laconismo que puede llegara exasperar al investigador, y la epigrafía y numismática tampoco ofrecen materiales mucho más prolijos. Ciertamente, la arqueología ha aportado, en los últimos tiempos, nuevos datos, que suministran información complementaria. No obstante, hasta ahora, ninguno de los hallazgos efectuados ha contribuido a variar de manera significativa el estado de los conocimientos que ya poseíamos.

Por otra parte, es preciso señalar que los contactos entre el reino de Toledo y Bizancio no ha sido uno de los temas por los que, tradicionalmente, han mostrado sus preferencias los historiadores españoles dedicados al período visigótico. Aún así, en fechas recientes, se ha realizado un denodado esfuerzo por suplir esta carencia, y han aparecido algunos trabajos, como el de M. Vallejo Girvés, que se dedican a examinar en detalle la cuestión.

Desde el punto de vista cronológico, hemos optado por iniciar nuestro estudio a partir del deceso de Justiniano I en 565. Dos son los motivos que nos han inducido a tomar esta decisión. En primer lugar, como ya ha podido comprobarse, hemos integrado la toma de posesión de territorios hispánicos por parte de los bizantinos en el marco común de la intervención imperial

en Occidente. Y, en segundo lugar, como tendremos oportunidad de comprobar más adelante, la política exterior de Justino II (565-578), aunque se nutrió del ideal expansionista de su antecesor, llevó aparejada novedades sustanciales en el trato con los pueblos bárbaros, que abren las puertas de un nueva etapa en las relaciones de Bizancio con sus vecinos.

Uno de los primeros actos del reinado de Justino II fue poner término a la política de pagos de subsidios a los soberanos de las tribus y estados próximos a las fronteras del Imperio, que Justiniano había potenciado, durante los últimos años de su mandato, a fin de asegurar la paz. Esta medida provocó el inmediato estallido de conflictos bélicos en la Thracia y el Illyricum, invadidas, una vez más, por ávaros, búlgaros y eslavos. Otro tanto ocurrió en el frente oriental, roto por los persas en cuanto se suspendieron los pagos. De manera simultánea, en Africa se produjeron revueltas mauras que trastornaron el orden de la praefectura, favoreciendo la actuación visigoda en Hispania contra el dominio bizantino. Pero, sin lugar a dudas, la mayor catástrofe que afectó al Imperio en Occidente, en los primeros tiempos de Justino II, fue la irrupción de los lombardos en Italia; acontecimiento que iba a provocar la definitiva ruptura de la unidad política de la Península.

El fracaso de la política exterior de Justino II y el progresivo deterioro de su salud mental, condujeron al nombramiento de Tiberio, comes excubitorum, como César en 574. Desde este momento, y hasta la muerte de Justino II, cuatro años después, Tiberio, junto con la emperatriz Sofía, esposa del Augusto, sería quien ejerciese el poder efectivo.

Apenas investido de su nueva dignidad, el César emprendió una serie de acciones destinadas a asegurar las

fronteras del Imperio. Centró su atención en el frente oriental, donde, gracias al envio de un gran ejército, consiguió inclinar la balanza de la conflagración en favor de Bizancio. Al mismo tiempo, llegó a un acuerdo con los ávaros, quienes en calidad de aliados del Imperio, contendrían el avance de los eslavos. En Africa cosecharía también un importante éxito, al conseguir que uno de sus generales, el magister militum Gennadio, derrotase y sometiese a las levantiscas tribus beréberes. Sin embargo, en Italia no pudo evitar que los lombardos penetrasen en profundidad hacia el sur y se estableciesen en Spoletium y Beneventum. La causa de este desastre hay que buscarla en la prioridad otorgada por el gobierno de Constantinopla a la defensa de la frontera oriental.

Muerto Justino II en 578, le sucedió como Augusto el César Tiberio (578-582). Las grandes liberalidades con que inició su reinado y los gastos generados por las distintas guerras en curso, especialmente la de Persia, terminaron por esquilmar el tesoro del estado. No obstante, el conflicto contra los Sasánidas continuaría presentando un saldo favorable para Bizancio durante estos años. Muy distinta era la situación en el frente danubiano. Los ávaros seguros de que podían beneficiarse de la debilidad del Imperio, quebrantaron su pacto, permitiendo que en 581 los eslavos penetrasen en Macedonia y Thracia, y apoderándose ellos mismos de la ciudad de Sirmium al año siguiente. En Occidente, la situación parece haber gozado de un mayor equilibrio. El norte de Africa experimentó alteraciones importantes y en Italia se consiguió contener dentro de unos límites la expansión lombarda. Sólo en la Península Ibérica se advierte el inicio de un nuevo problema. El enfrentamiento entre el rey visigodo Leovigildo (568-586) y su hijo Hermenegildo deviene en guerra civil a partir de 582, obligando al Imperio a tomar partido por uno de los dos bandos en liza.

Unas semanas antes de que se produjese su fallecimiento, Tiberio II nombró César al comes excubitorum et magister militum per Orientem Mauricio. Tras la desaparición del soberano, este general pudo sucederle como Augusto sin ningún tipo de problemas. Su infatigable actividad militar y diplomática en la frontera oriental le permitiría cosechar importantes éxitos. En 591, aprovechando los conflictos sucesorios que conmocionaban la estabilidad interna de la Persia Sasánida, Mauricio logró sellar con Cosroes II (590-628) una paz favorable a los intereses bizantinos.

Sin embargo, la situación en el resto de las fronteras del Imperio romano era bastante problemática. Las correrías de ávaros y eslavos, que habían llegado hasta las puertas de Tesalónica, afectaban ya a la provincia griega de Achaea. El fin de la guerra con Persia permitiría al emperador conceder mayor atención al frente danubiano, cada vez más permeable y difuso. En Africa se produjeron nuevas rebeliones mauras entre 586 y 590 y, nuevamente, en 595. Todas ella serían reprimidas con rigor por el magister militum Gennadio. Mientras tanto, en Italia, donde el Imperio había logrado sellar un pacto con los lombardos en 585, volvieron a reanudarse las hostilidades, apenas hubo expirado el plazo de tres años que contemplaba el acuerdo. Las incursiones lombardas contra el centro y sur de la Península, no obtendrían el éxito deseado, por lo que en 598 los bárbaros firmaron una nueva tregua con Constantinopla que se mantendrá en vigor hasta el año 600. En Hispania también se produjeron nuevos enfrentamientos con los visigodos; aunque, en esta ocasión parece que los imperiales obtendrían cierta ventaja.

Durante la última década de su reinado, Mauricio introdujo importantes modificaciones en la estructura administrativa de los territorios occidentales. La reforma

consistió en otorgar mayores poderes al supremo mando militar de cada praefectura en detrimento de la autoridad civil. De este modo, los exarchi, que vinieron a sustituir a los antiguos magistri militum, sumarán a las atribuciones propias de los generalísimos bizantinos toda una serie de competencias anteriormente reservadas a los praefecti praetorio, interviniendo en la recaudación de impuestos, administración de justicia y asuntos religiosos. Los exarchi gobernarán como auténticos virreyes, ya que sólo serán responsables ante la persona del emperador.

La reforma se aplicó en las praefecturae de Africa e Italia, zonas afectadas por conflictos bélicos de carácter endémico, que demandaban un fortalecimiento del poder militar. No obstante, la importancia real del cambio radica en el hecho de que sirvió de base a la organización de los themas, circunscripciones administrativas, establecidas en el siglo VII para Oriente, en las que competencias civiles y militares recaían sobre un mismo cargo. Semejante innovación pondría término, de manera definitiva, a la división de poderes instaurada por Diocleciano.

Por otra parte, es necesario advertir que, a lo largo del reinado de Mauricio, afloraron toda una serie de problemas estructurales, que el Imperio venía arrastrando desde hacía bastante tiempo, y que, en última instancia, no sólo conducirán a la desintegración del sistema justinianeo, sino también a la del mismo modelo estatal tardorromano.

La indisciplina de las tropas, provocada por retrasos en el pago de la soldada o por reducciones en el monto de la misma, era causa frecuente de rebeliones, una de las cuales le costaría el trono y la vida a Mauricio. Ahora bien, el problema

militar, derivado en buena medida de la escasez de recursos para sostener el sistema defensivo del Imperio, tal y como se había articulado en tiempos de Justiniano, tan sólo era una de las dificultades con las que se enfrentaron los inmediatos sucesores de aquel emperador.

La crisis económica, en la que vive inmerso el mundo mediterráneo desde 540, como consecuencia de la drástica reducción de mano de obra agraria que se produce a partir de esta fecha, es, sin duda, el factor clave para comprender la descomposición del orden justinianeo. Los reiterados brotes epidémicos, las guerras, invasiones y desastres naturales, que asolaron el Imperio durante la segunda mitad del siglo VI, generarían una profunda recesión demográfica, que vino a incidir sobre un sistema productivo muy frágil, basado en la explotación extensiva del suelo mediante métodos y técnicas tradicionales.

Los efectos de esta crisis no se dejaron sentir por igual en todos los sectores sociales. Quienes llevaron la peor parte fueron los antiguos grandes y medianos propietarios; en concreto, la aristocracia senatorial, la Iglesia y los curiales de las ciudades. Todos ellos tuvieron problemas para reclutar mano de obra, especialmente los dos últimos grupos. La Iglesia, al carecer de poder coercitivo directo, no pudo evitar la huída de los cultivadores de sus campos. Y puesto que, además, le estaba prohibido enajenar sus bienes, sólo, con la autorización del emperador, le fue posible recurrir a la venta de tierras, como medio de obtener el dinero necesario para afrontar la reforma de sus estructuras productivas. Los curiales, auténtica burguesía municipal, que en Oriente había gestionado la administración de las ciudades hasta el reinado de Anastasio, se hallaban, a mediados del siglo VI, en franco declive. Privados de sus funciones y mermados en sus efectivos por la peste y la

emigración de los más ricos, que marchaban a la capital en busca de oportunidades de promoción, no disponían de liquidez, y, en consecuencia, no estaban en situación de ofrecer mejores condiciones a loa campesinos, para que permaneciesen en sus propiedades.

En tales circunstancias, emerge una nueva élite de potentados locales, cuyos primeros representantes se encuentran documentados ya en tiempos de Justiniano. A diferencia de la antigua aristocracia, estrechamente vinculada al servicio del estado, estos terratenientes sólo se preccuparon por incrementar su poder personal en ámbitos espaciales muy definidos. Con el propósito de lograr este objetivo, brindaron mejores condiciones a los agricultores, obteniendo así mano de obra y rentas, en detrimento de la Iglesia, de los curiales, e incluso de muchas viejas familias de la aristocracia senatorial, que se vieron forzadas a seguir su ejemplo, para no perder a los cultivadores de sus fundos.

Evidentemente, el pequeño campesino salió beneficiado de la crisis. En los grandes dominios de Oriente, los antiguos colonos fueron sustituidos, de manera sistemática, por enfiteutas, que disfrutaban de una concesión perpetua de tierras, a cambio del pago de un alquiler moderado. Con el tiempo, muchos de ellos llegaron a librarse de esta formalidad, aproximándose a la plena propiedad del suelo. El estado, deseoso de ampliar y consolidar su base de contribuyentes, favoreció el proceso de expansión del pequeño campesinado libre, mediante la reducción de impuestos y la condonación de deudas fiscales, permitiendo así a los agricultores invertir sus ahorros en la tierra.

Sin embargo, las trasformaciones sociales que se estaban produciendo en Oriente comportaban graves riesgos para

la estabilidad política del Imperio. La nueva élite de potentados locales, que, a diferencia de la vieja aristocracia senatorial, no estaba comprometida en la defensa de los intereses del estado, dio precoces muestras de tendencias centrífugas. Su alianza con el episcopado, que había asumido gran parte de las funciones en otro tiempo ejercidas por las curias municipales, le facilitaría el acceso al control de los centros urbanos y la administración territorial. De hecho, a partir del reinado de Justino II, los gobernadores de cada provincia fueron nominados por los obispos y notables de la misma. El gobierno de Constantinopla se contentaba con que los ingresos fiscales continuasen afluyendo, puntualmente, a las arcas de las tesorerías públicas.

En Egipto, Palestina, Siria, Mesopotamia y Armenia, el autonomismo de la nueva clase de potentados locales entroncó con las ansias de independencia del clero monofisita, adverso a la ortodoxia, que los representantes del poder central intentaban imponer, recurriendo, en ocasiones, a la represión violenta, como la que se produjo en Armenia, después de la victoria sobre los persas en 591, o la que, por la misma época, dirigió Domiciano de Melitene (Malatya), primo del emperador Mauricio, en la Mesopotamia romana. No resulta extraño, que la población de las provincias más orientales del Imperio manifestasen su rechazo hacia el aparato burocrático del estado y las altas jerarquías de la administración civil y militar, por lo general en manos de miembros de la aristocracia cortesana adictos al credo de Calcedonia. En este marco de circunstancias, la autogestión concedida a las ciudades y provincias constituía un grave peligro para el mantenimiento de la unidad del Imperio, ya que en caso de crisis política, cada núcleo urbano podía decidir, con absoluta independencia, si deseaba permanecer en el marco del estado romano o abandonarlo.

Una rebelión militar será el factor detonante que haga saltar en pedazos un sistema caduco, que hacia aguas por todas partes. En 602, Mauricio, acuciado por crecientes dificultades financieras, se vio obligado a reducir la paga del ejército del Danubio. Las tropas, que habían invernado al norte del río, a fin de mantener las posiciones adquiridas durante la campaña del año anterior, se amotinaron y proclamaron emperador a Focas, un suboficial de oscuro origen. El estallido de una rebelión en la capital, protagonizada por las asociaciones deportivas del hipódromo, precipitaría la caída de Mauricio, que fue degollado junto con todos sus hijos varones.

Focas, convertido en emperador, instauró un régimen de terror en Constantinopla, decretando periódicas purgas entre los miembros más conspicuos de la vieja aristocracia senatorial, cuyos efectivos iban a quedar disminuidos, a consecuencia de las ejecuciones y deportaciones masivas ordenadas por el nuevo soberano. De manera inmediata estallarían conflictos en las provincias. Numerosos gobernadores y generales se mostraban reticentes a acatar la autoridad del usurpador. Narsés, magister utriusque militiae per Orientem, se alzó en armas contra Focas, solicitando la ayuda de Cosroes II, con lo que dio comienzo una nueva guerra contra Persia en el marco de la contienda civil. En las principales ciudades de Oriente se produjeron graves desordenes. Y el desguarnecido limes danubiano se hundió definitivamente. En Italia los lombardos reanudaron la ofensiva, capturando toda una serie de plazas bizantinas.

La salvación del Imperio procedería por última vez de Occidente. En 608, Heraclio, exarchus Africae, se alzó contra el régimen de Constantinopla, enarbolando la bandera de la legitimidad. Dos años después, el joven Heraclio, hijo del exarchus, desembarcó en la capital y puso fin al reinado de

Focas, que pereció del mismo modo que él hiciese morir a Mauricio.

Heraclio heredó una situación profundamente deteriorada. A los conflictos bélicos iniciados en época de su antecesor, se añadían graves problemas de índole financiera. Las arcas del estado se hallaban vacías, en un momento en que el Imperio debía hacer a una doble amenaza exterior: en Oriente los persas avanzaban incontenibles a través del territorio bizantino, hacia el Mediterráneo, y en los Balcanes ávaros y eslavos, tras haber roto el limes danubiano, se dedicaban a saquear las provincias de Macedonia y Dalmatia. El panorama se complicaba aún más con desordenes de carácter interno. Las poblaciones monofisitas y judías de las regiones más orientales del Imperio se mostraban levantiscas y dispuestas a colaborar con el enemigo.

Durante los primeros años del reinado de Heraclio, los persas ocuparon la Armenia y la Mesopotamia romanas, Siria, Palestina y Egipto, mientras los ávaros devastaban la costa dálmata. En 618, la situación era tan desesperada que Heraclio pensó seriamente trasladar la capital del Imperio a Cartago. Ante tal eventualidad, el patriarca Sergio de Constantinopla puso a disposición del soberano un importante suma de dinero, procedente de las rentas y tesoros de la Iglesia, a fin de que pudiese volver a poner en marcha la campaña contra los persas. En 619, después de haber firmado un acuerdo con los ávaros, Heraclio emprendió la reconquista de las provincias orientales, al tiempo que promovía una profunda reforma del aparato administrativo, que, rompiendo con la tradición tardorromana, introdujo formas propias del estado bizantino medieval.

Aunque, durante las campañas de 621-622, el soberano obtuvo resonantes victorias, lo cierto es que la guerra con

Persia se prolongó hasta el año 627, alternándose con nuevas operaciones contra los ávaros y eslavos en los Balcanes. El hecho de que el emperador concentrase toda su atención en los problemas de Oriente, fue en detrimento de los territorios occidentales del Imperio. Aunque Africa permaneció en paz, visigodos y lombardos aprovecharon las dificultades por las que atravesaba el gobierno de Constantinopla en el este para reanudar las hostilidades. En Hispania, el rey godo Sisebuto (612-621) llevó a cabo una serie de operaciones militares contra los imperiales en 614-615, que se saldaría con la conquista de una amplia franja territorial. Suintila (621-631) completaría la obra de su antecesor, expulsando a los bizantinos del territorio peninsular en 624. Al año siguiente, los lombardos, posiblemente animados por el éxito de los visigodos, comenzaron a hostigar a las fuerzas imperiales en Italia.

Pese a que los bizantinos continuaron controlando las islas Baleares y la plaza africana de Septem, las noticias respecto a las relaciones entre el Imperio y el reino de Toledo son escasísimas después de 630. Conviene recordar que los dos grandes acontecimientos que definen la historia del mundo mediterráneo a partir de esta última fecha son la expansión del Islam y la configuración del Califato de Damasco como potencia rival del Bizancio sobre las aguas del antiguo Mare Nostrum. Con la aparición del poder musulmán en el Mediterráneo, se quiebra definitivamente la unidad política restaurada por Justiniano y conservada, a costa de innumerables sacrificios, por sus sucesores. Bizancio, el Califato y el reino franco se repartirán, a partir de comienzos del siglo VIII, los antiguos dominios de Roma, configurando, así, el mapa geopolítico de la Alta Edad Media.

Atendiendo a la diversidad de la documentación

empleada en esta última parte de nuestro estudio, hemos optado por organizar el material informativo en dos grandes unidades temáticas. La primera de ellas dedicada al análisis de las relaciones de poder entre el Imperio romano de Oriente y el reino de Toledo, en el común marco mediterráneo, durante el período que se extiende desde el advenimiento de Justino II en 565 a la conquista visigoda de la provincia imperial de Spania en 624. Por lo que se refiere a la segunda unidad, aborda la problemática interna del dominio hispanobizantino, atendiendo a cuestiones tales como su organización administrativa y militar, actividad mercantil y conflictos religiosos. Aspectos que resulta imprescindible examinar, dada su íntima conexión con las transformaciones políticas que se produjeron a lo largo de esta época.

1. La ruptura del orden justinianeo y su reflejo en Occidente.

Las relaciones de poder en el mundo mediterráneo, durante el período que se extiende entre la muerte del emperador Justiniano en 565 y el comienzo de la expansión árabe en 634, se hallan, en gran medida, reguladas por la contradicción que supone para el gobierno de Constantinopla combinar el mantenimiento del sistema de gestión centralizada del Imperio con la necesidad de satisfacer, de manera plena, las demandas financieras y defensivas del estado. A despecho de los esfuerzos efectuados por las autoridades bizantinas, a fin de cubrir ambos objetivos, las acuciantes circunstancias sociales y económicas condujeron a un progresivo e inexorable desmantelamiento del orden justinianeo.

Insertar en este marco los contactos del Imperio con el reino visigodo no resulta tarea fácil, pues a las dificultades, que como veremos, presentan las fuentes de la época, se añade la escasez de estudios dedicados al tema y la

perspectiva exclusivamente peninsular que adoptan la mayoría de ellos. Algo que, a nuestro parecer, empobrece notablemente sus resultados. De ahí que, como viene siendo norma general en este trabajo, nos hallamos impuesto la obligación de abordar la problemática hispana, a partir del desarrollo del proceso histórico en su más amplia dimensión mediterránea.

Las fuentes para el estudio de este período son amplias y contemporáneas, especialmente en lo que atañe al Mediterráneo oriental, Italia y las Galias. Los fragmentos de Menandro y Juan de Antioquía, junto a la obra histórica de Teofilacto Simocatés y el Chronicon Paschale, resultan enormemente útiles a la hora de establecer una secuencia de los principales acontecimientos. La Historia Ecclesiastica del obispo monofisita Juan de Efeso, conservada en versión siriaca, nos ofrece el resultado de las observaciones de un personaje bien familiarizado con la vida cortesana y la política que se hacia en tiempos de Justino II (565-578) y Tiberio II Constantino (578-582). Desde la ortodoxia, contamos con Evagrio y su Historia Ecclesiastica, que, además de problemas estrictamente religiosos, aborda cuestiones de índole política, social y económica. Gregorio de Tours y su Historia Francorum nos ayudan a iluminar el panorama de las Galias, al igual que las obras del papa Gregorio I, en especial su Registrum Epistolarum, valioso repertorio que nos permite reconstruir la situación italiana y las relaciones diplomáticas entre los distintos poderes que se asomaban al Mediterráneo en el reinado de Mauricio (582-602). Sin prodigarse en la abundancia, también disponemos de información de interés para la historia peninsular, en concreto el Chronicon de Juan de Bíclaro y la Historia Gothorum de Isidoro, cuyo laconismo garantiza cierta objetividad un tanto positivista, la que se deriva de la presentación de los hechos desnudos.

En cualquier caso, conviene recordar que la mayoría de las fuentes enumeradas, originalmente, formaron parte del acervo de la historiografía oficial de los distintos estados mediterráneos, y con frecuencia presentan una visión partidista de los acontecimientos, cuando no deliberadamente sesgada. En consecuencia, el investigador se ve obligado a realizar un arduo trabajo crítico, frecuentemente, leyendo entre líneas, a fin de rastrear la concatenación real de los sucesos, que muchas veces nada tiene que ver con la versión oficial que se ofrece de los mismos.

Puesto que el material a nuestra disposición es abundante, hemos optado por organizarlo en función de los reinados de los distintos emperadores bizantinos de la época, teniendo siempre muy en cuenta los cambios impulsados por cada uno de ellos. No en vano, las líneas de actuación dictadas desde Constantinopla eran las que, en buena medida, marcaban las directrices políticas a seguir en las provincias y, como tendremos oportunidad de comprobar, condicionaban las relaciones del Imperio con los pueblos limítrofes, lo que incluye, por supuesto, a los visigodos.

El primer epígrafe de este capítulo se centra en el estudio de la corregencia de Justino II y Sofía, período que se extiende de 565 a 574, y que viene marcado por una brusca ruptura con la política financiera y defensiva desarrollada por Justiniano en los últimos años de su reinado. Semejante inflexión tendrá como resultado el estallido de conflictos bélicos en todas las fronteras del Imperio, incluidas las existentes con el reino visigodo.

En el segundo epígrafe abarcamos un amplia etapa, que incluye toda la trayectoria de Tiberio II Constantino al frente

del poder supremo, primero como César, desde 574 a 578, y, a continuación como Augusto, hasta su muerte en 582, prolongándose a lo largo del primer trienio del reinado de su yerno y sucesor Mauricio. La demarcación de tales límites cronológicos no responde a un mero capricho. Se fundamenta en el carácter uniforme de la actuación política del gobierno imperial, durante todo este período, en el que se intentó restablecer la seguridad en las fronteras, apelando al uso de las viejas fórmulas pactuales ensayadas con éxito por Justiniano. Desafortunadamente, la espiral de violencia desatada bajo el reinado conjunto de Justino II y Sofía no podrá ser erradicada, y Constantinopla habrá de compaginar una política de acuerdos puntuales con la defensa armada de aquellas zonas del limes donde ya no era posible resolver los enfrentamientos por vía diplomática. Coincide con esta fase la usurpación del príncipe Hermenegildo; conflicto con claras derivaciones internacionales, en el que el Imperio, dada su posición geoestratégica, está llamado a jugar un papel de primer orden.

Desaparecido Tiberio, su sucesor, Mauricio, se mantendrá apegado, por algún tiempo, a la línea que el primero había venido desarrollando; pero, a partir de 584, cambiará de rumbo, imprimiendo a su política exterior un dinamismo que no se conocía desde los tiempos de la reconquista justinianea.

Precisamente, el tercer epígrafe se ocupará de esta nueva fase. Convencido de que las formulas pactistas justinianeas no resultaban ya viables, Mauricio se decantará por métodos agresivos, destinados no sólo a garantizar la seguridad de las fronteras, sino a ampliarlas. Este hecho puede constantarse en la Península Ibérica, donde Recaredo habrá de enfrentarse a las tendencias expansionistas de Bizancio. Mauricio será el sucesor de Justiniano que mejor sepa adecuarse al ideal de universalidad

del Imperio y a la defensa del legado territorial.

El cuarto epígrafe aborda la conflictiva época del reinado de Focas, en la que la inestabilidad generada por los problemas en torno a la legitimidad de su ascenso al trono, las guerras de frontera, los conflictos religiosos de carácter "nacional", la crisis financiera y la oposición de la aristocracia administrativa, precipitarán la desmembración del estado universal tardorromano. Pese a todo, los visigodos no aprovecherán la ocasión para efectuar conquistas a costa del Imperio. A partir de este momento, las fuentes para el estudio de las relaciones entre Constantinopla y Toledo, ya de por sí escasas, se reducen notablemente, con lo que tampoco es posible arrojar demasiada luz sobre la evolución de los acontecimientos.

En el quinto y último epígrafe se analizará el período álgido de la crisis del estado universal romano, que se corresponde con el reinado del emperador Heraclio. Este soberano habrá de hacer frente a los problemas heredados de su predecesor, en especial la guerra con Persia, el hundimiento de la frontera danubiana y las dificultades económicas, derivadas de la financiación de unas campañas militares cada vez más costosas. Tras dos décadas de enfrentamientos, Bizancio logrará doblegar a los persas; pero a un elevadísimo precio, ya que no sólo se verá obligado a desguarnecer importantes enclaves de las fronteras occidentales, posibilitando, por ejemplo, la ocupación visigoda de los territorios peninsulares, sino que además quedará debilitado internamente en las provincias orientales, donde el recrudecimiento de los conflictos religiosos de carácter "nacional", favorecerá, a partir de la década de 630, la expansión árabe.

1.1. La corregencia de Justino II y Sofía.

1.1.1. Política financiera y de defensa.

En el transcurso de la noche del 14 al 15 de noviembre de 565, fallecía el emperador Justiniano I a los 83 años de edad en el Sacrum Palatium de Constantinopla. Había reinado 38 años 7 meses y 13 días. Dejaba 2 sobrinos, Justino y Marcelo, hijos de su hermana Vigilancia, además de los 3 vástagos de su primo Germano: Justino, Justiniano, y Germano Póstumo. Dado que no había designado heredero a ninguno de ellos, se planteaba un grave problema sucesorio.

Para la cúpula militar, el primogénito de Germano, Justino, que en aquellos momentos ocupaba el cargo de magister utriusque militiae per Illyricum, parecía el hombre adecuado, ya que a sus éxitos militares sumaba una gran popularidad. Pero finalmente, sería el otro Justino, el hijo de Vigilancia, quien vestiría la púrpura, gracias a un golpe de palacio. En 565, Justino era un hombre de mediana edad, que ejercía el cargo de cura palatii, cumbre de una oscura carrera, que, sin embargo, le había permitido cultivar excelentes relaciones con los más poderosos dignatarios de la corte. No en vano, a la muerte de su tío, tales contactos le allanarían el camino al solio. Altos funcionarios del cubiculum, el comes excubitorum, la aristocracia senatorial y el clero de la capital, se pusieron de acuerdo para apoyar su candidatura. El eunuco Calínico, praepositus sacri cubiculi et sacellarius, presente en el óbito de Justiniano, afirmó que, antes de expirar, el difunto soberano le había expresado verbalmente su voluntad de que el hijo mayor de Vigilancia le sucediese. Inmediatamente, Justino fue elegido emperador por el Senado, y, proclamado Augusto por los excubitores, al mando del comes Tiberio, quien, por su parte,

debía el cargo que ostentaba a los buenos oficios de Calínico y del propio sobrino de Justiniano. A continuación, Justino fue coronado por Juan Escolástico, patriarca de Constantinopla. Todos estos actos se celebraron en Palacio a puerta cerrada y con gran precipitación. El pueblo no tuvo noticia de nada, hasta que el nuevo basileus no se presentó en el khatisma del hipódromo, para ser aclamado por la multitud[1].

Sofía, sobrina de la emperatriz Teodora y esposa de Justino, fue coronada junto con su marido. Así se desprende de las aclamaciones dirigidas a ella y su esposo, que recoge Coripo, poeta oficial de la corte y autor del panegírico de la coronación. Llegados a este punto, es preciso señalar que Sofía no fue elevada al solio como una mera emperatriz consorte, sino como soberana corregente. Prueba de ello es que, desde un principio, su imagen aparece en las monedas junto a la del emperador, y su nombre consta en todos los documentos oficiales, a continuación del de su esposo. Teniendo en consideración este hecho, frecuentemente ignorado, resulta sencillo entender por qué los historiadores de la época conceden tanta o más atención a los actos de Sofía que a los de Justino. A decir verdad, en más de una ocasión se advierte que los contemporáneos consideraban a la emperatriz como el elemento políticamente dominante de la corregencia. Cosa que, dado el precario estado de salud mental del emperador, no debe causar estupor. A ella se atribuye, por ejemplo, la eliminación del general Justino. Destituido de su cargo, a fin de que no pudiese emplear el ejército del Illyricum para imponerse como soberano, se le envió a Alejandría, donde hallaría la muerte a manos de miembros del círculo de la emperatriz (factione Sophiae Augustae in Alexandria occiditur)[2].

La intervención de Sofía en materia de política financiera demuestra que la emperatriz fue en gran medida la

responsable de los cambios políticos de esta época. Por sugerencia de la soberana y con motivo de su advenimiento, Justino perdonó los atrasos de los impuestos, y, además reintegró los empréstitos que Justiniano había arrancado por la fuerza a los banqueros de Constantinopla. Teófanes señala que al año siguiente, Sofía volvió a tomar la misma iniciativa. Sin embargo, tras estas primeras liberalidades, el gobierno imperial se mostró muy estricto con la recaudación de impuestos. Algo comprensible, dada la difícil situación financiera por la que atravesaba el estado, a causa de la política defensiva desarrollada por Justiniano. De todas las cargas económicas que este emperador legó a sus sucesores, la más pesada era, sin duda, la de subvenir al mantenimiento de la paz y la seguridad en las fronteras del Imperio. Justiniano había orientado buena parte de su acción de gobierno al restablecimiento de la autoridad imperial en el Occidente mediterráneo, constituyendo, como hemos visto, una serie de limites en profundidad poderosamente fortificados, y firmando pactos con los pueblos vecinos. Estos acuerdos contemplaban el pago de elevados subsidios anuales, lo que gravaba las arcas del estado. Justino II y Sofía, como su antecesor, eran partidarios de mantener la potestad imperial sobre Occidente, pero, conscientes de que los recursos económicos acumulados desde los tiempos de Anastasio se estaban agotando, decidieron efectuar un giro en materia de política financiera, optando por suprimir el pago de annonae a los bárbaros. Semejante medida comportó, a su vez, una modificación en la política defensiva del Imperio, que pasó del sistema pactual característico del período tardojustinianeo a una postura de abierta beligerancia[3].

La ideología oficial emanada de la corte estaba en sintonía con los reajustes financieros. Durante los últimos años del reinado de Justiniano, los grupos de presión adversos al pago

de annonae, particularmente el cubiculum, la aristocracia latifundista y los financieros de la capital, principales afectados por el sistema, habían ido desarrollado una concepción de la dignidad imperial incompatible con dicha política. Agrupados en torno a Justino y Sofía, tacharon como actitud impropia de un emperador romano el pagar subsidios a pueblos bárbaros a cambio de su lealtad. En el panegírico compuesto por Coripo con motivo de la coronación de Justino y Sofía se deja claro que la sagrada misión del basileus, a quien "el Hacedor de todo ha encargado el gobierno de lo que El creó", era hacer resplandecer el poderío de Roma en medio de los pueblos e imponer la paz por la fuerza de las armas, si ello era necesario. Prueba de que estas formulaciones teóricas se habían gestado hacía ya tiempo, es que el 21 de noviembre de 565, apenas llegado al trono, Justino II despidió sin atender sus peticiones a una embajada de los ávaros, que demandaba la renovación del acuerdo pactado con Justiniano, y la continuidad del pago de annonae. Poco después, rehusó abonar los subsidios que su tío había acordado entregar a los árabes aliados de Persia, y recibió con frialdad a los embajadores de Cosroes, que habían acudido a Constantinopla, con el propósito de tratar una disputa sobre límites territoriales[4].

Los primeros efectos de la nueva política financiera sobre los sistemas defensivos del Imperio se dejaron sentir, casi de manera inmediata, en el limes más débil, el danubiano. Hacia 565 las tierras del Danubio se hallaban ocupadas por lombardos, gépidos y ávaros. Justiniano había utilizado a los lombados en sus campañas italianas contra los ostrogodos, para, más tarde, lanzarlos contra los gépidos, que, 30 años antes, habían ocupado la Pannonia Secunda, apoderándose de las ciudades de Sirmium (Mitrovitza) y de Singidunum (Belgrado). En 566, los gépidos, incapaces de hacer frente por sí solos a la presión lombarda,

solicitaron la ayuda de Constantinopla. El gobierno imperial, considerando que los gépidos constituían una amenaza menor para sus intereses en la región que los lombardos, accedió a sus demandas de auxilio, aunque a cambio exigió la restitución de Sirmium. En principio, los gépidos asumieron este compromiso. No obstante, cuando los refuerzos enviados por el emperador se personaron en la Pannonia, los bárbaros se negaron a entregar la plaza; por lo que los bizantinos decidieron retirarse, permitiendo que una coalición de lombardos y ávaros destruyese el reino gépido. Los ávaros, establecidos desde hacía algún tiempo entre las cuencas del Theiss y el Danubio, en los límites del Noricum, se adueñaron ahora el territorio gépido, tomaron posesión de Sirmium y exigieron, nuevamente, el pago de subsidios al Imperio. Justino, que deseaba recuperar Sirmium, se negó a reconocer la ocupación de la zona y, en consonancia con los dictados de su política financiera, rehusó abonar las annonae requeridas por los bárbaros. Poco después, éstos emprendían una serie de acciones depredatorias contra Dalmatia y las Thraciae. Finalmente, en 571 el gobierno de Constantinopla se vio obligado a claudicar y firmó un pacto con los ávaros, en virtud del cual se reconocía su establecimiento en los antiguos territorios gépidos, exceptuando Sirmium, que debía retornar al Imperio[5].

Pero la consecuencia más grave de la destrucción del reino gépido y de las negativas de Constantinopla a pagar subsidios a los ávaros, no se hizo sentir en los Balcanes, sino en Italia. A comienzos de la primavera de 568, los lombardos, empujados por el avance de los ávaros en guerra con Bizancio, forzaron el limes de Friul y penetraron en la Península, bajo la dirección de su rey Alboin (568-572). Les acompañaban grupos de gépidos, búlgaros, sármatas, suevos, turingios, bávaros, sajones, taifales y provinciales romanos de las Pannoniae. El ejército imperial no salió a su encuentro, ya que la mayor parte de las

fuerzas de campaña habían sido trasladadas a los Balcanes para combatir a los ávaros. Sin embargo, las guarniciones urbanas resistieron por bastante tiempo atrincheradas tras los muros de las ciudades, transformando la conquista lombarda de Italia en un lento proceso. A lo largo de 568, los bárbaros se apoderaron de casi toda Venetia, con excepción de la costa adriática. Sin duda, Alboin abrigaba la esperanza de ocupar el lugar de los ostrogodos y establecer su corte en Ravenna, pero ante la imposibilidad de marchar sobre esta plaza, al año siguiente, se adentró en la llanura del Po hasta alcanzar el interior de la Emilia. Mediolanum cayó en sus manos el 3 de septiembre de 569. Aunque la ciudad se hallaba muy degradada, conservaba aún intacto su prestigio como antigua residencia imperial y sede ocasional de la corte de Teodorico, por lo que el monarca lombardo comenzó a contar los años de su reinado como dominus Italiae a partir del día de la toma de esta plaza. La resistencia bizantina en el norte de Italia se organizó en torno a Ticinum, que sostuvo un cerco de tres años, y no fue capturada hasta 572. Con todo, la ciudad no llegaría a convertirse en capital del reino lombardo hasta 626, ya que Alboin decidió instalar su corte en Verona[6].

El avance de los lombardos a través del norte de Italia comportó el abandonó de los campos por parte de los cultivadores y la extensión del hambre entre las poblaciones latinas refugiadas en las ciudades. De la mano del hambre vinieron las epidemias, entre las que destacó la de peste bubónica del año 571, que desde la Liguria pasó a las Galias, llegando hasta el territorio de los alamanes y los bávaros. Poco después de la toma de Ticinum, Alboin caía asesinado, víctima de una conjura nobiliaria liderada por su propia esposa, la reina Rosamunda. Su sucesor, Cleph, corrió la misma suerte en 574, a mano de uno de sus pajes. Durante la siguiente década, los lombardos no eligieron rey, sino que permanecieron divididos en

una treintena de grupos, liderados por caudillos guerreros, los duces. Este hecho ralentizaría todavía más la conquista de Italia[7].

La situación en el norte de África no era mucho mejor. Aunque, a comienzos del reinado de Justino II, ciertas regiones de la praefectura, especialmente la provincia de Zeugitana, habían recuperado parte de su antigua prosperidad, la amenaza beréber continuaba exigiendo un importante esfuerzo económico por parte del Imperio; ya que no sólo era necesario sufragar los gastos que ocasionaba el mantenimiento del limes, sino también el pago de los subsidios acordados por Justiniano con los caudillos mauros.

En la primavera de 569, el territorio bizantino fue invadido por una confederación tribal liderada por el príncipe mauro Garmul, quien sembró la devastación en la Mauritania Prima, la Numidia y Byzacium. Ignoramos qué razones impulsaron a este soberano a alzarse contra el poder de Constantinopla. De todos modos, no puede descartarse la posibilidad de que su agresión estuviese motivada por una negativa del Imperio a pagar los subsidios estipulados en los pacta. El praefectus praetorio Teodoro, viendo peligrar la seguridad de la Zeugitana, salió al encuentro del enemigo, pero no pudo contenerle. Sus tropas fueron derrotadas por los beréberes y él mismo halló la muerte en el campo de batalla. Al año siguiente, el magister militum Africae Teoctisto pereció en un segundo intento fallido de poner coto a las rapiñas de Garmul. Amable, su sucesor en el magisterium militiae, corrió idéntica suerte en el verano de 571. La violencia de la contienda, que por entonces entraba en su tercer año, debió desencadenar una oleada de refugiados. Entre ellos parece contarse el abad Donato y su comunidad, de 70 monjes, que embarcaron rumbo a la Península Ibérica, llevando consigo su rica

biblioteca[8].

Pero donde la nueva política financiera de Justino y Sofía tuvo repercusiones más graves y duraderas fue en el limes oriental. Desde los primeros tiempos de la corregencia, el gobierno de Constantinopla había intentado proyectar su influencia sobre la Armenia persa y la región del Cáucaso, territorios que revestían un especial interés estratégico y constituían una fuente de recursos humanos para el ejército bizantino. Las autoridades imperiales sabían que a no tardar mucho se reanudarían las hostilidades con Persia, ya que las dificultades financieras por las que atravesaba el estado no permitían hacer frente al desembolso periódico de oro previsto en el tratado de 562. En tanto llegaba ese momento, Bizancio consideraba preciso tomar posiciones, a fin de evitar que el estallido de la guerra le sorprendiese en una posición de inferioridad.

Aconsejado por sus generales, Justino II estableció pactos con los iberos, con los armenios sometidos al yugo persa, y con los turcos occidentales, cuyo Imperio se extendía desde las fronteras de China hasta la Transoxiana. Estas alianzas generaron alarma en Ctesiphonte, ya que se temía, no sin razón, que Constantinopla se dispusiese a denunciar el tratado de 562. De acuerdo con las condiciones pactadas entonces, Justiniano había pagado por adelantado siete años de subsidios, y en 568, Justino hizo efectivas las cantidades correspondientes a otros tres. Pero cuando transcurrido este período, llegó el momento de volver a abonar el siguiente trienio, el gobierno imperial rehusó hacerlo, provocando la ruptura de hostilidades en la frontera. Las primeras acciones, que se desarrollaron a partir de 572, estuvieron supervisadas por el patricio Marciano, pariente del emperador Justino, que fue nombrado magister utriusque militiae

per Orientem y recibió ordenes de penetrar con sus tropas en la Arzanena, satrapía situada en el límite meridional de la Armenia persa. Marciano avanzó, sin encontrar resistencia digna de consideración, hasta la estratégica plaza de Nisibis, a la que puso sitio. Mientras tanto, otro ejército bizantino, al mando del general Justiniano, sobrino-nieto de Justino I, se adentraba en el nordeste de Armenia, apoderándose de Dvin. En respuesta a la agresión, las fuerzas de Cosroes invadieron Siria, y tras saquear Apamea, cuya población fue reducida al cautiverio, retornaron a sus fronteras. En el transcurso de los siguientes meses, los persas lograron levantar el asedio de Nisibis, y el 15 de noviembre de 573 entraban triunfantes en la ciudad bizantina de Dara°.

La perdida de esta importante plaza unida al *progresivo deterioro del estado de salud mental de Justino II* obligó al gobierno de Constantinopla, presidido ahora por la emperatriz Sofía con el respaldo del comes excubitorum Tiberio, a concluir una tregua con Persia. Por otra parte, un nuevo brote de peste bubónica, que causaba estragos en la mitad oriental del Imperio, afectando a Constantinopla y Antioquía, aconsejaba llegar a un acuerdo inmediato con el Gran Rey. A cambio de la entrega de 45.000 sueldos, el monarca Sasánida se avino a firmar el armisticio. Poco después, el 7 de diciembre de 574, aprovechando un intervalo de lucidez de Justino, Sofía hizo que éste adoptase como hijo y proclamase César a Tiberio, quien recibió el nombre de Flavio Anicio Tiberio Constantino. Aquel mismo día cesó el azote de la peste en Constantinopla, lo que se tuvo por buen augurio. Tiberio, de origen tracio, era miembro del círculo íntimo de Justino y Sofía. Había tomado contacto con ellos hacia 562, siendo apenas un adolescente, cuando entró al servicio de la corte, como notarius del officium del cura palatii, cargo que, a la sazón ocupaba Justino. En los últimos

años del reinado de Justiniano, el joven alcanzó la comitiva excubitorum, avalado por su protector Justino y por el eunuco Calínico. Sofía, al elevar a Tiberio al cesariato, contemplaba la posibilidad de continuar gobernando el Imperio a su lado, en caso de que Justino falleciese repentinamente. Un oportuno matrimonio con el joven César, tras su coronación como Augusto, resolvería cualquier dificultad. No en vano, el camino a seguir estaba trazado por la boda de Pulqueria, hermana de Teodosio II, con Marciano y por la de Ariadna, viuda de Zenón, con Anastasio[10].

Desafortunadamente para Sofía, poco después de la proclamación de Tiberio, se descubrió que el César no sólo estaba casado en secreto con una tal Ino, sino que de esta unión habían nacido tres hijos. La emperatriz, convencida de que lograría la disolución del matrimonio, no permitió el acceso de Ino al Sacrum Palatium, durante los cuatro años que Tiberio ostentó la dignidad de César, por lo que la esposa y los hijos de éste tuvieron que instalarse en el palacio de Hormisdas, adonde Tiberio acudía por las noches de incógnito para visitarlos. Ante el fracaso de estas medidas de presión, Sofía propuso al César que, tras la muerte de Justino, se casara con ella o, si lo prefería, con su hija Arabia. Pero Tiberio rechazó ambas ofertas. A diferencia de Marciano y Anastasio, había sido investido César por el emperador reinante, y no necesitaba legitimar su autoridad contrayendo matrimonio con un miembro de la familia imperial. Por otro lado, es muy probable que deseara librarse de la tutela política del círculo de Sofía, quien, despechada, hubo de contentarse con prohibir a las damas de la corte acudir a presentar sus respetos a la esposa del César[11].

A la perdida de Dara y a las luchas entre dos facciones cortesanas por el control del poder supremo venían a

sumarse, como elemento desestabilizador, los conflictos religiosos entre el gobierno de Constantinopla, defensor de la ortodoxia oficial, y la población monofisita de las provincias orientales, que, por otra parte, era la que habitualmente sufría las consecuencias directas de las guerras con Persia.

Durante los primeros años de la corregencia de Justino y Sofía, los sectores dirigentes del gobierno imperial pusieron en práctica una política religiosa orientada a la conciliación, en abierta ruptura con los métodos coercitivos empleados por Justiniano en los últimos tiempos de su reinado. No hay que olvidar que la propia emperatriz, educada en la corte de su tía Teodora, había profesado el monofisismo en su juventud. Convertida a la ortodoxia en torno a 560, a fin de allanar el camino de su marido al trono, sin duda, era partidaria de acabar con las persecuciones dirigidas contra sus antiguos correligionarios. En 567, Justino, a semejanza de Zenón, promulgó un Henotikon o edicto de unión, que, en realidad, no era más que una reedición de las formulas dogmáticas elaboradas en época de este último emperador. Se añadía a ellas una condena expresa de los Tres Capítulos, evitando cuidadosamente hacer mención al Concilio de Calcedonia, y se llamaba del destierro a los obispos y clérigos monofisitas exilados por Justiniano. Acto seguido, se convocaron una serie de conferencias, a fin de que los lideres de las principales sectas en que se hallaba escindido el monofisismo ratificasen el decreto. Pero, a la larga, se probó que este no era el camino adecuado para alcanzar el consenso, ya que los encuentros fomentaban la disensión. Ante el fracaso de la via conciliar, en 571, Justino publicó un segundo Henotikon, en el que, sin anatematizar el credo de Calcedonia, se admitía "la naturaleza una del Logos hecho carne" y se establecía que la distinción entre las dos naturalezas de Cristo era de carácter puramente mental. La nueva formula de fe, aceptada previamente

por los representantes de las facciones monofisitas más destacadas, se impuso de manera compulsiva a toda la población del Imperio, dando lugar al inicio de una nueva persecución contra todos aquellos otros grupos monofisitas que se habían negado a aceptarla[12].

Cuando en diciembre de 574 Tiberio asumió la dignidad de César la situación en Oriente era bastante grave. Justino había perdido completamente la razón y Sofía, recurriendo a subterfugios, intentaba perpetuarse en el poder; Dara, pieza clave en la organización defensiva de la frontera oriental, estaba en manos de los persas, con los que no había quedado más remedio que firmar una humillante tregua, abonando los subsidios atrasados; la peste devastaba el Imperio y las poblaciones monofisitas no sentían el menor asomo de lealtad hacia un estado que condenaba su fe, perseguía a sus lideres religiosos y reclamaba con apremio el pago de impuestos.

1.1.2. La llegada de Leovigildo al trono visigodo y el desmoronamiento de la ficción legitimista.

Fue durante la corregencia de Justino y Sofía, cuando la realeza visigoda adoptó, de manera definitiva, la postura de negarse a reconocer la supremacía de la potestad imperial. Esta ruptura de la base sobre la que, a todas luces, descansaban los pactos firmados por Justiniano con Atanagildo, estuvo acompañada del estallido de hostilidades entre Toledo y Constantinopla, que propiciaron la expansión territorial del reino visigodo a costa de los dominios imperiales en la Península Ibérica.

Después de 15 años y 6 meses de reinado, a contar desde su pronunciamiento en Hispalis, Atanagildo falleció en Toledo, a comienzos del verano de 567. No parece que dejase

ningún hijo varón, al menos nacido de su esposa Gosvinta, pues de haberlo tenido, lo más seguro es que ésta le hubiese encumbrado al trono sin ninguna dificultad, apoyándose en la poderosa clientela de su extinto marido. Curiosamente, la muerte de Atanagildo fue seguida de un interregno de cinco meses, fenómeno singular en la historia de la monarquía visigoda, que hasta aquel momento se había caracterizado por una gran celeridad en materia de sucesiones. Este hecho nos induce a pensar que en el interior reino se estaban produciendo graves desacuerdos nobiliarios sobre quién era el candidato idóneo para ceñir la diadema. A fines de 567, de manera inesperada y cuando la situación llevaba visos de prolongarse indefinidamente, Liuva, dux provinciae Narbonensis, fue proclamado rey en Narbo por los magnates locales[13].

La elección del nuevo soberano respondía a intereses coyunturales de la Narbonensis, un área periférica, bastante alejada de Toledo, y expuesta a la constante amenaza de una invasión franca. No existe indicio alguno que nos permita suponer que, con anterioridad a 569, la potestad regia de Liuva I (567-571) haya sido reconocida en territorio peninsular. A decir verdad, es probable que, durante los primeros tiempos de su reinado, la corte de Toledo le haya considerado un usurpador. Como veremos, sólo después de una serie de largas y complicadas negociaciones con Gosvinta, viuda de Atanagildo, lograría ver legitimada su autoridad, y esto a costa de renunciar al ejercicio personal de la misma en Hispania.

En el transcurso del año 569, Liuva designó sucesor a su hermano menor Hermenegildo, asociándole al trono. Inmeditamente, y a lo que parece compelido por el acuerdo que acababa de sellar con la casa de Atanagildo, dividió el gobierno territorial, reservando para sí el de la Narbonensis y confiando

el de Hispania a Leovigildo. Desde luego, la decisión de Liuva no sólo pretendía satisfacer las exigencias de la corte de Toledo, sino también dar respuesta a las demandas del grupo aristócrático que había apoyado su ascenso al trono, y que, ante la constante amenaza de invasión franca, sin duda, reclamaba que el monarca permaneciese en la Narbonensis. No en vano, hacia 567-568, la confusión reinante en el sur de la Galia merovingia, era motivo de inquietud para la nobleza goda. Por estas fechas, el rey Sigeberto de Metz (561-575) marchó sobre Arelate, ciudad perteneciente a los dominios de Gontram de Borgoña (561-592), quien salió a su encuentro, logrando derrotarle en el campo de batalla. Acto seguido, Sigeberto firmó una alianza con Gontram, en virtud de la cual obtuvo la colaboración de éste, para atacar a Chilperico de Soissons (561-584), quien había aprovechado el conflicto entre ambos para ocupar Tours y Poitou, plazas pertenecientes al reino de Sigeberto. Sin duda, el ataque de éste último soberano contra Arelate, ciudad situada en las inmediaciones de la frontera visigoda, convencieron a Liuva de la necesidad de permanecer en la Narbonensis, a fin de evitar una posible irrupción del enemigo[14].

La asociación al trono de Leovigildo permitió a Liuva concentrar toda su atención en las dificultades por las que atravesaba la Narbonensis, sin por ello desentenderse de los conflictos peninsulares. Su hermano Leovigildo se encargaría de restablecer la autoridad regia y el prestigio de la monarquía gótica en las provincias de Hispania. Sin embargo, todo ello habría sido imposible de no haberse alcanzado un consenso previo con los grupos aristocráticos dominantes en Toledo. Las fuentes suelen asociar la entronización de Leovigildo a su enlace matrimonial con la reina Gosvinta, acontecimientos que se produjeron en el transcurso del mismo año, seguramente, con escasas semanas de diferencia. Como ya hemos señalado, tras la

muerte de Atanagildo, la poderosa fuerza política que representaba la clientela del extinto monarca cerró filas en torno a su viuda, convirtiéndola en líder de la misma. En tales circunstancias, la unión de Leovigildo y Gosvinta constituye la prueba más palpable de la existencia de un acuerdo entre la nobleza vinculada a la casa de Atanagildo y la aristocracia subgálica fiel a Liuva, a fin de situar a un miembro de la familia de este último al frente de los destinos de las provincias hispánicas del reino visigodo[15].

Las ventajas derivadas de tan notable alianza para la casa de Liuva resultan obvios. No obstante, cabría preguntarse por qué razón, después de casi dos años de extrañamiento, la corte de Toledo aceptó llegar a un compromiso con la nobleza de la Narbonensis. Evidentemente, las amenazas a la seguridad de esta provincia no pesaron decisivamente en el ánimo de Gosvinta y su círculo. Al fin y al cabo, se trataba de una región periférica, muy alejada del epicentro político del reino visigodo. Sólo a la luz de las primeras actuaciones militares de Leovigildo como rey, es posible dilucidar los verdaderos motivos que impulsaron a la viuda de Atanagildo y sus fieles a recibir como soberano a un miembro de la casa de Liuva. Curiosamente, todo apunta hacia la inestabilidad del poder visigodo en la Baetica, donde los partidarios de Gosvinta tenían importantes intereses, como factor causal[16].

De acuerdo con Juan de Bíclaro, la principal labor de Leovigildo consistió en restaurar el reino visigodo a sus antiguas fronteras, apagando la llama de las rebeliones que habían estallado en tiempos de Agila y Atanagildo. Sin embargo, las primeras acciones militares que emprendió el nuevo soberano, no estuvieron dirigidas contra ningún núcleo de insurgencia, sino contra la provincia bizantina de Spania. Este hecho resulta

especialmente significativo. La reciente ocupación de Hispalis por las fuerzas de Atanagildo aconsejaba aplastar, a renglón seguido, la insurrección de Corduba, restableciendo, de este modo, la autoridad de la monarquía visigoda sobre todo el valle del Guadalquivir. Sin duda, Leovigildo reconocía la urgencia de acabar con la revuelta aristocrática, como lo demuestra su actuación contra Corduba, apenas hubo concluido las campañas bizantinas. No obstante, antepuso la lucha contra los imperiales. De lo que se desprende que hacia 569 las relaciones entre Constantinopla y Toledo se habían deteriorado hasta el punto de amenazar con una ruptura violenta. Puesto que la clientela de Atanagildo difícilmente hubiera admitido que una mujer dirigiese las operaciones bélicas, se imponía la necesidad de encontrar un jefe militar capaz de enfrentarse con éxito a las fuerzas romanas y de compartir el trono con Gosvinta. En tales circunstancias, la reina debió rehusar contraer matrimonio con un miembro de su clientela, a fin de evitar que se desencadenasen luchas de poder en el seno de la misma, y prefirió llegar a un acuerdo con la casa de Liuva, poniendo término a las disensiones existentes entre Toledo y Narbo[17].

Tras la boda de Leovigildo y Gosvinta, seguramente celebrada en Toledo durante la segunda mitad de 569, se iniciaron los preparativos de la campaña contra los bizantinos. Según Juan de Bíclaro, que es quien nos ha dejado detallada cuenta de las operaciones militares, en 570, Leovigildo "devastó lugares que pertenecían a las ciudades de Basti y Malaca, tras rechazar a los soldados bizantinos"[18].

El ataque sobre la Bastetania se explica en razón de su elevado valor geoestratégico con respecto al conjunto de Spania. No en vano, se trataba de la zona que ponía en contacto las regiones levantina y bética de la provincia. A juicio de M.

Vallejo Girvés, la continuación de la campaña hacia Malaca ratifica este supuesto, que, a su vez, trasluce el carácter prioritario que se concedía al control de los territorios imperiales de la antigua Baetica, considerándose secundaria la conquista de la Carthaginiensis marítima[19].

Con todo, los resultados de la expedición fueron más bien modestos. De la información que nos transmite Juan de Bíclaro podríamos deducir que Leovigildo saqueó el territorium de las ciudades de Basti y Malaca, pero que no logró tomarlas. Sin embargo, uno de los obispos que suscribe las actas del III Concilio de Toledo de 589 es Teodoro de Basti, por lo que resulta incuestionable que los bizantinos perdieron la plaza con anterioridad a esta fecha[20]. Puesto que tras la campaña de 570 no se conserva testimonio que avale la hipótesis de nuevas operaciones militares visigodas en la zona, lo lógico es deducir que Leovigildo no sólo atacó las regiones próximas a Malaca y Basti, sino que se además consiguió ocupar esta última ciudad, sentando las bases de un limes frente al Imperio, inexistente en época de Atanagildo, y que, a partir de ahora, se apoyará en: Iliberris, Acci y Basti[21].

Puesto que la moneda era empleada habitualmente como vehículo de propaganda política por los gobernantes de la época, la numismática se convierte en nuestra herramienta más útil para desentrañar el valor asignado por el gobierno de Toledo a esta primera campaña de Leovigildo contra los bizantinos. Resulta rebelador comprobar como las primeras acuñaciones de Leovigildo, datadas en 569, adoptan el modelo de las de sus predecesores. En la cara el anverso aparece el retrato del emperador de Bizancio, en este caso Justino II, con su leyenda correspondiente, y la del reverso, una victoria acompañada por la leyenda LIVVIGILDI REGIS CONOB. Pese a las tensiones que, sin duda, existían entre Toledo

y Constantinopla, Leovigildo inició su reinado reconociendo el carácter superior de la potestad imperial y, por tanto, propiciando un clima de entendimiento con Bizancio. Sin embargo, casi de manera inmediata, introdujo una importante reforma monetaria, con el ánimo de poner término al caos financiero reinante en los últimos años de Atanagildo, y, al mismo tiempo, manifestar oficialmente su ruptura con la jerarquía imperial y la ficción de la supremacía de la autoridad del basileus. En la cara del anverso de estas monedas aparece la efigie del monarca visigodo portando los atributos imperiales, a saber, la diadema perlada o stemma y la clámide de púrpura. La leyenda reza D. N. LIVVIGILDUS REX, empleando, pues, el tratamiento imperial Dominus Noster[22].

Esta representación nos remite a una cita efectuada por Isidoro, en la que nos refiere cómo Leovigildo hizo uso de la etiqueta de la corte bizantina en el palacio de Toledo:

> "Fue el primero que se presentó ante los suyos en solio, cubierto de la vestidura real; pues antes de él, hábito y asiento eran comunes para el pueblo y para los reyes"[23].

Sin embargo, la información de Isidoro no debe malinterpretarse. De acuerdo con Sidonio, Teodorico II, a mediados del siglo V, ya hacía uso del solio en el salón de audiencias de su palacio de Tolosa. El recinto se hallaba separado del aula por una cancela y cortinajes, haciéndose cargo de su custodia el comes armiger, jefe de la guardia de corps, junto a algunos miembros de la misma. En los banquetes oficiales, se comía en vajillas de oro y plata labradas, los triclinios se engalanaban con cobertores de púrpura y la mesa se vestía con manteles del mismo color. Los días festivos, se acostumbraba a

utilizar el blanco. Todo igual que en el Sacrum Palatium de Constantinopla. Incluso los mancebos que servían el vino y los manjares debían acomodar sus maneras a la etiqueta de la corte de Oriente. Por otra parte, el dictado de Dominus Noster ya había sido empleado por anteriores monarcas visigodos como Teudis y Atanagildo[24].

Teniendo en cuenta estos datos, la referencia de Isidoro a Leovigildo como el primer monarca visigodo que se presentó "ante los suyos" (inter suos) en el solio, ataviado con la indumentaria de los emperadores romanos, debe entenderse en un sentido muy distinto al que habitualmente se le ha venido dando. Según M. McCormick, cuyo juicio compartimos, los monarcas visigodos habrían hecho uso del ceremonial y las insignias imperiales ante la aristocracia romana, desde los tiempos de Teodorico II, aunque sólo a partir del reinado de Leovigildo habrían situado a la nobleza goda al mismo nivel que la romana, obligándola a someterse a la exigencias de los rituales cortesanos y, por tanto, avanzando un paso más en la línea de integración entre ambas élites[25].

Juan de Bíclaro señala que, tras las operaciones de 570, Leovilgildo "regresó al solio vencedor" (victor solio reddit)[26]. Del empleo del verbo latino reddere, se desprende que el soberano hacía ostentación de toda la parafernalia del protocolo oficial de la corte de Constantinopla antes del inicio de la campaña. Por nuestra parte, consideramos altamente probable que la observancia del mismo se haya impuesto a la aristocracia goda, coincidiendo con el abandono de toda esperanza de conciliación con el Imperio y el comienzo del reclutamiento de tropas a fin de combatir a las fuerzas bizantinas. No olvidemos que en 569, Leovigildo había acuñado moneda con la efigie de Justino II, mientras que en 570 lo hará con la suya propia,

investida de los ornamentos imperiales. Esta última emisión de numerario debió efectuarse con el propósito de pagar al ejército que iba a participar en la campaña; pero, al mismo tiempo, sirvió de vehículo de propaganda a las reformas de Leovigildo, que, de este modo, expresaba su voluntad de concentrar a la nobleza germana y romana en torno a la monarquía goda, sucesora legítima del Imperio en Hispania. Ahora bien, las necesidades derivadas de la financiación de la guerra contra Bizancio no sólo exigían una reforma monetaria, sino toda una reorganización financiera. Las fuentes no nos proporcionan datos minuciosos sobre la misma. Sin embargo, nos indican que el soberano pudo llenar de nuevo las arcas del erario, gracias a la persecución y confiscación de bienes de aquellas familias de la nobleza opuestas a su autoridad[27].

Es de destacar que la ruptura de Leovigildo con Constantinopla se produjo en una coyuntura especialmente delicada para Bizancio, ya que, como se recordará, la política de supresión del pago de subsidios a los pueblos bárbaros, puesta en práctica bajo la corregencia de Justino II y Sofía, provocó serios conflictos en todos las fronteras del Imperio. De hecho, no se puede descartar la posibilidad de que, tras la muerte de Atanagildo, el gobierno de Constantinopla haya rehusado atender a las cláusulas del pacto firmado por Justiniano, provocando el rápido deterioro de las relaciones con Toledo, que indujo a Gosvinta a llegar a un acuerdo con Liuva. Prueba de que Bizancio propició la ruptura, es que no se vio sorprendido por la reacción visigoda. Según Juan de Bíclaro, fuerzas imperiales debieron ser rechazadas (repulsis militibus) antes de que las operaciones militares visigodas pudieran extenderse a Basti y Malaca, lo que, a nuestro entender, demuestra que los bizantinos, conscientes del alcance de sus actuaciones, se hallaban preparados para hacer frente a la agresión[28].

Pese a que los éxitos visigodos resultaron más bien poco significativos, el profundo sentido político otorgado por Leovigildo a la campaña de 570, le llevó a conmemorar sus éxitos en la Bastetania con un gran triunfo, celebrado a su regreso a Toledo, de acuerdo con la costumbre y los rituales empleados por los emperadores romanos[29].

Al año siguiente, 571, el monarca visigodo dirigió sus esfuerzos contra la plaza fuerte de Asidona, que lograría ocupar, merced a la traición de Framidaneus, un personaje de origen germano, que abrió las puertas de la ciudad a las tropas enemigas, amparándose en las sombras de la noche. La guarnición imperial que custodiaba la plaza, sorprendida mientras descansaba e incapaz de reaccionar, fue masacrada por los soldados de Leovigildo[30].

Es muy posible que la campaña contra la fortissima civitas de Asidona formase parte de un plan estratégico destinado a hacerse con el control de la calzada que, atravesando por esta plaza, conducía desde el estrecho de Gibraltar a Hispalis. Su caída en manos godas implica que Leovigildo dominaba ya la fortaleza de Sagontia, enclave situado al noroeste de Asidona, sobre la mencionada via. En cualquier caso, la ocupación visigoda de ambas localidades no se prolongó demasiado. Asidona debió retornar a manos bizantinas antes de la celebración del III Concilio de Toledo en 589, ya que su obispo no asistió a esta asamblea, como tampoco lo hizo a la congregada en Hispalis a comienzos de noviembre de 590. Por lo que se refiere a Sagontia, sabemos que fue arrebatada a las fuerzas imperiales en tiempos del rey Witerico (603-610), circunstancia que apunta hacia una perdida anterior por parte de los visigodos[31].

Como puede observarse, las dos campañas de Leovigildo

contra los bizantinos se saldaron con resultados bastante mediocres. No obstante, permitieron sentar las bases un *limes* defensivo frente al Imperio, que alcanzaría su pleno desarrollo bajo el reinado de Recaredo. Por otro lado, el conflicto tuvo la virtualidad de poner en evidencia que Bizancio era el enemigo más poderoso con el que debían enfrentarse los visigodos. Así parece que lo entendió el propio Leovigildo, quien, en adelante, procuraría evitar la confrontación armada con ellos.

Mayor éxito obtendría, cuando en 572 decidiese dirigir su atención hacia la revuelta de *Corduba*, que aún no había sido sofocada desde su estallido, en tiempos de Agila, a pesar de las campañas de Atanagildo durante los últimos años de su reinado. El monarca visigodo ocupó la ciudad en plena noche, probablemente gracias a la traición de alguna facción de los defensores, y dio muerte a numerosos ciudadanos. Juan de Bíclaro señala que, tras la toma de *Corduba*, cabecera de la insurgencia, Leovigildo hubo de sojuzgar otros núcleos urbanos de la *Baetica*, que se habían sumado a la rebelión tras la derrota de Agila en 551, así como todos aquellos focos de resistencia que pervivían en el campo, sostenidos por los ejércitos privados de la aristocracia senatorial romana. Aún así, el proceso de sometimiento a la autoridad visigoda de las regiones autónomas de la *Baetica*, no quedaría completo hasta 577, año en que tuvo lugar la campaña contra la *Orospeda*, tema que abordaremos más adelante[32].

Hasta aquí puede advertirse que, durante la corregencia de Liuva I y Leovigildo, los principales acontecimientos políticos acaecidos en el reino visigodo se desarrollaron en la *Baetica*. Esto no tiene nada de extraño, si tenemos en cuenta que desde la época de Teudis, todos los soberanos visigodos se había esforzado por hacerse con el control de esta provincia, una de las más prósperas y romanizadas de

Hispania, pero también la que contaba con una de las aristocracias locales más poderosas, partidaria de una gestión autónoma.

Aproximadamente hacia 572, y con toda probabilidad, poco después de la caída de Corduba, Liuva fallecía en la Narbonensis. En consecuencia, su hermano Leovigildo reunió todo el poder. Deseoso de perpetuar la corona en su estirpe y, aplicando el mismo método por el que personalmente había alcanzado el poder, Leovigildo decidió asociar al trono como consortes regni a sus dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, habidos de una unión anterior a la que en aquellos momentos le ligaba a Gosvinta. La actuación del monarca se inspiraba directamente en la tradición de corregencias propia del Imperio, y muestra como la autonomía estatal del reino visigodo respecto a Constantinopla se construyó imitando el modelo que ésta ofrecía[33].

Es absolutamente errónea la observación de Gregorio de Tours en el sentido de que la asociación al poder de Hermenegildo y Recaredo llevase aparejado un reparto de competencias territoriales. Sin duda, el turonense interpretó el acontecimiento, basándose en el proceder de los monarcas merovingios. De hecho, a la luz de las fuentes hispánicas, ni siquiera está claro que, en los primeros tiempos de la nueva corregencia, se asignase a los consortes regni la administración de una provincia. Más probable, a la luz de acontecimientos posteriores, es que el soberano constituyese una casa o domus para cada uno de sus hijos, dotándolas de una serie de bienes producto de las confiscaciones efectuadas entre la nobleza rebelde. Esto explicaría una referencia de Gregorio Tours, en la que se sugiere que, Leovigildo se sirvió de la asociación de sus hijos al trono para fortalecer el poder real, eliminando a sus enemigos, según sentencia bíblica, hasta no dejar "de éstos a

ninguno que orina contra la pared" (III Reg., XVI, 11)[34].

1.2. Tiberio II Constantino.

1.2.1. La difícil sucesión de Justino II.

Según el cronista bizantino Teófanes, el 26 de octubre de 578, Justino II, sintiéndose morir, convocó al patriarca de Constantinopla, al Senado, al clero de Santa Sofía, y a todos los magistrados de la República, y, en su presencia, coronó Augusto al César Tiberio. Gregorio de Tours, contemporáneo de los acontecimientos, da una versión muy distinta de los mismos, basada, seguramente, en una obra griega que no ha llegado hasta nosotros, y de la que tampoco se hacen eco los cronistas bizantinos posteriores. De acuerdo con este texto perdido, hubo un plan destinado a librarse de Tiberio, antes de que fuese coronado Augusto. Cuando el César se preparaba para acudir al hipódromo, siguiendo el protocolo de la entronización imperial, le fue notificada la existencia de un complot en pro de Justiniano, hijo de Germano y sobrino nieto de Justino I. Al instante, Tiberio se dirigió a Santa Sofía, tomó al patriarca y volvió a palacio, donde en presencia de los altos oficiales de la corte vistió la púrpura, ciñó la diadema sobre sus sienes y tomó asiento en el solio. Aunque Gregorio de Tours no implica a Sofía directamente en la trama, su participación en ulteriores conspiraciones a favor de Justiniano, parecen avalar la hipótesis de que también estuvo envuelta en este caso. Por supuesto, el obispo monofisita Juan de Efeso, partidario de Tiberio II, silencia los sucesos que acabamos de referir[35].

Nueve días después de la coronación, el 5 de octubre de 578, se producía el óbito de Justino II y Tiberio daba comienzo a su reinado en solitario. Enormemente popular, el

retrato que nos han legado los historiadores de la época sobre su persona corresponde, sin duda alguna, al del emperador ideal: joven, alto, hermoso, enérgico, valiente, bondadoso, caritativo, sabio y prudente. Como ya hemos visto, durante su cesariato, Tiberio se había ido desmarcando, paulatinamente, de la política que Justino II y Sofía habían ejercido entre los años 565 a 574. De tal modo, llegó a convertirse en el líder de la camarilla cortesana opuesta a la acción de gobierno del círculo de la emperatriz. Tras su coronación como Augusto, y, sin duda, presionado por los generales que le apoyaban, puso en práctica toda una serie de medidas contrarias a la política seguida por los ministros de Justino. En materia económica, se mostró pródigo en gastos. Renovó el pago de subsidios a numerosos pueblos bárbaros de la frontera, efectuó importantes donativos al ejército, a los funcionarios civiles y al pueblo de la capital, y disipó enormes sumas en obras de caridad y presentes a la Iglesia. Tan solo para conmemorar su advenimiento al trono, en 578, condonó los impuestos de todo un año, por medio de reducir en un 25% la tasación para las cuatro próximas indicciones, lo que, a la larga, provocaría graves problemas financieros al estado[36].

Sus liberalidades le condujeron directamente al enfrentamiento con el círculo de la emperatriz Sofía, quien, en los últimos tiempos, se había visto relegada a un segundo plano en la vida pública, como consecuencia de la coronación de la esposa de Tiberio, que, tras acceder al solio con el nombre de Anastasia, se instaló en el Sacrum Palatium. Según parece, el detonante que provocó el estallido de las hostilidades en la corte, fueron los espléndidos donativos en oro al pueblo y los grandes espectáculos circenses celebrados con motivo de la inauguración del nuevo reinado[37].

Gregorio de Tours, siguiendo la fuente griega contemporánea a la que más arriba hacíamos referencia, insiste en el carácter político de la disputa entre Sofía y Tiberio. De acuerdo con la versión que nos transmite, la viuda de Justino II reprochó al nuevo emperador haber reducido el estado a la pobreza, dilapidando en poco tiempo los recursos que a ella tantos años le había costado reunir. A lo que el piadoso Tiberio respondió: "Atesorad vuestras riquezas en el cielo, donde la polilla y el moho no consumen, y donde ladrones no entran y hurtan" (Mat., VI, 20)[38].

Las relaciones entre las dos facciones en que se había escindido la corte de Bizancio, acaudilladas respectivamente por Sofía y Tiberio, se deterioraron hasta tal punto que, durante la vendimia de 578, se produjo una brusca ruptura. Aprovechando la ausencia del emperador, que pasaba las vacaciones en una de sus residencias suburbanas, Sofía dispuso la coronación del general Justiniano. Tiberio, informado de lo que se fraguaba a sus espaldas, regresó inesperadamente a Constantinopla, frustrando los planes de la Augusta. La investigación abierta a raíz del descubrimiento del complot, reveló que Sofía había estado substrayendo secretamente importantes sumas de los fondos de la domus divina, en beneficio de su propia casa, a fin de disponer de la liquidez necesaria para colocar la púrpura sobre los hombros de su candidato. En vista de lo sucedido, Tiberio decretó la confiscación de todas las propiedades de la soberana, asignándole únicamente una pequeña pensión anual. Además, la obligó a abandonar el Sacrum Palatium, y la confinó bajo custodia en el Palatium Sophiae, donde la emperatriz viuda había residido con su marido, antes de que éste alcanzase el trono. De este modo, Sofía se convirtió en chivo expiatorio del fallido golpe. Tiberio, que no deseaba enemistarse con la cúpula militar tomando represalias contra uno de sus más destacados miembros, atribuyó

toda la responsabilidad de los hechos a su antigua protectora y perdonó a Justiniano, a quien colmó de honores[39].

El soberano no tenía más remedio que mantener satisfecho al alto mando del ejército, ganándose su lealtad con dádivas, ya que la defensa de las fronteras, amenazadas por los bárbaros, constituía, en aquellos momentos, la prioridad absoluta del estado. Consciente de que carecía recursos para luchar en todos los frentes abiertos por la política belicista de su predecesor, Tiberio decidió concentrar sus esfuerzos en la guerra contra Persia y consolidar su posición en Occidente y los Balcanes mediante acuerdos diplomáticos y pago de annonae.

Esta tendencia a recomponer, en la medida de lo posible, la situación existente a la muerte de Justiniano I, se pudo atisbar desde el mismo momento en que Tiberio fue designado César. En 575, con el propósito de afirmar la estabilidad de la frontera danubiana y la seguridad de la misma Constantinopla, firmó un pacto con los ávaros, otorgándoles un subsidio anual de 80.000 sueldos. Merced a este acuerdo, en 578 podría utilizarlos para contener a los eslavos, que habían invadido las Thraciae. De todos modos, la alianza no duró mucho. En 580, los ávaros pusieron cerco a Sirmium y exigieron que el Imperio les entregase la plaza. Tiberio rehusó; pero, dos años después, ante la imposibilidad de desprenderse de tropas para levantar el asedio, aceptó evacuar la ciudad, imponiendo como único requisito que se permitiera a la guarnición y a la población civil retirarse en paz. Por esta concesión hubo de desembolsar 240.000 sueldos, los atrasos del subsidio anual, que no pagaba desde que se produjera la agresión de los ávaros. Durante el asedio de Sirmium, los eslavos, aprovecharon la ocasión para penetrar y asentarse en los campos de Macedonia y Tracia[40].

Si en los Balcanes se había impuesto una política pactual desde la proclamación de Tiberio como César, en Italia se continuó empleando la fuerza de las armas hasta su coronación como Augusto, en un intento desesperado por expulsar a los lombardos.

A comienzos de la primavera de 575, Tiberio envió un ejército a la Península. Pero el enemigo, mucho más numeroso, consiguió rechazarle, para, a continuación, ocupar toda la Liguria, excepción hecha de la franja costera, cuyo centro neurálgico, el puerto de Genua (Génova), se convirtió en baluarte de resistencia bizantina. Desde la Liguria, varias unidades lombardas avanzaron sobre los Alpes Cottiae, haciéndose con el control de los pasos de montaña, lo que inevitablemente las puso en contacto con los francos. Mientras, otros grupos lombardos marchaban a través de la Tuscia hasta alcanzar los Apeninos. No todos los hombres que participaron en esta aventura pretendían instalarse en la provincia, como se desprende de la actuación de los duces Faroaldo y Zoto, que decidieron cruzar la cordillera e internarse en el sur de Italia. El primero se instaló en Spoletium, desde donde trataría de interrumpir las comunicaciones entre Ravenna y Roma. El segundo prefirió acomodarse en Beneventum, a fin de hostigar tanto a la población de la Ciudad Eterna como a la de Nápoles. En 578, cuando parecía que la situación no podía ser más adversa para los intereses del Imperio, tropas lombardas se apoderaron de Classis, el puerto de Ravenna, cortando las comunicaciones de esta última ciudad con Roma. Ante la gravedad de la situación, el Senado decidió solicitar refuerzos a Constantinopla, mediante el patricio Panfronio, que, en aquellos momentos, se aprestaba a embarcar rumbo a Oriente, para hacer entrega del aurum oblaticium, que los senadores debían pagar con motivo de la coronación del nuevo soberano. A las demandas de auxilio de Roma, Tiberio respondería

girando 216.000 sueldos (3.000 libras de oro), bien para que se contratasen los servicios de los duces lombardos, bien para comprar la alianza de los francos en contra de éstos[41].

Si en Italia se optó, finalmente, por la via pactual, en Africa se impuso el empleo de las armas. Decidido a acabar con la constante presión de los beréberes de Garmul, que continuaban sometiendo a saqueos periódicos el territorio imperial, Tiberio reunió tropas de refresco y las despachó rumbo a Cartago, bajo el mando de un enérgico oficial, Gennadio, a quien nombró magister militum Africae. El nuevo gobernador militar y su flamante ejército debieron hacerse a la mar, a comienzos del verano de 578. Les acompañaba el patricio Tomás, recientemente designado praefectus praetorio Africae, cargo que ya había ocupado con anterioridad, durante el último año del reinado de Justiniano. Apenas hubieron desembarcado, Gennadio se puso al frente del ejército y marchó contra los mauros, a los que aplastaría en el campo de batalla. El príncipe Garmul no sobrevivió a este encuentro. Cayó abatido por la mano del propio Gennadio. La paz había quedado restablecida en Africa y, salvo algunas tensiones posteriores, muy localizadas, se mantendría estable por largo tiempo, favoreciendo la recuperación económica de las provincias bizantinas[42].

En el caso del frente oriental, Tiberio se vio obligado a alternar, e incluso simultanear, el uso de procedimientos diplomáticos con el de medidas de carácter estrictamente militar. La tregua firmada con Persia en 573, le permitió reclutar tropas, en todas las provincias del Imperio, a fin de restablecer las defensas de la frontera oriental. Pero necesitaba ganar más tiempo para que sus esfuerzos fructificasen. Por ello, en 574, apenas hubo sido proclamado César, entabló negociaciones con la corte de Ctesiphonte, a fin de obtener la

concesión de una prórroga sobre el plazo de la tregua. Cosroes estaba dispuesto a llegar a un acuerdo parcial, que garantizase la paz en Mesopotamia, donde sus sistemas de seguridad eran más débiles; no obstante, deseaba reanudar las hostilidades en el frente armenio. Con el propósito de forzar la ratificación de este acuerdo, a comienzos de la primavera de 575, sus tropas franquearon el Eufrates y, tras saquear los campos de Siria, pasaron a la Armenia Tertia. Cerca de Melitene, les salió al encuentro el magister utriusque militiae per Orientem Justiniano, quien les inflingiría una severa derrota, obligándolas a replegarse al otro lado del Eufrates. Aún así, el gobierno de Constantinopla decidió pagar los 30.000 sueldos que reclamaba Cosroes, y, de este modo, asegurar, al menos, la protección de Mesopotamia y Siria.

La firma del armisticio, fijado por tres años, permitiría a Tiberio concluir la reorganización del ejército del este. En 578, tocando ya el plazo a su fin, nombró magister ustriusque militiae per Orientem a un joven general de 39 años, llamado Mauricio. Este había comenzado su carrera como notarius de Tiberio, en la época en que el futuro emperador todavía ocupaba el cargo de comes excubitorum. Cuando en 573, Sofía resolvió apoyarse en Tiberio para seguir gobernando el Imperio, éste confió a su antiguo secretario la función que él había ejercido hasta aquel momento. Hay que tener presente que Mauricio era un funcionario, no un soldado. Su brillante carrera, muy parecida a la de su protector, era la típica de un favorito imperial. Ahora bien, Tiberio puso a su disposición oficiales competentes y un ejército bien entrenado, con los que logró batir a los persas y penetrar en territorio enemigo, hasta las orillas del lago Van. Ante el avance bizantino, Cosroes optó por negociar. Su muerte, acaecida en 579, impediría que se concertase un nuevo tratado, ya que su hijo y sucesor Hormisdas IV (578-

590), estaba decidido a continuar la guerra. La vía de las armas se imponía en las relaciones de Bizancio con los Sasánidas[43].

Si en política defensiva Tiberio intentó restablecer el sistema justinianeo, alternando la firma de pactos con la organización de campañas militares, en materia religiosa optó decididamente por la paz. Así lo demuestra el hecho de que, apenas proclamado César, pusiese fin a las persecuciones desatadas a raíz de la publicación del segundo Henotikon de Justino. En 577 llamó del exilio a Eutiquio, patriarca de Constantinopla, desterrado en 565 por el emperador Justiniano, al haberse negado a respaldar los postulados aftartodocetas que mantuvo el emperador durante los últimos tiempos de su reinado. El aftartodocetismo, que predicaba la incorruptibilidad del cuerpo de Cristo sobre la Cruz, no había llegado a suscitar un nuevo cisma debido a la muerte del soberano, quien, al parecer, preparaba un decreto para imponerlo a todas las poblaciones del Imperio. La política religiosa de Tiberio, claramente favorable a los monofisitas, estuvo determinada por las necesidades militares del momento. La defensa de la frontera de Siria dependía, en gran medida, de los contingentes que aportaban los aliados árabes de confesión monofisita, y el gobierno de Constantinopla deseaba asegurarse su lealtad en el conflicto contra Persia[44].

A principios de agosto de 582, el emperador Tiberio sintiéndose morir, a causa de una implacable disentería, pidió consejo a Sofía sobre quién debía sucederle. Ella recomendó a Mauricio, que aún estaba soltero. Gregorio de Tours, siguiendo de cerca a su informador oriental, señala que la emperatriz viuda propuso como candidato al célebre general, movida por la esperanza de convertirse en su esposa, y de tal modo recobrar el control del poder supremo. Una vez más, el propio Tiberio se

encargaría de frustrar los planes de Sofía. El 5 de agosto, durante la ceremonia en que Mauricio fue proclamado César, se anunció oficialmente su compromiso matrimonial con Constantina, la hija mayor de Tiberio. Al mismo tiempo, se hizo público el enlace de Carito, hija menor del soberano, con Germano Póstumo, descendiente de Justino I y de Teodorico el Amalo. Probablemente, esta última alianza respondía a la necesidad ganarse el favor de la poderosa casa de Justino, que durante décadas había estado vinculada al trono. Unos días más tarde, el 13 de agosto, Mauricio fue nombrado Augusto en el Tribunal de los Diecinueve Lechos, e investido con las insignias imperiales en presencia del patriarca de Constantinopla Juan el Ayunador (582-595), numerosos prelados, el Senado, los magistrados, y todos los funcionarios y miembros de la guardia de palacio. El quaestor Juan, en nombre de Tiberio, expuso las últimas voluntades del soberano: que Mauricio le sucediese y tomase por esposa a Constantina. Al día siguiente, Tiberio falleció en el palacio de Hebdomon, fuera de los muros de Constantinopla, adonde había sido trasladado en los últimos días. Tras sus exequias fúnebres, en las que el pueblo de la capital dio muestras exaltadas de dolor, se celebraron las bodas de Mauricio y Constantina. Un año después, la emperatriz dio a luz un hijo, el primer varón porfirogénito desde el nacimiento de Teodosio II, motivo por el cual se le impuso el nombre de este emperador. En la Pascua de 590 sería coronado Augusto. La continuidad de la dinastía estaba garantizada y Sofía quedaba definitivamente apartada del poder político[45].

1.2.2. Constantinopla ante la usurpación de Hermenegildo.

Tras la campaña de 571, el rey visigodo Leovigildo evitó volver a enfrentarse directamente con los bizantinos. Su actividad en el sur de la Península se concentró en sojuzgar los

últimos enclaves autónomos, controlados por la aristocracia local, y en consolidar una frontera política y militar frente al Imperio. Como ya vimos, en 572 aplastó la vieja rebelión de Corduba. Cinco años después, en 577, dirigió una campaña contra la Orospeda, región que puede localizarse entre las fuentes del Guadalquivir y el área oriental de Sierra Morena. De acuerdo con las crónicas, el monarca ocupó ciudades y fortalezas. Y, tras haber doblegado a la aristocracia local que las defendía, hubo de combatir una revuelta de campesinos, quienes, al parecer, habían aprovechado el conflicto para desligarse de sus obligaciones. Una vez más, las contradicciones entre las clases dirigentes, en este caso la monarquía visigoda y los notables locales, aparecen asociadas a rebeliones de grupos sociales subordinados[46].

La ocupación militar de la Orospeda, facilitaría a Leovigildo la tarea de estructurar de un limes frente a los bizantinos, ya que, ahora, controlaba las dos calzadas estratégicas que llevaban de Castulum a Acci. Una de ellas, la que pasaba por Mentesa, Vinolis y Agatucci estaba en su poder desde la campaña contra Basti en 570. La segunda, que se dirigía a Acci a través de Tugia, Fraxinum y Bactara, acababa de caer en sus manos. Ambas vías confluían en Acci con la calzada que venía de Carthago Spartaria, pasando por Basti, y con otra que conducía a Malaca[47].

Al año siguiente, 578, Leovigildo, siguiendo la tradición de los emperadores romanos, adoptada ya por los reyes vándalos, fundó una ciudad en la provincia visigoda de Celtiberia y le impuso el nombre de Recopolis, en honor de su hijo menor[48]. Esta fundación, que se localizó en el Cerro de la Oliva, junto a la actual Zorita de los Canes, entre los limites de la provincia de Guadalajara y la de Cuenca, se hallaría relacionada,

a juicio de M. Vallejo Girvés, con la organización de un limes visigodo frente a los bizantinos. Su ubicación en el alto valle del Tajo no sólo permitiría dominar el acceso a Toledo, capital del reino, sino también controlar las calzadas que se dirigían el sureste peninsular, dominado por los imperiales. El mismo hecho de que Recopolis estuviese dotada de importantes fortificaciones, parece avalar la hipótesis de que su función primordial consistió en servir como base operativa contra los bizantinos[49].

La estabilidad de la obra de Leovigildo en la Baetica, no tardaría en verse seriamente comprometida por los propios problemas internos del reino visigodo. En 579, uno de los consortes regni, Hermenegildo, contrajo matrimonio con la princesa franca Ingundis, hija de Sigeberto de Metz y Brunequilda y, por tanto, nieta del difunto rey Atanagildo y de su mujer Gosvinta, ahora segunda esposa del monarca reinante, Leovigildo. En el transcurso del viaje desde Metz a Toledo, el cortejo de la joven prometida de Hermenegildo hizo un alto en la ciudad visigoda de Agatha, en la Narbonensis. El obispo Fronimio, titular de la cátedra local, instó a la princesa merovingia a permanecer firme en la fe católica y a rechazar el arrianismo. Al parecer, Leovigildo tuvo noticia de este suceso, y se sintió tan contrariado por el mismo, que adoptó la determinación de desterrar a Fronimio, en cuanto se presentase una ocasión favorable. En cuanto a Ingundis, convertida en esposa de Hermenegildo, hubo de enfrentarse a la presión proselitista de su abuela Gosvinta, que deseaba verla recibir el bautismo en la fe de Arrio. De acuerdo con Gregorio de Tours, la joven princesa, de apenas doce años de edad, rehusó acceder a las pretensiones de su abuela, que, en un arrebato de ira, la cogió por los cabellos, la arrastró por el suelo, la propinó una serie de patadas hasta hacerla sangrar y, finalmente, ordenó que se la

desnudase, para, a continuación, sumergirla en una piscina[50].

Este último dato sobre la inmersión de Ingundis en una pila, se ha interpretado como una referencia velada a la celebración del bautismo de la princesa según el rito arriano. No hay que olvidar que el término "sumergir en una piscina" (piscinae inmergere) se emplea con frecuencia en los textos de la época, para describir el hecho material del bautismo. En cualquier caso, Gregorio de Tours, que escribe para lectores católicos, pretende destacar la oposición de la princesa a la consumación de la ceremonia, hecho que difícilmente podía conocer[51].

Tras su matrimonio con Ingundis, Hermenegildo recibió de manos de su padre una provincia ad regnandum[52]. Probablemente, se tratase de la región de la Baetica que se hallaba bajo soberanía visigoda, ya que, concluidos los festejos nupciales, el príncipe y su esposa se instalaron en Hispalis, antigua residencia de los reyes Teudis, Teudisclo, Agila y Atanagildo. Al mantenimiento de esta corte debieron subvenir las propiedades confiscadas por Leovigildo a distintas familias de la aristocracia romana, tras sus victoriosas campañas meridionales, y, sin duda, también los dominios privados de anteriores monarcas, en especial los de Atanagildo, que había pasado la primera y la última parte de su reinado en la Baetica. Así pues, el príncipe Hermenegildo habría dispuesto de una auténtica domus, a la que se adscribiría un aula, integrada, como enseguida veremos, por destacados miembros de la clientela del abuelo de su esposa Ingundis. En cualquier caso, el hecho de que Leovigildo otorgase a su hijo poderes reales sobre un área recientemente sometida a la autoridad gótica, demuestra que el control de la monarquía toledana sobre la Baetica era aún débil y que las tendencias centrífugas de la nobleza local se

consideraban lo suficientemente peligrosas, como para recavar la presencia de un miembro de la familia real en la zona.

La elección de Hermenegildo para desempeñar este papel no se efectuó al azar. A través de su matrimonio con Ingundis, el joven príncipe había quedado vinculado a la casa de Atanagildo, que en aquellos momentos lideraba Gosvinta. La clientela del extinto soberano era particularmente numerosa en Hispalis, ciudad ligada a las principales efemérides de su linaje. No en vano, Atanagildo había sido proclamado rey en esta ciudad. Su hija Brunequilda, madre de Ingundis, debió nacer en la misma entre 550 y 555. En Hispalis fue donde Atanagildo resistió el empuje de las fuerzas de Agila, consiguiendo rechazarlas con ayuda de los bizantinos. Y de Hispalis salió para hacerse con el control de la totalidad del reino visigodo, tras el asesinato de su rival. La ausencia de la corte, que, tras este último acontecimiento, se trasladó a Toledo, favoreció a la incorporación de la ciudad y su entorno a la rebelión nobiliaria, que iniciada en Corduba terminó por extenderse a todo el valle del Guadalquivir. Pero poco antes de su muerte, Atanagildo había logrado recuperar la plaza mediante el empleo de las armas[53]. Sin duda, este hecho fue seguido del emplazamiento de una guarnición leal a los intereses de su casa, y del convenio de alianzas, basadas en lazos clientelares, con todos aquellos miembros de la aristocracia senatorial romana dispuestos a consensuar posiciones.

Es probable que la decisión adoptada por Leovigildo de enviar a su hijo a gobernar la Baetica, no fuera tan voluntaria como, en principio, pudiese parecer; sino que, en realidad, viniera a satisfacer las demandas de la poderosa clientela de Atanagildo, cuyos intereses en los territorios meridionales de la Península podían verse favorecidos con la

presencia de un príncipe vinculado por lazos matrimoniales a la casa de su antiguo señor. Sin lugar a dudas, la instalación de Hermenegildo e Ingundis en Hispalis fue saludada con entusiasmo por este grupo, en el que, a juzgar por lo que sabemos, debían integrarse elementos tanto de origen godo como romano. El mismo hecho de que el príncipe impusiese a su hijo el nombre del abuelo de su esposa, demuestra que se hallaba firmemente comprometido en la defensa de los intereses de la casa de Atanagildo. Según Juan de Bíclaro, fue el mencionado conjunto de notables, al que denomina "la facción de la reina Gosvinta", el que instigó y apoyó, desde los primeros momentos, la usurpación de Hermenegildo[54].

Los motivos que provocaron el estallido de este conflicto han sido objeto de enconado debate historiográfico. Algunos estudios, partiendo de una lectura sesgada de los textos de Gregorio de Tours y Gregorio Magno, apuntan hacia el problema religioso como factor desencadenante de la tragedia: la conversión de Hermenegildo al catolicismo, promovida por el obispo hispalense Leandro, metropolitano de la Baetica, habría provocado la confrontación con Toledo y la escisión de la población del reino entre romanos nicenos, partidarios del príncipe rebelde, y godos arrianos, leales a su padre el rey. Ahora bien, de acuerdo con las fuentes hispánicas y en especial con Juan de Bíclaro, observador inmediato de los hechos, resulta difícil defender semejante interpretación. Nada permite suponer que en 579 existiese un sector de la aristocracia romana empeñado en ganar a Hermenegildo para la causa católica, y mucho menos que la insurrección dividiese a godos y romanos en función de su fe. L. Vázquez de Parga, primero en destacar el papel jugado por la factio Goswinthae en el desarrollo de los acontecimientos, rechaza de plano la posibilidad de que en sus orígenes la usurpación de Hermenegildo hubiese abrazado el estandarte del

catolicismo, algo que, a su entender, sólo habría ocurrido con posterioridad, en plena guerra contra su padre Leovigildo[55].

Por nuestra parte, consideramos que la rebelión de Hermenegildo fue, ante todo, un conflicto entre facciones aristocráticas, nacido del enfrentamiento entre las dos casas que componían el clan real, la de Liuva, liderada por Leovigildo, y la de Atanagildo, dirigida por Gosvinta en Toledo y por Hermenegildo en Hispalis. Godos y romanos estuvieron presentes en ambos bandos, en la medida en que se hallaban vinculados a una u otra casa, y con absoluta independencia de la fe que profesasen los jefes de las facciones.

Para A. Isla Frez el detonante del conflicto pudo ser la negociación del matrimonio entre Recaredo y Riguntis, hija de *Chilperico de Soissons, el asesino de la princesa goda* Gailsuinta, hermana de Brunequilda y vástago de Atanagildo y Gosvinta. Esta alianza se inserta en la línea de aislamiento del reino de Orleans, que se venía desarrollando desde los tiempos de Liuva, a fin de proteger las fronteras de la Narbonensis, núcleo de origen de su casa y donde Leovigildo debía poseer grandes intereses[56].

Gosvinta debió oponerse, desde el primer momento, a un matrimonio, que estrechaba lazos entre la familia de su marido Leovigildo y la del monarca franco responsable de la muerte de su hija Gailsuinta. El príncipe Hermenegildo, comprometido en la defensa de los intereses de la casa de Atanagildo, secundaría la actitud de la reina. Este clima de tensión se habría visto incrementado por las demandas de Brunequilda, que, sin duda, aprovecharía la ocasión para recordar a su madre los agravios que Chilperico les había sido inferido. De hecho, es posible que el viaje del obispo Elafio, embajador de la reina de Metz, muerto

de camino a Toledo a comienzos de la primavera de 580, no haya tenido otro propósito que avivar la llama de la contienda. Sea como fuere, lo cierto es que para entonces, en el interior del reino visigodo ya se había desatado el enfrentamiento entre las dos casas que componían el linaje real[57].

En algún momento durante el verano o el otoño de 579, Hermenegildo se proclamó rey en Hispalis, atribuyéndose un poder soberano independiente sobre el territorio sometido a su autoridad[58]. Inmediatamente, hizo acuñar moneda propia, con la leyenda ERMENEGILDI REGI A DEO VITA. Esta primera emisión de numerario, cuya intencionalidad política resulta obvia, debió efectuarse para conmemorar los fastos de la coronación. Las palabras, "Dios conceda vida al rey", son, evidentemente, las empleadas por la aristocracia y el clero hispalense en la aclamación del nuevo soberano[59].

En todo este episodio se advierte una notable impronta bizantina. De acuerdo con los testimonios numismáticos y literarios llegados hasta nosotros, en el siglo VI los emperadores de Constantinopla y sus iconos eran vitoreados con expresiones muy parecidas a las que se recogen en la inscripción de los tercios de sueldo de Hermenegildo. Monedas procedentes del norte de Africa, acuñadas tras la coronación de Justino II y Sofía, a nombre de ambos (D(OMINIS) N(OSTR)I(S) IUSTINO ET SOFI(AE) AU(GUSTIS)), incluyen la palabra VITA en el exergo[60]. Y el papa Gregorio I nos relata como, cuando los iconos de Focas y Leoncia llegaron a Roma en abril del año 603, el Senado y clero de la ciudad los aclamaron en la Basilica Iulii, uno de los grandes salones del palacio Lateranense, residencia del pontífice, con las palabras: Exaudi Christe! Focae Augusto et Leontiae Augustae vita!. Después de lo cual el pontífice depositó los iconos imperiales en el oratorio de San Cesáreo, en el

interior del mismo palacio[61].

La rebelión de Hermenegildo no tardó en extenderse fuera de los límites territoriales de la Baetica. De manera casi inmediata, se sumaron a la causa del usurpador algunas de las principales ciudades de la Lusitania, entre ellas la propia capital de esta provincia, Emerita Augusta. Según Isidoro, que como testigo presencial de los hechos debía estar bien informado, "miles" de hombres secundaron la revuelta[62].

La primera reacción de Leovigildo ante los sucesos que se estaban desarrollando en su reino fue enviar al noble Agila en calidad de legado real ante la corte de Chilperico de Soissons, a fin de acelerar las negociaciones del matrimonio de Recaredo con Riguntis. Sin duda, el monarca toledano intentaba asegurarse una alianza que contrarrestase un pacto sellado recientemente por Childeberto II de Metz y Brunequilda con Gontram, al que Hermenegildo deseaba unirse, según se desprende de la embajada despachada por el soberano hispalense al rey de Orleans en la primavera de 580. Poco antes de que tuviese lugar toda esta serie de intercambios diplomáticos, el rey suevo Miro, enemigo de Leovigildo, también había intentado contactar con Gontram. Pero sus embajadores cayeron en manos de Chilperico, quien los retuvo en su poder durante un año. Este episodio demuestra la existencia de relaciones previas entre el rey de Toledo y el de Soissons[63].

En medio de esta frenética actividad diplomática en que se vieron envueltas las cortes regias de Hispania y las Galias, a lo largo del año 580, Leovigildo envió legados a su hijo, tratando de llegar a un acuerdo pacífico que evitase la confrontación bélica. Pero Hermenegildo, que se hallaba en una posición de fuerza, rehusó negociar. No en vano, contaba con el

apoyo de la casa de Atanagildo dentro y fuera de la Península, y además, siguiendo las huellas de este monarca, recientemente, había iniciado los primeros contactos con el Imperio[64].

Como puede observarse la usurpación de Hermenegildo no fue un mero problema local, circunscrito al ámbito geopolítico del reino visigodo, sino que, desde sus mismos orígines, poseyó un marcado carácter internacional. A decir verdad, se inscribe en las coordenadas de un importante conflicto entre los grandes estados de la época, ya que acabaría enfrentando a Leovigildo de Toledo y Chilperico de Soissons con una coalición en la que se alineaban Hermenegildo de Hispalis, Gontram de Orleans, Childeberto II de Metz, el rey suevo Miro y el emperador bizantino Tiberio II Constantino.

Aquel mismo año de 580, meses después de que hubiese estallado la rebelión, Leovigildo convocó en Toledo un sínodo arriano. De acuerdo con el testimonio de Juan de Bíclaro, único autor que hace referencia a este concilio, los obispos allí reunidos adoptaron la decisión de que todos los católicos que decidiesen convertirse al arrianismo, no necesitaban volver a bautizarse, sino que tan solo era preciso que recibir la imposición de las manos, recibiesen la comunión y recitasen la formula: gloria patri per filium in spiritu sancto[65].

Resulta evidente que con estas medidas se pretendía fomentar nuevas conversiones al arrianismo, eliminando el principal obstáculo que encontraban los católicos: el nuevo bautismo. Ahora bien, el elemento que, ante todo, define la labor del sínodo toledano de 580 es la búsqueda de una fórmula doctrinal de consenso, susceptible de ser aceptada por católicos y arrianos. Agila, el legado que Leovigildo envió a Soissons, sostuvo ante Gregorio de Tours que el Hijo era inferior al Padre

tanto en edad como en potestad, ciñéndose, sin duda, al credo homeo de Nike del año 359, que Ulfilas había transmitido a los godos. Sin embargo, en 583, cuando el conflicto con Hermenegildo tocaba a su fin, Opila, otro embajador despachado por Leovigildo ante la corte de Chilperico, defendió en presencia del turonense la formula del Gloria emanada del concilio arriano de Toledo, afirmando la semejanza esencial entre Padre e Hijo. Se trataba, pues, de una formulación claramente homoiousiana, semejante a la defendida dos siglos atrás por Macedonio de Constantinopla, cuyas enseñanzas serían condenadas en el III Concilio de Toledo de 589. Con todo, este credo sobre el que Leovigildo trató de fundamentar la unidad religiosa de su reino y, por tanto, la plena integración entre la élite senatorial romana y la nobleza gótica, no parece que tuviera proyección fuera de ambientes cortesanos y de algunos círculos aristocráticos. Entre los católicos nunca gozó de popularidad; aunque personajes influyentes llegasen a aceptarlo, como ocurrió en el caso del obispo niceno Vincencio de Caesaraugusta, contra quien Severo, prelado de la ciudad bizantina de Malaca, escribió un tratado reprochándole su actitud[66].

De manera paralela a la celebración del sínodo toledano de 580, y una vez fracasados todos los intentos de negociación con los rebeldes de la Baetica, Leovigildo emprendió las primeras acciones militares contra su hijo. Una inscripción procedente de Alcalá de Guadaira, fechada en el segundo año del reinado de Hermenegildo (580-581), señala que, para entonces, el monarca hispalense era "perseguido" por su padre, lo que a nuestro entender denota que Leovigildo había tomado la ofensiva[67].

Aún así, las grandes operaciones bélicas no se producirían hasta un año y medio después. La invasión del valle

del Ebro por los vascones en la primavera de 581, mantendría ocupado a Leovigildo en el norte, desviando su atención del frente meridional. Afortunadamente para sus intereses, la alianza con el rey de Soissons le permitió rechazar al enemigo con éxito. Mientras el monarca visigodo combatía a los vascones de este lado de los Pirineos, Chilperico hacía lo propio en la vertiente septentrional de la cordillera. Sin duda, esta acción conjunta respondió a un acuerdo de ayuda mutua pactado previamente entre ambos soberanos[68].

A finales de 581, en las Galias se produjo un acontecimiento que iba a tener importantes repercusiones sobre el conflicto que enfrentaba a Leovigildo con su hijo: Childeberto de Metz rompió su alianza con Gontram de Orleans, a consecuencia de una disputa que mantenían ambos reyes por el control de la ciudad de Massilia. Inmediatamente, Childeberto selló un pacto con Chilperico, quien, al carecer de descendencia, optó por nombrarle su heredero[69]. Neutralizado Gontram, que ahora debía defenderse de la agresión de su hermano y su sobrino, Leovigildo tenía las manos libres para ocuparse de los problemas del sur de la Península.

El cambio de alianzas entre los monarcas merovingios puso a Hermenegildo en una difícil situación. Con los reinos de Metz y Soissons unidos contra el de Orleans, no cabía esperar un ataque franco sobre la Narbonensis, que obligase a Leovigildo a desviar su atención hacia el norte. A decir verdad, el único apoyo directo con el que aún podía contar el rebelde procedía del Imperio romano de Oriente. De acuerdo con el testimonio de Gregorio de Tours, es muy probable que en 580-581, Hermenegildo ya se hubiese puesto en contacto con el gobernador militar de la provincia bizantina de Spania. Pero fue, sin duda, en 582, una vez informado de las nuevas circunstancias que se daban en las

Galias, cuando decidió enviar una embajada a Constantinopla, encabezada por el obispo Leandro de Hispalis, a fin de solicitar tropas de refuerzo al emperador Tiberio II. Hermenegildo sabía perfectamente que el Imperio nunca había tenido excesivos reparos en apoyar a los usurpadores que solicitaban su colaboración. El abuelo de su esposa Ingundis había sido uno de ellos y, con casi absoluta certeza, el joven soberano tomó la conducta política de éste como modelo a seguir. Desde luego, Hermenegildo era consciente de que Bizancio exigiría un alto precio por su ayuda. Lo más probable es que su representante diplomático fuese portador de una serie de concesiones, entre las que podrían hallarse el reconocimiento de la suprema soberanía del emperador y la devolución de los territorios conquistados por Leovigildo en las campañas de 570-571[70].

Durante su estancia en la capital del Imperio, Leandro tuvo ocasión de conocer al futuro papa Gregorio I, por entonces apocrisiario pontificio en Constantinopla. Este hecho no tiene nada de extraño, ya que los clérigos occidentales de paso por la corte solían alojarse en la domus Placidiae, a la sazón residencia oficial del representante del papa. En el Praefatium a su libro de Moralium in Hiob, Gregorio, que sin duda estaba al corriente de los motivos que habían llevado a Leandro hasta Bizancio, indica que éste se encontraba en la capital del Imperio pro causis fidei Wisigothorum. Sin embargo, de esta expresión no es posible deducir que Hermenegildo hubiese abrazado ya el catolicismo, ya que el propio Gregorio, en sus Diálogos, publicados hacia 586, afirma haber tenido noticia en fecha reciente de la conversión y muerte del príncipe, a través de unos viajeros llegados de Hispania[71].

De todo lo expuesto, R. Collins deduce que Hermenegildo debió aceptar el credo de Nicea en un momento

inmediatemente posterior al retorno de Leandro a Hispalis, pues de haberlo hecho con anterioridad a su partida, Gregorio hubiera tenido noticia del acontecimiento en 582 de labios del propio Leandro, durante su estancia en Constantinopla, y no años después por mediación de unos desconocidos viajeros llegados a Italia[72].

La oscura relación que Gregorio establece entre la presencia de Leandro en Constantinopla y la fides Wisigothorum, puede interpretarse como una referencia a la actuación de Leovigildo en materia religiosa, siempre y cuando otorguemos al término fides el sentido cristiano, que tradicionalmente se le ha venido asignando. Ahora bien, conviene recordar que, a veces, Gregorio utiliza este vocablo en su acepción personal o política (fides integra santae rei publicae servare)[73], y que Isidoro lo define como "llevar a efecto lo acordado entre dos partes, ... origen de la palabra foedus"[74]. De atribuir dicho significado al texto de Gregorio, nos hallaríamos ante una velada alusión a la firma de un pacto entre el gobierno de Hispalis y el de Constantinopla, que llevaría aparejado el reconocimiento de la supremacía de la potestad imperial por parte de Hermenegildo y, en consecuencia, el establecimiento de un vínculo de fidelidad hacia el basileus.

Una carta que el obispo Liciniano de Carthago Spartaria envió al papa Gregorio I, en algún momento entre 591 y 595, menciona la estancia de Leandro en la capital de la provincia bizantina de Spania a su regreso de Oriente. La presencia del obispo hispalense en la residencia habitual del supremo representante del Imperio en la Península, sin duda, estuvo relacionada con la necesidad de concretar detalles relativos a la materialización del acuerdo sellado en Constantinopla[75].

A través de Liciniano, Leandro debió ponerse al corriente de los sucesos acaecidos en el mediodía peninsular durante su ausencia. Y éstos no eran precisamente favorables a la causa de Hermenegildo.

A comienzos de la primavera de 582, Leovigildo había irrumpido con un poderoso ejército en la Lusitania, apoderándose de su capital, Emerita Augusta. La toma de tan destacada plaza se conmemoró con la celebración de un triunfo y con la emisión de una nueva serie de monedas, cuya leyenda propagandística D(OMINUS) N(OSTER) LEOVIGILDUS REX PIUS EMERITA VICTOR, se hace eco del acontecimiento. Sin embargo, el monarca hubo de hacer frente a la oposición local, liderada por el obispo niceno Masona, un godo de confesión católica, que en 579 debió apoyar la usurpación de Hermenegildo. Tras la caída de Emerita, Leovigildo intentó, en vano, forzar la conversión de Masona al arrianismo. Ante el fracaso de sus esfuerzos, nombró obispo arriano de la ciudad a Sunna, clérigo afecto a su persona, al que otorgó varias basílicas, hasta aquel momento consagradas al culto niceno. Este acto provocó serias fricciones entre los dos prelados y sus respectivas comunidades. Deseoso de poner fin al enfrentamiento y someter a la facción católica al control de la monarquía, Leovigildo ordenó a Masona que se personase en Toledo, trayendo consigo la túnica de la célebre mártir emeritense Eulalia, a fin de instalarla en una basílica arriana de la capital. Masona se presentó en la corte, pero rehusó hacer entrega de la venerada reliquia, motivo por el cual Leovigildo dispuso que fuese privado de todas sus dignidades y encerrado en un monasterio. Acto seguido, designó para sustituirle a Nepopis, un oscuro personaje leal a su casa, que durante tres años luchó infructuosamente por ganarse la adhesión de los principales representantes de la comunidad católica, fiel al obispo exilado. Aplastada la usurpación de Hermenegildo y a fin de restablecer

la paz entre los católicos de Emerita, Leovigildo permitiría que Masona volviese a ocupar su sede[76].

La perdida de la estratégica plaza de Emerita desestabilizó por completo el sistema defensivo de los territorios controlados por Hermenegildo. El camino que conducía al valle del Guadalquivir se hallaba ahora abierto a los ejércitos de su padre, y el traslado del escenario bélico a las puertas de Hispalis era sólo cuestión de tiempo. La magnitud del desastre en ningún caso se vería compensada por el simultáneo debilitamiento de la alianza entre Chilperico de Soissons y Childeberto de Mezt. La subsiguiente firma de un nuevo acuerdo entre este último soberano y Gontram de Orleans tampoco reportó beneficios tangibles a la causa de Hermenegildo, ya que los monarcas merovingios jamás llegaron a efectuar un ataque conjunto contra los dominios gálicos del rey de Toledo, como en principio estaba previsto[77].

La desfavorable situación en que se encontraba, arrojó a Hermenegildo en brazos de la aristocracia romano-niceista de la Baetica, *único sector que podía ofrecerle apoyo militar* inmediato. Este grupo, habituado a la gestión autónoma del poder, debió ser consciente, desde el mismísimo estallido de la rebelión, de la singular oportunidad que se le presentaba. Apoyando a Hermenegildo participaba en la construcción de un estado romano-germánico independiente de ámbito territorial exclusivamente bético, en el que podría ejercer una hegemonía política casi absoluta, sobre todo si conseguía atraer al príncipe a la fe católica. En 582, Hermenegildo no contaba con otra colaboración directa, para hacer frente a los ejércitos de su padre, que aquella que pudieran proporcionarle sus súbditos hispanorromanos y Bizancio. Presionado por las circunstancias, se vio arrastrado a la conversión. El obispo Leandro, recién

llegado de Constantinopla y en su calidad de supremo representante de los intereses de la aristocracia católica de la Baetica, debió sugerir al príncipe la conveniencia de dar este paso. En la pila bautismal, Hermenegildo adoptó el nombre de Juan, que no aparece en ninguna de sus acuñaciones. Puesto que éstas se efectuaron con anterioridad a la caída de Emerita, cabe deducir que la conversión del príncipe se produjo tras dicho acontecimiento, de ahí la carencia de testimonio numismático[78].

A comienzos de la primavera del año 583, las fuerzas de Leovigildo, dirigidas por el soberano en persona, invadieron la Baetica. Su primera acción documentada consistió en apoderarse del castrum Osser (San Juan de Alfareche), fortaleza defendida por una guarnición fiel a Hermenegildo. A continuación, pusieron cerco a Hispalis. En tales circunstancias, el rey suevo Miro se presentó con un ejército ante los muros de la ciudad. Según Gregorio de Tours, Hermenegildo había reclamado su colaboración, pero Leovigildo lograría impedir que ésta se materializase, obligando a Miro a jurarle fidelidad. En aparente contradicción con lo expuesto se hallaría el testimonio de Juan de Bíclaro, quien sostiene que los suevos acudieron a Hispalis, para ayudar a Leovigildo a sitiar la ciudad. La existencia previa de relaciones diplomáticas entre la corte de Miro y la de Gontram, aliado de Hermenegildo, nos induce a creer que Gregorio no se equivoca al señalar que los suevos acudieron en ayuda del rebelde. Por otra parte, la omisión en ambos relatos de toda referencia a una batalla entre el ejército de Miro y el de Leovigildo, sólo puede deberse a que tal encuentro no tuvo lugar nunca y, si además se tiene en cuenta el desenlace del episodio que nos transmite el Biclarense, podría pensarse que el monarca visigodo compró la alianza con los suevos mediante el pago de una elevada suma, como más tarde adquiriría la no intervención de los bizantinos[79].

Tras haber conseguido captar el apoyo de Miro, Leovigildo decidió estrechar el cerco de Hispalis y rendir la plaza por hambre. Para ello, era imprescindible bloquear el cauce del Guadalquivir, ya que la población seguía recibiendo suministros alimenticios por el río. Durante el invierno de 583-584, las fuerzas del monarca toledano ocuparon Italica, acontecimiento que se conmemoró con una nueva emisión de moneda, destinada, sin duda, a pagar al ejército, y cuya leyenda reza: PIUS LIVVIGILD(U)S RE(X) CUM DE(O) O(PTINUIT) ETALICA. La ciudad de Italica se hallaba situada en una excelente posición estratégica sobre la orilla derecha del Guadalquivir, lo que permitiría a Leovigildo controlar el tráfico fluvial y cortar la entrada de provisiones a Hispalis. Además, el monarca hizo restaurar las viejas murallas romanas de Italica, de modo que su ejército poseyese un punto de apoyo sólidamente fortificado[80].

La interrupción de abastecimientos provocó una grave crisis frumentaria en el interior de Hispalis, que empezó a sufrir los efectos devastadores del hambre. Para colmo de males la peste no tardó mucho en hacer acto de presencia en el escenario de la contienda, causando estragos entre los dos bandos contendiendes. El rey suevo Miro parece haber sido una de sus primeras y más destacadas víctimas[81].

En junio o julio de 583, Leovigildo tomó Hispalis al asalto, aprovechando que la resistencia de los defensores se hallaba profundamente minada por el hambre y la peste. Hermenegildo, en compañía de los miembros más destacados de su corte, logró escapar y refugiarse en Corduba. Para conmemorar la ocupación de la ciudad y efectuar los pagos debidos al ejército, el monarca toledano hizo emitir una nueva serie de monedas, en cuya anverso se lee la frase: CUM DE(O) OPTIN(U)IT SP(AL)I. Acto seguido, emprendió la tarea de someter las ciudades rebeldes del

resto de la provincia, así como también los castella rurales, seguramente fortificaciones defensivas de las grandes propiedades de la aristocracia bética[82].

Por su parte, Hermenegildo, instalado en Corduba, solicitó el apoyo militar del Imperio, de acuerdo con lo convenido por Leandro en Constantinopla. La intervención de los bizantinos sembró la alarma en el bando de Leovigildo, que hizo todo lo posible por neutralizarlos. Seguramente, es en este contexto donde debemos insertar la noticia que nos ofrece Gregorio de Tours sobre el desarrollo de operaciones militares visigodas en la región del cabo Martín, zona de frontera entre los territorios godos y bizantinos. Atacando por la retaguardia, Leovigildo evidentemente pretendía obligar a los imperiales a desviar su atención del conflicto que desgarraba el reino visigodo, para concentrarse en la defensa de los límites de sus dominios. Pero no parece que la agresión visigoda diese los resultados apetecidos. Tropas imperiales llegaron hasta Corduba, con el propósito de apoyar a Hermenegildo. Temiendo sufrir una derrota a manos de las fuerzas aliadas, Leovigildo decidió comprar la no beligerancia bizantina, pagando un subsidio de 30.000 sueldos. El comandante del ejército imperial aceptó el trato propuesto por el monarca toledano y, cuando Hermenegildo presentó batalla a su padre en las afueras de Corduba, se abstuvo de participar en el combate[83].

El abandono del campo de batalla por parte de los bizantinos, favoreció a las armas de Leovigildo, que, tras aplastar a las fuerzas leales a su hijo, entró en Corduba. La caída de la ciudad fue conmemorada en una nueva emisión monetaria, destinada a abonar la soldada al ejército vencedor. La leyenda que aparece en las monedas resulta bastante elocuente por sí misma: LEOVIGILDUS REX CORDOBA BIS OPTINUIT. El bis

destaca que aquella era la segunda ocasión en que Leovigildo había tomado posesión de la ciudad por la fuerza de las armas. Como se recordará, la primera había tenido lugar en 572, cuando puso fin a la revuelta estallada en tiempos de Agila[84].

La caída de Corduba supuso la dispersión de la corte del usurpador. Según Gregorio de Tours, la reina Ingundis y su pequeño hijo Atanagildo habían sido confiados a las fuerzas imperiales por el propio Hermenegildo. Paulo Diácono señala que, tras conocer la derrota del ejército de su marido, la intención de la soberana era dirigirse a las Galias, para reunirse con sus parientes del reino de Metz. Lo más probable es que pensase embarcar en uno de los puertos del litoral de la provincia bizantina de Spania rumbo a Massilia. Pero, apenas se encontró en territorio imperial, las autoridades romanas dispusieron su traslado a Constantinopla junto con su hijo en calidad de rehenes. La desdichada Ingundis moriría durante el trayecto, bien en Africa, como afirma Gregorio de Tours, bien en Sicilia, como sostiene Paulo Diácono. En cuanto al príncipe Atanagildo ignoramos cuál fue su destino final. Se sabe que llegó a la capital del Imperio y que, pese a las demandas de su abuela Brunequilda y de su tío Childeberto II, el gobierno de Constantinopla rehusó enviarlo a las Galias. Después de todo, se trataba de una baza favorable al Imperio, que Mauricio no dudaría en jugar, tanto para presionar a los monarcas visigodos de Toledo, como para conseguir el apoyo del reino de Metz frente a los lombardos. Con posterioridad, no volvemos a tener noticias del niño. Su rastro se difumina en la dorada patina de la corte de Bizancio[85].

En cuanto a Hermenegildo, su suerte no pudo ser más dramática. Tras la defección de los bizantinos, comprendió que su causa estaba perdida, por lo que abandonó el campo de batalla,

para refugiarse en una de las basílicas suburbanas de Corduba. Informado de este hecho, Leovigildo envió al santuario a su otro hijo, Recaredo, a fin de negociar con el usurpador las condiciones de su entrega. Una vez que ésta se hubo producido, Leovigildo condujo a su hijo como prisionero a Toledo, donde, sin duda, tuvo lugar la celebración de un solemne triunfo. Entre los actos ceremoniales que acompañaron la entrada del monarca visigodo en su capital, se incluyó la humillación pública del vencido. Hermenegildo, ataviado con las insignias de la dignidad regia, hubo de postrarse a los pies su padre, tal y como marcaba la tradición bizantina que debían hacer los usurpadores derrotados en presencia del legítimo soberano. Por su parte, Leovigildo, en un acto formal de clemencia, le levantó del suelo y le besó. Pero, a continuación, siguiendo la liturgia imperial, ordenó que fuese despojado de la púrpura y que se le mostrase en público cubierto con ropas de esclavo (vilis vestis)[86].

Concluida la celebración de la victoria, Hermenegildo se vio privado de los últimos vestigios de su antigua dignidad. Gregorio de Tours destaca que incluso le fueron arrebatados sus pueri, es decir, los jóvenes esclavos que le servían como pajes y ayudas de cámara. Este dato sugiere la posibilidad de que Leovigildo hubiese decretado la confiscación de todos los bienes de su hijo. Medida en consonancia con los procedimientos penales de la época y que, por fuerza, hubo de anteceder a la partida del rebelde hacia el exilio. La presencia de Hermenegildo en la corte de Toledo era inaceptable, ya que podía alentar un nueva insurrección aristocrática. Por ello, Leovigildo dispuso que fuese confinado en Valentia, en compañía de un único esclavo, que se haría cargo del cuidado de su persona. La estancia de Hermenegildo en la ciudad del Turia fue breve. Unos meses después de su llegada, y sin duda, ante el temor de que los bizantinos aprovechasen la proximidad de Valentia para intentar rescatarlo,

Leovigildo ordenó su trasladado a Tarraco, donde, a comienzos de la primavera 585, sería asesinado por un godo llamado Sisberto[87].

Gregorio I y el Turonense coinciden en señalar que Leovigildo decretó la muerte de su hijo. De acuerdo con el relato del pontífice, durante la Pascua de 585, Hermenegildo recibió la visita de un obispo arriano, que haciéndose pasar por católico, intentó que el príncipe recibiera la comunión de sus manos. Hermenegildo, pese a la oscuridad de su celda, reconoció al impostor y le expulsó con violencia. Enterado de lo ocurrido, Leovigildo ordenó la ejecución del príncipe[88].

Como puede observarse, la versión que nos ofrece Gregorio Magno sobre el fin de Hermenegildo tiene más elementos afines con la hagiografía que con la historia; pero eso no significa que carezca de fundamento. Lo más probable es que, tras la victoria sobre las fuerzas del usurpador, los partidarios de Leovigildo hayan reclamado la eliminación de éste, y que, en tales circunstancias, el soberano haya intentado salvarle, propiciando su retorno a la grey arriana. Durante el siglo VI, la aceptación del credo del bando vencedor por parte del vencido implicaba una sumisión absoluta, que transcendía el plano material para adentrarse en el dominio de lo espiritual. Así, después de la celebración del triunfo de Belisario sobre los vándalos, Justiniano ofreció al rey Geliner el título honorífico de patricius, a cambio de que se convirtiese al catolicismo. El rechazo de esta proposición impidió al monarca Asdingo acceder al grupo más elevado de la aristocracia bizantina, pero le permitió conservar intacto el orgullo de no haberse subyugado interiormente al enemigo[89].

Hermenegildo, desde el momento de su proclamación

regia en Hispalis, se había presentado como elegido divino y, al menos, desde 582 había abrazado el catolicismo, fe de la levantisca aristocracia bética, que le apoyaría hasta el final de su aventura. La negativa del rebelde a adjurar del credo niceno, tras haber sido derrotado en el campo de batalla, puso en evidencia el carácter de mera formalidad que había tenido el acto de sumisión celebrado en Toledo. Personalmente, Hermenegildo continuaba sin albergar lealtad alguna hacia la casa de su padre. En tal estado de cosas, la confiscación de sus bienes y el exilio parecían medidas, a todas luces, insuficientes, pues siempre cabía la posibilidad de que fuese rescatado por los bizantinos o de que él mismo burlase a sus guardianes y se refugiase en territorio imperial, desde donde podría poner en marcha una nueva revuelta. Sólo la muerte del príncipe o su reconversión al arrianismo garantizarían la paz interior del reino y la perduración de la obra de Leovigildo. Este debió comprenderlo así, e hizo todo lo posible por persuadir a su hijo de la necesidad de volver al seno de la Iglesia oficial. Ante el fracaso de sus esfuerzos y presionado por algunos de los más destacados miembros de la corte, Leovigildo permitió que se diese muerte al rebelde. Prueba de que la ejecución de la pena contaba con aprobación tácita del soberano, es que Sisberto, el verdugo del príncipe, quedó impune por esta acción, algo inconcebible de haber partido de su propia iniciativa.

La trágica desaparición de Hermenegildo se valoró de manera distinta fuera del reino visigodo que en el interior del mismo. Mientras el Turonense, Gregorio Magno y Paulo Diácono ensalzan la figura del príncipe como la de mártir de la fe, los autores hispanos contemporáneos guardan silencio o se limitan a referir lacónicamente los principales hitos de la revuelta, evitando hacer alusión al controvertido tema religioso. Aquellos que conocían de cerca los hechos, por haber estado implicados en

los mismos, se cuidaron mucho de darles publicidad. Isidoro, en la biografía de su hermano Leandro, no efectúa ni una sola mención a las relaciones de éste con Hermenegildo, a pesar de que Leandro debió participar en su coronación, conversión y bautismo. Cuando en sus Historiae Isidoro se ve obligado a hablar de Hermenegildo emplea, al igual que Juan de Bíclaro, el término tyrannus, que, como ya hemos indicado en varias ocasiones, puede traducirse como usurpador, ya que denota un poder de hecho, ilegítimo en su origen, que se alza frente al poder legalmente constituido.

La visión negativa que nos ofrecen las fuentes peninsulares sobre la figura de Hermenegildo y su elocuente silencio en torno a las implicaciones religiosas de la rebelión liderada por este príncipe, sólo se pueden comprender teniendo en cuenta el marco histórico en que escribieron Juan de Bíclaro e Isidoro. Ambos autores redactaron sus obras una vez alcanzada la unidad religiosa del reino de Toledo, a través de la conversión de Recaredo al catolicismo. Una época de consolidación del poder central frente al autonomismo aristocrático, y de expansión de la hegemonía visigoda a costa de los territorios imperiales. No es extraño que, en semejantes circunstancias, se procurase silenciar la rebelión de Hermenegildo. Un usurpador que había intentado construir su propio reino, apoyándose en una alianza con Bizancio y en las tendencias centrífugas de los cuadros dirigentes de la Baetica, nunca podía ser tomado como prototipo del fundador de un estado romano-germánico de confesión católica, nacido con clara vocación integradora. Por otro lado, presentar a Hermenegildo como campeón de la causa católica, después de todo lo sucedido, hubiera sido tanto como deslegitimar a Recaredo, quien, durante el conflicto, había permanecido al lado de su padre, no adjurando del arrianismo hasta después de la muerte de éste. Lo más prudente era correr un tupido velo

sobre tan turbador episodio de la historia peninsular.

1.3. El reinado de Mauricio.

1.3.1. Conflictos y reformas.

Después de su advenimiento al solio, Mauricio mantuvo la política defensiva desarrollada por su predecesor, concentrando todas sus fuerzas en la lucha contra Persia, mientras en las restantes fronteras combinaba el empleo de la diplomacia con la fuerza de las armas, para mantener las posiciones del Imperio.

La conflictiva situación por la que atravesaban los dominios imperiales en Italia, sometidos a la presión de los lombardos, exigía un fortalecimiento de la autoridad imperial sobre la zona y una reorganización administrativa que subviniese adecuadamente a los gastos militares. Desde mediados del siglo VI, el sistema defensivo del Imperio se financiaba, principalmente, con fondos procedentes de los dominios de la corona y de las cajas de las praefecturae praetorianae. A fin de dotar al ejército de Italia de mayor facilidad para acceder a estos recursos, en el otoño de 584, Mauricio creó el cargo de exarchus Italiae, otorgándole las competencias militares del antiguo magister militum y un amplio control sobre el praefectus praetorio Italiae, máximo responsable de la administración civil. De este modo, el nuevo encargado de la seguridad regional podría disponer, en cualquier momento y de manera inmediata, del producto del impuesto sobre la tierra, recaudado por la praefectura, y cuya partida más importante se hallaba destinada a financiar los gastos de defensa. Puesto que la gravedad de la situación bélica aconsejaba que el exarca manejase las rentas provenientes de los fundos imperiales, el emperador nombró para

ocupar el puesto al eunuco Smaragdo, quien en su calidad de cubicularius estaba facultado para gestionar los bienes asignados a la domus divina. La concentración de poder militar y financiero, permitiría al primer exarca cerrar un acuerdo con Childeberto II de Metz, quien, a cambio de un subsidio 50.000 sueldos, no vaciló en invadir el norte de Italia y someter a los duces lombardos de la zona[90].

Ante el desarrollo de tales acontecimientos, un sector de la nobleza lombarda, consciente de la necesidad de establecer un mando militar supremo que coordinase la lucha contra Bizancio y sus aliados francos, proclamó rey a Autario, hijo de Cleph. Esta iniciativa no fue del agrado de varios duces lombardos, que temerosos de ver mermada su autoridad, rehusaron acatar la soberanía del nuevo monarca. En consecuencia, Autario se vio obligado a negociar una tregua con el exarca Smaragdo para los siguientes tres años. Durante este período, los dominios imperiales en Italia gozaron de un respiro. Autario estaba demasiado ocupado intentando sojuzgar a la nobleza lombarda como para romper el pacto. Después que hubo expirado el plazo de la tregua, las autoridades imperiales acordaron con los francos llevar a cabo acciones militares simultáneas contra el territorio lombardo. Mediante dicho sistema, el Imperio logró recuperar algunas posiciones estratégicas. En 589, mientras Autario compraba la retirada de las fuerzas de Childeberto II de Metz, los bizantinos volvían a tomar posesión de Classis, el puerto de Ravenna. Un año más tarde, recobraban las plazas de Altinum, Mutina y Mantua. Y si Mediolanum no retornó a manos del basileus, fue a causa de la falta de coordinación entre bizantinos y merovingios que caracterizó el final de esta campaña[91].

Si en Italia Mauricio intentó contener el avance de los lombardos, en el Illyricum y en la Tracia hubo de hacer

frente al empuje de ávaros y eslavos, que desde tiempos de Justiniano presionaban sobre el limes danubiano. La inesperada desaparición de Tiberio II, generó fuertes tensiones en la zona. Al igual que la mayor parte de los reyes bárbaros, Bayan, el khagan de los ávaros, consideraba que los pactos poseían un carácter estrictamente personal. De ahí que, tras conocer la muerte del emperador, juzgase extinguido el último acuerdo firmado con él y, en la primavera de 583, decidiese invadir la Tracia. Ante la amenaza ávara, Mauricio se apresuró a renovar el tratado, plegándose a las exigencias de Bayan, que reclamaba un aumento del subsidio anual que recibía del Imperio. Ahora bien, las cosas no pararon aquí. En 586, aprovechando que Bizancio concentraba gran parte de su potencial bélico en la frontera oriental, Bayan instigó la penetración de sus súbditos eslavos en territorio romano. Los invasores llegarían hasta los Muros Largos de Anastasio, donde serían masacrados por las tropas imperiales. Poco después, los mismos ávaros se introdujeron en la Moesia Secunda y en la Scythia. En aquellos momentos, Comenciolo, magister utriusque militiae per Thracias, sólo disponía de 10.000 hombres, y no se atrevió a salir al encuentro de los bárbaros. Estos, al hallar el camino libre, marcharon sobre Hadrianopolis y la pusieron cerco. Temiendo que la ciudad cayese en manos de Bayan, Mauricio envió en su ayuda a Droctulfo, un dux lombardo que recientemente había entrado al servicio del Imperio, y que fue quien derrotó a los ávaros ante las puertas de Hadrianopolis, para, a continuación, expulsarlos de la Tracia[92].

La escasa presencia de efectivos romanos en la región de los Balcanes, puede explicarse en virtud de la política defensiva desarrollada por el gobierno de Constantinopla, durante los últimos tiempos. Los asesores militares del basileus eran partidarios de concentrar el aparato bélico del Imperio en la

frontera oriental, aún a costa de desguarnecer otras áreas limítrofes amenazadas por los bárbaros. El conflicto iniciado con Persia bajo Justino II, se había convertido en un duelo entre dos titanes fatigados. La monarquía de los Sasánidas, debilitada por incipientes conflictos sucesorios y por las tendencias centrífugas de la nobleza provincial, había visto muy mermada su capacidad para coordinar la defensa del estado. Si, en tales circunstancias, Bizancio se mostró incapaz de acelerar el final del contencioso mediante la fuerza de las armas, fue debido a que dificultades financieras, ligadas a la indisciplina de sus tropas, se lo impidieron.

En la primavera de 583, el emperador Mauricio, asesorado por su alto estado mayor, y guiado por el deseo de aplastar definitivamente al enemigo, hizo los preparativos para desencadenar una gran ofensiva en Mesopotamia. Juan Mystacon, que había sucedido a Mauricio en el cargo de magister utriusque militiae per Orientem en agosto de 582, después de que éste fuese proclamado César, se hizo cargo de la dirección de las operaciones. Su mandato sería breve. A la vista de los mediocres resultados obtenidos en la campaña de 583, el basileus decidió sustituirle por un miembro de su propia familia. La elección recayó sobre el marido de su hermana Gordia, Filípico, quien dirigió la guerra con mayor fortuna hasta 588, en que una repentina enfermedad le obligó a abandonar el ejercicio de sus funciones. Mauricio, acuciado por unas finanzas deficitarias, escogió este momento para reducir la paga del ejército de Oriente en una cuarta parte. Al conocerse la noticia, los soldados rehusaron acatar la autoridad de Prisco, el nuevo magister designado por el gobierno de Constantinopla. En su lugar, eligieron como general a Germano, el dux Phoeniciae Libanensis, y nombraron oficiales a hombres de la tropa. Ante las dimensiones que comenzaba a adquirir el motín, Mauricio optó por ceder y, en

la primavera de 589, tras haber destituido a Prisco, envió a Siria a su cuñado Filípico, investido por segunda vez con el magisterium militiae per Orientem, portando la paga integra del ejército. El temor de los rebeldes a ser objeto de represalias por parte del general, abrió un plazo de negociaciones, que duró un año y en el que intervino como mediador el patriarca Gregorio de Antioquía (570-593). Finalmente, en la Pascua de 590 se cerró el acuerdo. Solventada la crisis, Filípico regresó a Constantinopla y Comenciolo le relevó en el mando[93].

De manera inesperada, la situación de deterioro estructural por la que atravesaba el Imperio de los Sasánidas experimentó un recrudecimiento, inclinando la balanza del conflicto bélico a favor de Bizancio. Durante el invierno de 589-590, Bahram, sátrapa de Media, se alzó en rebelión contra Hormisdas IV. Esta circunstancia fue aprovechada por una facción cortesana, deseosa de hacerse con el control del trono, para poner violento término a la vida del soberano y proclamar a su hijo Cosroes Rey de Reyes. Bahram, temiendo por su suerte en caso de acatar la autoridad del nuevo monarca, decidió asumir personalmente el dictado imperial, lo que provocaría el estallido de una guerra civil. La primera fase de la contienda concluyó en breve. A comienzos de marzo de 590, las fuerzas legitimistas, leales a Cosroes II (590-627), fueron aplastadas en el campo de batalla por los rebeldes, y el joven soberano se vio obligado a buscar refugio en Constantinopla, donde Mauricio le dispensó una magnífica acogida. Un año después, y tras haber remitido el brote de peste que devastaba Siria, Cosroes recuperaría el trono con el apoyo de las tropas bizantinas, mandadas por del magister utriusque militiae por Orientem Narsés, sucesor de Comenciolo, y de un ejército reclutado por los partidarios del propio soberano en el Azerbaidjan. Concluidas las operaciones militares, el monarca Sasánida selló oficialmente la paz con el Imperio

romano, principal beneficiario del acuerdo, ya que obtuvo importantes concesiones territoriales en Oriente. A las estratégicas plazas de Dara y Martiriopolis, se sumó la Armenia persa y la satrapía de Arzanene. De este modo, y tras casi dos décadas de contienda, las fronteras de la Roma oriental se habían dilatado hasta tocar las orillas del lago Van[94].

El fin de la larga guerra contra los persas, comportó otras ventajas materiales para el gobierno de Constantinopla. Por un lado, supuso un importante descenso en la partida de gastos militares, con el consiguiente alivio para las deficitarias finanzas del estado, y por otro, permitió prestar mayor atención a los problemas que padecía la mitad occidental del Imperio, relegados a un segundo plano a causa del conflicto de Oriente.

Precisamente, en Italia, la estabilidad alcanzada tras la creación del exarcado se hallaba comprometida, debido a una inoportuna alteración en el sistema de alianzas. Consciente de que jamás lograría contener a los bizantinos mientras funcionase su acuerdo con el reino de Metz, en la primavera de 590, el rey lombardo Autario envió una embajada al merovingio Childeberto II, con el propósito de llegar a un acuerdo que neutralizase las intervenciones francas en Italia a favor del Imperio. La muerte de Autario interrumpió, por breve espacio de tiempo, la ronda de negociaciones. Pero su sucesor, Agiulfo (590-616), apenas hubo accedido al trono, reanudó los contactos diplomáticos con los francos, consiguiendo que éstos se comprometiesen a no volver a actuar en Italia, a cambio del pago de un subsidio anual. Simultáneamente, se dedicó a someter a algunos duces que, como había ocurrido a comienzos del reinado de su antecesor, se negaban acatar la autoridad real. Una vez consolidada su soberanía, Agiulfo se volvió contra los imperiales, cuyas posiciones sabía debilitadas por los estragos del reciente brote

de peste bubónica, que, tras devastar Roma y el Lacio, causando la muerte del papa Pelagio II (579-590), se había extendido por el noroeste de Italia hasta alcanzar la Península de Istria[95].

Como anticipo de lo que, a partir de este momento, serían las relaciones entre los lombardos y Bizancio, durante el verano de 592, Roma y Nápoles se vieron asediadas por las tropas de los duces Ariulfo de Spoletium y Arichis de Beneventum respectivamente. Dado que la guarnición de Roma, reducida a un único regimiento, el de los Theodosiaci, era insuficiente para sostener un sitio, el papa Gregorio I decidió pactar con Ariulfo. Sin embargo, el exarca Romano, siguiendo los dictados de Constantinopla, que se negaba a hacer concesiones a los lombardos, rehusó ratificar este acuerdo. En consecuencia, a mediados de la primavera de 593, el propio el rey Agiulfo marchó sobre la Ciudad Eterna, al frente de un poderoso ejército. Gregorio, que pese a sus reiteradas demandas no había obtenido refuerzos de Ravenna, hubo de negociar un nuevo pacto con el enemigo. Pero por segunda vez, el exarca desestimó la iniciativa del pontífice. En todo este asunto, es de advertir la disonancia existente entre la posición de los representantes directos del poder central y las autoridades locales de las ciudades hostigadas por los bárbaros. Mientras los primeros se decantan por la política oficial de resistencia, las segundas, representadas por el obispo diocesano, optan por el acuerdo puntual con el agresor[96].

Claro antecedente de lo que será la norma durante la invasión de los árabes, las formulas pactistas acabarán imponiéndose. En el caso de Roma, a comienzos de 599, y tras varios meses de arduas negociaciones, Calínico, sucesor de Romano al frente del exarcado, logró sellar una tregua con Agiulfo, a cambio del pago de 500 libras de oro. En la primavera del 600,

el acuerdo fue renovado por otro año, pero en 601, debido a las dificultades del Imperio para hacer frente al pago del subsidio, se rompió, dando lugar a la reanudación de las hostilidades, que, en esta ocasión, estuvieron señaladas por la caída y destrucción de Patavium (Padua) a manos de los lombardos. El dramático acontecimiento unido a los importantes cambios políticos que se produjeron tras la desaparición de Mauricio, aconsejó la renovación del pacto en 603[97].

Mientras Italia se desangraba en las guerras lombardas, Africa disfrutaba de una paz, que le permitiría recuperar parte de su antigua prosperidad económica y de su peso político en el conjunto del Imperio. Si exceptuamos dos insurrecciones mauras, en 584 y 587, que fueron rápidamente sofocadas, no conservamos noticias sobre graves conflictos bélicos en la región. Aprovechando esta situación de tranquilidad, Mauricio pudo llevar a cabo, sin trabas, la reorganización administrativa de la prefectura, y establecer un exarcado similar al de Italia, tema que trataremos cumplidamente más adelante. Por ahora baste señalar que el exarca de Africa, cargo documentado por primera vez en agosto de 591, cuando Gennadio aparece portando los títulos de patricius et exarchus Africae, desempeñó primordialmente las antiguas funciones militares del magister militum, aunque gozando de extensas prerrogativas sobre la administración civil, ya que el praefectus praetorio Africae, responsable directo de la misma, fue colocado bajo su control supremo[98].

El intento de reforzar de la autoridad imperial sobre el norte de Africa, mediante la constitución del exarcado de Cartago, demuestra hasta que punto Mauricio participaba del ideal romano de universalidad del Imperio. Su preocupación por los territorios occidentales, que, como ya hemos señalado, se

intensificó al concluir la guerra de los persas, demuestra que en ningún caso estaba dispuesto a renunciar a los territorios sobre los que Justiniano había restablecido la autoridad imperial.

El testamento redactado por Mauricio en el año 597, durante una grave enfermedad, confirma nuestras hipótesis. De acuerdo con este documento, cuyo contenido nos transmite Teofilacto Simocatés, Teodosio, el primogénito de Mauricio, estaba llamado a gobernar sobre Oriente desde Constantinopla, mientras que Tiberio, el segundo hijo del emperador, debería ejercer el poder sobre Italia y las islas occidentales desde Roma, la antigua capital del Imperio, convertida nuevamente en residencia imperial. Las "demás partes" del estado romano serían administradas por los dos hijos pequeños del emperador, y el obispo Domiciano de Melitene, primo de Mauricio, quedaría como tutor de los pequeños príncipes. Basándose en la omisión del nombre de los territorios asignados a los dos hijos menores, J. B. Bury llegó a la conclusión de que el príncipe Pedro recibiría el Illyricum y su hermano Paulo el exarcado de Africa[99].

Este reparto de áreas de gobierno no implicaba una ruptura de la unidad del Imperio. Mauricio, consciente de la imposibilidad de que un solo aparato del poder central administrase adecuadamente un estado de tan vastas dimensiones y con problemas tan complejos, optó por legar a sus sucesores una gestión descentralizada del Imperio, en continuidad con la tradición de soberanía plural establecida por Constantino, y seguida por Teodosio I. Sus hijos quedaban así obligados al ejercicio compartido del poder indisoluble de un Imperio único. Mauricio fue, sin duda, el emperador que mejor supo entender el ideal de Justiniano. De ahí, su lucha por mantener la autoridad imperial sobre todos los territorios que había recibido de su

antecesor, y ese prolongado esfuerzo por ampliarlos mediante la guerra. Es de advertir que, pese a las visicitudes políticas que se habían producido en los últimos tiempos, desde el punto de vista de la ideología del poder no se ha modificado el concepto del Imperio universal.

Junto a la guerra contra los lombardos y la creación del exarcado de Cartago, los conflictos balcánicos constituyen el tercer elemento que políticamente define la última década del reinado de Mauricio. En la primavera de 592, Bayan, el khagan de los ávaros, solicitó un aumento en la cuantía del subsidio anual que recibía del Imperio. Como Mauricio rehusara complacerle, marchó sobre Singidunum (Belgrado) y la puso sitio. El general Prisco, enviado por el gobierno de Constantinopla en socorro de la ciudad, no tardó en levantarlo, pero fue incapaz de evitar que los ávaros se reuniesen con varias tribus eslavas en Sirmium, para, desde allí, lanzarse al saqueo de la Moesia Secunda y Haemimontus, hasta alcanzar el Mar Negro en Anquialus (Pomotie). Prisco, dada su inferioridad de fuerzas, se atrincheró en Tsurulum (Tchorlu), donde los ávaros le pusieron cerco. Ahora bien, al difundirse la noticia de que una flota imperial remontaba el Danubio, Bayan se apresuró a negociar con Prisco, y a cambio del pago de un subsidio mínimo, se retiró[100].

Libre el territorio romano de invasores, Mauricio decidió combatir a ávaros y eslavos en sus bases transdanubianas. A comienzos del verano de 593, un ejército imperial, a las ordenes de Prisco, vadeo el río y penetró en la región habitada por los eslavos, causando importantes bajas al enemigo y apoderándose del botín que éstos habían obtenido en sus incursiones por el Imperio. Mauricio, siempre anuente a recortar gastos militares, dispuso que las tropas invernasen al norte del Danubio, para, de este modo, ahorrarse su manutención. Pero las

ordenes del emperador provocaron el descontento de los soldados, que no querían pasar todo el invierno en un país extraño.

Prisco, temiendo que estallase un motín como el que se habían producido en la frontera oriental durante la última fase de la guerra con Persia, hizo caso omiso a las ordenes de Mauricio y regresó a casa. Esta decisión le costaría cara. El emperador, que no estaba dispuesto a tolerar ningún género de insubordinación, le destituyó de manera fulminante, confiando la dirección de la guerra a su hermano Pedro, sobre quien recaería la enojosa tarea de aplicar las medidas ideadas por Mauricio para reducir costes en materia de defensa. La principal consistía en reemplazar la paga anual que el gobierno entregaba a cada soldado para que adquiriese uniforme y armas, por un reparto directo de equipo militar. El cambio irritó a la tropa, acostumbrada a ahorrar parte del dinero que recibía. Ahora bien, el nuevo general logró calmar a sus hombres, publicando otros dos decretos, que garantizaban pensiones para los veteranos y para los hijos de aquellos soldados que hubieran muerto en servicio activo. Si en el terreno financiero la gestión de Pedro fue un éxito, no puede decirse otro tanto en el campo militar. Pese a sus denodados esfuerzos durante las campañas de los años 595 y 596, no logró cruzar el Danubio; por lo que su hermano Mauricio le llamó de vuelta a Constantinopla[101].

Prisco le relevó en el mando, pero no pudo hacer otra cosa que poner coto a las incursiones de los ávaros en Dalmatia. En 599, Bayan penetró en la Scythia y puso sitio a la ciudad de Tomi, donde Prisco resistió varios meses, hasta que en primavera de 600 los ávaros, escasos de víveres, decidieron levantar el sitio y caer sobre Constantinopla. Afortunadamente para los bizantinos, la peste, que por esta época azotaba la Tracia, Asia Menor y los Balcanes, hizo presa en el campamento ávaro y el

khagan, habiendo perdido a varios de sus hijos, decidió retirarse, no sin antes haber firmado un nuevo pacto, en virtud del cual se establecía la frontera en el Danubio y se autorizaba cruzar el río a las tropas bizantinas, para efectuar incursiones contra los eslavos, a cambio de un incremento de 20.000 sueldos en el subsidio anual que percibían los ávaros del estado romano[102].

En la primavera de 601, Mauricio, que sólo había sellado el acuerdo con el propósito de que Bayan evacuase las inmediaciones de la capital, reunió en Singidunum dos ejércitos, al mando de Prisco y Comenciolo para atacar al enemigo en su propio territorio. Las fuerzas bizantinas cruzaron el Danubio y lograron arrojar a los ávaros al otro lado del Theiss. Pero el gobierno de Constantinopla, acuciado por graves problemas financieros, fue incapaz rentabilizar esta victoria. En 602, Mauricio volvió a destituir a Prisco y a otorgar el magisterium per Thracias a su hermano Pedro, quien, a finales del verano, condujo a sus tropas al norte del Danubio y realizó una expedición contra los eslavos. De regreso a la línea romana de la frontera, recibió orden de que el ejército invernase al otro lado del río. Nuevamente, los soldados se amotinaron y, como el basileus se mantuviese en su postura, a despecho de los ruegos de Pedro, proclamaron general a un centurión llamado Focas y marcharon sobre Constantinopla[103].

La mayor parte de los habitantes de la capital recibió la nueva con regocijo. La incapacidad de Mauricio para solucionar los problemas de abastecimiento que padecía la ciudad, le habían convertido en un personaje bastante impopular. El invierno de 601-602 había sido especialmente adverso para las cosechas, y el grano procedente de Egipto y Africa retrasó su llegada a Constantinopla debido al mal estado de la mar. La escasez de

alimentos trajo de la mano una importante carestía y el consiguiente malestar social. Los ánimos se caldearon hasta tal punto que, durante la celebración de la fiesta de las Candelas, el 2 de febrero, una muchedumbre hambrienta insultó y apedreó al cortejo imperial que se dirigía a la iglesia de la Panagia Blaquernitisa. Este incidente demuestra que, a comienzos del siglo VII, los problemas de abastecimiento de los grandes núcleos urbanos del Imperio continuaban siendo motivo de desordenes y populares, como en los mejores tiempos de Augusto. Las poblaciones de las ciudades del Imperio romano, habituadas a mantener estrechos lazos de convivencia con sus gobernantes, exigían que éstos garantizasen el suministro de alimentos y la celebración regular de espectáculos públicos a cambio de su devoción apasionada. Cualquier fallo en el funcionamiento del sistema provocaba una revuelta[104].

Unos días después del incidente que acabamos de relatar, se celebraron las bodas de Teodosio, el primogénito de Mauricio, con la hija del patricio Germano Póstumo. Deseoso de ganarse el favor de la plebe, el emperador ofreció fastuosos espectáculos y concedió el perdón a los líderes de la revuelta. Sin embargo, nada de esto calmó los ánimos del pueblo. Por eso, cuando el 6 de noviembre de 602 el ejército del Danubio se alzó en rebelión, Mauricio intentó ocultar el hecho a la opinión pública. Dadas las circunstancias, lo que menos le convenía era que estallasen nuevos disturbios en las calles de la capital. Desafortunadamente, las noticias sobre el avance del ejército del Danubio, traídas por boca de viajeros de provincias, se difundieron en los espectáculos circenses, causando una profunda conmoción. Una vez que la nueva se hizo del dominio público, Mauricio comenzó organizar la defensa de la capital, puesto que sólo contaba con la guardia imperial de los excubitores y con los eunucos spatharii-cubicularii, hubo de recurrir a los miembros

de las asociaciones deportivas del hipódromo para custodiar los muros[105].

Estos clubs jugaron un papel de gran importancia en la vida social de las ciudades en el Bajo Imperio, en las que el circo funcionaban como válvula de escape de las tensiones sociales, principal centro de información y lugar de encuentro entre la élite gobernante y el pueblo. La proyección que adquirió la influencia de las asociaciones deportivas en acontecimientos políticos durante los reinados de Mauricio y Focas, nos obliga efectuar una referencia a su origen y organización.

Ateniéndonos a las conclusiones de A. Cameron, que ha tratado el tema magníficamente, en el siglo VI, era el emperador quien financiaba con su fortuna privada los espectáculos circenses de la capital y se hacia cargo del mantenimiento de los cuadros profesionales del hipódromo y del teatro. En las grandes ciudades de provincias, como Alejandría o Antioquía, el dinero procedía de fondos públicos. Sólo en los pequeños núcleos urbanos continuaban siendo las familias de la oligarquía local quienes corrían con todos los gastos. Originariamente, en el circo corrían 4 colores, Rojos, Blancos, Azules y Verdes. Pero para esta época la competición no tenía lugar entre cuatro colores independientes, sino entre dos equipos de dos colores. En Oriente, desde el siglo VI al X, los equipos estaban formados por Blancos y Azules por un lado, y por Verdes y Rojos por otro. Cada uno de los cuatro colores tenía sus propias instalaciones y personal especializado, pero los aficionados se dividían en dos grupos, en función de los equipos. De ahí que las fuentes sólo nos hablen de Azules y Verdes. A su vez, los aficionados más radicales se hallaban organizados en dos asociaciones deportivas o factiones socialmente restrictivas, en las que sólo podían ingresar hijos de miembros de la aristocracia y plebeyos célebres

o recomendados. A estos jóvenes las fuentes orientales los designan con el término griego neoi y las occidentales con el latino iuvenes. En Constantinopla debían sumar varias centenas de muchachos, que tenían sus asientos reservados en el hipódromo. Los clubs deportivos se articulaban siguiendo el modelo de las asociaciones profesionales o collegia. Tenían sus decuriones, o cargos administrativos, y su populus o demos, conjunto de militantes. Cada club buscaba el patronazgo de una casa noble, que transmitía esta dignidad hereditariamente a uno de sus miembros. El patrón protegía a los miembros de la asociación, tanto individual como colectivamente, y ellos solían actuar en favor de sus intereses, como grupo de presión. No en vano, el club disponía de armas, lo que les permitía enzarzarse en reyertas callejeras nocturnas, para terror de los buenos ciudadanos[106].

Resulta interesante constatar como los miembros de los clubs propiciaron el estallido de las revueltas contra el poder. Como señala G. A. M. de Ste. Croix, no se trata de que las asociaciones tuviesen en sí mismas un carácter específicamente político, sino que, con frecuencia, sus actuaciones adquirieron una significación política, ya que sirvieron para canalizar las protestas populares[107].

Como ya hemos señalado, en 602, ante el avance arrollador del ejército del Danubio, Mauricio solicitó el concurso de los jóvenes armados de los clubs deportivos de la capital para defender los muros. Con la finalidad de conocer la cifra exacta de individuos pertenecientes a estas asociaciones, instituyó la figura del demarca, uno para cada club, y lo envió junto con varios registradores a efectuar una inscripción. De la misma, se desprendió que los verdes contaban con 1.500 hombres y los Azules con 900. Todos ellos fueron colocados bajo el mando

del general Comenciolo. La intención de Mauricio al establecer el cargo de demarca y someterlo a designación imperial, no era otra que poner a ambos clubs al servicio del poder. Personalmente, era partidario del equipo de los Verdes, pero la factio que animaba a éstos no sentía ninguna simpatía hacia el soberano, ya que éste había aprobado la designación de Juan Crucis, candidato del praefectus praetorio Orientis Constantino Lardys, para ocupar el cargo de demarca, y dicho personaje no era del agrado de los miembros del club. En cuanto a los Azules, adversarios tradicionales del equipo del emperador, no cabía esperar de ellos gran fidelidad[108].

El 21 de noviembre de 602, las fuerzas danubianas se presentaron en las inmediaciones de Constantinopla y, a la mañana siguiente, ofrecieron el ejercicio del poder como único soberano a Teodosio, hijo mayor de Mauricio, coronado Augusto a los dos años de edad. Cuando éste rehusó, los soldados brindaron la púrpura al suegro de Teodosio, Germano Póstumo. Mauricio, sospechando que su cuñado y consuegro se disponía a traicionarle, dio orden de que se le arrestase. Alertado por Teodosio, el patricio buscó refugio en la basílica de la Virgen de Cyrus, adonde Mauricio envió a Esteban, tutor de sus hijos, para persuadirle de que se entregase. Germano no sólo desoyó el llamamiento, sino que, temiendo que le sacaran por la fuerza, aquel mismo día se acogió a asilo en Santa Sofía. Esta vez Mauricio despachó a los excubitores con instrucciones precisas de arrancarle del santuario. Ahora bien, el pueblo, entre el que Germano era muy respetado, impidió el sacrilegio, provocando el estallido de disturbios callejeros. Los miembros de las facciones, que custodiaban los muros, abandonaron sus puestos y se unieron a la revuelta. El 22 de noviembre de 602, comprobando que la situación escapaba a su control, Mauricio decidió abandonar la capital. Al atardecer, despojado de las insignias

imperiales, embarcó a bordo de un dromón y cruzó el Bósforo rumbo a Asia, en compañía de su esposa Constantina, de sus hijos, del praefectus praetorio Constantino Lardys, de Esteban y de algunos otros cortesanos leales. En la bodega viajaba el tesoro privado. La comitiva imperial desembarcó en la bahía de Nicomedia y se dirigió a la basílica de San Autónomo mártir, para pasar allí la noche[109].

Aprovechando que Mauricio había abandonado la ciudad, Germano intentó apoderarse del trono. Sostenido por la facción de los Azules, de cuyos colores era partidario, por el Senado y el patriarca intentó ganarse a los Verdes, pero éstos, que no deseban ver al candidato de sus rivales alzarse con el poder, ofrecieron la púrpura a Focas. El 23 de noviembre, so pretexto de que el ejército del Danubio deseaba proclamar emperador a Germano, el patriarca y el Senado fueron conducidos al palacio de las Secundianas o Hebdomon, junto al cual acampaban las tropas. Como puede imaginarse, se trataba de un ardid para atraerlos a una encerrona y, una vez en ella, obligarles a legitimar la soberanía de Focas. Presionados por la gritería de los soldados y de los Verdes, los senadores le eligieron formalmente Augusto y el patriarca le coronó en la basílica de San Juan del Hebdomon. Dos días más tarde, el domingo 25 de noviembre, Focas entraba triunfalmente en Constantinopla por la Puerta de Oro[110].

Durante la celebración de los espectáculos circenses que siguieron al desfile, los Azules recordaron al nuevo basileus que Mauricio aún estaba vivo y que, después de todo, los Verdes no eran aliados fiables, ya que el antiguo emperador había sido un conocido partidario de este color. Dos días después, Focas decretó la ejecución de Mauricio y de sus seis hijos varones. La familia imperial y su séquito fueron arrestados en la basílica

de San Autónomo. Unicamente Teodosio no pudo ser detenido. Poco antes, su padre le había hecho partir en compañía de Constantino Lardys al encuentro del ejército de Oriente, aún fiel a la dinastía reinante, para con su ayuda y la de Cosroes II, el emperador de Persia, intentar recuperar el trono.

Mauricio y sus cinco hijos menores fueron conducidos al puerto de Eutropio en Constantinopla, donde tuvo lugar una terrible escena, muy del gusto bizantinc. Los príncipes Tiberio, Pedro, Pablo, Justino y Justiniano, fueron degollados ante los ojos de su padre, que en resignada actitud cristiana repetía: "Justas son tus obras, oh Señor, y justos tus juicios". Finalmente, el propio Mauricio padeció la misma suerte. Las cabezas separadas de los troncos, que se arrojaron al mar, fueron expuestas al público en el tribunal del Hebdomon. El baño de sangre no acabó aquí, Focas también ordenó la ejecución de Pedro, hermano de emperador, la del general Comenciolo y la de otros relevantes miembros de la corte. La emperatriz Constantina y sus tres hijas, Anastasia, Teoctista y Cleopatra fueron confinadas en casa del eunuco Leoncio[111].

Sin embargo un aspecto preocupaba aún a Focas. Se trataba de la huida de Teodosio. No era cuestión de olvidarla, ya que el joven había nacido en la púrpura y había sido coronado Augusto, por lo que tenía legítimo derecho al trono. A fin de asegurarse de que Teodosio no llegaba a su destino, envió tras él a Alejandro, uno de los hombres que le habían apoyado desde el estallido de la rebelión del ejército del Danubio. Este oscuro personaje regresó a Constantinopla, poco tiempo después, aduciendo que había cumplido las ordenes de Focas. Sin embargo, la cosa no parece tan clara. De acuerdo con la versión oficial, Teodosio y Constantino Lardys, llamados de vuelta por Mauricio poco antes de su detención, cuando ya se hallaban en Nicea,

regresaron a Calcedonia y, al enterarse del arresto del emperador, buscaron asilo en la basílica de San Autónomo, de donde los habría sacado por la fuerza Alejandro para degollarlos en el Diadromos, cerca de Akritas. Ahora bien, al no exponerse la cabeza de Teodosio en el Hebdomon como lo habían sido la de su padre y sus hermanos, cundió el rumor de que Alejandro, sobornado por Germano antes de partir para su misión, le había perdonado la vida. Alejandro pagaría con su cabeza esta sospecha, ya que Focas, convencido de que no había dado muerte a Teodosio, lo haría ejecutar[112].

Es difícil tomar una postura concreta sobre este problema, que, sin embargo, condicionará todo el reinado de Focas. Las fuentes contemporáneas no se ponen de acuerdo sobre el resultado de la misión de Alejandro. A. N. Stratos ha estudiado el problema y observa que según el Chronicon Paschale y una carta anónima dirigida al papa Gregorio I, Alejandro habría logrado detener a Teodosio y Constantino Lardys, para ejecutarles a continuación. Sin embargo, según Juan de Antioquía y Teofilacto Simocates el joven Augusto habría logrado sobrevivir[113].

Estos dos últimos autores se muestran en sus obras partidarios de la casa de Mauricio, y es normal que quisieran mantener la esperanza en la supervivencia de su hijo, que encarnaba la legitimidad dinástica. Mientras que la carta dirigida al pontífice y el Chronicon Paschale nos presentan la versión oficial. La primera porque no debía conocer otra, y el segundo, redactado en época de Heraclio, en interés de la casa de éste, que no desearía ver enturbiada su legitimidad por fantasmas del pasado, como le había ocurrido a Focas. En cualquier caso, la presunta supervivencia de Teodosio sería explotada por todos los enemigos de Focas. La aristocracia cortesana la emplearía para constituir un partido legitimista,

que finalmente apoyará el ascenso al trono de Heraclio, y los persas apelarían a ella con el propósito de legitimar la invasión del territorio bizantino. Como más adelante podremos comprobar, la sombra del porfirogénito se convertirá en uno de los principales problemas políticos que atenazaran la acción gubernativa de Focas.

1.3.2. El frente hispánico y la herencia de la casa de Atanagildo.

La actuación bizantina en la Península Ibérica tras la rebelión de Hermenegildo, resulta bastante oscura y los datos que poseemos, en gran medida fragmentarios, únicamente nos permiten constatar el desarrollo de varias campañas militares contra los visigodos, de acuerdo con los dictados de la política agresiva promovida por el gobierno de Constantinopla durante el reinado de Mauricio.

En la primavera de 586, fallecía en Toledo el rey visigodo Leovigildo. Legaba a su hijo Recaredo, asociado al trono desde hacía años, un estado territorialmente dilatado, merced al sometimiento de la Baetica y a la reciente conquista del reino suevo, pero cuyas bases sociales de apoyo eran aún muy frágiles. La nobleza germano-romana del mediodía peninsular, aunque subyugada políticamente, había acumulado un importante nivel de resentimiento hacia el poder de Toledo, en el transcurso de la contienda civil. Los antiguos cuadros dirigentes del reino suevo tampoco experimentaban mayor aprecio hacia sus conquistadores. La amenaza franca y bizantina persistía, comprometiendo la seguridad de las fronteras y la propia estabilidad interna del reino, ya que siempre cabía la posibilidad de que, en caso de invasión, la aristocracia provincial se aliase con el enemigo. Por último, la casa de Atanagildo, liderada por Gosvinta seguía

controlando importantes parcelas de poder, y las luchas entre la facción que la respaldaba y el grupo nobiliario que sostenía a la casa de Liuva contribuían a debilitar la posición de la monarquía[114].

Al parecer, Recaredo consideró prioritario solventar este problema, que, como ya hemos tenido oportunidad de comprobar, poseía amplias ramificaciones internacionales. Apenas hubo ceñido la diadema, el soberano intentó desagraviar a la estirpe de Atanagildo, haciendo ejecutar a Sisberto, el verdugo de su hermano Hermenegildo. A continuación, se proclamó hijo adoptivo de Gosvinta, hecho de la mayor relevancia, ya que le convertía en su heredero legítimo y, por tanto, en futuro jefe de la casa de Atanagildo. Siguiendo el consejo de la soberana trataría de llegar a un acuerdo con los reyes merovingios Gontram del Orleans y Childeberto II de Metz, a fin de garantizar la seguridad de las fronteras de la Narbonensis. Gontram, fiel a la política beligerante que había desarrollado contra el reino de Toledo durante los últimos años del reinado de Leovigildo, despidió a los embajadores de Recaredo sin haberlos llegado a recibir. En cambio, Childeberto, nieto de Gosvinta, se mostró abierto al diálogo, lo que para Recaredo suponía un aliciente, ya que su amistad no sólo podía reportarle beneficios en los territorios gálicos del reino visigodo, sino también en la Península Ibérica. Como sin duda se recordará, desde 585, Childeberto II estaba combatiendo a los lombardos en calidad de aliado del Imperio. Y Recaredo, que no ignoraba este hecho, debió contemplar la posibilidad de que actuara como intermediario entre Toledo y Constantinopla, cuyo enfrentamiento acababa de reactivarse con clara ventaja para el Imperio[115].

Tras el asesinato de Agila, en 555, y el reconocimiento de la soberanía de Atanagildo por todos los

sectores de la nobleza visigoda, los bizantinos se mostraron incapaces de ampliar sus dominios en territorio peninsular. Es más, ni siquiera lograron mantener sus posiciones ante el empuje de las tropas de Leovigildo en 570-571. Pero durante el reinado de Recaredo, la situación experimentó un giro a favor del Imperio. Una inscripción latina procedente de Cartagena, la Carthago Spartaria bizantina, nos permite aproximarnos a estos hechos. En la misma se conmemora la restauración de una doble puerta de la ciudad, con sus correspondientes torres, pórticos laterales y cámara abovedada superior, por orden del patricio Comenciolo, magister militum Spaniae[116]:

> "Quien quiera que seas que admiras los pináculos de las torres y la entrada de la ciudad, fortificada por una doble puerta; a la derecha y a la izquierda dos pórticos, los arcos, por encima de los cuales se encuentra una cámara curva y convexa: el patricio Comenciolo, magister militum Spaniae, grande por su valor, enviado por Mauricio Augusto contra los enemigos bárbaros, ordenó hacer estas cosas así. ¡Ojalá goce Hispania siempre de tal gobernador, mientras los polos giren y el sol de vueltas alrededor de la tierra! En el año octavo del Augusto (13 de agosto de 589-12 de agosto de 590) en la octava indicción (1 de septiembre de 589-31 de agosto de 590)" [117].

El hecho de que Comenciolo se refiera a los godos como hostes barbaros, indica que en hacia 589-590 existía una situación de beligerancia entre el Imperio romano de Oriente y el reino de Toledo. Isidoro señala expresamente que Recaredo tuvo que soportar las Romanas insolentias, pero no menciona ninguna victoria suya sobre los agresores, indicio claro de que durante

el reinado de este príncipe se produjo una ofensiva bizantina, desfavorable a los intereses visigodos[118].

Todo apunta a que, a través de una serie de campañas sin documentar, los imperiales lograron reincorporar a la provincia de Spania algunos de los territorios que les había arrebatado Leovigildo. Por desgracia, las fuentes son bastante parcas en información y, a partir del escaso material que nos ofrecen, sólo se puede establecer con firmeza la reconquista de las ciudades de Asidona y Sagontia. Como se recordará, la primera de estas dos plazas había sido ocupada por Leovigildo en 571. Puesto que Sagontia precedía a Asidona en la calzada que iba de Hispalis al estrecho, es de suponer que el monarca visigodo hubiese tomado la una antes de lanzarse sobre la otra. Ahora bien, la dominación germana sobre ambos bastiones sería efímera. Según Isidoro, el rey Witerico cobró Sagontia de mano de los imperiales, y, habida cuenta de que desde el territorio imperial era imposible dominar esta fortaleza sin ocupar Asidona, hemos de concluir que, a comienzos del siglo VII, los bizantinos controlaban ambas plazas. Corrobora tal hipótesis el hecho de que ni la suscripción del obispo de Asidona ni la de ningún delegado suyo aparece en las actas de III Concilio de Toledo; lo que, a su vez, nos induce a creer que la ciudad debió retornar a dominio romano con anterioridad a 589[119].

Concretar el momento exacto en que se produjo este acontecimiento ya resulta algo más difícil. En principio, cabría pensar que Asidona y Sagontia habían sido reintegradas al emperador por Hermenegildo, en virtud del acuerdo sellado entre ambas partes en 582, pero lo cierto es que no poseemos ningún indicio de que sucediese así. Tampoco existen testimonios relativos a una agresión bizantina durante el último bienio del reinado de Leovigildo, con lo que se desvanece toda posibilidad

Asidona y Sagontia fuesen recuperadas por la fuerza de las armas antes de la muerte de dicho soberano en 586. Sin embargo, tres años después, el magister militum Spaniae Comenciolo hacia reforzar las defensas de Carthago Spartaria y afirmaba haber sido enviado a la provincia para combatir a los godos, prueba irrefutable de que se había reanudado el conflicto.

A nuestro parecer, es muy posible que Mauricio, siguiendo la tradición justinianea, aprovechase el delicado momento de la sucesión de Leovigildo para desencadenar una ofensiva contra los dominios meridionales del reino de Toledo. Esta agresión pudo haber estado motivada por el deseo de que se materializasen los acuerdos establecidos con Hermenegildo, cuyo contenido debía contemplar la restauración de las fronteras fijadas en los pactos de Justiniano con Atanagildo. El gobierno de Constantinopla se encontraba en óptima posición para conseguir sus objetivos, ya que mantenía como rehén al hijo de Hermenegildo e Ingundis. Y, en consecuencia, podía justificar cualquier intervención en la Baetica como un intento de restaurar al pequeño príncipe Atanagildo en el trono de su padre, por quien la aristocracia provincial había derramado su sangre en la reciente contienda civil.

Una carta del papa Gregorio I, fechada en el año 599, y dirigida Recaredo, a modo de contestación a una requisitoria del monarca, nos permite vislumbrar la importancia adquirida por los acuerdos sobre delimitaciones territoriales de los tiempos de Justiniano en esta nueva fase del conflicto entre Bizancio y el reino visigodo. De una atenta lectura del documento se desprende que, en algún momento entre 595 y 599, Recaredo había solicitado al pontífice que escribiese a Mauricio pidiéndole una copia de los pactos sellados por Atanagildo con el Imperio, pues quería saber cuáles eran las fronteras legítimas de la provincia

hispanobizantina. En su respuesta, el papa señala que el archivo de la cancillería imperial había sufrido un incendio poco antes de la muerte de Justiniano, y que, como resultado del mismo, habían desaparecido las copias originales de los tratados. Sin embargo, ignoramos por que medios, Gregorio estaba informado del contenido de los mismos, y recomienda al soberano que procure llegar a un entendimiento con los representantes del emperador, ya que de aplicarse las cláusulas de los pactos, éstas irían en detrimento de los intereses visigodos[120].

La epístola pontificia pone en evidencia que, durante el reinado de Recaredo, la confrontación entre visigodos y bizantinos seguía poseyendo un carácter marcadamente fronterizo. Si el monarca estaba interesado en conocer los límites territoriales fijados en los pactos del período justinianeo era, sin duda, porque los bizantinos reclamaban con insistencia la restitución de los mismos, insistencia que justifica el empleo del término insolentias por parte de Isidoro para definir unas demandas acompañadas de presión bélica. Por otra parte, parece claro que la fase de enfrentamientos iniciada a la muerte de Leovigildo no se había cerrado aún y que, por tanto, las expediciones imperiales continuaban amenazando la estabilidad del poder visigodo en el sur de la Península, donde las tendencias centrífugas de la élite provincial no habían desaparecido con la derrota de Hermenegildo.

Desde el comienzo de su reinado, Recaredo fue consciente de la necesidad que tenía de ganarse el apoyo de este poderoso grupo. Conocía bien su influencia, que llegaba hasta palacio, a través de las vinculaciones políticas que algunos de sus miembros mantenían con la factio Goswinthae, y temía que, de no efectuar importantes concesiones a su favor, protagonizase un nuevo episodio secesionista de imprevisibles consecuencias. El

conflicto entre la casa de Atanagildo, encabezada por la reina Gosvinta y la casa de Liuva, que ahora lideraba Recaredo, seguía tan vivo en 586 como lo había estado en el pasado. La reconciliación entre ambas, proclamada por el monarca a comienzos de su reinado, no era más que propaganda. En realidad, Gosvinta se había visto obligada por las circunstancias a adoptar como hijo a Recaredo, quien, a través de esta astuta maniobra política, pretendía garantizar la continuidad dinástica de la casa de Liuva al frente del poder supremo. En el momento en que desapareciese la soberana, Recaredo, en su calidad de heredero legítimo de Gosvinta, se convertiría en el jefe de la casa de Atanagildo, pudiendo legar el trono a sus descendientes sin temor alguno a la reacción de la poderosa clientela de esta casa. Ahora bien, muchos de los partidarios de Gosvinta eran conscientes de la artimaña, y no estaban dispuestos a reconocer al monarca como *su futuro patrón ni a admitir su proyecto sucesorio*, mientras viviese el príncipe Atanagildo, hijo de Hermenegildo e Ingundis.

Desafortunadamente para Recaredo, en el momento de asumir la plenitud de la potestad regia, no tenía más que un solo hijo varón, fruto de sus amores con una mujer de origen plebeyo (ignobili quidem matre progenitus). A este niño, nacido en 584, durante el último período de la guerra civil, se le impuso el nombre de Liuva, sin duda, con la intención de destacar el vínculo que le unía a la casa de su tío abuelo, frente al hijo del usurpador Hermenegildo, al que se había llamado como su bisabuelo Atanagildo, a fin de resaltar los lazos que le ligaban a la casa de éste. Según se desprende de las escasas palabras que Isidoro dedica a narrar los orígenes del pequeño Liuva, los notables de la Baetica no sentían por él demasiada simpatía. Le consideraban el ruin vástago de una concubina, incapacitado para compararse en dignidad y nobleza de origen con su primo Atanagildo, retoño de una nieta de Gosvinta. Los partidarios de

la casa de Liuva estaban al corriente de esta animosidad, como también de las gestiones diplomáticas efectuadas por Brunequilda y Childeberto II, con el propósito de conseguir que Mauricio les transfiriese la custodia del hijo de Hermenegildo e Ingundis. En la correspondencia emanada de la cancillería merovingia con tal motivo, se otorga ya a Atanagildo el título oficial de rex; lo que certifica la existencia de un proyecto destinado a sentarle en el trono de los visigodos. Cuando éste se pusiese en marcha, cosa que al parecer Brunequilda deseaba acelerar, el pretendiente podría contar con la colaboración exterior del Imperio y del reino de Metz, y con el apoyo interior de la facción de Gosvinta[121].

Las tímidas concesiones efectuadas por Recaredo a favor de los partidarios de la casa de Atanagildo durante el primer año de su reinado, resultaron insuficientes para ganar su adhesión. Puesto que entre ellos había numerosos católicos, el soberano decidió adjurar del arrianismo y abrazar el catolicismo a título personal, haciéndose bautizar en febrero o marzo de 587. Es muy probable que el obispo Leandro de Hispalis, principal representante de los intereses de la aristocracia bética, sugiriese la necesidad de dar este paso. No en vano, él había sido quien había incentivado la aproximación de Hermenegildo a la Iglesia Católica durante la guerra civil, y él será quien, más adelante, actúe como artífice de la conversión oficial de los godos en el III Concilio de Toledo en 589[122].

En cualquier caso, Recaredo no obtuvo de su paso al catolicismo los resultados apetecidos. Como ya se ha indicado en distintos lugares a lo largo de este trabajo, las creencias religiosas rara vez actuaron como elemento aglutinante en la formación de las redes clientelares. Desde luego, es innegable que, a través de su conversión, el monarca se ganó las simpatías

de algunas destacadas familias de la aristocracia meridional, especialmente de aquellas que, ante la ausencia de representantes masculinos de la estirpe de Atanagildo, consideraban preferible llegar a un entendimiento con la casa de Liuva que confiar a bizantinos y francos la defensa de los derechos del hijo de Hermenegildo e Ingundis. Ahora bien, estos desplazamientos puntuales de lealtades, no parece que altererasen, en lo esencial, el equilibrio de fuerzas existente entre las dos casas que se disputaban el control del poder en el interior del reino visigodo.

Tampoco nos consta que la conversión personal de Recaredo tuviese gran transcendencia en sus relaciones con los tradicionales aliados de Gosvinta en las Galias. Prueba de ello es que, cuando el soberano envió una nueva embajada a los reyes francos para comunicarles el acontecimiento, obtuvo respuestas muy distintas de cada uno de ellos. Mientras Gontram se reafirmó en su postura hostil hacia la casa de Liuva, Childeberto II, que ya se había manifestado abierto al diálogo, aceptó sellar un pacto con sus antiguos enemigos. El acuerdo contemplaba la entrega a Recaredo de la mano de la princesa Clodosinda, hermana del propio Childeberto y de Ingundis, y por tanto nieta de la reina Gosvinta. En este matrimonio, el monarca visigodo no sólo veía la oportunidad de estrechar lazos entre su casa y la de Atanagildo, sino, también, la ocasión de concentrar en torno a su venidera descendencia las lealtades de las partidarios de ambas familias. El fruto de su unión con una nieta de Atanagildo sería aceptado como heredero legítimo por las clientelas de las dos estirpes y, en virtud de su alto origen nobiliario, estaría en condiciones de competir en cuanto a dignidad se refiere con el hijo de Hermenegildo e Ingundis. Sin embargo, y de manera sorprendente, la boda de Recaredo con Clodosinda jamás llegaría a celebrarse. En 589, el monarca aparece casado con Bado, una

dama de la nobleza visigoda[123].

La razón de que Recaredo abandonara sus proyectos matrimoniales con la princesa merovingia, sólo puede explicarse en función de un inesperado cambio de circunstancias que ya no hacia precisa la alianza con la casa de Atanagildo. Los años 588 y 589 se caracterizaron por su especial turbulencia en el interior del reino visigodo. Cuatro conspiraciones, que la historiografía tradicional ha vinculado a la conversión del rey, se sucedieron con escasos meses de diferencia, amenazando la permenencia de Recaredo en el trono.

La primera de ellas se produjo en Emerita en torno a la Pascua de 588, y, según parece, estuvieron implicados varios comites civitatum de la Lusitania y otros muchos notables godos, entre los cuales destacaba el futuro rey Witerico, por aquel entonces, tan sólo uno de los jóvenes miembros de la comitiva del dux provinciae Claudio, criado y educado en su casa. También participó una innumerable multitud del pueblo, en su mayoría romanos de confesión católica, lo que demuestra que el complot no poseyó un carácter fundamentalmente religioso. Los conjurados bajo la égida del notable Sega y del obispo arriano Sunna, planeaban dar muerte al obispo católico Masona y al dux Lusitaniae Claudio, personaje de estirpe hispanorromana y el más ilustre de los generales del ejército de Recaredo. Según Juan de Bíclaro, el propósito último de la trama era derrocar al rey y elevar al trono a Sega. La traición de Witerico, que comunicó a Masona las intenciones de los conjurados, permitió que el dux Claudio abortase el complot, no sin efusión de sangre. Los cabecillas fueron condenados a distintas penas. Sega sufrió la amputación de ambas manos, antes de ser desterrado a la lejana Gallaecia, y Sunna, que rehusó convertirse y aceptar el obispado católico que se le ofrecía, fue enviado al exilio a Africa. Dada

la gravedad que habían revestido los acontecimientos, Recaredo decidió celebrar la victoria de sus partidarios con un triunfo, del que conservan memoria una serie de monedas acuñadas para la ocasión y cuya leyenda reza: RECCAREDUS REX PIUS EMERITA VICTOR[124].

A comienzos de 589, se descubrió un segundo complot, sin duda, el más importante de cuantos tuvieron lugar en este período, y el que más cerca estuvo de costar el trono a Recaredo. Se hallaba liderado por la reina Gosvinta y por el obispo Uldila, probablemente el titular arriano de la sede de Toledo. Según Juan de Biclaro, que es quien nos ha dejado constancia de esta oscura trama, ambos personajes abrazaron formalmente al catolicismo, con el propósito de que su plan para derrocar a Recaredo alcanzase el éxito con mayor facilidad. Desarticulada la conspiración, Uldila fue enviado al exilio, en tanto que la reina tomó la trágica decisión de poner fin a sus días[125].

De manera paralela al desarrollo de estos acontecimientos, en la Narbonensis se gestaba una tercera conjura, que acabaría adquiriendo tintes de auténtica rebelión. Los comites Gránista y Wildigern, confabulados con Ataloco, obispo arriano de Narbo, solicitaron la colaboración militar del rey Gontram de Orleans para destronar a Recaredo. En la primavera de 589, el monarca merovingio, acérrimo enemigo de la casa de Liuva, envió un ejército al mando del dux Desiderio, con ordenes de ocupar militarmente la Narbonensis y prestar apoyo a los conspiradores. Ahora bien, el dux Lusitaniae Claudio, destinado por Recaredo a la defensa de la Narbonensis, salió al encuentro de Desiderio y le infligió tan aplastante derrota, que Gontram no volvería a lanzar ninguna otra expedición militar contra los territorios visigodos en las Galias[126].

Durante los primeros días del verano de aquel mismo año de 589, se desveló un cuarto complot, encabezado por Argimundo, dux de una provincia del reino sin identificar y miembro del cubiculum. Su objetivo era dar muerte a Recaredo, para coronarse rey en su lugar. Esta vez, no tenemos noticia de que los conspiradores se hallasen vinculados de algún modo al arrianismo. La trama fue descubierta y Argimundo, interrogado bajo tortura, confesó su crimen. Como castigo, se le impuso la decalvación y la amputación de la mano derecha. Para celebrar la desarticulación de la conjura, Recaredo organizó un triunfo, en el que siguiendo el ritual bizantino, Argimundo fue paseado a lomos de un asno por las principales calles de Toledo hasta el hipódromo (pompizando dedit)[127].

Sin duda, no hubo ningún otro monarca visigodo en el siglo VI que, en tan breve espacio de tiempo, tuviera que hacer frente a tantas conspiraciones, como Recaredo entre la primavera de 588 y el verano de 589. Puesto que las tres primeras se produjeron poco antes de la celebración del III Concilio de Toledo, y la última, apenas clausurado el mismo, la historiografía tradicional ha tendido a ver en ellas el fruto de la reacción arriana contra la política religiosa favorable al catolicismo, que Recaredo había puesto en práctica desde el comienzo de su reinado. Sin embargo, existen numerosos elementos que apuntan hacia una interpretación bien distinta de esta sucesión de complots.

A nuestro juicio, el acontecimiento que sirvió de detonante a la conmoción sufrida por el reino visigodo entre 588 y 589, no es otro que la desaparición del pequeño príncipe Atanagildo, rehén del emperador Mauricio. Hecho, a todas luces, cargado de significación política. Durante el período que se extiende de 584 a 586, Brunequilda y Childeberto II habían

solicitado al basileus, a través de dos embajadas, que el niño fuese puesto en libertad y enviado a Metz. Sin embargo, a partir de la primavera de este último año, se interrumpen las demandas y no volvemos a tener noticia sobre su paradero. El silencio de las fuentes sólo puede deberse a la muerte de Atanagildo, probablemente acaecida a comienzos de 586 y, sin duda, comunicada a los legados francos Babo y Gripo, cuando en el verano de aquel mismo año se presentaron en Constantinopla para solicitar su liberación[128].

El óbito del pequeño príncipe ayuda a explicar muchas cosas. Para empezar, el cambio operado en la actitud de Childeberto II hacia la casa de Liuva. Si hasta 586, el monarca merovingio había acariciado la idea de intervenir militarmente en el reino visigodo para colocar en el trono a su sobrino, a partir de 587 se muestra dispuesto a sellar un pacto con Recaredo y a entregarle la mano de su hermana Clodosinda. Lo más seguro es que, en el otoño de 586, se produjese la llegada de la noticia de la desaparición de Atanagildo a la corte de Metz. Brunequilda y Childeberto, privados del pretendiente que les habría permitido justificar una guerra contra los visigodos, decidieron ocultar el luctuoso acontecimiento y, de este modo, ganar tiempo para negociar con Recaredo un acuerdo favorable a los intereses de la casa de Atanagildo. Y nada más conveniente a los mismos que una alianza matrimonial. En 569 la unión de Leovigildo y Gosvinta se había mostrado como el camino más adecuado para conservar amplias parcelas de poder en manos de la familia. Diez años después, en 579, un nuevo matrimonio, en este caso el de Hermenegildo e Ingundis, había sido utilizado, en vano, como vehículo para intentar alcanzar cuotas más elevadas de control político. Por tanto, no es extraño que, en 588, la corte de Metz considerase la boda de Recaredo y Clodosinda, como la única vía que permitiría mantener la influencia de la casa de Atanagildo en el

reino visigodo durante los próximos años.

Ahora bien, pese al silencio oficial de las cortes merovingias y bizantina, la noticia del fallecimiento del hijo de Hermenegildo e Ingundis acabaría siendo conocida en Toledo. Dada la lentitud con que viajaba la información por el Mediterráneo en esta época, es muy probable que la nueva no se difundiese en el reino visigodo antes del otoño de 587. Desaparecido el pequeño Atanagildo, Recaredo ya no tenía necesidad de cerrar una costosa alianza con el reino de Metz, a fin de obtener la mano de Clodosinda y satisfacer así las exigencias de la factio Goswinthae y sus aliados. Le bastaba con esperar a que falleciese la reina para ver resueltos todos sus problemas. Como hijo adoptivo de la soberana, se convertiría en jefe indiscutible de la casa de Atanagildo. Gozando, pues, de tales perspectivas, en la primaverade 588, no dudó en interrumpir las negociaciones con el reino de Mezt, y tomó como esposa y reina a Bado, probablemente, hija de alguna poderosa familia de la aristocracia visigoda favorable al soberano.

La renuncia de Recaredo a la mano de Clodosinda debió causar una profunda alteración en el equilibrio de fuerzas, que hasta aquel momento había definido la relación entre la casa de Liuva y la de Atanagildo. Muchos de los clientes de esta última, convencidos de que, a falta de un miembro de la progenie de su antiguo señor, Recaredo era el candidato más idóneo a la sucesión de Gosvinta, optaron por reconocer sus derechos, sumándose así al grupo de partidarios de la casa de Atanagildo que le habían apoyado desde el día en que se proclamó hijo y heredero de la soberana. Leandro de Hispalis y su familia parecen haberse encontrado entre las filas de este primer grupo que se adhirió a Recaredo. Otros destacados representantes de la aristocracia meridional siguieron su ejemplo. Entre ellos, el obispo católico

Masona de Emerita. Este prelado de origen godo, que, como sin duda se recordará, había sufrido el destierro y el confinamiento en un monasterio por haber defendido la causa de Hermenegildo durante la guerra civil, se nos revela, a partir de 588, como un celoso partidario de Recaredo[129].

En realidad, nada tiene de sorprendente esta actitud de apoyo al monarca, por parte de las principales familias de la aristocracia católica de la Baetica y la Lusitania vinculadas a la casa de Atanagildo. Recaredo era primer soberano visigodo, si se exceptúa el caso de su hermano Hermenegildo, que les llamaba a participar en la construcción de un estado romano-germánico, de confesión católica, y a desempeñar en él una función dirigente. Rechazar una oferta tan seductora hubiera sido un grave error, en el que los principales lideres de la nobleza meridional no deseaban incurrir. De ahí que, llegado el momento, no titubeasen en poner distancias con el sector más radical de la clientela de Atanagildo, cuyos líderes preconizaban la lucha sin cuartel contra Recaredo.

La serie de conjuras y revueltas desencadenadas contra el monarca entre los años 588 y 589, se halla más estrechamente relacionada de lo que se piensa con estas divisiones surgidas en el seno de la casa de Atanagildo. De acuerdo con los datos que nos proporcionan las fuentes, sólo uno de los cuatro complots conocidos tuvo como escenario la corte, en tanto que los otros tres se desarrollaron casi exclusivamente en ámbitos provinciales. Como ya hemos señalado, muerto el pequeño Atanagildo e interrumpidas las negociaciones para el matrimonio de Clodosinda y Recaredo, se había esfumado toda esperanza de que un descendiente de Atanagildo llegase a ejercer el liderazgo de su casa cuando Gosvinta falleciese. En tales circunstancias, es muy probable que, de entre las filas del sector de la casa de

Atanagildo opuesto a que Recaredo heredase su jefatura, hayan surgido varios pretendientes deseosos de disputársela. Sin duda, se trataba de poderosos personajes vinculados a los cuadros dirigentes provinciales, capaces de canalizar en su provecho el descontento de aquellos sectores de las oligarquías locales que Recaredo no había conseguido atraer a su bando. El objetivo prioritario de cada uno de ellos consistía en destronar al monarca, ya que siendo éste el heredero legal de Gosvinta, no existía otro camino para apartarle del orden sucesorio.

Tal parece ser el modo de proceder adoptado por Sega, líder de la primera conjura contra Recaredo de la que tenemos noticia. Según apuntan las fuentes, este magnate visigodo, miembro de la élite rectora de la Lusitania, planeaba apoderarse del trono con la colaboración de varios comites civitatum y de numerosos provinciales romanos. Por desgracia, en ningún lugar se hace referencia a una posible relación clientelar entre los integrantes del grupo de conspiradores y la casa de Atanagildo. Pero, a través del contexto, puede rastrearse su existencia.

El complot se fraguó en Emerita Augusta, ciudad que había sostenido al usurpador Hermenegildo, desde el comienzo de su rebelión. Es pues lógico que Gosvinta conservase tras sus muros importantes aliados, tanto entre la nobleza goda como romana. De acuerdo con el relato conservado en las Vitae Patrum Emeritensium, antes de tomar acción contra Recaredo, los conjurados tramaban eliminar al dux Claudio y al obispo Masona, los más influyentes partidarios del soberano en la provincia. Puesto que, durante la guerra civil, Masona había defendido los intereses de la casa de Atanagildo, y no consta que abandonase nunca esta postura, su identificación, por parte de los conspiradores, como secuaz de Recaredo, sólo puede deberse a que, en los últimos tiempos, hubiese optado por sostener los derechos

del monarca a la sucesión de Gosvinta. Si como pensamos, Sega y la mayor parte de los otros conjurados eran miembros del sector de la clientela de la casa de Atanagildo adverso a su heredero oficial, no resulta extraño que considerasen al prelado como un traidor y procurasen su muerte. La desarticulación de la trama, debida a la delación de uno de los conspiradores, miembro de la comitiva del dux Claudio, y a la intervención del propio Masona, demuestra como las escisiones de la clientela de Atanagildo favorecían la causa de Recaredo[130].

Ante el éxito obtenido por los partidarios del soberano en la Lusitania, Gosvinta decidió tomar las riendas de la lucha contra Recaredo, urdiendo un plan para derrocarle. A comienzos del año 589, y como paso previo al golpe, hizo pública su conversión al catolicismo; probablemente, inducida por la errónea creencia de que, al dar este paso, recuperaría el apoyo del sector católico de su clientela que, en los últimos tiempos, había basculado hacia Recaredo. Mientras Gosvinta ponía en marcha los resortes de su conjura, en la Narbonensis se preparaba una rebelión. Dos razones nos inducen a pensar que ambas intrigas no eran sino hilos distintos de una misma trama. En primer lugar, la existencia de un objetivo común: desestabilizar a la casa de Liuva, atentando simutáneamente contra su cabeza coronada en Toledo y contra sus intereses materiales en la provincia de donde provenia la estirpe. Y en segundo lugar, el hecho de que los conspiradores de la Narbonensis solicitasen la ayuda militar del rey merovingio Gontram, un fiel aliado de la casa de Atanagildo, que ya había respondido a las demandas de auxilio de Gosvinta en anteriores ocasiones. El descubrimiento de las insidias de la soberana debió coincidir con la invasión de la Narbonensis por las fuerzas de Gontram. Derrotado del ejército franco a manos del dux Claudio, en los primeros días de la primavera de 589, se esfumó la última esperanza de Gosvinta, quien, viendo perdida su

causa, decidió suicidarse. Al menos, ésta fue la versión oficial que emanó de la corte, porque, a tenor de las circunstancias, es lícito preguntarse si la reina, luchadora infatigable, adoptó voluntariamente la decisión de poner fin a su vida, como los partidarios de Recaredo quisieron hacer creer[131].

La sospecha de que Gosvinta pudiera haber sido eliminada por instigación de su heredero, es casi seguro que nunca llegará a probarse. Pero lo realmente significativo, desde el punto de vista histórico, no es la autenticidad del hecho positivo, sino el que algunos contemporáneos diesen crédito a esta versión oficiosa. Razones no les faltaban. A fin de cuentas, Recaredo era el principal beneficiario, tanto a nivel político como económico, de la desaparición de su madre adoptiva. Muerta Gosvinta, no sólo heredaba los inmensos bienes acumulados por la casa de Atanagildo, durante el último medio siglo, sino también el patronazgo de toda su clientela, y ésta era, sin duda, su baza más notoria. Puesto que las relaciones de clientela estaban basadas en lazos hereditarios de dependencia socio-económica, al convertirse en jefe de la casa de Atanagildo, todos sus clientes estaban obligados a rendirle obsequium[132].

Por supuesto, no debemos llamarnos a engaño y pensar que, de este modo, se puso fin al conflicto existente entre los dos sectores de su nueva clientela y se alcanzó una reconciliación definitiva. Muchos de los viejos adversarios de Recaredo, teniendo presentes las oscuras circunstancias en que se había producido la muerte de Gosvinta, debieron negarse a reconocer sus derechos como patrón, del mismo modo que, en el pasado, habían rehusado aceptarle como heredero de la casa de Atanagildo.

En este ambiente, enrarecido por la amenaza de nuevas

complots contra el monarca y por la presión bizantina sobre las fronteras meridionales, tuvo lugar la celebración del III Concilio de Toledo, con el que Recaredo quiso coronar la política de unificación religiosa emprendida tras la muerte de su padre. Una atenta lectura de las actas sinodales, nos permite constatar el carácter marcadamente propagandístico que poseyó la asamblea. Inagurada el 8 de mayo de 589, su principal objetivo no parece haber sido otro que dar a conocer públicamente la conversión al catolicismo del monarca y del pueblo godo, en el marco de un acto que revistiese toda la magnificencia del aparato cortesano y eclesiástico bizantino[133]. Es muy probable que, con semejante despliegue de medios, se pretendiese contrarrestar los efectos de la ceremonia, en que, pocos meses antes, Gosvinta había hecho pública su propia conversión, despejando cualquier duda que pudiese albergar la clientela meridional de la casa de Atanagildo, sobre la actitud de Recaredo hacia la Iglesia Católica. Sin embargo, todo apunta a que ésta no fue la única razón.

De acuerdo con el testimonio de Juan de Bíclaro, el obispo Leandro de Hispalis y el abad Eutropio del monasterio Servitanum, consejeros del monarca, fueron los inspiradores y organizadores del III Concilio de Toledo. El protagonismo de estos dos eclesiásticos no guarda relación con el lugar que ocupaban en el orden jerárquico de la Iglesia. Desde luego, Leandro era uno de los seis metropolitanos del reino, pero ni era el más antiguo, como lo prueba el hecho de que suscribiese las actas sinodales después de Masona de Emerita y Eufemio de Toledo, ni tampoco el más influyente, posición que, sin duda, correspondía a su colega de la ciudad regia, que frecuentaba la corte con regularidad. Ahora bien, tanto Leandro como Eutropio conocían en profundidad la tradición conciliar del Imperio, y, en consecuencia, se hallaban capacitados para organizar un

sínodo, que pudiese emular a los celebrados en Oriente. Como se recordará, el obispo hispalense había pasado una larga temporada en Constantinopla, desempeñando las funciones de embajador de Hermenegildo ante la corte de Tiberio II. Y en cuanto a Eutropio, sabemos que hacia 584 ostentaba ya el cargo de abad del monasterio Servitanum, cuyo emplazamiento no debía distar mucho de la frontera de la provincia de Spania, como se desprende de la nutrida correspondencia que sostuvo con el obispo Liciniano de Carthago Spartaria[134].

La impronta bizantina ha dejado profunda huella en las actas sinodales. Resulta evidente que Leandro y Eutropio emplearon todos los recursos que ponía a su alcance la tradición conciliar del Imperio, para refrendar la legitimidad de Recaredo, cuestionada, en aquellos momentos, por los antiguos partidarios de Gosvinta y por el propio gobierno de Constantinopla. Los laudes o aclamaciones que, tras la intervención del monarca, efectuaron los obispos y notables asistentes a la asamblea, recuerdan que sólo el "verdadero rey católico", en tanto que *campeón de la ortodoxia, tiene derecho a la "gloria presente"* y a la "corona eterna". Juan de Bíclaro, en la misma línea ideológica, equipara la obra de Recaredo a la de los emperadores Constantino I y Marciano, quienes habían convocado los Concilios de Nicea y Calcedonia, hitos referenciales en la definición del dogma católico. Al entroncar el sínodo toledano de 589 con las grandes asambleas episcopales del Imperio, el cronista visigodo no pretende otra cosa que realzar la figura de Recaredo como la del legítimo sucesor de estos soberanos[135].

En el relato del Biclarense se observa una segunda coincidencia con las actas del sínodo. Ambos textos evitan hacer mención al II Concilio de Constantinopla de 553, pese a que ni Leandro ni Eutropio podían ignorar su existencia. El motivo es

bien simple. Las decisiones de esta asamblea, cuyo estudio abordaremos más adelante, no fueron aceptadas por casi ninguna de las iglesias occidentales, entre ellas las de Hispania, cuyos obispos rehusaron con firmeza plegarse a los dictados dogmáticos del Imperio. A juicio de A. Barbero y M. I. Loring, esta actitud de independencia por parte del episcopado peninsular respecto a la política religiosa de Bizancio, favoreció la conversión de Recaredo, que abrazando el catolicismo se aseguraba el respaldo incondicional del clero niceísta de su reino[136].

Apenas clausurado el III Concilio de Toledo, se desveló la trama de una nueva conspiración, en este caso la liderada por Argimundo, cubicularius de la domus regia y dux provinciae. Aunque las fuentes no indican sobre qué territorio se extendía su autoridad, ha de descartarse la Gallaecia, adonde sería desterrado, la Lusitania, en donde Claudio ocupaba dicho cargo, y la Narbonensis, donde acababa de intervenir este último para rechazar a las tropas del rey franco Gontram. En consecuencia, sólo nos quedan tres provincias, la Tarraconensis, la Carthaginiensis y la Baetica, todas ellas colindantes con los dominios bizantinos. Puesto que en 589-590, el Imperio estaba en guerra contra Recaredo, es posible que Argimundo acariciase la idea de derrocar al soberano con la ayuda de las tropas romanas. La proximidad de los dominios imperiales y la presencia de un nuevo magister militum, Comenciolo, enviado por Mauricio para combatir a los hostes barbaros, pudieron haberle inducido a solicitar su colaboración. Ignoramos si Argimundo estaba vinculado de algún modo a la casa de Atanagildo, pero, teniendo en cuenta que su rebelión se produjo poco después de la muerte de Gosvinta, y en el marco del conflicto que enfrentaba a los partidarios de ésta con los de su heredero, es más que probable que ocupase un destacado lugar en la facción de la soberana. En tal caso, las oscuras circunstancias que habían rodeado la muerte

de Gosvinta, le habrían proporcionado una excelente justificación, para alzarse en armas contra Recaredo con el apoyo de los bizantinos[137].

A partir de 590, carecemos de nuevos datos que ayuden a esbozar el desarrollo del conflicto entre el Imperio romano de Oriente y el reino visigodo de Toledo. La respuesta del papa Gregorio I a la carta de Recaredo, en la que el monarca solicitaba información sobre los pactos suscritos por Atanagildo, únicamente nos permite constatar la existencia de unas demandas territoriales por parte de Bizancio y la continuidad de los enfrentamientos armados entre ambos contendientes, a lo largo del último lustro del siglo VI[138].

Desde luego, los dificultades del gobierno de Toledo no se circunscribían a la lucha contra los imperiales. Graves problemas internos seguían amenazando la estabilidad del proyecto dinástico de Recaredo. Si bien, la conjura de Argimundo había sido desarticulada, y no poseemos noticias de que volviesen a producirse otros complots bajo el reinado de este monarca, la paz civil alcanzada en 589 resultaba bastante precaria. A decir verdad, no era más que el fruto de las enormes concesiones políticas, sociales y económicas, efectuadas por Recaredo a favor de la nobleza, y en particular, de los cuadros dirigentes de las provincias meridionales, en otro tiempo, estrechamente ligados a la casa de Atanagildo. Tras ceñir la diadema, el monarca había restituido a muchos de estos aristócratas los bienes que les habían sido confiscados por su padre Leovigildo. Y después de su propia conversión, había colmado de riquezas a la Iglesia Católica, fundando y dotando con magnificencia nuevas basílicas y monasterios. Todo ello respondía a los imperativos de una política dinástica, preocupada por obtener el apoyo de las familias más poderosas del reino, a fin de conservar la corona

dentro la casa de Liuva. Sus costes serían elevados, tanto para la dinastía reinante, como para la institución monárquica. Salvado el escollo de las divergencias religiosas, la integración de los intereses económicos y políticos de las aristocracias visigoda y romana acabaría socavando los fundamentes del poder de la monarquía[139].

1.4. La tiranía de Focas y el comienzo del desmembramiento de la unidad política mediterránea.

1.4.1. La cuestión dinástica.

A despecho de las dificultades financieras, que atrofiaban los mecanismos de defensa del estado bizantino, Justino II, Tiberio y Mauricio habían logrado preservar casi intacto el legado de Justiniano. Las perdidas territoriales sufridas en Italia, a causa del asentamiento de los lombardos, se vieron compensadas por la ampliación de las fronteras en Oriente. Cuando en 602 se amotinaron las fuerzas danubianas, la posición del Imperio respecto a los pueblos limítrofes, era claramente hegemónica. El peligro persa había sido conjurado, la expansión de los lombardos se hallaba bajo control, y las recientes victorias sobre ávaros y eslavos permitían augurar una inmediata restauración de la paz en los Balcanes. Desdichamente, la crisis interna en que se sumió Bizancio, durante los ocho años que duró el reinado del usurpador Focas, dio al traste con todos estos logros, poniendo al Imperio al borde de la ruina.

Por lo que se refiere al orden del desarrollo de los acontecimientos, que se sucedieron durante esta época, hemos decidido seguir la periodización establecida por A. N. Stratos, en el primer volumen de la obra que dedica al estudio del mundo bizantino en el siglo VII. Se trata de un trabajo exhaustivo, en

el que el autor efectúa un minucioso análisis crítico de las fuentes que poseemos para reconstruir la historia del período, casi todas ellas repletas de dificultades interpretativas[140].

De acuerdo con las mismas, Focas, hijo de una familia humilde, probablemente de la diócesis de las Tracias, se había consagrado al servicio de las armas desde su más temprana juventud, llegando a ostentar el grado de centurión en una de las unidades que operaban en el Danubio. Al producirse el estallido de la rebelión de 602, supo canalizar en su provecho el descontento de las tropas. Y con el apoyo de éstas y de la población de Constantinopla consiguió elevarse hasta el solio.

Desde el principio de su reinado, Focas hubo de hacer frente a la oposición del Senado y de una parte significativa de la cúpula militar, que se negaban a reconocer la legitimidad de su soberanía. En consecuencia, el soberano decidió servirse de familiares próximos, amigos y, especialmente, de la burocracia patrimonial, dirigida por el cuerpo de libertos eunucos del sacrum cubiculum, para llevar a efecto su acción de gobierno. Así lo prueba el hecho de que, apenas coronado, nombrase a su hermano Dometziolo magister militum per Orientem, al antiguo praepositus sacri cubiculi Smaragdo exarchus Italiae, dignidad que ya había ostentado bajo Mauricio entre 584 y 588, y al actual praepositus et sacellarius, Leoncio, praefectus urbis Constantinopolis. Esta última designación tenía como objeto supervisar más estrechamente los movimientos de la aristocracia senatorial, a fin de reprimir, de manera instantánea, cualquier brote de disidencia que pudiera darse en su seno. El praefectus urbis estaba dotado de autoridad judicial sobre todos los miembros del Senado. Otorgando este cargo al praepositus sacri cubiculi, o superientendente de la casa imperial, el soberano podía neutralizar directamente cualquier complot aristocrático y aplicar, sin dilación, las

medidas de terror que juzgase oportunas. Al tiempo que se protegía de las asechanzas del Senado, Focas intentó ganarse el favor del antiguo estado mayor de Mauricio, nombrando al célebre general Prisco, comes excubitorum; lo que, en resumidas cuentas, era tanto como designarle su futuro heredero, ya que tanto Tiberio II como Mauricio habían ocupado este puesto, antes de ser promovidos al cesariato[141].

Como puede comprobarse, Focas gobernó con el apoyo, casi exclusivo, del cuerpo de burócratas que administraban el patrimonio de la corona. El peso creciente del cubiculum en la vida política de Bizancio, se halla intimante ligado al progresivo incremento de sus funciones financieras. Los fondos destinados a subvenir el mantenimiento del aparato de la corte, los gastos de defensa y las liberalidades públicas, procedían, cada vez en mayor medida, del sacellum o tesoro particular del emperador, alimentado por las rentas de las propiedades asignadas a la domus divina. De ahí, que con frecuencia se confiase a cubicularii los altos mandos del ejército. Por otra parte, a causa de su mutilación y orígenes serviles, estos libertos eunucos se hallaban incapacitados para aspirar a la púrpura, y, dado que les estaba prohibido adoptar hijos, tampoco podían integrarse en la élite aristocrática por vía hereditaria, lo que, a la postre, les convertía en un excelente elemento de interposición entre la nobleza senatorial y la monarquía. A través del cubiculum, el emperador podía ejercer un control real sobre las grandes familias, que le permitía reprimir las *conspiraciones fraguadas en su seno*[142].

Sin embargo, en el caso de Focas, todos sus esfuerzos por controlar a la aristocracia y a los altos mandos del ejército, mediante la acción de la burocracia patrimonial, fueron estériles. En los círculos cortesanos favorables a la familia de

Mauricio, ya había comenzado a elaborarse un siniestro retrato suyo, con el propósito de desprestigiarle ante la opinión pública. Las obras historiográficas de la época, en general, compuestas por miembros de la nobleza de servicio, reflejan perfectamente la opinión que les merecía el usurpador. Según Juan de Antioquía, uno de sus más ardientes detractores, mientras el Imperio se sumía en la anarquía, Focas, aficionado a las carreras de cuadrigas y partidario de los Azules, malgastaba el tiempo en el hipódromo, celebraba interminables banquetes, entregándose sin moderación a la bebida, y compartía su lecho con múltiples concubinas, entre las cuales destacaba una tal Calínike, hija de un alto funcionario palatino[143].

La oposición senatorial, no contenta con divulgar este tipo de propaganda, decidió desestabilizar el régimen, sirviéndose de la vieja rivalidad entre Verdes y Azules, para alterar el orden público y sembrar el pánico entre las clases medias. Durante los festejos de Año Nuevo de 603, estallaron los primeros disturbios callejeros en Constantinopla, Thesalonica y otras muchas ciudades de Oriente. Por lo común, tuvieron su foco de origen en el hipódromo. Los Miracula Sancti Demetri nos han dejado una dramática descripción de estos disturbios:

> "Sabéis muy bien qué nubes de polvo levantó el diablo bajo el sucesor del emperador Mauricio de feliz memoria, apagando el amor y sembrando el odio mutuo en todo Oriente, en Cilicia, en Asia, en Palestina y en las regiones vecinas, hasta en la misma ciudad imperial: los miembros de los clubs deportivos no se contentaban ya con verter la sangre de sus compatriotas en las calles, sino que los unos penetraban en las casas de los otros asesinando sin piedad a sus habitantes; mujeres y niños, ancianos y

> jóvenes, demasiado débiles para encontrar la salvación en la huida, fueron arrojados al suelo desde las azoteas; robaban, como bárbaros, a sus conciudadanos, sus amigos y sus parientes e incendiaban sus casas"[144].

Los sucesos acaecidos en la capital son particularmente bien conocidos. El patricio Germano Póstumo, que aspiraba a ceñir la diadema, parece haber sido el instigador de esta primera conjura nobiliaria para derribar a Focas. Los rumores de que su yerno Teodosio, hijo primogénito de Mauricio, había logrado escapar y salvar la vida, le permitieron ganarse el apoyo de la emperatriz viuda Constantina y de sus tres hijas, recluidas en casa del eunuco Leoncio, que, como ya hemos señalado ostentaba los cargos de praepositus sacri cubiculi et sacellarius y praefectus urbis. Germano intentó comprar la amistad de los Verdes, favoritos de Mauricio, ofreciendo grandes cantidades de dinero a su demarca. Pero éste, que no había olvidado que el patricio era partidario de los Azules, las rechazó.

Durante la celebración de los espectáculos circenses del Año Nuevo de 603, los Verdes provocaron serios disturbios en el hipódromo, injuriando el nombre de la emperatriz Constantina, a quien creían en connivencia con Germano, para derrocar a Focas. El usurpador, alarmado por las acusaciones que lanzaban los Verdes, decidió eliminar a la viuda de Mauricio y a sus tres hijas, pero éstas, con ayuda de Germano, se acogieron al derecho de asilo en Santa Sofía, y sólo después de que Focas se hubo comprometido a respetar sus vidas, consintieron en salir de la iglesia para enclaustrarse en el monasterio de la Nea Metanoia. Varios miembros de la familia de Mauricio, considerados especialmente peligrosos, compartieron el destino de la emperatriz y sus hijas. Entre ellos se encontraban el general

Filípico, marido de Gordia, la hermana del extinto basileus, que se vio obligado a profesar en un monasterio fundado por él mismo en Chrysopolis, y, por supuesto, el patricio Germano, a quien también se impuso la tonsura monacal, antes de confinarle en su propio domicilio, transformado apresuradamente en una especie de cárcel-cenobio.

A pesar de todo, los desordenes callejeros siguieron alterando el ritmo de la vida cotidiana de la capital. En el verano de 603, Verdes y Azules volvían a enfrentarse en el hipódromo, por razones que nos son desconocidas. Según parece, en un momento determinado, el escenario del conflicto se trasladó a la Mese, la gran avenida comercial de Constantinopla, cuyo tramo inicial, el que iba desde el palacio de Lauso, próximo al hipódromo, hasta el Foro de Constantino, fue incendiado por los Verdes. Focas, temiendo convertirse en víctima de los exaltados, no vaciló en sofocar la revuelta con un baño de sangre, llegando incluso a hacer quemar vivo a Juan Crucis, demarca de los Verdes, lo que le granjearía la enemistad eterna de esta facción[145].

A la inestabilidad generada por los disturbios urbanos, vino a sumarse la insurrección del ejército de Oriente. En el otoño de 603, Narsés, el célebre general de Mauricio que había dirigido las operaciones militares contra el usurpador Bahram, a fin restaurar a Cosroes II en el trono de sus antepasados, se alzó en armas contra Focas. Las razones que le impulsaron a tomar esta decisión no resultan fáciles de dilucidar. Evidentemente, el nuevo gobierno de Constantinopla no había logrado ganarse el apoyo de todos los miembros del viejo estado mayor de Mauricio. Ahora bien, el detonante de la rebelión parece estar relacionado con la aparición en escena de un personaje que decía ser el príncipe Teodosio. En algún momento, durante el transcurso de aquel otoño, un adolescente, que

afirmaba ser el primogénito de Mauricio, se presentó ante Narsés, demandando su ayuda para recuperar el trono. El magister utriusque militiae per Orientem había frecuentado poco la corte en los últimos tiempos, y, sin duda, en sus escasas visitas al Sacrum Palatium, sólo había podido ver a Teodosio desde lejos. Jamás había formado parte del círculo íntimo del príncipe. Con todo, se apresuró a reconocer como su legítimo soberano al joven que decía ser el hijo de Mauricio. El notable parecido físico existente entre ambos, debió ser prueba más que suficiente para un general adicto a la antigua familia imperial[146].

A instancias del presunto Teodosio, Narsés, que no disponía de los efectivos necesarios para marchar sobre el Bósforo, escribió a Cosroes II, solicitando su ayuda para restaurar al príncipe en el trono de Constantinopla. Mientras aguardaba una respuesta de Ctesiphonte, el general se dedicó a reforzar sus posiciones en Edessa e Hierapolis. Seguramente, preveía la llegada de un ejército leal al gobierno de Constantinopla y no deseaba que le sorprendiese desprevenido. En efecto, Focas, informado de la rebelión, nombró magister utriusque militiae per Orientem a uno de sus incondicionales, Germano (no confundir con el patricio del mismo nombre), y le envió al este con ordenes de capturar a Narsés. La guerra civil acababa de estallar. Camino de Edessa, Germano se detuvo en Dara, donde dejó acantonadas parte de sus tropas como guarnición. Grave error. Apenas hubo abandonado la plaza, Cosroes II, que acudía en socorro de Narsés, se presentó ante sus muros. El Gran Rey no tenía la intención de perder tiempo supervisando un asedio, pero tampoco deseaba dejar escapar la oportunidad de hacerse con el control del más importante bastión de la frontera romana. Así que, finalmente, optó por dejar allí los hombres necesarios para sostener el sitio y continuó su marcha hacia Edessa. Cerca de esta ciudad tuvo lugar el encuentro entre el ejército persa y las

fuerzas gubernamentales bizantinas. Estas fueron aplastadas y su general, Germano, herido en combate, murió pocos días después. Tras la batalla, Narsés se entrevistó con Cosroes y le presentó a Teodosio. El monarca Sasánida, que no tenía ningún motivo para dudar de la identidad del supuesto príncipe, le tomó bajo su protección directa y le llevó consigo en su viaje de retorno a Dara.

Acuciado por la derrota de Germano, Focas se avino a sellar un acuerdo desventajoso con los ávaros, a fin de poder retirar tropas de la Tracia y enviarlas al este, bajo el mando del eunuco Leoncio. El nuevo magister utriusque militiae per Orientem dividió sus fuerzas en dos grandes unidades, y despachó la primera a Dara, donde se encontraba Cosroes dirigiendo el asedio, mientras él personalmente conducía a la segunda contra Narsés. En la primavera de 605, entró en Edessa, pero no logró capturar a Narsés, que se había retirado a Hierapolis. En consecuencia, resolvió marchar sobre Dara, para reunirse allí con el resto de su ejército. A sólo 12 millas de esta ciudad, en Arzamón, tuvo lugar una encarnizada batalla con los persas. El ejército de Leoncio fue completamente aniquilado. Los supervivientes, capturados por los persas, serían masacrados por orden de Cosroes, durante la celebración de la victoria. Sólo el general y algunos miembros de su estado mayor consiguieron escapar y ponerse a salvo en el interior de Asia Menor[147].

Cuando Focas tuvo noticia de este nuevo desastre, dispuso que Leoncio fuese arrestado y conducido a Constantinopla con cadenas, y en su lugar, nombró magister utriusque militiae per Orientem a su sobrino Dometziolo, al quien encomendó la misión de tomar Hierapolis. Narsés, abandonado a su suerte por los persas, que se hallaban ocupados en el sitio de Dara, hubo de negociar la rendición de la plaza con Dometziolo. Este le

aseguró bajo solemne juramento que se respetaría su vida y que no habría efusión de sangre. Sin embargo, una vez en Constantinopla, Focas relevó a su sobrino del juramento prestado, y, con motivo de los festejos de Año Nuevo de 606, hizo quemar a Narsés en el hipódromo, para que sirviese de ejemplo al resto de los generales del Imperio[148].

El rigor del castigo se hallaba en proporción con el creciente temor de Focas a ser víctima de un complot militar o aristocrático. No se trataba de ninguna paranoia personal, sino de una evidencia basada en hechos. A finales de 605, se había descubierto una nueva conjura senatorial en Constantinopla. La presencia del supuesto Teodosio entre las filas del ejército persa que asediaba Dara, debió servir el acicate a los conspiradores, deseosos de restablecer la legitimidad dinástica. Pero hubo otros factores que influyeron tanto o más en su ánimo, como el descontento de la nobleza de servicio por la mala administración de los gestores de Focas y el malestar de la cúpula militar por las recientes derrotas ante los persas.

Lideraban el complot los patricios Romano, Elpidio y Teodoro, éste último praefectus praetorio Orientis. Se unieron a ellos un numeroso grupo senadores y altos dignatarios palatinos, entre los que se encontraba Anastasio, comes sacrarum largitionum. Su intención era dar muerte a Focas en el hipódromo, mientras asistía a las carreras de cuadrigas. Los conjurados estaban en contacto con el patricio Germano y con la emperatriz Constantina, ya que el atentado se efectuaría en nombre de Teodosio. Pero, en el último momento, cuando ya todo estaba a punto, fueron traicionados por Anastasio, quien, a través de una dama llamada Petronia, también involucrada en la conjura, reveló a Focas la existencia de un plan para asesinarle. Inmediatamente, comenzaron a rodar cabezas. Primero fueron las de Romano, Elpidio

y Teodoro. Después las de muchos otros senadores y altos dignatarios palatinos. Y finalmente, las de la antigua familia imperial. La emperatriz Constantina y sus tres hijas, Anastasia, Teoctista y Cleopatra, fueron trasladadas al puerto de Eutropio, escenario de la muerte de los miembros varones de la dinastía, y degolladas con idéntica brutalidad. Al patricio Germano y a su hija, la esposa de Teodosio, se les condenó al exilio en la isla de Proti, donde serían ejecutados apenas desembarcasen[149].

No parece que Focas se inquietase excesivamente por la degradación de sus relaciones con el Senado. En cambio, le preocupaba, y mucho, lo que pudiesen pensar los miembros de la cúpula militar. Desde que Narsés fuera quemado públicamente, como un delincuente común de ínfima categoría, su descontento, ya palpable a causa de los fracasos ante Cosroes, rayaba la insubordinación. En tales circunstancias y llevado por la necesidad de obtener el apoyo de los altos mandos del ejército, Focas arregló el enlace matrimonial de su hija Domentzia con el anciano patricio Prisco, a la sazón comes excubitorum y uno de los más reputados generales de la época de Mauricio. La boda, que se celebró en el viejo palacio de Marina, a comienzos de 607, estuvo revestida de gran boato. En el transcurso de los festejos nupciales, los jóvenes militantes de los clubs deportivos del hipódromo tuvieron la desafortunada idea de coronar con laureles las estatuas de los novios, expuestas junto a las de Focas y Leoncia. Este hecho provocó las iras del usurpador, quien, temiendo que los Verdes y los Azules se hallasen en connivencia con su yerno para derrocarle, ordenó el arresto de los demarcas de ambas facciones. Cuando se supo que Focas se disponía a decretar su muerte, estalló una sublevación en el hipódromo. Al ver unidas, por primera vez, a ambas facciones en su contra, el soberano no tuvo más remedio que mostrar clemencia[150].

En cualquier caso, el incidente cerró la puerta a toda expectativa de reconciliación entre Focas y sus generales. Ahora más que nunca, el usurpador desconfiaba de las intenciones de los altos mandos del ejército, y en especial de las de Prisco, en quien veía un peligroso rival. El temor a una rebelión militar le indujo a encomendar la dirección de las tropas en campaña a familiares y amigos, con frecuencia carentes de experiencia, lo que sería causa de nuevos desastres en los campos de batalla, y de resentimiento entre los profesionales, desplazados por estos favoritos. La aristocracia legitimista, cuya mano se puede atisbar tras el episodio de los laureles, fue la principal beneficiaria del malestar generado por la política militar de Focas, ya que en poco tiempo lograría ganarse el apoyo de Prisco y de muchos de los otros generales descontentos.

En este sentido, la evolución del conflicto con Persia resultó determinante. Los esfuerzos de los eunucos y allegados de Focas por detener a Cosroes habían resultado, hasta aquel momento, vanos. El Gran Rey, so pretexto de reponer a Teodosio en el trono de sus mayores, había logrado recuperar la mayor parte de los territorios cedidos a Bizancio en virtud del tratado de paz de 591, y amenazaba con incorporar a sus dominios todo el Oriente romano.

A comienzos de 606, tomó posesión de la fortaleza de Dara, llave de la frontera bizantina. Sin embargo, en Constantinopla no saltó la alarma hasta un año después, cuando dos ejércitos Sasánidas penetraron en el interior del Imperio. El primero de ellos, al mando del Sahrbaraz, amigo personal de Cosroes, ocupó entre 607 y 610 las provincias romanas de Mesopotamia, Osrhoena y Euphratensis. El segundo, a las ordenes del general Astar Yestayar, a quien acompañaba el supuesto Teodosio, invadió la Armenia romana, rechanzando a las fuerzas

gubernamentales bizantinas que mandaba Domentziolo, sobrino de Focas. En 609, Astar Yestayar fue sustituido por Sahin. El nuevo comandante del ejército de Armenia, tras adueñarse de Teodosiopolis (Erzerum), descendió sobre la Cappadocia Prima y puso sitio a su capital Caesarea. La situación no podía ser más grave. En la Cappadocia Prima se concentraban los principales fundos que subvenían al mantenimiento de la domus divina, de cuyas rentas el emperador detraía importantes sumas para pagar al ejército. Sin perdida de tiempo, Focas despachó a uno de sus parientes, Sergio con ordenes expresas de levantar el cerco de Caesarea y expulsar a los persas de la provincia. Pero el general bizantino, que partió al frente de las últimas tropas disponibles, fue derrotado y muerto por el enemigo. Ya nada se interponía entre Sahin y Constantinopla. Los batidores de su ejército avanzaron a través de Asia Menor hasta el Bósforo, alcanzado los arrabales de Calcedonia a comienzos de 610. El terror se apoderó de la capital, ya que, desde los muros de Constantinopla, se podía ver el humo y las llamas de los incendios provocados por los persas en los ricos monasterios y las aristocráticas quintas de recreo, que se sucedían a lo largo de la orilla bitinia del estrecho[151].

El avance persa a través de Mesopotamia, Siria y Armenia, se vio favorecido por el clima de guerra civil que se vivía en el interior del Imperio. Desde los primeros tiempos de su reinado, Focas se había presentado como un celoso defensor de la ortodoxia calcedonense, adoptando severas medidas en contra de los monofisitas, como la prohibición de sus asambleas religiosas. Esta política obedecía, en buena medida, a la necesidad de erradicar cualquier tipo de disidencia que pudiese amenazar su régimen. Así lo prueba el hecho de que, también, se aplicasen formas de control estatal sobre el episcopado ortodoxo. En su afán por mantener en sujeción a las oligarquías locales,

cada vez más autónomas y proclives a enfrentarse con el poder central, el usurpador había decretado que ningún obispo calcedonense fuese elegido, sin previa autorización de los representantes provinciales del gobierno de Constantinopla. En Siria y Egipto, regiones de mayoría monofisita, los edictos imperiales habían provocado reacciones violentas, síntoma del grave descontento social existente en estas zonas. Con todo, es difícil que las poblaciones cristianas de las provincias orientales de Bizancio hayan considerado nunca a los persas como sus libertadores. Los ejércitos del Gran Rey se hacían acompañar por obispos nestorianos, y ni ortodoxos ni monofisitas estaban dispuestos a transigir con unas enseñanzas que habían sido condenadas por el Concilio de Efeso del año 431[152].

Quienes, sin embargo, parece que acogieron a los persas con entusiasmo, llegando incluso a colaborar con ellos, fueron los judíos, lo que exacerbaría la tradicional animadversión que se les profesaba en las ciudades romanas. A medida que el enemigo avanzaba, la conflictividad interna que vivía el Imperio se iba agravando. En 608, estallaron disturbios civiles en casi todas las grandes concentraciones urbanas de Siria. Los decretos de Focas contra los monofisitas debieron operar como factor detonante de los mismos. Pero muy pronto afloraron otros conflictos, más o menos larvados, a los que, en modo alguno, fueron ajenas las rivalidades de las facciones del circo, desencadenando un auténtico baño de sangre. Judíos, ortodoxos y monofisitas, Verdes y Azules, partidarios y adversarios de Focas, se mataban unos a otros, en los hipódromos, calles, plazas públicas y basílicas, sin que las autoridades pudieran hacer nada por impedirlo. El gobierno de Constantinopla, alarmado, encomendó al comes Orientis Bonoso poner fin a la anarquía reinante en Siria. La represión resultó particularmente cruenta en Antioquía y Laodicea, donde los Verdes, enemigos de

la política de Focas, fueron masacrados sin piedad. Esto no impidió que, poco después, se produjesen nuevos desordenes. En septiembre de 610, un grupo de judíos asesinó al patriarca Anastasio de Antioquía, en el transcurso de una revuelta[153].

A diferencia de lo que ocurría en Oriente, Occidente atravesaba un período de relativa estabilidad. En Italia, donde Mauricio había sido bastante impopular, Focas disfrutaba de cierto reconocimiento por parte de la aristocracia senatorial y los cuadros dirigentes provinciales. Una de las epístola del papa Gregorio Magno nos ha transmitido, con todo lujo de detalles, la descripción de la calurosa y multitudinaria acogida que recibieron las imágenes de Focas y su esposa Leoncia en Roma. Las muestras de deferencia del soberano hacia la sede de San Pedro fueron constantes. En febrero de 607, bajo el pontificado de Bonifacio III, Focas prohibió al patriarca de Constantinopla usar el título de ecuménico y reconoció a Roma como cabeza de todas las iglesias. Un año más tarde, donó el Panteón a la Iglesia, circunstancia que aprovechó Bonifacio IV (608-615), para dedicar el antiguo templo pagano a María y a todos los Santos[154].

Italia se convirtió en el principal bastión de Focas en Occidente. Desde Ravenna irradiaba su poder sobre todas las provincias del Imperio situadas al oeste del estrecho de Otranto. El exarca Smaragdo, antiguo praepositus sacri cubiculi et sacellarius y uno de los más fieles colaboradores del usurpador, no sólo recibió plena potestad sobre Italia, sino también sobre Africa. El hecho de que hiciese alzar en Cartago una columna triunfal en honor de Focas, muy semejante a la que, el 1 de agosto de 608, mandaría erigir en el Foro de Roma, demuestra que, a comienzos del reinado de este emperador, su autoridad se extendía sobre ambos exarcados. Por cierto tiempo, y con carácter meramente transitorio, Smaragdo actuó como un auténtico regente

sobre la mitad occidental del Imperio. La concentración de tal cantidad de poder en las manos de un sólo personaje, durante un período que se caracterizó por su escasa conflictividad bélica, tanto en Italia como en Africa, únicamente puede explicarse en virtud de la exigua devoción profesada hacia la figura de Focas por parte de los cuadros dirigentes del exarcado de Cartago. Teniendo presente esta hostilidad, parece lógico que, tras la caída de Mauricio, el nuevo gobierno de Constantinopla haya considerado oportuno supervisar desde Ravenna la conducta de los mandos militares africanos, en espera de alcanzar un acuerdo ventajoso con ellos[155].

Las negociaciones, sin duda, largas y complejas, se cerraron en torno a 604-605, con el nombramiento oficial de Heraclio, un brillante general de origen armenio, como exarchus Africae et patricius. Ahora bien, este consenso, fruto de las circunstancias, no pudo ser más efímero. Durante el verano de 607, la aristocracia legitimista de Constantinopla, hizo llegar hasta el exarca de Cartago una petición de auxilio, avalada por numerosos miembros del Senado y de la cúpula militar, entre los cuales se encontraba el propio yerno de Focas, Prisco, quien, tras el incidente de los laureles, no se sentía seguro.

A comienzos de 608, Heraclio se alzó en armas contra Focas, enarbolando el estandarte de la legitimidad dinástica. Razón por la cual, su primer acto propagandístico consistió en acuñar moneda de plata con la efigie Teodosio sobre la cara del anverso. Llegada la primavera, envió parte de la flota de Cartago a Egipto, bajo el mando de su sobrino Nicetas, con el propósito de apoderarse de Alejandría e interrumpir el envio de la annona a Constantinopla. Recurriendo al viejo método del chantaje del trigo, esperaba concitar las iras de la población de la capital contra el usurpador. No erró el camino. A comienzos de 609, se

produjeron graves desordenes en Constantinopla, a causa de la escasez de alimentos. Focas no dudó en reprimirlos con extremada violencia. Poco después, hubo de abortar una nueva conjura aristocrática, en esta ocasión dirigida por el senador Macrobio. Convencido de que en la ciudad existía un grupo de notables que estaba colaborando con los rebeldes de Africa y Egipto, con la intención de elevar al solio a alguno de los parientes de Mauricio, dispuso el exterminio de hasta los más lejanos miembros de la antigua familia imperial, al tiempo que decretaba la ejecución o el exilio de otros muchos senadores y altos dignatarios de la corte, sospechosos de militar en las filas del partido legitimista[156].

A pesar de la dura represión ejercida sobre la aristocracia, a comienzos de 610, el gobierno de Focas se encontraba en una situación límite. Los persas, que habían ocupado Armenia y Mesopotamia, marchaban sobre el Bósforo, a través de Asia Menor. Nicetas, el sobrino de Heraclio, había ocupado Alejandría sin ningún problema, y, tras rechazar un intentó de desembarco del comes Orientis Bonoso, fiel a Focas, se había hecho con el control de todo el valle del Nilo. De este modo, los territorios bizantinos que se extendían a lo largo de la costa meridional del Mediterráneo, desde las columnas de Hércules hasta Egipto, habían pasado a depender de la autoridad del exarca de Cartago. La soberanía de Focas sólo se reconocía en la capital, el Illyricum, la Tracia, Italia, y algunas ciudades de la costa de Siria y Palestina.

En el transcurso del verano de 610, Heraclio se dedicó a equipar el resto de la flota anonaria de Cartago, con el propósito de apoderarse de la capital del Imperio. Cuando se hubieron ultimado los preparativos, el exarca confió el mando de la expedición a su hijo Heraclio, un joven de 30 años, que había

pasado buena parte de su vida en Africa. Los vientos le fueron favorables. No encontrando graves problemas de navegación, Heraclio se presentó ante Constantinopla el 3 de octubre de 610.

La aristocracia legitimista, concentrada en torno a Epifania, esposa del exarca de Cartago, y Fabia, hija de un notable africano y prometida del joven Heraclio, estaba dispuesta a recibir a este último como su libertador. Focas, al enterarse de que ambas damas se encontraban en la capital, dispuso que fuesen arrestadas y conducidas al monasterio de la Nea Metanoia. Pero la rapidez con que se sucedieron los acontecimientos, le impediría jugar la baza de los rehenes. Durante la noche del 4 al 5 de octubre, los jóvenes militantes de la facción Verdes franquearon el acceso del puerto de Sofía a la flota de Heraclio, quien desembarcó entre las aclamaciones de la población, cansada de padecer privaciones. Focas, abandonado por todos, buscó refugio en el oratorio palatino de San Miguel Arcángel, de donde le sacó una muchedumbre de ciudadanos, senadores y altos dignatarios, liderada por Focio, curator domus Placidiae, cuya esposa, según se decía, había sido violada por el usurpador. Despojado de los atributos imperiales, Focas fue llevado ante la presencia de Heraclio. Juan de Antioquía, que nos ha transmitido el relato de esta entrevista, señala que cuando el hijo del exarca de Cartago vio a su enemigo postrado a sus plantas le preguntó: "¿Por qué has gobernado la república de esta manera tan miserable?", a lo que éste respondió: "¿Acaso, tu la gobernarás mejor?" Acto seguido, Heraclio ordenó que fuese decapitado y que su cabeza, clavada en una pica, fuera paseada por la Mese. Parecida suerte corrieron Domentziolo y los demás miembros de la familia de Focas, así como el general Bonoso. Al final del día, se reunieron todos los cadáveres en el Forum Tauri, para ser quemados en el interior del toro de bronce que daba su nombre a la plaza[157].

Mientras tenían lugar estas macabras escenas, el joven Heraclio era coronado por el patriarca en la iglesia de San Esteban del Sacrum Palatium y celebraba sus bodas con Fabia. Al día siguiente, 6 de octubre, durante las carreras de cuadrigas, celebradas con motivo de la coronación y el enlace nupcial del nuevo soberano, se quemaron en el hipódromo la imagen de Focas y la bandera de los Azules, quienes habían apoyado al usurpador hasta el último momento. Curiosamente, a nadie se le ocurrió preguntarse dónde estaba Teodosio. Según se desprende de los escasos testimonios que han llegado hasta nuestros días, el joven que decía ser el primogénito de Mauricio había fallecido en 609, no se sabe si oportunamente envenenado o a causa de una grave enfermedad. Aquel mismo año en Cartago y Alejandría se efectuó una emisión limitada de moneda en oro, plata y bronce a nombre de Heraclio y de su padre el exarca, lo que demuestra que la noticia de la desaparición del supuesto vástago de Mauricio era conocida por los rebeldes antes de la toma de Constantinopla, y que éstos ya tenían prevista la sucesión[158].

Puesto que no quedaba ningún pariente de Mauricio con vida, la familia que lideraba el partido legitimista se consideró con derecho a reclamar el trono. La aparición del nombre y la efigie de los dos Heraclios en las monedas, nos induce a pensar que, en un primer momento, se barajó la posibilidad, más tarde descartada, de instaurar una corregencia.

Ciertamente, el principio electivo seguía regulando el ascenso al solio de cada nuevo emperador, como lo demuestra el hecho de que todos los soberanos de esta época continuasen haciéndose elegir por el Senado, el ejército y el pueblo. No obstante, a lo largo del siglo VI, la vinculación a la casa reinante por lazos de parentesco había ido cobrando paulatinamente importancia, hasta convertirse en un elemento

legitimador de primer orden; algo que, como vimos en su momento, también había ocurrido en los estados romano-germánicos occidentales.

Todo nuevo soberano carente de lazos de sangre con la casa de su predecesor, se apresuraba a anudarlos mediante una alianza matrimonial, reforzando, de este modo, la idea de continuidad dinástica. Existían numerosos precedentes en los siglos IV y V, por lo que no resulta nada extraño que, al poco tiempo de llegar al trono, la emperatriz Teodora considerase oportuno casar a su hija con Juan, uno de los sobrinos-nietos del emperador Anastasio, cuya familia poseía gran influencia política en los círculos cortesanos y senatoriales de Constantinopla. Al mismo tiempo, Justiniano celebraría el enlace de su sobrina Proyecta, hermana del futuro emperador Justino II, con el patricio Areobindo, por cuyas venas corría la sangre de la dinastía valentiniano-teodosiana, de la poderosa familia de los Anicii y de los generalísimos de origen germano Aspar y Dagalaifo. Cuando Proyecta enviudó, en 546, Teodora, que nunca había sido partidaria de la alianza con la casa de Areobindo, le proporcionó un nuevo marido: Juan, hijo del patricio Pompeyo, aquel sobrino del emperador Anastasio que había sido ejecutado junto con su hermano Hypacio en 532, tras el aplastamiento de la revuelta de Nika. La propia dinámica interna del poder exigía tales uniones. Querer eludirlas resultaba imposible, como lo demuestra el caso de Tiberio II. Este emperador, que en principio no poseía ningún tipo de vínculo de consangüineidad ni con la casa de Anastasio ni con la de Justino I, accedió al cesariato después de haber sido adoptado por Justino II, de acuerdo con todos los requisitos legales. Posteriormente, convertido ya en Augusto, rehusaría afianzar estos lazos mediante una alianza matrimonial con la casa de su antecesor, negándose, en repetidas ocasiones, a tomar por esposa a la emperatriz Sofía, viuda de

Justino II. Sin embargo, al final de su reinado, Tiberio hubo de claudicar y hacer entrega de su hija menor, Carito, al patricio Germano Póstumo, sobrino-nieto del emperador Justino I y biznieto del rey ostrogodo Teodorico el Amalo. De esta manera, se compensaba a la poderosa casa de Justino, por la elección como heredero del Imperio del general Mauricio, a quien Tiberio había otorgado la mano de su hija mayor Constantina, vinculándole directamente a su casa.

En una época en la que las relaciones de poder entre los miembros de la aristocracia se articulaban a través de redes clientelares, era imprescindible definir el lugar que cada individuo ocupaba en el seno de una gran casa y precisar las relaciones existentes entre unos linajes y otros. Ni siquiera la familia imperial podía escapar a esta norma. Bajo el reinado de Mauricio, el poder acumulado por la casa de Justino era tan importante que el soberano hubo de reforzar los lazos de parentesco que le unían a ésta, casando a su hijo mayor Teodosio con la hija de su cuñado Germano. De este modo, los descendientes de Justino I y de Tiberio II, quedarían definitivamente asociados al ejercicio del poder supremo, formando parte de una única y misma dinastía. Si a este hecho añadimos que el testamento redactado por Mauricio contemplaba la perpetuación de su casa en el trono, mediante un sistema semejante al empleado por Constantino y Teodosio, queda claro que sus intenciones eran las de establecer una dinastía por filiación directa, evitando así los problemas sucesorios que se le habían planteado a sus inmediatos antecesores. La violenta desaparición de la familia de Mauricio, bajo el régimen de terror de Focas, no erradicó el ideal dinástico. Como hemos visto, las grandes familias aristocráticas con sus clientelas se reagruparon en torno a la casa de Heraclio, cuya casa iba a regir el Imperio durante un siglo.

Sería precisamente la nobleza senatorial, la que mayor beneficio obtendría de la resolución de la cuestión de la legitimidad dinástica. Focas había prescindido, casi por completo, de su concurso para gobernar el Imperio. Los altos cargos de la administración civil y militar los otorgó siempre a parientes, amigos y eunucos del cubiculum. Estos últimos no sólo actuaron como generales y exarcas, sino que incluso llegaron a ocupar la praefectura urbis, magistratura tradicionalmente reservada a los miembros de las familias más ilustres como colofón a su cursus honorum. La reacción aristocrática no se hizo esperar. En alianza con los altos mandos profesionales del ejército, el Senado, se enfrentó al emperador y a su cada vez más poderosa burocracia patrimonial. Aunque en el conflicto cayeron algunos de sus representantes más destacados, finalmente, logró su objetivo: derrocar a Focas. Durante el reinado de Heraclio, la monarquía jamás prescindirá del Senado, cuya influencia resulta especialmente notoria en esos períodos de crisis, que van a sucederse a lo largo de la primera mitad del siglo VII.

1.4.2. La continuidad de la presencia bizantina en la Península Ibérica y el problema del primado de la Carthaginiensis.

Durante el reinado de Focas, se produjeron algunos encuentros fronterizos entre tropas visigodas y bizantinas. Pero en líneas generales, revistieron escasa importancia y apenas alteraron el trazado del limes. Los problemas internos parecen haber monopolizado la atención del gobierno de Toledo, durante toda la primera década del siglo VII, impidiéndole dedicar sus esfuerzos a la lucha contra las fuerzas imperiales.

En diciembre de 601, Recaredo había muerto en la ciudad regia, siendo sucedido por su único hijo varón, Liuva II

(601-603). Como ya hemos indicado más arriba, el joven príncipe, fruto de la unión de Recaredo con una mujer que no pertenecía a la nobleza, había nacido en 584, cuando la guerra civil entraba en su última fase. Desde la cuna, había quedado vinculado a la casa de su tío abuelo, Liuva I, motivo por el cual nunca llegaría a gozar de plena aceptación entre la clientela de la casa de Atanagildo. Recaredo, convertido en heredero oficial de esta última, favoreció los intereses del sector mayoritario de la misma, con el propósito de que apoyase la candidatura del pequeño Liuva a la sucesión del trono. Numerosas familias de la aristocracia meridional, ligadas mediante lazos de dependencia a la estirpe de Atanagildo, se dejaron seducir por las concesiones económicas, políticas y religiosas de Recaredo, adhiriéndose a su proyecto dinástico. No obstante, un sector irreductible de los partidarios de esta casa debió negarse a aceptar el plan sucesorio de Recaredo.

Tras la desaparición de su padre, Liuva II, sólo reinaría 18 meses. A mediados del verano de 603, un complot liderado por Witerico, aquel magnate godo que en 588 participara en la conjura de Sega contra Recaredo, puso fin al reinado del joven príncipe. Liuva II fue depuesto y Witerico, que ciñó la diadema en su lugar, ordenó que se le amputase la mano derecha, a fin de incapacitarle para volver a ocupar el trono. Aún así, es muy probable que se haya producido una reacción violenta a favor de los derechos del hijo de Recaredo, lo que explicaría que, poco tiempo después, Witerico decretase su ejecución. El obispo Isidoro, hermano y sucesor de Leandro en la sede hispalense, así como también en la representación del sector de la antiguos partidarios de Atanagildo que se habían comprometido con el proyecto dinástico de Recaredo, no duda en condenar, sin paliativos, este acto, y considera al joven Liuva como una víctima inocente del usurpador[159].

Witerico, a pesar de ser un brillante general, experimentado en el arte de las armas, no parece haber tenido mucho éxito en sus campañas contra los bizantinos. Según se desprende del relato de Isidoro, organizó, al menos, dos expediciones. La primera, conducida por el monarca en persona, no reportó ningún beneficio territorial a los visigodos. En cambio, la segunda, dirigida por varios de sus generales, se saldó con la reconquista de la ciudad de Sagontia y la captura de la guarnición local. Según la Historia Pseudo Isidoriana, este acontecimiento tuvo lugar durante el séptimo año del reinado de Witerico, es decir entre el verano de 609 y la primavera de 610, coincidiendo temporalmente con el período álgido de la rebelión del exarca Heraclio contra Focas[160].

M. Vallejo Girvés, teniendo muy presente este hecho, considera que Witerico pudo aprovechar la retirada de tropas bizantinas de la provincia de Spania para invadir el territorio romano. Su hipótesis se basa en el relato de Teófanes sobre la partida del joven Heraclio hacia Constantinopla, en el cual se señala que las tropas que le acompañaban procedían de Africa y Mauritania. Si, como sugiere la autora, con estos nombres, el cronógrafo bizantino está, en realidad, haciendo referencia a la región oriental y occidental del exarcado de Cartago, entonces la provincia de Spania también debió enviar naves y soldados contra Focas, y, por tanto, pudo hallarse en una situación de indefensión frente al enemigo visigodo[161]. La Historia Pseudo Isidoriana confirma esta teoría, ya que al mencionar el origen de las fuerzas empleadas por Heraclio, cita, de manera específica, las que reclutó en Spania[162].

Un segundo factor que nos permite explicar la debilidad de las fuerzas imperiales en 609-610, es el rebrote de peste bubónica, que por estas fechas azotaba la costas

mediterráneas. Como en anteriores ocasiones, las guarniciones bizantinas debieron padecer los efectos devastadores de la plaga. Sin duda, también los sufrirían los visigodos, pero mientras éstos podían recurrir a nuevas reclutas, una vez superado el azote, no hay prueba de que Heraclio, necesitado de hombres en Oriente, reintegrarse al exarcado los regimientos de que hizo uso en la expedición contra Focas[163].

Poco después de la toma de Sagontia, Witerico perecía asesinado en el trascurso de un banquete. Su asesinato fue cuidadosamente planeado por un grupo de conspiradores presentes en la corte. Desconocemos qué motivos les impulsaron a perpetrar el magnicidio; pero, a tenor de las descalificaciones que Isidoro vierte contra Witerico, es más que probable que representasen los intereses de aquellos sectores de la nobleza que habían optado por el proyecto dinástico de Recaredo[164].

Gundemaro (610-612), el nuevo monarca visigodo, seguramente, procedía de este grupo. Durante su breve reinado, se ocupó de los problemas eclesiásticos que ponen de relieve sus objetivos expansionistas frente a la provincia bizantina, tema que abordaremos a partir de las conclusiones de A. Barbero[165].

En 610, y como anticipó a una nueva campaña visigoda contra las fronteras de Spania, el rey Gundemaro adoptó, de común acuerdo con los obispos de su reino, la decisión de elevar la sede de Toledo a la categoría de metrópolis de la provincia Carthaginiensis. Este hecho nos es conocido a través de dos documentos, insertados a modo de apéndice en las actas XII Concilio de Toledo de 681. El primero de ellos es un decreto del rey Gundemaro, dirigido al episcopado de la Carthaginiensis, y el segundo una constitución sinodal, emanada de una asamblea de obispos de esta misma provincia, que se reunió en Toledo bajo el

reinado del mismo monarca[166].

Algunos autores han cuestionado la autenticidad de estos documentos[167]. No obstante, uno de ellos, la constitución sinodal, está fechada el 23 de octubre de 610, durante el primer año de Gundemaro. Y por otra parte, el contenido de las actas del XII Concilio de Toledo, donde se dedica una especial atención a la organización eclesiástica en relación con la erección de nuevas sedes episcopales, puede explicar sobradamente que entre los documentos que utilizaron los padres se encontrasen estos dos de la época de Gundemaro[168].

Aunque en las actas del XII Concilio, el decreto se consigna antes que la constitución sinodal, J. Orlandis y J. Ramos-Lissón, tras un análisis minucioso de los dos documentos, han llegado a la conclusión de que la constitución debió preceder al decreto[169].

Al sínodo que se congregó en Toledo, en octubre de 610, asistieron 15 obispos procedentes de la Carthaginiensis, a saber, los prelados de Segontia (Sigüenza), Castulo (Cazlona), Segovia, Oretum (Granátula), Mentesa (La Guardia), Valeria, Arcavica (Cabeza de Griego), Valentia (Valencia), Palentia (Palencia), Segobriga, Bigastrum (Cehegín), Basti, Oxuma (Osma), Complutum (Alcalá de Henares) y Elo (Montealegre). El objeto de la reunión consistía en solventar, de una vez por todas, el debate en torno a la primacía de Toledo. Durante los siglos IV y V, Carthago Spartaria había sido la capital provincial romana y la sede eclesiástica metropolitana. Sin embargo, para 531, como tuvimos ocasión de ver en su momento, el obispo Montano de Toledo empleaba ya el título de metropolitano de la provincia de Carpetania vel Celtiberia, circunscripción desmembrada de la Carthaginiensis, que para esta fecha contaba con al menos 6

obispos. Tras la intervención justinianea de 555, Carthago Spartaria quedó incluida en el dominio bizantino, como capital y sede metropolitana de la provincia imperial de Spania, lo que vendría a consagrar la secesión definitiva de las iglesias de la Carpetania[170].

Distintas fuentes del siglo VI, certifican la existencia de esta provincia visigoda. Gregorio de Tours hace referencia en dos ocasiones a una plaga de langosta que devastó la provintia Carpitania entre 584 y 589[171]. Eufemio, obispo de la Toledo, firmó las actas del III Concilio en 589, como metropolitano de la Carpetania, lo que indica que se mantenía la diferenciación ya existente, durante las primeras décadas del siglo VI, entre una provincia eclesiástica Carpetania vel Celtiberia con metrópoli en Toledo, y otra Carthaginiensis con cabeza en Carthago Spartaria, cuyo obispo no acude al concilio por hallarse bajo soberanía política de Bizancio[172]. Entre las suscripciones de este mismo concilio se encuentra la del obispo Petrus Arcavicensis Celtiferiae, ciudad que se identifica con Cabeza de Griego en la actual provincia de Cuenca[173]. Y Juan de Biclaro hace mención a la Celtiberia, cuando narra la fundación de Recópolis[174].

La constitución sinodal nos habla del carácter metropolitano de la sede toledana y establece el compromiso de los 15 obispos asistentes en reconocer esa autoridad, que según ellos mismos señalan, se remontaba a la época del II Concilio de Toledo de 531. Del mismo documento se desprende que había otro obispo metropolitano interviniendo en la Carthaginiensis[175].

Este último aspecto nos lo aclara mejor el decreto regio, firmado por el propio Gundemaro y por 26 obispos, a cuya cabeza encontramos a los metropolitanos Isidoro de Hispalis,

Inocencio de Emerita, Eusebio de Tarraco y Sergio de Narbo. En este segundo documento se refrenda el acuerdo alcanzado en el sínodo y se precisa que el obispo de Toledo posee el honor del primado sobre todas las iglesias de la Carthaginiensis. Y, lo que es mucho más significativo, el monarca afirma no estar dispuesto a consentir que una única y misma provincia se reparta entre la jurisdicción de dos metropolitanos, evidentemente, refiriéndose al obispo de Carthago Spartaria, cuya iglesia debía considerarse la depositaria de la legitimidad histórica[176].

Resulta interesante comprobar como Toledo disputó sus derechos a Carthago Spartaria, en el marco de un proceso en el que el reino visigodo fue afirmando lentamente su soberanía política sobre la Carthaginiensis. De hecho, es muy posible, que como apunta A. Barbero la conversión de Toledo en metrópoli de la Carthaginiensis, tuviese el objetivo prioritario de aislar a Carthago Spartaria y limitar las ingerencias bizantinas en el reino visigodo a través de la Iglesia.

En el verano de 611, apenas unos pocos meses después de que estos documentos hubiesen sido dados a la luz pública, Gundemaro llevó a cabo una campaña militar contra la provincia imperial de Spania, de la que tenemos noticia a través de Isidoro. Resulta interesante constatar que, pese a la debilidad de las fuerzas imperiales, la expedición visigoda no consiguió arrojarles de sus posiciones, que únicamente empezarían a tambalearse a partir de 614, ya con Sisebuto (612-621) en el trono[177].

1.5. La crisis del estado universal romano y la conquista visigoda de la provincia de Spania.

Cuando el 5 de octubre de 610, Heraclio tomó las riendas del Imperio romano de Oriente, se encontró con un estado al borde de la ruina. Sumido en una grave crisis financiera, como consecuencia del hundimiento del sistema de recaudación fiscal en las provincias ocupadas por los persas, y en una caótica situación social, debido a los conflictos que agitaban las ciudades orientales. La propia monarquía tenía dificultades económicas para hacer frente al mantenimiento del aparato cortesano, los pagos a las tropas, los donativos a la Iglesia y las acostumbradas liberalidades al pueblo de la capital. La Cappadocia Prima, provincia en donde se concentraban la mayoría de los bienes que subvenían al sostén de la domus divina, era una de las zonas más afectadas por la expansión persa. Durante los primeros años del reinado de Heraclio, el avance del enemigo no se detuvo, lo que ocasionó nuevos problemas al gobierno de Constantinopla.

En la primavera de 611, el general persa Sharbaraz, aprovechando el desorden reinante en Antioquía, a causa de los enfrentamientos entre las facciones del circo y la revuelta de los judíos, se apoderó de la ciudad. Acto seguido, ocupó Apamea y Emesa, haciéndose con el control del norte de Siria. Heraclio, al tener noticia de estos acontecimientos, dispuso que Prisco, yerno de Focas, y Filípico, cuñado de Mauricio, que acababa de abandonar el monasterio en donde le había confinado el usurpador, se hiciesen cargo de la defensa de Oriente. A pesar de sus esfuerzos, no pudo impedir que los persas se adueñasen del resto de Siria y de toda Palestina. En 613, en las inmediaciones de Antioquía, el ejército imperial sufrió una grave derrota, tras la cual se produjo un nuevo avance persa en todos los frentes.

Por el sur, el enemigo descendió hasta Damasco, que no tardó mucho en rendirse, mientras por el norte penetraban en la Cilicia, tomando su capital, Tarso, ciudad natal de San Pablo. Un año después, el 15 de abril de 614, Sharbaraz puso sitio a Jerusalén. El patriarca Zacarías estaba dispuesto a entregar la plaza; pero los habitantes cristianos de la ciudad se opusieron. Finalmente, el 5 de mayo, después de tres semanas de asedio, los persas lograron capturarla con la ayuda de la comunidad judía local, que les abrió una de las puertas de la ciudad. Durante tres días, Jerusalén fue sometida a todos los horrores de un saqueo. Persas y judíos se ensañaron cruelmente con la población cristiana, asesinado a hombres, mujeres, ancianos y niños e incendiando sus viviendas y santuarios. La iglesia del Santo Sepulcro, construida por Constantino el Grande, se desplomó envuelta en llamas. Las más sagradas reliquias de la ciudad, la Vera Cruz y los instrumentos de la Pasión, fueron enviadas a Ctesiphonte junto con el patriarca Zacarías, como obsequio a reina de Persia, la nestoriana Miriam, esposa de Cosroes II. En cuanto a los ciudadanos que lograron sobrevivir a la masacre, se sabe que, relegados a la condición de esclavos, no tuvieron más remedio que emprender el camino del exilio[178].

La caída de Jerusalén resultó un golpe terrible para la Cristiandad. Tanto en el Imperio bizantino como en los reinos germánicos de Occidente desencadenó una crisis moral, sólo comparable en su magnitud, a la que se había producido tras el saqueo de Roma por los visigodos en 410. A partir de este momento, el conflicto entre Bizancio y Persia adquiere una componente ideológica de base místico-religiosa, que le otorga el carácter de auténtica guerra santa. Como veremos, cuando en 622, Heraclio tome la ofensiva contra el enemigo, se consagrará solemnemente, con su ejército, a Dios, y partirá como guerrero cristiano que lucha contra el poder de las tinieblas. No es

extraño, pues, que las generaciones posteriores le considerasen el primero de los cruzados[179].

Durante el verano de 615, el ejército persa del general Sahin, tras cruzar todo el Asia Menor sin hallar resistencia, ocupó la ciudad de Calcedonia en el Bósforo. Simultáneamente, los ávaros, que habían invadido la Tracia, ponían cerco a Constantinopla desde la orilla europea del estrecho. Heraclio, prisionero en su capital, decidió negociar un acuerdo de paz con Persia. Puesto que Cosroes justificaba la continuidad de la agresión contra Bizancio, alegando que Heraclio no era pariente de Mauricio y, en consecuencia, carecía de derecho a ostentar la púrpura, el nuevo emperador solicitó al Senado de Constantinopla, dominado por miembros del partido legitimista, que enviase una carta al Gran Rey, para aclararle la situación y pedirle la paz. Así se hizo, pero, tras más de un año de espera, la única respuesta que obtuvieron de Cosroes fue la irrupción de sus tropas en Egipto. A lo largo de 617, el ejército Sasánida tomó posesión de las principales ciudades del valle del Nilo, aunque habría de esperar hasta 619 para obtener la capitulación de Alejandría[180].

Entre tanto, ávaros y eslavos sembraban el terror en los Balcanes. La retirada de efectivos de la frontera danubiana, durante el reinado de Focas, les permitió avanzar hasta las costas de la Dalmatia. En 614 capturaron Salonae, capital de la provincia, cuyos habitantes tuvieron que refugiarse tras los muros del antiguo palacio de Diocleciano, donde, andando el tiempo, surgiría la actual ciudad de Split. En 615 le tocó el turno a Epidaurus, que fue saqueada y destruida por completo, obligando a los supervivientes a fundar la ciudad Ragusa. Para entonces los principales centros urbanos bizantinos en el interior de la Península Balcánica habían pasado a manos eslavas.

Tal es el caso de las ciudades de Singidunum (Belgrado), Viminacium (Kostolac) Naissus (Nis) y Serdica (Sofía). Si se exceptúa a Constantinopla y Tesalónica, los únicos puntos de apoyo del Imperio en los Balcanes se encontraban en los puertos dálmatas de Iader (Zadar) y Tragurium (Trogir) al norte, y de Butua (Budva), Scodra (Skadar) y Lissus (Ljes) al sur. En la primavera de 617, Tesalónica sería, de nuevo, cercada por los eslavos[181].

La perdida de Egipto agravó la situación financiera del Imperio, con especial repercusión en Constantinopla, que vio interrumpidos los suministros de cereal procedentes del cobro de la annona. Dado que el trigo venido del norte de Africa no era suficiente para cubrir las cuotas de distribución entre la plebs frumentaria de la capital, Heraclio optó por suspender las distribuciones gratuitas de pan a cargo de los presupuestos del estado. Esta medida resultó enormemente impopular, provocando el estallido de graves desordenes callejeros y revueltas en el hipódromo. En semejante clima de penuria y malestar social, un nuevo brote de peste bubónica vino a azotar la ciudad, lo que contribuyó a incrementar la anarquía reinante en su interior. A comienzos del verano de 618, la situación se había deteriorado hasta tal punto que Heraclio dispuso el traslado de su residencia a Cartago. Los fondos de las tesorerías, las joyas de la corona y el rico ajuar del Sacrum Palatium comenzaron a ser cargados a bordo de las naves, que, amarradas en el puerto palatino de Bucoleón, aguardaban la orden de partida hacia el norte de Africa. En el último momento, el patriarca Sergio de Constantinopla (610-638) logró disuadir al emperador de su empeño por abandonar la capital, entregándole una importante cantidad de dinero, procedente de las rentas y tesoros de la Iglesia, a fin de que pudiese emprender una acción decisiva contra los persas[182].

Ahora bien, Heraclio necesitaba tiempo para poder reunir y adiestrar un ejército, ya que, exceptúando las guarniciones urbanas y los cuerpos de élite al servicio de la monarquía, no existía en toda la praefectura Orientis una sola agrupación militar digna de ese nombre. Por otra parte, antes de efectuar una recluta en la Tracia, como venía siendo costumbre, era imprescindible cerrar el frente de los Balcanes, de modo que se pudiese detraer efectivos a su defensa, sin temor a que una agresión inesperada de los ávaros o de los eslavos obligase a reintegrarlos a su región de origen.

Guiado por el deseo de apuntalar la retaguardia, durante la primavera de 619, Heraclio selló un pacto con el khagan de los avaros, otorgándole un elevado subsidio, a cambio de que cesara todo hostigamiento sobre la capital. A continuación, transfirió regimientos reclutados en los Balcanes a Asia, con el propósito de instalarlos en puntos estratégicos de la meseta de Anatolia, y, de este modo, asegurarse su control.

Después de tres años de preparativos, el 5 de abril de 622, lunes de Resurrección, el basileus abandonó Constantinopla, para ponerse al frente de su ejército. Era la primera vez, en más de doscientos años, que un emperador romano dirigía personalmente una campaña. Tras haber pasado todo el verano entrenando a los reclutas, a finales de septiembre, marchó sobre Armenia, rodeando las posiciones persas en la Cappadocia. La estrategia de Heraclio consistía en golpear fulminantemente el corazón del Imperio Sasánida, a fin de que las fuerzas de Cosroes no tuviesen otro remedio que evacuar las provincias romanas de Oriente, para acudir en defensa de su propio territorio. No erró el procedimiento. Sharbaraz, al comprender que las fuerzas bizantinas se disponían a invadir Persia, abandonó sus posiciones en los puertos de montaña del Antitauro,

desde donde controlaba la Cappadocia, para seguir a Heraclio. Ambos ejércitos se encontrarían en Armenia, donde los bizantinos aplastaron a las tropas de Sahrbaraz. En marzo de 623, Heraclio regresó triunfante a Constantinopla. Allí habría de negociar un nuevo acuerdo de paz con los ávaros, que demandaban un aumento del subsidio. No obstante, su estancia en la capital fue breve. Apenas un año después de su vuelta, se hallaba de nuevo camino de Armenia, desde donde invadió la satrapía de Media Atropatena (Azerbaidján), destruyendo el gran centro de devoción zoroástrica de Ganzak, en represalia por el saqueo de Jerusalén. Al llegar los primeras inclemencias meterológicas del otoño, se retiró al valle del Cyro, en la Transcaucasia, con el propósito de reforzar sus tropas reclutando lázicos, abasgos e iberos, y, con el retorno de la primavera, descender nuevamente sobre territorio persa[183].

Fue durante este conflictivo período, el más crítico de la historia del Imperio romano de Oriente, cuando se produjo la conquista visigoda de los territorios peninsulares de la provincia bizantina de Spania. A finales del invierno de 612, *fallecía en Toledo el rey Gundemaro, siendo sucedido por Sisebuto* (612-621), quien a juzgar por la onomástica de su único hijo varón, Recaredo, debía pertenecer a una de las familias *comprometidas con el proyecto dinástico del soberano del mismo* nombre. Según Isidoro, fue en el quinto año del reinado de Heraclio y en el cuarto de Sisebuto, cuando tuvo lugar la caída de varias importantes ciudades bizantinas en poder de los visigodos. Puesto que Heraclio ciñó la diadema el 5 de octubre de 610, su quinto año correría del 5 de octubre de 614 al 4 de octubre de 615. Sisebuto comenzó a reinar en febrero/marzo de 612, y por tanto su cuarto año iría de febrero/marzo de 615 a febrero/marzo de 616. Estos datos cronológicos nos permiten fechar la conquista de las plazas bizantinas entre los meses de

marzo y octubre de 615. Ahora bien, Isidoro señala que el rey condujo personalmente dos campañas victoriosas contra las fuerzas imperiales, celebrando sendos triunfos al termino de cada una de ellas. En vista de que la toma de las ciudades bizantinas, colofón de la empresa, se produjo en 615, y hubo, al menos dos campañas, la primera debería fecharse en la primavera-verano de 614[184].

No resulta tarea fácil reconstruir estas expediciones. Sin embargo, la documentación conciliar y numismática aporta datos que permiten establecer las líneas generales de actuación seguidas por Sisebuto y los principales logros militares que alcanzó. Así, por ejemplo, en las actas del II Concilio de Hispalis de 619, aparecen las subscripciones de los obispos Rufino de Asidona y Teodulfo de Malaca, cuyas sedes todavía se hallaban integradas en la provincia bizantina de Spania en tiempos de Recaredo. Durante la primera sesión de la asamblea sinodal, Teodulfo de Malaca presentó una solicitud, a fin de que fuesen devueltas a su jurisdicción aquellas parrochiae, que, debido a operaciones bélicas fronterizas, habían pasado a ser administradas por las sedes de Astigi, Iliberris y Egabrum. Ignoramos a qué acciones militares se refiere el prelado, ya que podría tratarse tanto de las expediciones de Leovigildo como de las más recientes de Witerico y Sisebuto. En cualquier caso, y a tenor de las demandas del obispo malacitano, no cabe duda de que las campañas de este último monarca había tenido como resultado la incorporación de Malaca y, seguramente también de Asidona, al ámbito político del reino visigodo[185].

Las fuentes numismáticas corroboran la información que nos ofrecen el registro conciliar. A través de ellas, sabemos que Sisebuto acuñó moneda en Mentesa y Acci, ciudades de la Carthaginiensis, así como también en Barbi, Corduba, Iliberris,

Hispalis, y Tucci en la Baetica. Todas las cecas se corresponden con enclaves que formaban parte del sistema defensivo visigodo frente al Imperio; ya se tratase de plazas fortificadas de primera línea, como Acci, Iliberris y Barbi, o de grandes núcleos urbanos, como Corduba e Hispalis, que servían de bases operativas en la retaguardia. De esta información, se desprende que el ataque visigodo sobre Malaca se produjó desde tres frentes a la vez. Uno oriental, abierto en época de Leovigildo, a través de la calzada que unía Mentesa, Acci, Iliberris y Anticaria; un segundo occidental, desde Hispalis, por Basilipo, Carula, Ilipla, Ostipo, Barbi y Anticaria; y un tercero que partiría de Corduba, por Ulia, Ipagro y Ad Gemellas, confluyendo con los otros dos en Anticaria[186].

J. Orlandis considera que la presencia de un obispo de onomástica germana al frente de la sede de Malaca en 619, podría hallarse relacionada con la reciente conquista de la ciudad por Sisebuto. A su juicio, es probable que el monarca, en continuidad con la tradición de sus antecesores, haya estimado oportuno designar a un hombre de su confianza para ocupar el obispado de tan estratégica plaza, consolidando así el dominio de la monarquía toledana sobre la misma[187].

Por su parte, M. Vallejo Girvés sostiene la hipótesis de que, durante la campaña de 615, Sisebuto también ocupó Urci. El primer obispo de esta ciudad que aparece suscribiendo las actas de un sínodo del reino visigodo, es Marcelo, asistente al IV Concilio de Toledo de 636. Su consagración había tenido lugar en torno a 620, poco después de las campañas visigodas en la zona, y, por tanto, no se puede descartar que respondiese a las mismas motivaciones que J. Orlandis atribuye al nombramiento de Teodulfo de Malaca[188].

Con Asidona, Malaca y Urci en su poder, el reino visigodo pasó a controlar la mayor parte de la región occidental de la provincia bizantina, incluida la orilla norte del estrecho. La conservación de esta amplia franja del litoral mediterráneo, frente a la potencia naval de Bizancio, debió requerir el apoyo de una flota. De acuerdo con el testimonio de Isidoro, Sisebuto impulsó el desarrollo de la armada visigoda. El propio soberano se precia, en sus composiciones poéticas, de haber empleado una escuadra en la cornisa cantábrica. Y, desde luego, no parece que fuera la única zona donde hizo uso de la misma. La Chronica atribuida a Fredegario señala que el monarca sometió varias ciudades romanas situadas litore maris. Dada su experiencia en el norte, es posible que optase por rendir Malaca y algunos otros puertos bizantinos, mediante un bloqueo combinado por tierra y mar. Sólo así se explica la caída en manos visigodas de plazas estratégicas, que estaban preparadas para resistir un largo asedio terrestre, abasteciéndose por vía marítima[189].

Resulta sorprendente comprobar como Sisebuto, a pesar de haber obtenido tan brillantes resultados en sus dos campañas contra los imperiales, no organizó una tercera expedición para expulsarlos definitivamente de la Península. Las fuentes nos hablan de su desagrado hacia las atroces matanzas que llevaba aparejada la guerra. Pero L. A. García Moreno considera que la renuncia del soberano a continuar una guerra, que tantas ventajas territoriales había reportado al reino visigodo, estuvo determinada por factores de indole ideológica, tales como el avance persa en Oriente, la destrucción de Jerusalén y las corrientes escatológicas que anunciaban la próxima llegada del Anticristo y la Parousia del Señor[190].

Sin negar la influencia que pudo haber ejercido sobre el ánimo de Sisebuto un acontecimiento tan dramático como la

caída de Jerusalén en manos de los persas, nos parece mucho más probable que fuesen razones de índole política las que dictaron el cambio de actitud del monarca. Desde los días de Leovigildo, ningún rey visigodo había obtenido una gran victoria sobre los imperiales. Todo lo más se había cobrado algún bastión fronterizo, como Saqontia en tiempos de Witerico. Y ahora, de repente, las defensas bizantinas se habían hundido y media provincia había pasado a manos godas. Seguramente, Sisebuto temía la reacción de Constantinopla, y lo que más deseaba era asegurarse las conquistas efectuadas, mediante la firma de un nuevo tratado sobre delimitación de fronteras con las autoridades imperiales.

Conservamos cuatro cartas que se cruzaron entre el patricio Cesáreo, gobernador de la provincia imperial de Spania, y el monarca visigodo, en el marco de las negociaciones de dicho acuerdo. Todas ellas se encuentran redactadas en el estilo retórico y ampuloso que solían emplear las cancillerías de la época para la correspondencia diplomática. Posiblemente, fuese durante el otoño de 615, cuando Cesáreo se dirigió por vez primera al rey Sisebuto, para hacerle llegar un llamamiento de paz. En su epístola, el patricio afirma estar movido por los mejores deseos hacia los godos y como prueba de la sinceridad de sus palabras comunica al rey que ha puesto en libertad al obispo Cecilio de Mentesa, recientemente capturado por sus hombres. Acompaña la propuesta de paz con el regalo de un arco, primorosamente trabajado. No cabe duda de que el monarca visigodo debió ver en la oferta de Cesáreo la oportunidad que había estado aguardando para legitimar sus conquistas. Inmediatamente, envió a Carthago Spartaria un embajador llamado Ansemundo, investido de plenos poderes para convenir los términos del acuerdo[191].

Tras haber alcanzado un consenso, el patricio Cesáreo

despachó a su legado Urselo con una segunda epístola para Sisebuto, en la que el gobernador de Spania se brindaba a hacer de mediador ante el emperador Heraclio. Durante el verano de 616, una embajada conjunta, encabezada por el prócer visigodo Teodorico y por el presbítero hispanobizantino Amelio, viajó hasta Constantinopla, con el propósito de obtener del emperador la ratificación del tratado. No tenemos noticia sobre la resolución de Heraclio, pero todo apunta a que éste aceptó las condiciones pactadas por su representante en Spania. De regreso a Carthago Spartaria, Teodorico y Amelio participaron a Cesáreo de la decisión del emperador, para, a continuación, dirigirse a Toledo y transmitírsela a Sisebuto, junto con una carta del patricio, en la que se rogaba al monarca que plasmase los acuerdos en una ley. Las cláusulas del pacto debieron ser observadas por ambos bandos durante el resto del reinado de Sisebuto, ya que sólo después su muerte, volvemos a hallar referencias a enfrentamientos entre bizantinos y visigodos[192].

El monarca falleció en febrero de 621, siendo sucedido en el trono por su hijo Recaredo II, un niño de pocos años que murió unos días después de haber comenzado a reinar. En seguida, tomó el cetro el dux Suintila, verdadero artífice de las victoriosas campañas de Sisebuto contra los bizantinos. Su primera acción militar consistió en salir al encuentro de los vascones, que devastaban la provincia Tarraconensis. Sin embargo, la gesta que mayor fama le traería fue la definitiva expulsión de los bizantinos del territorio peninsular. Dos patricios cayeron en su poder. A uno le capturó mediante una estratagema; al otro le derrotó en la batalla que decidió la victoria de las armas góticas[193].

Partiendo del hecho de que Isidoro pone fin a su crónica en el quinto año del reinado de Suintila, es decir, el

que transcurrió desde la primavera de 625 hasta la de 626, E. A. Thompson data las últimas operaciones bélicas contra los imperiales entre los años 623 y 625. Una fecha anterior resultaría altamente improbable, ya que, el propio hispalense, sitúa la campaña contra los vascones al comienzo del reinado Suintila, es decir, en los años 621-622[194].

Después de las acciones de Sisebuto, la provincia bizantina de Spania debía reducirse a las islas Baleares y a una pequeña franja del litoral levantino, en torno a las ciudades de Carthago Spartaria, Ilici y Dianium, intercomunicadas a través de la red viaria romana y de las rutas de navegación costera. La continuidad de la presencia bizantina en Dianium, parece avalada por la ausencia de representación episcopal de esta sede en los concilios del reino visigodo, con anterioridad a 653[195].

La acuñación de trientes de oro a nombre de Suintila en la ceca de Valentia, nos revela que el monarca concentró un número importante de tropas al norte del territorio bizantino. Sin duda, esta ciudad funcionó como base operativa del ejército visigodo durante el conflicto con el Imperio. El plan de Suintila debía contemplar la ocupación de Dianium, para desde allí descender sobre Ilici, utilizando la calzada que atravesaba por Alternum, Saetabi, Turres, Edelle, Celeri, Lucentes y Ad Leones. Dominada esta zona, sería posible marchar sobre Carthago Spartaria, último núcleo de resistencia bizantina[196]. Isidoro nos informa que, tras su caída, fue completamente destruida por los visigodos[197]. La desolación de la antigua capital de la provincia imperial de Spania se hace patente en el hecho de que no vuelva a aparecer como obispado hasta el XI concilio de Toledo. Su lugar lo ocuparía la sede de Bigastrum, que estuvo representada por primera vez en el sínodo provincial de la Carthaginiensis, convocado por Gundemaro en Toledo en 610[198].

Para E. A. Thompson, que se adhiere a las conclusiones de E. Flórez, la destrucción de Carthago Spartaria no se produjo en este momento, sino con anterioridad a la toma de Malaca, cuando los bizantinos aún tenían fuerza en la Península, y se corría el riesgo de que la ciudad pudiera ser de nuevo reconquistada por las tropas imperiales[199].

Basa su hipótesis en dos argumentos. En primer lugar, el testimonio de la Chronica atribuida a Fredegario, en la que se señala que Sisebuto se apoderó de muchas ciudades costeras de la provincia bizantina de Spania y que las destruyó hasta su fundamento[200]. En segundo lugar, destaca el desconocimiento de la poliorcética, común a todos los pueblos bárbaros, que, con frecuencia, les llevó a destruir las fortificaciones de cuantas plazas caían en sus manos, y, a veces, el casco urbano mismo. Así, por ejemplo, Genserico derribó los muros de todas las ciudades africanas, con excepción de los de Carthago e Hippo Regius. Vitiges destruyó Pisaurum y Fanum, reduciendo los muros a la mitad de su altura. Y Totila aplicó esta política a gran escala, demoliendo las murallas de Beneventum, Nápoles, Spoletium y Tibur. Bajo su reinado, hasta la propia Roma estuvo a punto de perder el encintado de época de Aureliano. De igual modo procedieron los lombardos, que no dudaron en arruinar las defensas de aquellas plazas que corrían el peligro de volver a ser conquistadas por los romanos, como Brixellum y Cremona, llegando, en ocasiones, a destruir ciudades enteras, como Patavium y Opitergium[201].

Sin embargo, esta hipótesis difícilmente puede sostenerse a la luz de los datos que poseemos. Por un lado, se halla el testimonio de Isidoro, quien señala que, cuando Suintila emprendió la guerra contra los bizantinos, éstos poseían todavía varias ciudades en la Península[202]. Si admitimos que en 615

habían perdido las dos principales plazas fuertes, Carthago Spartaria y Malaca, núcleos vertebradores de la provincia, ¿qué ciudades ocupaban todavía en 624? No resulta excesivamente lógico pensar que los centros urbanos mejor fortificados, y en especial la capital de la provincia, hubiesen caído los primeros, y se mantuviesen en poder imperial otros núcleos más reducidos y dotados de peores defensas. Puesto que, como hemos visto, Sisebuto había ocupado la mayor parte de la provincia al oeste de Urci, las únicas ciudades que podían hallarse aún en poder de Bizancio eran las del litoral levantino.

Por otro lado, el hecho de que los hombres del patricio Cesáreo capturasen al obispo Cecilio de Mentesa, demuestra que, mientras Sisebuto operaba en la área meridional de la provincia, los bizantinos contratacaron en la región próxima a Carthago Spartaria, enclave, que, a todas luces, seguían controlando durante de las negociaciones de paz de 615-616. Las acuñaciones monetarias de Sisebuto en Mentesa, Basti, Acci y Saguntum, nos indican que el soberano reunió allí tropas, con la más que probable intención de marchar sobre Carthago Spartaria. Ahora bien, Cesáreo supo reaccionar a tiempo, concentrando en torno a su capital todo el potencial bélico de que disponía, para lanzar un contundente ataque contra las bases visigodas, como Mentesa. Esta estrategia le obligó a abandonar el sur de la provincia a los godos, pero permitió que el Imperio conservase sus posiciones levantinas durante otra década[203].

A tenor de lo expuesto, la destrucción de Carthago Spartaria, que habría que datar alrededor de 624, sólo puede entenderse como un gesto simbólico, a la vez que material, de la afirmación del poder político, administrativo, territorial e ideológico de la monarquía visigoda sobre los antiguos dominios territoriales de Bizancio[204].

La caída de Spania en poder de los visigodos debió causar un impresión desfavorable en el ánimo de Heraclio, muy susceptible al mantenimiento de la autoridad imperial sobre Occidente. Sin embargo, era una perdida mínima, si se compara con la merma territorial sufrida en Oriente, a raíz de la invasión persa de Armenia, Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto. Enfrascado en la última fase de la guerra contra el Imperio Sasánida, Heraclio no podía desprenderse de fuerzas para restablecer la potestad romana sobre Spania.

Durante el año 625, toda la capacidad ofensiva de Bizancio se concentró en una nueva campaña contra el dominio persa, que se saldó con pobres resultados. Sin embargo, a finales de noviembre, las tropas de Heraclio, camino de sus cuarteles de invierno en las inmediaciones del lago Van, lograron apoderarse del campamento de Sharbaraz, donde capturaron gran botín e hicieron numerosos prisioneros. Al año siguiente, Cosroes II selló una alianza con los ávaros, con el propósito de lanzar un ataque simultáneo sobre Constantinopla, que forzara a Heraclio a abandonar del territorio Sasánida. En los primeros días del verano de 626, Sharbaraz ocupó Calcedonia y tomó posiciones en la orilla asiática del Bósforo. Poco después, a finales del julio, el khagan de los ávaros, al frente de una horda de eslavos, búlgaros y gépidos, hacía lo propio en la margen europea. Heraclio, informado de los acontecimientos, optó por permanecer en Oriente y confiar la suerte de la capital a sus habitantes. El patriarca Sergio, líder de la resistencia local, llevó en procesión el icono de la Virgen sobre las murallas, imbuyendo de fervor religioso a los defensores, que repelieron con éxito los terribles asaltos que tuvieron lugar desde el 2 al 7 de agosto. Finalmente, se impuso la superioridad bizantina en el mar. El 10 de agosto, la armada imperial hundía las frágiles embarcaciones eslavas, obligando a los ávaros a levantar el

sitio. Su partida, dio al traste con los planes de Cosroes. Sahrbaraz, incapaz de sostener el cerco en solitario desde la orilla asiática del estrecho, hubo de evacuar Calcedonia y replegarse a Siria con sus tropas. La retirada de ávaros y persas fue conmemorada por la población de Constantinopla con un oficio litúrgico especial dedicado a la Virgen. Para la ocasión se compuso el célebre himno Akathistos, posiblemente obra del propio patriaca Sergio o del poeta Jorge Pisides, diácono de Santa Sofía[205].

Entre tanto, Heraclio, que no se había dejado engañar por la maniobra de distracción que ideara Cosroes, continuaba operando en territorio persa. Decidido a sellar una alianza con el pueblo de los jázaros, se dirigió hacia Lazica, dejando al frente del ejército a su hermano Teodoro, quien obtuvo una resonante victoria sobre las tropas del general Sahin. A comienzos de diciembre de 627, Heraclio invadió la Mesopotamia persa, descendiendo a través del valle del Tigris. Su victoria sobre las fuerzas enemigas junto a las ruinas de la antigua Nínive, el día 7 de ese mismo mes, le abrió el camino de Ctesiphonte. El avance de las tropas bizantinas por territorio Sasánida fue asociado a un nuevo brote de peste, que devastó el Imperio del Gran Rey[206].

El 3 de enero de 628, el ejército de Heraclio ocupó Dastagerd, residencia oficial de la corte Sasánida desde el año 606, que Cosroes acababa de abandonar apresuradamente con parte de su tesoro, para refugiarse tras los muros de Ctesiphonte. Los bizantinos saquearon e incendiaron la ciudad y el palacio real, donde capturaron un enorme botín. Pocas semanas después, el 24 de febrero, Cosroes II era destronado en la capital por uno de sus hijos, Kawadh, que, tras ordenar la ejecución de su padre, se apresuró a firmar un armisticio con el emperador de

Constantinopla. El 3 de abril, Heraclio recibía a los embajadores del Gran Rey, para discutir las condiciones de la paz. Tras cinco días de parlamento, Kawadh ratificó un tratado, que preveía la liberación de todos los prisioneros y el restablecimiento de las fronteras de 591. Inmediatamente, las tropas persas evacuaron Armenia. Pero Sharbaraz, que, fiel a Cosroes, se había sublevado contra el nuevo gobierno de Ctesiphonte, mantuvo la ocupación de Siria, Palestina y Egipto hasta el verano de 629, en que llegó a un acuerdo particular con Heraclio. Unos meses más tarde, en marzo de 630, el soberano bizantino viajaría a Palestina, para recibir la Vera Cruz de manos de sus enemigos, y conducirla personalmente hasta Jerusalén, en una apoteósica marcha triunfal[207].

Aquella misma primavera, 3.000 beduinos árabes al mando del general Jalib ibn Talid y de Zayd, hijo adoptivo del profeta Mahoma, intentaron asaltar la fortaleza romana de Muta, en la frontera de la provincia de Arabia. El ataque fue rechazado, sin problemas, por la guarnición local, que no le concedió demasiada importancia, creyendo que se trataba de una más de las frecuentes razzias fronterizas que tenían lugar en la zona. Jamás hubieran podido suponer que se trataba de la vanguardia de la expansión árabe[208].

En apariencia, las campañas de Heraclio contra Persia, durante las dos últimas décadas, habían conseguido devolver al Imperio romano a la situación en que se hallaba a finales del reinado de Mauricio. Sin embargo, la realidad de 630 era bien distinta a la de 602. La recuperación de la provincias orientales, había comportado el abandono de amplios territorios en Occidente. A la perdida de la provincia de Spania, en el exarcado de Cartago, o la de Liguria, en el de Ravenna, venía a sumarse la de gran parte de los Balcanes, que habían pasado a

manos eslavas. Un elevado precio, si se tiene en cuenta que las poblaciones autóctonas de Armenia, Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto no se mostraban especialmente adictas al gobierno de Constantinopla. Tras más de quince años de dominación persa, este enorme conjunto territorial, minado, desde el siglo V, por disidencias internas, de carácter "nacional" y religioso, no estaba dispuesto a volver a gravitar en torno al núcleo central del Imperio bizantino, integrado por Tracia, la costa egea de Anatolia, el litoral oriental de Grecia, las provincias de la Italia meridional y las grandes islas mediterráneas, desde Sicilia a Chipre.

La expansión árabe permitiría a las provincias afroasiáticas del Imperio emanciparse definitivamente de la tutela de Constantinopla, tomando parte activa en la transformación geopolítica de la región. El avance de las conquistas árabes alteró profundamente el equilibrio de poderes existente, hasta aquel momento, en el mundo mediterráneo. Bizancio, dueña y señora indiscutible de las aguas del Mare Nostrum, durante el último siglo, se vio obligada a replegarse hacia el Egeo y el Jónico. La presencia del Califato, como nuevo poder marítimo, puso fin a la hegemonía del Imperio romano de Oriente en el comercio exterior y, consecuentemente, a su proyección política y cultural sobre Occidente. A pesar de que ya jamás recuperaría su antiguo monopolio, Bizancio logró situarse en el grupo de cabeza de las potencias mediterráneas, club selecto en el que permanecería hasta bien entrado el siglo XII.

En su lucha por la supervivencia, el Imperio se vio obligado a adaptarse a la mudable realidad política, desvinculándose de las tradiciones gubernativas tardorromanas y efectuando profundas transformaciones en su estructura social. Tras la perdida de las provincias orientales monofisitas y de las

occidentales latinas, el estado burocrático, instaurado por Diocleciano y Constantino y perfeccionado por Justiniano, ya no resultaba operativo. En constante alerta militar, a causa de la amenaza árabe, y contando únicamente con el respaldo político y financiero del campesinado libre de Asia Menor y de la Iglesia ortodoxa de rito griego, el Imperio bizantino medieval se convirtió en un estado militar greco-ortodoxo de base agraria. Bajo esta nueva forma, no sólo logrará sobrevivir a las convulsiones políticas de los siglos VII y VIII, sino que, a partir del IX y hasta mediados del XI, protagonizará una espectacular escalada, convirtiéndose en la primera potencia del Mediterráneo oriental.

NOTAS.

1. VICT. TONN., Chron, a. 567; CORIPP., Laud. Just., I, 1-202; II, 299; AGATH., Hist., IV, 22; EVAGR., Hist. Eccl., V, 1-2.

2. CORIPP., Laud. Just., II, 168; JOH. BICL., Chron., a. 568; CAMERON, A. M., "The Empress Sophia", Byz., XLV, 1.975, pp. 5-21.

3. CORIP., Laud. Just., II, 361; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.059-6.060; ZON., Epit. Hist., XIV, 10.

4. CORIPP., Laud. Just., II, 178-181; III, 150-407; MENAND., Frg., 14-17; JOH. EPH., Hist. Eccl., VI, 24.

5. MENAND., Frg., 24-29; PAUL. DIAC., Hist. Lang., I, 27.

6. MAR. AVENT., Chron., a. 569; PAUL. DIAC., Hist. Lang., II, 7-14; 25-27.

7. MAR. AVENT., Chron., a. 570, 1; 571-574; GREG. TUR., De virt. S. Jul., 46; Hist. Franc., IV, 31; PAUL. DIAC., Hist. Lang., II, 4; 26; 28-32.

8. JOH. BICL., Chron., a. 569, 2; 570, 1; 571, 2; 4; ILDEF., De vir. illustr., 3; PRINGLE, D., The Defence of Byzantine Africa from Justinian to the Arab Conquest, Oxford, 1.981, pp. 40-41.

9. MENAND., Frg., 36; THEOPH. BYZ., Frag., 3-4; JOH. EPH., Hist. Eccl., II, 18-21; VI, 2-6; EVAGR., Hist. Eccl., V, 7-10; THEOPH. SIM., Hist., III, 9-11; GOUBERT, P., Byzance avant l'Islam, I, Byzance et l'Orient sous les successeurs de Justinien. L'empereur Maurice, París, 1.951, pp. 63-69.

10. CORIPP., Laud. Just., I, 212-223; IV, 374; 378; MENAND., Frg., 37-38; JOH. EPH., Hist. Eccl., III, 2-5, V, 13; JOH. BICL., Chron., a. 573, 4; 574, 2; EVAGR., Hist. Eccl., IV, 29; V, 11-13; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 19; IV, 40; THEOPHYL., Hist., III, 11; Vit. Eutych., 66-67.

11. Al parecer, Sofía se sintió especialmente humillada porque su joven protegido la había rechazado por una mujer de origen plebeyo, de mediana edad y carente de atractivos físicos. Tiberio había estado prometido a una hija de Ino, nacida de un primer matrimonio de ésta, pero después de que la muchacha y su padre muriesen, él se casó con la viuda; JOH. EPH., Hist. Eccl., III,

7-8.

12. JOH. EPH., Hist. Eccl., I, 19; 33-II, 1-14; EVAGR., Hist. Eccl., V, 4; BECK, H. G., "La primitiva Iglesia bizantina", Manuel de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979, pp. 621-622; CAMERON, A. M., "The Early Religious Policies of Justin II", Studies in Church History, 13, ed. D. Baker, Oxford, 1.976, pp. 51-67.

13. JOH. BICL., Chron., a. 568, 3; ISID., Hist. Goth., 47; Laterc. reg. Visig., 23-24.

14. JOH. BICL., Chron., a. 569, 4; GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 30; ISID., Hist. Goth., 48; FREDEG., Chron., III, 62.

15. JOH. BICL., Chron., a. 569, 4; 579, 3; sobre la figura de Gosvinta, cf. ORLANDIS, J., "Una reina visigoda: Goswintha", Semblanzas visigodas, Madrid, 1.992, pp. 17-34.

16. JOH. BICL., Chron., a. 579, 3: factione Gosvinthae reginae... in Hispali civitate.

17. Chron. Caesaraug. rel., a. 568; JOH. BICL., Chron., a. 579, 3; 572, 2.

18. JOH. BICL., Chron., a. 570, 2: Leovegildus rex loca Bastetaniae et Malacitanae urbis repulsis militibus vastat et victor solio reddit.

19. VALLEJO GIRVES, M., Bizancio y la España Tardoantigua (SS V-VIII): un capítulo de historia mediterránea, Alcalá de Henares, 1.993, pp. 146-147.

20. VIVES, p. 138.

21. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 151.

22. CHAVES, M. J.- CHAVES, R., Acuñaciones previsigodas y visigodas en Hispania desde Honorio a Achila II, Catálogo general de las monedas españolas, II, Madrid, 1.984, pp. 54-55; RUIZ TRAPERO, M., "La moneda", Historia de España de D. Ramón Menéndez Pidal, III. 1, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.991, pp. 411-412.

23. ISID., Hist. Goth., 51: primusque inter suos regali veste opertus solio resedit, nam ante eum et habitus et consessus communis ut genti, ita et regibus erat.

24. CIL, XII, 5.341; 5.343; SID., Ep., I, 2, 4; 6; ORLANDIS, J., La vida en España en tiempo de los godos, Madrid, 1.991, pp. 89-91.

25. McCORMICK, M., Eternal Victory. Thriumphal rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West, Cambridge, 1.986, pp. 299-300.

26. JOH. BICL., Chron., a. 570, 2.

27. ISID., Hist. Goth., 51.

28. JOH. BICL., Chron., a. 570.

29. Sobre la conmemoración de las victorias de los monarcas en el reino visigodo, cf. McCORMICK, M., op. cit., pp. 297-327.

30. JOH. BICL., Chron., a. 571, 3: Leovegildus rex Asidonam fortissimam civitatem proditione cuiusdam Framidanei nocte occupat et militibus interfectis memoratam urbem ad Gothorum revocat iura.

31. VIVES, pp. 107-145; 151-153; RAV., Cosmogr., IV, 45, ISID., Hist. Goth., 58.

32. Chron. Caesaraug. rel., a. 568; JOH. BICL., Chron., a. 572, 2: Leovigildus rex Cordubam civitatem diu Gothis rebellem nocte occupat et caesis hostibus propriam facit multasque urbes et castella interfecta rusticorum multitudine in Gothorum dominium revocat.

33. JOH. BICL., Chron., a. 573, 2; 5: His diebus Livva vitae finem accepit et Hispania omnis Galliaque Narbonensis in regno et potestate Leovegildi concurrit... duosque filios ex amissa coniuge Hermenegildum et Reccaredum consortes regni facit.

34. GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 38; ORLANDIS, J., "La sucesión al trono en la monarquía visigoda", Estudios Visigóticos, III, Roma-Madrid, 1.962, p. 78.

35. JOH. EPH., Hist. Eccl., III, 13; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 30; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.070.

36. JOH. EPH., Hist. Eccl., III, 5; 11; 13-14; EVAGR., Hist. Eccl., V, 13; THEOPHYL., Hist., III, 16, 3-5; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 11-12; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.070.

37. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.070-6.071.

38. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 19: Qui (Tiberius) cum multa de thesauris, quos Justinus adgregavit, pauperibus erogaret et augusta illa eum frequentius increparet, quod rem publicam redigisset in paupertate, diceritque: " Quod ego multis annis congregavi tu infra pauco tempus prodegi dispergis", agebat ille: "Non deerit fisco nostro; tantum pauperes aelymosinam accipiant, aut captivi redimantur. Hoc est enim magnum thesaurum, dicente Domino: "Thesaurizatem vobis thesaurus in caelo; ubi neque erugo neque tinea corrumpit, et ubi fures non effodiunt nec furantur". Ergo de quod Deus dedit, congregemus per pauperes in caelo, ut Dominus nobis augere dignetur in saeculo". Recoge este mismo episodio PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 11.

39. JOH. EPH., Hist. Eccl., III, 10; 23-24; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 30.

40. MENANDR., Frg., 48; 63-66; JOH. EPH., Hist. Eccl., VI, 25; 30-33.

41. MENAND., Frg., 49; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III; 13, 33.

42. JOH. BICL., Chron., a. 578, 1; GREG. I, Ep., I, 73; PRINGLE, D., op. cit., pp. 41.

43. MENAND., Frg., 39-43; 46-47; 50; 54-55; JOH. EPH., Hist. Eccl., VI, 8-14; 21-23; 27-28; EVAGR., Hist. Eccl., V, 14; 19; THEOPHYL., Hist., III, 12; 15-18; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.072-6.074; GOUBERT, P., op. cit., pp. 68-86.

44. JOH. EPH., Hist. Eccl., III, 21; BECK, H. G., op. cit., pp. 620; 622.

45. GRE. I, Ep., XIII, 1; GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 30; JOH. EPH., Hist. Eccl., V, 13-14; 18; THEOPHYL., Hist., I, 10; EVAGR., Hist. Eccl., VI, 1; Chron. Pasch., a. 582; 590; PAUL. DIAC., Hist. Lang., II, 15; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.074-6.075. Al parecer, Sofía sobrevivió a todos los personajes de este drama y posiblemente asistió al asesinato de Mauricio y su familia, decretado por el usurpador Focas. Según THEOPH., Chronogr., A.M. 6.092, en la Pascua del año 600, la Augusta aún estaba viva, ya que ella y Constantina, con motivo de la festividad, regalaron una diadema (stemma) a Mauricio, que éste depositó en el altar de Santa Sofía, con gran disgusto de Constantina, que estuvo enojada con su marido durante toda la jornada.

46. JOH. BICL., Chron., a. 577, 2; ISID., Hist. Goth., 49.

47. Itin. Ant., 401, 5-402, 5; 404, 2-405, 6.

48. JOH. BICL., Chron., a. 578, 4; ISID., Hist. Goth., 51.

49. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 177-178.

50. JOH. BICL., Chron., a. 579, 2; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; IX, 24.

51. ISLA FREZ, A., "Las relaciones entre el reino visigodo y los reyes merovingios a finales del siglo VI", En la España Medieval, 13, 1.990, p. 15.

52. GREG. TUR., Chron., V, 38.

53. Chron. Caesaraug. rel., a. 552; 568; ISID., Hist. Goth., 45-47.

54. JOH. BICL., Chron., a. 579, 3; Ep. Austr., 27-28; 43-45.

55. VAZQUEZ DE PARGA, L., San Hermenegildo ante las fuentes históricas, Madrid, 1.973, pp. 9-35.

56. ISLA FREZ, A., art. cit., p. 24.

57. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 40.

58. JOH. BICL., Chron., a. 579, 3; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; GREG. I, Dial., III, 31; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 21;

59. DIAZ Y DIAZ, M., "La leyenda regi a deo vita de una moneda de Ermenegildo", Analecta Sacra Tarraconensia, XXXI, 1.958, pp. 261-269. En contra de esta opinión se han manifestado en fecha reciente GRIERSON, Ph.-BLACKBURN, M., Medieval European Coinage. With a Catalogue of the Coins in the Fitzwilliam Museum. Cambridge, I, The Early Medieval West (5th to 10th Centuries), Cambridge, 1.986, pp. 49-51, quienes consideran que la moneda de Hermenegildo con la imagen de la Victoria sobre la cara del anverso antecede cronológicamente a la emisión con la leyenda REGI A DEO VITA.

60. WROTH, W., Catalogue of the Imperial Byzantine Coins in the British Museum, I, Londres, 1.908, pp. 99-101; II, pp. 332; 335; 358; HILLGARTH, J. N., "Coins and Chronicles: Propaganda in Sithx Century Spain and the Byzantine Background", Historia, XV, 1.966, p. 504

61. GREG. I, Ep., XIII, 1.

62. JOH. BICL., Chron., a. 579, 3; 584, 3; GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 18; ISID., Chron., 405.

63. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 41; 43. Prueba de que los suevos eran enemigos de Leovigildo y buscaban la alianza con Gontram es que barcos del rey de Orleans llegaban hasta la Gallaecia sueva, puesto que en 585, al ser conquistado por los visigodos, Leovigildo encontró allí naves merovingias y las destruyó, cf. Ibid., VIII, 35.

64. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38.

65. JOH. BICL., Chron., a. 580, 2.

66. GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 40; ISID., De vir. illustr., XXX; Hist. Goth., 50.

67. VIVES, J., Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda, Barcelona, 1.942, 364: In nomine domini anno feliciter secundo regni dom/ni nostri Ermenegildi regis quem persequitur genetor/ sus dom(nus) Livvigildus rex in civitate Ispa(lense) indictione.

68. JOH. BICL., Chron., a. 581, 3; GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 12.

69. GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 1.

70. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 194-197.

71. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; VI, 18; 43; GREG. I, Dial., III, 31; Ep., V, 53a; PAUL. DIAC., Vit. Greg., 8; DAGRON, G., Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451, París, 1.974, p. 98, n. 1.

72. COLLINS, R., "Merida and Toledo: 580-585", Visigothic Spain: New Approaches, ed. E. James, Oxford, 1.980, pp. 216-219.

73. GREG. I, Ep., I, 16a; III, 29.

74. ISID., Etymolog., VIII, 2, 4.

75. GREG. I, Ep., I, 41a.

76. GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 18; VPE, X-XIII; MILES, G. C., The Coinage of the Visigothic Spain. Leowigild to Achila II, Nueva York, 1.952, pp. 119; 194-196; ALONSO CAMPOS, J. I., "Sunna, Masona y Nepopis. Las luchas religiosas durante la dinastía de Leovigildo", AC, III, 1.986, pp. 151-157.

77. GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 42.

78. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; GREG. I, Dial., III, 31; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 21.

79. JOH. BICL., Chron., a. 583; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 6; VI, 43.

80. JOH. BICL., Chron., a. 583; 584, 1; MILES, G. C., op. cit., pp. 111; 192.

81. JOH. BICL., Chron., a. 583. De acuerdo con GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 33; 43, los legados francos que retornaron a las Galias en la primavera de 584, refirieron como una epidemia muy grave de peste bubónica, que venía afectando a la ciudad de Narbo desde hacia tres años, se extendía ahora por toda Hispania. Más adelante, atribuye la muerte del rey suevo Miro a las aguas malsanas de Hispania y a la insalubridad de su aire. Ambos factores eran considerados por los médicos de la época como causantes de epidemias. Así, ISID., Etymolog., VI, 6, 17, al hablar sobre los orígenes de la peste bubónica, dice que ésta gignitur enim ex corrupto aere. Teniendo en cuenta todos estos factores, nos inclinamos a dar crédito a la versión del Biclarense, que sitúa la muerte de Miro en la Baetica, durante el asedio de Hispalis, frente a Gregorio de Tours que la emplaza en la Gallaecia, después de que el soberano suevo retornase a su reino. La presencia de la peste en el sur de la Península, entre 582 y 585, se halla también atestiguada por las VPE, IX, 22, que destacan como la provincia de Lusitania se libró del azote, gracias a la intercesión de la santa patrona de Emerita, la mártir Eulalia, y a las plegarias de Masona, el obispo metropolitano.

82. JOH. BICL., Chron., a. 584, 3; MILES, G. C., op. cit., pp. 110; 191.

83. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; In gloria conf., XII-XIII.

84. MILES, G. C., op. cit., pp. 108; 190-191.

85. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; VI, 43; VIII, 18; 21; 28; Ep. Austr., 27-28; 43-45; FREDEG., Chron., III, 87; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 21. Naves procedentes de los puertos del litoral hispano hacían habitulamente el trayecto hasta Massilia, cf. GREG. TUR., Hist. Franc., IX, 22.

86. GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38; VI, 43; McCORMICK, M., op. cit., pp. 306-307, n. 44. El ritual empleado con ocasión de la victoria de Leovigildo sobre su hijo es idéntico al usado por Justiniano con motivo de la victoria sobre Gelimer, rey de los vándalos, cf. PROC., De bellis, III, 9, 10-12.

87. JOH. BICL., Chron., a. 584, 3; 585, 3; GREG. TUR., Hist. Franc., V, 38.

88. GREG. TUR., Hist. Franc., VIII, 28; GREG. I, Dial., III, 31.

89. PROC., De bellis, III, 9, 14;

90. GREG. I, App., II; III, 1; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 17.

91. GREG. TUR., Hist. Franc., VIII, 18; IX, 25; Ep. Austr., 25-26; 29-42; 46; 48; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 16; 18; 22; 28-29.

92. THEOPHYL., Hist., I, 3-8; II, 10-18.

93. EVAGR., Hist. Eccl., VI, 3-6; 9-13; THEOPHYL., Hist., I, 9, 12-15; II, 1-10; 18; III, 1-8; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.075-6.079; GOUBERT, P., op. cit., pp. 89-117.

94. EVAGR., Hist. Eccl., IV, 29; VI, 16-19; THEOPHYL., Hist., IV, 1-16; V, 1-15; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.080-6.081; GOUBERT, P., op. cit., pp. 121-170.

95. GREG. TUR., Hist. Franc., X, 1; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 35; IV, 4.

96. GREG. I, Ep., II, 45; V, 34; 36; Homil. in Ezech., II, praef.; 10; Lib. Pont., Auct. Havn. Extr., 17; PAUL. DIAC., Hist. Lang., IV, 8; 16; 18; Catalogus Farfensis, pp. 521-522.

97. GREG. I, Ep., VI, 63; VII, 42; IX, 11; 44; 66; 67; 195; X, 16; XIV, 12-13; PAUL. DIAC., Hist. Lang., IV, 5-6; 8-9; 12; 23.

98. GREG. I, Ep., I, 59; 72-73; IV, 7; 32; VI, 59; VII, 3; IX, 9; X, 16; XI, 7; THEOPHYL., Hist., III, 4, 8-9; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.080; PRINGLE, D., op. cit., p. 41.

99. THEOPHYL., Hist., VIII, 11, 7-10; BURY, J. B., A History of the Later Roman Empire from Arcadius to Irene (395 A.D. to 800 A.D.), Londres, 1.889, II, p. 94 y *n.* 2.

100. THEOPHYL., Hist., V, 16; VI, 1-6.

101. Ibid., VI, 7-11; VII, 1-5.

102. Ibid., VII, 10-15; GREG. I, Ep., IX, 232; X, 20; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.092; FUENTES HINOJO, P., "Las grandes epidemias en la temprana Edad Media y su proyección sobre la península Ibérica", En la España Medieval, 15, 1.992, p. 23.-24

103. THEOPHYL., Hist., VIII, 1-7.

104. THEOPHYL., Hist., VIII, 4-5; Chron. Pasch., a. 602; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.093-6.094.

105. THEOPHYL., Hist., VIII, 5; 7-8; Chron. Pasch., a. 602.

106. CAMERON, A., Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium, Oxford, 1.976, desmonta las tesis de MANOJLOVITCH, G., "Le peuple de Constantinople de 400 à 800", Byz., XI, 1.936, pp. 617-716 (traducido por H. Grégorie de la edición croata publicada en Zagred en 1.904). Para este último Verdes y Azules eran reflejo de una polarización social, económica y religiosa de la población del Imperio, representando los Verdes a los comerciantes y artesanos monofisitas y los Azules a la aristocracia ortodoxa.

107. STE. CROIX, G. E. M. de, La lucha de clases en el mundo griego antiguo, Barcelona, 1.988, p. 374.

108. THEOPHYL., Hist., VIII, 8. Estos sucesos han sido estudiados con detalle por JANSSENS, Y., "Les Bleus et les Verts sous Maurice, Phocas et Héraclius", Byz., XI, 1.936, pp. 499-539.

109. THEOPHYL., Hist., VIII, 9-10; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.094; NIC. CALL., Hist. Eccl., XVIII, 40.

110. THEOPHYL., Hist., VIII, 10-11; Chron. Pasch., a. 602; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.094.

111. GREG. I, Ep., XIII, 1; JOH. ANT., Frag., 218f; THEOPHYL., Hist., VIII, 10-15; Chron. Pasch., a. 602; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.094.

112. THEOPHYL., Hist., VIII, 10-13; Chron. Pasch., a. 602.

113. GREG. I, Ep., XIII, 1; JOH. ANT., Frg., 218d-f; THEOPHYL., Hist., VIII, ; Chron. Pasch., a. 602; STRATOS, A. N., Byzantium in the Seventh Century, I, Amsterdam, 1.968, pp. 55-56.

114. JOH. BICL., Chron., a. 585, 4-6; 586, 2; 587, 1; GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 43; GREG. I, Dial., III, 31; ISID., Hist. Goth., 49; 52.

115. JOH. BICL., Chron., a. 585, 4; 586, 2; 587, 4; GREG. TUR., Hist. Franc., VIII, 28; 30; 35; 38; IX, 1.#v

116. Existen otros dos personajes del mismo nombre contemporáneos de este Comenciolus. El primero, al que las fuentes denominan Comentiolus, es el general de Mauricio que combatió a persas, ávaros y eslavos. Su carrera nos es bien conocida. En la séptima indicción del reinado del emperador Mauricio (1 de septiembre de 588-31 de agosto de 589) fue designado magister utriusque militiae per Orientem, cargo que aún ocupaba a comienzos de la novena indicción (1 de septiembre de 590-31 de agosto de 591), cuando tomó parte en la restauración de Cosroes II al trono de los Sasánidas. Puesto que el epígrafe de Carthago Spartaria se fecha en la octava indicción, no es posible identificarle con el magister militum Spaniae. Sin embargo, un segundo individuo, llamado Comitiolus, al que GREG. I, Ep., XIII, 46, sitúa en Malaca durante la década de 590 y otorga el título de dux y el tratamiento de gloriosus, bien podría ser el magister militum Spaniae de la inscripción, ya que como veremos más adelante, al abordar el tema de la organización administrativa y militar de la provincia bizantina de Spania, los duces provinciales de época de Mauricio emplean el título de magister militum acompañado del nombre de la región que gobiernan en genitivo y, al ser patricios, tienen derecho al tratamiento de gloriosii. Para un análisis más profundo de la problemática en torno a estos personajes, cf. PLRE, III, pp. 323; 329.

117. CIL, II, 3.420: Quisquis ardua turrium miraris culmina/ vestibulumq(ue) urbis duplici firmatum,/ dextra levaq(ue) binos porticos arcos,/ quibus superum ponitur camera curva convexaq(ue):/ Comenciolus sic haec iussit patricius,/ missus a Mauricio Aug(usto) contra hostes barbaros,/ magnus virtute magister mil(itum) Spaniae./ Sic semper Hispania tali rectore laetetur,/ dum poli rotantur dumq(ue) sol circuit orbem./ Ann(o) VII Aug(usti) ind/ictione) VIII.

118. ISID., Hist. Goth., 54: Saepe etiam et lacertos contra Romanas insolentias et inruptiones Vasconum movit.

119. ISID., Hist. Goth., 58.

120. GREG. I, Ep., IX, 229; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 244.

121. Ep. Austr., 27-28; 43-45; ISID., Hist. Goth., 57.

122. JOH. BICL., Chron., a. 587, 5;

123. GREG. TUR., Hist. Franc., VIII, 45; IX, 1; 16; 20; 38; VIVES, p. 116.

124. JOH. BICL., Chron., a. 588, 1; VPE, XVII-XVIII; CHAVES, M.J.-CHAVES, R., op. cit., p. 66.

125. JOH. BICL., Chron., a. 589, 1.

126. JOH. BICL., Chron., a. 589, 2; GREG. TUR., Hist. Franc., IX, 31-32.

127. JOH. BICL., Chron., a. 590, 3. En los triunfos romanos del Bajo Imperio, se introdujo la ceremonia del desfile infamante de los caudillos derrotados. Según reflejaban los relieves de la columna de Arcadio, elevada en Constantinopla con motivo del triunfo de Fravitas sobre Gainas en 401, los jefes enemigos marchaban en el cortejo montados sobre camellos y con las manos atadas a la espalda. La primera referencia que efectúan las fuentes bizantinas al traslado de la procesión de infamia al hipódromo y a la sustitución del camello por el asno, procede del siglo VIII. Con ocasión de la victoria del emperador Constantino V sobre el usurpador Artavasdo en 742, el patriarca Anastasio de Constantinopla, que había coronado al rebelde, fue paseado por el circo a lomos de un asno. Para entonces el ritual se hallaba perfectamente fijado, por lo que es posible que las innovaciones apuntadas se introdujesen en el siglo VI. La procesión infamante solía preceder a las carreras de cuadrigas y acompañaba a la pompa circensis, o desfile inagural de los juegos; cf. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.234-6.235; McCORMICK, M., op. cit., pp. 49-51; 134-135.

128. Para la fecha de las epistolas enviadas a Bizancio por Brunequilda y Childeberto II mediante legaciones diplomáticas, cf. GOUBERT, P., Byzance avant l'Islam, II, Byzance et l'Occident sous les successeurs de Justinien, I, Byzance et les Francs, París, 1.956, pp. 127-143; 167-173.

129. VPE, X-XIII; XVII-XVIII.

130. JOH. BICL., Chron., a. 588, 1; VPE, XVII-XVIII

131. JOH. BICL., Chron., a. 589, 1-2; GREG. TUR., Hist. Franc., IX, 31-32.

132. GREG. TUR., Hist. Franc., IX, 1.

133. VIVES, pp. 107-144.

134. JOH. BICL., Chron., a. 590, 1-2; ISID., Hist. Goth., 52-53; De vir. illustr., XXIX; XXXII.

135. VIVES, pp. 116-117; 136; JOH. BICL., Chron., a. 590, 1-2.

136. BARBERO, A.-LORING, M. I., "El reino visigodo y la transición al mundo medieval", Historia de España, I, La España romana y visigoda (Siglos III a.C.-VII d.C.), ed. Planeta, Barcelona, 1.988, p. 459.

137. JOH. BICL., Chron., a. 590, 3.

138. GREG. I, Ep., IX, 229.

139. JOH. BICL., Chron., a. 587, 7; ISID., Hist. Goth., 55-56.

140. STRATOS, A. N., Byzantium in the Seventh Century, I, 602-634 Amsterdam, 1.968.

141. CIL, VI, 1.200; VIII, 10.529; JOH. ANT., Frg., 218f; Chron. Pasch., a. 602-604; 610; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.094-6.095; GOUBERT, P., Byzance avant l'Islam, II, Byzance et l'Occident sous les successeurs de Justinien, II, Rome, Byzance et Carthage, París, 1.965, pp. 78-88; 111-124; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 57-58.

142. Sobre la función política desempeñada por el sacrum cubiculum, cf. HOPKINS, K., "El poder político de los eunucos", Conquistadores y esclavos, Barcelona, 1.981, pp. 205-230.

143. JOH. ANT., Frg., 218f.

144. De S. Dem. acta, PL, CXVI, cols. 1.261-1.263.

145. THEOPHYL., VIII, 15; JOH. ANT., Frg., 218d; THEOPH., Chonogr., A.M., 6.098; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 70-71; CAMERON, A., Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium, Oxford, 1.976, pp. 281.

146. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.095; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 59-60.

147. THEOPH., Chronogr., A.M., 6.095-6.097; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 60-62; 66-67.

148. THEOPH., Chronogr., A.M., 6.097; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 60; 62.

149. Chron. Pasch. a. 605; THEOPH., Chronogr., A.M., 6.099; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 71-73.

150. JOH. ANT., Frag., 218f; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.099; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 75-76; CAMERON, A., op. cit., p. 253.

151. THEOPHYL., VIII, 15; Chron. Pasch., a. 606-610; THEOPH., Chronogr., A. M., 6.098-6.102; STRATOS, A. N., op. cit., 63-66.

152. STRATOS, A. N., op. cit., p. 64; 74.

153. JOH. ANT., Frg., 218f; Chron. Pasch., a. 610; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.100-6.102; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 76-77

154. GREG. I, Ep., XIII, 34; Lib. Pont., Vit. Bonif. III, p. 164; Vit. Bonif. IV, p. 165. Al consagrar el Panteón el 13 de mayo de 608, como espacio de culto dedicado a la Virgen María y a los bienaventurados mártires, Bonifacio IV instituyó la festividad de Todos los Santos, seguramente, con la pretensión de cristianizar la festividad pagana de las Lemuridae, que se celebraba anualmente los días 9, 11 y 13 de mayo, a fin de ahuyentar a los espectros malévolos de los muertos. Dos siglos después, Gregorio IV mudará la fiesta del 13 de mayo al 1 de noviembre, día en que fueron trasladados al Panteón los restos de un gran número de mártires, dispersos hasta entonces por varias basílicas de la ciudad, a las que habían sido llevados desde las catacumbas en distintos momentos, durante los siglos VI y VII.

155. CIL, VI, 1.200; VIII, 10.529; GOUBERT, P., op. cit., pp. 120-121; 215-218.

156. JOH. ANT., Frag., 218f; Chron. Pasch., a. 608-609; THEOPH., Chronogr., A.M., 6.101; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 78-81; CAMERON, A., op. cit., pp. 253-254. Sobre las acuñaciones de la ceca de Cartago a nombre de Teodosio, cf. GUADAN LASCARIS, A. M. de, Prontuario de la moneda bizantina, Madrid, 1.984, p. 71.

157. JOH. ANT., Frag., 218f; Chron. Pasch., a. 609-610; THEOPH., Chronogr., A.M., 6.102; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 81-90. La costumbre bizantina de incinerar los cuerpos de los usurpadores en un toro de bronce, fue adoptada por los reyes visigodos de Tolosa. Alarico II hizo quemar en un horno similar el cuerpo del usurpador Burdunelo, aunque las fuentes no nos dicen, si previamente se le había dado muerte o si se le arrojó vivo a las llamas, cf. Chron Caesaraug. rel., a. 497.

158. JOH. ANT., Frag., 218f; Chron. Pasch., a. 610; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.102; STRATOS, N. A., op. cit., pp. 55-56; 74; 90-91; GUADAN LASCARIS, A. M. de, op. cit., p. 72.

159. ISID., Hist. Goth., 57: Aera DCXXXVIIII anno imperii Maurici XVII post Recaderum regem regnat Liuva filius eius annis duobus, ignobili quidem matre progenitus, sed virtutum indole insignitus, quem in primo flore adulescentiae Wittericus sumpta tyrannide

innocuum regno deiecit precisaque dextra occidit anno aetatis XX, regni secundo. Sobre el período que reinó Liuva II, cf. Laterc. reg. Visig., 29.

160. Ibid., 58: Namque adversus militem Romanum proelium saepe molitus nihil satis gloriae gessit praeter quod milites quosdam Sagontia per duces obtinuit; Cf. Hist. Pseud. Isid., 15.

161. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.101-6.102; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 268-270.

162. Hist. Pseudo-Isid., 17: Post congregavit drumones et galeas omnes, quas invenerat in Affrica et Arabica terra et Ispaniorum et fuerunt insimul mile XXX naves.

163. Una lapida sepulcral conservada en el Museo Arqueológico Provincial de Córdoba, fechada por la era Hispana en 649, es decir, en el año 609, no deja lugar a dudas sobre la presencia de la peste en la Península Ibérica, ya que el personaje para el que se grabó el epitafio, ab inguinali plaga obiit, cf. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 482.

164. Ibid., 58: Hic (Wittericus) in vita plurima inlicita fecit, in mortem autem, quia ladius operatus fuerat, gladio periit. mors quippe innocentis inulta in illo non fuit:inter epulas enim prandii coniuratione quorundam est interfectus. corpus eius viliter est exportatum atque sepultum.

165. BARBERO, A., "Las divisiones eclesiásticas y las relaciones entre la Iglesia y el Estado en la España de los siglos VI y VII", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992, pp. 193-195.

166. VIVES, pp. 403-409.

167. GONZALEZ BLANCO, A., "El decreto de Gundemaro y la historia del siglo VII", AC, III, 1.986, pp. 159-169, rechaza la autenticidad de los documentos que se incluyen entre las actas del XII Concilio de Toledo, y considera que la promoción de esta ciudad a sede metropolitana de la Carthaginiensis se produjo con posterioridad a la destrucción de Carthago Spartaria por los visigodos en 624 y antes de la celebración del IV Concilio de Toledo en 636, cuyas actas subscribe el obispo Eugenio como metropolitano de la Carthaginiensis. Sin embargo, reconoce que los falsificadores pudieron haber empleado alguna documentación auténtica de los tiempos de Gundemaro, como base de su impostura.

168. BARBERO, A., "Las divisiones eclesiásticas y las relaciones entre la Iglesia y el Estado en la España de los siglos VI y VII", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992, pp. 193-195. De la misma opinión son ORLANDIS, J.-RAMOS LISSON, D., Historia de los concilios de la España romana y visigoda, Pamplona, 1.986, pp. 248-252.

169. ORLANDIS, J.-RAMOS LISSON, D., op. cit., pp. 248-249.

170. VIVES, pp. 45; 50-52.

171. GREG. TUR., Hist. Franc., VI, 33; 44.

172. VIVES, p. 136.

173. VIVES, p. 137.

174. JOH. BICL., Chron., a. 578, 4.

175. VIVES, pp. 403-407.

176. VIVES, pp. 403-407.

177. ISID., Hist. Goth., 59: Hic (Gundemarus) Wascones una expeditione vastavit, alia militem Romanum obsedit,...

178. Chron. Pasch., a. 611-614; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.103-6.106; STRATOS, A. N., op. cit., 103-111.

179. RUNCIMAN, S., Historia de las Cruzadas, I, La Primera Cruzada y la fundación del reino de Jerusalén, Madrid, 1.973, pp. 19-33.

180. Chron. Pasch., a. 615-619; THEOPH., Cronogr., A.M. 6.107-6.111; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 111-114.

181. Chron. Pasch., a. 615-617; THEOPH., Cronogr., A.M. 6.107-6.109; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 118-121.

182. Chron. Pasch., a. 517-518; NICEPH., Brev., pp. 12-13; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.109-6.110; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 100-101; 125-127.

183. Chron. Pasch., a. 618-624; NICEPH., Brev., pp. 13-18; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.109-6115; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 135-164.

184. Chron. Pasch., a. 610; ISID., Chron., 120-121; Hist. Goth., 60-61; Laterc. reg. Visig., 32; THEOPH., Chron., A.M. 6.102.

185. VIVES, pp. 163-164; 185.

186. Itin. Ant., 410, 3-412, 6; MILES, G. C., The Coinage of the Visigoths of Spain. Leowigild to Achila II, Nueva York, 1.952,, pp. 260-265.

187. ORLANDIS, J., La Iglesia en la España visigótica y medieval, Pamplona, 1.976, pp. 119; 122.

188. VIVES, p. 223; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 296.

189. SISEB., Carm., 6-9; ISID., Hist. Goth., 70; FREDEG., Chron, IV, 33; ORLANDIS, J., Historia de España. España Visigoda (407-711), Madrid, 1.977, p. 132.

190. FREDEG., Chron., IV, 33; GARCIA MORENO, L. A., "Las invasiones, la ocupación de la Península y las etapas hacia la unificación territorial", Historia de España de Don Ramón Menéndez Pidal, III.1, España visigoda, ed. J. M. Jover Zamora, Madrid, 1.991, pp. 217-218.

191. Ep. Wisig., III-IV.

192. Ibid., V-VI.

193. ISID., Hist. Goth., 61-63.

194. THOMPSON, E. A., op. cit., p. 194.

195. VIVES, p. 288.

196. Itin. Ant., 400, 4-401, 3; IV, 42; V, 3; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 308.

197. ISID., Etymolog., XV, 1, 67: Africa sub Hannibale maritimae Hispaniae occupantes, Carthaginem Spartariam construxerunt, quae moxa Romanis capta et colonia facta, nomen etiam provinciae dedit. Nunc autem a Gothis subversa atque desolationem redacta est.

198. VIVES, pp. 369; 409.

199. FLOREZ, E., España Sagrada, Madrid, 1.751, V, pp. 62-64; THOMPSON, E. A., op. cit., pp. 381-383.

200. FREDEG., Chron., IV, 33: Et plures civitates ab imperio Romano Sisebodus litore maris abstulit et usque fundamentum destruxit.

201. PROC., De bellis, III, 5, 8; 15, 9; VII, 6, 1; 8, 10; 22, 6; 23, 3; 24, 3; 9; 27; 29; 32; 25, 7; 11; PAUL. DIAC., Hist. Lang., III, 18; IV, 23; 28; 45.

202. ISID., Hist. Goth., 62: Urbes residuas, quas in Hispaniis Romana manus agebat, proelio conserto obtinuit.

203. Ep. Wisig., III; MILES, G. C., op. cit., pp. 258-265.

204. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 309.

205. Chron. Pasch., a. 624-626; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.116-6.118; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 161-196.

206. Chron. Pasch., a. 627; THEOPH., Chronogr., A.M. 6.119; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 197-213; BIRABEN, J. N.-LE GOFF, J., "La Peste dans le Haut Moyen Age", AnnESC, 1.969, p. 1.469.

207. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.120-6.122; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 213-256.

208. THEOPH., Chronogr., A.M. 6.123; STRATOS, A. N., op. cit., pp. 312-314.

2. Organización y problemática interna de los territorios hispanobizantinos.

Tras haber analizado el desarrollo de las relaciones de poder en el mundo mediterráneo y su proyección sobre la Península Ibérica, desde la muerte de Justiniano hasta la victoria de Heraclio sobre los persas, consideramos preciso dedicar un espacio al estudio de la organización interna de los territorios hispanobizantinos entre 555 y 624. Se trata de un tema en el que el investigador no hallará más que dificultades, derivadas de la escasez y pobreza a las que ya nos tienen habituados las fuentes. Sólo a través de una aproximación a la realidad de las provincias bizantinas del norte de Africa e Italia, mucho mejor documentadas, es posible suplir esta ausencia casi total de material informativo respecto a Spania. Como podrá observarse, el empleo del método comparativo resulta enormemente útil, ya que nos permite interpretar correctamente los pocos datos de que disponemos.

A fin de ofrecer una visión coherente de la problemática interna de la provincia bizantina de Spania, hemos optado por desglosar su estudio en tres epígrafes generales. En el primero de ellos, intentaremos reconstruir las estructuras administrativas y de defensa, su integración en la jerarquía del Imperio y su evolución, desde los tiempos de Justiniano hasta los de Heraclio. El hecho de que, al menos desde el reinado de Mauricio, un mismo personaje concentre la suprema potestad sobre los cuadros civiles y militares de la provincia, nos ha inducido a examinar ambos aspectos conjuntamente, en lugar de individualizarlos.

En el segundo epígrafe, nos ocuparemos del comercio y las fiscalidad en el territorio hispanobizantino. El primero

de estos asuntos ha sido objeto de algunos estudios, ya que contamos con varios testimonios, tanto de carácter literario como arqueológico, especialmente relacionados con el tráfico de objetos de lujo procedentes de Oriente. En cambio, es muy poco lo que sabemos sobre el funcionamiento de la hacienda imperial en Spania. De ahí que nuestro esfuerzo haya ido encaminado a arrojar algo de luz sobre las breves referencias que nos transmiten las fuentes.

En tercer y último lugar, entraremos en contacto con la organización de la Iglesia provincial y los conflictos dogmáticos. Posiblemente, el tema mejor documentado de cuantos pretendemos afrontar en este capítulo. No en vano, las fuentes conservadas, al proceder mayoritariamente del ámbito eclesiástico, nos permiten reconstruir con un alto grado de fiabilidad el panorama religioso de Spania. Especial atención dedicaremos a la querella de los Tres Capítulos, cuestión tratada ya con amplitud por A. Barbero, y que, dada su dimensión mediterránea, no sólo tuvo repercusiones en el dominio imperial, sino también en el reino visigodo de Toledo.

2.1. La administración y el ejército.

Para conocer el proceso de integración de los distintos territorios que conformarían la provincia bizantina de Spania en las estructuras administrativas y de defensa del Imperio romano de Oriente, es preciso retrotraernos a la época de la guerra de los vándalos, cuando Belisario, en nombre de Justiniano, restableció la autoridad imperial sobre el norte de Africa.

De acuerdo con las disposiciones adoptadas por el gobierno de Constantinopla en abril de 534, se constituyeron 7

provincias bajo la administración de un praefectus praetorio Africae con residencia en Cartago: la Zeugitana o Zeugi Carthago, que se correspondía con la antigua Proconsularis, Byzacium, en otro tiempo Byzacena, Tripolis o Tripolitania, Numidia, las dos Mauritaniae y Sardiania, en la cual se incluían Corsica y las Baleares. Las tres primeras serían gobernadas por rectores consulares; en tanto que las cuatro últimas fueron colocadas bajo la autoridad de praesides[1].

Puesto que la Mauritania Sitifensis no sería reconquistada hasta 539, las dos Mauritaniae a las que hace referencia el rescripto de Justiniano de 534 sólo pueden corresponderse con la Caesariensis y la Tingitana o Gaditana. El territorio que abarcaban era bastante exiguo, ya que la mayor parte de estas dos antiguas provincias romanas se hallaban controladas por los beréberes. La Mauritania Prima de las listas oficiales bizantinas se reducía, en la práctica, a la ciudad de Caesarea y sus alrededores, en tanto que la Mauritania Secunda no parece que abarcase otra cosa que la ciudad de Septem y su entorno inmediato[2].

D. Pringle considera que Justiniano unió las Baleares a la Mauritania Tingitana en esta época, ya que ambos territorios habían formado parte de la antigua diocesis Hispaniarum[3]. Por nuestra parte preferimos sumarnos a la opinión de M. Vallejo Girvés, quien sostiene que, desde 534 a 555, las islas Baleares se integraron en la provincia de Sardinia. Basa su tesis en argumentos, a nuestro juicio bastante sólidos, como la adscripción de los tres obispados baleáricos a la provincia eclesiástica de Sardinia bajo el dominio vándalo, y el retorno del archipiélago a esta misma jurisdicción administrativa, tras la ocupación visigoda de los territorios imperiales de la Península en 624[4].

Como ya advertimos en su momento, la nueva prefectura creada por Justiniano reunía territorios que, a comienzos del siglo V, formaban parte de distintas circunscripciones del Imperio de Occidente: cinco provincias de la antigua diocesis Africae, las islas de Corsica y Sardinia, adscritas en el pasado a la diocesis Italiae suburbicariae, y el archipiélago balear y Septem, que habían pertenecido a la diocesis Hispaniarum. A fin de agilizar la gestión fiscal, se suprimieron cargos honoríficos innecesarios, como el del procónsul de Cartago, reemplazado por un simple consularis, y no se restablecieron viejas estructuras de interposición, como el vicariato, que dificultaba la relación entre los gobernadores provinciales y el praefectus praetorio[5].

Un segundo rescripto de Justiniano, fechado al igual que el anterior en la primavera de 534, afrontaba el problema de la ordenación militar de la praefectura. Momentáneamente, la suprema autoridad se reservó al magister militum per Orientem Belisario. El antiguo cargo de comes Africae no fue restablecido; aunque, en septiembre de 534, poco después del regreso de Belisario a Constantinopla, el emperador nombró un magister militum Africae. Bajo su mando se colocarían los cinco duces establecidos en abril para las provincias de Tripolis, Byzacium, Numidia, Mauritania Prima y Sardinia. Sus cuarteles se emplazaron en Leptis Magna, Capsa y Thelepte, Cirta Constantina, Caesarea y probablemente Caralis. La Mauritania Secunda carecía de dux. No obstante, el gobierno de Constantinopla había dispuesto el acantonamiento de tropas y de una flota militar de dromones en el puerto de Septem. Un tribunus, responsable ante el dux Mauritaniae, residente en Caesarea, estaba al mando del regimiento local y de la flota. Es probable que en las islas Baleares se destacasen guarniciones similares, bajo la autoridad de tribuni[6].

Cinco años después, en 539, el eunuco Salomón, magister militum Africae, ocupó la región oriental de la Mauritania Sitifensis, lo que Procopio denomina "la tierra de Zabe". Las tribus mauras que habitaban la zona, en su mayor parte aliadas del Imperio, no opusieron ninguna resistencia. De manera casi inmediata, los territorios recuperados se integraron en la Mauritania Prima, cuya extensión, hasta aquel momento reducida a la ciudad portuaria de Caesarea, se vio notablemente incrementada. Puesto que Sitifis se hallaba comunicada con Cartago tanto por tierra como por mar, las autoridades imperiales decidieron trasladar a esta ciudad la residencia oficial del dux y del praeses, con lo que Caesarea perdió su rango de capital provincial. En cualquier caso, los cambios administrativos derivados de las conquistas de Salomón, no afectaron a la Mauritania Secunda, que continuaría estando compuesta únicamente por la plaza fortificada de Septem[7].

Las dificultades surgidas con los beréberes en la Numidia, a comienzos de la primavera de 546, parecen haber tenido como consecuencia una retirada de efectivos de la Mauritania Prima. La mayor parte de los mismos debían proceder de los territorios de la antigua Sitifensis, por lo que el gobierno imperial consideró oportuno efectuar un nuevo reajuste administrativo, incorporando a la Numidia un sector importante de esta región. A pesar de la merma territorial, continuó existiendo una Mauritania Prima, con capital en Sitifis, y jurisdicción sobre Caesarea y algunos otros puertos costeros de menor importancia[8].

El restablecimiento de la autoridad imperial sobre el sureste de la Península Ibérica, entre 551 y 555, comportó importantes modificaciones en el mapa de la praefectura praetorio Africae. Lamentablemente, la documentación existente sobre la

organización civil y militar de los territorios hispanobizantinos se reduce a la Descriptio orbis Romanis de Jorge de Chipre, obra que en realidad recoge la situación del Imperio a fines del reinado de Mauricio y no en época de Justiniano. No obstante, y dado que no hay testimonio de que, entre 565 y 602, se produjesen alteraciones significativas en los límites de las provincias africanas, la Descriptio puede servirnos de fuente para conocer la realidad de los dominios imperiales en la Península Ibérica y su entorno geográfico.

De acuerdo con el testimonio de Jorge de Chipre, parece fuera de toda duda que, a finales del siglo VI, aún existía una provincia de Mauritania Secunda, de la que formaba parte el bastión de Septem. Ahora bien, las distintas lecturas ofrecidas sobre las siguientes entradas, en las que se hace referencia a los territorios peninsulares y a las islas Baleares, permiten formular dos interpretaciones diferentes sobre su organización. Así, mientras H. Gelzer, en su edición de 1.890, sitúa en la Mauritania Secunda, la fortaleza de Septem, el sureste de Hispania y las islas Baleares, E. Honigman en la suya de 1.939 distingue entre una provincia de Mauritania Secunda, compuesta únicamente por la ciudad de Septem, y una provincia de Spania, integrada por los territorios peninsulares y las islas Baleares[9].

Ch. Diehl, al emplear la edición de H. Gelzer sobre el texto de Jorge de Chipre, llega a la conclusión de que, tras la reconquista justinianea, las posesiones bizantinas en Hispania fueron agregadas a la Mauritania Secunda[10]. En cambio, P. Goubert, que conoce la versión de H. Honigman, considera que, desde el primer momento, se constituyó una provincia de Spania, formada por los territorios peninsulares y la islas, independiente de la Mauritania Secunda y de las autoridades

africanas[11]. D. Pringle, en fecha más reciente, ha sostenido la hipótesis de que Septem y el sureste hispánico configurasen una sola unidad administrativa, ligada a la praefectura Africae[12].

Por nuestra parte, hemos preferido atenernos a la lectura de Honigman, ya que concuerda perfectamente con los datos epigráficos de que disponemos. La inscripción del patricio Comenciolo, fechada en 589-590, señala que éste ocupaba el cargo de magister militum Spaniae. Tratándose de un texto oficial, los títulos han de corresponderse, por fuerza, con la realidad administrativa del momento. Si Septem, las Baleares y los territorios hispánicos hubiesen formado una sola circunscripción, Comenciolo hubiera aparecido ostentando el título de magister militum Mauritaniae Secundae, provincia cuya existencia se halla avalada por el testimonio contemporáneo de Jorge de Chipre. Pero no es así, de lo que se desprende que Spania, entendiendo por tal los territorios peninsulares y el archipiélago balear, constituyó una unidad administrativa distinta de la Mauritania Secunda, aún cuando, al igual que esta última, se integrase en la praefectura Africae[13].

Desde luego, es posible que, en algún momento a partir de 555, el tribuno al mando de la guarnición de Septem haya pasado a rendir cuentas de su actuación a la suprema autoridad militar de Spania, y no, como hasta entonces lo había hecho, al dux Mauritaniae Primae con residencia en la lejana Sitifis. De este modo, el control de ambas orillas del estrecho se habría concentrado en manos de un único representante del gobierno de Constantinopla, incrementando la operatividad del dominio imperial sobre la región.

Otro problema que surge, a la hora de definir la organización de los territorios hispanobizantinos, es el de

identificar la ciudad en que se fijó la capital provincial. Ya, en su momento, indicábamos que no nos parecía posible que se tratase de Corduba, como en principio sugiriese P. Goubert. La solida argumentación de E. A. Thompson, a favor de la continuidad de la revuelta aristocrática de 551 hasta la toma de la plaza por Leovigildo en 572, descarta toda posibilidad de que Corduba formase alguna vez parte de la provincia imperial de Spania, y, por consiguiente, que fuese su capital[14].

En nuestra opinión el centro neurálgico del poder bizantino en la Península Ibérica debía reunir una serie de condiciones. En primer lugar, tratarse de una gran ciudad, dotada de las infraestructuras necesarias para albergar al aparato burocrático bizantino. En segundo, estar bien fortificada, a fin de contener cualquier agresión enemiga enemigo. Y en tercero y último, disponer de excelentes instalaciones portuarias, que permitiesen la comunicación con Cartago y Constantinopla, el desembarco de nuevos efectivos militares y el abastecimiento por mar en caso de asedio. Malaca y Carthago Spartaria eran los lugares idóneos. Ahora bien, las obras de fortificación acometidas por el patricio Comenciolo en esta última plaza, la significación de su obispo Licinianc, metropolitano de la Carthaginiensis, y su completa destrucción a manos de Suintila, nos inducen a considerarla como capital de la provincia de Spania[15].

Cuestión bien distinta es la que tiene que ver con las primeras autoridades que el gobierno de Constantinopla destacó en sus recientes adquisiciones peninsulares. Gregorio de Tours, que desde luego sólo conocía los sucesos que estaban acaeciendo al sur de los Pirineos por las referencias de viajeros y embajadores, menciona a un praefectus y a unos duces imperatoris en relación con los dominios imperiales en Hispania[16].

Teniendo en cuenta esta información, creemos altamente probable que Justiniano se limitase a reproducir en Spania la organización de los cuadros provinciales africanos, en cuyo caso habría designado un dux, para coordinar las tareas de defensa, y un rector consularis o un praeses, para hacerse cargo de la administración civil. La inscripción del patricio Comenciolo señala que, en 589-590, éste no sólo desempeñaba el cargo de magister militum Spaniae, titulatura equivalente a la de dux provinciae en tiempos de Mauricio, sino también el de rector. De todo lo cual se desprende que Justiniano debía haber instituido un gobernador militar y otro civil. La concentración de ambas dignidades en una misma persona, expresada en el epígrafe, puede valorarse como la consecuencia de las recientes reformas administrativas de Mauricio, o, con mayor probabilidad, como una medida coyuntural destinada a atender la problemática específica de la zona, que con el tiempo, y ante la persistencia de los factores de riesgo, que habían motivado su adopción, devino en permenente[17].

De acuerdo con las disposiciones establecidas por Justiniano en la primavera de 534 para las provincias africanas, sin duda, aplicadas también en Spania, todos los duces estaban autorizados a disponer de sus propios homines, en su mayoría bucellarii, divididos, como era habitual, en oficiales (doriphoroi) y soldados (hypaspistai). Para su manutención personal y la de su séquito se destinaba un partida anual de 1.582 solidi. Suma elevada, con la que el gobierno de Constantinopla pretendía evitar que emplearan su poder para enriquecerse a costa de los provinciales. A través de este mismo documento, conocemos la organización del officum ducis, al que se asignó un assessor en materia legal y 40 duciani, jerárquicamente ordenados, con un primicerius y un numerarius al frente y 4 ducenarii, 6 centenarii, 8 biarchi, 9 circitores y 11

semissales subordinados. Su paga, distribuida de acuerdo con su rango, ascendía a 622,5 solidi anuales. La presencia de funcionarios especializados en la gestión judicial y financiera, se debe a que los duces, a parte de conducir al ejército en campaña y velar por el mantenimiento de la red de fortificaciones fronterizas, poseían competencias disciplinarias sobre las tropas y tenían la obligación de abonar sus sueldos[18].

No se ha conservado ningún texto sobre la organización de las oficinas de los praesides y rectores de las provincias africanas, que nos pueda servir de indicación para saber cómo se hallaban estructuradas las del rector Spaniae, pero, a juzgar por el modelo seguido en las del praefectus praetorio Africae, lo más probable es que siguiesen la norma general. Sin duda, se hallaban dotadas de una sección dedicada a la administración financiera, con sus correspondientes scrinarii, y otra a la judicial, encabezada por un primiscrinarius, un cornicularius, un commentarensis y un a libellis, provistos de personal y con atribuciones sobre departamentos subalternos, tales como los de los singulares, mittendarii, nomenclatorii, praecones, draconarii, etc.[19].

Aunque los officia del dux y del rector no debían ser muy numerosos, todo lo más un par de cientos de funcionarios en su conjunto, era preciso disponer de oro para pagar sus sueldos. En este sentido, la ceca imperial, que según Ph. Grierson, fue establecida en Carthago Spartaria en tiempos de Justiniano, a fin de abonar sus stipendia al ejército, también debió procurar a los gobernadores civil y militar la liquidez necesaria para remunerar a los funcionarios[20]

Durante los primeros años del reinado del emperador Mauricio, el gobierno de Constantinopla llevó a cabo toda una

serie de reformas en la administración civil y militar de las prafecturae de Italia y Africa, con el propósito de adecuar sus obsoletas estructuras a las nuevas realidades financieras y defensivas del Imperio. Desde mediados del siglo VI, los gastos ocasionados por los conflictos exteriores y el mantenimiento de los sistemas de seguridad de las fronteras, venían siendo sufragados con fondos procedentes de los dominios de la corona y de las arcas de las praefecturae praetorianae. A fin de dotar a los ejércitos de Italia y Africa de mayor facilidad para acceder a estos recursos, se estableció el cargo de exarchus, con dignidad de patricius, otorgándole las competencias militares del antiguo magister militum y amplias prerrogativas sobre la administración civil, ya que el praefectus praetorio, responsable directo de la misma, fue colocado bajo su autoridad. De este modo, el exarca podría disponer, inmediatamente, del producto de la annona, recaudada por la praefectura, y cuya fracción más importante se dedicaba al pago del ejército.

El primer exarchus Italiae conocido fue el eunuco Smaragdo, que ocupaba ya el cargo en el otoño de 584. Dada la alarmante situación que, por entonces, vivían los dominios imperiales en el norte de Italia, como consecuencia de la agresión lombarda, Mauricio debió considerar oportuno confiar el puesto a uno de sus cubicularii, autorizado a administrar los bienes de la domus divina y a detraer de ellos lo que fuese necesario, con el propósito de completar la partida presupuestaria de gastos de defensa. Para agosto de 591, poseemos constancia documental de que en Africa también se había producido una renovación en los cuadros administrativos. Gennadio, antiguo magister militum, aparece, desde este momento, portando los títulos de patricius et exarchus Africae. La constitución de los exarcados de Ravenna y Cartago vino a consagrar la primacía concedida, desde los tiempos de Justiniano, a los mandos

militares sobre los civiles. Esta reforma no sólo se aplicó a nivel pretoriano, sino también provincial y municipal. Aunque oficialmente se mantenía el cargo civil de rector consularis o praeses, así como alguna de las antiguas dignidades de la jerarquía municipal, en la práctica los duces, gobernadores militares de las provincias, y los tribuni, comandantes de las guarniciones acuarteladas en las ciudades, no sólo se encargaban del mando de las tropas, sino que controlaban la recaudación de impuestos y se habían convertido en la más alta instancia judicial en sus respectivos demarcaciones territoriales[21].

Como consecuencia de semejante restructuración de cargos, a partir del reinado de Mauricio, la praefectura praetorio Africae quedó dividida en 7 circunscripciones militares o ducati. Sólo la Proconsularis o Zeugitana carecía de dux, ya que contaba con la presencia del exarca en Cartago. Byzacium mantuvo la división en dos ducados introducida por Juan Troglita en 546, uno con capital en Hadrumetum y el otro con sus cuarteles de invierno en Capsa y Thelepte. La Tripolitania fue amputada al exarcado de Africa e incorporada a Egipto. Por lo demás, no se produjeron excesivos cambios. El dux Numidiae continuó residiendo en Cirta Constantina, el de Mauritania Prima en Sitifis, el de Sardinia, con autoridad sobre Corsica, en Caralis, y el de Spania, sin duda, en Carthago Spartaria. La provincia de Mauritania Secunda, reducida a la plaza de Septem, carecía de dux, pero, como ya hemos indicado, es probable que, a efectos militares, se integrase en el ducatus Spaniae[22].

En la inscripción de Carthago Spartaria fechada en 589-590, y por tanto, contemporánea a la creación del exarcado africano, el gobernador Comenciolo aparece ostentando el título de patricius y el cargo de magister militum Spaniae, con derecho al tratamiento de gloriosus. Sin embargo, no cabe imaginar, como

hace P. Goubert, que estamos ante el testimonio de la constitución de una especie de exarcado hispano, independiente del de Cartago[23]. El título de patricius, que emplea Comenciolo, no fue exclusivo de los exarcas. Su uso por parte de algunos duces provinciarum se halla perfectamente documentado, como por ejemplo en el caso de Pedro patricius et dux Numidiae en 633. Por otro lado, hay que tener en cuenta que todos los duces provinciarum del reinado de Mauricio fueron magistri militum, aunque no todos los magistri militum fueron duces provinciarum. En 591, Gregorio Magno se dirige a Teodoro, gobernador militar de la provincia de Sardiniae, empleando indistintamente las denominaciones de dux y magister militum. Por esta misma época, Maurencio, magister militum residente en Nápoles, desempeña las funciones del dux Campaniae, que seguramente era el cargo que debía ocupar. Nada impide, pues, identificar a Comenciolo como dux provinciae Spaniae. De hecho, el tratamiento de vir gloriosus, que se le atribuye en el epígrafe, se hallaba reservado a los duces, y poseía una consideración superior al de vir magnificus, atribuido a los rectores consulares et praesides y a los tribuni[24].

No obstante, existe otro elemento que, aparentemente, dificulta la identificación del gobernador militar de los territorios hispanobizantinos como un simple dux de una provincia integrada en el exarcado de Cartago. Se trata del contacto directo mantenido por el patricio Cesáreo con el gobierno de Constantinopla, sin que medie el exarca de Cartago, durante las negociaciones de paz con el rey visigodo Sisebuto en 615-616. Curiosamente, a través del Registrum del papa Gregorio I, sabemos que el dux o magister militum Sardiniae, provincia integrada en el exarcado de Cartago, a la que se hallaba adscrita la vecina Corsica, también mantuvo contacto directo con el emperador en períodos de crisis. Esta independencia puede explicarse, en

parte, debido a la situación excéntrica que ocupaba la isla respecto a Cartago, sede de los principales órganos de decisión y poder del exarcado, y, en parte, debido a la constante amenaza de agresión que entrañaban las incursiones marítimas de los lombardos y el conflicto interno con los barbaricani, descendientes de tribus mauras deportadas a Sardinia bajo la dominación vándala[25].

Las mismas constantes pueden aplicarse a Spania, alejada de Cartago y objetivo del expansionismo visigodo. Seguramente, su magister militum debió disfrutar de poderes especiales, para, en casos de urgencia, organizar campañas ofensivas y negociar tratados de paz, sin necesidad de obtener el visto bueno del exarca. En tales ocasiones, su única obligación consistiría en comunicar al gobierno central de Constantinopla los acuerdos alcanzados, para que éste los ratificase.

El magister militum Spaniae, al igual que los demás duces provinciarum, debió concentrar entre sus manos poderes militares y civiles. Así nos lo confirma la inscripción del patricio Comenciolo, quien ejercía simultáneamente los cargos de magister militum et rector Spaniae. La correspondencia de Gregorio Magno, nos ayuda a precisar cuáles eran las competencias específicas de los magistri militum que gobernaban las provincias occidentales, bajo el reinado de Mauricio. En su calidad de jefes de la milicia, ostentaban el mando supremo del ejército acantonado en su circunscripción, dirigían las operaciones bélicas locales, y se hacían cargo del pago de los stipendia a los soldados y del mantenimiento del orden y la disciplina castrense. Como gobernadores civiles nombraban a todos los funcionarios de la provincia, recibían las apelaciones, se ocupaban de la validación de los testamentos y dirimían los

pleitos entre autoridades laicas y eclesiásticas. Dotados de amplias competencias fiscales, establecían la cantidad del impuesto y las desgravaciones, imponían contribuciones extraordinarias y otorgaban la licentia navigandi a los naviculariі. Gozaban también de numerosas atribuciones en el ámbito eclesiástico. Convocaban la asamblea general del pueblo para elegir a los obispos, disponían la ordenación de presbíteros y diáconos, supervisaban el restablecimiento de la autoridad eclesiástica allí donde se había degradado, y protegían a los misioneros, colaborando con ellos en la conversión de los cismáticos y paganos[26].

Para llevar a cabo su acción de gobierno, los duces o magistri militum provinciales se servían de un pequeño cuerpo de funcionarios. La acumulación de cargos y atribuciones civiles sobre sus espaldas, tuvo, sin duda, como resultado un paulatino traspaso de competencias del officium del rector al del dux, lo que explica las pequeñas novedades que encontramos en la organización interna de este último. De acuerdo con las noticias que nos proporcionan las epístolas de Gregorio I, en tiempos de Mauricio, el officium ducis se hallaba encabezado por un consiliarius o assessor en materia legal, un cancellarius, que dirigía la cancillería provincial, un chartularius, secretario encargado de los registros, varios scholastici o juristas, algunos scribones, oficiales destacados de las filas de los excubitores para controlar la administración militar, y un maiordomus que gobernaba la casa ducal. En 633, el dux Numidiae Pedro contaba, además, con la colaboración de un sacellarius, probablemente, miembro del sacrum cubiculum, y, por tanto, ligado a la gestión financiera de los dominios imperiales de la provincia[27].

Si como parece, Carthago Spartaria fue la capital de

los dominios hispanobizantinos, tras sus muros debieron concentrarse instalaciones militares, oficinas administrativas y residencias gubernamentales, que contribuirían en buena medida a definir nuevos espacios de poder en el interior de la ciudad.

El palacio del dux era el edificio que, por excelencia, representaba la autoridad imperial. A veces, ocupó el mismo emplazamiento que el antiguo praetorium del gobernador provincial romano de los siglos III al V; pero en otros casos, la edificación fue totalmente nueva. Por lo que concierne a Spania estamos totalmente a oscuras, ya que ignoramos si el magister militum se instaló en el antiguo praetorium de Carthago Spartaria, otrora residencia oficial del praeses provinciae Carthaginiensis, o si por el contrario, éste había sido destruido durante el saqueo vándalo de 425 y fue necesario alzar un nuevo conjunto palatino[28].

Por fortuna, disponemos de ejemplos procedentes de diversas provincias del Imperio, que nos permiten hacernos una idea concreta sobre la organización de tal tipo de residencias. Entre ellos destacan los de Efeso y Afrodisias en Asia Menor, el de la Byrsa en Cartago y el del palacio del dux Pentapolis en Apolonia. Todos estos edificios se caracterizan por la reiteración sistemática de una serie de elementos, como si respondiesen a un plan preconcebido y adaptado, con mayor o menor eficacia y arte, a las necesidades propias de cada provincia. Suelen poseer un amplio patio central, rodeado por columnatas, a modo de peristilo, en torno al cual se disponen una serie de estancias. En primer lugar, el triclinium, salón con uno o tres ábsides, para recibir el stibadium o sigma, lecho semicircular sobre el que se recostaban los invitados. En esta sala tenían lugar esos banquetes oficiales, que tan importante función desempeñaron en el sistema militar y diplomático bizantino. Un

segundo ambiente de obligada referencia es la capilla o basilica, habitualmente consagrada al culto de la Theotokos, protectora del Imperio romano. Y por último, tenemos la sala de audiencia o aula con un gran ábside en la cabecera, donde se instalaba el tribunal del gobernador, durante los procesos judiciales y las recepciones concedidas a los embajadores extranjeros. Por lo común, en una habitación contigua, se hallaban los archivos que contenían la documentación generada por las actuaciones del dux. El aula solía estar precedida de una antecámara, dotada de un banco corrido de mampostería, en el que litigantes y embajadores aguardaban con paciencia el momento de ser recibidos por el representante del emperador[29].

La restauración de la autoridad imperial sobre una amplia franja costera de la Península Ibérica fue acompañada de la correspondiente implantación del sistema defensivo bizantino, a fin de consolidar la soberanía imperial sobre el territorio. Una de las primeras preocupaciones del gobierno de Constantinopla fue establecer un limes y tropas que lo defendiesen.

La organización del sistema defensivo de la provincia de Spania puede conocerse a través del modelo implantado en el norte de Africa, tras la conquista del reino vándalo por Belisario. No en vano, los territorios bizantinos de la Península Ibérica quedaron vinculados, desde un primer momento, a la praefectura Africae, por más autonomía que se concediese a sus gobernadores. En el caso africano, el ejército de campaña estuvo compuesto por algunos excubitores de la guardia imperial destacados en Africa; foederati bárbaros mercenarios; contingentes indígenas aliados de gentiles o symmachoi; y, sobre todo, por milites comitatenses. Para proteger el limes, tanto exterior como interior, de los ataques de las tribus mauras hostiles al Imperio, se organizó un ejército de frontera

compuesto por soldados-campesinos o limitanei, que defendían los castra et castella situados sobre puntos estratégicos en las rutas de tránsito hacia los territorios dominados por el Imperio[30].

Como ya hemos señalado al hablar de la administración, el ejército de cada provincia estaba bajo el mando de un dux o magister militum, como se le suele denominar a partir del reinado de Mauricio. En casi toda civitas, y subordinado al dux, había un tribunus et comes, al frente del numerus o regimiento local. Para los contemporáneos, los términos tribunus y comes eran prácticamente equivalentes, ya que el rango militar de tribunus llevaba aparejada la dignidad de comes. Habitualmente, el regimiento acantonado en una ciudad estaba compuesto por una cifra de 200 a 400 hombres, aunque a veces no superaba los 50. La misión de tribunus consistía en atender a la custodia de la plaza (custodia civitatis) y a la vigilancia de las murallas (murorum vigilia). Pero también estaba investido de poderes civiles. Actuaba como juez y se encargaba directamente de la recaudación de impuestos. A efectos administrativos, el numerus había venido a sustituir al municipium, y, en consecuencia, el tribuno asumió parte de las antiguas funciones del defensor civitatis y de la curia. Ahora bien, la actividad del tribuno, como la de los gobernadores provinciales, estaba sujeta a la inspección del obispo de la ciudad, con quien compartía ciertas atribuciones, sobre todo de índole fiscal[31].

M. Vigil y A. Barbero fueron los primeros historiadores españoles que sostuvieron la existencia de un limes en la frontera bizantina de Spania con el reino visigodo, utilizando esencialmente dos testimonios de la época. En primer lugar, el de Paulo el Diácono, que relata como la esposa de Hermenegildo, Ingundis, y su hijo Atanagildo cayeron en manos de

los bizantinos que custodiaban la frontera (qui in limite... residebant). Y en segundo, el de Isidoro, quien al hacer mención de las campañas de Leovigildo contra los imperiales, señala la presencia de castra bizantinos en la frontera[32].

L. A. García Moreno, pocos años después, vino a reafirmar la idea de la existencia de un limes en profundidad, constituido por una serie de ciudades (urbes, civitates) amuralladas en la costa, y una línea avanzada de puestos fortificados, castra et castella, en el interior. También apuntó la posibilidad de que los castra hubiesen podido ser ocupados, en realidad, por tropas comitatenses, asentadas a la manera de los limitanei[33]. M. Vallejo Girvés redunda en esta última opinión, aportando testimonios sobre la instalación en Italia de regimientos de comitatenses como si de limitanei se tratara[34].

A través de la documentación literaria, epigráfica y arqueológica, sabemos que entre las civitates fortificadas que debieron contar con guarniciones imperiales en la provincia de Spania se hallaban Carthago Spartaria, Malaca, Asidona, Dianium e Ilici. Sin duda, también hubo otras que albergaron regimientos bizantinos tras sus muros, por lo que es probable que, en los próximos años, y a medida que se identifiquen nuevos establecimientos, esta lista se vaya ampliando[35].

En cuanto a los castra et castella, que completaban el sistema defensivo de la provincia, resulta más difícil determinar su localización. La mayor parte de estas fortificaciones, debían extenderse a lo largo de las cordilleras Béticas, partiendo desde la zona central de la actual provincia de Cádiz hasta el cabo de La Nao. Por lo general, se situaban en los pasos naturales que atravesaban las antiguas calzadas romanas. Isidoro distingue claramente entre castrum y castellum.

El castrum sería un conjunto de instalaciones militares protegidas por defensas y edificadas sobre un lugar elevado, generalmente en el emplazamiento de una ciudad abandonada o en decadencia; mientras que el castellum respondería más a nuestra concepción del castillo medieval; es decir, un pequeño recinto cercado por murallas, baluartes y otras fortificaciones en pleno medio rural. Para completar el panórama cabría añadir las turres de vigilancia, que se alzaban en numerosos puntos estratégicos, conectadas a la red viaria y defensiva[36].

Testimonios literarios y hallazgos arqueológicos han permitido identificar algunos de los castra bizantinos de la provincia de Spania. Sagontia debió ser uno de ellos, y, probablemente, de los más importantes, ya que su situación en la vanguardia de la frontera occidental bizantina, le convirtió en objetivo prioritario de cuantas campañas visigodas se dirigieron contra los dominios imperiales en la región del estrecho[37].

Próxima a la actual localidad de Teba, en Málaga, se ha descubierto una necrópolis del siglo I, que fue reocupada a partir de finales del VI. Su emplazamiento estratégico, la fecha de reutilización y el escaso número de enterramientos, ha llevado a pensar en la posibilidad de la existencia de un castrum bizantino en este lugar, ya que los ajuares funerarios presentan gran similitud con los hallados en Vega del Mar (San Pedro de Alcántara, Málaga)[38].

F. Salvador Ventura considera que podría pertenecer al período de dominación bizantina una inscripción encontrada en Abula. Dado su estado fragmentario, lo único seguro que puede decirse sobre ella, es que estaba dedicada a un comes et custos. De confirmarse su datación tardía, nos hallaríamos ante uno de los escasos testimonios que poseemos sobre la presencia de

oficiales bizantinos en la Península Ibérica. Puesto que Abula se hallaba situada en un punto estratégico de la calzada romana que unía la llanura de Acci con la costa de Urci, cabría suponer que se trataba una de las plazas fortificadas del limes imperial y que, por tanto, contó con una guarnición militar permanente. Sin embargo, M. Vallejo Girvés, aunque acepta la posibilidad de la instalación de un destacamento imperial en este punto, cree que el epígrafe debe datarse en el siglo II, época en la que la titulatura de comes et custos aparece documentada en Africa, y no en VI o VII, cuando ni en el Imperio ni en el reino visigodo se empleaba ya semejante denominación[39].

También se han hallado necrópolis, correspondientes al período de la dominación bizantina, en los límites entre las actuales provincias de Málaga y Granada. La de Las Delicias en la localidad de Ventas de Zafarraya, donde ha aparecido un pequeño grupo de enterramientos, con escasa representación infantil, ha sido asociada por F. Salvador Ventura con una posible guarnición imperial destacada en la zona. Su hipótesis se basa en el hecho de que los ajuares funerarios descubiertos en las tumbas, de clara influencia bizantina, son muy similares a los hallados en la necrópolis de Villanueva del Rosario y en otra situada en la sierra de la Alhamilla (Almaría), enclaves que a juicio de este mismo autor podrían corresponderse también con castra imperiales. Sin embargo, I. Toro Moyano y M. Ramos Linaza, excavadores de la necrópolis de Las Delicias, consideran más probable su adscripción a una fortaleza visigoda del limes establecido por Leovigildo frente a los bizantinos[40].

Si en la Baetica topamos con graves problemas para determinar el origen imperial o visigodo de los hallazgos arqueológicos efectuados hasta el momento, no menores son las dificultades que surgen en la Carthaginiensis marítima. Así, por

ejemplo, mientras que para algunos investigadores, los restos de fortificaciones aparecidos en el cerro de La Almagra y el castillo de Mula formaron parte del sistema defensivo bizantino, para otros deben asignarse al visigodo. Mayor consenso existe en torno al castillo de Garres y al de la Asomada, en el puerto de la Cadena, que dada su proximidad a Carthago Spartaria, cuentan con mayores posibilidades de haber sido baluartes imperiales. En cuanto a la necrópolis de Vistalegre en Aspe, parece corresponderse al lugar de enterramiento de una guarnición bizantina, ubicada estratégicamente en el acceso a la plana de Ilici[41].

También en las islas Baleares se han encontrado huellas arqueológicas de la presencia de destacamentos imperiales. En Palma el recinto fortificado de época romana se amplió bajo la dominación bizantina. Es muy probable que estas obras se hallan llevado a cabo, poco después del desembarco de Apolinar en 534. Según se desprende de algunos testimonios de época musulmana, en la isla hubo una importante fortaleza llamada Alaró, desde la que los bizantinos controlaban el tráfico marítimo y terrestre. Baluartes similares parecen documentarse en Ebusus y Formentera[42].

Todo apunta a que el gobierno de Constantinopla empleó las islas como plataforma estratégica, para mantener el control político sobre las aguas del Mediterráneo occidental. Ahora bien, este objetivo difícilmente pudo haberse materializado, sin la colaboración de unidades de la armada. Por otro lado, el contacto entre los territorios insulares y peninsulares que componían la provincia de Spania, y la comunicación de ésta con Cartago y Constantinopla, se efectuaba a través del mar, de lo que se deriva la necesaria instalación de bases navales, similares a la de Septem, en los principales puertos de las Baleares y la

Península[43].

Puesto que los territorios hispanobizantinos fueron incorporados a la praefectura praetorio Africae, lo más probable es que la situación de las tropas imperiales destacadas en Spania fuese semejante a la de las fuerzas africanas. Con todo, ignoramos bajo qué fórmula jurídica se asentó a los soldados encargados de la defensa de los castra et castella, y tampoco tenemos noticias sobre a quién pertenecían las tierras que recibieron. Una inscripción procedente de Ain-el-Ksar en la Numidia bizantina, nos informa de que los limitanei de la guarnición local habían sido asentados en tierras de un gran dominio imperial. No obstante, al tratarse de un testimonio único en su género, no podemos hacer extensible este uso al resto de la frontera africana, y mucho menos a Spania[44].

M. Vigil y A. Barbero han destacado el empleo que las autoridades bizantinas hicieron en Italia de propiedades confiscadas a la Iglesia, para asentar a los efectivos militares que defendían las fronteras de la praefectura. Los soldados instalados en tierras procedentes de estas confiscaciones, quedaban obligados al cultivo y defensa de las mismas, así como al pago de un censo, en calidad de enfiteutas, a los antiguos propietarios eclesiásticos, que conservaban el dominio eminente del suelo[45].

Cabe la posibilidad de que en Spania, se diese un sistema parecido al de Italia. De acuerdo con las actas del II Concilio de Hispalis de 619, hubo diócesis, como la de Malaca, cuyas propiedades quedaron divididas a uno y otro lado del limes, a consecuencia de las luchas entre imperiales y visigodos. Puesto que la frontera estaba defendida por numerosos castra et castella, no sería de extrañar que algunos dominios eclesiásticos

situados en ella hubieran sido confiscados por el estado bizantino, para asentar a sus efectivos militares[46]. De haber sucedido así, el enfrentamiento religioso entre las autoridades bizantinas y el episcopado provincial, sobre el que trataremos más adelante, se habría visto incrementado por conflictos de orden económico.

El establecimiento del sistema defensivo bizantino en territorio peninsular, fue acompañado del abandono de su lugar de origen, por parte de un destacado sector de los antiguos cuadros dirigentes provinciales. Esta emigración aristocrática no constituye un fenómeno restringido a Spania, sino que también se produjo en otras zonas de Occidente afectadas por la restauración justinianea. Se dio en Italia, donde muchos senadores despojados por los ostrogodos o los lombardos decidieron trasladarse a Constantinopla, buscando prebendas en la corte; y también se desarrolló en Africa, donde muchos latifundistas romanos, entre ellos la mayoría de los que acababan de recuperar sus propiedades, tras años de exilio en Oriente, optaron por instalarse en la capital del Imperio, ante las dificultades generadas por las guerras mauras y la imposibilidad de incrementar el rendimiento productivo de sus tierras[47].

La diferencia entre el comportamiento de los antiguos cuadros dirigentes de Italia y Africa, por un lado, y los de Spania, por otro, estriba en que mientras los primeros emigraron hacia Oriente en busca de oficios públicos rentables, que les permitiesen mantener un nivel de vida adecuado a su status; los últimos se refugiaron en regiones situadas más allá de los límites de la potestad imperial, en las que la aristocracia romana conservaban aún gran parte de su autonomía, gracias a la escasa presencia visigoda.

En cualquier caso, parece que el fenómeno de la emigración de las viejas aristocracias occidentales se halla íntimamente ligado a su rápido reemplazo por las autoridades bizantinas, que llegadas de Oriente coparon, en poco tiempo, las principales parcelas del poder político, económico y social. Allí donde, como en Italia, continuó existiendo una poderosa clase senatorial, pese a la sangría de las guerras góticas, la nobleza romana tuvo que aprender a convivir con los altos funcionarios y oficiales del ejército de Constantinopla. Pese a las limitaciones jurídicas, duces, magistri militum, comites et tribuni, se convirtieron en hacendados locales, mediante del sistema de la emphyteusis, entroncando, a veces, por vía matrimonial con familias senatoriales, lo que produjo una simbiosis entre elementos de la aristocracia italiana y representantes de la autoridad imperial. Curiosamente, mientras éstos se italianizaban, las grandes familias patricias con propiedades en el sur de la Península y en Sicilia se bizantinizaron. Es el caso de los descendientes de Boecio. Su nieta Rusticiana, instalada en Constantinopla a fines del siglo VI, fue uno de los personajes más influyentes de la corte Mauricio. Vinculada al entorno de la emperatriz Constantina, casaría a su hijo Eudoxio con Gregoria, una de las cubiculariae de la soberana; y a su hija Eusebia con el poderoso Apión, de cuyo unión nacería Strategio, próximo jefe de esta casa[48].

En cualquier caso, ni la emigración de algunas grandes familias a Oriente o a territorio bárbaro, ni la hegemonía de los altos funcionarios y oficiales del Imperio, consiguieron erradicar por completo el poder de la aristocracia fundaria en las provincias occidentales del Imperio bizantino. No hay que olvidar que numerosos epígonos senatoriales, como el papa Gregorio I, alcanzarían altos cargos eclesiásticos, a través de los cuales ejercieron una incontestable potestad, representando

habitualmente los intereses de la vieja clase senatorial frente a los dictados de Constantinopla, que se encargaban ejecutar los representantes del gobierno central. Como veremos, en Spania, también el episcopado, defensor de los intereses de la antigua élite provincial, lideraría la oposición a las autoridades imperiales.

2.2. Comercio y fiscalidad.

Hasta la década de 1.930, la mayor parte de los historiadores aceptaban como un hecho indiscutible que las invasiones germánicas de principios del siglo V no sólo habían ocasionado la quiebra de la unidad política del mundo Mediterráneo, sino que también la de sus estructuras económicas y comerciales. Por lo común, en esta ruptura se atribuía un papel de primer orden a las acciones piráticas de los vándalos, que supuestamente habrían generado un clima de inseguridad adverso a la actividad mercantil, cuyo antiguo volumen tardaría varios siglos en recobrarse. No obstante, algunos autores, como L. Brehier y N. Baynes, admitían matizaciones a esta visión catastrofista, y señalaban que la crisis del siglo V había sido subsanada parcialmente por la restauración justinianea, que convirtió de nuevo el Mediterráneo en un lago romano, favoreciendo la reactivación del tráfico entre Oriente y Occidente[49].

En 1.935, el historiador belga H. Pirenne finalizó la redacción de la obra Mahoma y Carlomagno, que corregiría y publicaría póstumamente su hijo Jacques un año después en Bruselas. Este trabajo, partiendo del estudio de la documentación literaria de los siglos V al VIII, defiende la continuidad de la unidad mediterránea durante la Antigüedad Tardía. De acuerdo con la interpretación del autor, las invasiones germánicas no habrían

alterado los elementos esenciales de la cultura el mundo romano, ni a nivel institucional, ni socio-económico. La única transformación perceptible, entre el año 300 y el 600, sería que el centro decisión y poder del mundo Mediterráneo se habría trasladado a Constantinopla. Desde luego, la invasión lombarda de la Italia bizantina, supuso una inflexión, pero no una ruptura. Esta solo habría venido dada por la expansión árabe, que convirtió el Mediterráneo en foco de enfrentamientos entre dos culturas, provocando el desplazamiento del eje de gravedad de la vida económica y política de Occidente hacia el norte[50].

La tesis de H. Pirenne, que en su momento constituyó un auténtico revulsivo en el campo de los estudios medievales, acabaría siendo admitida por la mayoría de los investigadores. Sin embargo, los avances efectuados, a lo largo del último medio siglo, en el conocimiento de la economía del mundo tardoantiguo, nos obligan a replantearnos la verdadera importancia de los intercambios comerciales entre Oriente y la Península Ibérica, durante la etapa de transición al medievo.

Ciertamente, las fuentes literarias atestiguan la continuidad del tráfico mercantil, incluso en el período álgido de las invasiones germánicas, con los vándalos operando en el Mediterráneo. Así, por ejemplo, tenemos noticia de que en 456 barcos cargados de productos orientales llegaron hasta Hipalis, donde los comerciantes dieron a conocer la victoria de Marciano sobre los lazas. De todo ello se desprende que, a mediados del siglo V, las rutas comerciales entre la Península y Oriente seguían abiertas, y que desempeñaban un papel prioritario en la transmisión de información[51].

A partir de la década de 530, eliminado el reino vándalo y restablecida la autoridad del Imperio sobre el

Mediterráneo occidental, los contactos debieron intensificarse. Precisamente, por esta época, un médico bizantino llamado Paulo, recién llegado de Oriente, se convirtió en obispo de Emerita. Algunos años más tarde, su sobrino Fidel, que con el tiempo le sucedería en la cátedra episcopal, arribó a la capital de la Lusitania en compañía de un grupo de comerciantes orientales. La Iglesia era, sin duda, junto a la nobleza, el principal cliente de estos mercaderes. No en vano, los clérigos emeritenses empleaban prendas litúrgicas de seda, confeccionadas en Bizancio[52]. De la vitalidad de la colonia oriental en esta ciudad, nos da fe el hecho de que 4 de las 10 inscripciones en griego halladas en Hispania, correspondientes a los siglos VI y VII, proceden de Emerita o de sus inmediaciones[53].

La constitución de una provincia bizantina en territorio peninsular y la instalación de guarniciones imperiales en los principales puertos de la Baetica y la Carthaginiensis, redundaría en beneficio de la seguridad de las rutas comerciales que unían Oriente con Hispania. A través de las mismas, ya no sólo circulaban mercancías, sino también despachos oficiales, legaciones diplomáticas, cuerpos militares, burócratas y altos mandos del ejército. La correspondencia que mantuvieron el patricio Cesáreo y el rey Sisebuto, entre 615-616, nos permite constatar este hecho. En la última de las cartas conservadas, se hace referencia al viaje de unos funcionarios bizantinos desde Carthago Spartaria a Constantinopla en compañía de una representación diplomática visigoda, para solicitar de Heraclio la ratificación de las condiciones de paz acordadas entre el monarca bárbaro y el gobernador imperial[54].

Las rutas que comunicaban las provincias orientales del Imperio con Hispania, no sólo eran transitadas por comerciantes, militares y funcionarios, sino también por una

multitud de eclesiásticos. Ya en 518, las visitas de clérigos bizantinos a la Península Ibérica debían de ser lo suficientemente asiduas, como para que el papa Hormisdas (514-523) considerase oportuno explicar al episcopado hispano cuál era el procedimiento a seguir, en caso de que algún eclesiástico oriental, que aún no hubiese adjurado del cisma de Acacio, intentase ser admitido a su comunión[55]. De la facilidad con que se movían los clérigos bizantinos por Occidente, da testimonio la Vita Gregentii. A finales del reinado de Justino I, este diácono, natural de Ulpiana, ciudad de la provincia de Dardania, recorrió Sicilia, Italia e Hispania, tocando puerto en Carthago Spartaria (Karthagéna), donde embarcaría rumbo a Alejandría, cuyo patriarca le consagró obispo de Safar y le envió al reino yemení de Himyar, a fin de reorganizar las comunidades cristianas en la zona[56]. Desde luego, también hubo eclesiásticos hispanos que hicieron el camino a la inversa. En torno a 560, poco después de que Atanagildo pactase con Justiniano las fronteras de su territorio, el cronista Juan de Bíclaro marchó a Constantinopla, donde pasaría 16 años, entregado al estudio de la cultura grecolatina[57]. Y hacia finales de siglo, Liciniano, obispo de Carthago Spartaria, fue llamado a la corte, para responder de su postura respecto a la política religiosa del estado bizantino, y allí murió, a lo que parece envenenado por sus enemigos[58].

Por otra parte, parece que durante los siglos V al VII, se continuaba practicando la navegación desde los grandes puertos orientales hasta Britannia, a través de las columnas de Hércules. El autor de la biografía del patriarca de Alejandría Juan III el Limosnero (610-619), nos describe la llegada de un barco de esta ciudad a las islas británicas, a comienzos de la segunda década del siglo VII. Los comerciantes bizantinos que se dirigían al norte del Atlántico iban en busca de estaño, producto que intercambiaban por grano egipcio[59].

Ahora bien, la rutas que enlazaba las tierras del Mediterráneo oriental con Península Ibérica y el Atlántico, no eran las únicas que permanecían abiertas. También lo estaban los antiguos itinerarios marítimos que ponían en contacto a Hispania con Italia y el norte de Africa. Contamos con varios testimonios que así lo demuestran. Durante los últimos años del reinado de Teodorico el Amalo, unos navegantes que habían recibido instrucciones oficiales de transportar un suministro de cereales de Hispania a Roma, a fin de hacer frente a una crisis frumentaria, se desviaron a Africa, y allí lo vendieron al precio que les pareció oportuno[60]. En 533, mercaderes procedentes del puerto de Cartago, donde existía una nutrida colonia de orientales, se adelantaron a los embajadores del rey vándalo Gelimer, e informaron al monarca visigodo Teudis de la caída de la ciudad en manos de Belisario[61]. El monje Nancto se trasladó de Africa a Lusitania, durante el reinado de Leovigildo[62]. Poco después, otro eclesiástico africano, el abad Donato, probablemente huyendo de las persecuciones desatadas por la política religiosa de Constantinopla, desembarcó en Hispania acompañado por 70 monjes, que la ayudaban a trasladar la enorme biblioteca de la comunidad. El sería el fundador del famoso monasterio Servitanum, cuyo emplazamiento continua sin ser concretado[63]. A fines del siglo VI, el papa Gregorio I, que mantuvo una fluida correspondencia con destacados personajes del reino visigodo y de la provincia bizantina de Spania, alude a los viajes desde la Península a Roma, como a algo habitual. De todos modos, sabía por experiencia que las comunicaciones eran lentas, y que cuando hacia falta, no siempre era posible encontrar en el puerto de Roma un barco dispuesto a partir rumbo a Hispania[64]

Mucho menos intensas parecen haber sido las relaciones con las Galias. Al menos esto es lo que opina E. A. Thompson, para quien, en torno al año 600, la Península Ibérica mantenía

contactos más estrechos con el Imperio romano de Oriente que con los reinos merovingios[65]. Sin embargo, esto no significa que no existiese ningún tipo de intercambio económico entre ambas regiones. Según Gregorio de Tours, en 588, un barco procedente de Hispania, "con la mercancía de costumbre" llevó la peste a Massilia[66]. A juzgar por las palabras del prelado, estos viajes no constituían ningún hecho excepcional. Lo que significa que la ruta navegación que, a fines de la Antigüedad, unía los puertos de la costa peninsular mediterránea con los del sur de las Galias continuaba siendo frecuentada por los comerciantes. De hecho, es muy probable que naves llegadas de Oriente a la provincia imperial de Spania, remontasen el litoral, haciendo escalas en las ciudades visigodas de la Tarraconensis y la Narbonensis, antes de arribar a Massilia, en territorio franco, para desde allí ascender por el Ródano hasta Arelate.

Como puede observarse, la Península Ibérica no se hallaba aislada en el contexto mediterráneo, sino perfectamente imbricada en las redes comerciales de la época. Desde luego, los conflictos bélicos podían interrumpir temporalmente las comunicaciones. Juan de Bíclaro, que regresó a Hispania en torno a 576, después de una larga estancia en Constantinopla, no parece haber tenido problema alguno para mantenerse al tanto de los acontecimientos que se estaban desarrollando en Oriente, durante la etapa inmediatamente posterior a su vuelta. Sin embargo, a partir de 579-580, apenas posee información de lo que está sucediendo en el Imperio. La razón es obvia. El estallido de la rebelión de Hermenegildo, que provocó un nuevo enfrentamiento entre los gobiernos de Toledo y Constantinopla, debió dificultar los contactos comerciales y, en consecuencia, la llegada de noticias. Sin embargo, en este mismo período, los territorios dominados por Hermenegildo mantuvieron excelentes relaciones con Bizancio. De hecho, hacia 582, el obispo Leandro de Hispalis, en

calidad de embajador del príncipe rebelde, logró llegar, sin contratiempos, hasta la capital del Imperio, para solicitar la ayuda del basileus, y, poco después, regresaba a la Península, a bordo de un navío que le dejó en Carthago Spartaria[67].

Ahora bien, desde un punto de vista objetivo todas las noticias que hasta ahora hemos traído a colación, únicamente nos ratifican la continuidad del tráfico mercantil a través de las rutas de navegación del Mediterráneo antiguo, pero no nos permiten cuantificar la importancia del mismo. Para ello es necesario conocer el tipo de mercancías objeto de intercambio y el tipo de cliente que las adquiere.

Ciertamente, las flotas anonarias, que abastecían a Constantinopla del trigo egipcio y africano, seguían circulando por el Mediterráneo del siglo VI. Pero la base de la economía de las colonias de mercaderes bizantinos, establecidas en los grandes puertos urbanos, se basaba en el comercio suntuario. De acuerdo con la legislación de Leovigildo incluida en uno de los títulos del Codex Revisus, y, más tarde recogida entre las *antiquae* del *Liber Judiciorum*, los *transmarini negotiatores* se dedicaban principalmente a vender objetos de oro y plata, ricas vestiduras, joyas y adornos, artículos de lujo fabricados en los talleres artesanales de las grandes ciudades de Oriente; que evidentemente estaban destinados al consumo de las clases privilegiadas, en especial de la aristocracia laica y de la Iglesia. En sus viajes de vuelta a Oriente, en busca de nueva mercancía, no iban de vacío. A parte del oro acuñado que obtenían en pago por los artículos que importaban de Constantinopla, Tesalónica, Alejandría, Damasco y Antioquía, llevaban las bodegas repletas de materias primas (vino, miel, aceite, cereales, pieles, metal, materiales de construcción) y esclavos. Con frecuencia, estos últimos eran muchachos vendidos por sus padres

o raptados en sus lugares de origen, que más tarde serían vendidos a precios exorbitantes en los lejanos mercados de Oriente, donde los notables continuaban demandando jóvenes eunucos y exóticos adolescentes de ambos sexos, para subvenir al servicio doméstico de sus mansiones y engalanar sus ambiguas comitivas de pajes[68].

El volumen de este comercio mediterráneo no debía ser muy elevado, aún cuando el valor de las mercancías si lo fuese. Como ya hemos dicho, el grupo que tenía acceso al consumo de artículos suntuarios, manufacturados en las grandes ciudades orientales, era bastante restringido, y el comercio de esclavos, al que, según parece, también se dedicaban los mercaderes sirios, se hallaba consagrado al abastecimiento de los centros urbanos. Para el siglo VI, las rentas agrarias, que constituían la base de la riqueza de las clases privilegiadas, se extraían en su mayor parte del trabajo de campesinos dependientes, y, por tanto, la esclavitud tendía a circunscribirse al sector doméstico de las ciudades[69].

Una vez establecida la continuidad de las grandes rutas de navegación, a través del Mediterráneo, y el escaso volumen del tráfico comercial que circulaba a través de ellas, nos centraremos en la problemática específica de la provincia imperial de Spania. Sus dos grandes puertos fueron, sin duda alguna, Carthago Spartaria y Malaca. En ambos está comprobada la presencia de colonias de comerciantes orientales, durante toda la época de dominación bizantina. Inscripciones en griego, objetos de origen sirio y cerámica norteafricana así lo avalan. De acuerdo con L. A. García Moreno, que ha estudiado el tema con cierto detenimiento, también existieron comunidades de mercaderes bizantinos en otras ciudades de la provincia imperial, tales como Ilici, Anticaria y Carteia[70].

Bajo la dominación bizantina, se mantuvieron los intercambios comerciales entre el sureste peninsular y el resto del mundo el Mediterráneo. Los hallazgos de Terra Sigillata Clara D, procedentes del norte de Africa y Oriente, así lo certifican. No obstante, se ha podido constatar una disminución de las importaciones agrícolas africanas, a partir de mediados del siglo VI, coincidiendo con el restablecimiento de la autoridad imperial sobre Occidente. La mayor parte de los investigadores relacionan éste fenómeno con los reajustes fiscales efectuados por las autoridades bizantinas en Africa, tras la conquista del reino vándalo. Una parte de la annona, la que se recaudaba en especie, era enviada ahora anualmente a Constantinopla, para subvenir a las necesidades alimentacias de la plebs frumentaria, mientras que el sobrante se destinaba al mantenimiento del ejército de ocupación. A pesar de este descenso del volumen comercial, el tráfico entre la Península y el norte de Africa no se vio nunca interrumpido. Antes bien, de acuerdo con los datos arqueológicos disponibles, a lo largo de la segunda mitad del siglo VI, los territorios hispanobizantinos se alejaron un tanto de los circuitos comerciales visigodos, para insertarse más plenamente en los del norte de Africa. Cosa nada extraña, si se tiene en cuenta que, desde el punto de vista político, administrativo y militar, Spania era una provincia del Imperio integrada en la praefectura praetorio Africae. Por otra parte, la contracción de los intercambios de productos agrícolas y materias primas no supone que se redujese el comercio de artículos de lujo y esclavos, que, sin duda, continuó conservando el mismo volumen que en el siglo V, sino es que no lo superó[71].

En las ciudades hispanobizantinas, como en todas las del Imperio, la navegación y el control de los puertos debía hallarse en manos de las autoridades militares, encargadas de mantener el orden y regular los tráficos. El dux o magister

militum de cada provincia, era quien otorgaba la licentia navigandi a los patrones de los barcos (navicularii). Así, en Italia, el propio papa Gregorio Magno hubo de solicitar a Maurencio, magister militum Campaniae, con residencia en el puerto de Nápoles, la licentia navigandi para el naviero Domicio y su hijo, que habían tenido algunos problemas con este gobernador[72]. Plegándose a los dictados de la legislación imperial, los navicularii se hallaban asociados en collegia. La pervivencia de tales corporaciones no debe causar sorpresa, ya que, durante el siglo VI, los puertos itálicos mantuvieron un importante nivel comercial. Para el caso de las ciudades de Spania no poseemos noticias concretas. Pero en vista de que se hallaban bajo la soberanía del Imperio y conservaban una actividad mercantil de cierta entidad, es probable que también contasen con sus propios collegia naviculariorum, como en tiempos pasados[73].

Por otra parte, los intercambios comerciales exigían una infraestructura, por más simple que fuera, compuesta por muelles, malecones, dársenas, almacenes y lonjas de contratación. Tanto Carthago Spartaria como Malaca dispusieron de este tipo de instalaciones. El hecho de que, en 460, el emperador Mayoriano escogiese la primera de estas ciudades como punto de embarque de las tropas que debían participar en la expedición contra Genserico, demuestra que, pese al saqueo vándalo de 425, su puerto se conservaba en buen estado[74].

A. Beltrán, que ha estudiado la topografía de la Cartagena romana, identifica la zona portuarias de la ciudad con los restos de lo que parecía ser un pórtico y un templo, hallados en las calles de Aire y Escaño; aunque, basándose en el testimonio de Estrabón, que habla de más de un puerto en Carthago Nova, contempla la posibilidad de que existiesen otras

instalaciones en la ensenada de Santa Lucía[75].

Durante los siglos VI y VII, en los puertos marítimos y fluviales del Mediterráneo, existió lo que en el reino visigodo se denominaría cataplus y en la Galia merovingia catabulum. El primer término es una latinización del vocablo griego kataplous, que en aquel momento se utilizaba para designar el lugar de desembarco, arribo o llegada por mar de los navíos mercantes. Catabulum, por su parte, también es un sustantivo latino procedente de la palabra griega katabolos, de la que, a su vez, derivaron otras voces, como por ejemplo catabolensis, que sirvió para designar a lo miembros de la corporación de transportistas encargados de distribuir el cereal llegado a Roma; o el vocablo catabula, utilizado en el reino visigodo para referirse al pago de derechos arancelarios[76].

En el cataplus se concentraban toda una serie de edificaciones vinculadas al desarrollo de la actividad comercial, a saber, los grandes almacenes para las mercancías, la lonja de contratación y la aduana[77]. En las ciudades del reino visigodo, era la zona donde tenía su asiento el teloneum, término con el que se definía el ámbito de actuación del telonarius o vectigalis exactor. Dicho funcionario se encargaba de recaudar los vectigalia o impuestos indirectos sobre las mercancías. Supervisaba personalmente su descarga y el pago de los emolumenta a los marineros. Fijaba los precios de los distintos artículos y los anunciaba en vos alta a los vendedores. Y poseía, además, jurisdicción para dirimir los pleitos surgidos entre los transmarini negotiatores, aplicando los principios de derecho mercantil de la Lex Rhodia, aceptados en todo el Mediterráneo[78].

La situación debía ser muy parecida en los puertos de la provincia imperial de Spania. De acuerdo con la información

que poseemos, los vectigalia eran arrendados a publicanos por períodos de, al menos, tres años, mediante el sistema de la conductio. La adjudicación del contrato se efectuaba bajo el control del praefectus praetorio o de sus representantes locales, en este caso el rector provinciae o el dux. Pero era la comitiva sacrae largitiones, quien en última instancia daba el visto bueno a los adjudicatarios, ya que los publicani et telonarii respondían con su fortuna privada de la recaudación del tributo. Dadas las circunstancias, no es extraño que éstos intentasen obtener el mayor margen posible de beneficios, a costa de imponer tasas abusivas a los comerciantes. La problemática era idéntica en los estados romano-germánicos, como lo demuestra el hecho de que Teodorico el Amalo ordenase a Ampelio y Livirito, sus representantes en Hispania, que estableciesen una nueva tarifa para el canon telonei, a fin de limitar la ambitiosa enormitas exigentium de los publicanos[79].

Por lo común, el conductor, que arrendaba los vectigalia de un puerto, no actuaba en solitario, sino como presidente de una sociedad de publicanos, ante cuyos miembros tenía que rendir cuentas. Ya a comienzos del siglo V, era habitual, en numerosas ciudades del Imperio, que este cargo recayese sobre la persona del obispo. El papa Zósimo (417-418) critica duramente a los prelados de la Byzacena por haberse convertido en telonarii y no tener reparos en someterse al juicio de los publicanos, que evaluaban su gestión al frente de la sociedad. El dato resulta cuanto menos revelador, ya que nos permite comprender por qué los mercaderes recién llegados a un puerto, lo primero que hacían era presentarse ante el obispo local. Tal es el caso de aquellos con quienes viajó el joven Fidel, que nada más arribar a Emerita se personaron ante su tío Paulo, obispo de la ciudad y metropolitano de la Lusitania[80].

L. A. García Moreno sostiene que, durante el siglo VI, los transmarini negotiatores constituían un colectivo social favorecido por el gobierno de Constantinopla. La abolición de la onerosa collatio lustralis en 498 y el interés de Justiniano por asegurar las rutas de navegación mediterráneas, les habrían reportado pingües beneficios económicos. De este modo, se explicaría su actitud proimperial, durante la intervención bizantina en Africa e Italia. Teniendo en consideración todos estos datos, el autor contempla la posibilidad de que las colonias de comerciantes orientales establecidas en los puertos mediterráneos de Hispania, obrasen de modo similar a las de su entorno, convirtiéndose en el principal sostén del poder imperial sobre la zona[81].

Aunque la hipótesis de L. A. García Moreno contiene elementos bastante razonables, es preciso matizarla, dado que las ventajas fiscales, que supuestamente habría comportado la restauración imperial para los mercaderes que negociaban con Occidente, no fueron tan importantes como sugiere este historiador.

Para empezar, el chrysargyron, solutio auraria o collatio auri lustralis, impuesto creado por Constantino I (306-337), continuó cobrándose, durante todo el siglo VI, en los territorios recuperados por Justiniano. Este tributo, que, en principio, gravaba cualquier tipo de actividad comercial y artesanal, tanto urbana como campesina, se recaudaba cada cinco años (según la manera de contar de los romanos, según la nuestra cada cuatro) y, como su nombre griego indica, podía satisfacerse en oro o/y plata. No obstante, desde la época Valentiniano I (364-375) y Valente (364-378), las autoridades imperiales sólo aceptaban su cobro en moneda de oro de curso legal. Estaban exentos del mismo, los grandes propietarios, los campesinos, los

navieros, los médicos y los profesores. Los militares sólo parcialmente. En 374, ambos monarcas extendieron esta inmunidad a los maestros de pintura y al artesanado rural, pero no a los mercaderes que efectuaban sus actividades comerciales en el campo. También otorgaron dicha exención al alto clero. De hecho, aunque en principio todos los eclesiásticos estaban libres de la collatio lustralis, en 356 Constancio II (337-361) había limitado tal privilegio a los grados inferiores de la clerecía. Como consecuencia de esta ampliación de inmunidades, a partir del reinado de Valentiniano I y Valente, los sectores sobre los que incidirá el gravamen quedaron perfectamente definidos: mercaderes, tenderos, artesanos, prestamistas y prostitutos de ambos sexos. El impuesto, demasiado oneroso, provocaría violentas protestas callejeras, entre las cuales destaca la llamada "Revuelta de las Estatuas", que estalló en Antioquía de Siria en 387. Un siglo más tarde, en 498, el emperador Anastasio abolirá definitivamente el chrysargyron en la pars Orientis, haciendo quemar ante el pueblo reunido en el hipódromo los registros fiscales, con lo que, sin duda, favoreció y potenció el comercio y la actividad artesanal[82].

Sin embargo, como ya indicábamos, en los estados romano-germánicos occidentales, el tributo continuó recaudándose bajo la denominación de functio o solutio auraria. Testimonios procedentes de los reinos ostrogodo y visigodo, que pueden datarse en el primer tercio del siglo VI, así nos lo confirman. Tampoco parece que el impuesto se aboliese, después de la restauración imperial. De acuerdo con la Prágmatica Sanción promulgada por Justiniano en 554, a fin de abordar la reorganización de Italia, tras 20 años de guerras, la functio auraria se mantenía en toda la praefectura. Nada indica que fuese otro el criterio seguido en la praefectura praetorio Africae, donde se integraba la provincia imperial de Spania[83].

A pesar de todo, las colonias de comerciantes orientales asentadas en los puertos de las ciudades hispanobizantinas, podían considerarse beneficiadas por la restauración imperial, si se compara su situación con la de la aristocracia latifundista. Los nuevos cuadros burocráticos y militares del Imperio, rígidamente centralizados, se financiaban mediante un estricto sistema contributivo, cuyo restablecimiento debió causar no poco perjuicio a los intereses económicos de los grandes propietarios provinciales. Isidoro, hijo de un notable de la Carthaginiensis, alude al problema:

> "Hasta hoy, los romanos que viven en el reino godo de tal manera lo aceptan que prefieren vivir pobres entre los godos que ser poderosos entre los romanos y sufrir el pesado yugo del tributo"[84].

Las opiniones del obispo hispalense reflejan una reacción de descontento muy similar a la que experimentaron los provinciales africanos, cuando, tras la caída del reino vándalo en 534, el gobierno de Constantinopla comenzó a poner orden en la recaudación de la annona, muy descuidada bajo los Asdingos[85]. Lo más probable es que en Spania el sistema tributario bizantino entrase en funcionamiento poco después de 555, apenas se concretaron las estructuras administrativas del Imperio sobre los territorios adquiridos en la Península. La reinstauración de los severos métodos romanos de recaudar la annona, marcaría el inicio de unas pesimas relaciones entre la aristocracia latifundista del sureste peninsular, acostumbrada a gestionar con gran autonomía sus dominios, y las autoridades imperiales enviadas desde Oriente, obligadas a administrar la provincia con el acostumbrado rigor. Como, a continuación veremos, este antagonismo tendría una especial proyección en el ámbito eclesiástico.

2.3. Iglesia y conflictos religiosos.

A medida que los funcionarios y oficiales designados por el gobierno de Constantinopla fueron desplazando a los antiguos cuadros dirigentes locales en el ejercicio del poder sobre los territorios que ahora componían la provincia de Spania, la Iglesia fue convirtiéndose en el órgano idóneo para que estos últimos canalizasen su oposición a la política imperial. De ahí, el papel prioritario que juegan las instituciones eclesiásticas, dentro de la realidad social de la provincia bizantina.

Dado que ésta se constituyó con territorios procedentes de la antigua Carthaginiensis, Baetica e Insulae Balearum, resultó necesario crear una nueva demarcación eclesiástica, cuyos límites se adecuasen a los de las fronteras políticas. Seguramente, fueron las propias autoridades imperiales, con la aquiescencia del pontífice, patriarca de Occidente, quienes establecieron la provincia eclesiástica imperial de Spania, con sede metropolitana en Carthago Spartaria. Sobre este último punto no cabe la menor duda, ya que se trataba de la única ciudad dominada por los bizantinos que, en el momento de su desembarco, ostentaba tal dignidad. En 516, Héctor, obispo de Carthago Spartaria, había suscrito las actas del Concilio de Tarraco como episcopus Carthaginiensis metropolitanae. Treinta años después, uno de sus sucesores, Celsino, presidiría el Sínodo de Valentia, lo que demuestra que, en vísperas de la intervención justinianea, la ciudad seguía ostentando el rango de sede metropolitana[86].

La restauración imperial nada cambiaría en este aspecto. Liciniano, que ocupó la cátedra episcopal de Carthago Spartaria durante el reinado de Mauricio, fue un personaje lo suficientemente destacado, como para que Isidoro le dedicase una

biografía en el De viris illustribus[87]. Tres epístolas suyas, una dirigida al papa Gregorio I, otra al diácono Epifanio y la última al obispo Vicente de Ebusus, contienen claros indicios de que, bajo la dominación bizantina, Carthago Spartaria conservó su condición de sede metropolitana[88].

En la primera de dichas cartas, remitida a Gregorio entre 591 y 595, Liciniano subraya, con evidente retoricismo, que de apegarse a los requisitos sobre la formación del clero exigidos por el pontífice en su Regula Pastoralis, nadie en la provincia de Spania podría ser ordenado para ejercer el officium sacerdotale, término con el que a la sazón se designaba el rango episcopal[89].

La segunda epístola, escrita hacia 582 y firmada conjuntamente por Liciniano y el obispo Severo de Malaca, es una respuesta al diácono Epifanio sobre la naturaleza del alma, en la que se pretenden rebatir las enseñanzas de un obispo, cuyo nombre y sede no se mencionan, aunque, según parece, debía presidir una de las iglesias de la provincia de Spania. Este prelado sostenía que sólo Dios era espiritual, y, todos los demás seres corpóreos, incluidos los ángeles y el alma racional. Liciniano refuta tales postulados, apoyándose en el De origine animae de Agustín de Hippo Regius y en el De statu animae del presbítero de Vienne Claudiano Mamerto, quien, a comienzos de la segunda mitad del siglo V, había combatido las doctrinas materialistas del obispo semipelagiano Fausto de Riez[90].

En la tercera de sus misivas, redactada en torno a 595, Liciniano reconviene al obispo Vicente de Ebusus por haber dado crédito a una carta supuestamente escrita por el propio Jesucristo, en la que se advierten influencias judaizantes. El prelado insular había llegado a dar lectura al documento ante la

asamblea de los fieles, para después remitírselo a Liciniano, que no cabía en sí de indignación al comprobar que un eclesiástico atendía a semejantes patrañas[91].

La preocupación de Liciniano por el nivel formativo del episcopado de su provincia, la manera indiscutible en que ejerce el ministerio disciplinar y pastoral sobre otras sedes y la consideración de que disfruta como suprema autoridad en materia doctrinal, sólo pueden corresponder a un metropolitano.

Ahora bien, si el primado lo ostentaba el obispo de Carthago Spartaria, su colega de Malaca ocupaba el lugar más relevante entre las sedes sufragáneas, al ser ésta la segunda ciudad en importancia de la provincia imperial de Spania. Durante la rebelión de Hermenegildo (579-584), presidía la iglesia malacitana Severo, quien escribió un tratado antiarriano, para criticar la postura del obispo Vicente de Caesaraugusta, que, plegándose a los dictados de la política de unificación religiosa de Leovigildo, acababa de convertirse al arrianismo[92]. Por la misma época, Liciniano solicitó su colaboración para redactar la epístola a Epifanio, lo que revela el elevado concepto que tenía el metropolitano de Spania sobre la autoridad de Severo en temas dogmáticos. Le sucedió en la cátedra episcopal de Malaca Jenaro, quien, como más adelante veremos, entró en confrontación con las autoridades imperiales, siendo depuesto por orden del magister militum Comenciolo[93]

En los territorios peninsulares de la provincia de Spania, hubo otros obispados, sufragáneos de la sede metropolitana de Carthago Spartaria, a saber: Basti, Asidona, Urci, Ilici y Dianium, cuya progresiva integración en la órbita política del reino de Toledo podemos seguir, a través de la asistencia de sus representantes a los asambleas conciliares

hispanovisigodas. Así, por ejemplo, el obispo Teodoro de Basti, plaza que, sin duda, había caído en manos de Leovigildo durante las operaciones militares de 570, aparece por primera vez suscribiendo las actas de un sínodo del reino visigodo en el III Concilio de Toledo de 589. Rufino de Asidona y Teodulfo de Malaca, ciudades conquistadas por Witerico y Sisebuto respectivamente, hacen lo propio en la asamblea episcopal hispalense de 619. Marcelo de Urci y Serpentino de Ilici concurrieron al IV Concilio de Toledo de 633. Y Maurelo de Dianium se hizo representar por el diácono Conancio en el VIII de 653. Posiblemente, Urci había sido ocupada por Sisebuto, a comienzos del siglo VII; mientras que Ilici y Dianium debieron ser tomadas hacia 624 por el rey Suintila, precediendo a la destrucción de Carthago Spartaria[94].

La provincia eclesiástica de Spania también incluyó las tres diócesis baleares, correspondientes a las islas de Maiorica, Minorica y Ebusus. A fines del siglo V, bajo la dominación vándala, estos obispados eran sufragáneos de la sede metropolitana de Caralis, capital de Sardinia, tal como refleja la relación de prelados asistentes la collatio celebrada en Cartago en 484, por orden del rey vándalo Hunerico (477-484). Tras la reconquista bizantina del sureste peninsular, las diócesis Baleares pasaron a depender de Carthago Spartaria, siendo transferidas nuevamente a la provincia eclesiástica de Sardinia, cuando Carthago Spartaria cayó en poder de los visigodos[95].

Una vez establecida la organización eclesiástica de la provincia de Spania, se hace necesario pasar al análisis de la gran querella religiosa que conmovió a la de Iglesia imperial durante el siglo VI, a fin de comprender a través de que mecanismos ideológicos pudo canalizarse el descontento de los

provinciales de Occidente hacia a los dictados del gobierno de Constantinopla. La nueva discordia religiosa, conocida como el "Conflicto de los Tres Capítulos", ha sido brillantemente analizada por A. Barbero, quien otorga especial relevancia a su proyección sobre las iglesias peninsulares. De ahí que, por lo que respecta a este tema, hallamos decidido seguir su línea argumental y conclusiones[96].

En el año 543, el emperador Justiniano, inducido por su esposa Teodora y por su consejero en materia religiosa, el origenista Teodoro Ascidas, metropolitano de Caesarea de Cappadocia, promulgó un edicto que contenía una serie de anatematismos organizados en capítulos contra la persona y obra de Teodoro de Mopsuestia, los escritos de Teodoreto de Cyrrhus contra Cirilo de Alejandría y el concilio de Efeso de 431, y una carta de Ibas de Edesa, dirigida a otro eclesiástico llamado Maris, en la que defendía a Teodoro de Mopsuestia contra Cirilio de Alejandría. El edicto recibió una buena acogida por parte de los monofisitas moderados. Pero la mayoría de los obispos ortodoxos se adherirían a la condena de los "Tres Capítulos" coaccionados por el emperador, que exigió de todos los prelados del Imperio que suscribieran el documento. Menas, patriarca de Constantinopla (536-552), en principio reticente a la firma, terminó por plegarse a las demandas del soberano, y rubricó el edicto junto con su sínodo, aunque reservándose la potestad de retirar su nombre, en caso de que el obispo de Roma se negase refrendarlo. Inmediatamente, Justiniano hizo llamar al papa Vigilio (537-555), quien se presentó en la capital en enero 547. Tras dieciséis meses de vacilaciones, el 11 de mayo de 548, el pontífice publicó su célebre Judicatum, en el que condenaba sin paliativos los "Tres Capítulos", haciendo constar que el Concilio de Calcedonia no sufría por ello menoscabo[97].

La decisión del pontífice provocó un auténtica conmoción en Occidente, donde la mayor parte del episcopado, adverso a la política religiosa de Constantinopla, rechazó el Judicatum de manera ostensible. En 550, un sínodo africano, inspirado por el obispo Facundo de Hermiana y el diácono Ferrando de Cartago, excomulgó a Vigilio e hizo llegar una carta de protesta a Justiniano. En Italia, Dalmatia y el Illyricum, sin llegar a tales extremos, se produjeron numerosas manifestaciones de repulsa e indignación. Ante el escándalo, el emperador accedió a retirar el Judicatum, pero arrancó a Vigilio la firma de un documento secreto en el que el pontífice se comprometía a apoyar la condena de los "Tres Capítulos" en un sínodo que Justiniano pensaba convocar. Dado que la celebración de esta asamblea sufrió algún retraso, Teodoro Ascidas convenció al soberano, para que, en julio de 551, promulgase una nuevo edicto, titulado Confesión de la fe, que contenía 13 anatemas contra los "Tres Capítulos". El pontífice, muy afectado por la reacción que su Judicatum había despertado en Occidente, eludió la rubrica de este documento, que a pesar de todo fue fijado en las puertas de Santa Sofía. Ante las presiones de la corte, Vigilio acabó lanzando la excomunión contra Teodoro Ascidas, el patriarca Menas y todos los partidarios de los edictos imperiales[98]. En tales circunstancias, el obispo Dacio de Mediolanum, convencido de que la condena de los "Tres capítulos" atentaba contra el dogma establecido en Calcedonia, formuló la siguiente declaración:

> "He aquí que yo y la parte de todos los obispos, entre los cuales está constituida mi iglesia, esto es, los de las Galliae, Burgundia, Spania, Liguria, Aemilia y Venetia, ponemos a Dios por testigo de que, cualquiera que aceptase estos edictos, no podrá considerarse en la comunión de los obispos de las provincias citadas, puesto que me consta que estos

edictos perturban la autoridad del santo sínodo de Calcedonia y de la fe católica"[99].

Este texto, contenido en una carta remitida por el clero milanés a los embajadores francos que en 552 se dirigían a Constantinopla, nos permite constatar que las iglesias católicas de la Península Ibérica eran contrarias a los edictos de imperiales condena a los "Tres Capítulos", dato que armoniza con la información que poseemos para épocas posteriores.

Justiniano, ante la actitud intransigente de Vigilio, promovió una reconciliación y el pontífice, tras haber recibido las correspondientes confesiones de fe ortodoxa, levantó la excomunión que pesaba sobre Teodoro Ascidas y el patriarca Menas. Poco después, en agosto de 552, fallecía este último y el nuevo patriarca, Eutiquio (552-565), manifestó su fidelidad al pontífice. Estando así las cosas, se llegó al acuerdo de convocar un concilio ecuménico, quinto universal de la Iglesia, que se reuniría el 5 de mayo de 553 en Constantinopla, con la asistencia de 166 obispos, de los cuales sólo una docena procedía de las provincias occidentales. Apenas inagurada la asamblea, los padres conciliares comenzaron a elaborar una nueva condena de los "Tres Capítulos". Cuando ésta no había tomado aún forma definitiva, Vigilio publicó su primer Constitutum, en el que anatematizaba 60 proposiciones de Teodoro de Mopsuestia, pero no su persona, ni tampoco las obras de Teodoreto de Cyrrhus ni la carta de Ibas de Edesa. A juicio del pontífice, tales condenas podían conculcar la autoridad del Concilio de Calcedonia, y en consecuencia eran improcedentes. El documento, que vio la luz el 14 de mayo de 553, estaba avalado por las firmas de 9 obispos de Italia, 2 de Africa, 2 del Illyricum y 3 de Asia Menor. Como era de esperar, Justiniano rechazó el Constitutum. Acto seguido, sometió las opiniones del pontífice al juicio de los padres conciliares,

quienes, no atreviéndose a excomulgar a Vigilio, optaron por borrar su nombre de los dípticos eclesiásticos, para complacer al emperador. En la última sesión del Concilio, la del 2 de julio de 553, se pronunciaron 14 solemnes anatematismos contra los "Tres Capítulos", que el papa, deseoso de regresar a Roma, acabaría refrendando el 8 de diciembre de 553, mediante la formulación de una nueva condena. Unos meses más tarde, el 23 de febrero de 554, Vigilio promulgó un segundo Constitutum, en el que reiteraba su adhesión a la resoluciones del Concilio, y justificaba la condena de la epístola de Ibas, aduciendo que se trataba de un apócrifo. Finalmente, en la primavera de 555, Vigilio pudo embarcar para Roma, adonde no llegaría jamás, ya que falleció durante una escala en el puerto de Siracusa[100].

La muerte del pontífice no puso término al malestar que experimentaban las iglesias occidentales. En Africa, cuya relación con la Península Ibérica era muy estrecha, el conflicto de los "Tres Capítulos" revistió el carácter de una auténtica revuelta eclesiástica contra la política religiosa de Justiniano. A comienzos de la primavera de 551, poco meses después de que el sínodo de Cartago lanzase la excomunión contra Vigilio, el emperador llamó a Constantinopla a los principales lideres del episcopado africano, a saber, Reparato de Cartago, Primasio de Hadrumetum, Verecundo de Junca y Firmo de Tipasa. Una vez en la capital del Imperio, sólo este último, metropolitano de la Numidia, se plegó a los deseos del soberano, suscribiendo la condena de los "Tres Capítulos". Pero el gobierno imperial no pudo utilizarle, como planeba, para imponer sus dictados en la Numidia, ya que el obispo falleció en la travesía de vuelta a Africa. Por su parte, Reparato de Cartago, que se negaba a ratificar los edictos del emperador, se vio involucrado en las redes de un complejo proceso criminal, bajo la acusación de complicidad con el dux Numidiae Guntarico en el asesinato del

magister militum Areobindo, suceso que, como se recordará, había tenido lugar en el año 546. Dado que la víctima, descendiente de la casa de los Anicii y de la dinastía valentiniano-teodosiana, había estado unida en matrimonio a la noble Proyecta, sobrina de Justiniano, el prelado acabó siendo depuesto y enviado al destierro en Euchaita del Pontus, donde moriría en 563. En su lugar, el emperador nombró obispo de Cartago al diácono Primoso, apocrisiario de Reparato. El nuevo metropolitano, que previamente a su designación se había adherido a la condena de los "Tres Capítulos", tomó posesión de su sede en contra de la voluntad del clero y del pueblo de Cartago, conculcando, pues, todas las normas canónicas. El día que ocupó la cátedra de San Cipriano se produjo tal alboroto en la iglesia, que fue necesaria la intervención de las fuerzas de orden público, cuya brutalidad provocaría un baño de sangre en el interior del santuario[101].

Tras la clausura del Concilio de Constantinopla de 553, también Primasio de Hadrumetum, relegado al monasterio de los acoimetas, se sumó a la condena de los "Tres Capítulos". A partir de este momento, las dos sedes africanas más importantes, Cartago, que ejercía su primado sobre toda la praefectura, y Hadrumetum, metrópolis de Byzacium, se hallaron presididas por obispos dispuestos a aplicar la política religiosa del gobierno de Constantinopla. Tarea nada fácil, si se tiene en cuenta que carecían del respaldo de muchas de sus sedes sufragáneas. La resistencia fue especialmente tenaz en la Zeugitana y la Numidia, donde la mayor parte de los prelados se negaron a comulgar con Primoso de Cartago, a quien consideraban un usurpador. Ahora bien, la presión de las autoridades imperiales, acabaría por doblegar su contumacia. En 555, el sínodo provincial de la Numidia decidía restablecer la comunión con el arzobispo de Cartago. Las habituales deposiciones y exilios acallarían las últimas voces disidentes. Así, el obispo Víctor de Tunnuna,

gracias al cual conocemos el desarrollo del conflicto en Africa, fue recluido en una celda del monasterio cartaginés de Mandracium, para a continuación ser enviado al destierro en las islas Baleares. Desde allí se le trasladaría a Egipto, donde pasó una larga temporada, antes de que el emperador le llamase a su presencia en 564. Como, desafiando las admoniciones del soberano y del patriarca de Constantinopla, insistiese en defender los "Tres Capítulos", terminó siendo confinado en diversos monasterios de la capital. A la muerte de Justiniano, todavía no se habían apagado por completo las brasas de la querella. En 567-568, su sobrino y sucesor, Justino II, se vio obligado a promulgar un edicto, reafirmando la autoridad del Concilio de Calcedonia, a fin de restablecer la calma en Occidente[102].

M. Vallejo Girvés considera que la llegada a la *Península Ibérica de eclesiásticos africanos durante el reinado* de Leovigildo, como el monje Nancto, que se estableció en las proximidades de Emerita, o el abad Donato y sus 70 monjes, que se instalaron en el levante, pero no en territorio bizantino, pudiera estar relacionada con la emigración de clérigos africanos contrarios a la política religiosa de Constantinopla. No en vano, si tan sólo hubiesen huido de la amenaza maura, como a veces se ha sugerido, podrían haber buscado refugio en el territorio imperial de Spania, pero prefirieron hacerlo en un estado romano-germánico, donde el clero católico se mostraba decididamente adverso a la condena de los "Tres Capítulos"[103].

Después del reinado de Justino II, no volvemos a tener noticias que nos permitan establecer la continuidad de la querella en el norte de Africa. De lo que se desprende que la política religiosa de Constantinopla acabó imponiéndose. Por el contrario, el conflicto se perpetuó durante décadas en la Península Itálica, al amparo de la invasión lombarda.

El papa Pelagio I (555-561), sucesor de Vigilio y en otros tiempos partidario de los "Tres Capítulos", había accedido a la cátedra de San Pedro por designación imperial, tras reconocer la autoridad del Concilio de Constantinopla de 553. No obstante, a su llegada a Roma, sabiendo cuan adverso era el episcopado italiano a las decisiones adoptadas en este sínodo, se apresuró a efectuar una profesión de fe, en la que reafirmaba solemnemente su adhesión al Concilio de Calcedonia y al Tomus Leonis. Acto seguido, inició una serie de gestiones, a fin de evitar que la Iglesia de la Galia merovingia, firme defensora de los "Tres Capítulos", se apartase de la comunión con Roma. En este sentido, sus esfuerzos dieron los frutos apetecidos, ya que, si bien, no pudo conseguir que el episcopado franco se sumase a la condena de los "Tres Capítulos", al menos logró conjurar la amenaza del cisma[104].

En el norte de Italia, no tendría tanto éxito. Los metropolitanos de Mediolanum y Aquileia, que habían roto la comunión eclesiástica con Roma en 555, continuaron negándose a acatar las resoluciones del Concilio de Constantinopla, durante todo el pontificado de Pelagio I. La invasión lombarda de 568 provocó la huída de los prelados de ambas ciudades a territorio imperial. El de Mediolanum se refugió en Genua, mientras que el de Aquileia lo hacía en Grado. Poco tiempo después, en el año 572, y gracias a la política de consenso desarrollada por la sede romana, el papa Juan III (561-574) lograría llegar a un acuerdo con Lorenzo, el obispo milanés en el exilio. No ocurrió lo mismo con Elías de Aquileia, que, a despecho de las presiones ejercidas por el exarca Smaragdo, se mantuvo fiel a la defensa de los "Tres Capítulos" hasta su muerte, acaecida en 586. Las autoridades bizantinas, en abierto contraste con la actitud conciliatoria del Pontificado, emplearon toda suerte de medios coercitivos con los cismáticos, a fin de forzar la unión. Sin embargo, el episcopado

de la provincia de Grado-Aquileia, tanto el que residía en territorio imperial como el que había quedado bajo dominio lombardo, cerró filas en torno al obispo Severo, sucesor de Elías, y continuó sin admitir la condena de los "Tres Capítulos"[105].

Gregorio I (591-604), en continuidad con la línea dialogante establecida por sus antecesores, invitó a Severo de Grado-Aquileia y a sus obispos a acudir a Roma, para pactar una salida al conflicto. Ahora bien, los cismáticos se negaron a atender la llamada del pontífice, y celebraron dos sínodos paralelos, uno en Grado, dentro de los territorios sometidos al poder imperial, y otro en un lugar desconocido de la zona dominada por los lombardos. Tras la clausura de la primera de estas asambleas, Severo despachó legados a Constantinopla, para explicar al emperador Mauricio su postura a favor de los "Tres Capítulos". Por su parte, los obispos de la zona lombarda enviarían al soberano una carta, cuyo texto conservamos, con idéntico propósito. La reina lombarda Teodolinda, esposa del rey Agilulfo (590-616), princesa de confesión católica, apoyó a los cismáticos y favoreció el desarrolló en su corte de un círculo eclesiástico que no admitía la condena de los "Tres Capítulos". El papa Gregorio intentó captar la voluntad de la soberana, aduciendo que el Concilio de Constantinopla de 553 no había conculcado las decisiones de Calcedonia, como erróneamente creían el metropolitano Severo y los obispos de su provincia. En 607, Candidiano, sucesor de Severo en la sede de Grado, llegó a un acuerdo con Bonifacio III, poniendo fin al cisma en territorio imperial. No obstante, los obispos de la Aquileia lombarda no volvieron a la comunión con Roma hasta el año 700[106].

A través del Registrum Epistolarum de Gregorio I, tenemos constancia de que, durante los últimos años del siglo VI,

se produjo un grave conflicto entre el episcopado de la provincia de Spania y las autoridades imperiales. Tres documentos fechados en agosto de 603 y remitidos al defensor ecclesiae Juan, quien había sido enviado a Spania por el propio pontífice, a fin de investigar los sucesos acaecidos y restablecer el orden eclesiástico, nos permiten adentrarnos en la problemática específica de los territorios hispanobizantinos. Se trata de un sumario de los hechos, al que se adjuntan una fórmula de sentencia y una selección de leyes referentes al caso extraídas del Corpus Juris Civilis. Este último dato nos revela que en Spania al igual que en el resto de las provincias del Imperio regía el derecho justinianeo[107].

De acuerdo con el sumario y la formula de sentencia, el gloriosus Comitiolus, que, como vimos en su momento, puede identificarse con el magister militum Spaniae Comenciolo, enviado por el emperador Mauricio hacia 589 para combatir a los godos, había depuesto y enviado al destierro al obispo Jenaro de Malaca, tras arrancarle con violencia de la iglesia, en la que se había acogido a derecho de santuario. Poco después, el mismo gobernador, haciendo uso de los poderes que le confería su cargo, había convocado un sínodo provincial, en el que se ratificó la destitución de Jenaro y se juzgó a otro obispo llamado Esteban, de sede desconocida[108]. Este último correría parecida suerte a su colega malacitano, ya que, habiendo sido hallado culpable de los cargos que se le imputaban, se vio despojado de su dignidad y relegado al exilio. Tanto Jenaro como Esteban apelaron a Roma, declarándose inocentes y acusando a Comenciolo y a los padres conciliares de haber procedido contra derecho civil y canónico. Según se desprende de nuestras fuentes, Esteban adujo que entre los obispos que le habían juzgado se encontraban algunos de sus peores enemigos, que la asamblea no había dudado en aceptar el testimonio de esclavos, y que, tras dictar sentencia, el

gobernador no sólo había confiscado sus bienes particulares, sino también propiedades de la Iglesia. El defensor Juan, enviado a Spania tras la ejecución del emperador Mauricio, se encontraba en una situación sumamente comprometida. Tenía instrucciones precisas de investigar los hechos acaecidos en la provincia y, en caso de probarse que Jenaro y Esteban habían sido condenados injustamente, reponerlos en sus respectivas sedes. Tarea nada fácil, ya que Comenciolo, recientemente fallecido, se había encargado de proveer a ambas de nuevos prelados. Por otra parte, el pontífice le había ordenado que, si se confirmaba la falsedad de las acusaciones vertidas contra éste y Esteban, apartase por seis meses de la comunión a aquellos obispos que habían participado en el sínodo provincial, para que, durante ese período, hiciesen penitencia recluidos en un monasterio. Sólo estaba autorizado a aliviar dichas penas, cuando se comprobase que el prelado en cuestión había actuado movido por temor al gobernador. Tanto si Jenaro y Esteban eran inocentes como si eran culpables, Gregorio exigía que las propiedades de la Iglesia que había confiscado Comenciolo, en su propio beneficio, fuesen devueltas a su legítima propietaria por los herederos del magister militum, ya que "el delito de la persona no debía revertir en daño de la Iglesia"[109].

Aparentemente, en la actuación de las autoridades del Imperio se habían producido algunas irregularidades. En primer lugar, Comenciolo, había enviado a varios de sus homines junto con un grupo de clérigos, para, mediante el uso de la fuerza, sacar a Jenaro de la iglesia donde se había refugiado, violando así el derecho de asilo, que el Codex Justinianus garantizaba. Desde luego, el procedimiento empleado por el magister militum puede considerarse expeditivo y contrario a derecho, y no resulta extraño que el pontífice decretase la inmediata deposición de los eclesiásticos que habían colaborado con él; pero, a pesar de

todo, se halla inscrito en la línea habitual de conducta de los gobernantes bizantinos[110]. Las fuentes literarias de la época nos refieren, con harta frecuencia, episodios parecidos. Los propios soberanos no dudaban en limitar el derecho de asilo en los santuarios, cuando perseguían a sus adversarios políticos o religiosos. Justiniano lo consideró inaplicable en los casos asesinato, adulterio, sodomía, violación o rapto. Especial escándalo causó el proceder de la emperatriz Teodora, que, en varias ocasiones, arrancó con violencia a sus enemigos personales de los recintos sagrados, en donde habían buscado refugio[111].

En segundo lugar, Comenciolo había juzgado y condenado a Jenaro contra la praescriptio fori, de la cual gozaba en virtud de su dignidad episcopal. De hecho, el emperador Teodosio II había especificado, a través de una constitución promulgada en 430, que los obispos no podían ser procesados ante los tribunales seculares por ningún tipo de causa criminal, privilegio que Justiniano confirmaría en 546, haciéndolo extensible a las causas civiles. Sólo un sínodo eclesiástico tenía potestad para juzgar a un prelado. No obstante, la Lex Novella de 546, admitía la posibilidad de que un obispo fuese citado ante un tribunal laico o militar, tras obtener la autorización del metropolitano de su provincia, o por mandato imperial. Así, en los primeros años del reinado de Justiniano, nos consta que, a instancias del soberano, varios obispos orientales de origen senatorial, acusados del crimen de sodomía, tuvieron que comparecer ante el tribunal del praefectus urbis Constantinopolis[112].

Por último, en el proceso seguido contra Esteban, que se llevó a cabo ante un sínodo provincial, respetando todos los requisitos legales, los padres conciliares no habían dudado en aceptar el testimonio de los esclavos, cuando la legislación imperial establecía expresamente que éstos no podían acusar ni

testificar contra sus amos, excepto en procesos de laesa maiestas[113]. Ahora bien, M. Vallejo Girvés, basándose en la selección de textos legales remitida por el papa Gregorio I al defensor Juan, sugiere la posibilidad de que Jenaro y Esteban hayan sido acusados, precisamente, del crimen maiestatis[114].

Nada se opone a tal interpretación; aunque, desde luego, el hecho de que a ambos obispos se les imputasen cargos de alta traición no significa que éstos tuviesen una base real. Como ya hemos visto, las autoridades bizantinas solían atribuir a los eclesiásticos defensores de los "Tres Capítulos" crímenes de la más variada índole, procesándolos y condenándolos por delitos que no habían cometido. Tal fue el caso del obispo Reparato de Cartago, a quien se envió injustamente al destierro, como cómplice del dux Numidiae Guntarico en el asesinato del magister militum Africae Areobindo. Por otra parte, conviene recordar que la pena de deposición y destierro, impuesta a Jenaro y Esteban, era la habitualmente dictada por los representantes del gobierno de Constantinopla contra todos aquellos prelados que se oponían a la política religiosa oficial. Además, estos dos no fueron los únicos obispos de la provincia de Spania perseguidos, durante los últimos años del reinado de Mauricio. Entre 595 y 602, el propio titular de la sede metropolitana, Liciniano de Carthago Spartaria, viajó a Constantinopla, donde, según nos refiere Isidoro, moriría envenenado por su émulos[115].

Puesto que, cronológicamente, el episcopado y muerte de Liciniano coinciden con el período de enfrentamiento entre las autoridades de la provincia imperial de Spania y sus más destacados líderes eclesiásticos, no parece que pueda albergarse duda sobre la existencia de un nexo común que relaciona toda esta serie de acontecimientos. De acuerdo con A. Barbero, lo más probable es que Liciniano, en su calidad de metropolitano de

Spania, fuese llamado a presencia del emperador por instigación de sus adversarios, a fin de dar cuenta de lo acaecido. Se trataba del procedimiento usual, aplicado por la monarquía, con los obispos que se resistían a secundar la política religiosa oficial[116]. Isidoro no menciona cuáles fueron las causas del conflicto entre Liciniano y sus adversarios, pero, dado que se produjo de manera simultánea al comienzo de la represión contra los cismáticos del norte de Italia, nos inclinamos a creer que se hallaba estrechamente relacionado con la cuestión de los "Tres Capítulos".

No hay que olvidar que, según la declaración efectuada por el obispo Dacio de Mediolanum en 551, las iglesias hispánicas se negaron a aceptar, desde un primer momento, la condena de los "Tres Capítulos". Isidoro, principal representante de esta corriente hostil a la política religiosa de Bizancio dentro de la Iglesia del reino visigodo, considera que el emperador Justiniano y todos los adversarios de los "Tres Capítulos" han conculcado la autoridad del Concilio de Calcedonia, adhiriéndose a una cristología monofisita. De ahí que no dude en calificar al soberano bizantino de acéfalo, e ignore deliberadamente las decisiones del Concilio de Constantinopla de 553[117].

De todos modos, es preciso señalar que el obispo hispalense emplea el término acéfalo con una absoluta falta de precisión. En su origen, los acéfalos fueron una secta monofisita, surgida en Alejandría, tras la publicación del Henotikon del emperador Zenón en 482, que, como se recordará, pretendía establecer una formula de consenso entre calcedonenses y monofisitas. Los miembros de este grupo se separaron de la obediencia al patriarca, quien, a su juicio, había claudicado ante sus enemigos. Carentes de un líder representativo, comenzaron a ser conocidos como acephaloi, es decir, sin cabeza.

Desde mediados del siglo VI, el término pasó a usarse en Occidente con un sentido genérico, para designar a los adversarios del Concilio de Calcedonia y de "Tres Capítulos". El diácono romano Rústico, sobrino del papa Vigilio, contribuyó a divulgarlo con su obra Contra Acephalos diputatio. Y es esta acepción la que utiliza Isidoro[118].

El II Concilio de Hispalis, celebrado en el año 619, poco después de la caída de Malaca en manos de los visigodos, contiene un largo pasaje, que pone de relieve la importancia del conflicto de los "Tres Capítulos" en la provincia bizantina de Spania y su proyección sobre el reino visigodo. En el canon XII de este sínodo provincial de la Baetica, que se reunió en la basílica hispalense de la Sagrada Jerusalén, bajo la presidencia del metropolitano Isidoro, se relata como se presentó ante los padres conciliares "cierto sirio de la herejía de los acéfalos, que afirmaba ser obispo y que negaba la existencia de dos naturalezas en Cristo, y afirmaba que la deidad podía padecer... Tras muchas y largas controversias, finalmente, iluminado por la gracia divina adjuró de su propia herejía delante de todos los presentes y confesó dos naturalezas y una persona en un mismo e idéntico Señor Nuestro Jesucristo, creyendo que la naturaleza de la divinidad era impasible y que sólo la humanidad aceptó las debilidades de la pasión y de la cruz"[119].

Este obispo de origen sirio, que según Braulio de Caesaraugusta se llamaba Gregorio, bien pudo ser el titular de alguna sede ubicada en los territorios hispanobizantinos, recientemente conquistados por los visigodos. Las actas del sínodo hispalense de 619 nos lo presentan como un monofisita, que rechazaba la existencia de dos naturalezas en el Verbo encarnado y sostenía el carácter pasible de la divinidad. Ahora bien, como ya hemos indicado, los eclesiásticos partidarios de los "Tres

Capítulos" pensaban que quienes reconocían las decisiones adoptadas por el Concilio de Constantinopla de 553, en realidad, estaban conculcando el credo de Calcedonia, y, por consiguiente, profesaban una cristología monofisita. Teniendo en consideración este hecho, lo más probable es que Gregorio fuese un obispo fiel a la política religiosa del gobierno imperial, al que los prelados visigodos atribuyeron, de acuerdo con su manera de enfocar el problema, las típicas creencias del monofisismo radical[120].

En cualquier caso, resulta obvio que la defensa de los "Tres Capítulos" tenía el suficiente arraigo en las iglesias peninsulares, como para convertirse en causa de enfrentamiento entre las autoridades imperiales y el episcopado de la provincia de Spania. El estado bizantino se hallaba especialmente interesado en forjar la unidad religiosa del Imperio en torno al dogma dictado desde Constantinopla. No resulta nada extraño, ya que el poder imperial poseía una justificación teológica y, por tanto, cualquier desviación de la ortodoxia definida por la corte podía conducir a cuestionar el mismo.

Especialmente necesario se consideraba que los obispos comulgasen con el credo oficial, ya que si bien no eran funcionarios, el estado solía emplearlos para desempeñar tareas de control político, social y económico sobre las comunidades urbanas y los dignatarios imperiales de las provincias. Justiniano incrementó de manera sustancial la potestad de los prelados, al confiarles el cuidado de las prisiones, la administración financiera de las ciudades y la inspección de la actividad de los gobernadores civiles provinciales. El obispo, junto con sus diáconos dedicados a la administración de los bienes eclesiásticos, los ecónomos, debía ayudar a que la ciudad satisficiese las cargas fiscales, colaborando con los notables

del lugar en la revisión de la contabilidad municipal. Por otra parte, los prelados estaban investidos de autoridad judicial, y desempeñaban funciones arbitrales, en aquellos casos en los que el gobernador civil quebrantaba la ley o mantenía un pleito con la provincia. Los emperadores bizantinos del siglo VI, conscientes de que fuera de la capital no podían limitar el poder de los altos funcionarios y oficiales del ejército mediante la acción de los cubicularii, optaron por emplear a los jerarcas de la Iglesia, en su calidad de representantes de las oligarquías urbanas, para controlar, de manera simultánea, a la comunidad y a los administradores de la provincia[121].

Sin embargo, no hay que olvidar que precisamente por tratarse de miembros de la nobleza local, los obispos compartían los intereses de clase de este grupo, y, a menudo, se convirtieron en sus más celosos defensores frente a las autoridades imperiales. El principal problema al que se enfrentaba la aristocracia provincial bizantina, tanto en Spania, como en cualquier otra parte del Imperio, estaba relacionado con la recaudación y pago de impuestos. Los obispos, que tenían la obligación de supervisar la administración fiscal, sabían mejor que nadie hasta que punto podía resultar pesada esta carga y, desde luego, estaban al tanto de los abusos que sufrían los propietarios por parte de los gobernadores civiles y militares.

A falta de un discurso laico y racional, la protesta hubo de canalizarse a través de la disidencia religiosa. En las provincias orientales, las tendencias centrífugas de la población autóctona se manifestaron mediante la organización de las iglesias monofisitas, que opusieron al estado bizantino una estructura de poder paralelo. En el caso de Occidente, y más concretamente en el de Spania, la defensa de los "Tres Capítulos" también parece haberse articulado como un vehículo de oposición

a los dictados de Constantinopla. No olvidemos que entre los obispos que experimentaron la persecución de las autoridades bizantinas en la Península Ibérica, se encontraban los de Carthago Spartaria y Malaca, las dos sedes más importantes de la provincia de Spania. A tenor de la deposición de Jenaro y de la llamada de Liciniano a la corte, cabe deducir que el emperador estaba interesado en colocar a partidarios del dogma oficial al frente de estos obispados. Los monarcas visigodos de comienzos del siglo VII, defensores de una Iglesia que rechazaba el Concilio de Constantinopla de 553 y defendía la ortodoxia de los "Tres Capítulos", debieron encontrar, a medida que avanzaban por territorio imperial, las simpatías de ciertos sectores del clero hispanobizantino y, por supuesto, las de la nobleza provincial, harta de la elevadas exacciones fiscales a que estaba sometida por los representantes del basileus. Todo ello, nos ayuda a comprender mejor la rápida asimilación de esta zona al reino de Toledo.

NOTAS.

1. CJ, I, 27, 1; VALLEJO GIRVES, M., Bizancio y la España Tardoantigua (SS. V-VIII): Un capítulo de historia mediterráneo, Alcalá de Henares, 1.993, pp. 354-355.

2. PROC., De bellis, IV, 5, 5-7; 20, 30; GEORG. CYPR., Descript. orb. Rom., 668-674.

3. PRINGLE, D., The Defence of Byzantine Africa from the Justinian to the Arab Conquest, Oxford, 1.981, p. 65.

4. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 354-355.

5. CJ, I, 27, 1.

6. CJ, I, 27, 2. Sobre las guarniciones baleares, cf. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 355.

7. CJ, I, 27, 1-2; PROC., De bellis, III, 25, 3-5; IV, 13, 19; 20, 30-33. Sobre los problemas que plantean las provincias occidentales del norte de Africa, cf. DIEHL, Ch., L'Afrique byzantine, París, 1.896, p. 469; DUVAL, Y., "La Maurétanie sitifienne à l'époque byzantine", Latomus, 29, 1.970, pp. 157-161; PRINGLE, D., op. cit., pp. 64-65.

8. PROC., Aed., VI, 7, 9-10; De bellis, IV, 20, 30-31; GEORG. CYPR., Descript. orb. rom., 668-674; DIEHL, Ch., op. cit., p. 334; DUVAL, Y., art. cit., pp. 159-160.

9. GEORG. CYPR., Descript. orb. rom., 670-674, ed. H. Gelzer, p. 34; ed. E. Honigman, p. 57. Jorge de Chipre agrupa en la provincia de Spania las islas de Maiorica y Minorica y un misterioso Mesopotamenoi, que VALLVE, J, "Nuevas ideas sobre la conquista árabe de España. Toponimia y Onomástica", Al-Qantara, 10, 1.989, pp. 129-130, identifica con la región situada entre los ríos Segura y Guadaletín o Sangonera, localización que incluye a Carthago Spartaria. Por tanto, debemos concluir que la enumeración de Jorge de Chipre hace referencia a lo principales núcleos que componían la provincia de Spania.

10. DIEHL, Ch., op. cit., pp. 260-261.

11. GOUBERT, P., "Administration de l'Espagne byzantine. II. Les provinces", REB, IV, 1.946, pp. 73-77.

12. PRINGLE, D., op. cit., pp. 42; 65.

13. CIL, II, 3.420; IHC, 176.

14. GOUBERT, P., "Byzance et l'Espagne wisigothique", REB, II, 1.944, p. 18; "Administration de l'Espagne byzantine. II. Les provinces", Ibid., IV, 1.946, pp. 81-82; THOMPSON, E. A., Los godos en España, Madrid, 1.971, pp. 367-369.

15. BARBERO, A., "Las divisiones eclesiásticas y las relaciones entre la iglesia y el estado en la España de los siglos VI y VII", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992, pp. 188-193; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 309.

16. GREG. TUR., Hist. Eccl., V, 38; VI, 18.

17. Bajo el reinado de Justiniano, se otorgaron, con cierta frecuencia, a un mismo personaje las dignidades civiles y militares, correspondientes a aquellas provincias y praefecturae, que se hallaban amenazadas por conflictos bélicos. De este modo, un solo individuo ejercía, a un tiempo, las funciones aparejadas a la dignidad civil y a la militar. Lo que ya no resultaba tan común, era que en una misma dignidad se concentrasen ambas funciones. El 18 de marzo de 536, la Cappadocia Prima recibió como gobernador un proconsul de rango spectabilis, investido de poderes civiles y militares, y al que además se le asignaron las atribuciones del antiguo comes domorum, administrador general de los fundos de la domus divina en la provincia, razón por la cual era responsable ante el praepositus sacri cubiculi. Sin embargo, se trató de un caso excepcional, dictado por la necesidad de poner fin a la corrupción de los comites domorum, quienes, a cambio de sobornos, habían permitido que los grandes propietarios de la Cappadocia depusieran a funcionarios imperiales de grado inferior y se apropiaran de rentas y tierras pertenecientes a la corona, a través de la acción de bandas armadas de bucellarii dirigidas por sus propios intendentes; cf. JUST., Nov., XXX.

18. CJ, I, 27, 2; PROC., De bellis, IV, 21, 9-10; 25, 8.

19. CJ, I, 27, 1.

20. GRIERSON, Ph., "Una ceca bizantina en España", Numario Hispánico, IV, 1.955, pp. 305-314.

21. DIEHL, Ch., op. cit., pp. 476-477; JONES, A. H. M., The Later Roman Empire. 284-602, Oxford, 1.964, pp. 312-313; GOUBERT, P., Byzance avant l'Islam, II, Byzance et l'Occident sous les successeurs de Justinien, II, Rome, Byzance et Carthage, París, 1.965, pp. 49-57; 78-79; 185-203.

22. DIEHL, Ch., op. cit., pp. 494-495; PRINGLE, D., op. cit., pp. 60-65.

23. CIL, II, 3.420; IHC; 176; GREG. I, Ep., XIII, 46; GOUBERT, P., "Administration de l'Espagne byzantine. II. Les Provinces", pp. 72-77.

24. GREG. I, Ep., I, 46-47; 59; IV, 25; VIII, 12; IX, 17; 53; 65; 195, XI, 12; PRINGLE, D., op. cit., pp. 58-59; 62.

25. GREG. I, Ep., I, 46-47; 59; IV, 25; V, 38; VII, 3; IX, 70; 195; PRINGLE, D., op. cit., p. 43.

26. GREG. I, Ep., I, 39; 46-48; 56; 59; IV, 25; V, 38; IX, 53; 68; 99; 102; 159-160; X, 10.

27. DIEHL, Ch., Etudes sur l'administration byzantine dans l'exarchat de Ravenne, París, 1.888, pp. 152-155; GOUBERT., P., Byzance avant l'Islam, II, Byzance et l'Occident sous les sucesseurs de Justinien, II, Rome, Byzance et Carthage, p. 62; PRINGLE, D., op. cit., p. 59.

28. BELTRAN, A., "Topografía de Carthago Nova", AEA, XXI, 1.948, pp. 210-212, sitúa el palacio que Polibio atribuyó a Asdrúbal en el actual Molinete. Es posible que en esta misma zona haya que buscar una tradición palacial que pueda prolongase desde la época cartaginesa, pasando por la romana, hasta la bizantina, como ocurre en Cartago con la Byrsa, ya que MARTINEZ ANDREU, M., "La muralla bizantina de Carthago Nova", AC, II, 1.985, p. 132, fig. 1, incluye esta zona dentro del área de hallazgos tardorromanos.

29. ELLIS, P. S., An Archeological Study of Urban Domestic Hausing in the Mediterranean A.D. 400-700, (Tesis doctoral dactilografiada), Oxford, 1.983, pp. 18-22; 197; 201-202.

30. DIEHL, Ch., op. cit., pp. 119-225.

31. GREG. I, Ep., II, 34; VIII, 19; IX, 112; 121; 174; 200; 205-206; JONES, A. H. M., op. cit., pp. 654-679; GOUBERT., P., op. cit., pp. 268; RAVEGNANI, G., Soldati di Bisanzio in età giustinianea, Roma, 1.988, p. 36.

32. ISID., Hist. Goth., 49; PAUL DIAC., Hist. Lang., III, 21; BARBERO A.-VIGIL, M.,"Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: cántabros y vascones desde fines del Imperio romano hasta la invasión musulmana", Sobre los orígenes sociales de la Reconquista, Barcelona, 1.974, pp. 71-75.

33. GARCIA MORENO, L. A., "Organización militar de Bizancio en la Península Ibérica (SS. VI-VII)", Hispania, 33, 1.973, pp. 5-22. Sobre la mención en las fuentes a las civitates y a los castra, cf. JOH. BICL., Chron., a. 570, 2; 571, 3; GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 8; ISID., Hist. Goth., 49; 61-62; FREDEG., Chron., IV, 33; Cont. Hisp., 13.

34. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 376-377.

35. IHC, 176; JOH. BICL., Chron., a. 571, 3; MARTINEZ ANDREU, M., "La muralla bizantina de Carthago Nova", pp. 129-152; MATEU Y LLOPIS, F., "La ceca visigoda de Córdoba, notas sobre acuñaciones", Boletín de la Real Academia de Bellas Artes, Ciencias y Nobles Artes de Córdoba, XX, 1.949, pp. 50-51; GISBERT, SANTOJA, J. A., "Dianium", Arqueología en Alicante 1.976-86, Alicante, 1.986, pp. 25-27; LLOBREGAT, E. A., Teodomiro de Oriola, su vida y su obra, Alicante, 1.973, pp. 27-29; 34.

36. ISID., Etymolog., XV, 2, 13; PRINGLE, D., op. cit., pp. 140-145.

37. ISID., Hist. Goth., 58.

38. SERRANO RAMOS, E.-ATENCIA PAEZ, R., "La necrópolis de época visigoda de "El Tesorillo" (Teba, Málaga)", I Congreso de Arqueología Medieval Española, (Huesca 1.985), II, Zaragoza, 1.986, pp. 279-295.

39. SALVADOR VENTURA, F., Hispania meridional entre Roma y el Islam. Economía y sociedad, Granada, 1.990, p. 43; VALLEJO GIRVES, op. cit., p. 386.

40. TORO MOYANO, I.-RAMOS LINAZA, M., "Las necrópolis de Las Delicias y el Almendral. Dos necrópolis visigodas en el llano de Zafarraya (Granada)", II Congreso de Arqueología Medieval Española, Madrid, 1.987, pp. 386-393; LUQUE MORAÑO, A. de, "Necrópolis visigoda II de Villanueva del Rosario (Málaga)", Mainake, I, 1.979, pp. 165-178; SALVADOR VENTURA, F., op. cit., p. 175.

41. GONZALEZ BLANCO, A., "El decreto de Gundemaro y la historia del siglo VII", AC, III, 1.986, p. 159; "La provincia bizantina de Hispania. Carthago Spartaria, capital administrativa",

Historia de Cartagena, V, Alta Edad Media. Siglos V al XIII, Murcia, 1.986, p. 56. MATILLA SEIQUER, G.-PELEGRIN GARCIA, I., "El Cerro de La Almagra y Villaricos. Sobre el poblamiento urbano y su entorno en los siglos de la Antigüedad Tardía", AC, II, 1.985, pp. 281-296; "El Castillo de Garres: una fortaleza tardía en la Vega de Murcia", Ibid., V, 1.988, pp. 353-401; SALVADOR VENTURA, F., op. cit., p. 176; VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 387; ROSELLO CREMADES, N., "Vistalegre", Arqueología en Alicante 1.976-86, Alicante, 1.986, pp. 110-111.

42. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 388-390.

43. LEWIS, R., Naval Power and Trade in the Mediterranean A.D. 500-1.100, Princeton, 1.951, pp. 26-27.

44. PRINGLE, D., op. cit., pp. 74-77.

45. BARBERO, A.-VIGIL, M., La formación del feudalismo en la Península Ibérica, Barcelona, 1.978, pp. 86-88.

46. VIVES, pp. 163-164.

47. GOUBERT, P., Byzance avant l'Islam, II, Byzance et l'Occident sous les successeurs de Justinien, II, Rome, Byzance et Carthage, pp. 71-72; DIEHL, Ch., op. cit., pp. 397-398.

48. GREG. I, Ep., II, 27; IV, 44; VII, 22; VIII, 22; GOUBERT, P., op. cit., pp. 70-71; BARBERO, A.-VIGIL, M., "Algunos aspectos de la feudalización del reino visigodo en relación con su organización financiera y militar", Sobre los orígenes sociales de la Reconquista, pp. 125-126. La legislación imperial no admitía que los oficiales y funcionarios públicos adquiriesen propiedades fundarias en la provincia donde prestaban sus servicios. Pero no tenía inconveniente en que se convertiesen en enfiteutas. Y en época justinianea, la enfiteusis era ya un derecho real, transmisible a los herederos, que atribuía un poder análogo al de la propiedad, si bien sujeto al pago de un canon anual. Las leyes también vedaban a todos los que ejercían algún cargo oficial en una provincia que no fuese la suya de origen, el derecho a contraer matrimonio con una mujer nacida en esa circunscripción o domiciliada en la misma. Sin embargo, no estaba prohibido que celebrasen la ceremonia de esponsales, de modo que, después de haber cesado en su cargo, pudiesen formalizar la unión legal. Igualmente, estaban autorizados a casar a sus hijos en la provincia. Y, lo que es más, de acuerdo con un rescripto imperial del emperador Gordiano (238-244), fechado en 239, y aún vigente bajo el reinado Justiniano, si un cargo público contraía matrimonio en la provincia donde ejercía su oficio, contra los mandatos imperiales, y manifestaba su voluntad de continuar

ligado a la mujer con la que convivía, después de cesar en su oficio, el matrimonio adquiría validez legal y los hijos nacidos de él se consideraban legítimos. Cf. Dig., XXIII, 2, 38; 65; CJ, V, 4, 6; XI, 71, 2; 5.

49. BREHIER, L., "Les Colonies d'Orientaux en Occident au commençement du Moyen Age. V-VIII siècle", Byz. Zschr., XII, 1.903, p. 8; BAYNES, N., El Imperio bizantino, México, 1.974, (prim. ed. ingl., 1.925), pp. 212-213.

50. PIRENNE, H., Mahoma y Carlomagno, Madrid, 1.978, pp. 66-117; 228-229.

51. HYDAT., Chron., 177. El ejército bizantino utilizó los servicios de los comerciantes orientales, para obtener noticias sobre el potencial bélico del enemigo y la situación interna de los territorios que pretendía ocupar. En este aspecto, el caso de la expedición contra los vándalos resulta enormemente ilustrativo. Durante una escala en Sicilia, Procopio fue enviado por Belisario a Arethusa, el puerto siracusano donde residía una de las más importantes colonias de mercaderes orientales de todo Occidente, a fin de recabar noticias sobre lo que estaba ocurriendo en el reino vándalo. El secretario del general tuvo la fortuna de encontrar allí a un amigo de la infancia, oriundo como él de Caesarea de Palestina, y que, a la sazón, comerciaba con el norte de Africa. Este personaje puso en contacto a Procopio con uno de sus agentes, que acababa de regresar de Cartago. Se trataba de un individuo providencial, ya que no sólo informó a Procopio y Belisario de los últimos acontecimientos acaecidos en el interior del reino vándalo, sino que, además, se hizo cargo de guiar a la armada imperial hasta Africa, a través de la ruta más segura, cf. PROC., De bellis, III, 14, 7-13.

52. VPE, IV-VI; IX.

53. VIVES, J., Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda, Barcelona, 1.942, pp. 418-419; 425-426. En la provincia bizantina de Spania, sólo se han hallado dos inscripciones griegas, ambas en Carthago Spartaria, Vives, J, Ibid., pp. 422-423.

54. Ep. Wisig., 3-6.

55. HORM., Ep., 26.

56. Vit. Gregent., 50-53. Este texto hagiográfico consetvado en un manuscrito Sinaítico parece haber sido redactado entre 580 y 630. Aunque en ocasiones se ha llegado a cuestionar la historicidad del relato e incluso la misma existencia de

Gregencio, como señala BURY, J. B., History of the Later Roman Empire. From the death to Theodosius I to the Death of Justinian, II, Londres, 1.923, p. 327 y n. 1, no existen razones válidas para negar que la tradición contenga datos objetivos.

57. ISID., De vir. illustr., XXXI.

58. GREG. I, Dial., III, 31.

59. LEONT., Vit. Joh. Eleem., 9.

60. CASSIOD., Var., V, 35.

61. PROC., De bellis, III, 24, 11.

62. VPE, III, 2.

63. JOH. BICL., Chron., a. 571; 584; HILDEPH., De vir. illustr., 4.

64. GREG. I, Ep., I, 41; V, 53; 53a; IX, 227-230; XIII, 47-50.

65. THOMPSON, E. A., Los godos en España, Madrid, 1.971, p. 34.

66. GREG. TUR., Hist. Franc., IX, 22.

67. GREG. I, Ep., I, 41a.; PAUL. DIAC., Vit. Greg., 8.

68. VALENT. III, Nov., 33; VPE, IX, 24; XV, 35; LJ, VII, 3, 3; XI, 3, 1. La continuidad del tráfico de esclavos en el Mediterráneo y el monopolio que ejercían los mercaderes sirios y judíos en este sector, se encuentran atestiguados desde la primera mitad del siglo V, cf. THEODORET., Ep., LXXII; GREG.I, Ep., VII, 21; IX, 104; 123; 213; 215; Passio S. Iuliae, 2.

69. POUNDS, N. J. G., Historia económica de la Europa medieval, Barcelona, 1.981, pp. 86-90.

70. GARCIA MORENO, L. A., "Colonias de comerciantes orientales en la Península Ibérica. S. V-VII", Habis, 3, 1.972, pp. 134-136; BELTRAN, A., "Notas para el estudio de los bizantinos en Cartagena", III Congreso Arqueológico del Sudeste Español, Murcia, 1.947, pp. 294-309; BLAZQUEZ, J. M., Economía de la Hispania romana, Bilbao, 1.978, pp. 640-646. Según se desprende de la correspondencia GREG. I, Ep., IX, 227a; 228; XIII, 47, a fines del siglo VI, las comunicaciones entre Roma y Malaca funcionaban con cierta fluidez, lo que demuestra que el puerto de esta última se hallaba integrado en las rutas mercantiles de la época.

71. FULFORD, M. J., "Carthage: Overseas Trade and the Political Economy, c. A.D. 400-700", Reading Medieval Studies, 6, 1.980, pp. 68-80; HODGES, R.-WHITEHOUSE, D., Mohammed, Charlemagne & the Origins of Europe, Ithaca, Nueva York, 1.983, pp. 26-30; FULFORD, M. J.-PEACOK, D. P. S., The Avenue du President Habib Bourguiba, Salambo: The Pottery and other Ceramic Objets from the Site. Excavations at Carthage: The British Mission, I.2, Sheffield, 1.984, pp. 114; 259-262; JARREGA DOMINGUEZ, R., "Notas sobre la importación de cerámicas finas (Sigillata Clara D) en la costa oriental de Hispania durante el siglo VI e inicios del VII d.C.", II Congreso de Arqueología Medieval Española, Madrid, 1.987, pp. 337-344; OLMO ENCISO, L., "El reino visigodo de Toledo y los territorios bizantinos. Datos sobre la heterogeneidad de la Península Ibérica", Coloquio Hispano-Italiano de Arqueología Medieval, (La Alhambra, 18 al 21 de abril de 1.990), Granada, 1.992, pp. 190-193.

72. GREG. I, Ep., IX, 159.

73. CTh., XIII, 5, 4; 8, constata la existencia de navicularii hispanos en el siglo IV. Más difícil resulta determinar si los naucleri a los que se refiere CASSIOD., Var., V, 35, eran de origen itálico o tenían su asiento en puertos peninsulares. En este último caso, nos hallaríamos ante un testimonio singular sobre la pervivencia de las viejas corporaciones romanas de navieros en la Hispania de comienzos del siglo VI.

74. HYDAT., Chron., 200; ; Chron. Gall. a. DLI, 633-634; PROC., De bellis, III, 7, 11; Chron. Caesaraug. rel., a. 460; MAR. AVENT., Chron., a. 460, 1-2; ISID., Hist. Goth., 76.

75. BELTRAN, A., art. cit., pp. 191-224.

76. GREG. TUR., Hist. Franc., IV, 43; LJ, XII, 2, 18; JONES, A. H. M., op. cit., p. 699.

77. GARCIA MORENO, L. A., art. cit., p. 150.

78. ISID., Etymolog., XV, 2, 45; LJ, XI, 3, 2.

79. CTh., IV, 13, 1; XI, 28, 3; XII, 1, 97; CJ, IV, 61, 4; 62, 4; CASSIOD., Var., V, 39. Para el problema de los vectigalia en el Bajo Imperio romano, cf. DELMAIRE, R., Largesses sacrées et res privata, Roma, 1.989, pp. 276-297

80. ZOSIM., Ep., 16, VPE, V, 12.

81. GARCIA MORENO, L. A., art. cit., pp. 151-152; "Las invasiones y la época visigoda. Reinos y condados cristianos", Historia de España, II, Romanismo y Germanismo. El despertar de los pueblos hispánicos (Siglos IV-X), ed. Tuñón de Lara, Barcelona, 1.981, p. 331.

82. ZOS., Hist. Nov., II, 38, 2; EVAGR, Hist. Eccl., III, 39-41; CTh., VII, 20, 3; 9; XIII, 1, 1-4; 6-7; 10; 12-13; 3, 2; 4, 4; 5, 5; 17; XVI, 2, 8; 10; 14-15; CJ, XI, 1, 1. Sobre el chrysargyron, cf. BURY, J. B., A History of the Later Roman Empire. From Arcadius to Irene (395 A.D. to 800 A.D.), Londres, 1.889, p. 301; JONES, A. H. M., op. cit., pp. 431-432; 871-872; 1.178-1.179; OSTROGORSKY, G., Historia del estado bizantino, Madrid, 1.984, p. 79; DELMAIRE, R., op. cit., pp. 354-374.

83. CTh., XIII, 1, 13; CASSIOD., Var., II, 26; 30; V, 39; JUST., App., VII, 18; ISID., Etymolog., XV, 2, 45. Sobre la continuidad de la recaudación del chrysargyron en Occidente, cf. DELMAIRE, R., op. cit., pp. 371-374.

84. ISID., Hist. Goth., 16: Unde et hucusque Romani, qui in regno Gothorum consistunt, adeo eos amplectuntur, ut melius sit illis cum Gothis pauperes vivere quam inter Romanos potentes esse et grave iugum tributi portare. A partir del ut todo el texto ha sido tomado de OROS., Adv. pag., VII, 41, 7. No obstante, el empleo de unde et hucusque, nos indica que Isidoro utiliza las palabras de Orosio, para describir una realidad contemporánea.

85. PROC., De bellis, IV, 8, 25.

86. VIVES, pp. 38; 64. Sobre el rango metropolitano de Carthago Spartaria en tiempos de Celsino, cf. ORLANDIS, J.- RAMOS LISSON, D., Historia de los concilios de la España romana y visigoda, Pamplona, 1.986, pp. 131-132, quienes, sin embargo, se equivocan al afirmar que la ciudad estaba bajo dominio bizantino en el momento de la celebración del Concilio de Valentia.

87. ISID., De vir. illustr., XXIX; BARBERO, A. "Las divisiones eclesiásticas y las relaciones entre la Iglesia y el estado en la España de los siglos VI y VII", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992, pp. 188-193.

88. MADOZ, J., Liciniano de Cartagena y sus cartas. Edición crítica y estudio histórico, Madrid, 1.948.

89. LIC., Ep., I.

90. Ibid., II; MADOZ, J., "Un caso de materialismo en la España del siglo VI", Revista Española de Teología, VIII, 1.948, pp. 203-230; PLATERO, J. A., Liciniano de Cartagena y su doctrina espiritualista, Oña, 1.946.

91. LIC., Ep., III.

92. ISID., De vir. illustr., XXX.

93. GREG. I, Ep., XIII, 46.

94. VIVES, pp. 138; 185; 223-224; 288; JOH. BICL., Chron., a. 570.

95. Not. prov. et civ. Afr., Sard., 1; 4; 7-8; GOUBERT, P., "Administration de l'Espagne byzantine. II. Les Provinces", REB, IV, 1.946, p. 102.

96. BARBERO, A., "El Conflicto de los Tres Capítulos y las iglesias hispánicas en los siglos VI y VII", La sociedad visigoda y su entorno histórico, Madrid, 1.992, pp. 136-167.

97. HEFELE, K. J. von, History of the Councils of the Church, IV, Edimburgo, 1.895, pp. 229-258; STEIN, E., Histoire du Bas Empire, II, París, 1.959, pp. 632-643; BECK, H.-G., "La primitiva Iglesia bizantina", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, Barcelona, 1.979; pp. 612-616.

98. HEFELE, K. J., op. cit., pp. 259-264; DIEHL, C., L'Afrique byzantine, París, 1.896, pp. 434-439; STEIN, E., op. cit., II, pp. 644-646; BECK, H.-G., op. cit., p. 616-617.

99. Ep. Merowing. 4: "Ecce ego et pars omnium sacerdotum, inter quos eclesia mea constituta est, id est Galliae, Burgundiae, Spaniae, Ligorie, Aemiliae atque Venetiae, contestor, quia, quicumque in edicta ista consinserit, suprascriptarum provinciarum ponteficis conmunicatoris habere non poterit, qui constat apud me edicta ista sanctam synodum Calchydoninsem et fidem catholicam perturbare".

100. HEFELE, K. J. von, op. cit., IV, pp. 286-351; STEIN, E., op. cit., II, pp. 651-675; BECK, H.-G., op. cit., pp. 617-619.

101. VICT. TONN., Chron., a. 551-552; HEFELE, K. J., op. cit., pp. 268; DIEHL, C., op. cit., pp. 439-444.

102. VICT. TONN., Chron., a. 552; 554-556; 563; 565; ISID., De vir. illustr., XXV; HEFELE, K. J. von, op. cit., pp. 269; 353-354; DIEHL. C., op. cit., pp. 444-449; STEIN, E., op. cit., II, pp. 679-683.

103. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 410-411.

104. HEFELE, K. J. von, op. cit., IV, pp. 354-356; STEIN, E., op. cit., II, pp. 672-673.

105. HEFELE, K. J. von, op. cit., IV, pp. 356-358.

106. HEFELE, K. J. von, op. cit., IV, pp. 358-365; EWIG, E., "La labor misionera de la Iglesia latina", Manual de Historia de la Iglesia, II, La Iglesia imperial después de Constantino hasta fines del siglo VII, ed. H. Jedin, Barcelona, 1.979, pp. 784-791.

107. GREG. I, Ep., XIII, 47; 49-50.

108. Recientemente, VALLEJO GIRVES, M., op. cit., p. 397-398; 424, ha querido ver en Esteban al titular de la sede de Asidona.

109. GREG. I., Ep., XIII, 47; 49.

110. CTh., IX, 45, 4; CJ, I, 3, 10; 12, 2; 3; GREG. I, Ep., XIII, 49.

111. CJ, I, 12, 6; JUST., Nov., XVII, XXXVII; CXVII; CXXVIII; Edict., X; XIII; Vasiano, un joven aristócrata de la facción de los verdes, que se había refugiado en una de las varias capillas dedicadas al arcángel San Miguel en los suburbios de Constantinopla, fue arrancado del santuario por orden de la emperatriz Teodora, quien actuó mediante el quaesitor, magistrado encargado de vigilar a los forasteros y de perseguir a homosexuales y herejes. En otra ocasión, dos ricas hermanas viudas, de rango consular, a quienes la soberana quería obligar a contraer matrimonio con unos protegidos suyos de ínfima categoría, se cobijaron en el baptisterio de Santa Sofía. Teodora las sometió a tan penoso y estrecho asedio que, finalmente, depusieron su actitud; cf. PROC., Anecd., XVI, 18-22; XVII, 7-15; XX, 10.

112. CJ, I, 3, 22; JUST., Nov., LXXIX; LXXXIII; CXXIII. En 529, los obispos Isaías de Rodas y Alejandro de Diospolis de Thracia, acusados de pederastia, fueron procesados ante el tribunal del praefectus urbis Constantinopolis Víctor. Hallados culpables del crimen que se les imputaba, sufrieron la aplicación de las penas dictadas, sin que conste que ningún tribunal eclesiástico interviniera en la acción; cf. JOH. MAL., Chronogr., p. 436;

THEOPH., Chronogr., A.M. 6.021; CEDR., Hist. Comp., p. 368.

113. CJ, IX, 1, 20.

114. VALLEJO GIRVES, M., op. cit., pp. 424-426.

115. ISID., De vir. illustr., XXIX: Licinianus Carthaginis Spartariae episcopus, in Scripturis doctus, cuius quidem nonnullas epistolas legimus: de sacramento denique baptismatis unam, et ad Eutropium abbatem, qui postea Valentiae episcopus, plurimas. Reliquia vero industriae et laboris eius ad nostram notitiam minime venerunt. Claruit temporibus Mauricii Augusti; occubuit Constantinopoli, veneno, ut ferunt, extinctus ab aemulis; sed, ut scriptum est: Iustus quacumque morte praeoccupatus fuerit, anima eius in refrigerio erit.

116. BARBERO, A., art. cit., pp. 162-163.

117. ISID., Chron., 397a: Iste (Iustinianus) Acephalorum haeresim suscipit atque in proscriptionem synodi Chalcedonensis omnes in regno suo episcopos tria capitula damnare compellit; ID.,De vir. illustr., XVIII: Iustinianus imperator quosdam libros de incarnatione Domini edidit, quos etiam per diversas provincias misit. Condidit quoque et rescriptum contra illiricanam sinodum et adversus africanos episcopos, in quo tria capitula damnare contendit,id est, Theodori Mopsuesteni episcopi, dicta sive rescripta Theodoreti et epistolam quae dicitur Hibae Edesseni episcopi; ID., Etymolog., VIII, 5, 66: Acephali dicti, id est sine capite quem sequuntur haeretici. Nullus enim eorum reperitur auctor, a quo exorti sunt. Hi trium Chalcedonensium capitulorum impugnatores duarum in Christo substantiaum proprietatem negant, et unam in eius persona naturam praedicant.

118. RUST., Contr. Aceph., ed. J.P. Migne, PL, 67, cols., 1.167-1.254.

119. VIVES, pp. 171-172.

120. BRAUL., Prenot.; Cont. Hisp., 16; BARBERO, A., art. cit., pp. 155-156.

121. CJ, I, 4, 22; 26; 33; 5, 12; 18; III, 2, 4; IX, 4, 6; 5, 2; X, 30, 4; XII, 63, 2; JUST., Nov., VIII.

ABRIR CONCLUSIONES VOL II 